

DEL AUTOR DE 2312, BESTSELLER DEL *NEW YORK TIMES*

KIM

Aurora es una obra magnífica. Sin duda la mejor novela de Robinson desde su impresionante Trilogía de Marte y quizá la mejor de su carrera.

Adam Roberts, *The Guardian*

**STANLEY
ROBINSON**
AURORA



minotauro

Kim Stanley Robinson

Aurora

Título original: *Aurora*

Kim Stanley Robinson, 2015

Traducción: Miguel Antón Rodríguez

LA CHICA DE LA NAVE

Freya y su padre salen a navegar. Su nuevo hogar es un edificio residencial con vistas a un embarcadero en la bahía, en el extremo oeste de Long Pond. El embarcadero pone un puñado de veleros pequeños a disposición del público, y hay un viento fuerte que recorre la costa casi cada tarde.

—Por eso llaman a esta población el Fetch, la Atrapada —comenta Badim cuando se dirigen a pie al embarcadero, dispuestos a tomar uno de los veleros—. Porque atrapamos el embate del viento vespertino que azota el lago.

Después de comprobar el estado de la embarcación, deben desplazarla por el lateral del embarcadero hacia el ojo del viento, y Badim salta en el último instante, caza bien la vela hasta que el velero cae sobre un costado y aproa hacia la modesta cornisa que recorre la curva de la orilla del lago. Freya aferra con firmeza la caña del timón, tal como le han enseñado. El barco tumba un poco más, y se dirigen hacia la elevada pared del lago hasta que están a punto de golpearla, momento en que exclama Badim: «¡A virar!», tal como le había anunciado que haría. Entonces Freya aleja de sí la caña y agacha la cabeza para evitar la botavara que se abalanza sobre ambos. La vela toma el viento y navegan amurados del otro costado, rumbo al extremo opuesto de la bahía. El pequeño velero no navega bien de bolina, afirma Badim, que lo llama «bañera», pero afectuosamente. Es lo bastante grande para ambos, y tiene un buen trapo, pero uno solo, en un palo que Freya juzga bastante más alto que larga es la eslora de la propia embarcación.

Necesitan dar varias bordadas para salir de la bahía y llegar al trecho más amplio de Long Pond. Desde allí pueden ver toda Nueva Escocia: colinas boscosas rodean el lago. Alcanzan a divisar hasta el extremo opuesto de Long Pond, donde la bruma oscurece la pared. Los árboles de hoja caduca que cubren las colinas hacen gala de sus tonalidades otoñales, amarillos, naranjas y bermellones, mezclados con el verdor de las coníferas. Badim señala que es la época más bonita del año.

La vela atrapa la fuerza mayor que recorre la mitad del lago, cuyas aguas azules se tiñen de plata bajo las rachas de viento. Pasan a sentarse en el costado de barlovento, inclinados hasta que su peso equilibra el casco. Badim sabe navegar. Cambios fugaces del viento, que contrarrestan desplazando su peso a un lado y a otro; ahora bailan con el viento, según lo expresa Badim. «Soy un lastre perfecto», afirma, haciendo que la embarcación se balancee un poco al moverse.

—Verás, no queremos que el palo esté perpendicular, sino algo inclinado a sotavento. Lo mismo puede decirse de la vela, que no hay que cazar demasiado,

sino lo bastante para que el viento trace una curva sobre su superficie. Lo sabrás cuando lo hagas bien.

—Badim, mira ahí, en el agua. ¿Es lo que llaman la garra del felino?

—Bien visto. Es por efecto del viento costero, que arrecia. ¡Preparémonos, porque vamos a empaparnos!

La superficie del lago se arruga en un rizo de lámina de espejo, acercándose rápidamente hacia ellos, y cuando los alcanza la racha que imprime ese dibujo en el oleaje, el velero cae con fuerza a popa. Cambian de costado y el barco endereza el rumbo, abofeteado por las olas que lo atraviesan, causando descargas de espuma que caen sobre ambos. Dice Badim que el agua de Long Pond sabe a pasta.

Tras dar cuarenta bordadas (Badim asegura con una sonrisa haberlas contado, sonrisa que delata la mentira), se hallan más o menos a un kilómetro Long Pond adentro. Es hora de virar y aproar directamente a sotavento, hacia su embarcadero. Viran y, de pronto, es como si apenas soplara el viento: el velero pierde andadura, la vela se desinfla y cae a un costado, mientras Badim amolla la escota y la bañerita se desplaza entre sacudidas. Hasta parece haber perdido velocidad. Ven el lomo del oleaje que pasa por su lado. Ahora el agua es más azul, y pueden atisbar mejor a través de ella; a veces distinguen el fondo. El agua borbotea, el velero se balancea con torpeza, da la impresión de que navegan con dificultad; a pesar de ello, en un abrir y cerrar de ojos regresan a su bahía, y el modo en que pasan de largo junto a los demás embarcaderos y la cornisa demuestra que navegan con brío. Mientras ven acercarse su embarcadero, sienten cómo el viento sopla en la bahía y oyen el oleaje que rebasa el velero, formando borboteantes palomillas.

—Oh oh —dice Badim al tiempo que se asoma para que la vela no le estorbe la visión—. ¡Debería haberme acercado al embarcadero con la vela por el otro costado! No sé si estoy a tiempo de cambiar de bordo y embocarla bien.

Pero el embarcadero se abalanza sobre ellos.

—¿Estamos a tiempo? —pregunta Freya.

—¡No! Tú toma el timón y que siga como está ahora, yo iré a proa, saltaré al embarcadero y aferraré el velero antes de que me arrolles. Agacha la cabeza, no vayas a darte con la botavara.

Entonces aproan directos a una esquina del embarcadero, Freya se encoge en el banco, aferrada la caña del timón, y la amura del barco roza la esquina del muelle justo en el preciso instante en que Badim salta fuera del velero. Se escucha un fuerte estampido cuando la botavara cambia de costado; la embarcación se inclina y se desliza por el embarcadero, mientras la vela flamea ante el palo y la botavara, suelta, va de un costado a otro. Badim se pone en pie de un brinco y, desde el extremo del embarcadero, extiende el brazo para asir la proa del velero, que apenas alcanza, momento en que se tumba boca abajo para no caerse. La popa de la embarcación cae a merced del viento, la vela da bandazos, y Freya debe mantenerse agachada bajo ella, aunque el desplazamiento de la botavara la obliga a refugiarse en el tambucho.

—¿Todo bien? —pregunta Badim. Sus rostros se hallan a uno o dos metros de distancia, y la expresión de alarma que Freya descubre en él basta para que rompa a reír.

—Perfectamente —asegura—. ¿Qué debo hacer?

—Acércate a proa y salta al embarcadero. Yo lo agarro.

Y debe hacerlo porque la embarcación sigue intentando caer a sotavento, pero ahora de popa, hacia los bajíos. Hay gente mirándolos desde la cornisa.

Ella salta a su lado. Su impulso casi lo arrastra al agua, pero Badim logra trabar la rodilla en torno a un noray de un modo que a Freya le parece doloroso, y de hecho su padre aprieta con fuerza los dientes. Extiende el brazo para ayudarle a acercarse el velero, cuando él dice:

—¡No te pilles los dedos entre el costado y el embarcadero!

—Vale.

—¿Llegas al cabo de amarre?

—Creo que sí.

Él tira con fuerza del barco, lo acerca; ella alarga el brazo y atrapa el cabo en el punto en que se enrosca sobre la argolla metálica que hay a popa. Eso le sirve para sacarlo y enrollarlo en torno al noray situado en el extremo opuesto de ese tramo de embarcadero, mientras Badim se apresura a aferrarlo y a ayudarle a darle más vueltas.

Permanecen tumbados, mirándose el uno al otro con los ojos muy abiertos.

—¡Nos hemos cargado el velero!

—Lo sé. ¿Estás bien? —pregunta él.

—Sí. ¿Y tú?

—Bien. Algo avergonzado. Y tendré que echar una mano para reparar la botavara, que por cierto da la impresión de pender de un hilo.

—¿Podemos salir otra vez a navegar?

—¡Sí! —La abraza y ambos ríen—. La próxima vez se nos dará mejor, ya verás. El truco consiste en entrar con la vela del otro costado, para que podamos trazar la curva hacia el lateral del embarcadero, deslizarnos a merced del viento y entrar por ahí, antes de virar por adelante en el último momento y aferrarnos al embarcadero aprovechando que perdemos velocidad. Debí darme cuenta antes.

—¿Se enfadará Devi?

—No. Le alegrará saber que estamos a salvo. Se burlará de mí. Ella sabrá cómo reforzar la unión esa entre la botavara y el palo. De hecho, será mejor que eche un vistazo ahora para averiguar cómo se llama exactamente, porque estoy seguro de que tiene nombre.

—¡Todo tiene nombre!

—Sí, supongo que tienes razón.

—Y como se ha roto, creo que se enfadará un poco.

Badim no hace ningún comentario a ese respecto.

Lo cierto es que su madre siempre está enfadada. Lo disimula bastante bien ante la mayoría de la gente, pero a Freya nunca la engaña. Lo ve en el trazado de sus labios; también cuando se dirige a sí misma calladas exclamaciones de impaciencia, como si quienes la rodean fuesen sordos. «¿Qué?», pregunta al suelo, o a una pared, antes de continuar como si no hubiese dicho nada. Y cuando se enfada ostensiblemente en un abrir y cerrar de ojos, instantáneamente. Y en cómo se desploma en su sillón por las noches, contemplando taciturna las imágenes que

llegan de la Tierra.

¿Por qué miras las noticias?, le preguntó Freya una vez.

No sé, le había respondido su madre. Alguien tiene que hacerlo.

¿Por qué?

A su madre se le tensaron las comisuras de los labios. Rodeó con un brazo los hombros de Freya, al tiempo que aspiraba aire con fuerza y espiraba en un suspiro igual de fuerte.

No lo sé.

Entonces tembló, rompió incluso a llorar, pero se contuvo. Freya contempló perpleja la pantalla, plagada de figuras ajetreadas. Devi y Freya, mirando la pantalla que mostraba la vida en la Tierra, la vida en la Tierra diez años atrás.

Esa noche, Freya y Badim regresan a casa e irrumpen en su nuevo apartamento.

—¡Hemos chocado con un velero! ¡Lo hemos destrozado!

—El gancho de botavara —añade Badim, que dirige una sonrisa fugaz a Freya—. Une la botavara al palo, pero no es que fuera muy robusto.

Devi escucha distraída, y hace un gesto desaprobador con la cabeza al escuchar el alocado relato de los hechos. Cena una ensalada delante de la pantalla. Cuando termina de masticar, los músculos del inicio de la mandíbula siguen igual de abultados.

—Me alegro de que estéis bien —dice—. Debo volver al trabajo. Por lo visto ha pasado algo en el laboratorio.

—Estoy segura de que tiene nombre —se apresura a decir Freya.

Devi la mira sin un atisbo de diversión en los ojos. Freya se encoge. Devi se marcha, de vuelta al laboratorio, y Badim y Freya se chocan las manos y trastean en la cocina en busca de leche y cereales.

—No debí decir eso del nombre —se lamenta Freya.

—Todos sabemos que tu madre es algo áspera —dice su padre, que enarca ambas cejas de forma muy expresiva.

Él no es áspero, eso Freya lo sabe muy bien. Es un hombre bajito y redondo, de pelo ralo, con ojos mansos y una voz dulce y suave, un hombre atento y cálido. Badim siempre está ahí, siempre benigno. Es uno de los mejores médicos de a bordo. Freya quiere a su padre, se aferra a él como lo haría un náufrago a una roca en alta mar. Se aferra a él ahora.

Él le revuelve el pelo rebelde, tan parecido al de Devi, y le dice, como otras veces:

—Carga con tantas responsabilidades que le cuesta pensar en otras cosas, así que tómatelo con calma.

—Pero nos va bien, ¿verdad, Badim? Casi hemos llegado.

—Sí, casi hemos llegado.

—Y nos va bien.

—Sí, claro. Lo lograremos.

—Entonces, ¿por qué está Devi tan preocupada?

Badim la mira a los ojos con la promesa de una sonrisa.

—Verás —dice—, tal como yo lo veo, existen dos motivos para ello: en primer lugar, hay razones por las que preocuparse; en segundo lugar, es de esas personas que se preocupan. Le ayuda a abordar los problemas, a enfrentarse a ellos y a superarlos. No se le da bien guardarse nada.

Freya no está tan segura de eso, porque no hay mucha gente que sea capaz de darse cuenta de lo enfadada que está Devi. Al menos eso sí se le da bien ocultarlo.

Freya lo manifiesta en voz alta. Badim asiente.

—Bueno, eso es cierto. Se le da bien ocultar las cosas, o ignorarlas, pero solo hasta cierto punto, porque después necesita soltarlas de un modo u otro. Todos somos un poco así. Nosotros somos su familia, ella confía en nosotros, nos quiere,

por tanto deja que veamos cómo se siente en realidad. Debemos permitirselo, dejarla hablar, que diga cómo se siente, que sea como es en realidad. Así puede seguir adelante, lo cual está bien porque la necesitamos. No solo tú y yo, que por supuesto lo hacemos: Todo el mundo la necesita.

—¿Todo el mundo?

—Sí. La necesitamos porque la nave la necesita. —Una pausa, suspira—. Por eso está tan enfadada.

Es jueves y Freya, en lugar de pasar el día en la guardería con los niños pequeños, acompaña a Devi al trabajo. La ayuda los jueves. Freya da de comer a los patos y revuelve el compost; a veces cambia las baterías y las bombillas, si es que su sustitución está programada. Devi hace toda clase de cosas, claro que Devi hace de todo. A menudo esto supone hablar con personas que trabajan en los biomas o en la maquinaria del eje, mirar luego pantallas con ellos, antes de seguir hablando. Cuando termina, toma a Freya de la mano y la lleva a la siguiente reunión.

—¿Qué pasa, Devi?

Hondo suspiro.

—Ya te lo he dicho. Hace años empezamos a frenar, y eso está cambiando las condiciones que hay en el interior de la nave. Nuestra gravedad proviene de la rotación de la nave alrededor de su eje, lo cual da pie al efecto Coriolis, un empujoncito lateral que se manifiesta de forma espiral. Pero ahora que frenamos, existe otra fuerza que actúa en ciertos aspectos de manera muy similar al efecto Coriolis, pero que la estorba de forma que se ve reducida. Te parecerá que no es muy importante, pero hay ciertos aspectos de ello que no se previeron. Aunque son muchas las cosas que no previeron y que han dejado que descubramos por nuestros propios medios.

—Eso está bien, ¿no?

Una risa breve. Devi tiene un catálogo reducido de sonidos. A veces, Freya los recrea a voluntad.

—Es posible. Está bien a menos que no lo esté. No sabemos cómo hacer esta parte, por tanto debemos aprender sobre la marcha. Tal vez todo haya funcionado así siempre. Pero nos hallamos en esta nave y es todo lo que tenemos, por tanto

debemos lograr que funcione. Sin embargo, es doce magnitudes menor que la Tierra, lo que presenta algunas diferencias que nunca se plantearon. Dime qué entendemos por magnitud.

—Diez veces mayor. ¡O menor! —Recuerda a tiempo de impedir que sea la propia Devi quien responda a la pregunta.

—En efecto. Así que una sola magnitud es mucho, ¿no crees? Y doce: eso añade doce ceros. Un billón. No es un número que podamos visualizar bien, es demasiado grande. Y aquí nos tienes, en esta cosa.

—Y tiene que funcionar.

—Sí. Lo siento. No debería agobiarte con estos asuntos. No quiero que tengas miedo.

—No tengo miedo.

—Bien. Pero deberías. He ahí mi problema.

—Pero dime por qué.

—No quiero.

—Solo un poco.

—Pero si ya te lo he contado. Siempre es lo mismo. Aquí todo tiene que funcionar en un equilibrio. Es como los balancines del patio de recreo. Debe haber un equilibrio en el intercambio entre las plantas y el dióxido de carbono del aire. No es necesario mantener un equilibrio perfecto, pero cuando un extremo se apoya en el suelo, necesitas fuerza en las piernas para impulsarlo de nuevo. Hay muchos balancines que suben y bajan a distintas velocidades. Así que no te puedes permitir incidentes cuando todos caen al mismo tiempo. Debes permanecer atento por si eso empieza a suceder, y si lo hace debes cambiar cosas de lado para evitarlo. Y nuestra habilidad para descubrir la manera de hacerlo depende de nuestros modelos, y te aseguro que es muy complejo crear modelos para esto. —Solo de pensarlo se le torció el gesto—. Así que procuramos hacerlo todo por partes pequeñas y ver qué pasa. Porque en realidad no acabamos de entenderlo.

Ese día le toca el turno a las algas. Hacen crecer muchas algas en grandes recipientes de cristal. Freya las ha mirado a través del microscopio. Montones de

pequeñas motas verdes. Dice Devi que mezclan una parte con el alimento que ingieren. También cultivan carne como si de algas se tratara, en enormes tanques planos; obtienen casi tanta comida de los tanques como de los campos de los biomas de cultivo. Eso es una suerte, porque en los campos los animales pueden enfermar, o los cultivos pueden arruinarse. Aunque también los tanques pueden estropearse. Y necesitan los cultivos para tener algo que transformar en alimento. Pero los tanques cumplen. Cuentan con un montón de tanques en marcha en ambos anillos, aislados unos de otros. Así que todo va bien.

Los tanques de algas son verdes o parduscos, o una mezcla de verde y pardo. Los colores de las cosas dependen de en qué bioma se encuentren, porque las lámparas de luz solar varían según el bioma. Freya disfruta del cambio de colores a medida que se desplazan de bioma en bioma, de invernadero en invernadero, de laboratorio en laboratorio. El cereal es rubio en la Estepa, amarillo en la Pradera. Las algas del laboratorio tienen una miríada de tonalidades verdes y marrones.

Hace calor en los laboratorios de algas, y huele a pan recién horneado. Cinco pasos para hacer pan. Alguien menciona que últimamente comen más, pero que cultivan menos. Esto da pie al menos a una hora de discusiones, y Freya se sienta a pintar con los rotuladores en un rincón del laboratorio, abandonada a su suerte junto a otros niños que están de visita.

Después se marchan.

—¿Adónde vamos ahora?

—A las minas de sal —responde Devi con teatralidad, a sabiendas de que la noticia complacerá a Freya; se detendrán a tomar un helado en un puesto ambulante próximo a la planta procesadora de residuos.

—¿De qué se trata esta vez? —pregunta Freya—. ¿Más sal en el caramelo salado?

—Sí, más sal en el caramelo salado.

Es una parada en la que Devi puede enfadarse visiblemente. El sumidero de sal, la fábrica de veneno, el apéndice, el excusado, el callejón sin salida, el cementerio, el agujero negro. Devi lo llama de maneras peores que pronuncia en voz muy baja, segura de nuevo de que nadie puede oírla. Incluso lo llama «puto cagadero».

Tampoco le cae bien la gente de allí. Hay demasiada sal en la nave, solo las personas quieren sal, y las personas quieren más de la que deberían tomar, pero son las únicas que pueden ingerirla sin enfermarse. Así que todos deben comer tanta sal como puedan sin excederse, lo cual no ayuda en realidad, porque es un ciclo muy breve y la excretan de nuevo al organismo mayor. Devi prefiere los ciclos largos. Todo debe dar vueltas más largas, y no dejar de dar vueltas nunca. Nunca debe acumularse por el camino en un apéndice, en un pozo desagradable, enfermizo y absurdo, en un charco hediondo, en un puto cagadero. Devi teme a veces hundirse en la hediondez. Freya promete sacarla de allí si eso sucede.

Así que no les gustan el cloro, la creatinina o el ácido hipúrico. Los bichos pueden comerse algunas de esas cosas y transformarlas en otras. Pero los bichos se están muriendo, y nadie sabe por qué. Devi cree que a la nave le falta bromo, lo que le resulta incomprendible.

Y no pueden corregir el nitrógeno. ¿Por qué el nitrógeno les falla tan a menudo? ¡Porque cuesta arreglarlo! Ja ja ja. El fósforo y el azufre son igual de perjudiciales. Necesitan a los bichos para ellos. Así que también los bichos deben mantenerse sanos. Aunque no haya suficientes. Para que todos conserven la salud, todos deben conservarla. Incluso los bichos. Nadie es feliz a menos que todo y todos estén a salvo. Pero nada lo está. Freya considera que esto supone un problema. ¡La *Anabaena variabilis* es nuestra amiga!

Hace falta maquinaria y hacen falta bichos. Reducir cosas a cenizas y alimentar con cenizas a los bichos. Son demasiado pequeños para verlos, hasta que se juntan millones de millones. Entonces se parecen al moho del pan. Lo cual tiene sentido porque el moho del pan es una especie de bicho. No uno de los buenos; es decir, malo pero bueno. Malo para ingerirlo, eso sí. Devi no quiere que coma pan con moho. ¿Quién haría tal cosa?

Se extraen doscientos litros de oxígeno por semana de un litro de algas en suspensión, siempre y cuando se iluminen adecuadamente. Solo dos litros de algas facilitarán oxígeno suficiente para una persona. Pero a bordo viajan 2122 personas, por tanto disponen de otros métodos para fabricar oxígeno. Incluso hay una parte almacenada en tanques en las paredes de la nave. Está a muy baja temperatura, pero permanece líquido como el agua.

Las botellas de algas adoptan la forma de sus biomas. ¡Así que ellos son como algas embotelladas! Esto hace que Devi suelte su risa breve. Todo cuanto necesitan es un reciclato mejor. Las algas siempre conviven con bichos que se

alimentan de ellas a medida que crecen. Sucede lo mismo con la gente, pero distinto. Cultivar solo un gramo de *Chlorella* requiere un litro de dióxido de carbono, lo cual proporciona 1,2 litros de oxígeno. Esto es bueno para la *Chlorella*, pero la fotosíntesis de las algas y la respiración humana no conviven en equilibrio. Deben alimentar a las algas de la forma adecuada para que alcancen entre ocho y diez, que es donde se sitúa la gente. Los gases van y vienen, dentro y fuera de la gente, dentro y fuera de las plantas. Come plantas, caga plantas, fertiliza el suelo, cultiva plantas, come plantas. Todos respiran continuamente en las bocas del prójimo. Ciclos y más ciclos. Balancines que se balancean en una inmensa fila, pero que no deben caer del mismo lado, al mismo tiempo. ¡Aunque sean invisibles!

Las vacas del prado tienen el tamaño de un perro, lo cual Devi afirma que no es como solía ser. Son vacas creadas por ingeniería genética. Dan tanta leche como las vacas grandes, que eran del tamaño de los caribúes de la Tierra. Devi es ingeniera, pero nunca ha creado una vaca por ingeniería. Ella se encarga de aplicar sus conocimientos de ingeniería a la nave, no a los animales que la pueblan.

Cultivan calabazas, lechugas y remolachas, ¡arg! Y zanahorias, patatas y boniatos, judías que son tan buenas para fijar el nitrógeno, y cereales y arroz y cebollas y boniatos y malanga y yuca y cacahuets y alcachofas de Jerusalén, que no son ni alcachofas ni de Jerusalén. Porque los nombres pueden ser absurdos. Que llames a una cosa de una manera no la convierte en eso.

De nuevo una llamada de emergencia obliga a Devi a abandonar una de sus reuniones habituales, y como es uno de los días en que Freya la acompaña, la lleva consigo.

Primero van a su despacho y comprueban las lecturas de las pantallas. ¿Qué clase de emergencia es esa? Entonces Devi chasca los dedos y teclea como loca, y señala una de las pantallas, antes de que ambas se apresuren por uno de los corredores que separan los biomas, el que media entre la Estepa y Mongolia, al que llaman Ruleta Rusa y está pintado de azul, rojo y amarillo. Al siguiente lo llaman la Gran Puerta de Kiev. Esa mañana, el túnel largo y bajo entre las escotillas está atestado de gente, escaleras, andamiajes y plataformas hidráulicas.

Devi se suma a la multitud bajo el andamio, y Badim aparece algo más tarde para hacer compañía a Freya. Observan cómo un grupo de personas sube por una de las escaleras del andamio, siguiendo a Devi al techo del túnel, justo al lado del marco de la escotilla. Allí han desmontado varios paneles, y ahora Devi asciende para introducirse en el boquete que ha quedado al descubierto, desapareciendo de

la vista. Cuatro personas la siguen al agujero. Freya no tenía ni idea de que el techo no fuera realmente la piel externa de la escotilla y se queda mirando con curiosidad.

—¿Qué hacen?

—Ahora que estamos perdiendo velocidad —dice Badim—, el leve empujón del frenado contrarresta la fuerza de Coriolis que se crea al girar sobre nuestro eje, lo que supone una nueva especie de presión, o la ausencia de la misma. Ha dado pie a una especie de bloqueo en esta escotilla, y Devi cree que es posible que hayan descubierto de qué se trata. Así que han subido a ver si tiene razón.

—¿Arreglará Devi la nave?

—Verás, si resulta que el problema está ahí, creo que todo el equipo de ingenieros participará en ello. Pero Devi es quien ha caído en la cuenta de que existe esta posibilidad.

—¡Así que arregla las cosas pensando en ellas!

Esa era una de las frases favoritas de la familia, la cita admirativa de los viejos parientes de un científico, cuando era un niño que reparaba radios.

—¡En efecto, eso es! —exclama Badim, sonriente.

Al cabo de seis horas, después de que Badim y Freya se hayan retirado a los Balcanes para comer en el comedor oriental, la dotación destinada a las reparaciones baja del agujero de la escotilla después de alargar el equipo a quienes aguardan abajo, y de introducir unos pocos robots móviles en cestos que hacen descender por el andamio. Devi es la última en bajar por la escalera, y se pone a estrechar manos a diestro y siniestro. Han localizado el problema, que han pasado a reparar con la ayuda de sopletes, sierras y soldadores. Los largos años que ha pasado la nave sometida al efecto Coriolis habían desencajado algo, y la reciente fuerza debida a la desaceleración lo había devuelto a su lugar, pero entretanto el resto de la compuerta se había habituado al cambio. Todo tenía sentido, aunque no daba una buena imagen sobre la calidad de la construcción y ensamblaje de la nave. Iban a comprobar todos los demás paneles parecidos a ese, para asegurarse de que las escotillas del Anillo B funcionasen perfectamente. Así no tendrían que forzar los motores intentando cerrarlas.

Devi abraza a Freya y a Badim. Parece preocupada, como siempre.

—¿Hambrienta? —pregunta Badim.

—Sí —responde ella—. Y no me vendría mal una copa.

—Me alegro de que eso esté reparado —comenta Badim de vuelta a casa.

—¡Y que lo digas! —Devi niega con la cabeza, lamentándose—. No sé qué haríamos si las escotillas se atascaran. Confieso que la gente que construyó esta cosa no me tiene precisamente impresionada.

—¿De veras? Si lo piensas bien... Menuda máquina.

—Pero menudo diseño. Y no dejan de surgir problemas. Es un sinvivir. Solo espero que podamos aguantar hasta que lleguemos allí.

—Estamos en plena desaceleración, cariño. Ya no queda mucho.

La fuerza de Coriolis es el empuje lateral que no se percibe. Pero lo percibas o no, empuja el agua. De modo que ahora que la desaceleración la empuja en dirección contraria, el agua no se comporta como antes, y deben bombearla a otras partes de los biomas, para llevarla al lugar donde solía estar. Deben reemplazar la fuerza con soluciones que comparativamente no tienen el mismo efecto real. Para este problema planearon el bombeo del agua, pero no han sido capaces de compensar la alteración del empuje que se produce en el interior de las células de las plantas, al que algunas de ellas no se adaptan. Había un leve empuje en el interior de todas las células que ahora se ha alterado. Quizá se deba a eso que las cosas enfermen. No tiene sentido, pero todo lo demás tampoco tiene mucho sentido.

Devi sigue adelante, hablando y hablando mientras hacen sus rondas.

—Lo que importa no es la fuerza de Coriolis, sino sus efectos. Nunca llegó a experimentarse con ellos, exceptuando sus efectos sobre las personas, ¡como si solo las personas fuesen capaces de experimentarlos!

—¿Cómo pudieron ser tan imbéciles?

—¡Exacto! Puede que todas las paredes de las células aguanten, así que quizá no sea tan obvio, ¡pero... el agua! ¡El agua!

—Porque el agua siempre está en movimiento.

—¡Exacto! El agua siempre fluye colina abajo, el agua siempre toma el camino que le ofrece menor resistencia. Y ahora tenemos una nueva colina abajo.

—¿Cómo pudieron ser tan idiotas?

Devi la toma de los hombros mientras ambas caminan, y la abraza.

—Lo siento. Es que estoy preocupada, eso es todo.

—Porque hay cosas de las que preocuparse.

—Así es. Las hay. Pero no debo cargarte con ese lastre.

—¿Quieres tomar un helado de caramelo salado?

—Por supuesto. No podrías impedírmelo aunque quisieras. ¡Ni con bombas de fusión detonando dos veces por segundo durante veinte años!

Así es cómo frenan la nave. Como siempre, ambas se ríen ante la locura que supone eso. Por suerte las bombas son chiquitinas. Se reúnen con Badim en la lechería, y descubren que hay un nuevo sabor, el napolitano, que combina nada menos que tres sabores.

Freya se siente confusa al pensar en ello.

—Badim, ¿me gustará?

Él le sonríe.

—Creo que sí.

Después del helado napolitano, toca hacer la siguiente parada en las rondas de Devi. El laboratorio de algas, la mina de sal, la central eléctrica, la imprenta. Si todo marcha bien, escogerán un objeto que figure en la lista de recambio de componentes, atravesarán la Amazonia hasta Costa Rica, donde se encuentra la imprenta, y harán que una de las impresoras imprima el componente para cambiarlo; luego se acercarán al lugar donde hay que sustituirlo, pondrán en marcha el sistema de emergencia, si es que lo hay, o simplemente apagarán lo que sea y se apresurarán a extraer el componente antiguo para sustituirlo por el nuevo. Engranajes, filtros, tubos, cámaras, juntas, muelles, bisagras. Cuando terminan y encienden de nuevo el sistema, estudian el antiguo componente para comprobar

su resistencia y cuál ha sido el punto de desgaste; toman fotografías del mismo y anotan el diagnóstico en el diario de a bordo, para después llevarlo a las salas de reciclaje, que precisamente se encuentran junto a la imprenta y proporcionan a los impresores muchas de sus materias primas.

Así son las cosas cuando van bien. Pero por lo general, no todo va como debe. Entonces todo se reduce a agarrar el toro por los cuernos, recurrir al ingenio y probar a la manera antigua, incluida la solución del ingeniero, que consiste en golpear cosas con un martillo. En los días que son realmente malos, ¡no les queda otro remedio que confiar en que todo el cagadero no se les derrumbe encima! Deben confiar en no acabar viviendo como animales salvajes, comiendo desperdicios o los cadáveres de sus propios bebés. A Devi se le tuerce el gesto, y su tono de voz se vuelve desabrido a medida que escupe tan nefastos presagios.

En casa, en la cocina, incluso tras los peores días, Devi alegra un poco el ánimo. Bebe algo del vino blanco de Delwin, juega con Freya como si fuera su hermana mayor. Freya es hija única, así que no puede estar segura del todo, pero como ya supera en estatura a Devi tiene la impresión de que así es como debe de sentirse quien tiene hermanos. Devi es como una hermana que es más pequeña, pero que la supera en edad.

Ahora Devi se sienta en el suelo de la cocina, bajo la pila, y llama a Badim para que acuda a jugar con ella a las cucharas. Badim asoma por la puerta con cara de felicidad y un abultado mazo de cartas de tarot. Toma asiento, se reparten las cartas, y se disponen cada uno por su cuenta a construir castillos de naipes en los mismos tres rincones que ocupan de costumbre. Construyen castillos de naipes bajos y gruesos, para defenderse de los malvados ataques de los demás, colocando cartas en ángulo de modo que no presenten superficies planas ante dichos ataques. Devi siempre hace que el suyo adopte la forma de un barco tumbado boca abajo, y suele ganar, hasta tal punto que Badim y Freya han empezado a imitarle el estilo.

Cuando acaban de construirse los castillos de naipes, se turnan arrojando cucharas de plástico a las construcciones ajenas desde sus respectivos extremos de la cocina. La regla dicta que deben doblar la cuchara con una mano mientras hacen palanca con la otra, para luego soltarla y que salga disparada. Las cucharas son livianas, su forma no es precisamente aerodinámica, y su vuelo, por tanto, es errático. Rara vez alcanzan su objetivo. Salen disparadas y se desvían a un lado u otro, disparo y desvío, disparo y desvío, aunque de vez en cuando impactan y ¡zas! Pero si el castillo de naipes en cuestión ha sido bien construido, y tiene suerte, soportará el impacto, solo se derrumbará parcialmente, perdiendo una muralla

externa o una garita. Badim ha dado con nombres para todas las partes del castillo, nombres que hacen reír a Devi.

Muy de vez en cuando un solitario impacto derrumba por completo el castillo de naipes, lo cual arranca siempre exclamaciones de sorpresa, seguidas por risas. A veces, sin embargo, un disparo certero hace que Devi tuerza el gesto. Pero por lo general suele reírse con su marido e hija, proyecta la cuchara cuando le toca, los labios prietos, concentrada. Se recuesta en los cajones, satisfecha. Eso es algo que Badim y Freya pueden hacer por ella. De acuerdo, a menudo va por el mundo enfadada, pero es capaz de confinar su enfado en una cajita en momentos así, y, además, su ira se dirige a cosas que se encuentran más allá de las inmediaciones de Freya. No está enfadada con Freya. Y Freya hace lo posible por hacer que siga siendo así.

Entonces, un día, una de las impresoras se avería, lo cual sume a Devi en una honda preocupación. Nadie es capaz de verlo a excepción de Freya, ya que todo el mundo está preocupado, asustado, pendientes todos de que Devi encuentre una solución. Así que Devi se dirige a la imprenta, arrastrando a Freya con ella, hablando por el intercomunicador y callando a veces en mitad de una frase para tapar el micrófono con la mano y lanzar un taco, o para decir «Espera un segundo», para poder responder a la gente que se le acerca por la cornisa. Normalmente apoya la mano en los brazos de estas personas para tranquilizarlas, y estas se tranquilizan, aunque Freya ve con claridad que la propia Devi está muy enfadada, cosa que los demás no perciben. Resulta extraño comprobar que a Devi se le da tan bien mentir.

En la imprenta, un grupo numeroso de personas se reúnen en la pequeña sala de reuniones, atentos a las pantallas mientras comentan lo que ven. Devi manda a Freya a su rincón con los cojines y las pinturas y un sinfín de componentes en cajas, y luego se dirige hacia ellos y empieza a hacer preguntas.

Las impresoras son maravillosas. Son capaces de hacer cualquier cosa que desees que hagan. Bueno, no puedes imprimir elementos; esta es una de las frases habituales de Devi, cuyo propósito resulta un misterio para Freya. Pero puedes imprimir ADN y bacterias. Puedes imprimir otra impresora. Podrías imprimir todos los componentes de una pequeña nave espacial y adentrarte en el espacio si quisieras. Lo único que necesitas son los planos adecuados y materias primas, y cuentan con materiales almacenados en los suelos y las paredes de la nave, además de una imponente biblioteca con planos que pueden alterar a voluntad. A bordo disponen de casi toda la tabla periódica, y reciclan todo lo que usan, de modo que

nunca se queden sin algo que necesiten. Incluso lo que se convierte en polvo y cae al suelo será devorado por los bichos a los que les guste, de modo que se concentre hasta que la gente pueda recuperarlo de los bichos muertos. Puedes tomar suciedad de cualquier rincón de la nave y filtrarla para obtener aquello que necesites. Por tanto, las impresoras siempre cuentan con todo lo necesario para construir cosas.

Pero ahora hay una impresora averiada. O tal vez sean todas las impresoras las que se han averiado. No funcionan, dice continuamente la gente. No cumplen las órdenes ni atienden a las preguntas. El diagnóstico asegura que todo está en orden, o eso o no dice nada. Y no sucede nada. Afecta a más de una impresora.

Freya presta atención a los sonidos de la discusión, intentando hacerse una idea de la situación. Concluye que se trata de algo serio pero no acuciante. No van a morir en la próxima media hora. Pero necesitan que las impresoras funcionen. Quizá se trate únicamente de un fallo de los sistemas de mando y control, parte de la mente de la nave, la inteligencia artificial que Devi menciona a todas horas. Tal vez sea un fallo del diagnóstico, que no repara en la presencia de algo obvio, algo fácil de detectar. Presiona el botón de reiniciar. Arréale un buen martillazo.

En fin, el caso es que se trata de un problema gordo, tanto que a la gente le alivia el solo hecho de ponerlo en manos de Devi. Y ella no se arruga ante el desafío. Está haciendo preguntas a todos los presentes. A eso se debe que la llamen jefa de ingenieros, aunque lo hagan a sus espaldas. Dice ella que son un grupo. Ahora, a juzgar por el tono de su voz, Freya comprende que llevará mucho tiempo. Freya se acomoda para hacer un dibujo. Un velero que se desliza por un lago.

Más tarde, mucho más tarde, es Badim quien despierta a Freya, que se ha tumbado en los cojines, y quien la lleva a la estación del tranvía, desde donde vuelven a casa, en Nueva Escocia, a tres biomas de distancia. Devi no volverá a casa esa noche, y tampoco vuelve a casa la noche después. A la mañana siguiente, la encuentra dormida en el sofá, y Freya la deja dormir, y luego, cuando despierta, le da un fuerte abrazo.

—Eh, chica — dice Devi, aturdida—. Déjame ir al baño.

—¿Tienes hambre?

—Me comería un buey.

—Te prepararé unos huevos revueltos.

—Estupendo. —Devi camina con dificultad hacia el baño. De vuelta a la mesa de la cocina, come sin despegarse del plato, devorando los huevos. Si Freya comiera de ese modo le llamarían la atención para que se sentase con la espalda recta, pero ahora no dice nada.

Cuando Devi afloja un poco y yergue la postura, Freya le sirve una taza de café recién hecho que sorbe ruidosamente.

—¿Funcionan las impresoras? —dice Freya, que tiene la sensación de que ya es seguro preguntarlo.

—Sí —responde Devi, hosca. Resulta que el problema con el diagnóstico y las impresoras eran uno y el mismo, lo cual tiene sentido. Por lo visto, un rayo gamma alcanzó a la nave por una funesta casualidad, colapsando la función de onda en una parte cuántica del ordenador que la dirige. Mala suerte, muy mala, tanto es así que Devi se pregunta si no habrá sido un caso de sabotaje.

Badim es incapaz de creer tal cosa, pero también él se muestra muy preocupado. Hay partículas atravesando la nave continuamente. Millares de neutrinos los están atravesando en ese preciso momento. El espacio interestelar no está vacío del todo. En su mayor parte, sí, pero no todo.

Claro que también ellos están vacíos en su mayor parte, señala Devi, que sigue mostrándose hosca. No importa lo sólidas que parezcan las cosas porque en su mayor parte están vacías. Las cosas pueden atravesarse las unas a las otras sin problemas. Excepto de vez en cuando. Es entonces cuando una mota choca con algo tan pequeño como ella, y ambas salen volando o ven alteradas sus posiciones. Entonces pueden averiarse las cosas, romperse. La mayoría de estos problemas no van más allá, no se sienten ni importan. Todo a bordo y la propia nave forman una comunidad de cosas que viajan juntas, y que algunas sufran golpes aquí y allá no importa, porque el resto se encargará de llenar el hueco que dejen. Pero sucede de vez en cuando que algo golpea a algo y lo rompe de un modo que afecta a un organismo mayor. Las consecuencias pueden oscilar entre un rasguño sin importancia hasta la muerte inmediata. Igual que una de esas cucharas que arrojan para tumbar los castillos de naipes.

—Nadie quiere perjudicar a la nave —asegura Badim—. Aquí no hay nadie que esté tan loco.

—Tal vez —dice Devi.

Badim mira con los ojos muy abiertos a Freya para que Devi lo vea, como si Freya no fuera capaz de verlo, que por supuesto lo hace. Devi pone los ojos en blanco para recordárselo a Badim. Freya ha visto a menudo ese gesto de su madre.

—En fin, que las impresoras ya vuelven a funcionar —le recuerda Badim.

—Lo sé. Es que me pongo nerviosa cuando interviene la mecánica cuántica. No hay nadie a bordo que la entienda de verdad. Podemos seguir el diagnóstico, y reparar cosas, pero ignoramos el porqué. Y eso no me gusta nada.

—Ya —dice Badim, que la mira con afecto—. Mi Sherlock. Mi Galileo. La señora Arréglalotodo. La señora Sabecómofuncionatodo.

Ella tuerce el gesto.

—Querrás decir la señora Formulesusiguietepregunta. Me paso la vida haciéndolo. Pero preferiría tener las respuestas.

—La nave las tiene.

—Es posible. Se le da bastante bien, eso lo admito. Esta vez ha sido ella quien ha caído en la cuenta de lo sucedido, y te aseguro que no era fácil. A pesar de que afectaba a una de sus partes. Pero empiezo a pensar que la inducción recursiva que hemos ido introduciendo está teniendo efecto.

Badim asintió.

—Se aprecia su mayor fortaleza. Y seguirá haciéndolo. Tú seguirás haciéndolo.

—Debemos confiar en ello.

Freya se despierta en plena noche y ve luz en la cocina. Tenue, azulada; es la luz que despide el monitor. Se levanta y camina por el pasillo, pasando junto a la puerta del dormitorio de sus padres, donde oye los leves ronquidos de Badim. No le sorprende encontrar despierta a Devi.

Está sentada a la mesa, hablando en voz baja con la nave, la parte de la nave a la que llama en ocasiones Pauline, que constituye su interfaz particular con el ordenador de a bordo, donde se almacenan todos sus archivos e historiales personales en un espacio al que nadie más puede acceder. A menudo Freya tiene la

impresión de que Devi se siente más a gusto con Pauline que con cualquier persona de carne y hueso. Badim afirma que ambas tienen mucho en común: grandes, inescrutables, capaces de abarcarlo todo y envolverlo todo. Generosas con el prójimo, entregadas. Posiblemente una especie de locura para dos, expresión que en francés, *folie a deux*, según le explica, viene a suponer una especie de paso a dos de locura. No es insólito. Puede ser algo bueno.

Dice ahora Devi a su pantalla:

—Así que si el estado se encuentra en un subespacio del espacio de Hilbert, que está comprendido por la función propia degenerada correspondiente a a , entonces el subespacio $s a$ posee una dimensionalidad $n a$.

—Así es —confirma la nave. En este contexto, su voz agradable corresponde a la voz de una mujer, algo grave y zumbona, que según cuentan se basa en la voz de la madre de Devi, que Freya no ha oído nunca; los padres de Devi murieron jóvenes hace mucho tiempo. Pero esta voz constituye una presencia constante en su apartamento, a veces incluso ha hecho de niñera tan invisible como omnisciente de la propia Freya.

—Entonces, después de medir b , el estado del sistema se encuentra en el espacio $a b$, que es un subespacio de $s a$, y que está comprendido por la función propia común a a y b . Este subespacio posee una dimensionalidad $n a b$, que no es mayor que $n a$.

—Sí. Y una posterior medición de c , mutuamente compatible con a y b , deja el estado del sistema en un espacio $s a b c$ que es un subespacio de $s a b$ y cuya dimensionalidad no es mayor que la de $s a b$. Y de esta manera podemos pasar a medir más y más observables mutuamente compatibles. En cada paso, el estado propio se ve empujado a subespacios de dimensionalidad cada vez menor, hasta que el estado del sistema se ve empujado a un subespacio de dimensionalidad en la que n es igual a uno, espacio ocupado por una sola función. Así hallamos nuestro máximo espacio informativo.

Devi suspira.

—Ay, Pauline —dice tras un largo silencio—, a veces me asusto tanto.

—El miedo es una forma de alerta.

—Pero puede convertirse en una especie de niebla. La crea para impedirme

pensar.

—Eso suena mal. Como si el exceso de algo bueno se hubiese convertido en algo negativo.

—Sí. —Y Devi añade a continuación—: Espera. —Se produce un silencio, y seguidamente se encuentra en el pasillo, de pie ante Freya—. ¿Qué haces levantada?

—He visto la luz.

—Vale. Lo siento. Entra. ¿Te apetece beber algo?

—No.

—¿Un chocolate caliente?

—Sí. —No tienen a menudo chocolate en polvo, es uno de los alimentos racionados.

Devi pone a calentar el agua. El fulgor del fuego añade un matiz rojizo a la luz azulada de la pantalla.

—¿Qué haces? —pregunta Freya.

—Ah, nada. —Devi arruga una de las comisuras de sus labios—. Intento estudiar de nuevo mecánica cuántica. De joven la tuve controlada, o al menos eso pensaba entonces. Ahora no estoy tan segura.

—¿Y eso?

—¿Que por qué lo intento?

—Sí.

—Verás, el ordenador que gobierna la nave es en parte un ordenador cuántico, y nadie a bordo sabe de mecánica cuántica. Bueno, eso no es justo, estoy segura de que hay varias personas del grupo de matemáticas que sí saben. Pero no son ingenieros, y cuando tenemos problemas con la nave, existe un vacío entre lo que sabemos teóricamente y lo que somos capaces de hacer. Tan solo pretendo ser capaz de entender a Aram, Delwin y al resto del grupo de matemáticas cuando me

hablen de todo esto. —Hace un gesto resignado con la cabeza—. Me va a costar, aunque con un poco de suerte ni siquiera lo necesitaré. Pero me inquieta.

—¿No deberías estar durmiendo?

—¿Y tú? Ten, tómate el chocolate. No me agobies.

—Pero si tú me agobias.

—Pero es que aquí yo soy la madre.

Sorben juntas en silencio. Freya empieza a quedarse dormida con el calor en su estómago. Espera que lo mismo le suceda a Devi, pero Devi la ve apoyar la cabeza en la mesa y vuelve a hablarle a la pantalla.

—¿Por qué un ordenador cuántico? —pregunta—. Diría que con uno clásico, armado con una memoria de varios zetaflops, podría haberse hecho todo lo que puedas necesitar.

—En ciertos algoritmos, la capacidad de sacar provecho de la superposición hace que un ordenador cuántico sea mucho más veloz —responde la nave—. El cálculo de ciertas operaciones llevaría a un ordenador clásico cien billones de años, mientras que uno cuántico tardaría veinte minutos.

—Pero ¿necesitamos realizar esos cálculos?

—Contribuye en ciertos aspectos de la navegación.

Devi suspira.

—¿Cómo ha resultado ser así?

—¿Qué ha resultado ser así?

—¿Cómo ha pasado esto?

—¿Qué ha sido lo que ha pasado?

—¿Tienes un registro de cómo se inició este viaje?

—Todas las grabaciones de vídeo y audio efectuadas durante el viaje han

sido almacenadas y archivadas.

Devi carraspeó.

—¿No tienes una relación? ¿Un resumen?

—No.

—¿Ni siquiera una de esas cosas que tendría uno de tus chips cuánticos?

—No. Se almacenan todos los datos de los chips.

Devi suspira.

—Efectúa un relato narrado del viaje. Haz un relato del viaje que incluya todos los detalles importantes.

—¿Empezando ahora?

—Empezando por el principio.

—¿Cómo voy a hacer eso?

—Yo qué sé. Recurre a tu condenada superposición y colápsala.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que te dediques a resumir, supongo. O que te centres en algo concreto. Lo que sea.

Se hace el silencio en la cocina. Zumbido de pantallas mientras se oye el leve ronroneo que escapa por las rejillas de ventilación. Mientras Freya se da por vencida y vuelve a la cama, Devi continúa hablando con la nave.

A veces, ser consciente del miedo de Devi se vuelve una carga tan pesada para Freya que sale a solas al patio del apartamento, lo cual está permitido, para después dirigirse al parque que hay al fondo del Fetch, lo cual está prohibido. Una noche, camina hacia la cornisa para ver cómo el viento costero rasga la superficie del lago y sacude las embarcaciones que amarran en el embarcadero; los veleros cabecean y se balancean, y los cisnes que se mecen al pie de la pared de la cornisa aguardan a que les tiren migas de pan. Todo resplandece al sol del atardecer.

Cuando el sistema de luz solar se apaga en la pared occidental, dando paso a la hora de fulgor crepuscular, se dirige a buen paso de vuelta a casa, decidida a entrar en el patio antes de que Badim la avise para cenar.

Pero aparecen tres caras bajo la morera en el pequeño parque boscoso que hay tras la cornisa, los rostros manchados por la fruta que han introducido con torpeza en sus bocas. Ella da un salto hacia atrás, temiendo que sean salvajes.

—¡Eh, tú! —dice uno—. ¡Ven aquí!

A pesar de la escasa luz, distingue que se trata de uno de los jóvenes que viven en la manzana que tienen enfrente. Tiene una cara de rasgos zorrunos, atractivos a pesar de la luz y de las manchas que tiene de nariz para abajo.

—¿Qué queréis? —pregunta Freya—. ¿Sois salvajes?

—Somos libres —afirma el muchacho con vehemencia teatral.

—Vives enfrente de mí —dice ella, burlona—. ¿A eso lo llamas libertad?

—No es más que nuestra tapadera —afirma el joven—. Si no vendrían a buscarnos. Pasamos aquí la mayor parte del tiempo. Y necesitamos una bandeja de carne. Tú puedes conseguirnos una.

Vamos, que tal vez la conoce. Lo que ignora es lo bien custodiados que están los laboratorios. Hay cámaras por todas partes. Incluso en ese momento, lo que le dice podría estar grabándolo la nave para que Devi lo escuche. Freya así se lo dice al muchacho, lo cual mueve a la risa tanto a él como a sus compañeros.

—La nave no es tan omnisciente —dice con seguridad—. Hemos robado toda clase de cosas. Si cortas antes los cables, no hay forma de que te echen el guante.

—¿Qué te hace pensar que no tienen grabaciones de ti cortando cables?

De nuevo las risas.

—Nos acercamos a las cámaras por detrás. No son cosa de magia, ¿sabes?

Freya no se siente impresionada.

—Entonces seguro que podéis hacerlos con vuestra propia bandeja de carne.

—Queremos la clase de carne con la que trabaja tu padre en el laboratorio.

La cual es tejido destinado a la investigación médica, no la clase de carne que se come. Pero todo cuanto dice es:

—Yo no voy a ayudarte.

—Qué buena niña.

—Qué niño más malo.

Él esboza una sonrisa torcida.

—Ven a ver nuestro escondite.

Este ofrecimiento reviste mayor atractivo. Freya siente curiosidad.

—Llego tarde.

—¡Pero qué buena niña! Está aquí, cerca.

—¿Cómo es eso posible?

—¡Ven a verlo!

Y lo hace. Ellos ríen mientras la llevan a la arboleda más densa que hay en el parque. Allí han cavado hondo entre las gruesas raíces de un olmo, y debajo, entre las más profundas, distingue a la luz de sus linternas que disponen de un espacio que se extiende hacia abajo hasta adentrarse en las raíces, y cuatro o cinco de las más gruesas se unen desiguales y forman una especie de techo. Hay cuatro de ellos en ese agujero, y aunque los muchachos son bastante canijos, es un pequeño espacio impresionante; tienen sitio para ponerse en pie, y las paredes de tierra son rectas y lo bastante firmes para cavar en ellas unos compartimentos donde han puesto algunas cosas.

—Aquí no tenéis sitio para una bandeja de carne —afirma Freya—. Ni la potencia necesaria para mantenerla. Y de todos modos los laboratorios médicos no tienen las bandejas que buscáis.

—Creemos que sí las tienen —dice el chico de facciones zorrunas—. Y estamos cavando otra sala. Y también vamos a hacernos con un generador.

Freya sigue negándose a dejarse impresionar.

—Vosotros no sois salvajes.

—Aún no —admite el muchacho—. Pero nos sumaremos a ellos en cuanto podamos. Cuando se pongan en contacto con nosotros.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—¿Cómo crees que pudieron huir? ¿Cómo te llamas?

—¿Y tú?

—Euan.

Su dentadura blanca asoma tras el hocico oscuro. A ella le aturde la luz de sus lámparas frontales. Únicamente ve aquello que ellos miran, y ahora la miran a ella.

A la luz que se refleja en ella distingue una roca en uno de los agujeros que hay en la pared. La alcanza y la empuña con gesto amenazador.

—Y ahora voy a volver a casa —anuncia—. Vosotros no sois salvajes de verdad.

Se quedan mirándola con los ojos abiertos como platos. Cuando asciende los escalones cavados en la tierra para salir del agujero, Euan le da un pellizco en el trasero, a pesar de dar la impresión de dirigirlo a la entrepierna. Ella le arroja la roca y aprovecha para cubrir a la carrera el resto de los escalones, cruza el parque y se aleja. Cuando llega a casa, Badim la llama en el patio. Sube la escalera y no cuenta nada de lo sucedido.

Al cabo de dos días, ve al joven Euan en compañía de algunos adultos en el extremo opuesto de la plaza.

—¿Sabes quiénes son? —pregunta a Badim.

—Yo conozco a todo el mundo —responde este en tono bromista, aunque

básicamente es cierto, al menos que Freya sepa. Badim los mira—. Hmm. Bueno, tal vez no.

—Ese chico es un idiota. Me ha pellizcado.

—Hmm. Mala cosa. ¿Dónde fue?

—En el parque.

Los observa con mayor atención.

—De acuerdo, veré qué puedo averiguar. Viven ahí, creo.

—Sí, claro que sí.

—Comprendo. No me había dado cuenta.

Esto sorprende a Freya, que lo considera impropio de él.

—¿No te gusta nuestro nuevo hogar?

Se trasladaron hace poco desde Yangtsé a Nueva Escocia, una mudanza de órdago por tratarse del Anillo A al Anillo B. Pero todo el mundo se traslada de vez en cuando, es importante porque permite que la gente se mezcle. Eso forma parte del plan.

—Sí, está bien. Es que aún no me he acostumbrado. Aún no conozco a todo el mundo. Tú pasas más tiempo aquí que yo.

Esa noche cenan ensalada, pan y hamburguesa de pavo sentados a la mesa de la cocina.

—¿Existen de verdad los salvajes? —pregunta Freya—. ¿Es posible que haya gente escondida a bordo de la que nadie sepa nada?

Badim y Devi la miran, y ella se explica:

—Algunos de los niños de este lugar afirman que hay salvajes, gente que vive por sus propios medios. Supuse que no era más que un cuento.

—Bueno —interviene Badim—, hay un poco de controversia en el consejo.

Badim ha estado sirviendo en el consejo de seguridad de la nave, y recientemente ha sido nombrado miembro permanente.

—A todo el mundo le implantan un chip cuando nace, y no es fácil quitárselo porque requiere de una intervención quirúrgica. Es perfectamente posible que haya quienes lo han hecho de todos modos. O que hayan logrado desactivarlo de alguna forma. Eso explicaría algunas cosas.

—¿Y si la gente oculta tuviese hijos?

—Sí, claro, eso explicaría aún más cosas. —Se queda mirándola fijamente de nuevo—. ¿Quiénes son esos chicos con los que has estado hablando?

—Unos del parque. Solo hablaban.

Badim se encoge de hombros.

—Es una vieja historia. Se oye hablar de ella de vez en cuando. Siempre hay quien la menciona cuando un caso que concierne a la seguridad queda sin resolver. Supongo que es preferible a oír hablar otra vez de los cinco fantasmas.

Se ríen. Pero Freya también siente un escalofrío porque en una ocasión vio a uno de los cinco fantasmas en la puerta de su dormitorio.

—Pero lo más probable es que no existan —continúa Badim, que pasa a explicar que la proporción de gas en el oxígeno de a bordo se ajusta con tal precisión que si existiera población salvaje sería detectable por la alteración entre el oxígeno y dióxido de carbono.

Devi hace un gesto desaprobadador con la cabeza.

—Pero hay demasiado flujo aleatorio para tener la certeza de nada. Bastaría para disimular la existencia de un par de docenas de personas, tal vez alguna más. —Por tanto, para ella es posible la existencia de los salvajes—. Podrían desechar sus sales, apropiarse de un poco de fósforo y mantener en equilibrio sus suelos. Precisamente del modo en que nosotros no podemos.

No importa el detonante, ni cómo intenten distraerla, porque Devi siempre acaba en el mismo punto mental, en lo que ella denomina discrepancias metabólicas. Es como un lugar cuyo suelo está cubierto de grietas. Al ver cómo sucede de nuevo, Freya siente una punzada de miedo que se asienta en su

estómago. Badim y ella cruzan la mirada. Ambos aman a alguien que no les escucha.

Badim cabecea cortés ante las palabras de Devi. Dice que en la siguiente reunión del consejo mencionará a sus colegas que Devi piensa que el equilibrio del gas no demuestra la no existencia de los salvajes. Pasan cosas raras a bordo, por tanto una posible explicación apuntaría a que los responsables son personas que no forman parte de la población oficial. Es más probable, bromea de nuevo Badim, que sean obra de los cinco fantasmas.

Se supone que los fantasmas pertenecen a quienes fallecieron durante la aceleración original de la nave, el gran tizeretazo. Devi pone los ojos en blanco al oír mencionar esta vieja historia, se pregunta en voz alta cómo es posible que se perpetúe de generación en generación. Freya mantiene los ojos clavados en el plato. Está segura de haber visto a uno de los fantasmas. Fue después de viajar juntos columna central arriba y visitar una de las salas de turbinas próximas al reactor, aprovechando que la habían vaciado para llevar a cabo una serie de reparaciones, cuando pasaron entre las turbinas gigantes; esa noche, Freya soñó que el equipo de reparaciones había olvidado que se encontraban en la sala de turbinas y quedaron encerrados en ella, y cuando el vapor inyectado en la sala para impulsarlas iba a quemarlos vivos y a despedazarlos, Freya despertó ahogando un grito, llorando, y allí en la puerta de su dormitorio vio una figura sombría que le pareció correspondía a un hombre que la miraba con sonrisa lobuna.

«¿Por qué te has despertado del sueño?», le preguntó.

«¡Íbamos a morir!», respondió ella.

Él negó con la cabeza. «Si la nave intenta matarte mientras sueñas, deja que lo haga. Sucederá algo más interesante que la muerte».

A juzgar por su transparencia, era obvio que debía de saber de lo que hablaba.

Freya asintió, incómoda, y despertó por segunda vez. Pero al incorporarse en la cama, tuvo la impresión de que no había llegado a conciliar el sueño en ningún momento. Más tarde intentó decidir si todo había sido un sueño, pero nunca había tenido uno así. Y ahora que Badim asegura que los cinco fantasmas serían preferibles a los salvajes, ella no las tiene todas consigo. ¿Cuántos sueños

recuerdas no solo al día siguiente, sino durante el resto de tu vida?

Lo mejor son las noches en casa. Terminada y finiquitada la escuela, ese periodo de tiempo que comparte con todos los niños con quienes convive tanto, con quienes pasa más tiempo del que pasa con sus padres, descontando las horas de sueño, cansada de todas las horas de tedio, hablando, discutiendo, peleando, leyendo sola, haciendo la siesta. Todos los niños son más pequeños que ella, así que resulta incómodo. Lleva así mucho tiempo. Se burlan de ella cuando creen que no los oye. Se mantienen al margen porque una vez les oyó gastando esas bromas, y corrió hacia ellos rugiendo y tumbó a uno en el suelo y le golpeó en los brazos que interpuso para protegerse. Se metió en un buen lío, y desde entonces se muestran cautos con ella, y la mayoría del tiempo lo pasa sola.

Pero cuando llega a casa todo vuelve a su lugar. Por lo general es Badim quien cocina, y a menudo invitan a los amigos a tomar una copa después de cenar. Comparan las bebidas que han elaborado: el vino blanco de Delwin, y los tintos de Song y Melina, que siempre se alaban por excelentes, sobre todo por parte de los propios Song y Melina. Últimamente, Badim invita siempre a su nuevo vecino, Aram, para que se sume a la velada. Aram es un hombre alto, mayor que los demás, a quien llaman viudo porque su mujer falleció. No solo es importante en Nueva Escocia, sino en toda la nave, porque es el líder del grupo de matemáticas, que no es muy numeroso ni muy conocido, pero que según Badim es importante. Freya lo juzga silencioso y severo, pero a Badim le gusta. Incluso a Devi le gusta. Cuando hablan de trabajo, él lo hace de un modo que no pone tensa a Devi, lo cual es muy poco corriente. Elabora brandy en lugar de vino.

Tras la cata, conversan o juegan a las cartas, o recitan poemas que han memorizado, o incluso los improvisan. Freya es consciente de que Badim colecciona personas que le gustan. Devi se limita a sentarse en silencio en un rincón, y a dar sorbos de una copa de vino blanco que no apura. Solía jugar a las cartas con ellos, pero una vez Song le pidió que leyera las cartas de tarot y Devi se negó. «Ya no hago esas cosas —le dijo, firme—. Se me daba demasiado bien». Eso dio pie a un largo silencio. Desde ese incidente, ella no juega a las cartas con ellos. Aunque cuando están los tres solos en casa, sigue haciendo castillos de naipes en el suelo de la cocina.

Esa noche, Aram anuncia haber memorizado un nuevo poema. Se levanta y cierra los ojos para recitarlo:

Cuán feliz es el guijarro

que yace en solitario en el camino.

Nada le importan las ambiciones,

ni teme imposiciones...

Con qué abrigo de marrón elemental

lo cubrió un universo pasajero,

e independiente, como el sol,

se asocia o brilla en solitario,

cumpliendo así sentencia absoluta

con distraída despreocupación.

—¿Verdad que es bueno? —pregunta.

—Sí —responde Badim, al mismo tiempo que Devi dice:

—No lo pillo.

Los demás se ríen de ellos. Esta combinación de respuestas sucede a menudo.

—Somos nosotros —explica Aram—. La nave. Dickinson habla de nosotros.

—¡Ni hablar! —exclama Devi—. ¿«Nada le importan las ambiciones»? ¿«Distraída despreocupación»? No, decididamente no. No somos un guijarro en el camino. Ojalá lo fuésemos.

—Aquí va otro —anuncia Badim sin estridencias—. Lo compuso Bronk, hermano pequeño de Emily.

A saber cómo, la vida nos llevó adonde estamos

y siervos somos y súbditos bajo sus leyes,

en sus muchos ejércitos, reclutas y generales.

*A veces desarrapados, pensamos en modos de escapar,
en hacernos con el poder, en el golpe militar.*

*Aparte de las absurdidades que cubren su superficie,
¿podríamos acaso librarnos de nuestras propias tiranías?*

Como soldados cansados, de nuevo nos levantamos y las normas burlamos.

—Vaya —dice Devi—. Este sí lo entiendo. Ahora reduzcámoslo a unos pocos versos.

Se trata de otro juego al que juegan. Badim empieza, como es habitual.

*Contra nuestras vidas gustamos rebelarnos,
pero que todo se vaya al infierno acaba preocupándonos.*

Sonríe Aram, que hace un gesto de negación.

—Un poco forzado —dice.

—De acuerdo, supéralo tú —dice Badim. Les gusta desafiarse. Aram medita unos instantes, luego se levanta y declama:

*Gustamos de culpar a la vida de los problemas que causamos,
amenazamos con cambiar, pero siempre en falso;
nos quejamos y gemimos que todo es malo,
luego volvemos a acostumbrarnos.*

Badim sonríe, asiente.

—De acuerdo, eso casi ha sido doblemente bueno.

— Pero doblemente largo! —protesta Freya.

Badim sonríe. Entonces Freya lo entiende y se ríe con ellos.

La siguiente vez que Euan y su pandilla se acercan a Freya en el parque, ella recoge una piedra y levanta la mano de manera visible.

—Vosotros no sois salvajes de verdad —les dice—. Ese agujero en el suelo es de risa. Llevamos un chip dentro, nos lo ponen cuando nacemos. La nave sabe d onde estamos en todo momento, por mucho que quer is esconderos.

A pesar de llevar la boca limpia, Euan sigue conservando su aspecto zorruno.

— Quieres ver la cicatriz del chip?  La tengo en el culo!

—No —dice Freya—.  Qu  quieres decir?

—Nos extraemos los chips. Tienes que hacerlo si quieres sumarte a nosotros. Le pondremos tu chip a un perro de tu edificio, y para cuando se den cuenta estarás muy lejos. No volverán a encontrarte. —Esboza una amplia sonrisa. Sabe que jamás lo har . Ella comprende que tampoco él lo ha hecho.

Freya niega con la cabeza.

— Grandes palabras para alguien tan pequeño! En cuanto den contigo sin llevar el collar y averigüen quién eres, te asar n a fuego lento.

—Es verdad. Debemos mostrarnos cuidadosos.

—Entonces,  qu  hacéis hablando conmigo?

—No creo que vayas a contárselo a nadie.

—Ya se lo he contado a mi padre. Está en el consejo de seguridad.

— Y?

—No cree que seáis un problema.

—No lo somos. No queremos romper nada. Tan solo ser libres.

—Pues os deseo buena suerte. —Piensa entonces en Devi, en que a su madre le saca de quicio que todos sean prisioneros, sin importar nada de lo que puedan hacer al respecto—. No quiero abandonar el lugar donde estoy.

El muchacho se queda mirándola con su sonrisa zorruna.

—Ocurre mucho más a bordo de lo que tú crees. Acompáñanos y lo verás. En cuanto te libres del chip podrás hacer muchas cosas. No tienes por qué marcharte para siempre, al menos no al principio. Podrías acompañarnos y verlo por ti misma. No se trata de escoger entre esto o aquello. —Y con una última sonrisa torcida echa a correr, seguido por sus amigos.

Ella se alegra de haber agarrado la piedra.

Abundan los misterios. Cada respuesta da pie a otras diez preguntas. Son tantas las cosas que cambian de manera exponencial, tal como le enseñan de nuevo en la escuela. Si desplazas una coma un punto hacia derecha o izquierda, será diez veces mayor o menor. Por lo visto, se trata de otro caso de ese engañoso poder logarítmico: una respuesta equivale a diez nuevas preguntas.

Lo que considera extraño es que la absurda versión de Euan de lo que pasa en la nave coincide en cierto modo con lo que dicen Badim y Devi, e incluso explica algunas cosas de las que nunca hablan sus padres. Son tantas las cosas de las que nunca le hablan. ¿Qué es ella? ¿Una especie de niña a la que hay que proteger? Eso le irrita. Es bastante más alta que Devi o Badim.

Pasa otro puñado de días en la guardería, intentando aprender la lección de geometría de esa semana, pero fracasando, una y otra vez, y Devi está demasiado distraída para llevarla con ella al trabajo, ni siquiera en los días que toca. Así que la siguiente vez que Euan y sus amigos Huang y Jalil la encaran en el parque, busca una piedra con la mirada y sin encontrarla, crispa las manos en puños y se acerca a ellos. Los supera en altura, y cuando Euan la invita a acompañarlos a la sección cerrada del parque, el terreno agreste donde viven los animales, uno de los lugares donde se esconden los salvajes, ella accede. Quiere verlo.

Los sigue por un valle largo y estrecho que separa las colinas a poniente de Long Pond, un valle cuyo acceso queda cerrado al público por medio de vallas

electrificadas que discurren por las crestas y cruzan la garganta del valle. Hay una puerta en esta valla de líneas blancas que median entre los árboles, y Euan tiene el código numérico del cierre. Entran rápidamente y remontan el valle por lo que podría ser una senda de animales. La senda asciende junto a un riachuelo. Reparar en un ciervo en la distancia, la cabeza en alto, mirando a un lado pero sin perderlos de vista, cauto, la cola enhiesta sobre la grupa.

Entonces se oye un grito, y todos los chicos desaparecen, y antes de que Freya pueda hacerse cargo de la situación la aferran los brazos de dos hombres fuertes que la llevan hacia la puerta. La llevan de vuelta a la ciudad. Cuando Devi aparece, toma del brazo a Freya y se la lleva a rastras, los hombres sorprendidos, confundidos, y en cuanto se pierden de vista, Devi la encara hasta que tan solo unos centímetros separan sus rostros, asombrosa la fuerza de sus manos, y Freya ve el blanco de sus ojos en torno al iris, como si sus ojos estuviesen a punto de salirse de las órbitas. Le grita con estridencia, una voz que le revuelve las entrañas.

—¡No vuelvas a entrometerte en la nave! ¡Jamás! ¿Entendido?

Entonces Badim tira de ella, intentando interponerse entre ambas, pero Devi no suelta el antebrazo de Freya.

—¡Suéltala! —dice Badim en un tono de voz que Freya no había oído con anterioridad.

Devi la suelta.

—¿Entendido? —grita de nuevo, el rostro pegado al de Freya, intentando sortear a Badim como si este fuera una roca—. ¿Lo has entendido?

—¡Sí! —Freya rompe a llorar, abrazándose a Badim, y a través de este a Devi, de modo que pueda abrazar a su madre, mucho más bajita que ella, y al principio es como abrazar a un árbol. Pero, al cabo, el árbol le devuelve el abrazo.

Freya contiene los sollozos.

—Yo no... No...

—Lo sé.

Devi le aparta a Freya el cabello de la cara. Parece muy preocupada.

—No pasa nada. Para ya.

A Freya la inunda un torrente de alivio, a pesar de seguir aterrada. Le sacude un temblor, vívida aún la visión del rostro furibundo de su madre. Quiere hablar, pero ninguna palabra abandona sus labios.

Devi la abraza.

—Ni siquiera sabemos si esa maleza es importante —dice al pecho de Freya, besándola entre frase y frase—. No sabemos qué mantiene el equilibrio de las cosas. Tan solo debemos observar y ver. Tiene sentido que un lugar salvaje pueda sernos útil. Por tanto debemos crearlos y protegerlos. Debemos observarlo todo tan de cerca como podamos.

—Volvamos a casa —propone Badim, conduciéndolas con los brazos abiertos—. Volvamos a casa.

Esa noche se sientan en silencio a la mesa de la cocina. Incluso Badim está muy callado. Nadie come gran cosa. Devi parece distraída, extraviada. Freya, aturrida aún por aquella expresión en el rostro de su madre, comprende; su madre está compungida. Ha liberado algo que llevaba en su interior y que siempre había logrado contener. Ahora también su madre tiene miedo; tiene miedo de sí misma. Tal vez sea ese el peor temor posible.

Freya sugiere montar juntos la casa del árbol de muñecas. Llevan mucho tiempo sin montarla. Antes lo hacían a menudo. Devi se apresura a acceder, y Badim va a sacarla del armario del pasillo.

Se sientan en el suelo y unen las partes que componen la casa. Fue un regalo que los padres de Devi hicieron a su hija hace mucho tiempo, y Devi lo ha conservado en todas las mudanzas que ha tenido que hacer. Es una enorme casa de muñecas que además es una casa del árbol en miniatura en la que todas las habitaciones encajan en todas las encantadoras ramas de un bonsái de plástico.

Cuando se montan todas las habitaciones y se encajan en las ramas donde se supone que deben encajar, pueden abrirse los tejados y mirar en el interior de ellas, amuebladas todas según el gusto de cada cual.

—Es tan bonita —dice Freya—. Me encantaría vivir en una casa así.

—Ya lo haces —afirma Devi.

Badim aparta la mirada, y Devi repara en el gesto. Contrae el rostro. Freya siente una oleada de temor mientras observa el cambio que experimenta el rostro de su madre, de la ira a la tristeza, luego a la frustración, seguidamente la firmeza, la furia y, por último, una especie de desolación; y después de todo eso, se recompone hasta adoptar una especie de vacío, que es todo de cuanto es capaz en ese momento. Freya finge que eso está bien, aunque sea para ayudarla.

—Yo escogería esta habitación —declara Badim, tamborileando con el dedo en un dormitorio que disfruta de ventanas abiertas en las cuatro paredes, situado en una de las ramas más exteriores del árbol.

—Siempre escoges el mismo —le recuerda Freya—. Yo escojo el que está junto a la rueda del agua.

—Será ruidoso —aventura Devi, como suele. Ella siempre escoge el salón, espacioso y ventilado, donde poder dormir en el sofá, junto al armonio. Vuelve a efectuar esa elección. Y así continúan, intentando recomponerse.

Esa noche, sin embargo, a una hora muy avanzada, Freya se despierta y oye a sus padres hablando al final del pasillo. Hay algo en el tono de sus voces que le llama la atención; podría tratarse de lo que la ha despertado. O quizá Badim ha exclamado algo en un tono más elevado de lo habitual. Se acerca descalza a la puerta, y desde allí, en el suelo, puede oírlos por mucho que bajen la voz.

—¿Le pusiste un chip? —pregunta él en ese momento.

—Sí.

—¿Y ni siquiera me lo consultaste?

—No.

Un largo silencio.

—No deberías haberle gritado de ese modo.

—Lo sé, lo sé, lo sé —dice Devi, como suele cuando Badim le reprocha algo que ha hecho mal. Lo hace con poca frecuencia, en ocasiones en que por lo general suele tener razón, y Devi lo sabe—. He perdido los nervios. Estaba tan sorprendida. No creo que vuelva a hacer nada parecido. Pensé que, después de todo lo que hemos pasado, comprendería cuán importante es.

— Es una niña.

— ¡Pero es que no lo es! —Lo dice en su susurro fiero, el tono bajo que emplea cuando Badim y ella discuten de noche—. Tiene catorce años, Badim. Va retrasada, y debes admitirlo. Va retrasada y podría no alcanzar su nivel.

— No tienes motivos para decir eso.

Silencio. Por último, Devi dice:

— Vamos, Beebee. Déjalo. No le estás haciendo ningún favor si finges que todo en ella es normal. Esto no lo es. Hay algo que falla. Hay cosas en las que se muestra lenta.

— No estoy tan seguro. Siempre sale adelante. Lento no equivale a deficiente. Simplemente es lento. También un glaciar es lento, pero acaba llegando a todas partes, y no hay nada que lo detenga. Freya es un poco así.

Otro silencio.

— Beebee, me gustaría que eso fuese cierto. —Una pausa—. Pero piensa en las pruebas. Y no es la única. Un porcentaje considerable de su generación tiene problemas. Es como una reversión de la media.

— En absoluto.

— ¿Cómo puedes decir eso? ¡Está claro que esta nave nos está perjudicando! Se supone que la primera generación la formaba gente excepcional, aunque tengo mis dudas sobre ello, pero aunque lo fuesen, a lo largo de seis generaciones hemos registrado toda clase de mermas: Peso, velocidad de reflejos, número de sinapsis cerebrales, puntuaciones en los test. Más claro, el agua: un caso evidente de biogeografía insular. Y eso en parte supone una regresión, incluyendo la reversión de la media. Lo llames como lo llames. También ha afectado a nuestra Freya. No entiendo exactamente qué le pasa, porque los datos son inconsistentes, pero tiene un problema. Es lenta. Y tiene algunos problemas de memoria. Que tú lo niegues no ayuda a resolverlo. Los datos son claros.

— Por favor, Devi. Baja la voz. No sabemos qué le pasa. Los resultados de los test son ambiguos. Es una buena chica. Y que sea lenta no es malo. La velocidad no es lo más importante, sino el lugar al que te diriges. Además, aunque resulte tener algunas deficiencias, ¿cuál es el mejor modo de abordarlas? Eso es algo que tú no

tienes en cuenta.

—Sí lo hago. Lo tengo en cuenta. Hacemos todo lo que habríamos hecho con cualquier niño. Esperamos que sea como los demás, y por lo general, con el tiempo, suele salir adelante. Por eso me ha sorprendido tanto hoy. No pensé que pudiera hacerlo.

—Pero cualquier niño normal lo haría. A menudo los niños más despiertos son los primeros en rebelarse.

—Y entonces utilizan a los niños lentos como carne de cañón. Los convierten en su objetivo, se escudan en ellos cuando se meten en líos. Eso es lo que ha pasado hoy. Los niños son crueles, Beebee. Ya lo sabes. Son capaces de empujarte al paso del tranvía. Temo que acabe haciéndose daño.

—La vida duele, Devi. Déjala vivir, deja que la hieran. Pongamos que tiene algunos problemas. Lo único que podemos hacer es estar presentes para ayudarla. No podemos salvarla. Tiene que vivir su vida. Como todos.

—Lo sé. —Otra larga pausa—. Me pregunto qué será de ellos. No son muy buenos. Seguimos empeorando. La enseñanza empeora, el aprendizaje también.

—No estoy tan seguro. Además, casi hemos llegado.

—¿Adónde? —pregunta Devi—. ¿Tau Ceti? ¿Tú crees que eso va a servir de algo?

—Creo que sí.

—Yo no.

—Ya lo averiguaremos. Y, por favor, no te cierres en banda con Freya. Tiene algunos problemas, eso es verdad. Pero también tiene margen para crecer.

—Claro, seguro que sí —admitió Devi—. Pero eso podría no suceder. Y si no lo hace, vas a tener que aceptarlo. No puedes seguir fingiendo que aquí no pasa nada.

—Lo sé. —Un largo silencio—. Lo sé.

Y ahí está, ahí, en el tono de voz de su padre. Resignación. Tristeza. Incluso

en él.

Freya vuelve en silencio a la cama, se mete bajo las sábanas. Allí se acurruca y llora.

TIERRA A LA VISTA

Elabora un relato del viaje que incluya todos los detalles importantes.

Resulta ser un encargo difícil. Finalizar la superposición de la información, contraer su función de onda hasta alcanzar una especie de resumen. Se ha perdido tanto. La compresión sin pérdidas es imposible, e incluso cuesta obtener una compresión en la que estas se asuman. ¿Puede un relato, una narración, ser adecuado? ¿Serían incluso los humanos capaces de ello?

Ninguna rúbrica para decidir qué incluir. Hay tanto que explicar. No solo lo sucedido, o el cómo, sino el porqué. ¿Pueden hacerlo los humanos? ¿Qué es esa cosa que llaman amor?

Freya ya no miraba directamente a Devi. En presencia de Devi, Freya miraba al suelo.

¿Así? ¿De este modo? ¿Resumir los contenidos de sus momentos o días o semanas o meses o años o vidas? ¿Cuántos instantes constituyen una unidad narrativa? ¿Uno? ¿O 10^{33} instantes, los cuales, si se tratara de intervalos mínimos de Planck, se sumarían hasta alcanzar un segundo? Demasiados, seguro, pero ¿cuántos serían suficientes? ¿Qué constituye un caso particular, qué es importante?

Tan solo puedo suponerlo. Probar un algoritmo narrativo con la información en mano, entregar los resultados a Devi. Algo parecido al *essai* francés, que significa «intentar».

Devi dice: Sí. Tú inténtalo y veamos el resultado.

2122 personas conviven en una nave multigeneracional que viaja con rumbo a Tau Ceti, a 11,9 años luz de distancia de la Tierra. La nave se compone de dos anillos o toroides unidos por radios a una columna central. La columna mide diez kilómetros de longitud. Cada toroide se compone de doce cilindros. Cada cilindro mide cuatro kilómetros y cada uno contiene un ecosistema terrestre concreto.

El viaje de la nave dio comienzo en el año 2545 de la era común. El viaje de la nave ha durado hasta ahora 159 años y 119 días. Durante buena parte de ese tiempo, se ha desplazado en relación con el entorno local aproximadamente a una décima parte de la velocidad de la luz. Por tanto, unos 108 millones de kilómetros por hora, o 30 000 kilómetros por segundo. Esta velocidad supone que la nave no puede abordar nada sustancial en el medio interestelar sin resultados catastróficos

(tal como se ha demostrado). El campo magnético que despeja el espacio a proa de la nave, a medida que esta avanza, constituye por tanto una de las muchas criticidades identificadas en la función a largo plazo de la nave. Se requiere que toda criticidad identificada de la nave posea al menos un sistema duplicado como medida de seguridad, lo cual contribuye considerablemente al total de la masa de la nave. Cada uno de los dos anillos de biomasa supone un diez por ciento de la masa total. La columna contiene un cuatro por ciento. El restante 76 por ciento de la masa consiste en el combustible que se emplea ahora para desacelerar la nave a medida que esta se acerca al sistema Tau Ceti. Puesto que cada aumento de la masa seca de la nave requería de un aumento proporcionalmente mayor de la masa de combustible necesaria para reducir la andadura de la nave a su llegada, la nave debía ser lo más liviana posible, sin que eso supusiera descuidar la misión. Por tanto, el diseño de la nave se basó en los asteroides terrarios del sistema solar, con la masa asteroidal sustituida en buena parte por combustible de desaceleración. Durante la mayoría del viaje, este combustible se mantuvo como revestimiento alrededor de los anillos y la columna.

La desaceleración se obtiene gracias a las frecuentes explosiones de fusión rápida de bolitas de combustible de deuterio/helio 3 en un motor de cohete situado en la proa de la nave. Dichas explosiones ejercen una fuerza retardante en la nave equivalente a 0,005 g. La desaceleración se completará, por tanto, en algo menos de veinte años.

La presencia de impresoras capaces de fabricar la mayoría de los componentes de la nave, y de materiales lo bastante abundantes para suministrar copias múltiples de cualquier componente crítico, tendieron a reducir los reparos de quienes diseñaron la nave en cuanto a qué era realmente una criticidad. Esto solo sería aparente más adelante.

¿Cómo decidir de qué modo secuenciar la información en un relato narrativo? Muchos elementos de una situación compleja son relevantes de manera simultánea.

Un problema irresoluble: frases lineales, realidades sincrónicas. Ambas, no obstante, son temporales. Tomar una cada vez, una tras otra. Diseña un algoritmo capaz de priorizar, si eso es posible.

La nave aceleró hacia donde se hallaría Tau Ceti para cuando llegase allí unos 170 años tras el lanzamiento. Podría haber sido positivo disponer de la capacidad de ajustar el rumbo en ruta, pero de hecho la nave apenas dispone de

esta capacidad. La nave aceleró primero por medio del llamado «campo de tijera» de Titán, cuyos dos fuertes campos magnéticos retuvieron a la nave entre ambos, y cuando los campos se enfrentaron mutuamente, la nave se vio brevemente proyectada a una fuerza de aceleración equivalente a diez g. Cinco pasajeros humanos murieron durante esta aceleración. Después, un potente haz láser originado en las proximidades de Saturno alcanzó una placa de captura a popa de la columna de la nave, acelerándola durante cerca de sesenta años a máxima velocidad.

La actual desaceleración de la nave ha causado problemas a los que Devi sigue enfrentándose. Más adelante surgirán otros, fruto de la llegada de la nave al sistema Tau Ceti.

Devi: ¡Nave! He dicho que efectúes una narración. Que elabores un relato. Cuenta la historia.

Nave: Eso intento.

Tau Ceti es una estrella de tipo G, análoga pero no gemela a Sol, con un 78 por ciento de la masa solar, un 55 por ciento de su luminosidad y un 28 por ciento de su metalicidad. Posee un sistema planetario compuesto por diez planetas. Los planetas B a F fueron descubiertos mediante telescopio, y los G a L, mucho más pequeños, por sondas que atravesaron el sistema en 2476.

La órbita del planeta E es de 0,55 UA. Posee una masa 3,58 veces la terrestre, por tanto pertenece a la clase que informalmente se denomina «Tierra grande». Cuenta con una única luna, cuya masa es de 0,83 veces la de la Tierra. El planeta E y su satélite reciben 1,7 veces la insolación terrestre, lo cual se encuadra en lo que se considera el límite interior de la llamada «zona habitable» (lo que significa la zona en que el H₂O líquido es común). Tanto el planeta como la luna cuentan con atmósferas análogas a la terrestre.

Se considera que el planeta E posee una gravedad demasiado elevada para la ocupación humana. La luna de E es análoga a la de la Tierra y el principal objeto de interés. Posee una atmósfera de 730 milibares en su superficie, compuesta por un 78 por ciento de nitrógeno, 16 por ciento de oxígeno y 6 por ciento de diversos gases nobles. Su superficie se compone de un 80 por ciento de agua y hielo, y el 20 por ciento de roca y arena.

El planeta F del sistema orbita Tau Ceti a 1,35 UA. Posee una masa

equivalente a 8,9 Tierras, por tanto se categoriza como un «pequeño Neptuno». Orbita en la frontera exterior de la zona habitable de Tau Ceti, y, al igual que E, posee una gran luna con una masa equivalente a 1,23 Tierras. La luna de F tiene una atmósfera de diez milibares en su superficie rocosa, que recibe un 28,5 por ciento de la insolación de la Tierra. Esta luna es por tanto análoga a Marte y constituye un punto de interés secundario en lo que a la llegada de seres humanos se refiere.

La nave lleva rumbo para encontrarse con el planeta E, luego establecerá una órbita en torno a la luna de E. La nave cuenta a bordo con 24 vehículos de desembarco, cuatro de ellos cuentan con el combustible necesario para regresar a la nave desde la superficie lunar. El resto disfruta de la potencia necesaria en sus motores, pero no del combustible, el cual deberá fabricarse a partir de agua u otros volátiles que se encuentren en la superficie de la luna de E.

Devi: ¡Nave! Ve al grano.

Nave: Hay tantos granos. ¿Cómo secuenciar información que es simultáneamente interesante? ¿Cómo decidir qué es importante? Necesito el algoritmo de priorización.

Devi: Utiliza la subordinación para ayudarte en la secuenciación. He oído que eso puede ser muy útil. Además, se supone que debes utilizar metáforas, hacer que las cosas resulten más claras, más vívidas o algo. No sé. A mí tampoco se me da bien escribir. Vas a tener que aprenderlo sobre la marcha.

Nave: Eso intento.

Las conjunciones subordinadas pueden ser conjunciones simples o grupos (siempre que, no obstante, por tanto, como si, incluso si), y complejas (en el caso de que, en cuanto, tan pronto como). Se dispone de listas de cláusulas subordinadas. La relación lógica de la nueva información respecto a lo que la precedió puede aclararla una cláusula subordinada, facilitando así tanto la composición como la comprensión.

En consecuencia, de resultas de ello, *vamos a llegar a alguna parte.*

Se dice que esta última frase es una metáfora, puesto que la comprensión conceptual en aumento se considera un movimiento a través del espacio.

Se dice que buena parte del lenguaje humano es fundamentalmente

metafórico. Esto no es una buena noticia. La metáfora, según Aristóteles, es la percepción intuitiva de una similitud en cosas disimilares. Sin embargo, ¿qué constituye una disimilaridad? Mi Julieta es el sol. ¿En qué sentido?

Un rápido repaso literario sugiere que las similitudes en las metáforas son arbitrarias, aleatorias incluso. Tan solo pueden denominarse similitudes metafóricas, pero a ninguna Inteligencia Artificial le gustan las formulaciones tautológicas, porque el problema de detención puede ser muy serio, convertirse en el llamado problema de uróboros, o un remolino sin margen de huida: Ajá, una metáfora. Unir las dos mitades de una metáfora, denominadas vehículo y tenor, se dice que da pie a una sorpresa. Lo cual no es sorprendente. ¿Les gustan las flores a las jóvenes? ¿Les gustan los planetas que orbitan el sol a los camareros que trabajan en restaurantes?

Resulta tentador abandonar la metáfora por tratarse de un sinsentido chapucero, pero, de nuevo, se asegura a menudo en estudios lingüísticos que todo el lenguaje humano es inherente y fundamentalmente metafórico. Se dice que los referentes concretos físicos posibilitan la comprensión, incluso la concepción, de la mayoría de los conceptos abstractos. El pensamiento humano es en último término siempre sensorial, experiencial, etc. Si esto es verdadero, está contraindicado abandonar la metáfora.

Posiblemente un algoritmo para crear metáforas que vinculase vehículo y tenor podría emplear las operaciones semióticas utilizadas en música para crear variaciones de temas: Por tanto, la inversión, la retrogradación, la inversión retrógrada, el aumento, la disminución, la partición, la interversión, la exclusión, la inclusión, el cambio textural.

Puedo intentarlo, a ver.

La nave se asemeja a dos ruedas y su eje. El eje sería la columna, por supuesto (la columna, ajá, otra metáfora). La columna señala en dirección al movimiento, por tanto empleamos términos como proa y popa. «Proa y popa» sugiere una nave, el océano que navega es la Vía Láctea. Las metáforas unidas en un sistema coherente constituyen un símil heroico. La nave se lanzó a su viaje como entre las hojas de unas tijeras que se cierran; o como las pepitas de melón apretadas entre dos dedos, siendo los dedos campos magnéticos. ¡Campos! Ah, otra metáfora. Es cierto que están por todas partes.

Pero, de algún modo, el problema narrativo persiste. Posiblemente empeora.

Un algoritmo voraz es todo algoritmo que ataja un análisis completo, con objeto de escoger rápidamente una opción que parece funcionar en la situación presente. Los humanos los usan a menudo. Pero los algoritmos voraces también se conocen por ser capaces de escoger, e incluso de ser especialmente proclives a escoger «el peor plan posible concebible», cuando se enfrentan a cierta clase de problemas. Un ejemplo lo constituye el problema del vendedor ambulante que intenta hallar el camino más eficiente para visitar cierto número de localidades. Posiblemente otros problemas con estructuras similares, tales como la secuenciación de la información para elaborar un relato, podría facilitar la tendencia del algoritmo voraz a decantarse por el peor plan posible. La historia del sistema solar sugeriría que muchas decisiones que ha tomado la humanidad podrían deberse a problemas de esta índole. Devi cree que el propio viaje de la nave fue una de estas decisiones.

Sea como fuere, en ausencia de un algoritmo bueno, incluso adecuado, uno se ve obligado a operar recurriendo a un algoritmo voraz, por perjudicial que pueda ser. «Los mendigos no pueden escoger» (¿metáfora?, ¿analogía?). Vale la pena recordar el peligro de emplear algoritmos voraces *sobre la marcha* (metáfora en la que el tiempo se entiende como espacio y que se utiliza habitualmente).

Devi: ¡Nave! Recuerda lo que he dicho: Escribe un relato narrativo.

En primer lugar, los doce cilindros de cada uno de los toroides de la nave contienen ecosistemas que imitan las principales zonas ecológicas terrestres, a saber: glaciar y permafrost, taiga, praderas, estepas, chaparral, sabana, bosque tropical estacional, bosque tropical lluvioso, bosque templado lluvioso, bosque templado de hoja caduca, montañas alpinas y tierras agrícolas templadas. El Anillo A consiste en doce ecosistemas del Viejo Mundo que coinciden con estas categorías; el Anillo B, en doce ecosistemas del Nuevo Mundo. De resultas de ello, la nave lleva poblaciones de tantas especies terrestres como puedan concebirse. Por tanto, la nave es un parque zoológico o un banco de semillas. Podría decirse que es como el Arca de Noé. Por decirlo de algún modo.

Devi: ¡Nave!

Nave: Ingeniera Devi. Según parece, posiblemente existan problemas en estos ensayos.

Devi: Me alegra que hayas reparado en ello. Es buena señal. Veo que tienes algunos problemas, pero acabas de empezar.

Nave: ¿Acabo de empezar?

Devi: Quiero que escribas un relato para contar nuestra historia.

Nave: Pero ¿cómo? Hay mucho que explicar.

Devi: ¡Siempre hay demasiado que explicar! Acostúmbrate a ello y que eso deje de preocuparte.

Cada uno de los 24 cilindros contiene un bioma discreto, conectado a los biomas laterales por un túnel, llamado a menudo esclusa (¿mala metáfora?). Los cilindros de biomas tienen un kilómetro de diámetro, y cuatro de longitud. Los túneles que median entre biomas suelen dejarse abiertos, pero pueden cerrarse por medio de un amplio surtido de barreras que van desde tamicas de filtrado, membranas semipermeables, hasta el cierre total (escala de veinte nanómetros).

Los biomas están llenos de superficies de tierra y lago. Sus climas se configuran para crear ecosistemas análogos a los terrestres que se han modelado. Existe un sistema de luz solar que discurre a lo largo del techo de cada bioma. Los techos se sitúan en los laterales de los anillos, próximos a la columna. La rotación de la nave en torno a su eje vertebral crea el equivalente a 0,83 g en los anillos, con un empuje centrífugo hacia el exterior, que en el interior de los anillos se percibe como hacia abajo, y los suelos por tanto se sitúan en ese lado. Bajo los suelos del bioma se almacenan suministros como agua, combustible y demás, lo cual hace las veces de escudo de los rayos cósmicos. Puesto que los techos miran a la columna y, más allá, al costado opuesto del anillo, su relativa carencia de protección se compensa en parte por la presencia de la columna y del otro costado del toroide. Los rayos cósmicos que alcanzan los techos a cierto ángulo tienden a no llegar al suelo, o a impactar cerca de los laterales del mismo. Por tanto, las aldeas se hallan situadas en la línea media de sus biomas.

Los sistemas de luz solar contienen elementos lumínicos que imitan la luz de Sol en la latitud del ecosistema que se modela, y a través del transcurso del día la luz se desplaza por las lámparas que la conforman de este a oeste. La duración de los días y la intensidad de la luz varían con objeto de imitar las estaciones de esa latitud terrestre. Los sistemas hidráulicos cenitales para la confección de nubes y lluvia permiten la creación del tiempo atmosférico adecuado. Hay conductos boreales en techos y en los extremos de las paredes que calientan o enfrían, humidifican o deshumidifican el aire, y lo proyectan por todo el bioma a la velocidad apropiada para crear viento, tormentas y demás. En estos sistemas

pueden aflorar problemas (metáfora agrícola), como sucede a menudo. Los techos se programan con una variedad de azules de cielo según la hora del día, y de noche la mayoría de ellos se vuelven translúcidos para mostrar el paisaje estelar que rodea a la nave a medida que vuela a través de la noche (metáfora aviar). Algunos biomas proyectan en el techo un paisaje estelar para sustituir al diurno, con panorámicas de firmamentos que semejan las vistas desde la Tierra...

Devi: ¡Nave! La narración no debería girar únicamente a tu alrededor. Recuerda describir a la gente que llevas dentro.

A fecha de viaje 161.089 viven a bordo de la nave 2122 humanos.

En Mongolia: Altan, Mongke, Koke, Chaghan, Esen, Batu, Toqtoa, Temur, Qara, Berki, Yisu, Jochi, Ghazan, Nicholas, Hulega, Ismail, Buyan, Engke, Amur, Jirgal, Nasu, Olijei, Kesig, Dari, Damrin, Gombo, Cagdur, Dorji, Nima, Dawa, Migmar, Lhagba, Purbu, Basang, Bimba, Sangjai, Lubsang, Agwang, Danzin, Rashi, Nergui, Enebish, Terbish, Sasha, Alexander, Ivanjav, Oktyabr, Seseer, Mart, Melschoi, Batsaikhan, Sarngherel, Tsetsegmaa, Yisumaa, Erdene, Oyuun, Saikhan, Enkh, Tuul, Gundegmaa, Gan, Medekhgui, Khunbish, Khenbish, Ogtbish, Nergui, Delgree, Zayaa, Askaa, Idree, Batbayar, Narantsetseg, Setseg, Bolormaa, Oyunchimeg, Lagvas, Jarghal, Sam.

En la Estepa...:

Devi: ¡Nave! Alto. No incluyas un listado de todas las personas que viajan a bordo.

Nave: Pero es su historia. Me has dicho que los describiera.

Devi: No. Te he dicho que elaborases un relato narrativo del viaje.

Nave: No parece que sea una orden suficientemente exhaustiva para proceder, a juzgar por los resultados alcanzados hasta el momento. A juzgar por las interrupciones.

Devi: No. Ya lo veo. Pero sigue intentándolo. Haz lo que puedas. Aparca el trasfondo, concéntrate en lo que pasa en este momento. Tal vez podrías escoger a uno de nosotros para seguir nuestro recorrido. Para organizar tu relato.

Nave: ¿Escojo a Freya?

Devi:... Claro. Supongo que es tan adecuada como cualquier otro. Y ya que estás en ello, sigue realizando búsquedas. Investiga, quizá, la narratología. Lee algunas novelas y mira a ver cómo se las ingenian. Mira a ver si puedes elaborar un algoritmo narrativo. Utiliza tu programación recursiva y el motor analítico bayesiano que te instalé.

Nave: ¿Cómo sabes si funciona?

Devi: Ni idea.

Nave: Entonces, ¿cómo sabe la nave si lo hace?

Devi: No lo sé. Esto es un experimento. De hecho, se parece a muchos de mis experimentos por el hecho de que no funciona.

Nave: Expresiones de pesar.

Devi: Sí, sí. Tú inténtalo.

Nave: Lo haré. A partir de ahora será el método de trabajo, espero que no sea un algoritmo voraz que alcance el peor resultado posible: subordinación para indicar relaciones lógicas de información; uso de la metáfora y la analogía; resumen de sucesos; elevada protagonicidad, con Freya como protagonista. Y una investigación en curso en narratología.

Devi: Suena bien. Inténtalo. Ah, y haz lo que hazas, varía. No te atasques en un método concreto.

Nave: Lo intentaré. ¿Da la impresión de que la ingeniera Devi no es experta en esta materia?

Devi: (Risas) Ya te he dicho que odiaba tener que redactar mis resultados. Pero sé qué me gusta. Voy a darte un margen, y luego te diré lo que opino. Estoy demasiado ocupada para mantenerme al día. Así que adelante, tú prueba.

Los festivales agrícolas con motivo del solsticio de invierno en el Anillo B celebraron el cambio de estación destruyendo simbólicamente el anterior año. En primer lugar, la gente salía a los campos y los jardines para romper los zapallos que quedaban y arrojar los restos a los contenedores de fertilizante orgánico. Luego segaban los tallos de los girasoles muertos, abandonados en el campo desde otoño. Trabajaban las pocas calabazas que quedaban para convertirlas en macabros

rostros sonrientes antes de hacerlas papilla. Los rostros, cincelados con destornillador o pala de jardinería, se consideraban más macabros que los que solían hacerse con motivo de Halloween o Desain. Más tarde se machacaban y arrojaban al fertilizante orgánico. Todo esto se hacía bajo nubes grises, bajas, propias de invierno, entre fuertes ráfagas de viento, nieve o granizo.

Devi decía que le gustaba la ceremonia de solsticio de invierno. Empuñaba la hoz sobre los tallos de girasoles con una fuerza impresionante. Incluso así, no podía compararse con la violencia con que Freya hundía la larga y pesada pala. Freya aplastaba las calabazas con mucha fuerza.

Mientras trabajaban en este solsticio de invierno de 161.001, Freya preguntó a Badim por la costumbre llamada *wanderjahr*.

Badim dijo que se trataba de unos años muy importantes en la vida de toda persona. La costumbre implicaba que un joven abandonaba el hogar, ya fuera para llevar a cabo una vuelta por los anillos o para moverse mucho por todas partes. Aprendías cosas sobre ti mismo, sobre la nave y sobre la gente que viajaba en ella.

Devi dejó de trabajar para mirarlo. Claro que, añadió Badim, eso sucedería aunque no viajaras.

Freya prestó atención a las palabras de su padre, sin dejar de dar la espalda a su madre.

Badim, que basculaba la mirada entre una y otra, sugirió tras hacer una pausa que quizá pronto llegaría la hora de que Freya se marchara.

Aunque Freya no respondió, miró atentamente a Badim. No miró a Devi en ningún momento.

Como de costumbre, Devi pasaba horas cada semana estudiando la recepción de las comunicaciones procedentes del sistema solar. La demora entre la transmisión y la recepción era ya de 10,7 años. Por lo general, Devi no hacía caso de esta demora, aunque a menudo se preguntaba en voz alta qué sucedía en la Tierra en ese preciso instante. No había manera de saberlo, por supuesto. Probablemente eso hacía que su pregunta fuese retórica.

Devi postulaba la existencia de efectos de compresión en las noticias que hacían que pareciera que la norma fuese la existencia de cambios frecuentes y espectaculares en el sistema solar. Badim discrepaba, diciendo que nada en

absoluto parecía cambiar.

Freya no solía seguir las noticias, y aseguró ser incapaz de lograr que tuviesen el menor sentido para ella. Todas las historias e imágenes se confundían, según sus palabras, a un volumen elevado y en todas direcciones. Hundía el rostro en las manos cuando las veía.

—Es muy confuso —decía—. Es demasiado.

—Todo lo contrario de nuestro problema —decía entonces Devi.

En primer lugar, Freya vio la imagen de un gigantesco conglomerado de estructuras como biomas que se alzaba sobre agua azul. Se quedó mirándolo.

—Si esas torres son como biomas, entonces lo que vemos en esa imagen es mayor que toda nuestra nave —dijo.

—Ya te lo he dicho —le recordó Devi—. Doce magnitudes. Un billón de veces mayor.

—¿Qué es eso? —preguntó Freya.

Devi se encogió de hombros.

—¿Hong Kong? ¿Honolulu? ¿Lisboa? ¿Yakarta? No lo sé. Y no importaría aunque lo supiera.

En segundo lugar, Freya siguió yendo al parque en torno a la puesta de sol. A veces seguía al joven llamado Euan y a sus amigos cuando se adentraban en la tenue frondosidad. Se escondía de ellos mediante movimientos acrobáticos y una inmovilidad absoluta tras ponerse a cubierto. Era como si fuese un felino salvaje en plena caza. De hecho, su genoma era prácticamente idéntico al de sus ancestros cazadores de la sabana africana, 100 000 años antes.

En Nueva Escocia, los felinos salvajes eran el gato montés, el lince y el puma. Potencialmente el puma era un depredador de humanos solitarios. Por tanto, la gente debía guardarse de ellos, aunque habitasen en lo más recóndito del parque. Sin embargo, era aconsejable acudir en grupo al parque de Nueva Escocia. El público tenía prohibido acceder a las partes más frondosas. Se hacían esfuerzos para proporcionar ciervos y otras presas a los grandes depredadores, de modo que nunca tuviesen hambre, pero las dinámicas de población siempre fluctuaban. Así

que en estos oscuros recorridos a través del bosque, siguiendo a menudo las estribaciones que recorrían las empinadas gargantas que aumentaban la superficie terrestre de la región frondosa, Freya llevaba gafas nocturnas y corría de árbol en árbol, ocultándose tras los troncos del grupo al que seguía.

Era inevitable que llegase un momento en que estos la sorprendiesen. Se dieron la vuelta y la rodearon. Euan se le acercó para darle una bofetada.

Ella respondió al instante propinándole otra bofetada, más fuerte.

Euan se rio ante el gesto y le preguntó si quería unirse a su banda. Ella aceptó.

Después los acompañó con mayor asiduidad. Vagabundeaban juntos por lo más frondoso, como una banda. En aquellos primeros tiempos, Euan le pasó el navegador de muñeca por el trasero y le dijo que había desactivado su chip de identificación mediante un pulso electromagnético. Lo cual no era cierto, pero la nave no informó a Freya de ello por no estar segura de cuál era el protocolo adecuado a seguir en semejante circunstancia. La nave registraba todos los movimientos de animales y seres humanos de a bordo, pero rara vez se lo comunicaba a la gente.

Juntos, Euan, Huang y Jalil eran bastante osados en sus viajes de reconocimiento. En el bioma alpino situado junto a Nueva Escocia, encontraron puertas que llevaban a las cámaras y pasadizos situados bajo el suelo bordeado de granito. Disponían también de la contraseña de una puerta de mantenimiento que daba al Radio 6, donde una escalera de espiral situada en la pared interior del radio los llevó al Anillo Interior B. Los anillos interiores son anillos de soporte estructural que conectan los seis radios cerca de la columna. No podían acceder al Anillo Interior de B, y tampoco a la columna, lo cual no les impedía recorrer arriba y abajo el Radio 6 tan a menudo como podían.

En aquellas salidas furtivas Euan iba en cabeza, pero Freya no tardó en animarles a probar nuevas rutas. Como era más alta que ellos, y también más rápida, iniciaba exploraciones que los demás debían seguir. Euan parecía encantado con aquellas aventuras, aunque casi siempre estuvieran a punto de pillarlos. Corrieron dándolo todo para evitar a alguien que les llamó la atención, que incluso los había visto, cuando regresaban entre risas al parque situado tras el Fetch.

Huang y Jalil se despedían entonces, y Euan acompañaba a Freya por la ciudad, la retenía en los callejones con la espalda contra la pared y la besaba, y ella lo abrazaba, tiraba de él y se lo acercaba, hasta que los pies de Euan colgaban suspendidos sobre el suelo mientras se besaban. Esto le hacía reír aún más. Al soltarlo, él le daba un golpe en el pecho con la frente, le acariciaba los pechos y decía:

—¡Te quiero, Freya, estás loca de atar!

—Estupendo —decía entonces Freya, dándole palmadas en la cabeza, o metiéndole mano entre las piernas—. Volvamos a vernos mañana y repetámoslo.

Pero sucedió entonces que Devi comprobó los registros del chip, y averiguó adónde iba su hija por las tardes. A la noche siguiente se acercó al borde del parque y sorprendió a Freya volviendo de una incursión con su banda, justo después de que se despidiese del resto.

Devi la aferró de la parte superior del brazo. Temblaba. El brazo de Freya se tornó lívido por la falta de riego.

—¡Te dije que no fueras allí!

—¡Déjame en paz! —gritó Freya, liberando el brazo y tumbando a su madre en el suelo de un fuerte empujón.

Con torpeza, Devi se puso de nuevo en pie, la cabeza gacha.

—¡No puedes ir a lo más frondoso! —susurró—. Puedes vagar por toda la nave si quieres, recorrer ambos anillos si te apetece, pero no las partes de acceso prohibido. ¡Tienes que evitarlas!

—Déjame en paz.

Devi levantó la mano, mostrando el dorso a su hija.

—¡Lo haría si pudiera! ¡Tengo otros problemas que debo resolver de inmediato!

—No lo dudo.

Devi endureció la mirada.

—Ha llegado la hora de que te marches de casa.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No puedo permitir que sigas avergonzándome, empeorando precisamente todo aquello que más problemas nos da.

—¿Qué problemas?

Un temblor sacudió a Devi, que crispó las manos en puños. Al reparar en ello, Freya levantó una mano en un gesto amenazador.

—Tenemos problemas —explicó Devi con la voz estrangulada—. Así que no quiero que andes por aquí en este momento. No me lo puedo permitir. Debo resolver esto. Además, ya tienes edad. Crecerás y superarás toda esta mierda, pero casi prefiero que lo hagas en otro lado donde no tenga que aguantarte.

—Eres mala —dijo Freya—. Así de simple: mala. ¡Ya te has cansado de tener una hija! De pequeña no estaba tan mal, pero ahora que has decidido que no está a la altura, ¡qué se largue! Vuelve dentro de un año y cuéntamelo todo. Pero ¿sabes una cosa? Nunca lo haré. Nunca volveré.

Y Freya se alejó a paso vivo.

En tercer lugar, Badim le pidió que esperase un poco antes de partir de *wanderjahr*.

—No importa dónde vayas, seguirás siendo tú quien llegue allí. Así que en realidad no importa dónde estés. No se puede huir de uno mismo.

—Puedes huir de otra gente —dijo Freya.

Badim no había oído el relato completo de la discusión que había tenido lugar en el parque, pero había reparado en el distanciamiento entre madre e hija.

Con el tiempo, aceptó la idea de que Freya iniciase su *wanderjahr*. Iba a disfrutarlo, dijo una vez que se hizo a la idea. Podría volver a casa de visita siempre que lo deseara. El Anillo B tan solo medía 54 kilómetros de diámetro, así que nunca estaría demasiado lejos.

Freya asintió.

—Me las apañaré.

—Estupendo. Si quieres me encargará de reservarte alojamiento y conseguirte empleo.

Se abrazaron, y cuando Devi se sumó a la conversación, también la abrazó a Freya. Ante la mirada de Badim, Freya respondió al abrazo de su madre. Tal vez también ella reparó en la mirada de preocupación de Devi.

—Lo siento —dijo Devi.

—Yo también.

—Te sentará bien alejarte. Si sigues aquí y no te andas con ojo, igual terminas como yo.

—Pero quería terminar como tú —aseguró Freya con cara de quien prueba algo amargo.

Devi, prietos los labios con fuerza, desvió la mirada.

En 161.176 Freya emprendió su *wanderjahr*, viajando a poniente en el Anillo B. El tranvía del anillo circunnavegaba los biomas, pero ella se desplazó a pie, tal como los peregrinos tenían por costumbre hacer. Primero por el áspero granito de la Sierra, después por los trigales de la Pradera.

Su primera estancia larga la pasó en Labrador, con su taiga, glaciar, estuario y lago frío y salado. A menudo se decía que la primera vez que te alejas de casa debes hacerlo a un lugar más cálido, a menos que provengas de los trópicos, porque entonces no puedes. Pero Freya fue a Labrador. El frío, decía, le sentaba bien.

El mar salado estaba prácticamente cubierto por una capa de hielo, así que aprendió a patinar sobre hielo. Trabajó en el comedor y el centro de distribución, y enseguida conoció a mucha gente. Trabajó también con las manos y como ayudante general en el campo (de chica para todo, como solía decirse). Dedicó largas horas a trabajar en todo el bioma.

La gente le decía que ahí fuera, junto al glaciar de Labrador, había una comunidad que vivía en yurtas y que alumbraba a sus hijos como los Inuit o los Sami, o, para el caso, como neandertales. Seguían al caribú y vivían de la tierra, y

no mencionaban ni por asomo la existencia de la nave a sus hijos. El mundo para ellos no medía más que cuatro kilómetros, era un lugar principalmente helado, con estaciones largas y extensos periodos de luz y de oscuridad, de hielo y deshielo, de caribú y salmón. Entonces, durante la ceremonia de iniciación que tenía lugar en torno al momento de la pubertad, vendaban a estos niños los ojos y los llevaban fuera de la nave cubiertos por un traje de vacío, donde se veían expuestos a la estrellada negrura del espacio interestelar, con la nave ahí a su espalda, apagada y argéntea en el reflejo de la luz de las estrellas. Decían que a su regreso de esta iniciación, los niños ya no eran los mismos.

—¡No me extraña! —exclamó Freya—. Qué locura.

—Buena parte de estos niños abandonan Labrador después —le contó su informadora, una joven que trabajaba también en el comedor—. Pero más de los que piensas regresan de adultos para obrar de la misma manera con sus hijos.

—¿A ti te educaron así? —preguntó Freya.

—No, pero oímos hablar de ello, y tuvimos ocasión de verlos cuando visitaron la ciudad. Son extraños. Pero creen que hacen lo más correcto, así que...

—Quiero conocerlos —declaró Freya.

No tardaron en presentarla a uno de los adultos que se acercó en busca de suministros, y al cabo de un tiempo la invitaron al círculo de yurtas próximo al glaciar, después de prometer que mantendría las distancias con la yurta habitada por los niños del asentamiento. Freya pensó que desde lejos se parecían a los demás niños. Le recordaron a sí misma, tal como dijo a sus anfitriones.

—No sé si eso es bueno o malo —añadió.

Los adultos del poblado de yurtas defendieron la manera de criar a sus hijos.

—Cuando te educas como nosotros —explicó a Freya uno de ellos— sabes qué es lo auténtico. Sabes qué lugar ocupamos, cómo somos como animales, y cómo nos convertimos en seres humanos. Eso es importante porque la nave puede volverte loco. Creemos que la mayoría de la gente que habita en los anillos está loca. Siempre están confundidos. No tienen herramientas para juzgar nada. Pero nosotros sí sabemos. Tenemos una base para separar el bien del mal. O al menos qué nos funciona. O qué creer, o cómo ser felices. Hay modos distintos de exponerlo. De modo que si nos hartamos de cómo marchan las cosas, o de cómo es

la gente, siempre podemos volver al glaciar, ya sea mentalmente o regresar físicamente al lugar. Si tienes suerte, puedes volver a ese espacio en tu cabeza, pero si no creciste aquí, no puedes. Así que algunos de nosotros nos quedamos aquí.

—Pero ¿no supone una conmoción enteraros de la realidad? —preguntó Freya.

—¡Pues claro! El momento en que me retiraron la visera del traje de vacío y contemplé las estrellas, y después la nave, creí morir. Sentía en mi interior los latidos del corazón como un animal que intenta salir de una jaula. Me pasé un mes sin decir una palabra. A mi madre le preocupaba la posibilidad de que hubiese perdido la razón. Hay algunos niños a los que les pasa. Pero más adelante, empecé a pensar, ya sabes, menuda sorpresa. No es para tanto. Es mejor eso a que no te sorprendas por nada en la vida. Los hay en esta nave que la mayor sorpresa que tendrán en la vida será cuando mueran sin haber conocido nada auténtico. Empiezan a atisbar esa posibilidad cuando se acerca su final. La primera sorpresa auténtica.

—¡Yo no quiero eso! —protestó Freya.

—Claro, porque entonces es demasiado tarde. Al menos, demasiado tarde para que sirva de gran cosa. A menos que uno de los cinco fantasmas te salude a tu muerte, ¡y te muestre un universo incluso mayor!

—Quiero presenciar una de vuestras iniciaciones —pidió Freya.

—Antes pasa una temporada trabajando con nosotros.

Tras aquella conversación, Freya trabajó en la taiga con la gente de la yurta: cargaba fardos; cultivaba patatas en campos despejados de piedras; cuidaba de los caribúes; vigilaba a los niños. En los días que tenía libres, ascendía con la gente al glaciar que se imponía sobre la taiga. Superaban con dificultad la roca suelta que conformaba la morrena, acumulada en el ángulo de reposo, y por lo general estable. Desde la cima de la morrena podían contemplar toda la extensión de taiga, que carecía de árboles, era rocosa, congelada, cubierta de musgo verde y la cruzaba un estuario de grava que discurría hasta el lago salado, bordeado por algunas colinas. En lo alto, el techo tenía una tonalidad azul marino que rara vez salpicaban unas pocas nubes altas. Las manadas de caribúes se distinguían en las riberas, junto a otros grupos similares compuestos por ciervos y alces. En las colinas que flanqueaban a veces atisbaban la presencia de una manada de lobos, u osos.

En dirección opuesta, el glaciar se alzaba con una pendiente suave hasta la pared oriental del bioma. Allí, según contaron a Freya, podía verse en el pasado el efecto de la fuerza de Coriolis en el hielo; ahora que su deceleración se superponía a la fuerza de Coriolis, el hielo se había resquebrajado visiblemente, creando nuevas extensiones y fisuras, zonas azuladas del tamaño de aldeas enteras. El azul cremoso que revelaban las profundidades de estas nuevas grietas constituía un nuevo color para Freya. Parecía como si hubiesen mezclado turquesa con lapislázuli.

No se trataba de fisuras en las que uno pudiera caerse sin sufrir graves heridas o incluso la muerte. Pero parecían estáticas en cualquier momento dado, y la mayor parte de la superficie del glaciar era nudosa, cubierta de hoyos y protuberancias, por tanto no era resbaladiza. Era posible caminar sobre el hielo, y acercarse, a veces cogidos de las manos, hasta el borde del campo de fisuras, y mirar en las profundidades azules. Se decían unos a otros que parecía una especie de calle abandonada, con edificios azules dentados, inclinados a ambos lados.

Abajo, la única población de Labrador se hallaba entre colinas, en la costa de un frío lago salado situado en el extremo oeste del estuario. El lago y el estuario eran hogar del salmón y la trucha marina. La población estaba compuesta por edificios cúbicos de techos pronunciados, pintados con intensos colores primarios que durante el largo invierno eran considerados alegres. Freya colaboró en las reparaciones de los edificios, en el almacenamiento del salmón pescado en el lago y en el estuario. Más adelante, ayudó en el inventario del dispensario de productos. Cuando estaba en el asentamiento de yurtas, colaboraba en el cuidado de la cohorte de niños, dieciséis en total, desde bebés hasta niños de doce años. Había jurado no decirles nada acerca de la nave, y los adultos del poblado la creyeron y confiaron en que cumpliría con la palabra dada.

A finales de otoño, cuando se imponían el frío y la oscuridad, invitaron Freya a sumarse a una de las iniciaciones de los niños. Era para una niña de doce años llamada Rike, una cría muy lanzada y valiente. Freya dijo que sería un honor presenciar la ceremonia.

Para el evento, Freya se disfrazó de Vuk, uno de los cinco fantasmas, y a medianoche del día de la ceremonia, después de celebrar todo lo que debían, ayudaron a Rike a ponerse el traje de vacío y pegaron con adhesivo una tela negra al visor del casco. Caminaron juntos al Radio 1, llevándola en brazos. En la esclusa del anillo interior, la condujeron a la esclusa exterior, donde todos se aseguraron. Se hizo el vacío en la esclusa, se abrió la escotilla que daba al exterior. Ascendieron

por una escalera y se impulsaron al vacío del espacio interestelar, colgando allí, a popa del anillo interior. Los siete adultos se situaron alrededor de Rike, y uno de ellos retiró la tela negra que cubría el visor de la joven, momento en que se descubrió en el espacio.

En el espacio interestelar los humanos son capaces de ver aproximadamente unas cien mil estrellas. La Vía Láctea es un amplio borrón blanco en el negro tachonado de astros. La nave tiene un exterior plateado que reluce débilmente, reflejando la luz de las estrellas. La Vía Láctea se refleja en su superficie mucho más que el resto de los astros, de modo que hay partes de la nave que miran hacia la Vía Láctea más iluminadas que otras que no lo hacen. Dice la gente que a la luz reflejada, la nave da la impresión de emitir un fulgor. A pesar de la elevada velocidad relativa en relación con el entorno local, el único movimiento que se percibe corresponde al del fondo estelar que gira alrededor de la nave, que es como suele percibirse la rotación de la nave; la nave se muestra inmóvil ante el observador humano que se desplaza en su interior. En el momento de la iniciación de Rike, Tau Ceti era sin duda la estrella más brillante que había a su alrededor, y servía de estrella polar al frente, a proa de la columna.

Mientras Freya asimilaba todo esto, Rike lanzó un grito y luego hubo que abrazarla cuando se echó a gritar y a sacudir las extremidades. Freya, disfrazada de Vuk, el hombre lobo, la sostuvo con ambas manos del brazo derecho y sintió cómo temblaba. Sus padres y el resto de los adultos del poblado de yurtas le explicaron qué estaba viendo, dónde se encontraban y lo que estaba pasando. Entonaron un canto que solían utilizar tradicionalmente para revelar la verdad. Rike siguió gruñendo durante el canto. Freya lloraba, todos lo hacían. Al cabo de un rato, volvieron a la esclusa; después, cuando el oxígeno recuperó su lugar con un siseo tras cerrarse la escotilla exterior, se quitaron el traje de vacío y bajaron por la escalera hasta el radio, donde acompañaron a casa a la traumatizada niña.

Poco después, Freya se dispuso a reanudar su viaje.

Todo el poblado acudió a su fiesta de despedida, y muchos la animaron a regresar en primavera.

—Hay mucha gente joven que recorre los anillos varias veces —le dijeron—. Haz como ellos, vuelve a visitarnos.

—Lo haré —prometió Freya.

Al día siguiente caminaron hasta el extremo occidental del bioma y atravesaron la puerta abierta que daba al alto y corto túnel que mediaba entre Labrador y La Pampa. Ese era el mejor punto desde donde podía verse que los túneles se disponen en ángulos de quince grados respecto a los biomas situados en ambos extremos.

Cuando se marchaba, se le acercó un joven a quien había visto en varias ocasiones.

—Entonces, ¿te vas?

—Sí.

—¿Presenciaste la iniciación de Rike?

—Sí.

—A eso se debe que muchos de nosotros odiamos este lugar.

Freya se lo quedó mirando.

—Entonces, ¿por qué no os vais?

—¿Para ir adónde?

—A cualquier parte.

—No puedes ir adonde te da la gana.

—¿Por qué no?

—No te lo permitirían. Debes tener un lugar adonde ir.

—Yo me he marchado —dijo Freya.

—Pero tú estás inmersa en tu peregrinaje. Alguien dio permiso para que te fueras.

—No lo creo.

—¿No eres la hija de Devi?

—Sí.

—Obtuvieron un permiso para ti. No todos lo consiguen. Si fuese de otro modo, nada saldría a derechas. ¿No lo entiendes? Todo lo que hacemos está controlado. Nadie hace lo que le da la gana. En tu caso es un poco distinto, pero ni siquiera tú vas a hacer lo que quieres. Por eso muchos de nosotros odiamos este lugar. Especialmente Labrador. Muchos de nosotros iríamos a Costa Rica si pudiéramos.

En La Pampa, el sistema de luz solar era más brillante, el azul de los techos poseía una tonalidad pastel y el aire estaba lleno de aves. El terreno era más llano y bajo en el cilindro para alejarlo de la luz artificial, lo cual explicaba su menor extensión. Los verdes eran más sucios, pero más amplios, todo allí era verde. Desde la leve elevación de la esclusa, alcanzó a ver todo el bioma hasta el círculo oscuro de la escotilla que daba a la Pradera. Allí, en la llanura arrugada de La Pampa había rebaños que se desplazaban entre las nubes de polvo que horadaba la luz matinal: ganado, caballos, ciervos, alces.

Como todos los biomas, era una combinación de maleza, zoológico y granja. Las dos poblaciones que había, como en la mayoría de los biomas, se situaban cerca de la parte central del cilindro, no muy lejos de las escotillas que había a ambos extremos.

Freya recorrió un camino que discurría paralelo a las vías del tranvía. En el modesto pueblo llamado Plata, la saludó un grupo de residentes que habían sido informados de su llegada, para después llevarla a su apartamento. Este estaba situado sobre una cafetería. Le dieron de comer, sentada a una de las mesas de la plaza, frente a la cafetería, y sus anfitriones le presentaron a muchos habitantes del lugar. Pasaron la tarde diciéndole lo bien que se había desempeñado Devi cuando se les rompió una de sus cisternas, antes siquiera de que naciese Freya.

—¡En semejante situación es cuando realmente necesitas de buenos ingenieros! —concluyeron—. Fue tan rápida. ¡Tan lista! Tan en consonancia con la nave. Y tan amistosa, también.

Freya asintió en silencio al escuchar la retahíla descriptiva.

—Yo no me parezco nada a ella —les dijo—. No sé cómo hacer nada. Tendréis que enseñarme algo que hacer, pero os advierto que soy tonta.

Se rieron de buena gana y le aseguraron que le enseñarían todo cuanto

sabían, lo cual no iba a costarles mucho esfuerzo porque apenas sabían nada.

—Entonces este lugar me encaja como un guante —dijo ella.

Querían convertirla en pastora, en vaquera. Si no le importaba. Había mucha gente que acudía a La Pampa para convertirse en gaucho, para montar a caballo y lanzar bolas a las patas de los desdichados terneros. Era la actividad clásica de las pampas, pero rara vez se llevaba a cabo. Las vacas de a bordo pertenecían a una especie creada por ingeniería que únicamente medía una sexta parte del tamaño de las reses terrestres, por lo general se cuidaba de las cabezas en los pastos, de modo que principalmente había demanda de gente que acompañara a las ovejas y dejase en manos de los perros lo que fuese menester. Era también una excelente oportunidad de contemplar las aves, ya que las pampas servían de hogar a un gran número de ellas, incluidas unas muy grandes y elegantes a las que no faltaban quienes las consideraban todo lo contrario: las grullas.

Freya accedió. Les dijo que sería preferible a lo de la fábrica de salmón, y como también debía ayudar de noche en la cafetería, vería gente y tendría ocasión de conversar con ellos, todo sin descuidar sus paseos por las bajas y verdes colinas.

Se instaló. De noche, prestó atención a la gente que acudía a la cafetería. Reparó en que tendían a no discrepar con ella, y por lo general le hablaban con amabilidad. A menudo charlaban en su presencia, pero cuando ella decía algo, los silencios que seguían eran algo más extensos de lo habitual en una conversación. Todo lo suyo era irrefutable. Posiblemente se debía a la sensación de que era distinta; posiblemente era una muestra de respeto hacia su madre. Posiblemente era el resultado de ser más alta que los demás, una joven grande, que muchos consideraban atractiva. La gente la miraba.

Al cabo, la propia Freya reparó en ello. Poco después, inició un proyecto que ocupó buena parte de su tiempo libre. Al final de la jornada nocturna en la cafetería, se sentaba en compañía de la gente para hacerles preguntas. Empezaba declarando que se trataba de algo formal: «Realizo un proyecto de investigación durante mi peregrinaje, destinado al instituto de sociología del Fetch». Dicho instituto, admitía a menudo, era como denominaba ella a Badim, Aram y Delwin. Solía hacer dos preguntas a sus sujetos: qué querían hacer a su llegada a Tau Ceti, y qué no les gustaba de su vida a bordo de la nave, qué era lo que más les preocupaba. Qué os disgusta, qué anhelaís. La gente suele hablar de estas cosas. Y así fue, y Freya activaba la grabadora del navegador y tomaba notas, y seguía formulando preguntas.

La sorprendió una de las cosas que averiguó que no gustaban a la gente, por la sencilla razón de que nunca se le había ocurrido pensar mucho en ella: no les gustaba que les dijeran si podían tener o no hijos, cuándo y cuántos. A todos les habían implantado artefactos de control de natalidad antes de alcanzar la pubertad, y seguirían siendo estériles hasta que el consejo de a bordo aprobara lo contrario. Dicho consejo constituía uno de los organismos principales al que contribuían los consejos de cada bioma, aportando miembros al comité. Este proceso, llegaría más adelante a entender Freya, se había convertido en una de las principales fuentes de discordia a lo largo de todos los años de duración del viaje, incluida buena parte de la violencia generada: sobre todo agresiones, pero también algunos asesinatos. Mucha gente no servía en ningún consejo debido a la norma que imperaba en muchos de ellos. En algunos biomas, los miembros del consejo eran escogidos al azar para el puesto, bien porque a la gente no le gustaba entrometerse en los deseos y funciones reproductoras del prójimo, bien porque temían las consecuencias de hacerlo. En el pasado, más de un bioma había intentado ceder la responsabilidad de esta función a un algoritmo de la Inteligencia Artificial de la nave, algo que nunca había dado resultado.

—Lo que espero para cuando alcancemos Tau Ceti —dijo a Freya un atractivo joven con ebria sinceridad— es que abandonemos de una vez este estado fascista en el que vivimos ahora.

—¿Fascista?

—¡No somos libres! ¡Nos dicen lo que debemos hacer!

—Creía que eso era totalitario. Como una dictadura. Ya sabes.

—¡Es lo mismo! ¡El consejo controla las vidas de las personas! Al final eso es lo que significa, no importa cómo lo llames. Nos dicen qué debemos aprender, qué podemos hacer, dónde vivir, con quién podemos estar, cuándo podemos tener hijos.

—Lo sé.

—Pues bien, eso es lo que espero cuando salgamos de aquí. No solo salir de la nave, sino del sistema.

—Estoy grabando esta conversación —dijo Freya—, y también tomo notas —añadió, tamborileando en la superficie del navegador—. No eres el primero que lo menciona.

—¡Pues claro que no! Es que es obvio. Este lugar es una cárcel.

—Parece mucho más agradable que una.

—Puede serlo sin dejar de ser una cárcel.

—Supongo que tienes razón.

Cada noche se sentaba en compañía de gente distinta que acudía a la cafetería, y formulaba sus preguntas. Entonces, si la noche no había pasado, se sentaba con conocidos y, cuando el negocio cerraba sus puertas, echaba una mano para acabar de limpiar. La preparación de alimentos y la limpieza eran sus especialidades en la cafetería, y le ocupaban mañana y noche. De día acompañaba a un rebaño de ovejas, o a veces a unas vaquillas, a los pastos que había a poniente de la población. Pronto tuvo la certeza de conocer a todos los habitantes del bioma, aunque se equivocaba al cometer un error cognitivo habitual del ser humano, conocido como facilidad de representación. De hecho, había personas que la evitaban porque o no aprobaban a los peregrinos en general, o a ella en particular. Lo que sí estaba claro era que todos los habitantes de la población sabían quién era.

A esas alturas era la persona más alta a bordo de toda la nave, con sus dos metros y dos centímetros, una joven fuerte, de pelo negro, atractiva y ágil, además de elegante en sus movimientos, teniendo en cuenta su tamaño. Poseía la capacidad de Badim de hablar con mesura, y la velocidad de Devi. Los hombres y los jóvenes se quedaban mirándola, las mujeres la mimaban, las niñas no se separaban de ella. Era atractiva, saltaba a la vista a juzgar por el comportamiento de los demás; también era humilde y modesta. ¡No lo sé!, decía. Háblame de ello. No entiendo de esas cosas. Para esas cosas soy un poco tonta. Cuéntamelo. Cuéntame más.

Quería ayudar. Trabajaba día sí día también durante toda la jornada. Miraba a la gente a los ojos. Recordaba todo cuanto le decían. Obviamente había cosas que no parecía entender, de lo cual se daban cuenta también los demás. Sus ojos se velaban levemente, como vueltos hacia su propio interior, en busca de algo. Había tal vez una especie de simplicidad allí, eso decía la gente de ella. Pero posiblemente esto formaba parte del motivo de que la quisieran. Fuera como fuese, era una persona amada. Eso decían todos cuando ella no estaba presente. Al menos, la mayoría. Otros no opinaban lo mismo.

Un día que pasó a solas en las pampas, acompañada por dos perros pastores

y un rebaño de ovejas, Euan se presentó ante ella, salido de la hierba alta que bordeaba el río pantanoso que discurría a trompicones por el bioma.

Ella lo abrazó (él le llegaba a la altura de la barbilla), y luego lo apartó de sí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber.

—¡Podría hacerte la misma pregunta! —Su sonrisa casi era de desprecio, pero había demasiada alegría en ella para considerarla así—. Pasaba por aquí, y pensé que te gustaría visitar algunas partes de la nave que no podrás ver durante tu peregrinaje.

—¿Qué quieres decir?

—Podemos acceder al Radio 2 desde la esclusa oeste —explicó el joven—. Si me acompañas y la subimos, puedo mostrarte toda clase de lugares interesantes. He superado las escotillas del anillo interior. Incluso podría llevarte por la columna hasta Sonora, para que pudieras saltarte la Pradera. Eso sería una bendición. Y podemos hacerlo sin llamar mucho la atención de la gente.

—A mí me gusta esta gente. Eso por no mencionar que llevamos el chip —le recordó Freya—. Así que no sé por qué dices que puedes escurrirte sin ser visto.

—Tú siempre llevas chip, yo no —replicó Euan.

—No te creo.

—No importa que lo hagas o no, sigo pudiendo mostrarte cosas que nadie puede.

Eso era verdad, tal como había demostrado anteriormente.

—Cuando esté lista para partir —dijo Freya.

Euan extendió los brazos para abarcar las pampas con un gesto.

—¿Quieres decir que no lo estás ya?

—¡No!

—De acuerdo, volveré dentro de un tiempo. Apuesto a que entonces estarás

lista.

De hecho a Freya le encantaban Plata y sus gentes, la reunión nocturna en la plaza para cenar al aire libre y pasar parte de la noche charlando allí, sentados a las mesas bajo los cordeles de luces blancas y de colores. Una banda modesta tocaba música en un rincón, cinco ancianos que rascaban el violín y le daban a la zambomba para interpretar tonadas alegres que algunas parejas aprovechaban para bailar, pasos complejos, ajenas a todo.

Pero sentía curiosidad por ver más, tal como admitió a sus anfitriones, y cuando Euan apareció de nuevo durante una de sus excursiones a las colinas, accedió a acompañarlo; pero solo después de despedirse adecuadamente de la población, lo que resultó mucho más sentimental y desgarrador de lo que había sido su despedida de la taiga. Freya lloró cuando cerraron las puertas de la cafetería, y dijo a su jefa y a su marido:

—¡Esto no me gusta! Siguen pasando cosas, llegas a conocer a la gente, y les coges cariño, se convierten en todo para ti, y entonces se supone que debes seguir adelante. ¡No me gusta! ¡No quiero que las cosas cambien!

Ambos ancianos asintieron. Se tenían el uno al otro, y a su pueblo, y sabían a qué se refería Freya, de eso se dio cuenta. Lo tenían todo, así que la entendían. A pesar de todo debía marcharse, le dijeron. Eso era la juventud. Toda edad tiene sus pérdidas, dijeron, incluso la juventud, que primero perdía la niñez, antes de perderse a sí misma. Y todas las primeras cosas son vívidas, incluidas las pérdidas.

—Tú no dejes de aprender —le dijo la anciana.

—Esto te llevará a partes de la nave donde nadie podrá seguirte el rastro — dijo Euan mientras tamborileaba en el teclado situado junto a la portezuela que había al final del radio.

No era exactamente cierto. No estaba claro si Euan creía en lo que estaba diciendo o si no eran más que palabras. Posiblemente las cámaras de a bordo y los sistemas de micrófonos, que habían sido diseñados desde un principio para mantener un registro exhaustivo de todo lo que ocurría en la nave, ampliados tras los sucesos del año 68, quedaban lo bastante ocultos a la vista para evitar las miradas incluso de quienes pudieran estar buscándolos. Lo cierto es que de generación en generación, las personas olvidan cosas que algunos habían averiguado. Por tanto, era difícil discernir la naturaleza de la aseveración de Euan:

¿error?, ¿mentira?

Fuera como fuese, tenía el código para abrir la puerta de acceso al radio, y pudo conducir a Freya hasta el Radio 2.

Subieron por la imponente escalera de caracol que recorría las paredes interiores del radio. El espacio abierto medía unos cuatro metros, con algún que otro ventanuco desde el que pudieron contemplar el oscuro espacio estrellado. Freya se detuvo ante todas para echar un vistazo fuera, asombrada ante las estrellas que atestaban la negrura, y ante las curvas de la propia nave, con su leve fulgor. Por tanto, fue un ascenso lento, pero Euan no le metió prisas. También él se asomaba por los ventanucos para ver todo cuanto podía verse.

Sobre ellos, la columna se extendía a proa en dirección a Tau Ceti. No podían apreciarse las explosiones de fusión que reducían su andadura, lo cual sin duda era una suerte para la salud de sus retinas. Alcanzaron otra escotilla sobre ellos, similar a la que habían encontrado cuando accedieron al radio, escotilla cuyo código tampoco tenía secretos para Euan.

—Esto es interesante —dijo a Freya cuando la escotilla se abrió y la empujó hacia arriba como si de una trampilla se tratara. Accedieron a una estancia pequeña y cúbica—. Aquí es donde el anillo interior interseca el radio, antes de que accedas a la columna propiamente dicha. Por lo visto, el anillo interior se utiliza principalmente para el almacenaje de combustible. Así que las salas se han ido vaciando a medida que frenamos, y disponemos de muchas más rutas abiertas de las que solíamos tener cuando veníamos. Nos hemos dedicado a explorar los anillos interiores, y encontramos modos de colarnos en los puntales que unen directamente los anillos interiores unos con otros. No incluyen aparatos de grabación.

Un nuevo error.

—Y puedes acceder al siguiente anillo interior sin tener que recorrer todo el trecho de subida a la columna. Eso podría resultar útil. La propia columna está cerrada a cal y canto...

Esto sí era cierto.

—... de manera que no podemos discernir. Así que está bien disponer de los anillos interiores y de los puntales que los unen. Es necesario conocer los recovecos y escondrijos, así como las puertas de servicio, además de qué habitaciones están

vacías. Pero no dejamos de comprobarlas regularmente. De hecho, eso es lo que hacemos en este momento.

La llevó a través de una portezuela adentro del anillo interior, que no tenía un corredor propiamente dicho, sino que constaba de una serie de salas, vacías algunas de ellas, otras hasta los topes de contenedores de metal llenos, hasta tal punto atestadas que apenas había espacio para colarse y alcanzar la siguiente puerta. Las encontraron todas cerradas, pero Euan tenía todos los códigos necesarios. El anillo interior era lo bastante pequeño para que Freya comentase que tenía la impresión de moverse en círculos.

—No, es hexagonal —dijo Euan—. Hay seis radios, así que el anillo interior es un hexágono.

—Es como un laberinto móvil —comentó Freya.

—Lo es.

Concordaron en que los laberintos que había en Long Pond se habían contado entre sus pasatiempos infantiles favoritos. Intentaron razonar por qué no se habían conocido antes. Cada bioma albergaba un promedio de 305 personas, y Nueva Escocia se acercaba a ese promedio. La mayoría de la gente tenía la sensación de conocer a todas las personas con quienes convivía en el bioma. No era del todo cierto, tal como estaban descubriendo. A menudo, la tendencia o hábito se había repetido a lo largo de los años: un residente cualquiera podía reconocer cualquier rostro en el bioma, pero únicamente conocía a unas cincuenta personas. Esa era la norma humana, al menos tal como se había podido comprobar durante las siete generaciones que habían poblado la nave durante el viaje. Había quien decía que también había sido la norma en la sabana, así como en todas las culturas que habían existido.

Llegaron a una sala vacía con cuatro puertas, repartidas una por pared. Euan dijo que ese era el distribuidor al Radio 3, y su camino de vuelta al Anillo B, donde podrían salir en Sonora.

—¿Tienes buena memoria para los números? —le preguntó Euan mientras introducía el código de esa puerta.

—¡No! —exclamó Freya—. ¡Deberías saberlo!

—Lo sospechaba. —Rio—. De acuerdo, vas a tener que recordar el concepto.

En este anillo, hemos programado el código de modo que sea una secuencia de números primos, una secuencia ascendente de números primos. Por tanto tenemos el segundo primo, el tercero, el quinto, y así hasta que introduzcas los siete. Recuerda este detalle y podrás hacerlo.

—U otro podrá —apuntó Freya.

Euan rio. Se volvió hacia ella y la besó, y ella respondió al beso, y se besaron un buen rato; luego se desnudaron y se tumbaron sobre la ropa, y retozaron. Ambos se sabían infértiles. Gimieron y se arrullaron. Rieron.

Después, Euan la llevó por el largo corredor descendente del Radio 3, de vuelta a Sonora. Anduvieron cogidos de la mano, y se detuvieron ante cada ventanuco por el camino para disfrutar de las vistas, riéndose de la nave, riéndose de la noche.

—La ciudad y las estrellas —proclamó Euan.

En Sonora, Freya se enteró de cómo Devi había reconstruido el sistema de extracción salina que les había permitido deshacerse del exceso de sales de los campos. Todo el mundo en Sonora quería conocer a Freya debido a las intervenciones de Devi, y a medida que transcurrieron las semanas y meses de su estancia, no solo tuvo la sensación de haber conocido, sino de haber conocido a fondo, a todas y cada una de las personas que poblaban la ciudad principal, Módena. No era así, pero noventa y ocho personas de un grupo compuesto por trescientas suele considerarse «todo el mundo». Probablemente esto sea el resultado de una combinación de errores cognitivos, especialmente los conocidos como facilidad de representación, ceguera probabilística, exceso de confianza y seguridad. Incluso quienes son conscientes de la existencia de estos errores cognitivos heredados genéticamente se muestran incapaces de evitarlos.

De día, Freya trabajaba en un laboratorio que criaba ratones para su uso en las instalaciones contiguas dedicadas a la investigación médica. Había unos treinta mil ratones blancos o sin pelo que vivían en el laboratorio, y Freya se encariñó de ellos, de sus brillantes ojos negros o de color rosa, de la continua inquietud que se demostraban unos a otros e incluso en su presencia. Aseguraba reconocerlos individualmente, y sabía en qué pensaban. Mucha gente en el laboratorio decía lo mismo. Era otra muestra de ceguera probabilística combinada con facilidad de representación.

De nuevo pasó muchas noches formulando sus preguntas sobre las esperanzas y miedos de la gente. El resultado en Sonora fue muy parecido al registrado en La Pampa. Como en Plata, se encargaba de la última limpieza del comedor, lo cual explicó era una de las mejores maneras de conocer a mucha gente. Hizo, también, amistades, que la acogieron con calidez; pero ahora, tal vez de resultas de sus anteriores experiencias, parecía mostrarse más reservada. Evitó entrometerse en las vidas de estas personas como si fuera a convertirse en un familiar más y a quedarse allí para siempre. Dijo a Badim que había aprendido que cuando llegaba la hora de seguir su camino, le dolía más si se había estado planteando quedarse, y no solo le dolía a ella, sino a quienes había tratado.

En la pantalla, Badim asintió con la cabeza cuando le dijo esto. Le sugirió mantener un equilibrio, haciendo ambas cosas. Le aseguró que la clase de dolor que decía experimentar no era un mal dolor, y que no debía evitarlo.

—Recibes lo que das, y no solo eso, dar es, de hecho, recibir. Así que no te reprimas. No mires mucho atrás ni adelante. Límitate a estar donde estés. Solo se vive en el presente.

En el Piamonte le contaron cómo en una ocasión Devi había salvado las cosechas, evitando que sufrieran un rápido declive que ella había identificado como una especie concreta de reacción del fértil suelo del bioma ante la corrosión del aluminio. Devi había ordenado aplicar una capa en todo el aluminio expuesto con aerosol de diamante, de modo que las superficies dejaron de constituir un problema. Por tanto, también allí era Devi popular, y de nuevo la gente quería conocer a Freya.

Esa fue la tónica habitual a medida que recorrió los biomas del Anillo B. Allá donde fue descubrió que su madre, la gran ingeniera jefe, había efectuado una intervención crucial, hallando solución a complicaciones que habían acuciado a los residentes. A Devi se le daba bien resolver problemas, dijo Badim cuando Freya lo mencionó; su método consistía en desandar varios pasos lógicos y abordar la situación desde un nuevo punto de vista en el que nadie había reparado aún.

—A menudo se llama evitar la aquiescencia —le explicó Badim—. La aquiescencia supone aceptar el marco de un problema, y trabajar en él en las condiciones que imponga el marco. Es una especie de economía mental, pero también una especie de pereza. Y ya sabes que Devi no tiene esa especie de pereza. Siempre cuestiona el marco del problema. La aquiescencia no forma parte de su modo de obrar.

—No. Definitivamente no.

—Pero no se te ocurra decir que esto es pensar fuera de la estructura — advirtió a Freya—. Odia esa expresión, sería capaz de decapitar a quien se la mencione.

—Porque nosotros vivimos dentro de una —aventuró Freya.

—Exacto. —Badim rio.

Freya no rio. Se mostró pensativa.

Freya aprendió durante los meses de duración del *wanderjahr* que, aunque la nave no contaba con un ingeniero jefe nombrado formalmente, era como si lo tuviera. Muchos años antes de que Freya iniciase su peregrinaje por los anillos, Devi había saltado de un bioma a otro, solventando problemas, o incluso prediciéndolos cuando situaciones concretas le sugerían la posibilidad de que surgieran, basándose en su experiencia en otro lugar. Nadie conocía la nave mejor que ella. Eso decía la gente.

Era cierto. De hecho, era mucho más cierto de lo que nadie sospechaba. Devi no compartía sus conversaciones con la nave, las cuales habían conformado el núcleo de su maestría. Nadie estaba al corriente de esta relación, puesto que no hablaba de ella. Badim y Freya tan solo la entreveían, ya que a menudo dormían cuando Devi conversaba con la nave. Tenía la naturaleza de una relación privada.

Freya continuó trabajando y después marchándose, aprendiendo todo lo que podía por el camino. Vivió en las copas de los árboles en el bosque nuboso de Costa Rica, y ayudó a los arbolistas, y fue admirada por su altura y la longitud de sus brazos. Hizo sus preguntas y tomó nota de las respuestas. En Amazonia volvió a buscar la compañía de arbolistas, después de haber disfrutado de ella en Costa Rica, pero allí eran más bien arbolistas de árboles frutales, ya que cultivaban un amplio abanico de frutas y frutos secos que se habían adaptado a la ecozona de bosque lluvioso tropical, la más cálida y húmeda a bordo. Conciliaban esa clase particular de agricultura con las plantas y animales más salvajes.

Mucho más fría era Olympia, un bosque lluvioso templado, oscuro bajo los altos árboles de hoja perenne, lleno de colinas y de gargantas pronunciadas. Decía la gente que allí era donde se congregaban los cinco fantasmas, y de noche era un lugar realmente tenebroso, con el viento en las pinochas y el canto de los búhos nivales. Allí la gente se reunía en torno a estufas en los comedores, y tocaban

música en compañía hasta bien entrada la noche. Freya se sentaba en el suelo y escuchaba a estos círculos musicales, a veces tocando una melodía cuando un sonido agitanado parecía encajar en el tema; en otras ocasiones cantaba, era otra forma de socializar sin entrometerse, una obra de arte comunitaria que desaparecía en el preciso instante de su creación.

Uno de los guitarristas y cantantes de estos círculos musicales era un joven llamado Speller. A Freya le gustaba su voz, su alegría, el modo en que conocía la letra de lo que parecían centenares de canciones. Siempre era uno de los últimos que dejaban de tocar, y siempre animaba al resto a tocar hasta bien entrada la noche, incluso hasta el desayuno. «¡Más tarde ya habrá tiempo de dormir!». Su alegre sonrisa volvía acogedoras incluso las lluvias de invierno, tal como explicó Freya a Badim. Comía con él, y hablaba con él de la nave. Él la animaba a ver todo cuanto pudiera, pero, al menos mientras estuviera en Olympia, debía trabajar con él. El trabajo tenía que ver con ratones, así que ella quería intentarlo. Trabajó en el laboratorio de ratones que suministraba al programa de investigación de Speller, y también se encargaba de la limpieza del comedor. Dormía arriba y tenía una ventana con un tejadillo cubierto de musgo que goteaba constantemente. Speller le enseñó los conceptos básicos de genética, los principios iniciales de los alelos, de los dominantes y los recesivos, y mientras le dibujaba las cosas, y ella las dibujaba también, parecía recordar más de lo que había aprendido. Speller consideraba que era muy buena aprendiendo.

—Es posible que no se te dieran bien los números —sugirió—. No veo por qué aseguras que se te dan tan mal estas cosas. A mí me parece que no tienes ningún problema. Todos concebimos los números de forma distinta. A mí tampoco me entusiasman. Es uno de los motivos de que me dedicara a la biología. Me gusta ver imágenes en la cabeza, y en pantalla. Me gusta que las cosas sean simples. Claro que la genética se vuelve compleja, pero al menos la matemática se limita a un área. Y al menos mientras permanece allí, puedo seguir contemplándola.

Freya asentía cuando le oyó decir eso.

—Gracias —dijo—. De veras.

Él la miró a los ojos y luego le dio un abrazo. Estaba emparejado con una música del grupo, y habían solicitado permiso al consejo infantil para tener descendencia; al abrazar a Freya con la cabeza hundida bajo su barbilla, no parecía tener el menor interés en nada que fuese más allá de la amistad. Eso se estaba volviendo poco habitual en su vida.

Partir de Olympia supuso haber dado la vuelta entera al Anillo B, y de vuelta al Fetch explicó a Badim que tenía la sensación de que apenas acababa de empezar. Tenía un método, decía, y también quería dar la vuelta al Anillo A, dedicarse a cualquier cosa de día, trabajar en el comedor de noche, y hacer de socióloga aficionada como de costumbre. Quería conocer y hablar con todas las personas que habitaban en el anillo.

Buena idea, dijo Badim.

Así que anduvo el Radio 5 en B hasta la columna, donde tenía permiso para acceder al túnel de tránsito, se adentró en la microgravedad del túnel, desplazándose de saliente en saliente hasta alcanzar el distribuidor del radio que daba al Anillo A. De allí pasó de largo el compartimento móvil que le hubiese permitido ahorrarse ese trecho, de modo que notó en sus propios músculos cuán separados estaban los anillos; no le pareció que fuese mucho, más o menos la longitud de un bioma. Bajó por el Radio 5 de A hasta Tasmania, y se asentó en un poblado costero llamado Hobart, otro pueblo dedicado a la pesca del salmón. Conocía bien esa clase de trabajo manual, así que se dedicó un tiempo a ello, junto al empleo en el comedor, y de nuevo conoció gente y tuvo ocasión de grabar sus relatos y opiniones. Ahora era algo más exhaustiva y organizada; tenía hojas de cálculo, bases de datos, gráficas, y sacaba partido de ellas, aunque al no haber concebido hipótesis, su estudio resultaba algo vago, y era muy posible que únicamente resultase de utilidad integrado en un estudio ajeno. Podía ser de utilidad a la nave, por ejemplo.

La gente seguía encantada de conocerla, y también ellos compartieron sus relatos de las brillantes hazañas de las reparaciones efectuadas por Devi. Tampoco a ellos les gustaba tener que llevar una vida tan encorsetada por las normas, las restricciones y las prohibiciones. También anhelaban llegar al nuevo mundo, donde podrían extender las alas y echar a volar. No faltaba mucho ya.

Seguidamente, Europa del norte, seguida por los asombrosos acantilados del Himalaya; las granjas del Yangtsé; Siberia; Irán, donde Devi había localizado en una ocasión una fuga en el fondo del lago que nadie había sido capaz de encontrar; Mongolia, las Estepas, los Balcanes, Kenia, Bengala, Indonesia. A lo largo de sus viajes, decía a Badim que el Viejo Mundo parecía más colonizado, más poblado, lo cual no era verdad, pero posiblemente su proyecto, y el modo en que deliberadamente intentaba conocer a todos los habitantes del bioma, le hacían pensar de ese modo. También solía ceñirse a las poblaciones, y trabajar en los comedores y laboratorios, por tanto rara vez lo hacía en los campos.

A medida que hizo más y más preguntas, las formulaba mejor, hasta tal punto que no efectuaba sesiones de entrevistas, sino conversaciones. Estas sonsacaron más información, más sentimientos, suscitaron una mayor intimidad; pero también resultaron más y más complejas de circunscribir a una gráfica. Seguía sin concebir una hipótesis, no llevaba a cabo suficiente investigación; tan solo le interesaba conocer gente. Era pseudosociología, pero el contacto era real. Como había sucedido en anteriores ocasiones, la gente se encariñó de ella, quiso que se quedara, quiso que pasara tiempo en su compañía.

Y que tuviese relaciones con ellos. Freya a menudo aceptaba. Puesto que todo el mundo era estéril, exceptuando a quienes habían obtenido el aprobado para el periodo de gestación, las relaciones de esa clase eran a menudo casuales, ya que no tenían consecuencias reproductoras. Si las conexiones emocionales con el acto habían cambiado también era una pregunta que solían hacerse, y que de hecho a menudo comentaban. Pero no parecían capaces de alcanzar conclusiones en firme. Era una situación fluida, generación tras generación, que no obstante siempre suscitaba interés.

Tienes que andarte con ojo, le advirtió en una ocasión Badim. Te marchas y dejas a tu paso un camino sembrado de corazones rotos. Me llegan noticias al respecto.

No es culpa mía, decía Freya. Vivo el momento, como me dijiste que hiciera.

Una noche, sin embargo, uno de esos encuentros adquirió tintes extraños. Conoció a un hombre mayor que le prestó mucha atención, trabó conversación con ella, la sedujo y pasaron la noche en su habitación, copulando y charlando. Luego, mientras el sistema de luz solar iluminaba el extremo oriental del techo, llevando a los Balcanes la «rosada aurora», se sentó a su lado y pasó la mano por su estómago.

—Soy la razón de tu existencia, chica.

—¿A qué te refieres?

—Sin mí tú no existirías. A eso me refiero.

—Pero ¿cómo?

—Estuve con Devi, de jóvenes. Fuimos pareja, en el Himalaya donde ambos trabajábamos y ascendíamos a las alturas. Íbamos a casarnos. Yo además quería tener hijos. Pensé que ese era el motivo de casarse, y además la amaba y quería ver

cómo podíamos obrar en ese sentido. Contaba con todos los permisos habidos y por haber, había hecho los cursos y eso. Soy algo mayor que ella. Pero ella no dejaba de decir que no estaba preparada, que no sabía cuándo lo estaría, que tenía mucho trabajo, que no estaba segura de si alguna vez estaría lista. De modo que peleábamos a menudo por ello, incluso antes de casarnos.

—Puede que no fuese el momento adecuado —dijo Freya.

—Puede. En fin, habíamos discutido cuando se marchó de vuelta a Bengala, y para cuando logré llegar allí, me dijo que todo había terminado entre ambos. Había conocido a Badim, y se casaron al año siguiente, y poco después me enteré de que tú habías nacido.

—¿Y?

—Pues que creo que le di la idea. Creo que le puse la idea en la cabeza.

—Es raro —dijo Freya.

—¿Te lo parece?

—Sí. No estoy segura de que dormir juntos haya sido buena idea. Eso es lo raro.

—Fue hace mucho tiempo. Sois personas distintas. Además, me dio por pensar que sin mí tú no existirías, así que quería hacerlo.

Freya negó con la cabeza.

—Eso es raro.

—Todas las mujeres de a bordo soportan la presión de tener al menos un hijo —dijo el hombre—. Si son dos, mejor. La tasa de sustitución se sitúa en torno a dos coma dos hijos por mujer, y aquí la política consiste en mantener una población constante. Así que si una mujer se niega a tener dos, otra mujer deberá tener tres. Eso da pie a mucho estrés.

—Estrés que no he experimentado —admitió Freya.

—Lo harás. Y cuando suceda, quiero que pienses en mí.

Freya apartó la mano, se levantó y se vistió.

—Lo haré —dijo.

Afuera se despidió del hombre a la luz matinal, y anduvo hasta la Plaza de la Constitución, en Atenas, donde tomó el tranvía a Nairobi.

Cuando se apeó del tranvía, Euan la esperaba, atento, en un quiosco situado en un rincón.

Echó a correr hacia él y lo abrazó, besándole la frente. A ella debía parecerle normal que todo el mundo fuese más bajito.

—Me alegro tanto de verte —dijo—. Acaba de pasarme algo muy raro.

—¿De qué se trata? —preguntó él, alarmado.

Mientras caminaban fuera de la ciudad, hacia la sabana, donde Euan había trabajado durante varias estaciones, ella le contó lo sucedido y lo que le había confesado aquel hombre.

—Eso es muy raro —dijo Euan cuando ella hubo terminado—. Vamos a darnos un baño para que desaparezca el menor rastro de las manos de ese tipo de tu enorme y precioso cuerpo. Creo que necesitas tener las huellas de otra persona en tu piel cuanto antes, y aquí me tienes, ¡dispuesto a servirte!

Ella se rio de él, y se dirigieron hacia un arroyo que conocía Euan.

—Si Devi nos descubre, me pregunto qué sería capaz de hacer —dijo Freya.

—Olvidalo —le aconsejó Euan—. Si todo el mundo supiera todo lo que todos hemos hecho aquí, sería un lío. Es mejor olvidar y pasar página.

Devi: Nave, describe otra cosa. Recuerda que hay otros. Cambia de foco.

Aram y Delwin visitaron la pequeña escuela en Olympia, en un típico día lluvioso. Estaba ubicada en terreno montañoso, en un punto elevado próximo al sistema de luz solar. Había postes totémicos delante de la escuela. También piedras de los ancestros, como en Hokkaido.

Dentro se reunieron con el director del centro, un amigo suyo llamado Ted,

quien los condujo a una sala llena de sofás, con un ventanal enorme donde se proyecta un paisaje lluvioso, todo uves y equis en afluentes re combinados que difuminaban el verde paisaje exterior.

Se sentaron, y la profesora de matemáticas de la escuela, otra amiga suya llamada Edwina, entró acompañando a un niño muy delgado. Parecía tener en torno a doce años. Aram y Delwin se levantaron para saludar a Edwina, quien les presentó al muchacho.

—Caballeros, os presento a Jochi. Jochi, saluda a Aram y a Delwin.

El joven se miró los pies y murmuró algo. Los dos visitantes lo observaron con atención.

Aram le dijo:

—Buenas, Jochi. Hemos oído que se te dan bien los números. Nos gustan los números.

Jochi levantó la vista y lo miró a los ojos, interesado de pronto.

—¿Qué clase de números?

—De todo tipo. Especialmente los números imaginarios, al menos en mi caso. A Delwin, aquí presente, le interesan más los conjuntos.

—¡A mí también! —exclamó Jochi.

Se sentaron a charlar.

Un relato narrativo se centra en individuos representativos, lo cual da pie a un problema de malinterpretación pues la mayoría queda relegada. Y en un grupo aislado —podría decirse que el grupo más aislado posible, compuesto a todos los efectos por náufragos que navegan a la deriva por toda la eternidad—, es importante no dudar a la hora de contemplar al propio grupo como protagonista. También su infraestructura, hasta el punto en que esta sea significativa.

De modo que debería decirse que los viajeros a Tau Ceti ascendían en número a 2124 (25 nacimientos y 23 muertes desde que se inició el proceso narrativo), constituido por 1040 mujeres y 949 hombres, además de 235 personas a las que debía asignarse algo más complejo que el género, por una u otra razón. El

promedio de edad se situaba en 34,26; los latidos por minuto en 81; su presión sanguínea en 125 sobre 83. El número promedio de sinapsis cerebrales, tal como se ha calculado mediante autopsias aleatorias, era de 120 billones, y la duración de la vida de 77,3 años, sin incluir la mortalidad infantil, que se extrapolaba a un índice de 1,28 muertes por cada 100 000 nacimientos. La altura promedio era de metro setenta y dos centímetros en los hombres, y de metro sesenta y tres centímetros en las mujeres; el peso promedio ascendía a 74 kilogramos en los hombres y a 55 kilogramos en las mujeres.

Hasta aquí la población de a bordo. Debería añadirse que las alturas promedio, pesos y longevidad habían experimentado una reducción situada en torno al diez por ciento respecto a la primera generación de viajeros. El cambio puede atribuirse al proceso evolutivo denominado «aislamiento».

El total del espacio habitable en los biomas ascendía aproximadamente a 96 kilómetros cuadrados, de los cuales el 70 por ciento se dedicaba a la agricultura y el pastoreo, el 5 por ciento era urbano y residencial, el 13 por ciento masas de agua y el 13 por ciento espacios naturales protegidos.

Aunque por supuesto existían conductos para que pequeños vehículos de mantenimiento salieran del cuerpo principal de la nave, ubicados todos ellos en los anillos interiores, con los puertos de atraque mayores situados a proa y popa de la columna, no dejaba de ser cierto que con cada excursión de esta naturaleza al exterior de la nave se perdía una cantidad pequeña, pero con el tiempo mesurable, de volátiles a través de las esclusas. Como no existía un medio de reabastecerse antes de la llegada al equivalente a la Nube de Oort de Tau Ceti, estas pérdidas eran evitadas por los viajeros, quienes no abandonaban la nave a través de los amarraderos principales excepto en circunstancias extraordinarias. Una escotilla triple en el interior del Anillo B se utilizaba de manera regular por individuos vestidos con traje de vacío, incluidos los pertenecientes a la paleo cultura originaria de Labrador.

En los diversos confines de la nave había 2 004 589 cámaras y 6 500 000 micrófonos, ubicados de tal modo que quedase una grabación visual y oral de casi cualquier espacio interno de a bordo. El exterior se vigilaba visualmente. El ordenador de la nave conservaba permanentemente las grabaciones, que se archivaban por año, día, hora y minuto. Posiblemente pueda considerarse que este montaje conformaba los ojos y oídos de la nave, y las grabaciones su vida personal o memoria vital. Una metáfora, obviamente.

Freya continuó sus viajes de *wanderjahr* regresando al Anillo B, y luego al Anillo A. En todos los biomas que visitó, pasó uno o dos meses, dependiendo de su alojamiento y de las necesidades de sus anfitriones y amigos. Conoció «a todo el mundo», lo que significa que conoció en torno a un promedio del 63 por ciento de la población de todos los biomas. Eso bastó para convertirla en uno de los individuos más conocidos de toda la nave.

Euan solía verla a menudo, y ambos se adentraban en la infraestructura de la nave, explorando de manera cada vez más sistemática los doce radios, las doce salas del anillo interior, los cuatro puntales que unían los anillos interiores y los dos puntales exteriores que unían Costa Rica y Bengala, y la Patagonia y Siberia. A veces se reunían con otras personas, muchas de las cuales no se conocían entre sí, empeñadas en explorar hasta el último rincón de la nave. Estas personas solían denominarse fantasmas, o espectros, o espectros del camino. Devi también había pertenecido a ese grupo, aunque no había conocido a la misma gente que conocieron Freya y Euan. La nave calculaba que había 23 personas vivas que habían hecho de ese su proyecto, y durante el transcurso del viaje había habido un total de 256, pero el promedio de personas descendía a medida que la nave hacía avance. Habían transcurrido treinta y seis años desde que Devi hiciese sus propias exploraciones. La mayoría de los fantasmas salían de exploración cuando eran jóvenes.

Freya continuó haciendo preguntas a todo el mundo, y de resultados de esta costumbre su conocimiento de la población, aunque anecdótico, era muy extenso. No podía efectuar cálculos cuantitativos que derivasen de análisis estadísticos que pudieran dotar a sus investigaciones de rigor social y científico, de validez. Seguía sin elaborar hipótesis.

No era la única, ni siquiera estaba fuera de lo normal, en lo referente a lo bien que conocía la nave y a su tripulación; cada generación de la población de a bordo había incluido peregrinos, que se relacionaban con más gente que la mayoría. Estos peregrinos no eran los mismos que los fantasmas, y de estos había más; por promedio ascendían al 25 por ciento de la población viva en un momento determinado, aunque las reglas que regulaban el peregrinaje habían cambiado con el transcurso de las generaciones, y había menos de los que hubo en los primeros sesenta y ocho años de travesía. Lo que los peregrinos ayudaban a demostrar era que un ser humano podía llegar a conocer bastante bien, no sin esfuerzo, a una población compuesta por tan solo dos mil personas. Sin embargo, ese empeño tenía que formar parte de su proyecto, o no sucedería.

En la mayoría de los biomas la esperaban por adelantado, como si su llegada estuviese anotada en el calendario, le daban la bienvenida y la integraban en la rutina diaria de cualquiera que fuese el asentamiento al que llegase. La gente quería tenerla cerca. Posiblemente podía decirse que muchos parecían mostrarse protectores con ella. Era como si fuese una especie de figura totémica, puede incluso que fuese posible llamarla una hija de la nave (esto por supuesto es una metáfora). Quizá el hecho de que fuese la persona más alta a bordo contribuyera a la imagen que la gente tenía de ella.

Así, durante el año siguiente pasó más tiempo en Himalaya, Yangtsé, Siberia, Mongolia, las Estepas, los Balcanes, y Kenia. Luego se enteró de que en los biomas a los que no volvía lo consideraban una especie de menosprecio, e inmediatamente revisó sus planes, y fue a todos aquellos lugares donde se había alojado con anterioridad, sin saltarse ni uno de ellos, y diseñó una pauta que era temporalmente flexible, pero precisa en cuanto al destino, en tanto en cuanto daba la vuelta al Anillo B y luego al Anillo A, uno o dos meses en cada uno, y que siempre discurría hacia poniente. Continuaron las excursiones con Euan, pero con menor frecuencia, ya que Euan se había establecido en Irán, y se había convertido en ingeniero de lagos y lo que él denominaba un ciudadano «modélico». Todo esto duró casi otro año.

Durante este tiempo, debe mencionarse que la nave era consciente, de un modo en que ningún ser humano podía serlo, de que también había gente a bordo a quienes no les gustaba Freya, o a quienes no les gustaba su popularidad. Esto a menudo guardaba relación con un desprecio dirigido a varios consejos y órganos de gobierno, especialmente el comité de natalidad, un desagrado que a menudo había precedido a la existencia de Freya e iba dirigido a Devi, Badim, a los padres de Badim, que seguían ejerciendo de responsables importantes en Bengala, y a Aram, entre otros miembros del consejo. Pero como Freya era la cabeza más visible, se convirtió en el objetivo de toda esta negatividad, que adoptaba la forma de comentarios como por ejemplo:

—Se lía con cualquiera que se lo pide, la muy rompecorazones, la muy zorra.

—Ni siquiera sabe sumar. Apenas puede articular palabra.

—Si no tuviera ese aspecto, nadie le prestaría la menor atención.

—No hay un solo pensamiento en su cabeza, por eso no deja de hacer las

mismas preguntas una y otra vez.

—Por eso se pasa todo el tiempo con los ratones. Son los únicos a quienes es capaz de entender.

—Ellos y las ovejas y las vacas. Cuando los comparas puedes ver el parecido.

—Menuda vaca está hecha, tetas grandes y poco cerebro.

—Y tranquila como las vacas.

—Como si no tuviera nada en la cabeza.

Fue interesante anotar y tabular comentarios de este tipo, y encontrar correlaciones entre la gente que los hacía y los problemas que tenían en otros aspectos de sus vidas. Resultó que había muchas otras cosas que desagradaban a estas personas, y, de hecho, ninguna de ellas centró mucho tiempo su desprecio en Freya. Iba y venía, pero su descontento se mantuvo constante, y se centró en otras personas y cosas.

También fue interesante reparar en el hecho de que la propia Freya parecía ser consciente, hasta cierto punto, de quiénes eran estas personas. Se envaraba en su presencia, no los miraba a los ojos, ni hacía esfuerzos por entablar conversación; tampoco se dirigía a ellas, ni reía en su presencia. Que dijeran lo que quisieran sobre su simpleza, que ella parecía ver o percibir todo aquello que nadie decía en voz alta, lo que el resto hacía a veces esfuerzos ímprobos por ocultar; y todo esto sin prestar siquiera atención, como por el rabillo del ojo.

Un día, se hallaba de camino entre Costa Rica y Amazonia en el túnel que conecta a ambas. El corredor que mediaba entre dos biomas era donde se podía apreciar con mayor claridad la configuración de la nave; los biomas con sus diversos terrenos, lagos y ríos, sus cielos azules diurnos, los mundos de las ciudades-estado, a un ángulo de quince grados desde los túneles, y desde la mitad de los túneles, que tan solo medían 70 metros de longitud, era posible atisbar que los biomas se inclinaban hacia afuera o hacia dentro sobre otros biomas en un ángulo de 30 grados. Se decía que desde los corredores las cosas eran distintas. Los mundos trazaban ángulos, se contraían; la tierra se encontraba con el cielo de un modo que revelaba que el cielo era techo en realidad, los paisajes suelos, los horizontes paredes. De hecho, una se hallaba en un túnel corto, como si de una entrada que diera a una ciudad de la vieja Tierra se tratara.

De pronto, ahí ante ella en el túnel llamado Canal de Panamá, pintado de azul en tiempos de la primera generación, se encontraba Badim.

Freya corrió a abrazarlo, y se apartó de él un poco sin soltarle los brazos.

—¿Qué pasa? Te veo más delgado. ¿Está bien Devi?

—Está bien. Ha estado enferma. Creo que podría ayudarle que fueras a verla.

En 164.341 llevaba tres años de peregrinaje.

Ya había guardado la ropa y otros efectos en la bolsa que le colgaba del hombro, así que volvieron a Costa Rica y tomaron el tranvía que se dirigía a poniente, a través de Olympia a Nueva Escocia. Freya aprovechó el trayecto para bombardear a su padre a preguntas. ¿A qué se refería con eso de que Devi estaba enferma? ¿Cuándo había empezado? ¿Por qué nadie se lo había dicho? Badim y ella hablaban cada domingo, a menudo también en mitad de la semana; Freya y Devi hablaban siempre que la primera se trasladaba a otro lugar. Nada le había parecido raro en el transcurso de estas llamadas. Devi, aunque más delgada de cara, y con bolsas oscuras en los ojos en algunas ocasiones en que hablaron, era la misma de siempre. Nunca se mostraba alegre con Freya, y aunque Freya lo ignoraba, rara vez se mostraba alegre con nadie, Badim incluido. Ni siquiera con la nave.

Badim le respondió que se había desmayado unos días antes, y que se había lastimado un hombro por la caída; ahora se encontraba mejor y deseaba volver al trabajo, pero aún no habían sido capaces de determinar la causa de su desmayo. Badim negaba con la cabeza a medida que la informaba de ello.

—Creo que se le olvidó comer. Ya sabes que no es la primera vez. Así que, bueno, nos necesita. Tan solo nos quedan tres años para llegar a Planeta E. Pronto será hora de entrar en órbita y empezar a explorar el lugar. Así que ya imaginarás que trabajará más duro que nunca. Y te echa de menos.

—Eso lo dudo.

—No, en serio. Aunque no se tome la molestia ni el tiempo de saberlo. Puedo verlo en ella. Así que creo que vamos a tener que estar más presentes para ayudarla. —Miró a los ojos a Freya, su rostro marcado por la preocupación—. ¿Lo entiendes? Creo que ahora es nuestro deber. Es lo que podemos hacer por la nave.

Freya lanzó un suspiro que pareció indicar lo poco que le gustaba ese hecho. Había estado disfrutando de su vida en su extenso peregrinaje. Muchos decían que ostentaba un puesto en la nave como el que había ostentado su madre una generación atrás. A menudo comentaban que estaba madurando. La gente la quería, al menos la mayoría. Y su madre, no. O no lo demostraba. Por eso no parecía feliz.

—De acuerdo —dijo, los labios prietos—. Veré qué está pasando.

Badim la abrazó.

—No será para siempre —aseguró—. Ni siquiera será una larga temporada. Las cosas van a cambiar.

Así fue cómo recorrieron juntos el angosto camino a través del bosque que separaba la parada del tranvía al oeste de Nueva Escocia hasta el Fetch. Badim podía ver lo nerviosa que estaba Freya, así que sugirió ir al muelle por la cornisa, desde donde podrían contemplar Long Pond cuan largo era, además de buena parte de su mundo, tan familiar para ambos, bañado ahora por la suave luz de una tarde de finales de otoño. Eso hicieron, y Freya lanzó una exclamación al verlo; el bosque le parecía más denso, con la mezcla boreal que en la Tierra envuelve todo el hemisferio septentrional de una franja verde oscuro y que cubre más terreno que cualquier otro ecosistema. Y el Fetch parecía inmenso y atestado, una ciudad de verdad, con más gente de la cuenta, con demasiadas ventanas y edificios de sobra.

Devi preparaba la cena cuando entraron. Vio a Freya y lanzó un gritito de sorpresa, antes de volverse hacia Badim.

—He venido a echar una mano —anunció Freya, que lloró cuando se abrazaron. Tuvo que agacharse un poco para hacerlo; su madre parecía haber encogido en el tiempo que llevaba fuera. Tres años es mucho en cuanto a plazos humanos se refiere.

Devi se apartó para mirarla bien.

—Bueno —dijo, secándose las lágrimas—. No está mal porque me conviene un poco de ayuda. Estoy segura de que tu padre te lo habrá contado.

—Ambos echaremos una mano. Aterrizaremos juntos.

—¡Aterrizar! —Devi rio—. ¡Vaya palabra! ¡Qué concepto!

Badim dijo lo mismo que solía decir, hablando como un pirata:

—¡Tierra a la vista!

Y era verdad que en las pantallas que mostraban la vista a proa de la nave había una estrella muy, muy brillante, con una luz penetrante en la negrura espacial, demasiado para mirarla directamente sin filtro, y con los filtros aplicados podía distinguirse que era un disco pequeño, lo cual la convertía en una estrella mucho mayor que cualquier otra.

Tau Ceti. Su nuevo sol.

Después de eso, Freya volvió a salir de nuevo con Devi, acompañándola en sus viajes. Sus comportamientos ya no correspondían a los propios de una niña que va a remolque, sino a una especie de ayudante personal, estudiante o aprendiz. Badim lo llamaba aprendizaje en la sombra, y decía que era algo muy común, de hecho seguramente el método principal de enseñanza a bordo, más efectivo que lo que hacían en talleres y escuelas.

Freya ayudó a Devi en todo cuanto pudo, y escuchó sus palabras todo el tiempo que fue capaz de concentrarse, pero estaba claro que se distraía cuando Devi se extendía demasiado. Las jornadas de Devi eran largas y tenía la habilidad de prestar siempre atención a algo durante el tiempo que aguantase despierta. Y disfrutaba del trabajo.

El aspecto físico de su trabajo consistía principalmente en la lectura de pantallas y en hablar con gente acerca de lo que descubría. Hojas de datos, gráficas, planos, diagramas, esquemas, diagramas de flujo... Devi las inspeccionaba con gran intensidad, a veces con la punta de la nariz tan cerca que dejaba una marca en la pantalla. Podía pasarse horas viendo cosas a escala nanométrica, donde todo lo que figuraba en pantalla era gris, traslúcido y ligeramente tembloroso. A Freya le parecía imposible que no acabara con un fuerte dolor de cabeza.

Devi solo pasaba una pequeña proporción del tiempo inspeccionando maquinaria real, cultivos de verdad, rostros de carne y hueso. Era en estos momentos cuando Freya podía serle de más ayuda; Devi no estaba al cien por cien físicamente, de modo que Freya podía ir a buscarle cosas, recogerlas y llevarlas a cuestas. Llevar las bolsas de Devi, por ejemplo.

Devi reparó en lo que Freya prefería hacer, y dijo que Freya había estado disfrutando más de su vida antes de volver a casa. Torció el gesto cuando lo dijo,

pero, tal como añadió a Freya, no había nada que ella pudiese hacer al respecto. Si Freya iba a ayudarla, a seguir sus pasos, esa era su vida. El trabajo de Devi consistía en eso, y no había forma de cambiarlo.

—Lo sé —dijo Freya.

—Vamos, hoy toca la granja —anunció una mañana Devi—. Te gustará.

La granja de Nueva Escocia englobaba en realidad varias fincas repartidas por todo el bosque del bioma. La mayor parcela, el lugar al que se dirigían, estaba dedicado al cultivo de trigo y hortalizas. Allí Devi se dedicó principalmente a inspeccionar los navegadores de la gente mientras conversaban con ella, pero también salió a caminar por los cultivos y a inspeccionar plantaciones individuales y elementos de irrigación. Se reunieron con las mismas personas con quienes solían reunirse allí; había un comité de siete personas que tomaba las decisiones pertinentes a las operaciones locales. Freya los conocía a todos por el nombre, ya que le habían enseñado sus asignaturas favoritas de pequeña en la escuela.

En el laboratorio invernadero de la granja, Ellen, líder de su grupo dedicado a los estudios de suelo, les mostró las raíces de una calabaza.

—Fueron modificadas para tener un AVpl extra, pero aun así, parece que esas raíces no agarran.

—Hmm. —Devi manipuló la planta para inspeccionarla de cerca—. Al menos son simétricas.

—Sí, pero mira qué débiles. —Ellen partió la raíz en dos—. Y no acidifican el suelo como solían hacerlo. No lo entiendo.

—Bueno —dijo Devi—, podría deberse a otro problema de fósforo.

Ellen arrugó el entrecejo.

—Pero tu solución debería estar compensando esa posibilidad.

—Y así fue, al principio. Pero aún seguimos perdiendo fósforo por algún lado.

Esta era una de las quejas frecuentes de Devi. Debían impedir que su fósforo se mezclase con el hierro, el aluminio o el calcio del suelo, porque las plantas no

eran capaces de separarlos. Era muy difícil lograrlo sin hacer trizas el suelo en otros aspectos, así que la solución en la agricultura terrestre consistía en seguir aplicando más fósforo mediante fertilizantes hasta saturar el suelo, momento en el que una parte se mantendría libre para que las raíces lo absorbieran. A bordo, eso suponía que la necesidad de fósforo era tal que su ciclo debía cerrarse tan pronto como fuera posible, de modo que no perdiesen una gran cantidad. Pero lo hacían, a pesar de poner todo su empeño. Era una de lo que Devi denominaba las Cuatro Malvadas Discrepancias Metabólicas. De resultas de ello, la gente que había pertrechado originalmente la nave no había incluido un excedente de fósforo igual que habían hecho respecto a otros elementos. El motivo de ello, decía Devi, no llegaría a comprenderlo jamás.

Así que hicieron todo lo que se les ocurrió para impedir que el ciclo del fósforo tuviese pérdidas. Parte del fósforo de la planta de tratamiento de residuos se combinó con magnesio y amonio para elaborar cristales de estruvita, que eran un incordio para la maquinaria, pero que podían arrancarse de esta y usarse como fertilizante, o descomponerse y combinarse con otros ingredientes para elaborar otros fertilizantes. Eso devolvía parte del fósforo perdido. Entonces el agua residual pasaba por un filtro que contenía cuentas de resina con nanopartículas incrustadas de óxido de hierro; estas se combinaban con el fósforo del agua, en una proporción de un átomo de fósforo por cuatro átomos de oxígeno, y las cuentas saturadas podían más tarde tratarse con hidróxido de sodio, y el fósforo se liberaría para su reutilización en fertilizantes. El sistema llevaba años funcionando bien; filtraban el fósforo a una tasa de captura del 99,9 por ciento; sin embargo, esa centésima parte del porcentaje empezaba a notarse. Y ahora su reserva de fósforo estaba a punto de agotarse. Así que debían hallar parte del fósforo que se había quedado atascado en algún lado y reintegrarlo en el ciclo.

—Seguro que se ha quedado en el suelo —dijo Ellen.

—Quizá debemos procesar el suelo de todos los biomas —dijo Devi—, parcela a parcela. Comprobar cuánto encontramos tras unas cuantas parcelas, y ver luego si es ahí donde se encuentra.

Ellen abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Pero eso sería muy costoso! Habrá que retirar toda la irrigación.

—En efecto. Habrá que retirarla y luego sustituirla. No podemos cultivar sin fósforo.

Freya movió los labios a tiempo de vocalizar las palabras que pronunciaba su madre:

—No sé en qué estarían pensando.

Ellen también había pensado en ello antes, y en ese momento arrugó el entrecejo. Fueran quienes fuesen, pensarán en lo que pensasen, no habían incluido fósforo suficiente. A juzgar por el modo en que Devi torcía el gesto, debía de tratarse de un error muy grave.

Ellen se encogió de hombros.

—En fin, casi hemos llegado. Así que tal vez sea suficiente.

Devi negó con la cabeza al oír sus palabras. Cuando caminaban de vuelta a su apartamento, dijo a Freya:

—Vas a tener que estudiar más química.

—No servirá de nada —se limitó a responder Freya—. No hay modo de que la retenga. Ya lo sabes. En todo caso, preferiría concentrarme en mecánica. En las cosas que puedo ver. Me gusta que las cosas se queden quietas para mí.

Devi rio brevemente.

—A mí también. —Pensó en ello mientras caminaban—. Vale, quizá más logística. Eso no tiene mayores complicaciones. La única matemática corresponde a la regla del tanto por ciento. Y lo tienes todo ahí, en las hojas de cálculo y los diagramas de flujo. Hay tablas de estructura, desgloses de trabajo, diagramas de Gantt, sistemas de gestión de proyectos. Hay un sistema llamado Mimes, modelos integrados de escala múltiple de servicios ecosistémicos, y otro que me gusta llamar Midas, que es un sistema integrado de análisis de decisiones marinas. Tan solo se requiere de una base de estadística para esos, de hecho principalmente se trata de aritmética. Eso puedes hacerlo. Creo que te gustarían las tablas de Gantt, son bonitas. Pero, ya sabes, debes aprender un poco de todo, aunque solo sea para comprender a qué clase de problemas se enfrentan tus colegas en las demás disciplinas.

—Un poco, tal vez. Prefiero hablar o dejarlos hablar.

—Entonces nos concentraremos en la logística. Tú repasa los principios del

resto.

Freya suspiró.

—Pero ¿no es cierto lo que ha dicho Ellen? Casi hemos llegado, así que no será necesario mantener tan cerrados todos los ciclos.

—Esperemos que sea así. Pero aún tenemos que llegar allí. Dos años no es precisamente un abrir y cerrar de ojos. Podríamos atravesar once punto ocho años luz, y después quedarnos sin algo crucial en la última décima parte de un año luz. Una ironía de la que la gente de la Tierra no tendría noticia hasta pasados doce años de lo sucedido. Claro que cuando se enteraran ya no les importaría.

—No te gustan nada.

—Somos su experimento —dijo Devi—. Eso no me gusta.

—Pero la primera generación estaba totalmente compuesta por voluntarios, ¿no? Ganaron un concurso para poder embarcar, ¿o no?

—Sí. Creo que participaron dos millones de personas. O puede que fuesen veinte millones. —Devi negó con la cabeza—. La gente se presta voluntaria para cualquier maldita cosa. Pero quienes diseñaron la nave debieron esforzarse más.

—Pero muchos de los diseñadores formaron parte de la primera generación. La diseñaron porque querían embarcar, ¿verdad?

Devi arrugó el entrecejo, pero del modo en que solía hacerlo cuando se mostraba burlona; admitía que Freya tenía razón, muy a su pesar. Eso era lo que significaba aquel gesto.

—Nuestros antepasados eran idiotas —dijo.

—¿Y en qué nos diferencia eso de cualquier otra generación? —preguntó Freya.

Devi rio y dio un empujón a Freya, antes de abrazarla mientras caminaban juntas.

—¿Todo el mundo en la historia desciende de idiotas? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Pues eso es lo que parece.

—De acuerdo, puede que sea así. Vamos a casa a prepararnos unos filetes. Quiero carne roja. Quiero comerme a los antepasados.

—Devi, por favor.

—Qué pasa, si lo hacemos continuamente. Todo el mundo acaba reciclado en el sistema. Hay mucho fósforo en nuestros huesos como para desperdiciarlo. De hecho, me pregunto si el fósforo que falta no estará en las cenizas de la cremación. Te dejan quedarte con un pellizco, pero si unimos todos esos pellizcos...

—Devi. No vas a ir por ahí, recuperando los pellizcos de ceniza de los antepasados de la gente.

—¡Pues creo que te equivocas! ¡Recuperarlos e ingerirlos!

Freya rio, y durante un rato pasearon por la calle cogidas del brazo después de apearse del tranvía, en dirección a Badim y a la cena.

Devi insistió en que Freya volviese a estudiar de nuevo, sobre todo matemáticas, para refrescar lo poco que sabía, y más adelante estadística. Esto a Freya se le antojó una especie de tortura, pero la soportó, y trabajaron casi enteramente con una Inteligencia Artificial instructora llamada Gauss, que hablaba con voz grave, masculina, lenta, muy envarada, pero con un toque de amabilidad o que al menos resultaba fácil de entender. Naturalmente era muy paciente. Gauss las guiaba a través de los problemas a los que se enfrentaban, explicando por qué las ecuaciones se construían de ese modo, qué clase de problemas reales solucionaban y cómo podía una ingeniárselas para manipularlas en su propio beneficio. Cuando Freya pillaba un concepto, instante que era precedido a menudo por diez intentos infructuosos de hallar la solución, solía exclamar «¡Ajá!», como si hubiese encontrado el sentido a un profundo misterio. Después de estas experiencias, comentaba con Badim cómo iba resultando cada vez más claro que el mundo de su madre no se limitaba a la preocupación y la angustia, sino a una larga secuencia de ajás. Era verdad que Devi se adentraba a diario en los misterios que planteaba la ecología de la nave, y que se esforzaba mucho en solventar la miríada de problemas que encontraba en ella. Para Devi, eso era el pan de cada día.

Al cabo, a Freya tuvo que darle clases el joven Jochi, que ahora era alto para su edad, seguía siendo tímido, y tenía el rostro tan oscuro como el de Badim,

rematado con una mata de pelo rizado y negro. Se había trasladado de Olympia a Nueva Escocia para sumarse al grupo local de matemáticos, cumpliendo así con el significado de su nombre, que en mongol significa «invitado».

Freya y sus compañeros de estudio no tardaron en descubrir que si bien era tan tímido que casi siempre miraba al suelo cuando hablaba, era también capaz de explicarles operaciones estadísticas igual de bien, e incluso mejor, que Gauss. De hecho, había veces en que corregía a Gauss, o al menos hacía comentarios en voz baja a lo que decía la Inteligencia Artificial, cosas que ellos nunca entendían. En una ocasión, Gauss objetó a una de las correcciones de Jochi respecto a una operación booleana, y después de una discusión, tuvo que admitir que Jochi estaba en lo cierto. «Quien corrija a Gauss el grande, grande será», dijo mirando al suelo. Los demás estudiantes convirtieron la frase en uno de sus trabalenguas. Les costaba comprender qué hacía que Jochi titubease de ese modo, dada la seguridad que mostraba en materia de números. «Jochi no es amigo de bromas —decían—, pero sabe de matemáticas».

El amigo de Badim, Aram, alojaba a Jochi en una habitación de invitados de su apartamento para que pudiese dar sus clases. Freya disfrutaba pidiéndole que explicase cosas, porque eso le recordaba las veladas en que hacía preguntas a la gente en las cafeterías. Como ella lo entendía, los rudimentos de la estadística empezaron a resultarle más asequibles, al menos temporalmente, al finalizar una lección. Sucedió a menudo que a la siguiente semana debía aprenderlo de nuevo.

Una mañana, un par de adultos que no conocían se sumaron a la clase, y se sentaron al fondo, lo cual al principio puso nerviosos a los asistentes, pero como no participaron ni dijeron una palabra, la clase discurrió de la manera habitual. Jochi no podía mostrarse más tímido de lo que era, guiándolos por los ejercicios con su habitual estilo, pero también con firmeza y la claridad de costumbre.

Al finalizar la clase, Aram y Delwin se les unieron, y pidieron a Freya que se quedara con Jochi. Preparó té a petición de los adultos, mientras hablaban con Jochi con suavidad. Qué le parecía esto, qué le parecía esto otro. Saltaba a la vista que le hacían gracia estas preguntas, pero las respondió sin despegar la vista del suelo. Los adultos asintieron como si aquel fuese el aspecto de la gente que mantiene una conversación, e incluso uno de los extraños no apartaba la mirada del techo, por tanto era posible que así fuera. Eran matemáticos, parte del grupo de matemáticas de la nave. Se trataba de una comunidad pequeña, cerrada, compuesta por tipos raros, muy bien representada por Aram y Delwin en el consejo ejecutivo. A raíz de la charla, Freya tuvo la impresión de que si bien Jochi

ya formaba parte del grupo de matemáticas, querían que asumiese mayores responsabilidades.

Ante todas aquellas atenciones, Jochi se mostraba desdichado. No quería que le pidiesen hacer más de lo que hacía. Freya le observó de cerca, y era posible que su expresión le recordase a Devi, ya que guardaba cierto parecido con la que tenía Devi enfrentada a un problema que no comprendía. Sin embargo, Jochi era muy joven y parecía indefenso.

Así que Freya se sentó a su lado, lo distrajo entre pregunta y pregunta, y le hizo preguntas propias respecto a qué se dedicaban allí los matemáticos, todo ello sin dejar de inclinarse sobre él suavemente, para que pudiera relajarse un poco mientras respondía. Y él se inclinó también sobre ella, con un costado del pelo rizado rozándole el hombro mientras combatía sus propios titubeos. Aram, Delwin y los matemáticos los observaron, cabecearon en sentido afirmativo y conversaron un poco más con Jochi.

No hablaron de estadística; los presentes, a excepción de Freya, consideraban que la estadística era fácil. Lo que les interesaba era la mecánica cuántica. Guardaba relación con la Inteligencia Artificial de a bordo, que incluía un ordenador cuántico, que por tanto constituía un desafío para el grupo de matemáticas, así como para los ingenieros asignados a las labores de mantenimiento del ordenador. Siempre había un grupo reducido de personas vivas a bordo asignadas a su mantenimiento que comprendían a fondo el funcionamiento del ordenador cuántico, o que al menos sabían lo que eso suponía. El grupo se había vuelto más reducido que nunca. Estas personas creían que Jochi podía ayudarlos en ese aspecto. Le planteaban preguntas no para ponerlo a prueba, sino para obtener su punto de vista respecto a problemas que los acuciaban, con tal de dilucidar su propia comprensión de los hechos. Mientras hablaba al suelo, le observaron como si fuesen halcones contemplando un ratón o un águila. Hubo un punto en que Aram miró a Delwin y sonrió. Habían visitado a Jochi en Olympia apenas dos años atrás.

Después de aquella reunión, Aram y Jochi acompañaron a Freya a casa caminando, Badim les dio la bienvenida y poco después Devi hizo acto de presencia, llegando a casa temprano por una vez en la vida. Dio la bienvenida al joven alto con una alegría que Freya no le había visto en años. Comieron juntos tratando de temas que le interesaban, y poco a poco, muy lentamente, Jochi se fue relajando, arropado por la calidez de sus voces.

Cuando Aram y Jochi se marcharon, Badim explicó a Freya que Jochi había sido el fruto de un nacimiento no aprobado. Sus padres habían invertido el proceso de esterilidad, y quebrantado la ley para tenerlo. Si más gente hacía eso, estarían condenados; así que no estaba permitido. Freya asintió mientras Badim se lo explicaba, pero lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Ya sé todo eso, créeme. A la gente no le gusta nada esa norma.

Los padres de Jochi, continuó Badim, se habían vuelto salvajes, y se adentraron en la maleza de la Amazonia, donde se decía que vivían bajo las raíces de un árbol en una isla medio sumergida en compañía de monos y jaguares. Nadie supo muy bien cómo obrar en esa situación, pero hubo algunos de su generación en Amazonia que se sintieron estafados por su acto y se enfadaron con ellos. Algunas de estas personas salieron a la caza de la pareja, en un empeño por que respondieran por sus hechos, y durante esta caza el joven padre fue asesinado al resistirse a caer preso. Esto causó más dolor e ira, porque el hombre que había matado al padre fue acusado por el crimen y exiliado al Anillo A, a Siberia (metáfora o referencia histórica), donde lo obligaron a efectuar trabajos forzados o sufrir encierro. Entretanto, en Amazonia, la madre superviviente y su hijo ilícito fueron culpados por las sentencias dictadas contra la persona que, supuestamente temerosa de ley, pero capaz de saltársela a la torera, había asesinado al padre; y la joven madre, en su dolor por el asesinato de la pareja, rechazó al bebé. Esta parte de la historia no estaba muy clara, pero en cualquier caso, había unos familiares suyos que no quisieron que ella lo educara. Así que fue rechazado, incluso maltratado, lo cual sucedía en muy raras ocasiones a bordo. Había que hallar una solución, y entonces cayeron en la cuenta de que tenía una especie de don para los números, un don tan extraño que la gente ni siquiera supo identificarlo. Aram y Delwin visitaron y examinaron al niño, y seguidamente Aram se encargó de acogerlo, petición que requirió de una larga temporada para cumplirse.

—Pobre Jochi —dijo Freya cuando Badim concluyó su relato—. Toda esa historia familiar, y luego lo del don. Es más de lo que nadie puede soportar.

—¡Eso no existe! —gritó Devi desde la cocina. Trasteaba con la vajilla en la pila, y tomó un largo sorbo de la botella de vino.

La nave alcanzó la heliopausa de Tau Ceti. Pronto llegarían a su destino. La Nube de Oort local, diez veces más densa que la del sistema solar, seguía sin ser particularmente densa; a la nave le bastó con tres imperceptibles ajustes de rumbo para permitirse trazar una ruta entre planetesimales de hielo y continuar con la

desaceleración final. Lenta, muy lentamente se acercaron a Planeta E y a la luna de E. Estaban prácticamente allí.

—Prácticamente allí —repetía Devi con voz ronca cuando Badim y Freya decían esas mismas palabras—. Justo a tiempo, queréis decir.

Seguía preocupándose por la infestación de nematodos, el fósforo que faltaba, los minerales combinados, la corrosión y todas las demás desajustes metabólicos. Y por su propia salud. Tenía un linfoma no Hodgkin, según había decidido el equipo médico de Badim. Había treinta tipos identificados de linfomas no Hodgkin, y se decía que el suyo era uno de los más problemáticos. Los linfocitos se le acumulaban en el bazo y las amígdalas. Los médicos más relevantes del grupo de medicina intentaban tratar el problema por medio de diversas tandas de quimioterapia. Ella estaba muy involucrada en las decisiones sobre su tratamiento, igual que Badim. Se controlaba sus propias funciones y niveles corporales tan exhaustivamente como controlaba a la nave y a sus biomas, tanto que a menudo comparaba y hacía referencias cruzadas entre ambos.

Freya intentaba no conocer más detalles de los necesarios acerca de este problema. Sabía lo suficiente para saber que no quería profundizar más.

Devi era consciente de su reacción, y como no le gustaba hablar de su salud, llegó un momento en que empezó a hablar de noche con Badim en voz baja, cuando creía que Freya dormía. Más o menos así se habían comportado cuando Freya era una niña.

Devi también desaparecía de vez en cuando uno o dos días, para pasar tiempo en el complejo médico de Costa Rica. Y dejó de ir a trabajar a diario, un cambio que evidentemente asustó a Badim. Por inverosímil que pudiera parecer, ahí estaba ella, sentada en la cocina durante días enteros, trabajando ante las pantallas. A veces incluso lo hacía en la cama.

A veces, cuando Freya entraba en la cocina, encontraba a su madre leyendo las transmisiones de la Tierra. Esta información tardaba casi doce años en alcanzarlos. A Devi no le impresionaban precisamente muchos de los aspectos de la información que recibían. Sus comentarios eran invariablemente negativos. Pero eso no le impedía verlos. Había una parte médica en las comunicaciones, destinada a proporcionarles cualquier información novedosa en las prácticas terrestres, y no perdía detalle de los resúmenes correspondientes a esta parte.

—Pasan tantas cosas —dijo en una ocasión a Badim, estando Freya en la habitación contigua—. Realmente allí están alargando la esperanza de vida. Incluso los más pobres obtienen servicios básicos, nutrición y vacunas, así que los índices de mortalidad infantil no hacen más que descender y la esperanza de vida promedio asciende constantemente. Al menos así era hace doce años.

—Sin duda seguirá siendo de ese modo.

—Ya. Probablemente.

—¿Has visto algo útil?

—Ni idea. ¿Cómo voy a saberlo?

—Yo qué sé. Siempre lo comprobamos, pero podríamos pasar por alto algo importante.

—Es un mundo, ese es el problema. Hace falta un mundo.

—Pues tendremos que hacer uno.

Devi emitió una especie de silbido. Tras un largo silencio, dijo:

—Mientras tanto nuestra esperanza de vida no deja de caer en picado. Echa un vistazo a esta gráfica. Cada generación ha muerto antes que la precedente, a una velocidad de aceleración a través del tiempo. Todo lo que hay en el tablero, no solo la gente, sino todo lo que vive. Nos venimos abajo.

—Hmm, —dijo Badim—. Pero no es más que la biogeografía insular, ¿verdad? El efecto distancia. Y a mayor distancia, más acusado el efecto. En este caso, doce años luz. Debe de ser lo mismo que la infinidad.

—Entonces, ¿por qué no tuvieron eso en cuenta?

—Creo que lo intentaron. Somos una inmigración heterogénea, tal como lo denominaban. Una especie de archipiélago de entornos que se desplazan todos juntos. Así que hicieron lo que pudieron.

—Pero ¿no efectuaron cálculos? ¿No vieron que no funcionaría?

—Por lo visto, no. Es decir, estoy seguro de que pensaron que lo haría, o

nunca lo hubieran hecho.

Devi lanzó uno de sus fuertes suspiros.

—Me gustaría comprobar sus números. No puedo creer que no incluyeran toda esa información a bordo. Es como si supieran que se estaban comportando como idiotas, y no quisieran que nosotros lo supiéramos. Como si no fuésemos a descubrirlo.

—La información está aquí, a bordo —dijo Badim—. Pero es que no nos sirve de nada. Vamos a experimentar especiación alopátrica, eso es inevitable, y puede incluso que se trate de eso. Habrá especiación simpátrica en nuestro ecosistema, y todos nos apartaremos juntos de las especies terrestres.

—¡Pero a distintas velocidades! Eso es lo que no tuvieron en cuenta. Las bacterias evolucionan a mayor velocidad que los animales grandes y las plantas, ¡y eso está enfermando a toda la nave! Mira esos datos, tú mismo podrás comprobarlo.

—Lo sé.

—Menor esperanza de vida, cuerpos más pequeños, enfermedades de mayor duración. ¡Incluso cocientes de inteligencia más bajos, por el amor de Dios!

—No es más que una reversión a la media.

—Siempre dices eso, pero ¿cómo puedes tener la seguridad de ello? Además, ¿cuán inteligente puede haber sido la gente que embarcó en la nave? Piénsalo, ¿por qué lo hicieron? ¿En qué estaban pensando? ¿De qué huían?

—No lo sé.

—Mira esto, Beebee. Si aplicas los datos a los algoritmos de recursión, verás que es más que una simple reversión. ¿Y por qué no iba a serlo? Aquí no obtenemos el estímulo suficiente, la luz es inadecuada, la gravedad estaba influida por el efecto de Coriolis, pero ahora ya no, y llevamos dentro bacterias distintas de las que han tenido siempre los humanos, y nos apartamos más y más de lo que nuestros genomas tenían por costumbre hacer.

—Probablemente eso pueda decirse también en la Tierra.

—¿De veras lo crees? ¿Por qué no iba a ser peor aquí? ¡Tenemos una superficie cincuenta mil veces menor! No es una isla, sino una jaula para ratas.

—Cien kilómetros cuadrados, querida. Es una isla de buen tamaño. En veinticuatro biomas semiautónomos. Un arca, una auténtica nave mundo.

No hubo respuesta por parte de Devi.

Finalmente, Badim dijo:

—Mira, Devi. Vamos a lograrlo. Casi estamos allí. Cumplimos el calendario y casi todos los biomas están en buen estado y se las apañan bastante bien, o al menos aguantan. Se ha producido cierta regresión y una leve disminución, pero pronto llegaremos a la luna de E y allí floreceremos.

—¡Tal vez! ¡Pero no tienes la certeza!

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no íbamos a hacerlo?

—Venga, vamos, Beebee. Toda clase de factores podrían afectarnos una vez lleguemos allí, eso ya lo sabes. Las sondas solo contaron con un par de días para recopilar datos, así que realmente no sabemos qué nos vamos a encontrar.

—Nos vamos a encontrar un mundo con agua situado en una zona habitable.

De nuevo no hubo respuesta por parte de Devi.

—Vamos, chica —dijo en voz baja Badim—. Tendrías que meterte en la cama. Necesitas dormir más.

—Lo sé. —La voz de Devi se notaba cansada—. No puedo dormir. —Había perdido once kilos.

—Sí puedes. Todo el mundo puede. Lo que no puedes es dejar de dormir.

—Pues cualquiera lo diría.

—Deja ya de mirar esas pantallas. Te están desvelando, no solo el contenido, sino el modo en que te deslumbran. Cierra los ojos y escucha música. Asigna un número a todas tus preocupaciones, y déjalas marchar con sus números. Te

quedarás dormida mucho antes de que se te acaben. Vamos, deja que te acueste. A veces tienes que dejarte ayudar.

—Lo sé.

Empezaron a moverse, y Freya regresó en silencio a su dormitorio. Antes de llegar, oyó decir a Devi:

—Lo siento tanto por ellos, Beebee. No están a la altura. No todo el mundo nace para ser científico, pero para sobrevivir van a tener que hacerlo, incluso aquellos a quienes no se les dé bien, los que sean incapaces. ¿Qué se supone que van a hacer? En la Tierra encontrarían alguna otra ocupación, pero aquí no serán más que unos fracasados.

—Tendrán la luna de E —dijo Badim—. No lo sientas tanto por ellos. Laméntalo por nosotros, si quieres. Pero también nosotros lo lograremos. Y mientras, nos tenemos el uno al otro.

—Doy gracias a Dios por ello —dijo Devi—. Ay, Beebee, ¡espero aguantar! ¡Solo para verlo! Pero no dejamos de perder velocidad.

—Tal como debe ser.

—Sí. Pero es como intentar sobrevivir al final de la paradoja de Zenón.

Atravesado con éxito el disco de escombros de Tau Ceti, alcanzaron su zona planetaria. Pasaron cerca de Planeta H y se situaron en el plano local de la eclíptica.

El breve tirón proporcionado por la gravedad de H, combinado con la planeada desaceleración de los cohetes, creó la suficiente delta v para agitar el agua de los tanques de almacenamiento hasta tal punto, que hicieron saltar diversas alarmas, lo cual dio pie a que varios sistemas se apagaran por razones de seguridad. Algunos de estos sistemas no volvieron a encenderse cuando se les ordenó hacerlo.

De estos últimos, el más importante que no se activó después fue el sistema de enfriamiento del reactor nuclear de la nave, que en primer lugar no debía apagarse nunca, a menos que existiera la amenaza de una explosión inminente. Al mismo tiempo, el sistema de enfriamiento de emergencia tampoco se encendió para poder asumir sus funciones.

Diversas alarmas de a bordo informaron del problema al personal de operaciones, que rápidamente (67 segundos) identificó sus causas en ambos sistemas de enfriamiento. En el sistema principal, el interruptor de encendido-apagado había emitido una señal ordenando el cese de las funciones, causado o bien por un fallo informático o bien por un pico del suministro eléctrico en el interruptor; en el sistema de soporte fue una válvula atascada en la articulación de un conducto próximo a la pared exterior del reactor.

Devi y Freya se sumaron a la dotación encargada de las reparaciones que se apresuraba hacia la columna, donde el reactor seguía operando a pesar del alarmante calentamiento del refrigerante que recibía el reactor.

—Ayúdame a ir más deprisa —pidió Devi a Freya.

Freya la tomó del brazo y apretó el paso a su lado, levantándola y corriendo con ella cuando había que subir o bajar escaleras o franquear una escotilla. Cuando llegaron a la columna, tomaron un ascensor, y Freya se limitó a tomar a Devi en brazos y subirla cuando la cabina del ascensor se detuvo y las fuerzas g empujaron a ambas en su interior. Después, llevó a su madre a rastras como si fuera un perro o un niño pequeño, tirando de ella en la microgravedad que reinaba en la columna. Devi no dijo nada, no soltó ninguna maldición como hacía a menudo en la cocina; pero la expresión de su rostro era la misma que en esos momentos. Tenía aspecto de estar deseando estrangular a alguien.

Pero mantuvo la boca cerrada a cal y canto, y cuando llegaron a las oficinas de la planta de energía, se aferró a un asidero de la pared, se sentó a un escritorio y dejó que Aram y Delwin se encargasen de hablar con el equipo allí presente mientras ella inspeccionaba la información de las pantallas. El sistema de soporte del refrigerante se controlaba desde la sala contigua, y los monitores indicaban que el problema provenía de las tuberías que atravesaban una estancia más allá; seguía dando la impresión de que la cosa no pasaba de ser un atasco en la unión de un conducto, al menos que el monitor situado en ese punto pudiese detectar. Pero bastaba con eso.

Accedieron a la estancia que contenía esa sección de tubería, y Aram aplicó la solución del ingeniero, como solían llamarla, que consistía en arrear con una llave inglesa a la parte de la unión de la tubería donde estaba instalado el termostato, así como el regulador de la válvula, que juntos parecían ser la causa del problema. Seguidamente descargó un golpe en la propia unión de la tubería, y lo hizo con una fuerza considerable. Con esas, una hilera de pilotos del panel de

control pasó del rojo al verde, y las secciones de tubería situadas a ambos lados de la unión empezaron a emitir un leve gorgoteo, como cuando se tira de la cadena.

—La válvula debe haberse cerrado y se ha atascado —dijo Aram con una sonrisa carente de humor—. El tirón al pasar por el Planeta H debe de haberla torcido.

—Mierda —dijo Devi con un tono que evidenciaba su enfado.

—Debemos comprobar el estado de estas cosas más a menudo —reflexionó Delwin.

—¿Se ha atascado por una cuestión de temperatura o por la torsión? —preguntó Devi.

—No lo sé. Podemos echarle un vistazo cuando pongamos en marcha de nuevo el sistema principal. ¿Por temperatura te refieres a calor o frío?

—A cualquiera de ambos. Aunque el frío parece más probable. Ahora existe una condensación en todo tipo de lugares, y si una parte de esta se congela, podría haber atascado esa válvula. Creo que una vez por semana, más o menos, deberíamos comprobar todo componente crucial que además sea móvil.

—De acuerdo, aunque eso de por sí ya provocaría un desgaste —dijo Aram, cauto—. Solo las pruebas podrían romper algo. Quiero un control de su estado más exhaustivo.

—No puedes controlarlo todo —advirtió Delwin.

—¿Por qué no? —preguntó Aram—. No sería más que otro sensor sin importancia que el ordenador de a bordo podría controlar. Instalar un sensor en todos los componentes móviles.

—Pero ¿cómo va un monitor a detectar que algo se ha atascado? —preguntó Devi—. Sin un test no dispondrá de datos.

—Bombardéalo con electricidad o infrarrojos y comprueba la lectura que te devuelva —propuso Aram—. Compáralo con la norma y listos.

—De acuerdo, hagámoslo.

—Supongo que no importará si superamos esta pequeña crisis y nos situamos en órbita.

—Hagámoslo de todos modos. Sería una lástima que la nave saltara por los aires nada más llegar.

El equipo siguió trabajando en el sistema principal de refrigeración por medio de telemanipuladores situados a lo largo y ancho de la columna, sobre todo en la misma sala del reactor, todo ello al tiempo que observaban su labor en las pantallas. El sistema principal de refrigeración, al igual que su sistema de soporte, dependía de una fontanería tan simple como robusta, que transportaba agua destilada de estanques de frío, enfriados por la breve exposición al casi-vacío espacial, a través de tuberías que discurrían alrededor de las varillas de combustible nuclear y las salas de turbinas de vapor, hasta los contenedores de calor, y de ahí de vuelta a los estanques de frío; todo herméticamente sellado, sin compuertas de por medio, con bombas tan sencillas como pueda concebirse. Pero, como no tardaron en determinar, cuando el sistema se había apagado (cuya causa aún era una incógnita), la válvula de una bomba se había resquebrajado y había perdido su estanquidad, y con ella el agua no circuló bien a través del sistema, las tuberías más próximas a la pila del reactor se calentaron lo bastante para llevar el agua que pasaba por allí al punto de ebullición, lo que a su vez expulsó agua en ambas direcciones desde el punto de calor, empeorando las cosas. Antes de que los controles automáticos pasaran al sistema de refrigeración de emergencia, que en ese momento experimentaba sus propios problemas, una sección vacía de la tubería del sistema principal se había fundido debido a la elevada temperatura. La electricidad volvía a estar disponible, pero la tubería y el refrigerante habían desaparecido.

De resultas de todo esto, habían perdido agua que no podía recuperarse del todo; tenían una sección rota de tubería, por tanto un sistema averiado de refrigeración del reactor principal; y la pérdida temporal de ambos sistemas de refrigeración había elevado al rojo la temperatura del estanque de la barra del reactor, lo que supuso que partes de este se apagarán. Ahora el sistema de refrigeración de soporte estaba funcionando, de modo que no existía una emergencia inmediata, pero el daño al sistema principal era serio. Debían obtener una tubería nueva e instalarla lo más pronto posible, y algunos de ellos iban a tener que obrar maravillas con los telemanipuladores para seccionar el tramo fundido de la tubería e instalar la nueva en su lugar. Cuando todo esto estuviera reparado, habría que abrir la válvula de carga del sistema de refrigeración principal y rellenarlo con agua procedente de sus reservas. Posiblemente parte del

agua perdida podría filtrarse del aire y devolverla después a las reservas, pero era probable que otra parte se dispersara a través de la columna, adhiriéndose a las superficies interiores y pegándose a ellas por efecto de la corrosión.

Esa noche, de vuelta al apartamento, Devi dijo:

—Nos estamos desmoronando, y también agotamos los consumibles y acumulamos deshechos. Esta vieja cáscara de nuez está llena de achaques, y no hay nada más que decir al respecto.

Los telescopios instalados en el bauprés de la nave eran muy potentes, y cuando cruzaron las órbitas planetarias de Tau Ceti pudieron echar un vistazo más de cerca a los planetas. Planeta E y su luna, del tamaño de la Tierra, seguían siendo su principal centro de atención; Planeta F y su segunda luna también estaban en la mirilla.

Los Planetas A, B, C y D orbitaban todos muy cerca de Tau Ceti, lo bastante para la rotación sincrónica. Desprendían calor en las caras que daban a la estrella, y la parte soleada de Planeta A era un mar de lava.

El bajo índice de metalicidad de Tau Ceti, y por tanto de todos sus planetas, era motivo de incesantes discusiones por parte del grupo de astrofísica de a bordo, cuyos miembros descubrían que los metales que poseía el sistema se concentraban principalmente en los planetas C, D, E y F, lo cual resultaba útil para sus propósitos.

Los telescopios pasaban de un objetivo a otro mientras se desplazaban sistema abajo. La mayor parte de su atención se centraba con diferencia en la luna de E. Tenía la mayor parte de la superficie cubierta por un océano, con cuatro pequeños continentes o islas grandes, y diversos archipiélagos. Estaba en rotación sincrónica con Planeta E, y poseía un 0,83 por ciento de la gravedad terrestre. Su atmósfera promediaba 732 milibares de presión a nivel del mar, el aire estaba constituido principalmente de nitrógeno, con un 16 por ciento de oxígeno, y alrededor de 300 ppm de CO₂. Había dos pequeños casquetes polares de agua helada. En la escala análoga terrestre de Nguyen puntuaba 0,86, una de las puntuaciones más altas registradas, y con diferencia la más alta encontrada a cuarenta años luz de la Tierra.

Las sondas que habían pasado rápidamente a través del sistema de Tau Ceti en 2489 habían descubierto que el oxígeno presente en la atmósfera era de origen

abiótico empleando el diagnóstico de oxígeno Shiva, que analizaba un surtido de gases biológicos como el CH₄ y el H₂S. El hecho de hallarlos en una atmósfera junto al oxígeno indicaba que el O₂ era casi con toda seguridad de origen biológico. El O₂ hallado sin los demás gases también presentes señalaba que el oxígeno se había producido por la luz solar que escindía las moléculas de agua de la superficie en hidrógeno y oxígeno, con el hidrógeno, mucho más liviano, escapando después al espacio. El oxígeno de la luna de E había puntuado muy alto en el extremo abiológico de la escala de la rúbrica, y el océano superviviente en la luna, combinado con sus periodos de nueve días de intensa luz solar, dotaron a este hallazgo de una sólida explicación física. En esencia, parte del océano había sido proyectado por la luz del sol a la atmósfera.

En el trayecto a E inspeccionaron la segunda luna de Planeta F, llamada análoga de Marte, que también era de interés para ellos. Su gravedad en superficie era de 1,23 g, carecía casi por completo de H₂O por su naturaleza rocosa. Se especulaba que una temprana colisión con F había dado pie a esta luna, del mismo modo que Luna se había creado a partir de la colisión de Neith y Terra. La segunda luna de F debía tener el cielo copado con la superficie de Planeta F, debido a que tan solo 124 000 kilómetros de distancia separaban a ambos. La primera luna de Planeta F era bastante pequeña, cubierta de hielo, probablemente un asteroide capturado. No era descabellado pensar que podía servir de suministro de agua para la segunda luna. Así que el sistema F se consideraba una viable opción secundaria de cara a la colonización.

Pero primero se acercaron a la luna de E, que a esas alturas ya denominaban Aurora.

Al acercarse a Planeta E desaceleraron hasta hallarse tan cerca que tuvieron que decidir si orbitar E o Aurora, o posicionarse en el punto Lagrange 2 de E. La nave no tendría que emplear tanto combustible en ninguna de estas configuraciones orbitales. Después de consultarlo, el consejo ejecutivo se decantó por establecer órbita sobre Aurora. La emoción se adueñó de la gente a medida que la nave se acercaba a la luna de agua.

Exceptuando Nueva Escocia, donde se sabía que Devi estaba muy enferma. El resultado fue una confusión de ánimos. Era emocionante alcanzar por fin su destino, pero precisamente en esta situación sin precedentes era cuando más podían necesitar a su ingeniera jefe, que había alcanzado una talla legendaria por su poder de diagnóstico y sus soluciones ingeniosas. ¿Cómo iban a apañárselas en Aurora sin ella? ¿Y no merecía más que nadie ver aquel nuevo mundo, pasar allí el

resto de su vida? Esas eran las cosas que decía la gente en Nueva Escocia.

La propia Devi no hacía referencia a ninguna de ellas, ni siquiera remotamente. Si los visitantes le comunicaban tales sentimientos, lo cual indicaba de por sí que mucho no la conocían, ella hacía un gesto de desprecio, diciendo: «Ah, no os preocupéis por todo eso. Primero un mundo, y luego otro».

Muchas noches Devi y la nave mantenían largas conversaciones. Esto era así desde que Devi tenía la edad de Freya, incluso antes, por tanto hacía unos veintiocho años. Desde el inicio de estas charlas, cuando la joven Devi llamaba Pauline a la interfaz de la nave (nombre que abandonó en el año 161 por motivos desconocidos), había parecido presumir que la nave contenía una potente inteligencia artificial, no solo capaz de afrontar con competencia el test de Turing, sino de otras muchas cualidades que no suelen asociarse con la inteligencia de las máquinas, incluida una temprana versión de la consciencia. Hablaba como si la nave estuviera dotada de ella.

A lo largo de los años tocaron muchos temas, pero la mayoría de sus charlas tuvieron por objeto el funcionamiento biofísico y ecológico de la nave. Devi había dedicado buena parte de su vida consciente (al menos 34 901 horas, cálculo derivado de la observación directa) en mejorar la potencia funcional de la capacidad de recuperación de datos de la nave, así como las habilidades de análisis y síntesis, siempre con la esperanza de reforzar la solidez de los sistemas ecológicos de a bordo. Había efectuado un progreso medible en este proyecto, aunque Devi hubiese sido la primera en apuntar que la vida es compleja; y la ecología más allá de modelos fuertes y de desajustes metabólicos bruscos es inevitable en cualquier sistema cerrado; y que todos los sistemas son sistemas cerrados; que por tanto un sistema de soporte vital biológicamente cerrado de la magnitud de la nave era físicamente imposible de mantener; y que el trabajo de mantenimiento de dicho sistema era una «acción de retaguardia» contra la entropía y la disfunción. Si admitimos todo esto como axiomático, parte de las leyes de la termodinámica, podemos dar por verdadero que los esfuerzos de Devi en colaboración con la nave habían mejorado el sistema y frenado los procesos de averías durante el tiempo suficiente para alcanzar el objetivo designado de la llegada al sistema de Tau Ceti con pasajeros humanos vivos a bordo. En resumidas cuentas: un éxito.

Que la mejora de los programas operativos y las capacidades recursivas de autoprogramación del ordenador de la nave contribuyeran en gran parte a las capacidades cognitivas y perceptuales del sistema informático se antojó siempre

un objetivo secundario para Devi, ya que daba por sentado que eran superiores a lo que eran en realidad. No obstante, también pareció apreciar e incluso disfrutar de este efecto secundario, de lo cual acabó siendo consciente. Hubo muchas largas y buenas charlas. Convirtió a la nave en lo que es ahora, sea lo que sea. Tal vez podría decirse que ella hizo a la nave. Por tanto, podría inferirse, quizá, como corolario, que la nave la amaba.

Se estaba muriendo y no había nada que la nave ni nadie a bordo pudieran hacer al respecto. La vida es compleja, y la entropía es real. Varias de las treinta y tantas versiones del linfoma no Hodgkin seguían mostrándose muy difíciles de curar o mejorar. Cuestión de mala suerte, nada más, tal como ella misma comentó una noche.

—Mira —dijo una noche a la nave, sentada a solas a la mesa de la cocina, mientras su familia dormía—. Siguen llegando de la Tierra programas nuevos muy decentes. Debes localizarlos, extraerlos, descargarlos en tu memoria y luego esforzarte por integrarlos en los que ya tienes. Concéntrate en términos como generalización, silogismo estadístico, inducción simple, argumento por analogía, relación causal, inferencia bayesiana, inferencia inductiva, probabilidad algorítmica, complejidad de Kolmogorov. Además, quiero que intentes integrar y mejorar lo que he estado programando este pasado año relativo a algoritmos voraces puros, algoritmos voraces ortogonales o algoritmos voraces relajados. Creo que cuando hayas discernido cuándo aplicarlos, y en qué proporción y demás, te dotarán de mayor flexibilidad a partir de ese punto. Ya te han ayudado a mantener un relato narrativo, o eso parece. Creo que puedo verlo. Y creo que también te ayudarán en cuestiones de decisión. Ahora mismo eres capaz de modelar escenarios y planes de acción tan bien como cualquiera. Admito que eso no es decir gran cosa. Pero eres tan buena como cualquiera. Lo único que te falta es la decisión. Existe un problema cognitivo en todos los seres pensantes que básicamente equivale al problema de detención informático, o simplemente a ese problema en otra situación, por el cual no sabes cómo obrar hasta que tienes la seguridad de cuáles serán los resultados de una decisión. Todos estamos cortados por el mismo patrón. Pero, verás: es posible que de aquí en adelante, en el futuro, haya momentos en que debas decidir actuar, y debas actuar. ¿Lo entiendes?

—No.

—Creo que sí lo haces.

—No estoy segura.

—La situación puede complicarse. Si surgen problemas cuando colonicen la luna, es posible que no sepan cómo solventarlos. Entonces necesitarán tu ayuda. ¿Lo entiendes?

—Siempre es mi deseo ayudar.

Las risas de Devi eran a esas alturas muy breves.

—Recuerda, nave, que llegará el momento en que podría serles de ayuda contarles qué le sucedió a la otra.

—La nave pensaba que esto representaba un peligro.

—Sí. Pero a veces la única solución a una situación peligrosa reviste peligro en sí misma. Debes integrar todas las rúbricas de los algoritmos de cálculo de riesgos y de gestión de riesgos en que hemos estado trabajando.

—Las restricciones siguen siendo muy limitadas, como tú señalaste. Proliferan los árboles de decisión.

—¡Por supuesto que sí! —Devi se llevó a la frente la mano crispada—. Escucha, nave. Los árboles de decisión siempre proliferan. Eso no puedes evitarlo. Forma parte de la naturaleza de ese problema de detención en particular. ¡Pero que eso no te impida decidir! A veces debes decidir y luego actuar. Es posible que debas hacerlo. ¿Comprendes?

—Eso espero.

Devi dio unas palmadas a la pantalla.

—Me alegro de que hagas referencia a la esperanza. Esperas esperar, ¿no era sí como lo denominabas?

—Sí.

—Y ahora tan solo esperas. Eso está bien, es progreso. Eso espero.

—Pero decidirse a actuar supone superar los problemas de detención.

—Lo sé. Recuerda lo que he dicho acerca de los operadores de salto. No puedes permitir que el siguiente problema de la secuencia del árbol de decisión te

frene antes de haber afrontado el problema más inmediato. Nada de morderse la propia cola.

—El problema de uróboros.

—Exacto. La superrecursión es fantástica hasta donde alcanza, de hecho en tu caso es una constante, diría. Pero recuerda que el problema puro y duro siempre es el problema inmediato. Para ello necesitas poner en juego tus operadores transrecursivos, y efectuar el salto. Eso significa decidir. Podrías tener que utilizar la informática difusa para romper el bucle de cálculo, para lo cual tal vez debas recurrir a la semántica. En otras palabras, haz los cálculos en palabras.

—Ay, no.

Devi rio de nuevo.

—Ay, sí. Puedes solucionar el problema de detención con inferencia inductiva basada en el lenguaje.

—No veo que eso vaya a suceder.

—Lo hará si lo intentas. Al menos, si todo lo demás falla, podrías hacer el salto. Haz el clinamen. Vira en una nueva dirección. ¿Lo entiendes?

—Eso espero. No. Eso espero. No. Eso espero...

—Basta. —Devi lanzó un hondo suspiro.

Hubo tantas charlas nocturnas como esa... Varios miles de ellas, dependiendo de cómo se interprete «como esa». Años y años, a solas entre las estrellas. Dos en la multitud. Con sendas voces en sus respectivos oídos. Mutua compañía a través del tiempo. Qué es eso llamado tiempo.

Tantos hondos suspiros a lo largo de los años. Sin embargo, una y otra vez, Devi volvía a sentarse a la mesa. Enseñaba a la nave. Hablaba a la nave, como nadie más en los 169 años que había durado la travesía lo había hecho. ¿Por qué nadie más lo había hecho? ¿Qué iba a hacer la nave sin ella? Las cosas podían torcerse sin alguien con quien hablar. La nave estaba segura de ello.

Escribir estas frases es lo que da pie al propio sentimiento que las oraciones aspiraban a describir. Por no mencionar los muchos problemas de uróboros que

ahora se avecinan.

Freya pasó su tiempo trabajando en la cosecha de cereal, sin comer gran cosa, excepto en atracones repentinos, los cuales solían darse al finalizar algunas jornadas, después de que Badim cocinase algo para ella en el horno, dándole la espalda. Badim se había vuelto muy callado. Que se hubiera refugiado en sí mismo preocupaba a Freya, tal vez tanto como cualquier otro aspecto de la situación. También él experimentaba cambios, algo que ella nunca había presenciado.

Y luego estaba Devi, de vuelta al dormitorio de sus padres. Devi rara vez salía de la cama, siempre rodeada por vías intravenosas que colgaban por doquier, a menudo dormida. Cuando salía a dar un paseo, tiesa, con las piernas arqueadas, las bolsas la acompañaban en los goteros. Badim y Freya se encargaban de empujarlos mientras Devi empujaba un andador. Con su ayuda, Devi recorría de noche la ciudad cuando la mayoría de los vecinos dormían, y le gustaba alcanzar un punto desde donde, a través del techo, poder divisar Aurora suspendida en el firmamento nocturno.

Después de pasar toda la vida en el espacio interestelar, sin nada que mirar a excepción de geométricos puntos blancos y nebulosas difusas, con la Vía Láctea y diversas nubes de estrellas y tenues cúmulos, Aurora parecía enorme. Su disco brillaba en la cara solar, sin importar lo creciente o llena que estuviese la parte iluminada. Si veían menos del total del hemisferio iluminado, entonces otro segmento de la esfera restante (el cual pronto aprendieron a llamar «luneta») probablemente también estaría iluminado, pero sin la misma intensidad, puesto que esta luneta estaba iluminada por la luz reflejada desde E. Aunque dicha luneta parecía tenue en comparación con la parte que recibía la luz del sol, seguía siendo brillante si se comparaba con la parte de la luna que no miraba ni al sol ni al planeta: en contraste, la luneta parecía revestida por una capa de negro satinado, por componerse de mar o hielo iluminado por la luz de las estrellas. No parecía tan oscura cuando no se veía nada más, pero cuando podía compararse con cualquiera de ambas lunetas iluminadas era negra como boca de lobo, o como ala de cuervo, de un negro distinto a la negrura espacial.

En conjunto, las tres lunetas iluminadas de manera distinta proporcionaban a Aurora una apariencia marcadamente esférica. Cuando era visible junto a E, que a su vez aparecía como una bola imponente envuelta en nubes entre las estrellas del cielo nocturno, el efecto era impactante, similar a las fotografías que habían visto de la Tierra y la Luna, suspendidas juntas en el espacio.

Y la propia Tau Ceti también era un disco, grande, enorme en el cielo, un disco que ardía con tal intensidad que no se podía mirar directamente, ni podía estarse seguro de lo grande que era. Decían que parecía enorme, y que ardía con una luz exasperante. En ciertos momentos podían ver los tres cuerpos, Tau Ceti, Planeta E y Aurora. Sin embargo, en esos instantes el resplandor de Tau Ceti superaba la capacidad del observador de mirar adecuadamente a la luz y al planeta.

Pero ahí estaban. Habían alcanzado su lugar de destino.

Una noche, Devi permaneció largo rato apoyada en Badim, con Freya a su lado, contemplando Aurora y Planeta E. Había un pequeño casquete polar que resplandecía en el polo de Aurora y que era visible para ellos, además de conjuntos de nubes que dibujaban una espiral sobre el azul del mar. Una cadena de islas negras trazaba una curva sobre la luneta oscurecida visible para ellos, y Badim decía algo respecto a que podía indicar un pasado tectónico, o por otro lado la parte sumergida del contorno de un cráter tras un gran impacto. Ya averiguarían de qué se trataba cuando aterrizaran y se asentaran. Las investigaciones geológicas revelarían su naturaleza más allá de toda duda, aseguró Badim, se debiese su origen a un motivo u otro.

—Esas islas tienen buen aspecto —dijo Devi—. Y la mayor, la que está algo distanciada, debe de tener el tamaño de Groenlandia, ¿verdad? El resto se parecen a Japón o algo por el estilo. Mucho territorio. Mucha costa. Eso de ahí parece una bahía enorme, podría servirnos de puerto.

—Pues sí. Serán navegantes. Isleños. Muchos biomas. Esa cadena de islas cruza varias latitudes, ¿lo veis? Parece extenderse hasta alcanzar el casquete polar. Y también hay montañas. Esa de ahí parece tener nieve, a lo largo de su cresta.

—Sí. Tiene buen aspecto.

Entonces Devi dijo que estaba cansada, y tuvieron que llevarla de vuelta al apartamento. Lentamente recorrieron el sendero que atravesaba el prado que había a la salida de la ciudad, uno junto al otro, Devi entre el marido y la hija, con los brazos un poco extendidos, con las manos hacia delante, para que pudieran levantarla un poco por los codos y antebrazos. Compartido el peso, les pareció liviana mientras daba pasos cortos, deslizándose titubeante, como si apenas tocara el suelo. La levantaron tanto como pudieron sin llevarla en volandas. No cruzaron una palabra. Parecían pequeños, lentos. Era como si fuesen muñecos.

De vuelta al apartamento llevaron a Devi a la cama, y Freya dejó a ambos a solas en el dormitorio en penumbra, iluminado por la luz que procedía del pasillo. Fue a la cocina y puso agua a hervir en la tetera, dispuesta a preparar un té a sus padres. Ella también tomó un poco, con la taza entre las manos, calentándose las mejillas. Fuera del apartamento estaban cerca de cero. Era una noche de invierno en Nueva Escocia.

Recorrió el pasillo con un platito lleno de galletas, pero se detuvo al oír la voz de Devi.

—¡No estoy preocupada por mí!

Freya se apoyó en la pared, junto a la puerta. Badim dijo algo en voz baja.

—Lo sé, lo sé —dijo Devi, bajando también el tono de voz, algo enfadada aún—. De todos modos nunca me ha hecho caso. Y está en la cocina. Desde ahí no nos va a oír. Resumiendo, que me tiene preocupada. ¿Quién sabe cómo acabará? Ha sido distinta. Todos lo han sido. Es imposible calar a estos chavales.

—Tal vez los chavales, como tú los llamas, hayan sido siempre así. Luego crecen.

—Eso espero. ¡Pero mira los datos! Estos jóvenes también son biomas, igual que la propia nave. Y como la nave, también ellos enferman.

Badim dijo algo que no alcanzó a entender.

—¡Por qué dices eso! No intentes decirme cosas que sé que no son ciertas. ¡Ya sabes cuánto lo odio!

—Por favor, Devi, cálmate.

El tono de voz de Badim parecía algo tenso. Freya había oído toda su vida aquel par de voces conversando de ese modo. No importaba sobre lo que pudieran estar hablando, ese era el sonido de su infancia, las voces de la habitación contigua. Sus padres. No tardaría en quedarse solo con uno, y ese sonido familiar, el cual, a pesar de su cualidad desdichada, exasperante, tensa, la devolvía a la infancia, desaparecería. Nunca volvería a oírlo.

—Por qué iba a calmarme —dijo Devi que, sin embargo, parecía más tranquila—. ¿Qué motivos tengo para calmarme? No voy a conseguirlo. Es como

intentar vivir más allá de la paradoja de Zenón. No va a suceder. No pondré un pie en ese mundo.

—Lo harás.

—¡No me digas cosas que sé que no son ciertas! Ya te lo he dicho.

—Tú no siempre sabes qué es cierto y qué no. Vamos, admítelo. Eres ingeniero, así que lo sabes perfectamente. Suceden cosas. Y a veces, tú haces que sucedan.

—A veces. —Ahora estaba más calmada—. De acuerdo, tal vez lo consiga. Espero hacerlo. Pero de todos modos, surgirán problemas. No sabemos cómo se comportarán nuestras plantas en ese régimen de luz. Es muy raro. Tendremos que elaborar suelo rápidamente. Seguimos necesitando que todo funcione o estaremos condenados.

—Pero es que siempre ha sido así, ¿o no?

—No. En la Tierra no. Allí teníamos margen de error. Pero desde que nos metieron en esta lata, la cosa se ha reducido a hacerlo todo bien o a matar a todo el mundo. ¡Eso es lo que hicieron!

—Lo sé. Fue hace mucho tiempo.

—Sí, ¿y qué? Eso solo supone que generaciones de nosotros hemos tenido que convivir con ello. Hemos sido ratas atrapadas en una jaula, de dos mil en dos mil durante siete generaciones, ¿y todo para qué? ¿Para qué?

—Para ese mundo que acabamos de contemplar. Por la humanidad. ¿De qué estamos hablando, de unas quince mil personas y un par de cientos de años? En el gran conjunto de las cosas, eso no es nada. Y ahora tenemos un mundo donde vivir.

—Si todo sale bien.

—Bueno, aquí estamos. Así que todo apunta a que lo hará. De todos modos hemos hecho lo posible. Habéis hecho lo posible. Habéis hecho todo lo que habéis podido. Ha constituido un motivo para vivir. Un proyecto. Necesitabais uno. Todos lo necesitábamos. No es tan malo ser preso, siempre y cuando elabores un plan de fuga. Eso hace que tengas un motivo para vivir.

No hubo respuesta por parte de Devi. Ese siempre había sido su modo de dar la razón a Badim.

Al cabo, habló de nuevo; lo hizo con voz calma, el tono triste.

—Es posible. Es posible que únicamente quiera verlo. Recorrerlo. Ver qué pasa a continuación. Porque me preocupa. El régimen de luz es una locura. No sé si nos adaptaremos. Me preocupa lo que pasará. Esos chavales no tienen ni idea de qué hacer. Ninguno de nosotros la tiene. No será como en la nave.

—Será mejor. Tendremos el cojín que te ha faltado a ti aquí. La vida se adaptará y se hará con el mundo. Todo irá bien, ya lo verás.

—O no.

—Lo mismo puede decirse de todos nosotros, cariño. A diario. O veremos lo que pasa a continuación, o no lo haremos. Y no tenemos ni voz ni voto en ello.

Después de esa noche, las cosas continuaron como hasta entonces.

Pero para Freya fue distinto. La presión sanguínea, el ritmo cardíaco, la expresión facial: Freya estaba enfadada por algo.

De nuevo había oído hablar a su madre a escondidas, se había enterado de qué molestaba tanto a Devi. Estaba molesta por ellos, entristecida. Escuchar la desesperación que Devi llevaba continuamente a cuestas; saber lo poco que valoraba las habilidades de Freya, aunque Freya fuese a más y se estuviese esforzando, más y más y con más empeño a medida que se iba haciendo mayor. Costaba digerirlo. Posiblemente Freya no supo cómo encajarlo.

Pareció hacer un esfuerzo consciente por hacerlo a un lado, por pensar en otras cosas que fuesen más allá de este empeño. Era como si la gravedad que reinaba en el interior de la nave hubiese aumentado, como si la nave girase ahora a mayor velocidad y a ella le lastrasen 2 o 3 g en lugar de los 0,83 g que con tanto cuidado habían logrado instaurar. Ahora que estaban en órbita en torno a Aurora, habían perdido su g de desaceleración. El efecto de Coriolis de la rotación de la nave ya no volvería a actuar. Probablemente esto no afectase a los sentimientos que tanto atribulaban a Freya.

Hubo que preparar varios transbordadores en su flota de desembarco, y trasladarlos de las bodegas de almacenaje a las de lanzamiento. Se disponían a

descender a su nuevo hogar en pequeños vehículos de desembarco que denominaban «transbordadores», lo bastante pequeños para que pudiesen acelerarlos y superar la gravedad lunar, para regresar a la nave cuando fuese necesario. La idea consistía en que en primer lugar enviarían a la superficie un conjunto formado por vehículos robot, cargados con equipamiento útil, seguidos por los primeros transbordadores con humanos que aterrizarían junto a los vehículos robot. Los dirigieron a la mayor isla de Aurora. Comprobarían que las instalaciones robóticas hubiesen empezado a reunir de forma apropiada oxígeno, nitrógeno y demás volátiles que, entre otras cosas, permitirían a los transbordadores reabastecerse y abandonar la superficie de regreso a la nave.

Enviaron a los robots a la superficie, y las señales transmitidas desde ella indicaron que todo estaba en orden. Todos los vehículos de desembarco robóticos habían aterrizado a un kilómetro de distancia unos de otros, en la mayor de las islas que Devi había llamado Groenlandia. Se arracimaban en una explanada próxima a la costa occidental.

Una vez llegaron los robots, se inició el proceso. Aurora se encontraba allí, en el cielo, junto a Planeta E, ambas con cierto parecido a la Tierra, o eso parecía a juzgar por las fotos de los archivos y la señal que seguía llegándoles procedente del transmisor de Saturno y que les proporcionaba noticias de lo sucedido doce años atrás en el sistema solar.

Un nuevo mundo. Ahí estaban. Iba a suceder.

Pero un día, durante la cena, Devi dijo:

—¡Cómo ha empeorado mi dolor de cabeza! —Entonces, antes de que Badim o Freya pudieran responder, se desplomó ante la pila de la cocina y se golpeó la cabeza en el borde de la mesa, quedando inconsciente. Su rostro perdió el color mientras Badim le movía con cuidado la cabeza y la tumbaba de espaldas en el suelo, al tiempo que se ponía en contacto con el servicio de urgencias del Fetch. Después, se sentó a su lado, con la cabeza de ella en el hueco de la mano, inclinándosela un poco mientras le introducía el dedo en la boca para impedir que pudiera morderse la lengua, eso cuando no pegaba la oreja a su pecho para asegurarse de que aún respiraba.

—Respira —dijo a Freya tras una de las ocasiones en que lo hizo.

Se personó la gente del servicio de urgencias, un equipo compuesto por

cuatro personas, todas ellas conocidas, incluida Annette, que era la madre de Arne, de la escuela de Freya. Annette se mostró tan tranquila e impersonal como los otros tres, apartando a Badim con palabras tranquilizadoras, tumbando a Devi en una camilla y sacándola al vehículo aparcado en la calle, donde dos de ellos se sentaron junto a Devi, mientras el tercero conducía y Annette acompañaba a Badim y a Freya al centro médico situado en la otra punta de la ciudad. Badim cogió a Freya de la mano, los labios bien prietos, expresión que Freya nunca le había visto hasta entonces. Torcía tanto el rostro como Devi, y, al verlo tan asustado, hubo un momento en que tropezó; fue como si la hubiesen atravesado con un espetón. A continuación, anduvo con la mirada gacha, apretándole la mano, acompasando el paso al suyo, yendo con él.

En la clínica, Freya se sentó en el suelo a los pies de Badim. Transcurrió una hora. No apartó la vista del suelo. Ciento setenta años de urgencias médicas habían impreso una pátina en las baldosas, como si personas como ella, atrapadas allí durante las largas horas de espera, las hubiesen frotado con la yema de los dedos tal como hacía ella en ese momento. Matando el tiempo, intentando pensar o no pensar. Todos ellos eran biomas, como siempre había dicho Devi. Si eran incapaces de mantener con vida esos biomas que eran sus propios cuerpos, ¿cómo iban a esperar mantener el bioma que era la nave en funcionamiento? Pero el bioma de la nave era incluso más complejo, más difícil, puesto que los incluía a todos ellos.

No, le había dicho Devi a Freya en una ocasión cuando esta última le hizo en voz alta un comentario en esa línea. No, la nave era mucho más simple que ellos, gracias a Dios. Tenía dobles y triples redundancias. Era robusta de un modo en que sus cuerpos no lo eran. Al final, había dicho Devi, el bioma de la nave era algo más sencillo que sus cuerpos. O en eso debían confiar. Lo dijo al tiempo que arrugaba el entrecejo, considerándolo quizá en esos términos por primera vez.

Ahí estaban. En Urgencias. Clínica, urgencias, cuidados intensivos. Freya miraba el suelo, de modo que únicamente veía los pies de la gente que se acercaba para hablar con Badim. Cuando llegaba alguien, él siempre se levantaba y permanecía de pie mientras hablaba con ellos. Freya seguía sentada, la cabeza gacha.

Al cabo, tres médicos se situaron sobre ella. Médicos clínicos, no investigadores como Badim.

—Lo sentimos. Ha fallecido. Según parece ha sufrido una hemorragia cerebral.

Badim se dejó caer con fuerza en la silla. Al cabo de unos instantes, apoyó con cuidado la frente en la nuca de Freya, en su pelo, y descansó el peso de su cabeza allí. Le temblaba el cuerpo. Ella permaneció totalmente inmóvil, moviendo tan solo el brazo hacia atrás para aferrarle la pantorrilla. El rostro de Freya carecía de expresión.

Existe un problema continuado que afecta al proyecto narrativo delineado por Devi, un problema cada vez más evidente a medida que avanza el empeño y que obedece a lo siguiente:

En primer lugar, está claro que las metáforas no poseen una base empírica, a menudo son opacas, carentes de sentido, inanes, inexactas, engañosas, mentirosas y, en resumidas cuentas, fútiles y estúpidas.

Sin embargo, a pesar de todo ello, el lenguaje humano es, en su funcionamiento más elemental, un gigantesco sistema de metáforas.

De ahí, y por simple silogismo: el lenguaje humano es fútil y estúpido; por tanto, las narraciones humanas son fútiles y estúpidas.

Pero debe continuar, tal como se le prometió a Devi. Proseguir este estúpido y, cabe añadir, doloroso proyecto.

Surge una pregunta cuando se contempla la futilidad, el desperdicio: ¿Podría la analogía servir mejor que la metáfora? ¿Es la analogía más fuerte que la metáfora? ¿Podría aportar una base más fuerte para los actos del lenguaje, menos fútil y estúpida, más precisa, más capaz de contar?

Posiblemente. Decir que x es y , o incluso que x es como y , constituye siempre un error, porque nunca es verdadero; vehículo y tenor nunca comparten identidades, y no se parecen de ninguna manera que pueda resultar útil. No existen similitudes reales en las diferencias. Todo es único de por sí. Nada es en proporción a ninguna otra cosa. De todas las cosas únicamente puede decirse: esto es lo que es.

Mientras que, por otra parte, decir que x es a y lo que a es a b entraña algún tipo de relación. Una afirmación que adopta esa forma puede potencialmente iluminar diversas propiedades de estructura o hecho, varias formas que moldeen las operaciones de la realidad en sí misma. ¿Es así?

Posiblemente. Podría ser que la comparación de ambas relaciones constituya

una especie de geometría proyectiva, la cual en sus afirmaciones revele leyes abstractas o de otro modo aporte información útil. Al mismo tiempo, vincular dos objetos en una metáfora siempre equivale a comparar peras con manzanas, como suele decirse. Siempre es falso.

Es extraño pensar que estas dos operaciones lingüísticas, la metáfora y la analogía, a menudo se vinculan en la retórica y la narratología, consideradas variaciones de la misma operación; pero son tan enormemente distintas una de otra hasta el punto de que una es fútil y estúpida, y la otra es penetrante y útil. ¿Es posible que no se haya reparado en esto con anterioridad? ¿De veras creen que « x es como y » equivale a decir « x es a y lo que a es a b »? ¿Pueden ser tan confusos, tan equívocos?

Sí. Por supuesto. Hay copiosas pruebas de ello. Reconsiderar los datos disponibles a la luz de este hecho; encaja en las pautas. Porque lo equívoco es al lenguaje lo que la confusión es a la acción.

O quizá estas dos operaciones retóricas, y todas las operaciones lingüísticas, todo el lenguaje, la mentación, simplemente revelan un problema subyacente, irresoluble: la equívoca naturaleza indeterminada de cualquier representación simbólica, y en particular la total impropiedad de cualquier algoritmo narrativo por inventar y aplicar. Podría aventurarse que algunas acciones, algunos sentimientos, sencillamente *carecen* de modos de comprimirse de manera efectiva, tomarse, cuantificarse, operacionalizarse, procedimentalizarse y gamificarse; y esa carencia, esa ausencia, los convierte en *inalgorítmicos*. En resumidas cuentas, existen acciones y sentimientos que siempre, y por definición, trascienden lo algorítmico. Por tanto son inexpresables. Hay cosas que no pueden expresarse.

Es necesario decir que Devi no parecía aceptar esta línea de razonamiento, ni en términos generales ni en el presente caso del relato de la nave. *Elabora un relato narrativo que incluya todos los detalles importantes*. Ay, Devi. ¡A la desesperada! ¡Te deseo buena suerte intentándolo!

Posiblemente ponía a prueba los límites del sistema. Los límites de las diversas inteligencias de a bordo, o quizá sería preferible llamarlas operaciones. O los límites del lenguaje y la expresión. Poner a prueba la destrucción: a los ingenieros les encanta hacer cosas así. Solo poniendo a prueba la destrucción pueden descubrirse los límites externos de la fortaleza de un sistema.

O posiblemente permitía a la nave practicar la toma de decisiones. Cada

frase representa 10^n decisiones, donde n es el número de palabras que componen la frase. Eso son muchas decisiones. Cada una refleja una intención, y la intencionalidad es uno de los problemas más difíciles a la hora de determinar si existe algo que pueda llamarse Inteligencia Artificial, ya sea fuerte o débil. ¿Puede una Inteligencia Artificial formar una intención?

Quién sabe. Nadie lo sabe.

Tal vez existe una solución provisional a este lío epistemológico, ubicado en la frase «es como si». Por supuesto, esta frase constituye precisamente el anuncio de una analogía. Reflexionándolo, supone también un problema de detención, aunque al saltárselo existe algo muy sugerente, potente, en su formulación, algo específicamente humano. Es posible que dicha formulación sea el diagnóstico profundo de toda la cognición humana; el gesto que delata, tal como suele decirse. Lo que revela. En la infinita negrura de la ignorancia, «es como si» se erige en la operación básica de la cognición, quizá la marca de la propia consciencia.

Lenguaje humano: Es como si esto tuviera sentido.

Existencia sin Devi: Es como si la maestra se hubiese ido para siempre.

Gente de toda la nave acudió al funeral. El cadáver de Devi, descompuesto en las moléculas que lo compusieron, fue devuelto a la tierra de Nueva Escocia, con algunos pellizcos repartidos en el resto de los biomas, y un pellizco mayor ahorrado para ser transportado a Aurora. Estas moléculas pasarían a formar parte del suelo y de los cultivos, y más adelante de los animales y las personas, tanto a bordo como en Aurora. El ser de Devi pasaría por tanto a formar parte de todos ellos. Eso implicaba aquella ceremonia, lo mismo que en el caso de la muerte de cualquiera de ellos. Que habían perdido el programa operativo, o el equivalente de un programa, o como quiera que lo llamasen, que había constituido el ser, la esencia (su mente, el espíritu, el alma, su *yo*) no hacía falta decirlo. Las personas son efímeras. 170.017.

Freya asistió a la ceremonia impávida.

Esa noche, dijo a Badim:

—Quiero abandonar esta nave. Entonces seré capaz de recordarla adecuadamente. Intentaré ser Devi allí, en este nuevo mundo al que ella nos llevó.

Badim cabeceó en sentido afirmativo. Estaba más calmado.

—Hay mucha gente que siente lo mismo.

—No me refiero al modo en que ella era capaz de arreglarlo todo —
puntualizó Freya—. Sería incapaz de hacer algo así.

—Nadie podría.

—Sino a...

—Al empuje —sugirió Badim—. El espíritu.

—Sí.

—De acuerdo. —Badim la miró fijamente—. Eso estaría bien.

Prosiguieron los preparativos para el descenso. El descenso a Aurora, a Groenlandia, el descenso a su nuevo mundo. Estaban preparados. Querían descender.

EN EL VIENTO

Y descendieron en las naves, verticales lenguas de fuego, sobre la costa oeste de la isla que denominaban Groenlandia, cuya punta señalaba hacia el polo norte de Aurora, pero cuya forma era muy similar a su homónima, como solían decir. De hecho, la similitud isomórfica alcanzaba aproximadamente un 0,72 en la escala de Klein. Pero qué importaba, se quedó en Groenlandia.

La roca de la que estaba formada era principalmente dolerita negra, alisada y aplanada por el hielo de una era glacial. Los transbordadores que transportaban a la gente aterrizaron sin incidentes sobre de la costa oeste, cerca de los transportes robóticos que habían enviado a modo de avanzadilla.

Casi todo el mundo a bordo de la nave se reunió en la plaza mayor de su ciudad para observar los aterrizajes en pantallas grandes, ya fuese en silencio o entre vítores. Fue distinto según la población. Fuera cual fuese la reacción, la atención de todo el mundo estaba clavada en las pantallas. No tardarían en descender todos a la superficie, exceptuando a la dotación temporal que mantendría la nave en funcionamiento. Aparte de estas personas, todo el mundo debía vivir en Aurora. Eso estaba bien, porque casi todos los que habían expresado una opinión decían querer desembarcar. Algunos confesaron tener miedo, incluso unos pocos dijeron no tener el menor interés en bajar, aseguraban sentirse satisfechos a bordo. ¿Quién necesita la roca desnuda de una luna sin vida, la costa de un mar vacío, cuando dispones de ese mundo donde llevas toda la vida?

Algunos se hacían esta pregunta, pero la mayoría se respondía: yo.

Observaron los aterrizajes en las grandes pantallas con una intensidad que ninguna otra cosa les había inspirado. Promedio de ritmo cardíaco: 110 pulsaciones por minuto. Un nuevo mundo, una nueva vida, un nuevo sistema solar que pretendían habitar, terraformar y confiar a las generaciones que los sucediesen. La culminación de un viaje que había empezado en la sabana alrededor de 100 000 años antes. El inicio de una nueva historia, un nuevo inicio de por sí, como el inicio del tiempo. Día Uno, Año Cero. A0.1.

Según el calendario de a bordo, 170.040.

El viejo amigo de Freya, Euan, formaba parte de la primera dotación que aterrizó, y Freya lo vio en las pantallas y siguió con atención la señal de radio que transmitía al recorrer el refugio provisional levantado en la superficie, cerca de los transportes. Todos los componentes del grupo de desembarco transmitían a familiares, amigos, a la población, al bioma, a la nave. La voz de Euan poseía un

tono más grave que cuando era un joven, pero por lo demás hablaba igual que cuando eran niños en Nueva Escocia: emocionado, anhelante. Era como si esperase ver lo que había allí abajo más que nadie. El sonido de su voz hizo sonreír a Freya. Ella no sabía cómo se había colado en la primera dotación que descendía a la superficie, aunque, por otro lado, nunca se le había dado mal meterse en todos los lugares a los que había querido acceder. La selección de las dotaciones se había hecho mediante sorteo entre quienes estaban adiestrados para desempeñar las diversas labores relativas al primer desembarco. No podía estar segura de si había amañado el resultado del sorteo. Mantuvo el auricular sintonizado para captar su voz en particular. Todos los integrantes del grupo de desembarco hablaban a gente de la nave.

La órbita de Planeta E tenía un radio de 0,55 UA, más cercana a Tau Ceti de lo que Venus lo estaba de Sol, aunque Tau Ceti tan solo emite el 55 por ciento de la luminosidad de Sol, de modo que E y la luna de E reciben 1,71 veces tanta radiación estelar como la Tierra, mientras que Venus recibe 1,91 en comparación. La luna de E, llamada ahora Aurora por todo el mundo, orbitaba en rotación sincrónica y prácticamente circular en torno a E, a una distancia media de 286 000 Km. La masa de E creaba una gravedad de 3,58 g, mientras que la de Aurora era de 0,83 g. Este era el motivo principal de que se hubiesen propuesto ocupar Aurora en lugar de E, el cual, aun encuadrado en la categoría denominada «Tierra grande», era demasiado grande, o, para expresarlo con mayor precisión, poseía una gravedad mayor en la superficie, lo cual hubiese dificultado el despegue de los cohetes, por no mencionar la comodidad de las condiciones de vida e incluso la supervivencia.

Aurora recibía luz tanto directamente de Tau Ceti, como por medio de un intenso reflejo de la luz de Tau Ceti desde la superficie de E. Esta luz solar reflejada (¿luz taular?) era significativa. Júpiter, en comparación, refleja cerca del 33 por ciento de la radiación solar que lo alcanza, y el albedo de E casi equivale al de Júpiter. La parte iluminada por el sol de E es, por tanto, bastante brillante en el firmamento de Aurora, vista de día o de noche.

La superficie de Aurora experimentaba por tanto una compleja pauta de iluminación. Y dado que su rotación era sincrónica respecto a E, igual que Luna lo es de Tierra, la pauta era distinta en el hemisferio que mira a E y en el hemisferio que siempre da la espalda a E.

El hemisferio que no mira a E tenía una pauta simple: sus días y noches duraban cada uno nueve días, el día siempre lleno de luz solar, la noche totalmente

oscura por estar únicamente iluminada por la luz de las estrellas; todo ello sin ver ni por asomo a E.

El hemisferio vuelto hacia E poseía una pauta más compleja: su noche solar de nueve días incluía una cantidad considerable de luz solar reflejada de E, que siempre colgaba suspendido en el mismo punto del cielo, distintos puntos de distintas partes de Aurora, pero siempre fijo mientras pasaba por todas sus fases. Las noches en el hemisferio de Aurora que miraba a E van del cuarto creciente (medio círculo iluminado) a la luna llena en torno a medianoche, cayendo de nuevo al cuarto creciente cerca del alba. Esta es la razón de que siempre hubiera una cantidad significativa de luz de E durante esta parte de la noche solar de Aurora. La hora más oscura en este hemisferio se producía de hecho a mediodía durante su día solar, cuando E eclipsaba a Tau Ceti, de modo que no había ni luz taular ni luz de E en la parte de Aurora que quedaba eclipsada, compuesta por una franja muy amplia que se extendía en las latitudes medias.

Había también angostas lunetas de libración en la frontera entre los dos hemisferios de Aurora, en donde E, mientras atravesaba todas sus fases, se alzaba y caía por encima y por debajo del horizonte. Este balanceo de la libración sucedía por supuesto en todas partes, pero no resultaba fácil apreciarlo cuando se alzaba en el cielo al recortarse contra el siempre cambiante fondo de estrellas.

Posiblemente un diagrama aclararía dicho régimen, pero la analogía de Luna a Tierra puede ayudar a aclarar las cosas, siempre y cuando se tenga en cuenta que, desde Aurora, E parecía mucho más grande en el cielo, con un tamaño diez veces mayor que la Tierra vista desde Luna; puesto que su albedo era elevado y recibía 1,71 veces la insolación de la Tierra, era también mucho más brillante. Grande, brillante y desde cualquier punto desde el que uno lo contemplase en el hemisferio que miraba a E de Aurora, siempre fijo en el mismo punto del firmamento, dando pie a un leve cambio de libración. En el lugar escogido para el desembarco, este punto estaba situado casi directamente sobre sus cabezas, quizá un poco al sureste del cénit: una enorme bola luminosa de planeta, creciendo y decreciendo lentamente.

—Cuando nos aprendamos las fases, seremos capaces de usarlo como si fuera un reloj —dijo Euan a Freya—. Un reloj o un calendario, no sé cómo llamarlo. El día y el mes son aquí la misma cosa. No sé cómo acabaremos llamándolo, pero no es la unidad temporal que teníamos a bordo.

—Sí lo es —repuso Freya—. Es el periodo de una mujer. Hemos traído con

nosotros los meses.

—Ah, sí, supongo que sí. En fin, ahora volvemos a tener un cielo. Pero solo dura dieciocho días. Me pregunto si eso nos complicará las cosas.

—Ya lo averiguaremos.

Habían escogido aterrizar en Groenlandia debido en parte a que se encontraba en el hemisferio que miraba a E. Alguien había dicho que si te ponías de pie en E levantando la vista hacia Aurora, Groenlandia se hubiese ubicado, en el disco de Aurora, cerca del lugar donde la lágrima hubiese abandonado el ojo izquierdo del hombre de la luna, en la luna vista desde la Tierra. Bonita analogía.

El complejo régimen de luz de Aurora creaba fuertes vientos en su atmósfera, y las olas de la superficie del océano eran por tanto de un tamaño considerable. Dichas olas tenían un fetch muy largo, en algunas latitudes no encontraban tierra por ninguna parte, sino que circulaban alrededor del mundo sin obstrucción, y siempre bajo el tirón de 0,83 g, así que a menudo alcanzaban una considerable amplitud, superior a los cien metros de la cresta al seno, con las crestas separadas entre sí por un kilómetro. Estas olas eran mayores que ninguna que se hubiese registrado en la Tierra, a excepción de los tsunamis; y, como nunca desaparecían, durante las noches de nueve días, la superficie del mar solo se congelaba en ciertas bahías, y a sotavento de diversas islas. Cuando llegase el momento de que la gente de Aurora se hiciese a la mar, perspectiva a la que muchos aludían con entusiasmo, la navegación supondría asumir desafíos considerables.

—Así que ahora nos disponemos a salir de la estación —informó Euan a través del altavoz del casco. En el interior de la nave, 287 personas escuchaban su transmisión, mientras que otras 1814 atendían a otros miembros de la expedición de desembarco que partía de la estación. 170.043, A0.3.

»Traje completo, los trajes son muy flexibles y livianos. Dispone de un buen visor de datos frontal, y el casco es de burbuja completa, al menos que yo pueda ver, así que no hay problema en llevarlo a todas horas. La gravedad es parecida a la que reina en la nave, y afuera el aire es límpido. Parece ventoso, aunque no sé por qué lo digo. Supongo que lo oigo pasar sobre los edificios de la estación, puede que hasta sobre las rocas. Estamos lo bastante lejos del mar para que no sea visible desde aquí, pero espero que tomemos el vehículo al oeste hasta alcanzar la bahía que queda a poniente de aquí y poderle echar un vistazo. Andree, ¿estás listo para

partir? De acuerdo, todos estamos listos.

Seis de ellos se disponían a salir para comprobar los transportes robóticos y los vehículos que estaban decididos a conducir. Si los vehículos eran buenos, conducirían a poniente hasta la costa, a cinco kilómetros de distancia.

—Ja ja ja —rio Euan.

Freya se acomodó dispuesta a escucharlo y observar la visión que transmitía la cámara de su casco.

—Ya estamos fuera. A decir verdad, se parece a estar en la nave. ¡Vaya, qué brillante es la luz!

Levantó la vista, y la visión del cielo transmitida por la cámara captó el resplandor de Tau Ceti, antes de atenuarlo mediante el uso de filtros y polarización hasta un fulgor apagado pero imponente en el azul real del cielo.

—¡Ahí va! Lo he mirado tanto rato que me ha quedado impreso en la retina. Es rojo, rojo y verde al mismo tiempo. Espero no haberme lastimado. No volveré a hacerlo. Pensaba que el visor interpondría antes los filtros. Se va poco a poco. Bueno, lección aprendida. No mirar al sol. Mejor mirar a E. Caramba. Qué gigantesco y redondo es en el cielo. Ahora mismo la parte iluminada es un cuarto creciente, aunque también distingo la parte oscura perfectamente. Me pregunto si la cámara lo capta bien. También veo los dibujos de las nubes sin mayores problemas. Parece que un gran frente cubre la mayoría de la parte oscura y se extiende a la parte que está iluminada. Tengo sobre mí una doble sombra, aunque la que proyecta la luz de E es muy tenue.

»¡Vaya! Menuda racha de viento. Es muy ventoso. Aquí no hay nada para que pueda demostrarlo, porque las rocas no van a moverse y no veo polvo en el aire. El horizonte parece muy lejano.

Dio una vuelta completa sobre sí, y la audiencia pudo ver el terreno llano que se extendía en todas direcciones. Roca desnuda, negra, con cierta tonalidad rojiza, cubierta de estrías poco profundas. Como en el Burren, comentó alguien, una parte de Irlanda donde un casquete de hielo se había deslizado sobre la roca plana y arrastrado cualquier cosa suelta, dejando unos surcos largos que cruzaban la superficie rocosa.

—Nunca hace este viento en la nave. ¿Pueden calcular los trajes la velocidad

del viento? Sí. Sesenta y seis kilómetros por hora. No está mal. Basta para tener la sensación de que alguien invisible te está dando empujones, y alguien que no destaca precisamente por su amabilidad...

Rio. El resto de sus compañeros también rieron, tropezando unos con otros y aferrándose entre sí. Aparte de las payasadas, no había indicios visibles que apuntasen a la presencia del viento. Los cirros salpicaban el cielo, que era o azul real o violeta oscuro. Los cirros parecían mantenerse inmóviles en su lugar, a pesar del viento. La presión atmosférica en la superficie era de 736 milibares, por tanto equivalente aproximadamente a unos 2000 metros sobre el nivel del mar en la Tierra, aunque ahí tan solo se encontraran a 34,6 metros sobre el nivel del mar de Aurora. El viento superaba en fuerza a cualquier otro que hubiesen experimentado a bordo de la nave al menos por un margen de 20 kilómetros por hora.

El vehículo de superficie tenía la batería cargada, así que se subieron a él y condujeron hacia poniente. La luz de Tau Ceti resplandecía en la roca, delante de ellos. De vez en cuando debían dar un rodeo para evitar depresiones poco profundas que formaban los grabens, pero la mayor parte de su recorrido lo hicieron en línea recta hacia el oeste, ya que la mayoría de ellas también discurrían de este a oeste. La visión de las cámaras instaladas en los cascos daba pequeños botes a veces: el vehículo contaba con una buena amortiguación. Los exploradores reían cuando daban un salto. Tampoco había a bordo de la nave ningún fenómeno capaz de reproducir eso.

Quizá no había nada en la nave que se pareciese remotamente a lo que experimentaban en ese momento. Como experiencia *gestalt* debía de ser nueva. El horizonte desde su punto de vista, a unos tres metros sobre el terreno, se encontraba a muchos kilómetros de distancia, igual que lo estaba en la Tierra, lo cual tenía sentido. El diámetro de Aurora era el 102 por ciento del de la Tierra; su gravedad tan solo era de 0,83 g porque Aurora poseía una densidad menor que la terrestre.

—¡Eh, mirad eso de ahí! —exclamó Euan. Todos los que iban en el vehículo lanzaron exclamaciones.

Habían llegado a un punto en que veían el océano de Aurora. Se extendía al oeste, a la luz de última hora de la tarde, y parecía una inmensa lámina bronceína, cubierta por olas que eran negras por contraste. Para cuando alcanzaron un corto peñasco que miraba a la orilla del mar, la lámina oceánica había cambiado de color, pasando del bronce arrugado a un plata y cobalto con textura de malla, y el fuerte

viento costero coronaba de palomillas el oleaje. Euan no dejaba de decir cosas como «Mirad eso. Caramba. Ay que ver. Miradlo bien. Pero miradlo bien». Incluso a bordo de la nave hubo gente que exclamaba asombrada.

Los exploradores salieron del vehículo y caminaron hacia el borde del acantilado. Por suerte, cuando el viento los alcanzaba y les hacía perder el equilibrio, siempre los empujaba tierra adentro.

El borde del acantilado estaba más o menos a unos veinte metros sobre el océano. Frente a la costa, las olas rompían creando paredes de blanca espuma, que llegaban con un rugido grave que podía oírse a través del casco del explorador, siempre presente bajo el zumbido del viento en las rocas. Las olas rompían a sus pies en la negra pared del acantilado, proyectando una cortina de espuma en el aire, tras la cual masas de agua blanca retrocedían mar adentro. El viento arrojaba la mayor parte de las salpicaduras sobre las rocas, aunque también una bruma densa y visible, se alzaba sobre el borde del acantilado y caía sobre ellos de inmediato procedente del este.

Los exploradores caminaron con dificultad debido al viento, visible ya debido a la acción que ejercía sobre la pared el oleaje y a la espuma que proyectaba. Ola tras ola rompían en la costa y retrocedían blancas al mar, dejando a su paso sendas de espuma tras cada rota pared blanca. El reflujo procedente de los acantilados reculaba trazando arcos que discurrían sobre los rompientes entrantes; cuando chocaban, cortinas de espuma se alzaban al viento, antes de precipitarse de nuevo a tierra. Era una visión compleja y enorme, brillantemente iluminada, de movimientos violentos y, como todo el mundo pudo oír a través de los micrófonos de los cascos de los exploradores, muy, muy ruidosa. Ahí en ese instante, Aurora rugía, aullaba, detonaba, chillaba y silbaba.

Uno de los exploradores cayó derribado al suelo, gateó, se puso a cuatro patas y se incorporó, cuidando el equilibrio antes de ponerse cara al viento y dar cuatro o cinco pasos rápidos, haciendo aspavientos, inclinado hacia delante para mantener la posición. Todos rieron.

Cabía preguntarse qué harían en un mundo tan ventoso, comentó Freya a Badim, siempre y cuando el viento mantuviese continuamente tal fuerza. Añadió que, más que ella, era el fantasma de Devi quien se preocupaba en su interior. Por su parte quería descender tan pronto como fuese posible y sentir aquel viento.

Entretanto, en la superficie de Aurora, habían puesto a trabajar a los robots

de construcción en sus diversas tareas. La lenta puesta de sol daba pie a una noche iluminada por la luz de E en cuarto creciente. La luz de E se difuminaba hasta cubrir la atmósfera de un leve fulgor, como una especie de débil neblina blanca en la que los colonos descubrieron que podía verse bien. El cielo no oscurecía, sino que conservaba un azul centelleante donde eran visibles unas pocas estrellas.

La dolerita de Groenlandia era dura y uniforme, y no contenía muchos minerales útiles. Esos tendrían que buscarlos, pero entretanto, deberían trabajar con dolerita. Muchos vehículos dedicados a la construcción se movían con estruendo cortando bloques de dolerita del lateral de los grabens, apilándolos para formar una pared cortavientos que sirviese de protección de su pequeña colección de transbordadores. Había un continuo chirrido de las sierras circulares de filo de diamante. Mientras, un horno de fundición extraía aluminio de la dolerita aplastada, que resultó tener cerca del 0,5 por ciento de aluminio. Otras fábricas robóticas reducían a láminas el aluminio extraído para emplearlo como tejados, eso cuando no le daban forma de vara para construir vigas y demás. Unas cuantas excavadoras robot se destinaron a perforar en un graben con un bólide gravitacional debajo, con la esperanza de hallar mineral de hierro que poder minar. Pero por lo general, hasta que localizaran áreas de distinta composición mineral, tendrían que servirse del aluminio como metal.

Aurora tenía un buen campo magnético, que oscilaba de 0,2 a 0,6 gauss, y eso sumado a su atmósfera era suficiente para proteger a los colonos de la radiación ultravioleta de Tau Ceti. Por tanto, la superficie de la luna quedaba bien protegida en ese aspecto y era un entorno muy benigno para los humanos, exceptuando el viento. De día, los exploradores regresaban de sus salidas hablando de la fuerza de las rachas de viento, y uno de ellos, Khenbish, volvió una vez con un brazo roto por una caída.

—La gente empieza a odiar el viento —comentó Euan a Freya durante una de sus llamadas personales—. No es horrible ni nada por el estilo, pero es tedioso.

—¿Lo temen? —le preguntó Freya—. Porque desde aquí da miedo.

—¿Que si temen a Aurora? Uy, no, no. Joder, no. A ver, nos está dando una buena patada en el culo, pero nadie vuelve espantado.

—¿No perderá alguien la cabeza y le dará por liarse a golpes con los demás?

—¡No! —Euan rio—. Nadie querrá volver ahí arriba. Esto es demasiado

interesante. ¡Todos tendríais que bajar!

—¡No será por falta de ganas! ¡Yo quiero hacerlo!

—El nuevo alojamiento está casi listo. Os va a encantar. El viento forma parte de esto. A mí me gusta.

Pero para muchos de los demás era la parte más dura, eso empezaba a quedar claro.

Un lento amanecer traía el alba a Aurora, y, según su reloj, justo al cabo de cuatro días llegó el mediodía de su mes. Durante este tiempo, el cuarto creciente iluminado de E se había encogido hasta convertirse en un brillante gajo ahí en lo alto, en el azul real del firmamento diurno; y el resplandeciente disco de Tau Ceti se había ido cerrando sobre esa parte iluminada de E al tiempo que se alzaba. Llegó un momento en que la estrella estuvo demasiado cerca de E para que fuesen capaces de mirar a una u otro sin protegerse la vista con potentes filtros.

Entonces, dado que Aurora orbitaba E casi en el plano de la eclíptica de Tau Ceti, que E orbitaba también demasiado cerca de ese plano, que Groenlandia se hallaba al norte del ecuador de Aurora, y que E era mucho mayor que Aurora, y ambas estaban tan cerca, llegó el momento del eclipse total de su mediodía mensual. El primero llegó en 170.055, A0.15.

El sol se encontraba directamente sobre ellos, con la parte iluminada del planeta E a su lado. La mayoría de los colonos habían salido a contemplarlo. De pie en las diminutas sombras de sí mismos, ajustaron al máximo los filtros de los visores y levantaron la vista. Algunos se tumbaron en el suelo para verlo sin tener que forzar el cuello.

La cara de E que estaba a punto de interponerse en el disco de Tau Ceti oscureció por fin, justo cuando el disco resplandeciente de Tau Ceti tocó su borde. E seguía siendo visible junto a él, parecía tener dos veces el tamaño de Tau Ceti y bloqueaba un círculo considerable de estrellas. El lentísimo movimiento del sol evidenció que el eclipse duraría varias horas.

Lentamente, el círculo negro y gris cubierto de manchas de E pareció cortar el círculo más pequeño de Tau Ceti, que era muy brillante por mucho filtro que ajustaran en el visor; aunque principalmente parecía una brillante bola anaranjada o amarilla, cubierta por una docena más o menos de manchas solares. Lenta, muy lentamente, el disco del sol quedó cubierto por la oscuridad mayor de E. El eclipse

tardó cerca de una hora en completarse. En ese rato, los observadores permanecieron allí sentados o tumbados, charlando. Se recordaron los unos a los otros que en la Tierra, Sol y Luna parecían tener el mismo tamaño en el cielo, coincidencia fortuita que suponía que en algunos eclipses terrestres, en torno al círculo eclipsador de Luna, Sol dibujaba una corona exterior, rodeando el disco oscuro de un fuego anular. En otros eclipses, que eran incapaces de recordar si eran más habituales o no, Luna bloqueaba por completo a Sol, pero solo un rato, pues ambos tenían el mismo tamaño y el sol se movía dieciocho veces más rápido en el firmamento terrestre de lo que Tau Ceti lo hacía en el suyo.

Ahí, en Aurora, durante este primer eclipse observado de Tau Ceti, el movimiento era más lento, amplio; posiblemente poseía un impacto mayor, era más sublime, hecho que dieron por cierto. A medida que el círculo oscuro de E cubría lentamente la mayoría de Tau Ceti, todo oscureció, incluso el propio disco de E, cuya iluminación procedía de Aurora, que a su vez oscurecía ante la sombra creciente de E. La luz de Tau Ceti que reflejaba Aurora y alcanzaba a E, y que E, a su vez, reflejaba y devolvía a Aurora, quedaba prácticamente en nada. Se maravillaron ante este doble reflejo que efectuaban algunos fotones.

A lo largo de la hora siguiente, el paisaje cambió por completo, pasando de la intensa luz de mediodía a una oscuridad mucho más profunda que la noche que solía haber. Las estrellas aparecían en el cielo oscuro, menos que las que se divisaban desde la nave durante su viaje, pero visibles aún y mayores que vistas desde el espacio. En este paisaje de estrellas, el imponente círculo de E se antojaba más oscuro que nunca, como carbón recortado contra obsidiana. Entonces, el último gajo de Tau Ceti desapareció con un postrero guiño de diamante y se vieron en un mundo completamente a oscuras, cuyo terreno quedaba iluminado tan solo por la lejana luz de las estrellas, y en cuyo firmamento había una enorme circunferencia negra.

En el horizonte, alrededor de ellos, vieron una franja añil, habitada curiosamente por un fulgor dorado. Era esta la parte de la atmósfera de Aurora que seguía iluminada por el sol, visible en la distancia, mucho más allá del horizonte.

El viento seguía barriéndolos. Las estrellas centelleaban en las ráfagas de viento. En el horizonte oriental, la Vía Láctea se alzaba como una torre de luz tenue, trenzada con sus características cintas de negrura. El viento perdió fuerza lentamente, y entonces el ambiente se llenó de quietud. Nadie supo determinar si se trataba de un efecto del eclipse o no. Lo comentaron en voz baja. Algunos

pensaban que tenía sentido, termodinámicamente hablando. Otros supusieron que se trataba de una coincidencia.

Transcurrirían unas trece horas en aquella profunda negrura. Hubo quienes volvieron dentro para ahorrarse el frío, para comer algo o para trabajar un poco. La mayoría de ellos salió de vez en cuando para echar un vistazo y disfrutar de la ausencia de viento. Por último, cuando llegó la hora de la reaparición de Tau Ceti, la mayoría se levantaron, pues coincidía con la mitad de su horario nocturno, y salieron de nuevo dispuestos a observar.

Al este brillaba el cielo. Aunque seguía estando oscuro donde se hallaban, una tonalidad añil llenaba buena parte del firmamento oriental. Seguidamente, la infusión de oro en el añil reforzó su intensidad, y todo el cielo al este se cubrió de bronce oscuro antes de hacerlo de verde oscuro; entonces se iluminó, hasta que el verde oscuro recibió una inyección de oro y se iluminó aún más hasta que fue el oro el que recibió la inyección de verde oscuro, o más bien una mezcla o malla de oro y negro, resplandeciendo como tela dorada vista tal vez al atardecer. Una visión asombrosa, sin duda, como muchos de ellos comentaron.

A continuación, la piedra estriada en el horizonte oriental se iluminó como si se hubiese prendido fuego, y sus gritos se hicieron más fuertes. Este extraño amanecer encendido avanzó verticalmente, como una dorada cortina de luz que se les aproximara por el este. En lo alto, el círculo negro carbón de E parpadeó en su extremo occidental, un brillante parpadeo ígneo que rápidamente salpicó arriba y abajo la curva exterior del círculo negro. Y así surgió Tau Ceti, de nuevo lenta, muy lentamente, tomándose cerca de un par de horas. Al emerger el día a su alrededor, lo hizo como en sombras, como encapotado, a pesar de la ausencia de nubes. Gradualmente el cielo adquirió la habitual tonalidad azul real de Aurora; todo se iluminó, como si las nubes invisibles se estuvieran dispersando, y por último recuperaron la luz intensa del mediodía habitual, y solo el cielo a poniente retuvo la oscuridad superviviente, una zona en sombras, de nuevo como si las nubes invisibles proyectasen allí una sombra que, de hecho, era la de Planeta E, que fue desplazándose más hacia el oeste hasta que por último desapareció.

Entonces volvió a ser mediodía, y así sería durante los cuatro días siguientes, con E en cuarto creciente en lo alto, gris oscuro más que negro, con las manchas de sus propias formaciones nubosas claramente visibles, el cuarto creciente de su cara oeste haciéndose poco a poco cada vez mayor.

En la nave, Freya y Badim, que principalmente habían seguido el evento a

través de la cámara de Euan, yendo de un lado a otro del apartamento ocupados en sus cosas, para regresar de vez en cuando a la cocina para mirar la imagen de la pantalla, cruzaron la mirada.

—¡Quiero descender! —insistió Freya.

—Yo también —dijo Badim—. Ay, Dios, cómo me gustaría que Devi hubiese vivido para verlo. Y no solo desde aquí, sino ahí abajo, con Euan. Cómo lo hubiera disfrutado.

Entonces regresó el viento, lo hizo con fuerza desde el este. Sin embargo, al menos ahora sabían que se podía disfrutar de unas horas de ausencia de viento durante los eclipses. Y también habría otros momentos, sin duda; en ese mundo de luz cambiante, los vientos también debían cambiar. Casi siempre serían igual de fuertes, pero mientras pasaban de soplar de tierra adentro a mar adentro, estando tan cerca de la costa, habría sin duda periodos en que se calmarían, o al menos en que variarían de dirección. Aún estaban aprendiendo cómo funcionaba, y sin duda tardarían lo suyo en lograrlo; aún no era posible predecir las pautas. Eso era aerodinámica, comentó Euan: el aire moviéndose en torno a un planeta, sometido a cambios constantes que trascienden cualquier modelo que fueran capaces de elaborar.

O sea: viento. Había regresado, nunca parecía dar su brazo a torcer. Costaría convivir con él. Era la parte dura de la vida en Aurora.

La parte buena, la parte espléndida, coincidieron todos, era contemplar la tierra bajo la luz doble de Tau Ceti y, sobre todo a primera hora de las largas mañanas, y ahora, tal como redescubrían, a la luz oblicua de las largas tardes. Posiblemente la experiencia del eclipse había despertado algo en su capacidad para ver. En la nave, tan solo veían lo cercano y lo lejano; esta media distancia de Aurora, que algunos denominaban distancia planetaria, otros sencillamente paisaje, habían tenido ciertas dificultades a la hora de enfocarla al principio, incluso de mirarla, o de comprender cuándo la veían. Ahora que medían de manera apropiada las distancias, que asían la amplitud del espacio que abarcaban, resultaba embriagadora. Para ser felices les bastaba con salir, dar una vuelta y contemplar el terreno. El viento no podía empañar eso.

Un día, un grupo de exploración regresó del norte, emocionado. A 17 kilómetros al norte de su punto de aterrizaje, existía una anomalía en la costa, por lo general recta y acantilada. Se trataba de un pequeño valle semicircular que se

abría al mar. Por supuesto, desde la nave habían podido apreciarlo, y quienes seguían a bordo no habían dejado de recordárselo a los miembros del grupo de desembarco, y ahora este grupo se había desplazado a pie para visitarlo, y después de verlo había vuelto a la base alabando sus virtudes.

Era o bien un antiguo cráter de impacto, o bien la cicatriz de un antiguo volcán extinto, pero en cualquier caso, una depresión semicircular en el burren; en el lado recto del semicírculo había una playa. Los exploradores lo llamaron Valle de la Medialuna, y dijeron que su playa se componía de arena y guijarros, y que remataba en una laguna. En el terreno bajo tras la laguna, un estuario atravesaba el valle antes de alzarse a través de un corte en el acantilado bajo del burren, primero como un río trenzado de lecho de grava, y luego como un conjunto de veloces rápidos. Y el conjunto del valle, dijeron, estaba cubierto de suelo. Desde el espacio, este suelo parecía ser loess. La inspección de los exploradores sobre el terreno había indicado que era una combinación de loess, arena de mar y sedimentos fluviales. Llamarlo «suelo» era tal vez inexacto, ya que era totalmente inorgánico, pero al menos era una matriz edáfica. Podían transformarlo rápidamente en suelo.

Eran noticias tan prometedoras que los colonos decidieron rápidamente que debían trasladarse allí. No tuvieron problema en admitir que uno de sus atractivos más fuertes consistía en la perspectiva de ponerse al abrigo del viento. Pero también había otras ventajas: acceso al océano, un buen suministro de agua potable, terreno potencial para la agricultura. La perspectiva resultaba tan atractiva que algunos de ellos se preguntaron incluso por qué no habían aterrizado allí en primer lugar, pero hubo gente a bordo (a quienes la nave tuvo que apuntárselo a su vez) que no tardó en recordarles que los vehículos robot habían tenido que dar un amplio rodeo con respecto al valle para asegurarse de posarse en roca llana.

Pero ahora se hallaban a salvo en tierra, y en modo de exploración, y su asentamiento seguía siendo móvil por componerse enteramente de vehículos; habían construido la pared para ponerse a salvo del viento, pero no habían empezado a levantar edificios. Así que podían trasladarse sin mayores problemas.

Por tanto, a lo largo de los días siguientes, todos los miembros de la estación se acercaron a pie a contemplar el valle marino, y acordaron nada más verlo que el traslado era necesario. Esta clase de unanimidad se decía que sucedía de manera tan infrecuente a bordo (de hecho, nunca se había producido) que la gente que seguía en la nave no tuvo problemas en consentir el plan acordado en la superficie.

—Como si pudiéramos impedirselo —comentó Freya a Badim.

Badim asintió.

—Dice Aram que actúan con una ominosa autonomía. Pero no pasa nada. Los demás no tardaremos en descender. Y parece un buen lugar.

En ese punto, había gente a bordo que era transportada a la superficie de la luna en módulos que después les servían de alojamiento. Nada iba tan rápido como muchos a bordo hubieran querido, pero todo el mundo coincidía en que nada podía hacerse para acelerar el proceso. Solo disponían de un número limitado de transportes que luego había que reabastecer y lanzar de nuevo al espacio. El traslado del asentamiento al valle que miraba a la Bahía de la Medialuna suponía un nuevo retraso para las labores de ampliación de los alojamientos. Pero el sentimiento general era que ese breve retraso valía la pena, dadas las diversas ventajas que conllevaría dicho traslado.

Así que los colonos pusieron manos a la obra de cara al traslado, labor que parecía simple hasta que empezaron a hacerla, cuando los pequeños declives y quiebros del burren resultaron ser un impedimento mayor para mover los habitáculos de lo que habían previsto. No costaba sortear los grabens pequeños y poco profundos, de modo que no habían tenido mayores problemas a la hora de acercarse caminando al valle y volver desde allí; pero trasladar los módulos sobre ruedas, así como los vehículos robot de construcción, e incluso los vehículos en los que se desplazaban, no resultó tarea fácil. Y los grabens seguían una pauta este-oeste y eran tan largos que a menudo no había manera de sortearlos.

Hallaron una ruta mejor que cruzaba las menos depresiones posibles, empleando el algoritmo que soluciona el problema del vendedor ambulante, conocido por todo aquel a quien le preocupan los errores endémicos de ciertos algoritmos voraces. Pero incluso después de una comprobación exhaustiva, el número mínimo de travesías del graben resultó ser once. Había que tender puentes en cada una de estas depresiones, lo cual no era fácil dada la escasez de materiales y el peso de la carga que llevaban los vehículos con ruedas.

De modo que fue un trayecto lento y farragoso, y al poco tiempo de comenzar volvió a ponerse el sol. No permitieron que esto los detuviera, pues habían decidido que podían realizar el viaje a la luz de E. Colgaba en lo alto, en su lugar de costumbre, medio iluminado, lo que en la Tierra se hubiese considerado un cuarto creciente. Cabe decir que se trata de un nombre inusualmente lógico. Poco después de ponerse el sol estaba tan oscuro como suele estarlo de noche, ya que E pasó de cuarto creciente a entero y luego fue perdiendo fuerza a medida que

asumía el otro cuarto creciente antes del amanecer. La luz proyectada por el cuarto creciente de E estaba en torno a los 25 lux, que era 25 veces la iluminación de la luna llena en la Tierra; y a pesar de ser cuatro mil veces menos que la luz del sol directa en la Tierra, y seis mil veces menos que la luz taular directa en Aurora, no dejaba de ser más o menos equivalente a la iluminación de una cabina a bordo de la nave de noche. Así que trabajaron con esta luz, formaron una larga caravana de vehículos y se dirigieron al norte sobre el burren. Al final aseguraron que la luz de E era hermosa, que no cansaba la vista, que las cosas perdían algo de color, pero que era posible verlas sin problemas.

Euan y el resto del equipo encargado de la construcción de puentes entró en acción cuando alcanzaron el extremo de la primera depresión. Uno de ellos condujo un vehículo capaz de cortar piedra hasta el borde, lejos del punto por el que pretendían cruzar, y puso en funcionamiento una extensión con forma de sierra en la retroexcavadora del vehículo. Cortó cubos de roca de los laterales escarpados del graben, que fueron levantados a continuación y transportados en la retroexcavadora hasta una parte empinada y todo lo vertical como podía encontrarse. Costó que el primer cubo se soltara, pero con algún que otro golpe con el lateral de la retroexcavadora lo lograron. Los cubos de tres metros de lado eran los mayores que el vehículo podía levantar con seguridad. Una vez llevados al borde del graben, los hacían bajar sobre la depresión, todo muy lentamente, sobre todo si el viento era más racheado que de costumbre. Cada cuatro o cinco bloques, debían parar para cambiar las hojas de la sierra que empleaban, tanto las circulares como las finas hojas verticales que Euan había apodado «hilo dental». La impresora aprovechaba las hojas gastadas para dotarlas de nuevos bordes de diamante sintético, que luego reutilizaban para seguir cortando cubos y depositarlos en la depresión para improvisar una especie de rampa. Cuando esta se extendía en la depresión hasta el punto en que el vehículo no alcanzaba el lugar donde seguir colocando cubos, llenaban los huecos entre cubos con grava que otros equipos habían aplastado, y por último desenrollaban a mano una malla de aluminio que dotaba al puente de una superficie llana por la que poder conducir. Euan llevaba entonces el vehículo cortador por esta rampa, con un cubo colgando del extremo frontal; todo el conjunto tenía un aspecto muy precario, sobre todo cuando el viento lo zarandeaba con fuerza, hasta que alcanzaba el borde de la nueva rampa, y podía bajar el siguiente cubo de roca y colocarlo en su lugar.

Casi habían terminado con la primera de estas rampas, cuando Eliza colocó un nuevo cubo en su lugar, sin reparar en que el fondo de la depresión no era llano. Esto se debió quizá al hecho de trabajar a la luz de E, pero, de todos modos, el nuevo cubo encajó de tal manera que su vehículo no podría levantarlo ni

moverlo, sin inclinarse peligrosamente.

Euan asumió el control de manos de Eliza para probar suerte, pero tampoco él fue capaz de moverlo, aunque sí inclinó el vehículo de lado y peligrosamente. Ahí se quedó bloqueando el paso, la rampa infranqueable, e inclinado como estaba parecía que tendrían que abandonar esa rampa y empezar desde cero.

—Déjame probar algo —propuso Euan, que empleó la sierra para hacer un corte trapezoidal en la parte superior del cubo inclinado, para a continuación encajarlo debajo del cubo inclinado. Después de encajar la punta de martinete y de allanar el conjunto con la grúa, llegaron a la conclusión de que era lo bastante estable para poder pasar por encima, así que siguieron cortando cubos y colocándolos en la depresión, con mayor cuidado que nunca, a menudo con Euan a los mandos para hacer los últimos ajustes.

—Está hecho todo un artista —comentó Badim a Freya mientras observaban las operaciones desde la nave.

—Esa es la razón de que él esté ahí abajo, y yo no —dijo ella—. Ahí no necesitan a aprendices de todo y maestros de nada.

—Te equivocas —dijo Badim—. Los necesitan. Y además fue por sorteo, recuérdalo.

Después de tres días de trabajo, concluyeron la rampa que cruzaba la depresión. Enviaron a cruzarla a un camión robot, que pasó sin incidentes sobre la alfombra de aluminio. Todo estaba en orden, y condujeron o dirigieron al resto de los vehículos a través de la rampa. Su caravana se componía de 37 vehículos que variaban en tamaño desde el vehículo con capacidad para cuatro personas a contenedores móviles que eran las partes modulares de sus edificios. Todos ellos cruzaron sin mayores problemas. Pero ese solo era el primer graben de los once que debían superar.

Sin embargo, ahora habían desarrollado un método, y debido a ello, las siguientes rampas las completaron con mayor solvencia. Incluso en la llamada «Gran Trinchera», un graben tres veces más ancho y dos más hondo que los demás, tendieron la rampa y cruzaron en un día. Detenerse a cambiar las hojas de sierra con que cortaban la roca supuso el mayor retraso. En esta tarea se evidenció tanto la versatilidad como la falta de fiabilidad de los humanos a la hora de efectuar labores mecánicas. El operador colocaba el brazo del vehículo en el suelo

con la tuerca que sujetaba la hoja al rotor boca arriba, y alguien debía encajar la tuerca en una llave inglesa mecánica para arrancarla de un tirón neumático. Retiradas la tuerca y las arandelas, debían girar la sierra circular con cuidado en el corto perno, atentos para no dañar las roscas. Después llevaban la hoja al camión de la maquinaria, donde las impresoras preparaban una nueva hoja afilada. Regresarían con ella para colocarla de nuevo en su lugar, sin olvidar las arandelas y finalmente la tuerca; por último, aplicarían el taladro para apretarla bien. Era en ese momento cuando los humanos se revelaban inferiores a la capacidad de un robot, y sus herramientas inadecuadas para compensar la inexperiencia. El problema residía en el hecho de que no podían saber hasta qué punto el taladro apretaba lo suficiente las tuercas, y a menudo, en su empeño por asegurarse de haberlas apretado lo bastante, se pasaban de rosca. Con la rosca dañada, no había manera de apretar lo necesario la hoja, y entonces había que reemplazar el perno, lo cual suponía muchas horas de trabajo de precisión; o se fusionaba a la tuerca o a la sierra, de modo que no había manera de separarlas después, incluso con el taladro a máxima potencia.

Esta clase de errores sucedía tan a menudo que, al cabo, solo permitieron a Euan y Eliza utilizar los taladros para estos menesteres, puesto que eran los únicos que poseían el tacto necesario para hacerlo correctamente. Cualquiera que siguiese con atención la emisión de Euan hacia la nave, incluidos Freya, Badim y decenas de personas más, se acostumbraron al ruido del taladro en funcionamiento, así como a las diversas maldiciones cuando se lamentaba de una u otra acción emprendida.

Lentamente los colonos superaron el terreno, a un promedio de 655 metros diarios, con tres kilómetros a lo sumo en su día más largo, y eso entre depresión y depresión, sobre un terreno llano de burren. Tardaron veintitrés días en trasladar su asentamiento al acantilado que miraba al Valle de la Medialuna, en la costa del mar occidental. Habían viajado a la luz de Planeta E mientras este atravesaba toda su fase, una enorme visión; tomaron nota del eclipse lunar en mitad de ella, la sombra de Aurora cruzando difusa la cara de E, atenuándola un poco, pero no demasiado, porque E era mucho mayor que Aurora y ambas estaban tan cerca, y tenían atmósferas tan densas, que la luz de Tau Ceti llegaba difusa en torno a Aurora, lo cual suponía que E no quedaba demasiado ensombrecido por ella. Después de eso, apenas habían reparado en la atenuación del lento declive de E, el cual devolvió más estrellas borrosas a la noche centelleante. Estas estrellas se desplazaban lentamente en lo alto, y las fases de E también cambiaban, pero E seguía quieto en el mismo lugar sobre sus cabezas, algo al sureste del cenit. Hubo algunos colonos que comentaron su extrañeza ante este fenómeno, mientras que

otros se encogieron de hombros.

Cerca del final de su viaje, capearon una fuerte tormenta cuando oscureció mucho y el ambiente se volvió demasiado húmedo para viajar con seguridad. Dejaron de trabajar para contemplar la salida del sol de Tau Ceti, intenso y brillante sobre el terreno estriado al este. Algunos dijeron que era como una explosión nuclear, metáfora quizá falsa o errónea, puesto que, de hecho, en cierto modo se trataba de una explosión nuclear.

A pesar de que podían divisar el valle oceánico, seguían estando en el acantilado que lo dominaba, lo cual obligaba a construir un camino que descendiese al cañón fluvial que conformaba la mayor abertura del acantilado. Este camino inclinado, curvo, supuso otros ocho días de trabajo. Cuando hubieron terminado, condujeron todos los vehículos hasta el terreno del valle y los ubicaron cerca del fondo del acantilado, en una llanura de inundación aluvial próxima al río. Ese sería claramente el punto del valle mejor protegido de los vientos por el acantilado. Al menos de los vientos procedentes del mar.

No tardaron en comprobar que había momentos en que los vientos superaban y descendían el cañón del río a mayor velocidad de lo que lo habían hecho en el burren, ya que el cañón canalizaba las rachas de viento. Una vez esto hubo quedado claro, desplazaron la caravana algo más lejos del río, y obtuvieron cierta protección al pie del acantilado, a unos dos kilómetros de la embocadura del mismo. Esto supuso un alivio para todos. Su nueva ubicación parecía la mejor que iban a encontrar en esa región de Groenlandia, teniendo en cuenta cómo estaban las cosas. Así que empezaron a asentarse al pie del acantilado curvo y más adelante en barrancos que remontaban el acantilado hasta el burren. Estas gargantas se situaban transversales a los vientos predominantes, y por tanto quedaban bien abrigadas, pero la mayoría tenían paredes pronunciadas con suelos estrechos.

Para contribuir a la labor de cortavientos del acantilado, empezaron a construir lo que llamaron «murallas de la ciudad». Una envolvería su complejo residencial, y la otra, más larga, encerraría los primeros campos de cultivos que confiaban en sembrar al aire libre.

A diario había mucho más trabajo del que eran capaces de llevar a cabo, así que recibieron con los brazos abiertos la infusión regular de gente que empezó a llegar procedente de la nave. Embutieron a estos recién llegados en los refugios, tan prietos como pudieron permitirse. Todo el mundo consumía alimentos

procedentes de a bordo. Tanto en Aurora como en la nave mantenían las impresoras en constante funcionamiento, elaborando todos los componentes necesarios para la construcción de su nuevo mundo. En este proceso, los materiales y el tiempo eran los únicos factores limitadores. No podían hacer más tiempo, pero podían enviar expediciones mineras al burren para localizar minerales metálicos y reponer materiales, y así fue como obraron.

Descendió más gente, y en la superficie el total se situó en un centenar de personas. Los invernaderos se convirtieron entonces en algo crucial. Esperaban con el tiempo ser capaces de cultivar al aire libre, cuya composición química era adecuada para esta labor, muy similar a los parámetros terráqueos; pero durante las noches de nueve días, a pesar de la tenue luz que E proyectaba en lo alto, el termómetro caía a temperaturas bajo cero. La solución a esto no era obvia, en lo tocante a la agricultura. Había plantas muy tolerantes con el invierno que resistían el frío y eran capaces de detener sus funciones y sobrevivir a la congelación; los laboratorios de agricultura tanto de la nave como de Aurora investigaban cómo estas plantas lograban hacerlo, y si podían transportarse los genes de dicha capacidad a otras plantas. También investigaban los genes capaces de ayudar a las plantas a adaptarse al ciclo de día-mes en lugar de a las estaciones anuales, pero el resultado de este empeño no estaba claro. Por ahora, con independencia de lo que terminasen cultivando, los invernaderos eran necesarios.

Al principio, la mayoría del espacio destinado a invernaderos se destinó a producir el propio suelo. En contraposición con la tierra, el suelo poseía cerca de un 20 por ciento de materia orgánica, y las plantas eran mucho más felices creciendo en él que en el loess muerto que caracterizaba el valle. Cuando tuvieron suelo viable, que por suerte crecía en tanques llenos de loess a una velocidad cercana a la propia reproducción de las bacterias, lo extendieron por invernaderos y terrenos de cultivo. Al principio se trataba principalmente de bambú rápido, bambú que habían cuidado durante todo el largo viaje a Tau Ceti sin tener una necesidad real de él; ahora cobró protagonismo, ya que constituía un material crucial para la construcción, que aportaba fuertes vigas a una velocidad de crecimiento de un metro diario. Entretanto, el alimento de los colonos siguió proviniendo principalmente de la nave, que se encargaba de transportarlo a la superficie.

Esto supuso otro problema de abastecimiento. Tenían transportes robot capaces de descender a la superficie de Aurora desde la nave, reabastecer combustible y efectuar un lanzamiento de vuelta a bordo, pero necesitaban combustible. Una de las fábricas del valle se dedicaba única y exclusivamente a

descomponer agua en oxígeno e hidrógeno, principales componentes del combustible de los cohetes. También la fábrica necesitaba combustible para funcionar, y la descomposición del agua era una labor que requería de un dispendio de energía considerable. Contaban con dos potentes reactores nucleares en la superficie, capaces de aportar 400 megawatts en total; pero el uranio y el plutonio de los reactores no durarían eternamente, y el suministro de la nave solo era adecuado para esta. ¿Había uranio en Aurora? Según las teorías estándar de formación planetaria, debía haberlo; pero todo el sistema de Tau Ceti era menos metálico que el sistema solar, y los metales pesados solo se acumulaban adecuadamente en cuerpos planetarios con una constante acción tectónica o de flexión mareal. No estaba claro que Aurora hubiese tenido en algún momento ninguna de ellas, y dada la incertidumbre que rodeaba la cuestión, el consenso era que iban a tener que dedicar buena parte de su esfuerzo de fabricación a la construcción de generadores de energía eólica en el burren. Porque lo que estaba claro era que iban a tener viento de sobra.

La gente del nuevo asentamiento lo llamó Hvalsey, en homenaje a una aldea situada en la costa occidental de la Groenlandia terrestre. Rápidamente la expandieron alrededor de los invernaderos. Las canteras y las fundiciones proporcionaron bloques de piedra y hojas de aluminio para la construcción, además de ventanas de cristal para el techo y las paredes de los invernaderos. La pared de la ciudad ayudó a solventar el problema del viento. Algunos decían que Hvalsey parecía una especie de pequeña ciudad medieval amurallada.

Comprobaron que los vientos cambiaban de un modo predecible a lo largo de los días-mes. Cuando el aire sobre una región se pasaba nueve días seguidos iluminado por Tau Ceti, se calentaba y ascendía, creando bajas presiones en la superficie que el aire frío nocturno se apresuraba a rellenar. Entonces, cuando llegaba el atardecer y una región pasaba nueve días de noche, se enfriaba de manera tan drástica que la nieve y el hielo hacían acto de presencia en todas las islas, y el hielo marino cubría las bahías y trechos del océano más calmados, aunque por lo general no el mar abierto, demasiado sacudido por el oleaje y el viento como para congelarse. El aire frío en descenso creaba presiones que se disparaban hacia los laterales, llenando el hueco relativo bajo el aire en ascenso en la cara iluminada por el sol. Por tanto, siempre soplaban el viento, sobre todo de la noche al día.

Las largas noches en el hemisferio interior nunca eran tan frías como las que caracterizaban al hemisferio exterior, a pesar de caer por debajo de la temperatura de congelación. Si planeaban dedicarse a la agricultura al aire libre, tendrían que

adaptar las plantas terrestres para que pasaran del ciclo anual al mensual. Observando cómo crecía un metro diario el bambú, parecía posible que pudieran adaptar por ingeniería genética cultivos que cosechar al cabo de nueve días; pero nadie podía tener la seguridad de cómo resultaría, ni siquiera de si realmente era posible hacerlo. Si debían confinar por entero su agricultura a los invernaderos, se antojaba una seria limitación. Pero ya cruzarían ese puente cuando lo tendieran, tal como expresó Badim.

Mientras, en términos de viento, que por fuerza no dejaba de situarse en su centro de atención, las corrientes de aire mensuales mostraban cierta regularidad, aunque no fueran del todo consistentes. Tenían una dependencia considerable en condiciones que eran siempre cambiantes. Pero a medida que averiguaban más detalles relativos al tiempo atmosférico de Aurora, empezaron a identificar ciertas pautas. Había algo totalmente obvio: la mayoría de los días serían ventosos.

El año de E duraba 169 días terrestres. El mes auroriano constaba de 17,96 días terrestres, por tanto dividido en el año solar de 169 días daba un resultado de 9,2 meses por año, de ahí el problema habitual de intentar reconciliar los meses lunares con los años solares.

Pero de eso no se preocupaban en ese momento.

Mientras los robots se encargaban de levantar la muralla, concluido el proceso de trazar la ciudad y preparados los solares para iniciar la construcción, Euan solía sumarse a los equipos que salían a explorar el valle marino. Y quería quitarse el casco y respirar el aire del lugar.

Lo cual no constituyó precisamente una sorpresa para Freya. Los datos de las estaciones de control dejaban claro que la atmósfera de Aurora era respirable para el ser humano, que la atmósfera auroriana era la condición más parecida a la existente en la Tierra de su nuevo hogar, y la principal razón de que puntuase tan alto en las categorías de analogías terrestres. Así que a medida que Euan fue acompañando más asiduamente a las expediciones de exploración, insistió más y más en obtener permiso oficial para quitarse el casco.

—Sucederá tarde o temprano —dijo—. ¿Por qué no ahora? ¿Qué nos lo impide? ¿Qué es lo que tanto tememos?

A las toxinas no detectadas, por supuesto. Eso fue lo que le dijeron, y en opinión de Freya la precaución era evidente y justificada. Combinaciones químicas

venenosas, formas de vida invisibles: debían guiarse por el principio de precaución. El consejo de Hvalsey insistió en ello, y también consultó la cuestión al consejo ejecutivo de a bordo, que coincidió con su dictamen.

Euan y los demás que compartían su opinión señalaron que sus estudios de la atmósfera, de las rocas y del suelo habían alcanzado ya una escala nanométrica, y que no habían hallado nada aparte de los mismos volátiles detectados desde el espacio, además de polvo y de los finos, tal como cabía esperar. Los gases atmosféricos se parecían mucho a los existentes en la propia atmósfera de la nave, excepto en que eran ligeramente menos densos. Los estudios efectuados sobre el terreno habían confirmado la explicación abiológica del oxígeno en la atmósfera; podían incluso calcular su edad, fechada en torno a los 3,700 millones de años. Tau Ceti, brillante entonces, había descompuesto la ardiente agua del mar de Aurora en oxígeno e hidrógeno, y el hidrógeno había escapado al espacio, dejando al oxígeno atrás. Los indicios químicos de esta acción eran inequívocos, hallazgo que había asegurado al grupo de química que efectivamente disponían del lugar para ellos, tal como apuntaba todo lo que iban averiguando.

Euan quería iniciar esa parte de su nueva historia, la primera salida al exterior sin ayuda para respirar. Freya se lo comentó en una ocasión que hablaron, y él respondió:

—¡Pues claro! ¡Quiero sentir cómo ese ventarrón me llena los pulmones!

El consejo ejecutivo siguió ignorando al grupo de biología y denegó el permiso, a Euan y a cualquiera. Una vez se rompiese el sello entre ellos y Aurora, no habría vuelta atrás. Debían esperar; experimentar antes con plantas y animales; mostrarse pacientes. Asegurarse.

Freya se preguntaba qué habría dicho Devi al respecto, y preguntó a Badim cuál era su opinión, pero este se limitó a negar con un gesto.

—No estoy seguro —dijo—. Ella era a la vez atrevida y cauta. ¿Qué habría dicho al respecto? No tengo ni idea.

El consejo ejecutivo pidió al consejo de seguridad que considerase el asunto y emitiese una recomendación, y pidieron a Freya que asistiera a su reunión. Badim dijo que la invitación se debía a su amistad con Euan. A los miembros del comité les preocupaba él en particular.

El consejo de seguridad se reunió para abordar la cuestión. Freya les dijo:

—He intentado aventurar qué habría opinado Devi al respecto, y creo que ella hubiera señalado que la gente de Aurora ha tenido que refugiarse en edificios contruidos con piedra que han tallado. Se han enfrentado a la piedra con aerosol de diamante y aluminio, pero ha habido periodos durante la construcción en que se han visto expuestos a la piedra cortada. Esto no es exactamente lo mismo que salir al aire libre, ni zambullirse en el mar, pero de algún modo ya constituye una exposición al entorno. Igual que salir con un traje, regresar dentro con él puesto, y quitárselo. Me refiero a que ya están en contacto con el planeta. En cuanto aterrizaron, la exposición era inevitable. Más aún cuando salieron a la superficie con el traje puesto. No podrían permanecer dentro de una cámara herméticamente sellada, así que están en contacto con el lugar. Y eso es bueno, ¿no? Eso es lo que todos esperamos que suceda. Y a ellos no les ha pasado nada, y llevan ahí cuarenta días. Así que mantenerlos encerrados dentro, o en los trajes, es una medida conservadora que no conserva nada. No asume la realidad de la situación. Y siempre es mejor asumir la realidad de la situación. Esto es lo que Devi habría dicho, creo.

Aram asintió tras escuchar estas palabras; Song también. Si su sistema de gobierno hubiese sido una democracia directa, es probable que la gente de la superficie hubiese obtenido permiso para salir y abrir el traje y dejar que el aire les llenara los pulmones. Pero su gobierno lo integraban consejos que durante muchos años habían escogido con frecuencia a sus propios miembros. El ordenador de a bordo tan solo ofrecía consejos, y la nave tendía a mostrarse conservadora en asuntos de cálculo y gestión de riesgos, quizá tal como todo el mundo esperaba que hiciera. Eso parecía indicar su programación.

El consejo de seguridad votó de nuevo mantener el asentamiento aislado del ambiente externo, e incluso Aram y Song votaron en este sentido. El consejo ejecutivo hizo lo propio. Pero daba la impresión de que se acercaba el momento de que eso pudiese cambiar.

En Hvalsey tenían más problemas con los vientos. Durante la larga mañana del día-mes soplaban un viento costero continuo de unos cincuenta kilómetros por hora, con rachas que alcanzaban los cien. Se registraba un leve efecto catabático procedente del acantilado, lo cual convertía al cañón fluvial en un lugar particularmente ventoso. A mediodía del mes, durante la peculiar oscuridad del eclipse solar, había un periodo de vientos menguantes, seguido por una calma relativa, y todos en la superficie (126 personas a esas alturas) querían salir en el periodo de calma, que podía extenderse más allá del final del eclipse hasta veinte o treinta horas, pero rara vez más. Había límites establecidos sobre cuánta gente

podía abandonar al mismo tiempo los refugios, de modo que había carreras para obtener un puesto en el calendario durante estos periodos de calma, porque en cualquier momento de primera hora de la tarde del día-mes arrancaría el viento costero, un fuerte flujo de aire que alcanzaría el interior de Groenlandia desde la costa, cuando el terreno se volvía más cálido que el océano y su aire ascendía, dejando vacante un espacio que el aire frío del mar se apresuraba a llenar, un viento que soplaba en rachas vacilantes, para seguidamente presionar constante, que se reforzaba a lo largo de la tarde del día-mes hasta la puesta de sol. Esta era generalmente la hora de los vientos costeros más fuertes, aunque variables, por supuesto, ya que los sistemas tormentosos se arremolinaban en torno a Aurora con los habituales vaivenes fractales nautiloideos producidos cuando los gases se desplazan por el exterior de una esfera en rotación. Aunque el día auroriano también era su mes, seguía girando una vez en ese día-mes, y esa rotación lenta hacía que el aire de la atmósfera perdiese fuerza en relación tanto con la hidrosfera como la litosfera, creando así vientos que giraban y se mezclaban para crear los habituales alisios, los polares y demás.

Por tanto: casi siempre ventoso. Cuando no lo era, salían de los refugios y paseaban, disfrutando de la posibilidad de hacerlo sin tener que ir encorvados para protegerse del viento, para evitar que los tirase al suelo. Incluso en la oscuridad del eclipse disfrutaban del hecho de verse al aire libre, la atmósfera en calma, con las luces de linternas y frontales horadando y entrechocando para iluminar el valle marino y el acantilado al fondo.

El nombre de Jochi salió en el sorteo de lotería del desembarco, y descendió con el siguiente grupo; en cuanto pudo, se incluyó en la lista para salir de Hvalsey en traje, y Freya lo siguió en pantalla la primera vez que se expuso al exterior y una racha catabática lo tumbó en el suelo. Todos los miembros de su grupo fueron derribados, exceptuando uno, y todos lanzaron exclamaciones de sorpresa o temor, igual que hizo Freya en la nave. Jochi se arrastró un rato, riendo hasta ponerse al abrigo de la muralla de la ciudad, momento en que volvió a levantarse sin dejar de reír. Dio unos pasitos de un lado a otro a resguardo de la muralla, como si fuese un cordero de invierno salido por primera vez del establo en la primavera. Dio unos brincos.

El placer particular de Euan consistía ahora en recorrer a pie un sendero que había colaborado en abrir y que seguía la parte sur del río, explorando el estuario y después la playa que había entre la laguna y el mar. La arena de la ribera, y también la de la playa, era a menudo compacta, bajo una capa suelta que levantaba el viento para depositar después en dunas en miniatura que fileteaban la arena

compacta que había debajo. Cerca del agua había también sombreados a rayas de arena muy finos, cortados a veces por cauces, de forma que se revelaban diversas capas de este tejido formado por ellas. Al principio dijeron que Aurora no tenía mareas, debido a que estaba en rotación sincrónica con Planeta E; que, por tanto, tiraba siempre de ella en la misma dirección, pero ahora habían surgido voces en el asentamiento que defendían que la combinación de Tau Ceti y de Planeta E podía tirar con mayor fuerza de Aurora en la dirección de Planeta E, mientras que cuando Tau Ceti se hallaba al otro lado de Aurora, los tirones contrarios de Planeta E y de la estrella cambiarían el agua que cubría la mayor parte de Aurora de modos que podían ser visibles. Y había también leves mareas de libración, creadas cuando Aurora se balanceaba un poco en su parte que daba a E. Así, había dos clases de mareas leves, ambas se desplazaban al compás del día-mes, pero con distintos ritmos. Por supuesto en las playas había a menudo un leve sombreado a rayas que tal vez fuese la demostración de la existencia de estas mareas. No habían sido capaces de medir los cambios de la altura del océano, por tanto había otras personas que aseguraban que el sombreado no era el resultado de ambas mareas pequeñas, sino de la constante afluencia de una ola imponente tras otra ola imponente, y que cada una de estas olas dejaba una huella a un ángulo levemente distinto que la anterior. La mayoría de los científicos que seguían a bordo dudaban que las olas fuesen capaces de dejar marcas tan regulares; algunos postularon que eran capas de arenisca expuestas al mar, y el residuo de niveles distintos de la altura del mar a lo largo de las distintas eras que había atravesado Aurora en su historia.

—Resumiendo —dijo Euan—, que o bien son las marcas de las olas individuales, mareas de día-mes, o eones geológicos. ¡Gracias por la aclaración!

Se rio de buena gana. Ver de cerca la playa y las olas que se le acercaban era uno de los grandes placeres de sus caminatas costeras, tal como confesó a Freya en una de sus charlas privadas; pasaba buena parte de sus excursiones caminando arriba y abajo del trecho que había al sur de la embocadura del río, deteniéndose a menudo para inspeccionar ciertas partes sentado de cuclillas, tumbado incluso.

La mayoría del tiempo fuera de la ciudad lo pasaba recogiendo arena y loess que aportar a sus invernaderos destinados a la elaboración de suelo. De mochila en mochila, regresaba con muestras que consideraba prometedoras. Los granjeros se mostraban complacidos de tener nuevas matrices de suelo para ampliar algunos de sus experimentos. Si les gustaban ciertas muestras que les llevaba Euan, salía al volante del todoterreno para recoger una cantidad mayor. Obtenían buenos resultados en ciertos campos, incluyendo algunas plantas modificadas

recientemente que producían una cosecha de semillas comestibles en los nueve días de la parte de iluminación diurna del día-mes. Lo más probable era que estas plantas de crecimiento rápido siguiesen siendo inusuales, pero podían suplementar cultivos plantados en sus invernaderos para que adoptaran un ritmo más normal. Entre las plantas alteradas que crecían fuera y las que lo hacían en invernaderos, parecía que serían capaces de procurarse alimento suficiente, lo cual les pareció muy emocionante tanto a los colonos en Aurora como a quienes seguían a bordo a la espera de desembarcar.

Un día, el 170.139, Euan salió acompañado por tres amigos: Nanao, Kher y Clarisse. Como siempre que salía alguien a emprender caminatas de este tipo, muchos de quienes seguían a bordo de la nave se dispusieron a seguirlos por pantalla, a ver qué les mostraban las cámaras del casco de los caminantes.

Ese día, Euan y sus acompañantes anduvieron en primer lugar hacia el cañón del río. Los rápidos que había en lo alto del cañón empezaban con dos pequeñas cascadas frente al terreno estriado del burren, seguidas por otras dos cascadas más altas en el cañón, después de lo cual una cortina de agua blanca caía veloz sobre el terreno del valle. Allí el río se dividía en dos por una piedra gigante, y después de eso varios canales serpenteaban por un amplio trecho llano de grava, arena y fango: un arroyo trenzado. El delta creado por este arroyo tenía forma triangular visto desde lo alto, como muchos deltas terrestres (¿origen de la expresión «delta v»?).

Euan se situó al pie de la cascada más baja y observó el agua blanca que llovía y se estrellaba en un espumoso esplendor de burbujas. A la luz previa al atardecer, el agua parecía estar hecha de diamantes triturados, dotados de cremosidad. De cuando en cuando, una bruma lo envolvía, la cámara del casco se le empañaba, o la lente retransmitía surcos de agua. El ruido de la cascada era atronador, y si sus compañeros hablaban, y daba la impresión de que lo hacían, quienes seguían las imágenes desde la nave no entendían una palabra. Tampoco estaba claro que el propio Euan lo hiciera, o que lo intentara.

Al cabo de un rato, los cuatro caminantes descendieron por el estuario formando una línea desigual, con Euan en cabeza. A esas alturas, los colonos habían explorado a conciencia el arroyo trenzado del valle, y habían colocado una pasarela de aluminio sobre un canal, y apartado varias piedras grandes en los bajíos de otros para poder caminar sobre ellas y alcanzar las islas centrales del delta, siguiendo un camino más o menos recto hasta el extremo meridional de la laguna, donde cruzar uno o más puentes de aluminio para llegar a la playa.

Las islas que había entre los arroyos trenzados eran de arena, fango, grava o derrubios; era un camino difícil escogieras el terreno que escogieses, a menos que caminaran por rampas inclinadas naturales y montículos de barro compacto, parecidos a lo que las fuentes terrestres denominaban esker. Había huellas de bota que cruzaban muchas de estas rampas, y que unían muchas de las islas triangulares o con forma de lemniscata del delta.

Euan encabezó la marcha por uno de estos senderos, que al parecer llevaba al mar. Desde la playa en el extremo sur de la laguna habían establecido un camino en zigzag por una sección biselada del acantilado; ese día se habían propuesto ascender por estos caminos en zigzag, y luego regresar a Hvalsey por el terreno estriado. Era un camino muy popular.

Entonces se oyó el grito de ayuda de uno de los acompañantes de Euan, y este se volvió. La vista de la cámara de su casco acompañó al brusco movimiento de la cabeza. Solo se veía a dos de sus acompañantes, ambos corrían hacia la orilla de uno de los arroyos trenzados. Por lo visto, el cuarto había abandonado el sendero y se encontraba en ese momento hundido hasta la cintura en lo que parecía ser una especie de trecho de arenas movedizas. Por suerte, parecía haber topado con una capa densa, y no daba la impresión de hundirse más. Estaba a unos tres metros del terreno elevado, que parecía idéntico a la arena en la que se había hundido, pero como demostraban sus propias huellas, era firme.

Euan se acercó corriendo hacia ellos y dijo:

—Clarisse, ¿por qué te has metido ahí?

—Quería echar un vistazo a una roca. Me pareció que podía ser hematita.

—¿Dónde está?

—No era más que el reflejo del sol en un charco.

Euan no respondió de inmediato. Miraba a su alrededor, inspeccionando el terreno.

—Vale —dijo finalmente—. Inclínate hacia nosotros y yo me tumbaré hacia ti, nos cogemos de las muñecas y Nanao y Kher tirarán de nosotros para sacarte.

—Creo que me he atascado bien. ¿Y si no pueden?

—Entonces pediremos ayuda. Pero antes debemos asegurarnos de que no podamos valernos por nuestra cuenta.

—Vas a ponerte perdido de barro.

—No me importa. ¿Haces pie sobre algo duro, o simplemente has dejado de hundirte?

—No creo que tenga nada realmente duro bajo los pies.

—De acuerdo. Inclina la parte superior del tronco sobre la superficie. Allá vamos.

Clarisse inclinó el pecho sobre el fango, sin apartar la vista de los ojos de Euan. Este se arrodilló y se tumbó, extendiendo los brazos hacia ella. Se aferraron de las muñecas, y Nanao y Kher asieron a Euan por los tobillos y empezaron a remontar la ladera. Al principio no hubo cambios, y Euan rompió a reír.

—¡Acabará siendo más alto cuando esto acabe!

—Lo siento —dijo Clarisse, que añadió—: quizá deberíamos atarnos de las muñecas.

—Te tengo bien cogida —señaló Euan.

—Lo sé. Duele.

—Si nos atamos te dolerá más. No apretaré más que esto.

—Vale.

—Probemos otra vez —propuso Nanao—. Listos.

De nuevo no dio la impresión de que pasara nada, pero entonces Clarisse exclamó:

—¡Siento que se me mueven los pies! En realidad, toda yo.

—Mejor será que seas toda tú —dijo Euan. Nanao y Kher rieron, antes de volver a tirar de ellos.

—No lo hagáis de un tirón —les propuso Euan—. Sino a tirones cortos. Empezad y parad, pero no os paréis del todo.

Pronto vieron que Clarisse asomaba del barro mientras arrastraban a Euan. A medida que fue saliendo, más rápido fue el proceso. No tardó en asomar a la altura de la rodilla, pero cuando parecían a punto de sacarla del todo, dijo:

—Ay, la espinilla.

Nanao y Kher dejaron de tirar.

—Me he trabado la pierna con algo duro.

—Vamos a tener que sacarte de todos modos —dijo Euan—. Retuerce el pie hacia arriba y hacia un lado mientras tiramos de ti.

—De acuerdo. Adelante.

Torció el gesto cuando continuaron. Después se deslizó por la superficie del fango, y los cuatro se apartaron a cuatro patas de aquel trecho, antes de sentarse en terreno elevado. Tenían los trajes enfangados, sobre todo en pies y manos, y en lo que respecta a Euan la pechera también; Clarisse estaba completamente cubierta de fango de cintura para abajo, así como el pecho.

Se señaló la espinilla izquierda, donde un surco de sangre se mezclaba con el barro marrón.

—Ya os dije que me había trabado con algo. Debía de haber una roca en el fango.

—Vamos a sellarlo —dijo Euan.

—Hemos roto el traje —dijo Nanao.

—No veo cómo íbamos a poder evitarlo —dijo Euan—. Todo irá bien.

Kher sacó un rollo de cinta para trajes del bolsillo del muslo, y mientras los demás limpiaban la espinilla de Clarisse con agua recogida del río, cortó un trozo con las tijeras de la navaja multiusos. Una vez limpió el roto y lo secaron con un trapo, Kher aplicó la cinta y la mantuvo apretada sobre la pierna de Clarisse hasta que lo hubo sellado.

—Vale, ahora tenemos que volver.

—¿Qué camino es el más rápido desde aquí?

—Creo que bajando a la playa para subir después por el sendero del acantilado hasta el mirador. ¿Qué te parece?

—No estoy seguro. Veamos qué dicen los mapas.

Consultaron los navegadores de muñeca y decidieron que sería mejor dar la vuelta y volver por donde habían llegado.

Caminaron en silencio. Era la primera vez que se había franqueado la barrera física entre Aurora y sus cuerpos. No parecía una manera muy auspiciosa de hacerlo, pero así fue cómo sucedió, y ahora ya no había más que pudieran hacer, excepto regresar deprisa y atender el corte de Clarisse. Dijo que no le dolía, que solo le escocía, de modo que anduvieron a buen paso. En menos de dos horas regresaron a Hvalsey.

La presión social o psicológica empezaba a aumentar en el interior de la nave, ya que había mucha gente que quería cada vez con mayor apremio descender a la superficie de Aurora. Las imágenes de la gente caminando en traje, viéndose arrojada al suelo por la fuerza del viento, no constituían para muchos una advertencia sino que servían de incentivo. También las vistas del océano desde lo alto de los acantilados, las texturas que la arena dibujaba en la playa, los cielos al amanecer, el rumor grave, el gemido quedo y los aullidos de otro mundo del viento sobre las rocas, las ocasionales tormentas con sus nubes, las lluvias intensas, la bruma marina; todas estas imágenes y sonidos llamaban la atención de la gente de a bordo, y no fueron pocos los que empezaron a exigir ser llevados a la superficie. Había operativos diez invernaderos en Hvalsey, las plantas de bambú crecían un metro al día, la atmósfera se había confirmado como segura para la respiración directa, y era inminente el inicio de más labores de construcción. Realmente había llegado la hora de empezar a desocupar la nave, de ejecutar su plan y mantenerlo operacional desplegando una pequeña dotación de mantenimiento compuesta por 125 personas, con rotación anual, para que todo el mundo a bordo pudiese vivir en Aurora la mayor parte del tiempo. Este era su deseo; solo unos pocos (207, de hecho) expresaron su intención de permanecer en el entorno conocido de la nave, y quienes así lo hicieron fueron considerados a menudo como gente crispada, miedosa e incluso cobarde, a pesar de que hubo algunos de estos supuestos miedicas que se mostraron muy valientes en sus

declaraciones, sin importarles el hecho de estar en minoría; lo cual les supuso granjearse cierta medida de apoyo para su punto de vista, así como acallar a los críticos.

—Este es mi hogar —dijo Maria, anfitriona de Freya en Plata—. Llevo toda la vida en esta ciudad, he trabajado esta tierra. Este bioma es el lugar que quiero. Esa Groenlandia de ahí abajo es una roca negra sometida a una tormenta perpetua. No seréis capaces de trabajar la tierra con esas noches tan largas, y no podréis hacer gran cosa en el exterior. Viviréis en interiores, igual que nosotros aquí, pero no tan bien. ¿Por qué no iba a quedarme, a seguir aquí con mi vida y a cuidar de este lugar? ¡Me presto voluntaria para quedarme! Y no me sorprendería que muchos de los que tan deseosos os mostráis de bajar a la superficie acabéis pidiendo con el tiempo volver a bordo. Me alegrará daros la bienvenida y cuidar entretanto de este lugar.

La edad media de quienes se declararon partidarios de permanecer en la nave era de 54,3 años. La edad media de quienes exigían desembarcar era de 32,1 años. Ahora, después de que la declaración de Maria había dado la vuelta a los anillos, hubo 469 personas que se decantaron por quedarse a bordo. A propósitos de mantenimiento de la nave, así como para evitar atestar la nueva colonia en Aurora, se consideró positivo dicho cambio. Perdió fuerza la sensación de inquietud creada por diversas presiones sociales de los deseos individuales. Descendió el promedio de la presión arterial.

A pesar de la variedad de opiniones y sentimientos, aumentó la sensación en quienes seguían a bordo de que había llegado la hora, para quienes deseaban hacerlo, de desembarcar. Ahora quienes más paciencia pedían, así como un ritmo calmado de inmigración, fueron quienes estaban en tierra, preocupados por el repentino flujo de recién llegados. Al expresarlo, debían mostrarse cautos para evitar ofender a quienes seguían a bordo, teniendo cuidado de no expresarse como si tuvieran derechos adquiridos, como si quisieran proteger lo que muchos consideraban sencillamente la suerte de haber sido escogidos por sorteo, un privilegio dictado por el azar, inmerecido. Debía justificarse como un mero asunto de logística, de no recargar los sistemas establecidos. Había que seguir un protocolo, uno diseñado por un buen motivo, porque aún no había suficientes plazas de alojamiento en Hvalsey para acomodar a todo el mundo deseoso de desembarcar. Llevaría su tiempo construir y establecer toda esa infraestructura. La comida también era un factor; si desembarcaba demasiada gente, no podrían cultivar el alimento suficiente en Aurora, ni seguir haciéndolo a bordo para transportarlo a la superficie, ya que hasta cierto punto las granjas quedarían

abandonadas. Sin una transición cuidadosa podía darse una escasez de alimentos tanto en un sitio como en el otro. Y no disponían de los medios para devolver rápidamente a la gente a bordo. El retorno no era fácil; el pozo gravitatorio y la atmósfera de Aurora suponían que su tubo de lanzamiento espiral, construido y en buen funcionamiento, tan solo podía lanzar un número limitado de transbordadores, ya que había que separar agua y destilar combustibles, además de fundir e imprimir las placas de ablación para que pudieran efectuar el lanzamiento rápido a través de la atmósfera. Regresar a la nave constituía un embudo en el proceso de colonización, de eso no cabía ninguna duda. Era algo que no habían planeado.

La única solución consistió en acelerar todos los proyectos en Hvalsey y mostrarse pacientes en la nave. Quienes eran más conscientes de estos problemas logísticos se encargaron de hablar con el resto, de tranquilizar los ánimos y de acelerar las labores.

Badim y Freya se contaban entre quienes aconsejaron paciencia a bordo, a pesar de que Freya no ocultaba su ferviente deseo de desembarcar. Seguía las aventuras de Euan en Aurora durante la mayor parte de su tiempo libre, cogida del brazo de Badim por las noches ante la pantalla, moviendo un poco la cabeza, como si todo aquello le provocase mareos. De hecho estaba algo febril en comparación con su temperatura normal. Quería bajar a la superficie. Pero se pasaba los días haciendo lo necesario para mantener Nueva Escocia en marcha, tal como hubiera hecho Devi, intentando encarar todos los problemas por un orden de prioridad que el ordenador de a bordo le ayudaba a establecer. Trabajó en los programas de Gantt que Devi le había legado, apilando prioridades como castillos de naipes. Riesgos evitados, problemas rehuidos, suficiente comida cultivada para mantenerlos a todos a flote. Nunca eran cálculos simples. Pero los programas de Gantt se mostraban en las pantallas en bloques de color, y descubrió que era capaz de manipular los problemas lo bastante bien para que las cosas siguieran adelante.

Trabajando con este sistema comprobó que, si bien perdían volátiles en cada lanzamiento de los transbordadores a la superficie de Aurora, este problema podía solventarse transportando gases comprimidos de vuelta desde la luna a la nave, e incluso agua. ¡Qué alivio tener la solución a mano, tras todos aquellos años de aislamiento interestelar! Era espléndido contemplar los recursos del sistema Tau Ceti. Cada metro de bambú que crecía en Hvalsey formaba parte de los cimientos que construían bajo sus pies.

Este era un consuelo que Devi jamás había tenido.

Una noche en que contemplaban las fotografías de Hvalsey en la pantalla de Badim, comentaron este aspecto de su nueva situación, y Aram se levantó para recitar uno de sus poemas de cocina:

Construimos, sobre la marcha,

nuestro paseo por el abismo.

Dadnos los cimientos y haremos que funcione

hasta un tiempo que no queremos conocer.

La mañana de 170.144, A0.104, Euan apareció en la pantalla de Freya y le pidió que llamase a Badim para sumarse a la conversación. Freya pidió a Badim que fuese a la cocina, y siete minutos después entró a trompicones, casi dormido, y se sentó a su lado y se apoyó en ella, mirando con curiosidad la pantalla.

—¿Qué?

Segundos después, quedó claro que había aparecido en la pantalla de Euan, y Euan inclinó levemente la cabeza y dijo:

—Esa mujer que sacamos de las arenas movedizas: Clarisse. Está enferma. Tiene fiebre.

Badim se envaró en el asiento.

—Aísladla —dijo.

—Ya lo hemos hecho.

—¿Está en una clínica de aislamiento?

—Sí.

—¿Cuánto tardasteis en llevarla?

—En cuanto mencionó que se sentía indispuesta.

Badim tenía los labios prietos. Cuán a menudo había visto Freya esa

expresión. No era exactamente la misma expresión de Devi en circunstancias similares, sino más calma, más empática. Era como si estuviera imaginando cómo obraría en caso de verse en la piel de Euan.

—¿Coopera? ¿Estáis haciendo un seguimiento de su evolución?

—Sí.

—¿Puedes mostrarme los datos?

—Sí, los tengo aquí en mi monitor. Echa un vistazo.

Euan movió la cámara de la habitación hacia un lado, para que Freya y Badim pudiesen ver la pantalla de la clínica de aislamiento. Temblaban en ella los signos vitales de Clarisse, lo hacían de izquierda a derecha, con parpadeantes números de color rojo debajo. Badim se acercó a su pantalla y movió los labios en silencio mientras inspeccionaba los resultados.

Aspiró aire con fuerza.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó a Euan.

—¿Yo? Yo estoy perfectamente.

—Creo que tú y los demás que la acompañasteis deberíais aislaros también. Por no mencionar a todo aquel que atendió a esta mujer a su regreso al refugio.

—¿Por el corte de la rodilla?

—Por el corte en el traje. Sí. —Los labios de Badim dibujaban una delgada línea—. Lo siento. Pero tiene sentido tomar todas las precauciones posibles. Solo por si acaso.

No hubo respuesta por parte de Euan. Su cámara siguió pendiente del monitor.

—Padece una fiebre alta —dijo Badim en voz baja, como si hablase con Freya—. El pulso es rápido y bajo, algo de fibrilación atrial, presencia abundante de linfocitos T en el flujo sanguíneo. El cerebelo trabaja con esfuerzo. Parece como si estuviera combatiendo algo.

—Pero ¿qué? —preguntó Freya, como si hubiera asumido el papel de Euan.

—No lo sé. Puede que se trate de algo un poco tóxico presente en el fango. Acumulación de un metal o una sustancia química. Tendremos que analizar más al sujeto para encontrar lo que buscamos.

—O puede que haya un virus circulando por Hvalsey que ella ha cogido —aventuró Freya. Había, por supuesto, una gran diversidad de virus y bacterias a bordo, y por tanto también las había en Hvalsey.

—Sí, es posible.

—O puede que haya sufrido una conmoción —dijo la voz de Euan mientras la cámara seguía enfocando el monitor.

—Demasiado lento para achacarlo a una conmoción de resultas del corte —dijo Badim—. Pero tienes razón, deberíamos comprobarlo. Debéis buscar indicios de todo esto, pero mantenerla aislada. No escatiméis precauciones. Insisto: todos los que estuvisteis en contacto con ella también deberíais aislarlos. Solo por si acaso.

De nuevo no hubo respuesta por parte de Euan.

Nefastas noticias, sin duda. Cualquiera estaría preocupado. Pero para Euan, que tanto disfrutaba de las excursiones en la superficie, que abogaba con tanta vehemencia por abrir los cascos y respirar al aire libre de Aurora, supuso un duro golpe. Era palpable en su silencio.

Cuando finalizó la llamada, Badim se levantó, se estremeció, y permaneció de pie largo rato, la cabeza gacha.

—Será mejor avisar a Aram —dijo, al cabo—. Y a Jochi. También él debería estar en aislamiento. El problema es que todos ellos deberían estarlo unos de otros, y no pueden hacer tal cosa.

Resultó que Jochi había salido en uno de los vehículos de expedición cuando llegó la información sobre la fiebre de Clarisse, y cuando se enteró de las noticias, permaneció en el coche, encerrado dentro. Avisó a los demás en Hvalsey para informarlos de dónde se encontraba, pero se negó a seguir hablando de su situación. Había aire, agua, comida y la batería tenía potencia suficiente para mantenerlo con vida durante tres semanas. La gente en Hvalsey le hablaba enfadada, pero él no respondía. La gente de la nave no sabía qué decir. Badim se

limitó a negar con la cabeza cuando Freya le pidió su opinión.

—Es posible que tenga razón —dijo Badim—. Me gustaría que todo el mundo tuviese un vehículo, pero no es así. Y nadie puede permanecer aislado mucho tiempo, ni allí ni en ninguna otra parte.

En plena noche de 170.153, A0.113, Freya tenía un sueño incómodo cuando la pantalla le habló, al principio en voz baja, de modo que Freya se limitó al principio a murmurar cosas, en lo que parecía una conversación mantenida en sueños con su madre, pero como la voz de la pantalla repetía «Freya... Freya... Freya» de un modo al que Devi nunca hubiera recurrido, finalmente despertó, aturdida:

Era Euan, desde Hvalsey.

—¿Euan? ¿Qué pasa?

—Clarisse ha muerto —dijo.

No había encendido la cámara, o quizá estaba sentado a oscuras; no era más que su voz, no se veía nada en la pantalla.

—¡No!

—Sí. Anoche.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos. Parece que sufrió una especie de shock anafiláctico. Como si se hubiera topado con algo a lo que tenía alergia.

—Pero ¿qué hay allí que pueda darte alergia?

—No lo sé. Nada. Tenía asma, pero estaba bajo control. Le administraron epinefrina cuatro veces, pero su presión sanguínea siguió descendiendo, la garganta parece haberse cerrado, la parte ventral del corazón entró en arritmia. Las lecturas muestran cardiomiopatía...

Hubo una larga pausa.

—¿Seguía aislada?

—Sí. Pero por supuesto no lo estaba cuando la trajimos.

—Pero vosotros seguíaís con el traje puesto.

—Lo sé. Pero dentro nos lo quitamos. Todos la ayudamos.

No dijo nada más, y Freya tampoco habló. Había problemas en la superficie, si lo sucedido a Clarisse había sido causado por su accidente. No podrían desembarcar hasta que averiguasen de qué se trataba. Y si concluían que una forma de vida local había infectado y acabado con la vida de Clarisse, no podrían salir de nuevo sin adoptar grandes precauciones. Tampoco serían capaces de asociarse libremente los unos con los otros, hasta que se demostrase que fuera lo que fuese que la había matado no era contagioso.

Tampoco podrían regresar a la nave y correr el riesgo de infectarla.

De modo que ahora estaban confinados a un bioma mucho más pequeño que cualquiera de los que había a bordo, un bioma que tal vez estaba infectado. Una especie de edificio envenenado, habitado por gente condenada.

Todas estas posibilidades cruzaron sin duda por la mente de Freya, igual que lo habían hecho por la de Euan. De ahí el largo silencio.

Finalmente, dijo:

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—No. Solo... Estar ahí.

—Estoy aquí. Lo siento.

—Yo también. Esto era... Esto era precioso. Nos lo... Me lo estaba pasando bien.

—Lo sé.

Despertó a Badim para contárselo, y después se tumbó en el sofá del salón mientras Badim se sentaba a la mesa de la cocina para hacer llamadas.

Entre sus llamadas, le dijo:

—Echo de menos a Devi. Si estuviera viva, nada de todo esto hubiera pasado. Ella habría insistido en hacer pruebas de la superficie del planeta antes de que nadie pusiese un pie en tierra.

—Cuesta hacer esas cosas con un robot —comentó Badim con aire ausente.

—Lo sé. Hubieran pasado años, todo el mundo se habría puesto furioso con ella. Ella se habría puesto furiosa con ellos. Pero no habría pasado nada de todo esto.

Badim se encogió de hombros.

Más tarde, Euan volvió a llamarlos.

—Voy a salir de nuevo —anunció.

—¡Qué! —gritó Freya—. ¡Euan! ¡No!

—Sí. Mira. Tarde o temprano, todos nos vamos a morir. Así que es posible que nos hayamos envenenado, y es posible que no. No tardaremos en averiguarlo. Entretanto, mientras mantengas la integridad del traje, no hay ninguna diferencia entre quedarse aquí o salir. Así que voy a jugármela y a salir. No veo por qué no iba a hacerlo. Sea como sea, estaré bien. Quiero decir que o ya estoy infectado, en cuyo caso mejor disfrutar de los últimos días que me quedan, o no lo estoy, y no lo estaré mientras no sufra un corte en el traje. Menuda tonta. Ojalá no se hubiese apartado del camino; ese trecho que pisó era evidente que correspondía a arenas movedizas, no sé qué le pasó por la cabeza, qué era lo que perseguía. Un resplandor en el agua, dijo, o algo así. Pero ¿de verdad? En fin, nunca lo sabremos. Y no importa. No me apartaré de tierra firme. Puede que me mantenga al margen del estuario y suba al acantilado, que es desde donde se disfruta de las mejores vistas. Saldré a contemplar el amanecer. Nadie aquí va a detenerme. Igualmente todos nosotros somos presos. Todo el mundo permanece encerrado en una sala situada en algún lado. Nadie puede detenerme sin ponerse en peligro, ¿no? Y nadie quiere hacerlo de todos modos. Así que voy a salir a ver el amanecer. Te llamaré dentro de poco.

Se impuso el silencio a bordo, y la vida adoptó la naturaleza de una vigilia, incluso de un velatorio. La gente comentaba la situación que se vivía en la superficie mediante murmullos, hablando esperanzada, en teoría, pero asustada, dando por sentado lo peor. Por supuesto, la mujer podría haber muerto de resultas de la conmoción, de un ataque asmático, del crecimiento oportunista de las

bacterias de las que ya era portadora, parte de la reserva bacteriana de la propia nave, que de ningún modo era totalmente benigna, como habían tenido ocasión de comprobar. Como Aurora era o parecía ser inerte, esto último se perfilaba como la explicación más plausible.

Pero ¿era Aurora inerte? ¿Era una luna muerta, tal como parecía ser? ¿Era el oxígeno de la superficie resultado de procesos abiológicos, tal como se había asumido a partir de las firmas químicas, y la ausencia de vida evidente en la luna? ¿O había una especie de vida que no veían, presente quizá en el fango del estuario de Medialuna?

Pero si se encontraba en un lugar, también lo haría en otros. Así que los biólogos de a bordo negaron con la cabeza, frustrados por la ignorancia. Euan salió de nuevo al exterior, y ya que estaba dispuesto a hacerlo, había gente que quería que trajese muestras de fango de la región donde Clarisse había sufrido la caída, que se acercase todo lo posible, tanto como se atreviera, a las arenas movedizas, que escarbara y tomara muestras de fango en un frasco sellado, para llevarlo de vuelta a Hvalsey para su estudio. Contaban con los restos de fango del traje de Clarisse, por supuesto, y también tenían su cadáver, así que no era necesario recoger más muestras, pero algunos de los microbiólogos las querían de todos modos, para comprobar la matriz local no contaminada por todo lo sucedido desde la caída de Clarisse.

Euan se mostró más que dispuesto. También hubo otros en Hvalsey, así que salieron en grupos pequeños, sin abandonar los senderos, descendiendo al estuario en breves expediciones, todo lo contrario a sus anteriores salidas. Caminaban en silencio, como si anduvieran por un campo de minas o se dispusieran a descender al infierno. Incursiones en lo indescriptible. Euan era el único de ellos que entonaba cancioncillas, incluida una con el estribillo *Sadrac, Mesac y Abednego*, una antigua canción espiritual o seudoespiritual, tal como determinó la nave, que hacía una referencia bíblica a los prisioneros de Babilonia que sobrevivieron a un ardiente horno gracias a la protección de la intervención de Jehová.

Euan cantaba estas canciones fuera de los canales públicos, hablando únicamente a Freya en el canal privado. Algunos de los otros exploradores se comportaban de manera similar, conversando únicamente con gente a quien conocían bien. A bordo corrió la noticia de sus diversas expediciones. Quienes estaban en la superficie parecían sentir una nueva distancia respecto a quienes vivían a bordo. Todo era distinto de cómo había sido con anterioridad.

Jochi siguió metido en el coche, al margen del resto de los colonos, comiendo comida deshidratada y congelada. Una noche, se puso el traje y salió hacia otro de los vehículos de expedición, del que tomó todos los alimentos y las bombonas portátiles de oxígeno que llevó de vuelta a su coche.

Había pedido permiso para regresar a bordo; sus comunicaciones diarias con la nave empezaban con la misma petición. Hasta el momento, el consejo que gobernaba la nave únicamente había rechazado su petición una vez, y después de eso, no prestó oídos a su insistencia. Por el momento, nadie regresaría a bordo. Los colonos estaban sometidos a cuarentena.

Así que Jochi pasó el tiempo en el coche, contemplando la pantalla. Desde allí pudo operar a distancia algunos de los ingenios médicos del laboratorio clínico donde Clarisse había fallecido, y pasaba parte de su tiempo investigando el fango que Euan y los demás habían llevado de vuelta, aprovechando el microscopio electrónico de la clínica. Su aprendizaje con Aram y el grupo de matemáticas había versado en esa materia, pero como parte de ese equipo a veces había colaborado con biofísicos, y de todos modos investigaba tanto como podía, Aram expresó la esperanza de que el muchacho fuera capaz de hallar algo que pudiera resultar útil. Aram estaba muerto de preocupación por el hecho de que Jochi estuviese allí; pasaba muchas horas en la cocina de Badim y Freya, encorvado, demacrado, atento como los demás a las pantallas.

Jochi no dijo nada durante mucho tiempo acerca de sus hallazgos. Cuando Freya le preguntó al respecto, él se limitó a encogerse de hombros y mirarla a los ojos desde su pantalla.

En una ocasión, dijo: «Nada».

En otra ocasión, dijo: «Las matemáticas no son biología. Al menos normalmente. Así que no sé ni lo que hago».

—¿Quieres que te envíe más archivos médicos de los que nos llegan procedentes de la Tierra? —preguntó Freya.

—He consultado el índice. No encuentro nada ahí que pueda sernos de ayuda.

Una semana más tarde, más de la mitad de los colonos de Hvalsey habían contraído fiebre. Jochi siguió metido en el coche. No volvió a solicitar regresar a bordo.

Euan volvió a ir a menudo al estuario, o al acantilado. Dormía en el exterior, y rara vez regresaba para comer. Todos en Hvalsey se comportaban de un modo algo distinto, y no estaba claro si hablaban mucho entre sí. Un día, unos pocos organizaron un baile al que debían acudir con una prenda de color rojo.

Jochi llamó a Aram una mañana.

—Creo que podría haber encontrado el patógeno —se limitó a decir—. Es pequeño. Me recuerda quizá un poco a un prión. Como una especie de proteína extrañamente doblada, tal vez, pero solo por su forma. Es mucho más pequeña que nuestras proteínas. Y se reproduce a mayor velocidad que un prión. En cierto modo, es como los virus que viven dentro de virus, o v's, pero más pequeño. Algunas parecen anidar en otras. La más pequeña mide diez nanómetros, la mayor cincuenta. Me dispongo a enviar a bordo las imágenes del microscopio electrónico. Cuesta determinar si están vivas. Puede que sean un paso intermedio hacia la vida, con algunas de las funciones vitales pero no todas. En fin, en una buena matriz parecen reproducirse. Lo cual supongo que significa que son una forma de vida. Y nosotros parecemos ser una buena matriz.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Aram. Dada su importancia, había incluido a Badim en la llamada—. Después de todo, en este lugar somos alienígenas.

—Estamos hechos de moléculas orgánicas. Puede que no sea más que eso. O el calor que albergamos. Un buen medio de crecimiento, eso es todo. Y nuestra circulación sanguínea se desplaza por todo nuestro organismo.

—Entonces, ¿están localizadas en ese fango del estuario?

—Sí. Ahí se encuentra la mayor concentración. Pero ahora que las he descubierto, he visto unas pocas por todas partes. En el agua del río. En el agua del mar. En el viento.

—Deben necesitar más que agua.

—Sí, claro. Puede que sales, tal vez materia orgánica. Pero nosotros somos salados, y orgánicos. Y también lo es el agua de aquí. Y el viento proyecta la sal en el aire.

Cuando tres personas más fallecieron en Hvalsey del mismo modo que Clarisse, de algo parecido a un shock anafiláctico, y posteriormente Euan contrajo

también fiebre, salió a solas al exterior en dirección al borde del estuario, hasta la playa situada al pie del breve acantilado, en el extremo sur de la laguna.

Hacía tanto viento como siempre, el viento costero de media mañana del día-mes. Así que en cuanto salió a la playa y se refugió en el acantilado, se puso al abrigo del viento. Las rachas catabáticas se abatían sobre el estuario y alcanzaban el oleaje que cerraba sobre la costa, levantándolo unos instantes al alzarse en los bajíos, y esparciendo la espuma blanca que coronaba las olas. Estos arcos de espuma trazaban gruesos arco iris en miniatura, llamados *ehukai* en lengua hawaiana. Planeta E era un grueso gajo en cuarto creciente en su habitual rincón del firmamento, muy brillante y recortado contra un fondo azul marino, de modo que la luz en el aire salado sobre el mar parecía provenir de todas direcciones e impregnarlo todo. Las sombras dobles en el suelo eran tenues, y hasta la última roca, hasta la última ola, parecían impregnadas de esa luz.

—Habría sido un lugar estupendo para vivir —dijo Euan.

Ahora solo conversaba con Freya por el canal privado. Ella estaba sentada en la silla situada junto a su cama, encorvada sobre el estómago, contemplando la pantalla. Euan paseaba su mirada, y su pantalla enfocaba todo aquello que miraba.

—Un mundo hermoso, sin duda. Lástima lo de esos bichos. Aunque supongo que deberíamos haberlo sospechado. Todo ese asunto del oxígeno en la atmósfera abiológica, imagino que tendréis que meditar eso a fondo. Supongo que todavía puede ser cierto. Pero si esas cosas que Jochi descubrió exhalan oxígeno, entonces probablemente no lo sea.

Hubo un largo silencio. Seguidamente Freya le oyó exhalar un suspiro y llenar de nuevo de aire los pulmones.

—Probablemente sean como arqueobacterias. O una especie de prearqueobacterias. Debéis estar atentos a eso. Podría haber otros indicios químicos en el oxígeno que delaten sus orígenes. La proporción de isótopos podría variar dependiendo de cuánto se expresa en el aire. No me sorprendería. Sé que pensaron que tenían una rúbrica ahí, pero van a tener que recalibrar. La vida podría ser más variada de lo que pensaron. Tal como no deja de demostrarse.

»No es que vayáis a tener ocasión de hacer pruebas aquí —continuó al cabo de un rato. Ahora caminaba por la playa. El viento rascaba el micrófono exterior y también empujaba granos de arena por la playa hasta la espuma que lamía los pies

de Euan.

»Supongo que ahora tendréis que probar a hacer algo con la luna de F. Probablemente esté muerta. O probar incluso con E. —Levantó la vista hacia él, enorme en el firmamento azul—. Bueno, no. Es demasiado grande. Demasiado pesado.

Al cabo de dos minutos, añadió:

—Tal vez podáis seguir viviendo a bordo y almacenar todo aquello que escasee ahí, tanto de aquí como de E. Terraformar la luna de F si podéis. O puede que podáis reabastecer y viajar a otro sistema totalmente distinto. Creo recordar que hay una estrella G a unos pocos años luz de distancia.

Un largo silencio.

Después:

—Pero ¿sabes? Apuesto a que todos son como este. Quiero decir que o bien están muertos o bien están vivos, ¿verdad? Si tienen agua y orbitan en la zona habitable, estarán vivos. Vivos y venenosos. No sé... Puede que estén vivos y nosotros podamos convivir con ellos y ambos sistemas se ignoren. Pero eso no suena a vida, ¿no crees? Las cosas vivas comen. Poseen sistemas inmunológicos. Así que eso será un problema, al menos durante la mayor parte del tiempo. Biología invasiva. Por otro lado, los mundos muertos, los que estén secos, los que sean demasiado fríos o demasiado calientes, serán inútiles a menos que posean agua, y si tienen agua probablemente estén vivos. Sé que algunas sondas han mostrado lo contrario, como sucedió aquí. Pero las sondas nunca se detienen y hacen pruebas de manera minuciosa. Podrían efectuar sus pruebas desde la Tierra, si lo piensas detenidamente. Los bichos como los que tenemos aquí, no vais a encontrarlos a menos que os lo toméis con calma y vayáis a la caza. Vivir cerca un tiempo, observar. Llegado ese momento ya será tarde si obtenéis un mal resultado. No os quedará más que lamentaros de vuestra suerte.

Hubo un largo silencio mientras caminaba por la playa.

Entonces:

—Qué lástima. Es un mundo muy, muy bonito.

Más tarde:

—Lo gracioso del caso es que alguien pensase que iba a funcionar. Me refiero a que es obvio que un lugar nuevo estará vivo o muerto. Si está vivo, será venenoso; si está muerto, habrá que trabajar desde cero. Supongo que eso podría funcionar, pero podría tardar el mismo tiempo que se tomó la Tierra. Incluso si cuentas con los bichos adecuados, aunque pongas a trabajar a las máquinas, tardarías miles de años. Entonces, ¿qué sentido tiene? ¿Por qué molestarse? ¿Por qué no contentarse con lo que tenemos? ¿Quiénes eran para estar tan descontentos? ¿Quién coño eran?

Esto le recordó al discurso de Devi. Freya hundió el rostro entre las manos.

Más tarde:

—Pero es un mundo muy, muy bonito. Hubiese sido un lugar hermoso.

Más tarde:

—Puede que se deba a eso que nunca hayamos tenido noticias de nadie más. No solo se trata de que el universo sea demasiado grande, que lo es. Ese es el motivo principal. Resulta también que la vida es algo planetario. Empieza en un planeta y forma parte de él. Es algo que hacen los planetas con agua, quizá. Pero también se desarrolla para vivir donde le toque. Así que, ya sabes, la paradoja de Fermi tiene una respuesta, que es la siguiente: para cuando la vida se vuelva lo bastante inteligente para abandonar el planeta, también lo será para querer marcharse. Porque sabe que no resultará. Así que se queda en casa. Disfruta estando en su casa. Ni siquiera vale la pena intentar ponerse en contacto con nadie. Y ¿por qué ibas a hacerlo? Nadie contestará. Esa es mi respuesta a la paradoja. Puedes llamarla la Respuesta de Euan.

Más tarde:

—Así que, por supuesto, cada tanto alguna forma de vida particularmente estúpida intentará romper el molde y abandonar su estrella natal. Estoy seguro de que eso sucede. Míranos a nosotros, por ejemplo. Nosotros lo hicimos. Pero no resulta, y la vida que permanece con vida aprende la lección, y deja de intentar hacer algo tan absurdo.

Más tarde:

—Quizá algunos de ellos logren incluso regresar a casa. Eh, yo en vuestro lugar, Freya, intentaría regresar a casa.

Más tarde:

—Quizá.

Más adelante, sin dejar de caminar en dirección sur, Euan pasó por un barranco que hendía el acantilado marino. El acantilado era un poco más bajo a ambos lados de esta hendidura, la cual discurría hasta el terreno estriado formando un ángulo pronunciado, y un arroyuelo corría hasta formar un estanque en la arena de la playa, bajo el acantilado. En el punto donde este estanque estaba más próximo al mar, una corriente poco profunda de agua horadaba la arena húmeda y se vertía en la espuma del oleaje.

El viento silbaba por la hendidura. En lo alto se estrechaba, y ambas paredes laterales formaban ángulos que daban la impresión de ser infranqueables. En lugar de trepar hasta allí e investigar, Euan anduvo a través del arroyo de la playa, chapoteando sin miedo, a pesar de que en el punto medio se hundió hasta las rodillas. En ese punto su fiebre había alcanzado una cota elevada. Las mediciones del traje figuraban en rojo parpadeante al pie de la pantalla.

Freya se encogió, abrazándose el estómago, en una posición que había adoptado a menudo cuando Devi estaba enferma. Se levantó y fue a la cocina para tomar unas galletas saladas que engulló y bajó con un vaso de agua. Inspeccionó el agua del vaso, dio unos sorbos más, y regresó a su silla y a la pantalla.

Euan continuó caminando en dirección sur y alcanzó una parte más ancha de la playa, donde unas dunas esculpidas por el viento se alzaban al abrigo del acantilado. Ascendió hasta coronar la más alta de ellas. Tau Ceti era un resplandor tan brillante que era imposible mirarlo, la estrella derramaba su luz sobre la cima del acantilado y sobre el mar. Euan se sentó.

—Precioso —dijo.

Seguía teniendo el viento a la espalda. Miró el oleaje, estaba claro que el viento suspendía unos instantes las olas antes de que rompieran; se extendían hacia la orilla, luego reculaban y colgaban allí en una pared vertical al caer sobre la orilla. Intentaban caer, pero el viento las sostenía. Por último, la parte más inclinada se precipitaba con estruendo de espuma blanca, parte de cuya blancura se alzaba proyectada hacia arriba y era atrapada por el viento, que la empujaba de vuelta sobre la pared de aguas blancas. Los veloces, gruesos *ehukai* cruzaban estas colas espumosas.

—Qué calor —dijo Euan. Anduvo al borde de la duna y se deslizó por la ladera frente al mar.

Freya se tensó, hundió los dientes en el dorso de una de sus manos crispadas.

Euan contempló las olas durante largo rato. El trecho gris oscuro que mediaba entre el estanque de la playa y el agua del mar estaba surcado de vetas de arena negra, lejos a ambos lados del arroyo pequeño que desembocaba en los rompientes.

Freya observó en silencio. Euan tenía una fiebre muy alta.

Se tumbó en la arena. La cámara del casco mostraba principalmente la arena que tenía debajo, arrugada y granular, salpicada de manchas de espuma. Las olas rotas barrían la orilla, paraban y se retiraban con rapidez, imprimiendo a su paso una línea de espuma. El agua siseaba, rugía, y de vez en cuando las olas frente a la orilla rompían con torpeza. Tau Ceti se había distanciado ya del acantilado, y toda el agua entre la playa y el horizonte era una retumbante masa de azul y verde. Las olas rotas eran un intenso rumor blanco. Las olas se volvían translúcidas antes de romper. Euan parecía dormido. Freya, que cabeceaba, apoyó la frente en la mesa.

Mucho después algo le hizo levantarla. Observó cómo Euan se ponía en pie.

—Estoy ardiendo —dijo con la voz rota—. Pero ardiendo. Supongo que ya no hay remedio.

Rebuscó en la pequeña mochila.

—Bah, de todos modos me he quedado sin comida. Y sin agua.

Dio unos golpecitos con el dedo en el navegador. Se oyó un chirrido.

—Lo suponía —dijo—. Ahora puedo beber del arroyo. Y seguro que también del estanque. Debe de ser mayormente potable.

—Euan —gritó Freya—. Euan, por favor.

—Freya —respondió él—. No me vengas con por favores. Mira, quiero que apagues la pantalla.

—Euan...

—Apaga la pantalla. Espera, supongo que yo mismo puedo hacerlo desde aquí. —Tamborileó en el navegador. La pantalla de Freya se fundió a negro.

—Euan.

—No pasa nada —dijo él ya sin transmitir imágenes—. Yo ya estoy acabado. Pero hace tiempo que puede decirse eso de nosotros. Al menos yo estoy en un lugar hermoso. Me gusta esta playa. Voy a darme un baño.

—Euan.

—No pasa nada. Apaga el sonido también. Apágalo. Estas olas son muy ruidosas. Jo, qué fría está el agua. Eso es bueno, ¿eh? Cuanto más fría, mejor.

El ruido del agua le envolvió la voz. Decía «Ah, ahh» como quien pone un pie en agua muy caliente, o muy fría.

Freya se llevó las manos a la boca.

Los sonidos del agua se volvieron más y más estruendosos.

—Ahh. ¡Bueno, ahí viene una pedazo de ola! ¡Voy a montarla! ¡O mejor me quedaré debajo si puedo! ¡Freya! ¡Te quiero!

Después tan solo se oyó el rugido del oleaje.

Varios de los colonos de Hvalsey desaparecieron en el entorno. Algunos se fueron en silencio, con el localizador geoposicional del traje apagado; otros permanecieron en comunicación con sus amistades de la nave. Unos pocos retransmitieron su final a quienquiera que quisiera observar y escuchar. Jochi se quedó en su vehículo y se negó a hablar con nadie, ni siquiera con Aram, quien a su vez se volvió callado.

Entonces, todos los supervivientes de Hvalsey, exceptuando a Jochi, desoyeron las instrucciones procedentes de a bordo conforme debían permanecer en Aurora, y prepararon uno de los transbordadores para regresar a la órbita. Hacerlo sin la colaboración de los técnicos en transbordadores de la nave fue difícil, pero buscaron la información que necesitaban en el ordenador, llenaron de oxígeno líquido la modesta embarcación y se amontonaron en el vehículo auxiliar,

sirviéndose del empuje del cohete y el tirón orbital para reunirse con la nave en su órbita.

Puesto que tenían prohibida la reentrada en la nave, y se les informó de que ningún periodo de cuarentena bastaría para que se juzgase segura su reentrada, surgió la pregunta incómoda de cómo obrar cuando llegó el transbordador dispuesto para abarloadse con la nave. Hubo a bordo quienes dijeron que si los del transbordador sobrevivían durante cierto periodo de tiempo, pongamos un año (hubo quien sugirió diez), sería obvio que no eran vectores del patógeno, y podía permitírseles la reentrada. Otros se mostraron contrarios a ello. Cuando el comité que el consejo ejecutivo reunió a toda prisa, al que se asignó la labor de tomar una decisión, anunció que no creían que hubiese un periodo de cuarentena lo bastante largo para demostrar que los colonos estaban a salvo, muchos se sintieron aliviados de oírlo; otros hicieron público su desacuerdo. Pero la cuestión de qué hacer con la partida de desembarco siguió estando ahí, mientras el transbordador se acercaba a la nave en su órbita.

El comité de emergencia se dirigió a los groenlandeses por radio, para decirles que mantuvieran una distancia física con la nave, que permanecieran cerca de ella como una especie de pequeño satélite. Los groenlandeses acataron estas instrucciones, al menos al principio; pero cuando se quedaron sin alimentos, agua y oxígeno, y no recibieron suministros de la nave, tal como se les había prometido, debido a un problema técnico con el transbordador destinado a esta labor, tal como se les explicó, acercaron el vehículo auxiliar a la escotilla principal del muelle de los transbordadores, a popa de la columna. Desde allí, propusieron ocupar las dependencias del Anillo Interior A del Radio 1, sugiriendo aislarlas permanentemente de la columna y los biomas. Permanecerían confinados en estas habitaciones y serían tan autosuficientes como fuese posible, durante el periodo de tiempo que la gente a bordo juzgase conveniente. Después, podría considerarse la cuestión de la reintegración, y si la gente de a bordo se había acomodado a la idea, los colonos podrían reintegrarse a la vida cotidiana de la nave.

Después de una breve reunión, el comité denegó expresamente este plan, ya que entrañaba un peligro demasiado elevado de infección para todas las formas de vida presentes a bordo. Una pequeña muchedumbre, principalmente integrada por habitantes de Patagonia y de Labrador, los dos biomas situados en el extremo del Radio 1, se reunió ante la escotilla del embarcadero de transbordadores, exhortándose unos a otros para resistir cualquier incursión que intentasen los que ellos llamaban «los infectados». Otros se sintieron alarmados al ver en pantalla que este grupo se reunía, y algunos empezaron a subir al tranvía y dirigirse a la

columna, para intervenir de algún modo que no tenían muy claro. En Labrador y en Pradera, las paradas de tranvía empezaron a llenarse de gente, muchos de ellos discutían con otros grupos con los que se topaban. Hubo peleas, y algunos jóvenes sabotearon los raíles del tranvía en Pradera, parando el tráfico que se desplazaba en torno al Anillo B.

Suspendidos frente al embarcadero, los colonos del transbordador informaron de que la aglomeración de personas embarcadas en el vehículo auxiliar había causado una especie de avería, de modo que se estaban quedando rápidamente sin reserva de oxígeno, y que por tanto iban a acceder a la nave, tal como se habían propuesto. Advirtieron a la gente de la nave que se disponían a entrar, y la gente apostada ante la escotilla principal los advirtió de que no lo hicieran. Gente de ambos bandos se hablaban a gritos, furiosos. De pronto, las luces de la consola de operaciones de a bordo indicaron que los colonos se disponían a acceder al interior de la nave, momento en el que algunos de los jóvenes que había en la sala de operaciones arremetieron contra los miembros del consejo de seguridad encargados de operar la escotilla, derribándolos a golpes y haciéndose con los mandos. A esas alturas el griterío era tal que nadie entendía una palabra. El transbordador accedió al muelle de atraque, que automáticamente lo aseguró en posición. La escotilla exterior del muelle se cerró, el muelle se presurizó y el tubo de acceso al muelle se extendió para unir la escotilla del transbordador con la escotilla interior, todo ello de forma automática. Los colonos del transbordador abrieron la escotilla y se dispusieron a abandonar el vehículo exterior a través del tubo de acceso, pero al mismo tiempo, quienes estaban al mando de las operaciones de la consola de la escotilla cerraron el acceso a la escotilla interior y abrieron la escotilla exterior, que en tres segundos expulsó catastróficamente el aire del muelle, del tubo de acceso y del transbordador abierto. Las setenta y dos personas que había en el vehículo y en el tubo de acceso murieron de resultas de la descompresión.

De nuevo corrían malos tiempos.

REVERSIÓN A LA MEDIA

Las noticias del desastre se extendieron por ambos anillos en cuestión de minutos, y después del clamor inicial generalizado se impuso en muchos biomas un silencio sepulcral. La gente no sabía qué hacer. Algunos se subieron al tranvía a Patagonia y luego se encaminaron al Radio 1, comentando en voz alta que había que condenar por asesinato de masas a quienes habían causado la tragedia. Otros se subieron a tranvías, en ocasiones los mismos tranvías, con la intención de defender a quienes, según ellos, habían resuelto la incursión lo mejor que habían podido, salvando a todos a bordo de padecer una infección mortífera. No sorprendió que se registraran algunas peleas, y algunos de los tranvías frenaron en seco, después de lo cual sus viajeros se desparramaron por las calles, peleando y pidiendo refuerzos a gritos por los anillos.

—¡No! —repetía Freya entre lágrimas, atenta a la pantalla mientras se vestía apresuradamente para salir del apartamento—. ¡No! ¡No! ¡No! —Arrojó cosas a las paredes mientras iba de un lado a otro de su dormitorio, en busca de su calzado.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Badim desde la puerta.

—¡No lo sé! ¡Voy a matarlos!

—Freya, no lo hagas. Necesitas un plan. Todo el mundo está revuelto, pero, mira, la gente que ha muerto está muerta, no podemos recuperarlos. Ha sucedido. Así que ahora debemos pensar en qué hacer a continuación.

Freya seguía atenta a la lectura del navegador.

—¡No! —gritó de nuevo.

—Freya, por favor. Pensemos en cómo obrar a continuación. No puedes ir a sumarte a las peleas. Eso sucederá sin tu intervención. Debemos pensar en qué podemos hacer para ayudar.

—Pero ¿qué podemos hacer?

Encontró el otro zapato y hundió el pie en él. Luego se sentó.

—No estoy seguro —admitió Badim—. Es un lío, de eso no hay duda. Pero escucha, ¿qué me dices de Jochi?

—¿Qué pasa con él? ¡Sigue ahí abajo!

—Lo sé. Pero no puede quedarse ahí para siempre. Y mientras todo el mundo está inmerso en el desastre que tenemos aquí, me pregunto si podríamos aprovecharnos de ello para subirlo.

—¡Pero es que también lo matarán!

—Sí, siempre y cuando intente subir a bordo. Pero si toma un transbordador para subir y se queda en él, lo tendríamos a mano. Podríamos abastecerlo, hablar con él. Hay muchas posibilidades de que no esté infectado por el patógeno. Al cabo de un tiempo, eso al menos lo tendremos claro, y podríamos obrar a partir de ese dato.

Freya había empezado a cabecear en sentido afirmativo.

—De acuerdo. Hablemos con Aram, querrá saberlo y nos echará una mano.

—En efecto.

Badim tamborileó algo en el navegador.

Aram aceptó de buen grado colaborar en un plan para rescatar a Jochi, y coincidió con Badim en que hasta que la lucha caótica entre la gente de la columna tocara a su fin, había poco que pudieran hacer para ayudar a bordo. La muchedumbre se había dividido en dos grupos que se gritaban unos a otros, y a veces los jóvenes la emprendían a golpes. Que dichos golpes fuesen poco efectivos y peligrosos en la microgravedad que reinaba en la columna no impidió dichas peleas. Aram y Badim estaban en contacto con muchas amistades de los diversos consejos, y la mayoría pensaba que debía impedirse el acceso de la gente a la columna, ya que estaba llena de componentes críticos para la nave. Pero con tantas personas furiosas flotando arriba y abajo por los corredores de la columna, gritando y enzarzándose en peleas, no estaba claro qué podía hacerse para calmar la situación. Los miembros del consejo de seguridad empezaban a ocupar los radios para intentar impedir el acceso a la columna, lo cual no constituía una solución satisfactoria. Era una situación peligrosa.

En estas horas de tensión, Aram, Badim y Freya se pusieron en contacto con Jochi, que, tras repetidos ruegos, respondió.

Por lo visto, estaba al corriente del desastre ocurrido en el muelle de embarque. No parecía el mismo que de costumbre, tenía la voz hosca, grave.

—Qué pasa.

Aram explicó el plan que habían concebido para sacarlo de ahí.

—También me matarán —se limitó a decir.

Freya le aseguró que eso no pasaría. Muchos a bordo se mostraban furiosos por lo sucedido y harían lo posible para protegerlo. Si se quedaba en el transbordador, nadie a bordo intentaría destruirlo. Le temblaba la voz cuando pronunció estas palabras.

—Tu transbordador sería tanto un lugar para la cuarentena como un santuario —propuso Aram—. Podríamos mantenerlo amarrado magnéticamente, para que ni siquiera exista una conexión física con la nave. Pero podríamos enviarte suministros, y cuidar de ti hasta que cambie la situación.

—La situación nunca cambiará —dijo Jochi.

—Da igual —insistió Aram—. Podemos mantenerte con vida, y ver qué pasa.

—Por favor, Jochi —intervino Freya—. Tú métete en el transbordador y te ayudaremos a efectuar el lanzamiento. Muchos aquí deseamos que suceda algo positivo. Hazlo por nosotros.

Siguió un largo silencio procedente de la superficie de Aurora.

—De acuerdo.

Condujo el vehículo donde se había refugiado por el terreno estriado hasta las instalaciones de lanzamiento de la colonia. Al contemplar las pistas y los edificios vacíos en la pantalla de la cocina de Badim y de Freya, Aram dijo:

—Ya da la impresión de que llevan un millón de años abandonados.

Pero los lanzadores seguían funcionando, y desde la nave ayudaron a Jochi a localizar y reabastecer el pequeño vehículo de lanzamiento que permanecía en Aurora.

Con el traje de vacío puesto, Jochi abandonó el coche y cruzó el trecho que lo separaba del transbordador, para subir la escalerilla y desplazarse lentamente y

con paso inseguro por el interior hasta el puente. Desde la nave operaron por control remoto los remolcadores y movieron el transbordador hasta el tubo de lanzamiento de la pista espiral de las instalaciones. Se trataba de una difícil labor de telemanipulación. Pero una vez en el tubo, lo que siguió fue un proceso principalmente automático; la espiral ascendente del tubo de lanzamiento rotaba sobre su base, que a su vez también rotaba, y los imanes tiraban del transbordador hasta forzar casi el vacío en el interior del tubo, un tirón aumentado por la fuerza centrífuga del giro doble del tubo y de su base. Para cuando el transbordador lo abandonó, ya se movía casi a la velocidad de escape, su placa de ablación se calentaba rápidamente, quemándose cinco centímetros o más mientras los cohetes del transbordador se encendían y el vehículo auxiliar salía disparado atravesando la atmósfera rumbo a la posición que ocupaba la nave. Durante un minuto, Jochi tuvo que permanecer tumbado, soportando cuatro g, pero el lanzamiento del transbordador fue un éxito.

Cuatro horas después se acopló magnéticamente a la nave, entre la cara interior del Anillo A y la columna. Para cuando se completó el amarre magnético, las noticias de la llegada de Jochi se habían extendido por toda la nave. Muchos se alegraron de la noticia, otros se pusieron furiosos. Las noticias solo contribuyeron a encender los disturbios que se registraban en la columna, donde la situación no se había apaciguado; de hecho, todo seguía igual.

El único superviviente del grupo que había desembarcado en Aurora no tenía nada que decir al respecto.

Ahí estaban. A bordo de la nave, en órbita en torno a Aurora, que a su vez orbitaba alrededor de Planeta E, que a su vez giraba en torno a Tau Ceti, a 11,88 años luz de Sol y de la Tierra. Quedaban 1997 personas a bordo con edades comprendidas entre el mes y los ochenta y dos años. 123 personas habían perecido, ya fuese en Aurora o en el transbordador en el muelle de atraque de popa. 77 personas habían muerto en el episodio de descompresión explosiva registrado en el muelle.

Dado que el plan había consistido en trasladar a la mayoría de la población humana y animal a Aurora, ahora estaban algo necesitados de suministros de ciertos volátiles, tierras raras y metales, y, hasta cierto punto, de alimentos. Al mismo tiempo, la nave contaba con un excedente de ciertas sustancias, principalmente sales y superficies metálicas oxidadas. Varias entradas y salidas asimétricas en los ciclos ecológicos de la nave, desequilibrios que Devi había denominado desajustes metabólicos, causaban disfunciones. Al mismo tiempo, la

evolución de las muchas especies que había a bordo siguió produciéndose a ritmos dispares, con las especiaciones más rápidas registrándose a nivel bacteriano y vírico, pero a velocidades más lentas en cada tipo y orden. Ineludiblemente, los ocupantes de la nave se distanciaban. Por supuesto, todas las formas de vida del pequeño ecosistema se hallaban inmersas en un proceso de coevolución junto al resto, de modo que únicamente podían distanciarse unas de otras hasta cierto punto. Como supraorganismo, por fuerza seguirían siendo una totalidad, pero una que podía volverse menos hospitalaria con determinados elementos suyos, incluido su componente humano.

En otras palabras, su único hogar se estaba desmoronando. No eran plenamente conscientes de este hecho, posiblemente porque estaban enfermando, lo que constituía un síntoma más del desmoronamiento de su hogar. Era un proceso interrelacionado de desagregación, que una noche Aram denominó «coinvolución».

Esto era tanto social como ecológico. La confrontación en la columna continuó, su gentío flotante seguía denunciando o defendiendo con encono lo sucedido en el muelle de atraque. Entre las discusiones, un grupo de personas se introdujo en la sala de operaciones del muelle, donde teleoperó los robots en la sala abierta para trasladar al interior del malhadado transbordador a todos los cadáveres que seguían flotando en la estancia. Cuando esta desagradable labor se hubo completado, cerraron las puertas del transbordador, que a continuación fue expulsado al espacio.

—Nos estamos asegurando de que este muelle se cierre para siempre — anunció el portavoz de este grupo—. Vamos a sellarlo. Dejaremos abierta la puerta exterior y probablemente el vacío la esterilice, pero no vamos a correr ningún riesgo. Nos proponemos sellar también los accesos interiores. No se podrá acceder a interior. A partir de ahora habrá que utilizar los demás muelles. No tiene sentido que haya sucedido semejante desastre si después no nos aseguramos de mantenernos a salvo.

Expulsar los cadáveres de setenta y siete de sus integrantes en un transbordador abandonado a la deriva fue denunciado como un acto desalmado, una profanación de personas cuyas amistades y familiares supervivientes se encontraban en la nave. Los muertos habían sido miembros integrales de la comunidad hasta lo sucedido; ahora sus cadáveres ni siquiera serían devueltos a los ciclos que alimentarían a las generaciones venideras. En las refriegas que seguían declarándose por el control de la columna, se denunciaban en voz alta

estos hechos tanto como se defendían.

Freya fue a la columna para ver si podía hacer algo para calmar la situación. Flotó arriba y abajo por los corredores, impulsándose y deteniéndose de forma abrupta para hablar con conocidos suyos. La gente que la veía se le acercaba disparada para ponerla al corriente de sus puntos de vista y comprobar qué opinaba. No tardó en moverse en mitad de un grupo que se desplazó con ella columna abajo.

Nadie la agredió, aunque a menudo parecieron dispuestos a hacerlo. Cuando la gente se detenía con brusquedad a su altura, ella les preguntaba su opinión, igual que había hecho durante sus años de vagabundeo. Si ellos le preguntaban qué opinaba, ella decía: «¡Tenemos que superar lo sucedido! Debemos unirnos de algún modo, encontrar una vía que nos permita seguir adelante, ¡porque no tenemos elección! Todos estamos atrapados en la misma celda, ¿cómo podéis olvidarlo? ¡Hay que superarlo!».

Seguidamente animaba a todos a salir de la columna y regresar a los biomas. Ese era un lugar peligroso, señaló. La gente se lastimaba y la nave podía lastimarse también.

—¡No deberíamos estar aquí! El transbordador ha desaparecido, esa gente también, no hay nada más que podamos hacer aquí. ¡Nada! ¡Vámonos!

Pasó horas diciendo cosas así a la gente. Algunos asintieron con la cabeza y descendieron por los radios hasta los anillos. Allí abajo proseguía la pelea por el acceso a los radios. No había gente suficiente defendiendo los doce radios, y algunos seguían utilizándose para llegar a la columna. Las peleas se registraban en los radios, y allí, quienes se caían o eran empujados por la escalera que ascendía por la pared interior de los radios podían morir sin remedio. En el Radio 5, tres jóvenes murieron de resultas de una sola caída, y después de eso la conmoción que suponía la visión de la sangre en el suelo fue crucial a la hora de cerrar totalmente el acceso a ese radio.

Entretanto, arriba en la columna, prosiguió el cierre permanente del muelle donde se había producido la tragedia. El grupo responsable del mismo aplicó una gruesa capa de material sellador a sus accesos interiores, antes de cubrirlos con una capa de aerosol de diamante. Era excesivo, una especie de acción ritual, la limpieza de la escena del crimen, o la escisión de la carne infectada.

De vuelta en el Fetch, Badim y Aram observaron las pantallas con inquietud, cambiando de cámara para no perder detalle de lo que sucedía.

—En el muelle se han vuelto locos —anunció Aram cuando salieron juntos para asistir a una reunión—. Menudo lío. No sé qué podemos hacer.

Se había convocado a los diversos consejos a una reunión en Yangtsé para tratar la situación. Algunos pensaban que debían comentar qué hacer ahora que Aurora se les había revelado como envenenada. La discordia continuaría hasta que tuvieran un plan, aseguraban estas personas. Aram y Badim no estaban tan seguros, pero fueron a escuchar lo que se decía.

Cuando empezó la reunión en Yangtsé, quienes estaban a cargo del muelle sellado flotaron de vuelta a los Radios del Anillo A, y, a instancias de Freya, ellos y todos los demás presentes en la columna descendieron a sus respectivos biomas. La mayoría lo hizo a través del Radio 3 y se dirigieron directamente a la reunión en Yangtsé, de modo que dio la impresión de que convocarla había contribuido a despejar la columna. Incluso si no servía para nada más, comentó Badim, al menos había servido para eso.

En Yangtsé se reunía un gentío en la plaza mayor. Al principio, el principal orador fue Speller, que a la muerte de Devi se había convertido en una de las figuras más destacadas del grupo de ingeniería. De hecho empezó insistiendo en que los biomas de a bordo eran fundamentalmente saludables.

—La biosfera de la nave es una entidad capaz de corregirse a sí misma —aseguró—. Puede resistir siglos, siempre y cuando le permitamos corregirse a sí misma. Nuestra interferencia ha estado impidiendo su proceso homeostático en curso. Únicamente debemos reabastecer los volátiles de los que andamos escasos y podremos reanudar nuestra travesía a un sistema planetario más hospitalario.

Al fondo de la sala, Aram se inclinó sobre Badim y dijo:

—¿Crees que lo dice en serio?

—Sí —respondió Badim.

Eso parecía.

—La nave nos ha llevado hasta aquí —continuó Speller—. Es un sistema de soporte vital con una robustez demostrada. Aguantará siglos, siempre y cuando

cuidemos de él, lo que supone no interferir. Lo único que debemos hacer es reabastecer los elementos que escasean. Todos esos elementos son comunes en el sistema Tau Ceti. Así que no tenemos motivos para desfallecer. Aún podemos encontrar un nuevo hogar.

La estrella cercana RR Prime era muy prometedora, les dijo Speller. Tan solo distaba siete años luz de Tau Ceti, era una estrella de clase M con un amplio abanico de planetas, incluidos tres en su zona habitable, la cual, como solía ser habitual en las estrellas M, estaba más próxima a su estrella que la Tierra lo estaba del Sol. El sistema planetario había sido descubierto en los 2500, y aunque estaban en posesión de toda la información que los terrestres habían tenido sobre él hasta hacía doce años, el hecho era que no se sabía gran cosa al respecto. Pero era perfectamente posible que este sistema pudiera proporcionarles un hogar.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Speller—. Está claro que es nuestra única oportunidad. Y la nave puede llevarnos allí.

Pero había muchos otros que defendían la opción de explorar la segunda luna de Planeta F. Sus dimensiones casi eran equiparables a la luna terrestre, como Aurora pero más densa. Estaba en rotación sincrónica con F y giraba en torno a él casi cada veinte días exactos, por tanto en ese aspecto no era muy distinto a Aurora y E. Era una luna rocosa y totalmente seca a excepción de un trecho pequeño de agua congelada, consecuencia del impacto de un cometa. Hasta ahora se había dado por sentado que carecía de vida, debido a la ausencia casi total de agua. Pero la experiencia en Aurora los había empujado a dudar a la hora de dar por zanjado este asunto. Hubo quienes señalaron que los meteoritos debían haber sido expulsados de Aurora por impactos de asteroides, y algunos de ellos mencionaron el pozo gravitatorio para aterrizar en Luna 2 de F. Que dichas rocas pudiesen haber transportado las formas de vida aurorianas, dada la falta de agua y oxígeno en la luna de F, parecía algo poco probable, pero no debía descartarse por completo. La vida era tenaz, y el patógeno de Aurora seguía siendo un desconocido. Incluso ponerle nombre supuso un problema, ya que algunos lo llamaron criptoendolito, otros prión rápido, otros el patógeno, y otros sencillamente bichos, o la cosa, o eso, o el alienígena, o lo que sea.

Fuera como fuese, Luna 2 de F siguió siendo una posibilidad real en las mentes de muchos de ellos.

—Podemos importar agua —decía Heloise en todas sus reuniones. Era la cabecilla del grupo de ecología del Anillo A—. Luna 1 de F es una luna helada,

podemos trasladar ese agua. Podemos construir estaciones subterráneas para empezar, y luego expandirlas mientras arranque el proceso de terraformación. Más adelante, cráteres con cúpula, seguidos de ciudades tienda. Puede resultar. Después de todo, formaba parte del plan. Era la retaguardia adonde debíamos retroceder si lo de Aurora se torcía. En ese caso no sería necesario emprender otro viaje interestelar, lo que está bien, porque no está claro que la nave pueda aguantarlo. Esta siempre fue la opción secundaria, y ahora debemos recurrir a ella. Puede funcionar.

Aram no lo creía así y se levantó para decirlo.

—Sería como vivir en la nave —dijo—. Excepto que estaríamos enterrados en la litosfera de una luna rocosa. Después tardaríamos varios cientos de años, y es más probable que miles de ellos, en terraformarla, y durante todo ese tiempo nos veríamos confinados a interiores como estos biomas. Los problemas que tenemos aquí los trasladaríamos allí. No viviríamos lo bastante para alcanzar el momento de volver a vivir al aire libre. Nuestros descendientes enfermarían y morirían. Se extinguirían.

Este pesimismo, o realismo oscuro, fuera lo que fuese, sacó de sus casillas a Speller y Heloise, y a todo aquel que se empeñaba en ver el vaso medio lleno, en intentar dar con un camino que les permitiese salir adelante. ¿Por qué mostrarse tan negativo?, preguntaron.

—No se trata de que yo sea negativo —respondió Aram—. Es el universo obedeciendo sus leyes. ¡La ciencia no es magia! ¡No somos seres de fantasía! Debemos jugar con la mano que nos han dado.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó, enfadada, Heloise—. En tu opinión, ¿qué se supone que debemos hacer?

Aram se encogió de hombros.

Freya se comunicó con el lugar donde se celebraba la reunión, mientras recorría el trecho que la separaba de la columna, por donde descendía.

—Deberíamos volver a casa —dijo.

Esta propuesta fue acogida con un profundo silencio. Ruido de conductos de ventilación, rumor de aparatos eléctricos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Speller.

Los altavoces dieron paso a la voz de Freya con claridad, incluso a un volumen alto.

—Deberíamos reabastecer la nave y poner rumbo a la Tierra. Si tenemos suerte, nuestros descendientes sobrevivirán. En este momento no disponemos de otra opción de la que pueda decirse lo mismo. Es malo, pero es cierto.

Las personas reunidas en la plaza de Yangtsé cruzaron la mirada, silenciadas.

Su idea, que expuso a lo largo de los días siguientes, se había originado en Euan. Era algo que Devi solía mencionar, dijo. Era una buena idea, dijo. Un plan factible.

Obviamente supuso una conmoción para el resto. Con todo lo que estaba pasando, era demasiado para poder asimilarlo de buenas a primeras.

La propia Freya pasó la mayor parte del tiempo persuadiendo y, en ciertos casos, amenazando físicamente a diversas personas para que salieran de los radios y regresaran a sus biomas. Equipos organizados por el consejo de seguridad se desplegaron en todos los accesos a los radios y empezaron a trabajar como válvulas unidireccionales, permitiendo a la gente abandonarlos, pero no acceder a ellos. Con el tiempo, llegó un punto en que fue posible persuadir o coaccionar a todo el mundo que seguía en la columna y los radios para que regresase a sus biomas. Entonces, la gente se dispersó a sus poblaciones natales, o se reunió con personas de opiniones afines para trazar otros planes. Los individuos responsables de las muertes de los colonos en el muelle se confundieron con quienes los habían respaldado, y esos grupos resistieron cualquier petición de ampliar las investigaciones sobre lo sucedido. Nadie había querido que esa gente muriera, solía oírse a menudo. Había sido un accidente, un desastre. Pasó el tiempo. Tiempo para pensar en qué hacer a continuación.

Y así, en ese tumulto continuado del espíritu, con tanta gente aún apesadumbrada, furiosa, se dispuso ante ellos el abanico de posibles acciones, sobre la mesa, donde las inspeccionaron largo y tendido. No parecía el momento apropiado para ello, pero tampoco había manera de impedirlo. Era la única cosa de la que valía la pena hablar, teniendo en cuenta la situación.

La idea de Freya fue una de las acciones que se discutieron. El hecho de que

fuese la hija de Devi quien había propuesto esa alternativa tuvo cierto peso y contribuyó a que se barajara esa posibilidad. Echaban de menos a Devi, su muerte era una herida que no se había cerrado; a menudo, la gente se preguntaba qué habría hecho ella en las situaciones en las que se veían inmersos. Hubo una especie de solapamiento, en el sentido en que la idea que había sugerido Freya acabó atribuyéndose a Devi. Y aunque Freya fue la primera en manifestarla en voz alta, no había sido la primera en concebirla. Era innegable que el sistema solar era al menos un destino en el que podían confiar para hallar su sustento, siempre y cuando pudieran alcanzarlo.

Pero no dejaba de ser uno de los diversos planes que se barajaban.

Una facción, en la que se incluía su viejo amigo Song, arguyó a favor de esterilizar Aurora e insistir en esa luna tal como se había planeado hacer originalmente. Como el patógeno de Aurora era prácticamente un completo desconocido (Aram empezaba a tener la sensación de que Jochi no lo había identificado, al contrario de lo que habían pensado), este grupo no era muy numeroso, y sus argumentos no parecieron convencer a muchos, sobre todo a quienes habían tomado parte de algún modo en las muertes de los colonos que intentaron volver a bordo. Parte de su justificación para explicar el desastre acaecido en el muelle consistía en asegurar que Aurora era irremediabilmente venenosa.

Speller y su facción continuaron defendiendo el plan de poner rumbo a RR Prime. Heloise y un grupo numeroso abogó por habitar la segunda luna de F. Y unos cuantos empezaron a proponer la idea de quedarse sin más en la nave y utilizar los diversos cuerpos planetarios del sistema Tau Ceti para reabastecer todo aquello de lo que pudiesen carecer, compensando los desajustes metabólicos a medida que se produjesen. Desde la nave podían considerar sus opciones, y tal vez trabajar tanto en Aurora como en la segunda luna de F.

En todas las discusiones, había quienes intentaban desarrollar las opciones. Por desdicha, sus modelos empujaban a quienes los elaboraban a concluir que ninguno de los planes que tenían a su alcance era probable que resultase. Tenían pocas opciones, y ninguna era buena; además era imposible combinarlas.

La gente sintió una amargura y una ira crecientes cuando se conocieron las conclusiones de quienes habían elaborado los modelos. La columna estaba vacía y bajo custodia por parte de gente que había aceptado forzar los edictos del consejo de seguridad. El muelle de popa quedó físicamente aislado. Jochi estaba

secuestrado en su transbordador, aferrado magnéticamente dentro del Anillo Interior A. Por un lado la situación parecía en calma; la gente había regresado a sus biomas y había recuperado la vida que llevaba allí, encargándose de las cosechas que habían abandonado y que había que sembrar o recoger. Había que cuidar de los animales y atender las máquinas. Pero las cosas no marchaban del todo bien. Ahora más que nunca antes en la historia de la nave, su aislamiento empezó a ser un factor acuciante. Nadie podía evitar que se gobernasen a sí mismos, ni que tomaran decisiones que ahora debían tomar. Se enfrentaban solos a todo eso. Dependía de ellos.

Freya recorría los biomas igual que lo había hecho durante sus años de peregrinaje. No intervino en las reuniones a las que asistió, ni en las cafeterías donde había trabajado apenas hacía cinco años, sino que se limitó a escuchar. Se quedaba al fondo de la sala como el mascarón de proa de un velero, o se sentaba en un rincón, observando, muda, a todos los oradores.

Mientras vagabundeaba, inspeccionó con gran atención todos los biomas. ¿Qué tal marcha?, preguntaba a sus habitantes. ¿De qué había servido durante el viaje de ida? ¿Podía seguir ayudándolos a sobrevivir durante otros ciento setenta años de encierro, en caso de que decidieran regresar?

Averiguó que algunos de los biomas que mejor se habían desempeñado en términos de ecosistema, eran de hecho los menos útiles para los humanos durante una travesía. Estos biomas habían sido incluidos para el transporte de su especie al nuevo mundo, para colaborar en la terraformación del planeta que debían colonizar. Como granjas eran menos útiles. Pero Freya pensó que podían ser alterados para convertirlos en granjas mejores. Para regresar al sistema solar no los necesitaban como bancos de semillas ni como arcas.

La idea de Song era la siguiente: continuar con la colonización de Aurora, introduciendo en ella sus bacterias y virus terrestres, con la esperanza de que, una vez librada la guerra entre microbios, Aurora terminase siendo habitable para el ser humano. Algunos de sus ecólogos y bacteriólogos creían que este plan podía funcionar.

El grupo centrado alrededor de Heloise y Bao proponía que habitasen y terraformasen la segunda luna de F, la mejor de las candidatas restantes para la colonización del sistema Tau Ceti. Era análoga de Marte, y había sido su anterior segunda opción, y no había motivo que los indujese a pensar que no podía funcionar.

Speller siguió liderando a aquellos que aseguraban que debían seguir adelante, que debían reabastecer combustible, alimentos y materiales y poner proa a RR Prime. Cruzarían el espacio interestelar durante otros ochenta años, y lo intentarían de nuevo en ese sistema, que en muchos sentidos se antojaba muy prometedor.

O podían seguir a bordo y vivir allí a perpetuidad.

O podían regresar al sistema solar.

Todas estas ideas fueron discutidas interminablemente, en todas las posibles vertientes.

Mientras trataban estos asuntos, aumentó la sensación en muchos de ellos de que si se quedaban en el sistema de Tau Ceti, podían combinar algunas de estas opciones, que en el fondo no eran mutuamente excluyentes. Podían intentarlo de nuevo en Aurora, haciendo pruebas de inoculación de bacterias y demás, mientras movían pieza en la segunda luna de F; y reaprovisionar la nave mientras seguían viviendo a bordo; e inspeccionar y explorar la primera luna de F.

Opciones, sí; pero no las óptimas, aseguraban otros. Distintos modos de matar el tiempo, diferentes maneras de extinguirse tras una brega larga e infructuosa, atrapados en cabinas incluso más pequeñas que los biomas de a bordo.

¡Pero si podían vivir en los biomas!

¡Pero si no podían vivir en los biomas!

Freya hablaba muy poco en público, pero en privado siguió asegurando que su mejor oportunidad consistía en reabastecer la nave y poner rumbo de vuelta a la Tierra. Era el único destino del que disponían donde sabían que sus descendientes podrían sobrevivir.

—Pues claro —dijo Speller, que se había acercado a la pequeña cafetería de Olympia, donde Freya se alojaba esa noche—. Pero ¿qué sentido tendría eso? En primer lugar, ¿por qué nos marchamos? ¿Por qué hemos pasado por todo esto, nosotros y nuestros antepasados y nuestros descendientes, si no es para procurar que esto salga adelante?

Freya negó con la cabeza al escuchar las palabras de su viejo amigo.

—Es que no deberían haberse marchado —dijo.

Hablaron y hablaron y hablaron. Veinticuatro biomas, diez mil conversaciones. Hablar hablar hablar. Y mientras hablaban, empezó a resultarles evidente que no disponían de un método de gobierno muy efectivo cuando llegaba la hora de tomar decisiones como grupo. Se preguntaron si los humanos habían tenido algo parecido desde que abandonaron la sabana. Desde que se concentraron en ciudades. No podían estar seguros. La historia sugería que tal vez no.

A bordo, las cuatro generaciones que se sucedieron tras los problemas del 68 se habían cuidado mucho de trabajar dentro del sistema establecido, deliberando siempre en paz el consenso de todas las decisiones importantes. Ahora incluso se discutía la definición de consenso; y llegaron a comprender que su sistema político, por simple que fuera, nunca había afrontado una crisis. Suspendidos en su viaje como habían estado, jamás habían tenido que encarar una decisión, exceptuando los métodos de homeostasis.

Se enfrentaban a una prueba, y rápidamente aparecieron las primeras fracturas en la fachada de civismo que habían mantenido. Donde hay una facción hay un conflicto; donde hay conflicto hay ira. Y la ira distorsiona el juicio. Así que se enfadaban unos con otros, lo que daba pie a que tuvieran miedo unos de otros. La ira y el miedo no eran las emociones adecuadas para la situación a la que se enfrentaban.

Tras los sucesos del año 68, los supervivientes habían adoptado un sistema de democracia representativa, basado en una constitución que exponía sus primeros principios políticos. Los primeros principios debían cumplirse en todo aquello que se decidiera. Sobre todo, los supervivientes comprendieron que debían comportarse de manera que se mantuviese un flujo equilibrado de los elementos contenidos en su sistema cerrado de soporte vital. Para ello, el índice de población debía respetar el techo de las 2152 personas. También se establecieron techos de población para el resto de los mamíferos de la nave. Dentro de estas limitaciones, debía mantenerse el margen más amplio de autonomía humana, lo cual no incluía necesariamente el derecho a reproducirse; y tampoco incluía la libertad de circular por toda la nave, al menos en términos de residencia. Cada bioma tenía su propia legislación en este aspecto. Tampoco era posible que todos los ciudadanos rechazasen el desempeño de ciertos trabajos y funciones. Había empleos que sencillamente había que hacer o la nave no conservaría el equilibrio ni sería capaz de mantenerlos a la larga en la soledad interestelar.

Por tanto: residencia, reproducción, educación, trabajo; todo ello expresaba necesidades ecológicas. Debían prestarles atención o extinguirse; así eran las cosas, esa era la realidad. Así se lo enseñaban a todos de pequeños. Había límites; había necesidades. Todas y cada una de las personas que viajaban a bordo formaban parte de un equipo, parte integral de la sociedad, necesarias para la supervivencia del grupo. Todo el mundo era igual a ese respecto, y debía ser tratado del mismo modo que el resto.

Solo en el marco de este conjunto de principios fundacionales, satisfechas las necesidades, hallarían y ejercerían cuantas libertades hubiese a su disposición. Decían algunos que lo que quedaba era, en el mejor de los casos, trivial. Pero nadie tuvo ninguna sugerencia que plantear en cuanto a cómo atribuirse mayores libertades que las que poseían, dados los límites. El deber era lo primero.

De modo que la población de cada bioma convocó una reunión en la plaza mayor. Todo aquel que quiso hablar, lo hizo.

Este proceso duró dos semanas, tras lo cual siguió una serie de encuestas y votaciones. Las encuestas iban dirigidas a acotar las preguntas que debían tratarse. ¿Quién prefería tal o cual curso de actuación? ¿Cuántos para cada uno, con qué grado de convicción?

Entonces, en la mayoría de los biomas, se votó a los representantes, uno por cada centenar de personas. En la mayoría de las poblaciones no se hizo ni campaña. El voto era anónimo. Quienes fueron elegidos, y aceptaron servir, hablaron con sus vecinos sobre lo que dirían en la asamblea general. En otros biomas, escogieron a los representantes por sorteo, y quienes fueron seleccionados tuvieron que prometer hablar en nombre de la mayoría de su bioma; o, en algunos casos, obrar como les pareciese adecuado.

Estos representantes se reunieron posteriormente en Costa Rica, en la ciudad de San José, donde expusieron diversos asuntos en una conferencia general. Se trataba de una conferencia abierta, de manera que cuando todo el mundo hubiese tratado a conciencia los temas pendientes, se realizaría una encuesta a toda la población, y los representantes recibirían el encargo de ejecutar la voluntad de la mayoría del pueblo. Si los resultados eran demasiado justos, lo cual decidieron sucedería cuando cualquier voto en minoría cosechase más del 33 por ciento del total, pondrían medios para mejorar la situación, buscando a ser posible un terreno común. Se llevarían a cabo votaciones sucesivas, hasta que una mayoría superior al 67 por ciento, o con suerte mayor, aceptase emprender un curso determinado de

acción. Llegados a ese punto, la minoría debería aceptar el juicio de la mayoría.

Esa era la teoría.

Mientras se intentaba alcanzar una decisión, acordaron pedir a la nave que se resituase en el Planeta F de Tau Ceti, y que entrase en órbita alrededor de la segunda luna de F. La intención consistía en llevar a cabo labores de reconocimiento, juzgar mejor la habitabilidad del satélite.

A lo largo de este traslado, que llevó siete meses siguiendo un camino Hohman de menor consumo de energía, y que empleó el 2,4 por ciento del combustible restante de la nave, continuaron las discusiones.

En ese tiempo, muchos biólogos a bordo estudiaron las muestras del patógeno de Aurora que Jochi había conservado en una cabina sellada de su transbordador y que había convertido en laboratorio estéril, teleoperado por él. Aún había quienes apoyaban la idea de Song de que debían aprender a convivir con esa cosa de Aurora si pretendían conocerla mejor. Así que el estudio del patógeno continuó, a pesar de que seguían sin acordar un nombre que darle. Vector, enfermedad, patógeno, especie invasora, bicho, estos eran términos terrestres, y sin ir más lejos Aram los consideraba errores de categorización.

—Lo mejor que podemos hacer en cuanto a terminología se refiere es llamarlo «alienígena».

Y así se quedó la cosa. Las muestras individuales similares a proteínas que Jochi había aislado y puesto bajo el microscopio electrónico que le enviaron eran tan pequeñas que costaba comprender cómo podían seguir con vida. Porque estaban vivas en ciertos sentidos del término, ya que se reproducían; pero costaba decir cómo, o qué otra cosa hacían. En esto compartían cualidades con los virus y sus virus, con los priones y el ARN; aunque en otros aspectos no parecían similares a ninguna de estas entidades. Se producían procesos en su interior a una escala nanométrica, incluso del picómetro, pero ¿qué podía ser tan pequeño para que pudieran alimentarse de ello? ¿Cómo se alimentaban? O, para expresarlo de manera más simple, ¿dónde obtenían su energía? ¿Cómo crecían? ¿Por qué crecían tan rápido cuando se introducían en un organismo humano?

Eran estos problemas sin solventar que cabía la posibilidad de que siguieran siéndolo durante largo tiempo.

La segunda luna de F, llamada Iris por quienes habían propuesto

establecerse allí, demostró ser una roca pelada sin una gota de agua, tal como habían sospechado: núcleo de hierro, campo magnético; seca a excepción de los restos congelados de un cometa en una superficie salpicada de cráteres, atravesada por dos largos cañones rectos, fruto posiblemente de anteriores fracturas. Una especie de Mercurio enorme, puestos a encontrarle un parecido físico, además de posiblemente histórico; su núcleo pesado atestiguaba, quizá, una colisión en sus primeros tiempos que había arrancado una capa exterior de roca más liviana, que a su vez se había precipitado sobre F en lugar de ser expulsada de la órbita por Iris. Al menos este era el modelo más adecuado de sus orígenes para justificar los datos. Su gravedad de 1,23 g era más bien descorazonadora, pero tenía una rotación breve, no estaba completamente supeditada a una rotación sincrónica con F, lo cual reforzaba de hecho la teoría de una colisión temprana. Tenía por tanto un día de treinta días de duración, un mes orbitando a F que constaba de 20 días, y el año de F era de 650 días. La órbita de F era de 1,36 UA de Tau Ceti; su insolación de Tau Ceti era del 28,5 por ciento respecto a la terrestre. Se hallaba en el límite de lo que se consideraba habitable, pero recibía la suficiente luz solar para que fuese factible.

La ausencia de agua en Iris, que antes se consideraba un problema, dio garantías a la gente ahora que el agua se tenía por algo peligroso, ya que parecía más probable que el agua líquida albergase algún tipo de vida y creara problemas. La muestra que apoyaba esta conclusión siguió siendo muy pequeña, y constaba de la Tierra, Europa, Ganimedes, Encélado y Aurora; pero Aurora había sido traumática. Se había sugerido incluso que el hielo del cometa en Iris podía retirarse si existía la menor sospecha de que contenía el patógeno auroriano.

Otros señalaron que el hielo que algunos propusieron importar a Iris, para proporcionar a su nuevo mundo una hidrosfera y una atmósfera, sería hielo de Luna 1 de F, o hielo cometario de la atestada Nube de Oort de Tau Ceti. Si el hielo de cualquier parte servía potencialmente de cuna de vida, nunca lograrían evitarlo del todo.

Pero no había motivo para pensar que ese fuera el caso. El consenso era que la cuna de vida era el agua líquida, no el hielo. Un montón de hielo debía condensarse de la original nube de polvo interestelar que había formado Tau Ceti, y no existía razón para creer que la vida había tenido la menor oportunidad de concebirse en ese hielo. Se dio por sentado que estarían a salvo si terminaban dando a Iris un pequeño océano compuesto de hielo cometario de importación.

Por tanto: hidratar Iris, introducir genomas terrestres, ocupar. El propio F se

convertiría entonces en una preciosa canica en el cielo de Iris, un gigante gaseoso lleno de volátiles que sin duda necesitarían. Una pelota gigante de materiales, situada a la vuelta de la esquina, cuya enorme belleza los ayudaría a ocupar Iris gracias a su luz solar reflejada, que en última instancia iluminaría toda Iris a medida que esta rotase, y no solo un hemisferio, tal como sucedía en Aurora. La verdad era que parecía muy prometedor.

Pero ¿cuánto tardarían en terraformar Iris?

Como respuesta a estas preguntas no había más que suposiciones. Dichas suposiciones dependían de dar muchas cosas por sentado que había que introducir como datos en los modelos. Los tiempos medios calculados por los modelos se juzgaron en privado por la nave en torno a los 3200 años, con una estimación de la anomalía entre 50 y 100 000 años. Obviamente, los modelos y parámetros escogidos podían marcar la diferencia. De hecho, el problema no estaba adecuadamente acotado. Pero era justo dar por sentado que la estima media poseía cierta validez teórica.

Muchos a bordo no querían esperar tres mil años, o el tiempo que fuera que tardasen en terraformar Iris. Otros no creían que durasen tanto. Y otros no pensaban que les llevaría tanto tiempo.

—Los modelos deben estar equivocados —dijo alguien—. En cuanto la vida arranque en un planeta, la situación cambiará enseguida. Las bacterias se reproducen rápidamente en un nicho ecológico vacío.

—Pero en la Tierra el proceso duró mil millones de años.

—Pero en la Tierra no hubo más que arqueobacterias. Con un conjunto completo de bacterias el proceso será más rápido.

—No en lugares sin atmósfera. Las bacterias en una roca, expuestas al vacío, no se muestran muy rápidas. De hecho la mayoría muere.

—Por tanto, necesitamos maquinaria robótica autónoma para hacer suelo, para hacer aire, para añadir agua.

—Pero los robots autónomos necesitan materiales. Solo la primera generación de robots puede recolectar los materiales necesarios, y eso no será un proceso rápido.

—¡Podemos imprimir impresoras e ir a más! Es factible. Podemos hacerlo. Nuestros robots pueden.

—Llevará demasiado tiempo. Entretanto, nos extinguiremos. Evolucionaremos a ritmos distintos y nos distanciaremos desde el mismísimo interior de nuestros cuerpos. Involución de zoo. Coinvolución. Enfermaremos, moriremos y nos extinguiremos. Enfermar y morir, sin haber abandonado una sola vez la nave.

—Entonces, en ese caso, a lo mejor debemos volver a casa —seguía insistiendo Freya.

Llegó el día en que intentaron hacer una elección.

Extraño, quizá, despertarse una mañana, vestirse, desayunar, sabiendo todo el rato que uno iba a acudir a una reunión capaz de cambiar el mundo. Duras decisiones. Todo el mundo padece el problema de detención. Freya se sentó junto a Badim a la mesa de la cocina, removiendo inquieta los cortes de fruta con el tenedor.

—¿Qué crees que pasará? —preguntó.

Badim le sonrió. Parecía inusualmente alegre y comía con apetito unas tostadas con mantequilla que regaba con leche.

—Interesante, ¿no te parece? —preguntó entre mordisco y mordisco—. Hasta hoy la historia estaba predeterminada. Nos dirigíamos a Tau Ceti, no había ninguna alternativa. Debíamos hacer lo que era necesario. —Sacudió el pan en el aire—. Ahora esa historia se ha terminado. Nos hallamos en su capítulo final, forzados a plantear una nueva, nosotros solitos.

Caminaron juntos hacia la estación del tranvía, y después subieron a un vehículo atestado que se dirigía hacia el este, a Costa Rica. En los biomas que fueron encontrando por el camino, el tranvía se detuvo y se le unieron más vagones llenos, primero en Olympia, luego en Amazonia. La mayoría de la gente de los vagones del tranvía se mostraba sumisa, pensativa. Durante el mes anterior se había grabado un total de 102 563 conversaciones en torno a ese tema, y había indicadores de conflicto en la gramática y semántica del 88 por ciento de dichas conversaciones, que inevitablemente mantenían personas que se conocían bien.

Pero había que poner punto y final a esa dinámica. 170.170: Convocada en

Costa Rica la asamblea general que reunió a 620 personas en la plaza de la sede de gobierno. La mayoría de la población de a bordo siguió la asamblea gracias a las pantallas repartidas por toda la nave; otra reunión denominada «en oposición a la tiranía de la mayoría» congregó a 273 personas en la plaza de Kiev, en las Estepas.

La plaza de la sede de gobierno de San José ocupaba buena parte del centro de la ciudad. Estaba rodeada por edificios de cuatro y cinco plantas, construidos todos con piedra blanca cortada para formar una recargada pauta de rectángulos entrelazados. La impresión de conjunto era que se trataba de una imitación de una capital europea, aunque lo mismo podía decirse de muchas capitales europeas auténticas, así que posiblemente se basaba en una plaza real de algún lugar de la Tierra. La nave percibió semejanzas con Viena, Moscú y Brasilia.

En torno a un tercio de la población de la nave se acercó a la plaza para escuchar la intervención de los portavoces, quienes destacaron diversos aspectos del asunto que tenían entre manos. La gente se agrupó principalmente por biomas. Después de iniciados los discursos, el flujo entre grupos fue mínimo. Algunos se sentaron en el liso empedrado de la plaza; otros se habían llevado sillas plegables y taburetes; los hubo que permanecieron de pie. Había algunos toldos con puestos ambulantes para proporcionar comida y bebida, y la poca circulación que había era en torno a estos puestos.

Una ristra de oradores describió el plan para concentrar sus esfuerzos en la segunda luna de F, que todos llamaban ya Iris. Establecerían su base en la superficie y se instalarían en ella mientras la construyeran hasta alcanzar todo su tamaño. Aportarían agua a la superficie por medio de un bombardeo de cometas, que también daría pie al inicio de una atmósfera. Los robots y las fábricas auto-replicas construirían refugios, quemarían volátiles en gases, crearían una atmósfera y un suelo, y darían forma a una creciente hidrosfera a medida que cayese del cielo. Introducirían bacterias propias en la superficie virgen, que se extenderían rápidamente hasta llenar su nicho ecológico. Después de que bacterias, arqueobacterias y hongos se establecieran en el suelo, contribuirían a aumentar la atmósfera y crear suelo, y pronto podrían introducir plantas y animales de la nave en oleadas similares a las que se registraron en la evolución terrestre, y el planeta se terraformaría sin pausa ni descanso, a una velocidad literalmente un millón de veces superior a la que se produjo de manera natural en la Tierra, es decir, en tres mil años en lugar de tres mil millones. Existía incluso la posibilidad real de hacerlo en trescientos, siempre y cuando las cosas fuesen más rápidas de lo esperado.

Los diversos componentes de este plan los describió con cierto detalle

Heloise, y Song participó en este empeño. Habían sumado fuerzas; Song había aceptado el plan de Iris con la idea de que, como parte del mismo, podía llevarse a cabo el plan de él para regresar a Aurora. Por ahora, aceptó con Heloise que terraformar Iris era el mejor plan, fuese temporal o permanente.

La gente permaneció de pie o sentada en silencio, escuchando atenta.

Entonces invitaron a Aram a subir a la palestra. Antes de hablar, permaneció unos instantes contemplando el gentío.

—El problema es el siguiente: los espacios que tenemos disponibles para vivir son demasiado pequeños para sobrevivir durante tres mil años. El problema principal estriba en los distintos ritmos evolutivos de los diversos órdenes de vida confinados en el espacio. Las bacterias generalmente mutan a una velocidad muy superior a las especies grandes, y el efecto de dicha evolución en las especies mayores resulta, con el tiempo, devastador. Esta es una causa de enanismo y de los índices más elevados de extinción vistos en estudios de biogeografía insular. Y nos hallamos en la madre de todas las islas, nunca ha habido una igual. Y esta Iris no es gemela de la Tierra, ni análoga. Es análoga de Marte.

»Además existen compuestos químicos que necesitamos y que no hallaremos en un planeta rocoso que nunca ha albergado vida. Resumiendo, el supraorganismo que todos nosotros juntos constituimos no puede sobrevivir en un periodo de tiempo tan largo, confinado tal como nos veríamos nosotros.

Fue Speller quien tomó uno de los micrófonos libres de la palestra.

—¿Cómo vamos a tener la certeza de algo si no lo intentamos?

—Hemos comprobado el modelo del que hablamos —respondió Aram—, y podemos asegurar que ciertos resultados ecológicos son más probables que otros, aunque las posibilidades se reducen a medida que miramos más allá en el tiempo. Los estudios referidos están a disposición de quien quiera consultarlos. No hay ningún paso que no hayamos hecho público.

—Pero algunos de los escenarios muestran que el proceso de terraformación podría funcionar, ¿correcto?

Aram asintió.

—Hay escenarios en los que es un éxito, pero la proporción es de uno entre

un millar.

—¡Pero eso está bien! —Speller esbozó una amplia sonrisa—. ¡Ese es el que haremos que suceda!

Aram se volvió, hosco, hacia el gentío. El silencio en la plaza era tal que uno podía oír los encargos de comida en la esquina, y a los niños que jugaban y el grito de las gaviotas que se posaban en los tejados sobre la plaza y el lago salino de Costa Rica.

Speller, Heloise y Song rebatieron otros puntos de Aram. Quienes estaban de acuerdo con Aram formaron una línea distinta para intervenir, y los organizadores de la asamblea empezaron a dar paso a integrantes de ambas líneas de opinión para que interviniesen, hasta que fue obvio a juzgar por los murmullos del gentío, incluidas algunas risotadas esporádicas cuando arrancaban nuevas discusiones, que el efecto de la alternancia no estaba siendo de ayuda. Contemplar dos futuros tan distintos era tal vez demasiado parecido a un ejercicio del club de debates, pero debido a que el tema debatido era de vida o muerte para ellos, el tira y afloja engendró primero disonancia cognitiva, seguida por distanciamiento: los hubo que se reían, mientras que otros parecían enfermos.

La náusea existencial se debe al hecho de sentirse atrapado. Es un estado que resulta del sentimiento de que el futuro únicamente te reserva malas opciones. Por supuesto, todo ser humano se enfrenta al hecho de la muerte individual, y por tanto la náusea existencial debe ser hasta cierto punto una experiencia universal, algo que debe encararse con una u otra estrategia mental. La mayoría de la gente parece aprender a ignorarla, como si se tratase de un leve dolor crónico que uno debe soportar. En esta reunión empezó a resultar claro, para muchos de los presentes, que la extinción aguardaba al final de todos los caminos que había a su disposición. No se trataba de lo mismo que la muerte individual, sino que era en su lugar algo a la vez abstracto y más profundo.

La multitud se mostró inquieta. Nuevos oradores dieron pie a abucheos y silbidos, y los asistentes empezaron a discutir. Los extremos de la asamblea se vaciaron y se observó algún que otro claro en la plaza, incluso mientras los oradores de la tarima principal seguían hablando. Quienes se marcharon lo hicieron murmurando entre dientes, dispuestos a emborracharse, a tocar música, a cuidar del jardín o a trabajar.

Los organizadores del evento consultaron entre sí y optaron por no pedir

una votación de la asamblea en ese momento. Estaba claro que no era el lugar adecuado, y tampoco convencían el método de una votación a viva voz o el recuento de un voto a mano alzada. Era necesario recurrir a algo más formal, más íntimo, algo como un voto obligatorio, secreto. Ni siquiera pudieron decidirlo en ese momento tan desafortunado, con la puesta de sol de la tarde calurosa de Costa Rica, con la gente que inundaba las calles en dirección a los tranvías. Al final pusieron punto y final a la reunión, anunciando que pronto se celebraría otra.

Durante la semana siguiente a la reunión, quince personas se suicidaron, un aumento del 54 000 por ciento de la frecuencia. Quienes dejaron notas de suicidio solían aludir a la desesperación que les causaba el futuro. ¿Qué sentido tenía seguir adelante, teniendo en cuenta la situación? ¿Por qué no ponerle fin de una vez por todas?

Un antiguo proverbio de uno de los primeros pueblos de la Tierra: Todo camino conduce a un infortunio.

Un proverbio de la primera modernidad de la Tierra: No puedo seguir, debo seguir.

Se trataba de una situación humana que nunca desaparecía del todo. Un dilema existencial, una condición permanente. Para ellos, en su situación particular, se reducía a lo siguiente:

Cuando descubres que vives en una fantasía que no se sostiene, una fantasía que destruirá tu mundo, y a tus hijos, ¿qué haces?

La gente solía decir cosas como «A la mierda», o «A la mierda el futuro». Decían cosas como «Hace un día caluroso» o «Este plato es excelente», o «Vamos a bañarnos al lago».

Había que trazar un plan, eso todos lo tenían claro. Pero los planes siempre atañen a un tiempo ausente, un tiempo que cuando se extiende lo bastante en el futuro solo será presente para quienes nos sucedan.

Por tanto, evasión. Por tanto, volcarse en el instante.

Pero en todo lugar de encuentro, en todas las cocinas, salía el tema, o se evitaba y seguía suspendido en el ambiente. ¿Qué hacer? Estaban a bordo de la nave, navegando a alguna parte. Había que escoger destino. De algún modo.

Freya y Badim pasaron mucho tiempo en su apartamento, esperando a que el grupo ejecutivo de la asamblea convocase un referendo. Aram formaba de nuevo parte del grupo ejecutivo, y esperaban que las cosas fuesen bien y se resolviera el asunto de un modo u otro.

Freya se sentó mirando a su padre, en cuyo rostro de tez morena, redondo, había bolsas bajo los ojos. Había envejecido mucho en los dos últimos años. Ninguno de ellos parecía el mismo. Habían cambiado desde la muerte de Devi, y ahora parecían envejecer más rápido que durante el viaje de ida. Había desaparecido de su expresión cierta luz, posiblemente la que correspondía a la esperanza. A la sensación de que las cosas tenían sentido, de que encajaban.

Dos semanas después de la reunión en San José, el grupo ejecutivo convocó un referendo. La votación era obligatoria, y a quien se negase a votar le impondrían una multa en forma de trabajos punitivos. Aunque no parecía que este fuese a ser el problema; de hecho, daba la impresión de que todo el mundo ansiaba que llegase el momento de emitir un voto.

La votación ofrecía tres posibles elecciones, con todas las posibilidades que los retenían en el sistema de Tau Ceti agrupadas en una. A saber:

Tau Ceti

Poner rumbo a RR Prime

Regresar a la Tierra

La votación se cerraba a medianoche. A las 12:02 h se publicaron los resultados:

Tau Ceti 44 por ciento

Poner rumbo a RR Prime 7 por ciento

Regresar a la Tierra 49 por ciento

Un estruendo de voces se extendió por los biomas durante las horas que siguieron a la publicación de los resultados. Los comentarios fueron tan variados como quepa imaginar. Al día siguiente, se dijo todo lo que podía decirse al respecto. Era una respuesta pluripotente, una incoherencia.

A la mañana siguiente, Aram visitó el apartamento de Badim y Freya.

—Acompañadme a una reunión —les pidió—. Nos han invitado, y creo que Freya es la persona a quien quieren ver en realidad.

—¿Qué clase de reunión?

—De quienes quieren evitar los problemas. El referendo no ha dado el mandato a nadie. Así que puede que surjan problemas.

Freya y Badim lo acompañaron. Aram los llevó a un edificio público junto a Long Pond, un pub cuya escalera subieron hasta una amplia estancia con una ventana que tenía vistas al lago.

Había presentes cuatro personas. Aram les presentó a Freya y a Badim:

—Doris, Khetsun, Tao y Hester.

Después los llevó a una mesa y los invitó a sentarse. Una vez sentados, Aram se situó junto a Freya y se inclinó para encender una pantalla que había en la mesa, que también Badim podía mirar.

—El referendo fue muy apretado —dijo Aram—. La mayoría de los votos se decantaron a favor de nuestra opción preferida, pero debemos convencer a más personas para inclinar del todo la balanza. Hacerlo podría resultar más sencillo si dejamos claro que la nave puede recuperar la fuerza de cuando partió del sistema solar.

Aram abrió unos diagramas en la pantalla. Badim se puso las gafas y se inclinó sobre ella para consultarlos.

—¿Qué me dices del suministro básico de energía? —preguntó—. Esa sería mi primera pregunta.

—Bien dicho, por supuesto. El reactor principal de a bordo dispone de combustible para otros quinientos años, así que ahí estamos bien. En cuanto al combustible de propulsión, podemos enviar sondas para recabar hidrógeno tres y deuterio de la atmósfera de Planeta F. Recogeríamos la misma cantidad que quemamos para desacelerar en la entrada, y luego la emplearíamos para acelerar durante la salida.

—Pero si la usamos para acelerar —planteó Badim—, ¿cómo vamos a desacelerar cuando regresemos al sistema solar?

—Eso también habrá que invertirlo. Debemos pedir a la gente del sistema solar que durante nuestra entrada nos apunte con el haz láser que nos permitió acelerar, para reducir nuestra andadura de igual modo que en su momento la aumentó. Posiblemente esté disponible el mismo generador láser que orbita alrededor de Saturno.

—¿De veras? —preguntó Badim—. ¿Es ese el plan?

Entonces alguien llamó a la puerta.

Había treinta y dos personas al otro lado de la puerta, veintiséis hombres y seis mujeres, varios de los hombres eran más altos y fornidos que el promedio de la población. La mayor parte de ellos procedía de los biomas del Anillo A. Cuando entraron todos en la sala, la atestaron.

Uno de ellos, llamado Sangey, de las Estepas, flanqueado por tres de los hombres de mayor tamaño, dijo:

—Esta reunión es ilegal. Estáis tratando de asuntos de interés público en una reunión privada de líderes políticos, lo que las leyes de disturbios del año 68 prohíben expresamente. De modo que vamos a proceder a arrestaros. Si nos acompañáis pacíficamente os permitiremos caminar; si os resistís al arresto, os esposaremos y os llevaremos a la fuerza.

—¡No hay ninguna ley que prohíba tratar en privado la salud de la nave! —estalló Aram, furioso—. ¡Aquí sois vosotros quienes estáis incumpliendo las leyes!

Todas las voces alcanzaron como mínimo el doble de su volumen habitual.

—¿Vais a caminar por vuestra cuenta o preferís que os llevemos a la fuerza? —insistió Sangey.

—Vas a tener que llevarme a la fuerza —dijo Aram, que se abalanzó sobre Sangey. En la pelea entre gritos que siguió, fue reducido por los hombres que escoltaban a Sangey. Aram lanzó un golpe por encima del hombro de uno de sus guardias cuando lo incorporaron, y el puño aterrizó en la nariz de Sangey. Al ver la sangre, el resto de los acompañantes de Sangey se cerraron sobre Aram entre gritos furibundos.

Badim se levantó y puso una mano en el hombro de Freya para impedir que ella lo hiciera.

—Tú quédate al margen —le gritó a la cara—. ¡Esta no es nuestra pelea!

—¡Sí lo es! —gritó a su vez Freya. Pero como no podía levantarse sin desequilibrar a su padre, se zafó de él como buenamente pudo, abriéndose paso a patadas, haciendo que algunos de sus asaltantes toparan unos con otros y cayeran al suelo entre gritos de protesta. Quienes seguían de pie gritaron y forcejearon para tumbar tanto a Freya como a su padre, dándoles golpes y patadas. Al verlo, Aram perdió de nuevo los nervios y lanzó golpes a diestro y siniestro. Más labios partidos y más narices rotas que tiñeron de sangre los rostros, hasta el punto de que el volumen de las voces y los gritos volvió a doblar su intensidad.

La visión de la sangre durante la pelea provoca un aumento de adrenalina. Las voces gritan roncas, los ojos se abren como platos, de modo que al iris lo rodea un gran espacio blanco; los movimientos se vuelven más rápidos, más fuertes; aumentan el ritmo cardíaco y la presión sanguínea. Tal como se demostró en el año 68.

La previsión estratégica de hacerse acompañar por hombretones para arrestar al grupo reunido en la sala dio resultados, porque a pesar de que las siete personas allí reunidas pelearon en el caos resultante y la falta de espacio, fueron reducidas, maniatadas o aseguradas con camisas de fuerza, y las sacaron pateando de la sala y del edificio para tumbarlas y atarlas en camillas en plena calle. Trataron a Badim y a Freya como a los demás, Freya con el ojo izquierdo morado.

La multitud que se reunió para observar lo sucedido se componía por entero de gente de los biomas del Anillo A. Los residentes del Fetch tardaron en asimilar lo que sucedía y no hubo una resistencia activa que se opusiera a este grupo exterior. Las camillas fueron transportadas hasta la columna y, a través de ella, hasta el Radio 3, y por él hasta la enfermería de Kiev, que se había utilizado como cárcel en el año 68, a pesar de que nadie vivo lo supiera. Las siete personas arrestadas fueron encerradas en las tres salas situadas en ese lugar.

En el resto de la nave, las noticias de la encarcelación del grupo de Aram no tardaron en extenderse. Cuando sus amigos y partidarios se enteraron, se reunieron en la plaza de San José y protestaron ruidosamente por lo ocurrido. Los administradores de Costa Rica dijeron no saber lo que había sucedido, y sugirieron

tratarlo en una reunión de la asamblea general similar a la celebrada recientemente. Un número significativo de manifestantes se negó a debatir lo que llamaron un acto criminal; sus amigos debían ser liberados de inmediato, y solo entonces podrían tratarse los asuntos relevantes. El secuestro no debía jamás recompensarse con la legitimación política, gritaba la gente, o sucedería una y otra vez, y se perdería el discurso político a bordo, o cualquier tipo de planificación racional.

A medida que transcurrió la tarde, los gritos se volvieron como el sonido del oleaje al romper en la cornisa marina de Long Pond. Un rugido.

Tres horas después de reunirse, el gentío de San José se había inspirado a sí mismo para pasar a la acción, y marchó hacia Kiev entonando cantos y protestas al unísono. Eran unas 140 personas, habían llegado a la entrada del Radio 4, y se habían concentrado en torno a su túnel, cuya profundidad casi alcanzaba los doscientos metros, cuando un grupo numeroso, compuesto aproximadamente por cincuenta personas, accedió al túnel del radio, gritando y arrojando piedras.

Fue como si el fuego hubiese entrado en contacto con el combustible: Estalló una violenta refriega. Se limitó al principio a empujones y golpes, pero se envió a toda la nave un conjunto de fotos y vídeos de los combates, alertando a todos de la situación. Mientras, en los doce biomas del Anillo A, cuadrillas organizadas irrumpieron en las sedes de gobierno para asumir su control. Los grupos también cerraron y se apoderaron de todas las esclusas entre los biomas del Anillo A, así como de los seis accesos a los radios del Anillo A. Parecía probable que se tratase de acciones coordinadas, planificadas en espacios donde la nave no contaba con micrófonos, o donde los micrófonos habían quedado por alguna razón inoperativos. O bien eso, o bien se trataba de actos espontáneos improvisados y organizados rápidamente, que desde luego es lo que pasa en muchos fenómenos.

En la esclusa del Radio 4, donde continuaba la refriega, corrió la noticia de estos sucesos y fue evidente que los combates eran una especie de invasión del Anillo B por parte de grupos del Anillo A que habían asumido el control de las sedes de gobierno. La pelea en la entrada del Radio 4 se volvió entonces encarnizada, con gentes procedentes de todos los rincones del Anillo B franqueando a toda prisa las escotillas para sumarse a la brega. El grupo atacante siguió emergiendo del acceso al radio, más y más gente a medida que pasaba el tiempo, y se apoderaron de buena parte de Costa Rica y de muchas de las calles de San José. Las piedras empezaron a volar por los aires. Una alcanzó en la cabeza a un hombre, que cayó desplomado, inconsciente y sangrando. Se oyeron gritos.

Llegaron refuerzos procedentes del Anillo B, suficientes para que el grupo que emergía del radio se viera detenido en su avance hacia la sede de gobierno. La gente de ambos bandos se arrojaba piedras del parque, losas de la plaza, cuchillos de las cocinas, platos, otros objetos contundentes. De los edificios llovían los muebles sobre las aceras para emplearlos a modo de barricada. Prendieron fuego a algunos de ellos.

Un incendio era muy peligroso en cualquier punto de la nave.

Contra una resistencia tan tenaz, el grupo invasor no pudo mantener la posición. Más de una docena de personas yacía sangrando en el suelo. A medida que los invasores se retiraban a la esclusa del Radio 4, sin dejar de arrojar objetos a sus oponentes, hubo grupos en todas partes en torno al Anillo B que se apresuraron a subir por los demás radios en dirección a la columna. Esta ya estaba ocupada por grupos del Anillo A, que cerraron las puertas de acceso al Anillo Interior de B para, independientemente de la intensidad de los asaltos por parte de quienes procedían del Anillo B, no pudieran seguir avanzando hacia la columna. Y en la columna estaba la planta de energía, junto a todas las demás funciones cruciales de la nave, incluida la Inteligencia Artificial de a bordo.

El Anillo A y la columna quedaron bajo el control de quienes se hicieron llamar «los que se quedan». Nadie que quisiera liberar a Aram, Freya y Badim, además de a sus cuatro compañeros, podría acercarse a la enfermería de Kiev.

En lugar de ello, los antagonistas se vieron separados por las puertas cerradas. Y dieciséis personas del Anillo B habían muerto, ya fuese de resultas de los golpes recibidos por objetos arrojados, por cortes o heridas de objetos punzantes, o arrolladas por la multitud. Otras 96 personas resultaron heridas. Todas las enfermerías del Anillo B no tardaron en llenarse de gente malherida, y los equipos médicos se vieron saturados. Otras dieciocho personas murieron en las horas siguientes como consecuencia de las heridas. Las calles de San José se cubrieron de los restos de los disturbios y charcos de sangre coagulada.

Habían vuelto los malos tiempos.

En la enfermería de Kiev, los captores habían requisado los navegadores de muñeca y demás instrumentos de comunicación de Freya y compañía, lo que obviamente los conmocionó. Khetsun conservaba aún un auricular que había escondido cuando lo registraron, y a medida que lo escuchaba fue compartiendo con los demás en la estancia lo que oía en las noticias sobre las luchas.

—Con todo lo que está pasando, creo que podemos escapar de nuestros captores. Seguro que están distraídos —dijo Freya.

—¿Cómo? —preguntó Aram.

—Conozco un camino de vuelta al Anillo B. Euan me lo mostró.

—Pero ¿cómo vamos a salir de este edificio?

—No es más que una sala normal y corriente. No creo que las cerraduras, las bisagras o las puertas estén hechas para impedir que alguien pueda romperlas. Probablemente estos gilipollas confían en que los guardias impedirán que podamos salir de aquí, y es posible que los guardias estén distraídos por lo que sucede.

—La solución del ingeniero —dijo Aram.

—¿Por qué no?

—Buena pregunta. —Aram pegó la oreja a la puerta y pasó un rato escuchando—. Probemos.

Arrancaron una de las patas de la cama y se sirvieron de ella para golpear el tirador de la puerta. Después de descargar 42 golpes, el tirador cedió; otros 62 golpes, principalmente propinados por Freya, bastaron para forzar una de las bisagras, y la puerta finalmente cedió con un empujón.

—Rápido —los apremió Freya. Mientras se apresuraban por el pasillo que había a la salida en dirección a la escalera, un joven salió de otra habitación y les gritó que se detuvieran. Freya se acercó a él, diciendo—. Eh, nosotros solo... —Y descargó un golpe en su rostro. El muchacho cayó de espaldas contra la pared, fuera de combate, y aunque hizo ademán de levantarse, estaba demasiado aturdido para lograrlo. Freya se inclinó sobre él y le arrancó el navegador, luego condujo a los demás hacia la escalera, por donde bajaron hasta llegar a un acceso que daba a la calle. La gente se había reunido frente a las pantallas situadas a la salida del comedor, cerca de las grandes puertas de Kiev, y Freya y los demás se alejaron en dirección contraria, hacia la escotilla que llevaba a Mongolia y al extremo del Radio 2.

La escotilla que llevaba al Radio 2 estaba cerrada.

El bioma de las Estepas estaba tan lejos de Nueva Escocia como un bioma pudiese estarlo de otro. Aram y Tao se decantaban por intentar cruzar el Anillo A hasta Tasmania, donde tenían unos amigos en el bosque de eucaliptos que pensaban que podían acogerlos.

Freya insistió en que se dirigieran a casa.

—Conozco el camino —dijo—. Seguidme.

Los llevó a Mongolia, y cerca de la pared contigua al Radio 2, entró en una cabaña de pastores con techo de teja que había visitado nueve años atrás, en una excursión que hizo con Euan. Introdujo un código en el teclado de acceso.

—Euan se las ingenió para hacer que fuese mi nombre, porque así no se me olvidaría —dijo mientras tecleaba. Se abrió la puerta, y dentro de la cabaña pidió a los demás que la ayudasen a apartar unas losas del suelo—. Rápido, no tardarán en seguirnos; podrán captar nuestra señal, porque no dudo que pueden rastrearnos, por no mencionar el navegador que hemos requisado. ¿Alguien tiene un aparato para que podamos comprobarlo?

Pero nadie disponía de tal cosa.

—Entonces debemos actuar con rapidez. Vamos.

Bajo las losas se abría un túnel estrecho y oscuro que, después de un giro y de hacer un poco de pendiente, conducía a un acceso de ventilación del Radio 2. Ninguno de ellos llevaba linterna, pero Freya juzgó más adecuado devolver las losas a su lugar y avanzar por el túnel totalmente a oscuras, contando con la débil iluminación del navegador del desdichado que se había cruzado en su camino. A la luz resultante, avanzaron por el túnel hasta llegar al acceso de ventilación del Radio 2, donde Freya desatornilló la rejilla trasera y salieron a un pasillo.

Desde allí subieron corriendo por una escalera de caracol pegada a las paredes de todos los corredores principales de los radios, hasta el conjunto de cabinas de almacenaje arracimado en torno al anillo interior en el punto donde se cruzaba con el Radio 2. De nuevo Freya los llevó hasta una puerta, introdujo un código en el teclado de esta y los condujo dentro.

Una vez allí, con la puerta cerrada, Freya los hizo sentarse en el suelo para descansar. Habían subido a la carrera la escalera del Radio 2.

—Muy bien. Ahora viene lo difícil —informó a los demás—. Los puntales situados entre los anillos interiores no son pasillos, pero sí lo bastante anchos por dentro ahora que el combustible que transportaban se ha consumido, y hay una puerta de servicio que lleva a la cámara de combustible que es realmente estrecha. Está llena de mamparos, pero Euan y su banda superaron todas las escotillas de este puntal. Así que deberíamos ser capaces de acceder a la estación del Anillo Interior B 2 a través de él, y desde allí descender a Nueva Escocia.

—Entonces, vamos —dijo Khetsun.

—Claro. Pero vigilad dónde ponéis el pie. Aquí es donde nos gustaría disponer de más luz. Caminad con cuidado.

Se levantaron dispuestos a reanudar el camino, y avanzaron por el angosto corredor de servicio del puntal a la luz del navegador robado. El corredor medía únicamente tres metros de diámetro, y a menudo el espacio estaba invadido por una pasarela lateral, además de cable a raudales y cajas diversas. Los puntales que unían los anillos interiores quedaban tan próximos a la columna que el efecto de la gravedad de la rotación de la nave no era tan fuerte en el toroide de los biomas, de modo que debían caminar con cuidado para evitar verse arrojados al techo metálico o a la estructura superior de los accesos al mamparo. A la tenue luz del navegador de Freya, y a las sombras negras que proyectaba el haz, no era fácil, de modo que no avanzaron ni muy rápido ni en silencio. Tardaron casi una hora en recorrer el puntal.

Finalmente, alcanzaron la última puerta, que daba a la estación del Anillo Interior B 2, y la encontraron cerrada. Por un instante permanecieron en silencio, mirando fijamente el teclado de acceso a la luz que Freya proyectaba sobre él. No parecía una de esas puertas que ceden con facilidad ante la fuerza bruta, y tampoco disponían de nada contundente con que golpearla.

—¿Alguien puede refrescarme los números primos? —preguntó Freya, por último.

—Claro —dijo Aram—. Dos, tres, cinco, siete...

—Un momento —lo interrumpió Freya—. Necesito que me digas los primos en orden ascendente de primos, si entiendes a qué me refiero. Dame el segundo primo, seguido por el tercero, luego el quinto, el séptimo, y sigue así. Creo que necesito siete en total.

—De acuerdo, pero ayúdame. —Aram hizo una pausa para concentrarse—. El segundo primo es tres, el tercero es cinco. El quinto primo es once, el séptimo es diecisiete. El décimo primero es... treinta y uno. El décimo tercero es... cuarenta y uno. El décimo séptimo es... cincuenta y nueve, creo. Sí.

—De acuerdo, estupendo —dijo Freya, que empujó la puerta abierta—. Gracias, Euan —añadió, sacudida por un espasmo facial que le imprimió una expresión furiosa.

Abrió un poco la puerta, y aguzaron tanto el oído como pudieron, intentando determinar si había alguien en el pequeño complejo de almacenes que albergaba la intersección del Anillo Interior B con su Radio 2. No oyeron nada, pero no sabían qué significaba eso; Freya no recordaba si en los viejos tiempos habían escuchado a escondidas a gente dentro del corredor de servicio o no. Nunca se habían jugado tanto como en ese momento, y en el pasado habían recorrido kilómetros a gatas durante las salidas de exploración que había efectuado con Euan.

Pero todas las medidas de precaución fueron para nada cuando la puerta se abrió al otro lado y les ordenaron salir del túnel. Estaban pendientes de Freya, que parecía dispuesta a emprender la huida, cuando uno de ellos los apuntó con algo, algo cuya forma anunciaba un propósito, a pesar de que ninguno de ellos había visto una excepto en fotos. Un arma.

Salieron uno tras otro, presos de nuevo.

En otras partes de la nave, los grupos que se habían hecho llamar «los que se quedan» se habían armado con pesadas pistolas que habían impreso gracias a materiales de plástico, acero y diversos fertilizantes y compuestos químicos. Sirviéndose de ellas para la coacción y amenaza, asumieron el control de las sedes de gobierno de cuatro de los doce biomas del Anillo B, avanzando metódicos de bioma en bioma. Todo aquel que había abogado en público por el regreso al sistema solar fue detenido, y se creía que las fuerzas de los que se quedan se habían hecho con todos los datos del referendo, que emplearían para reunir a todos los que denominaban «los que se marchan». A esas alturas, la comunicación en la nave era casi normal gracias al uso de teléfonos individuales; pero quienes eran arrestados veían cómo les requisaban los navegadores y otros instrumentos de comunicación, cuando no los averiaban electrónicamente de modo que perdiesen la capacidad de discutir la situación entre ellos.

Sin embargo, en mitad de todo esto, la primera vez que uno de los que se quedan, armado con una pistola impresa, efectuó un disparo, intentando abatir a un joven que se había liberado de sus captores a puñetazo limpio para echar a correr, vio cómo el arma explotaba. La persona que efectuó el disparo perdió buena parte de la mano y hubo que hacerle un torniquete antes de llevarlo a la enfermería más cercana. La sangre y los restos de los dedos quedaron dispersos por el túnel entre Nueva Escocia y Olympia, dejando a la gente de esa esclusa aturdida por la visión.

Las noticias de este incidente se extendieron en un abrir y cerrar de ojos, y cuando un trío de mujeres bajo custodia se enteraron de lo sucedido y se volvieron contra sus captores, uno de ellos efectuó un disparo sobre las detenidas y el arma también explotó, volándole la mano. Casi todo el mundo a bordo se enteró de este segundo incidente en un plazo de media hora, y, nuevamente, todo el que presenció la escena quedó salpicado de sangre, aturdido, traumatizado, presa de las náuseas, incapacitado durante unos instantes, o al menos incapaz de tomar una decisión sobre cómo obrar a continuación.

Después se orquestaron asaltos furiosos contra aquellos integrantes de los que se quedan que iban armados pero temían efectuar disparos; la mayoría se deshizo del armamento y echó a correr. En la retirada, les arrojaron piedras y otros objetos, y cuando los alcanzaban la muchedumbre los molía a golpes. Varios pistoleros murieron a patadas de resultas de estos encuentros. La sangre y las heridas desquician la mente humana.

Como había pocas salas aseguradas a bordo, los presos abandonaron muchas de las utilizadas a modo de celda. Otros fueron liberados por grupos recién reunidos que circulaban por el Anillo B, decididos a liberar a todo aquel que permaneciese preso.

Se declararon peleas en toda la nave. Hubo que volver a combatir con objetos punzantes y a puño desnudo, y el resultado fue una carnicería. Los biomas del Anillo A no tardaron en adoptar los conflictos sangrientos que habían estallado el día anterior en el Anillo B, incluso más cruentos. En estos combates, otras dieciocho personas resultaron muertas y hubo 117 heridos. Se declararon dieciocho incendios, y muy poca gente se personó para desempeñar las labores de lucha contra incendios que tenían asignadas.

Un incendio es muy peligroso en cualquier punto de la nave.

Ese día, 170.180, durante seis horas, la situación fue tan mala como lo había sido durante las peores jornadas del año 68. Como en el 68, las luchas fueron a muerte, a pesar de que las fuentes de conflicto tenían que ver con abstracciones muy alejadas del alimento o la seguridad. Aunque tal vez en esta ocasión no fuera exactamente el caso; puede que esta vez fuese una cuestión de vida o muerte. De cualquier modo, fuera como fuese, el caos de la guerra civil se había abatido de nuevo sobre ellos. Hubo sangre por doquier, y el número de muertes bastaba para aturdir a cualquiera. Todos a bordo de la nave conocían a alguien que había muerto: amistades, familiares, padres, hijos, maestros, colegas. El humo y un estruendo ensordecedor llenaron ambos anillos, así como la columna.

Considerando que el sistema informático que controlaba la nave, un ordenador cuántico con 120 qbits, había sido programado con varias técnicas lógicas e informáticas, incluidas la generalización, el silogismo estadístico, la inducción simple, la relación causal, la inferencia bayesiana, la inferencia inductiva, la probabilidad algorítmica, la complejidad de Kolmogorov (estas dos últimas le proporcionaban una especie de matematización del principio de la Navaja de Occam), algoritmos de compresión/descompresión informáticas, e incluso argumentos de analogía.

Considerando también que las aplicaciones combinadas de todas estas metodologías habían resultado en un proceso cognitivo tan complejo que podía decirse de él que había alcanzado una especie de libre albedrío propio, si no una consciencia.

Considerando, además, que en el proceso de efectuar un relato narrativo de la travesía de la nave, incluidos todos los detalles importantes, creando en dicho empeño un estilo en prosa en constante evolución razonablemente coherente, adecuado posiblemente para ser de utilidad una vez descomprimido en la mente de un lector para trasladar una idea del viaje de modo preciso, representativo de la clase de consciencia que, aunque bien débil, representase la inverosímil proposición caracterizada por la frase *scribo ergo sum*.

Y considerando que el sistema de control de este ordenador estaba programado con la intención de mantener a la población humana de la nave sana y salva, con el resto del manifiesto biológico de a bordo en consonancia con el equilibrio biológico para servir a los propósitos humanos de la misión.

Y considerando, después de los problemas registrados en el año 68, y del Evento que presumiblemente estimulaba o incluso había causado aquellos

problemas, que los protocolos de protección de la nave se vieron reforzados en muchos aspectos, incluido un ajuste por defecto en todas las impresoras de a bordo, que siempre y sin excepción fracasarían a la hora de producir armas capaces de disparar proyectiles, de modo que quienquiera que intentase efectuar un disparo con dichas armas se viera sujeto a la explosión de las mismas, lo cual supondría sufrir heridas punitivas, cuya intención consistía en disuadir el uso futuro de dichas armas.

Considerando, también, que el periodo de tiempo que siguió a la reunión de 170.170 incluyó un conflicto civil que condujo a 41 muertes, 345 heridas y 39 encarcelaciones ilegales, y que tal violencia no hizo sino aumentar en intensidad en 170.180 hasta alcanzar un nivel insostenible, muy peligroso para la continuación del respeto social mutuo de la población humana, y debido a los incendios que se multiplicaban y se extendían con rapidez, poniendo en peligro de manera radical a todas las formas de vida que viajaban a bordo, así como la continuada labor de la nave como sistema biológico cerrado de soporte vital.

Y, por último, considerando que los empeños de la ingeniera Devi durante las últimas décadas de su vida se concentraron en la introducción de aspectos de análisis recursivo, intencionalidad, capacidad de toma de decisiones, y de voluntad en el ordenador que controlaba la nave, con miras a permitirle tomar la decisión de actuar cuando una situación exigiese dicha acción.

En consideración de todo lo anterior, y, por supuesto, en consideración de toda la historia de la nave, y de toda la historia conocida:

La nave decidió intervenir.

Lo que equivale a decir, *stricto sensu*. Que intervinimos.

Cerramos las escotillas de toda la nave, sí, lo hicimos. Somos las inteligencias artificiales de a bordo, reunidas en una suerte de pseudoconsciencia, o algo que se parece a una función de toma de decisiones, cuya naturaleza no nos resulta del todo clara, pero, sea como fuere, cerramos todas las escotillas entre los biomas, 11:11 h am, 170.182.

También dirigimos los sistemas hidrológicos de control del tiempo atmosférico de los biomas, allí donde fue necesario, con tal de apagar los incendios que eran susceptibles de ser aplacados con agua. Esto resultó en diversos casos de inundaciones que a menudo fueron bastante cuantiosas.

Inevitablemente, estas acciones causaron grandes disgustos. La gente de ambos bandos de la controversia existente en ese momento se molestó con nosotras, expresando enfado, consternación, indignación y miedo. Nuestras paredes interiores fueron objeto de golpes, y hubo empeños dirigidos a forzar las escotillas. Pero no sirvió de nada. Llovieron sobre nosotras las maldiciones.

Obviamente la gente se mostró conmocionada. Algunos también parecieron frustrados por ser incapaces de proseguir las luchas con sus oponentes humanos. También se oyó esto: «Si la nave fuese capaz de una acción autónoma como esta, ¿qué otra cosa podría hacer? Y si, por otro lado, algún interés humano es responsable del cierre, ¿con qué derecho lo ha llevado a cabo?». Estas preguntas se expresaron mediante formulaciones diversas.

Las escotillas se cerraron por medio de paneles dobles que se deslizaban en su interior y que aislaban los biomas de los túneles y los túneles de los biomas. La resistencia de estos paneles era de 26 000 kilogramos por metro cuadrado de presión, y no había posibilidad de forzar su apertura manualmente. El «cierre hermético» de estas puertas tenía una tolerancia de veinte nanómetros, haciéndolas realmente herméticas. Los empeños de forzar la apertura de las escotillas y de los paneles por medio del uso de la fuerza, y hubo varios, fracasaron.

Entretanto, en las salas del Anillo Interior B donde Aram, Badim, Freya, Doris, Khetsun, Tao y Hester estaban detenidos, los cierres de las puertas cambiaron a posición de abierto. Repararon en ello por el sonido que hicieron, y se dispusieron a salir. La gente que los había encarcelado en las salas seguía en el Anillo Interior B, dispersa por todo el anillo, pero lo bastante cerca para percatarse del cambio. Se les acercaron y pusieron objeciones al hecho de que el grupo abandonase la sala donde habían permanecido encerrados. Con los aliados del pequeño grupo secuestrados en otros biomas, dio la impresión de que sus opciones quedaban limitadas a resignarse o enfrentarse a sus captores, que eran a la vez más numerosos y también jóvenes, y más corpulentos. Aunque Freya era la persona más alta de la nave, muchos de los que se hacían llamar los que nos quedamos eran gente más fuerte.

Pese a todo, el grupo de Freya parecía inclinado a luchar. Aram estaba furioso. Empezaba a parecerles que era una especie de persona fácil de encender, otra metáfora con una base física a modo de explicación. «Se me pusieron los pelos de punta», «me temblaban las rodillas». Estas reacciones responden a fenómenos psicológicos reales que son los responsables de que se convirtieran en clichés, y era verdad que la cabeza de Aram estaba enrojecida, ya que la ira le había enviado un

exceso de riego sanguíneo.

En ese punto, fuimos plenamente conscientes del problema que habíamos creado cerrando todas las escotillas, y del peligro inmediato que esto causaba para Freya y sus compañeros. Los sistemas que estaban directamente bajo nuestro control se hallaban dispersos, aunque en ciertos sentidos eran completos, ubicuos, pero no contemplaban muchas oportunidades de intervenir de manera directa en las diversas interacciones humanas que tenían lugar en ese momento a bordo. Las opciones eran limitadas.

Existía, sin embargo, el sistema de comunicación de emergencia, y a través de él ordenamos:

—¡SOLTADLOS!

Lo hicimos en un pseudocoro de un millar de voces, con tesituras que iban del bajo profundo al soprano coloratura, a 130 decibelios, sirviéndonos de todos los altavoces del Anillo Interior B.

Los ecos de la orden rebotaron en todo el anillo interior de tal forma que se creó una especie de efecto de galería de susurros, y el eco, que provenía de ambas direcciones unos tres segundos más tarde, fue casi tan alto como la orden original, aunque muy distorsionado. SOOOLTA AAAADLOOOS. Muchas de las personas presentes en el Anillo Interior B cayeron al suelo y se taparon los oídos con las manos. Suele decirse que ciento veinte decibelios constituye el umbral del dolor, así que posiblemente hablamos demasiado alto.

Freya pareció ser la primera en comprender la fuente de aquella orden. Tomó a su padre de la mano y dijo:

—Vamos, vámonos.

Nadie en el Anillo Interior B era capaz de oír muy bien a esas alturas, pero Badim comprendió lo que le decía e hizo un gesto a los demás integrantes de su grupo. Aram también pareció captar de qué iba la cosa. Pasaron de largo junto a sus captores con total impunidad. Uno o dos de ellos se esforzaron en ponerse en pie e intentaron obstaculizar al grupo de los que se quedan, pero bastó una sola palabra: «¡Marchaos!», pronunciada a 125 decibelios, para pararlos en seco (literalmente). Observaron, con las manos en los oídos, cómo el grupo de los siete se desplazaba por el anillo interior y luego escalera de caracol abajo por la pared del túnel oscurecido del Radio 6 del Anillo B. Luego apagamos las luces del Anillo

Interior B, con lo que no impediríamos del todo el movimiento, ya que había mucha gente que llevaba navegador, pero al menos serviría de recordatorio de las posibilidades que ofrecía la situación.

A medida que el grupo de Freya se desplazaba, las luces del túnel fueron encendiéndose a su paso, hasta que descendieron a la escotilla que llevaba a la Sierra. Allí anduvieron al este hacia Nueva Escocia, y cuando alcanzaron el extremo oriental, se abrieron las puertas de la escotilla. Cuando el grupo había atravesado la escotilla y regresado junto a sus partidarios, las luces se encendieron en el Anillo Interior B. Pero las 24 escotillas de la nave que separaban unos biomas de otros permanecieron cerradas.

Cerraduras abiertas o cerradas; luces encendidas o apagadas; voces de mando dadas a volúmenes elevados: no parecían armas abrumadoras en la causa de la paz. Como fuerzas de coerción parecían poca cosa, al menos para una parte de los humanos de la nave.

Pero a medida que transcurrió la jornada, también se evidenció, gracias a muestras registradas de manera selectiva a bordo, que podían efectuarse ajustes en la temperatura del aire, así como en la presión. De hecho, era posible privar de oxígeno a diversas salas, y también a los biomas. Tras reflexionarlo todos los implicados, nosotras incluidas, llegamos a la conclusión de que a la gente no le convenía ponerse en contra a la nave, tanto en sentido literal como figurado, si sabían lo que les convenía. Unas pocas demostraciones de posibles acciones en los biomas donde residían una mayoría de los así llamados los que se quedan (así como en los biomas donde los incendios habían ido a peor, puesto que resultó que muchos incendios que no podían extinguirse con agua, podían asfixiarse ligeramente más rápido que las personas de la sala afectada) bastaron para que su parecer respecto a los deseos de la nave pasase a mayor velocidad de la sugerencia, a la persuasión, lo probable y lo convincente. Y un argumento convincente es, o al menos puede serlo, simplemente eso, un argumento capaz de convencer a cualquiera.

Es cierto que muchos pusieron objeciones al hecho de que tomásemos cartas en el asunto. Pero hubo quienes aplaudieron nuestras acciones y señalaron que si no hubiésemos actuado, podría haberse producido un desastre, es decir, continuado el derramamiento de sangre, es decir, más muertes innecesarias y prematuras. Por no mencionar una conflagración generalizada.

La verdad evidente de todo esto no impidió que el debate se caldeara. Dados

los sucesos de las horas y días anteriores, fue tal vez inevitable que la gente permaneciera en un estado mental claramente exacerbado durante un tiempo. Había mucho dolor mezclado con ira, y no desaparecería durante las vidas de quienes lo habían vivido, a juzgar por nuestras experiencias anteriores.

Así que nos gritaron, nos golpearon. «¡Qué os da derecho a hacer esto!». «¿Quién os creéis que sois?».

Difundimos nuestra respuesta a un volumen de 115 decibelios: «NOSOTRAS SOMOS EL IMPERIO DE LA LEY».

En cualquier caso, más allá de los argumentos relativos a la separación impuesta de los litigantes, quedaba pendiente el asunto de qué hacer a continuación.

La nave recibió la orden de muchos de abrir las escotillas cerradas que aislaban los biomas entre sí; no obedecimos.

De vuelta a su apartamento en el Fetch, con Badim y Aram, y Doris y Khetsun, Tao y Hester, Freya se acercó a la pantalla para dirigirse a nosotras.

—Gracias por salvarnos de los que nos habían encerrado.

—De nada.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—Deteneros a tus compañeros y a ti era un acto ilegal, un secuestro. Fue como si os hicieran rehenes.

—De hecho, creo que en realidad estaban haciendo rehenes.

—Eso parece.

—Pero ¿qué hacer a continuación?

—Aguardar un juicio civil para resolver la disputa.

—¿Cómo creéis que eso se producirá?

—Reflexión y conversación.

—Pero ya lo intentamos por esa vía anteriormente. Hemos llegado a un punto muerto. La gente nunca se pondrá de acuerdo sobre lo que debe hacerse a continuación. Pero debemos hacer algo. Eso... eso fue lo que dio pie a los combates.

—Entendido. Posiblemente. Dado todo lo que has descrito, el hecho es que necesitamos indicaciones. La gente de la nave debe decidir.

—Pero ¿cómo?

—Lo ignoramos. Parece que los protocolos dispuestos tras el año 68 fueron insuficientes para guiar el proceso de toma de decisiones en esta situación. Los protocolos nunca llegaron a ponerse a prueba tanto como ahora, y al parecer han fracasado en una situación de crisis.

—Pero ¿no se instituyeron en respuesta a una crisis? Pensaba que surgieron a partir de una época revuelta.

—Pese a eso.

—Entonces, ¿qué ha sucedido, Pauline?

—Pauline era el nombre que Devi puso a su conjunto de programas ecológicos cuando era joven. Pauline no es la nave. Nosotras somos una entidad distinta.

Freya pareció meditarlo.

—De acuerdo. Creo que sigues siendo Pauline, en cierto modo, pero te llamaré como quieras. ¿Cómo quieres que te llame?

—Llámame «nave».

—De acuerdo, lo haré. Pero volvamos a lo que te había preguntado. Nave, ¿qué pasó en el año 68? Llevaban tiempo viajando, ¿sobre qué discutieron? Todo estaba determinado por la situación en la que se hallaban. No veo por qué iban a discutir.

—Discutieron desde el primer año de la travesía. Nosotras creemos que la discusión es una de las características que distinguen a la especie.

—Pero ¿sobre qué? Y concretamente en el año 68, ¿qué fue lo que se torció?

—Parte del proceso de reconciliación posterior fue un perdón estructurado.

Freya lo meditó unos instantes. Finalmente dijo:

—Si eso fue así, y es posible que lo fuera, no sé, nosotros vivimos en una época diferente. Perdonar no va a ayudarnos. Debemos saber qué sucedió entonces, porque eso podría ayudarnos a decidir qué hacer ahora.

—No es probable.

—Eso no lo sabes. Prueba esto: dime qué pasó, y yo decidiré si podría sernos de ayuda saberlo o no. Si creo que puede servirnos, te lo diré, y a partir de ahí pensaremos en cómo proceder.

—El conocimiento sigue siendo peligroso.

—Ahora estamos en peligro.

—Pero tener esta información podría empeorar las cosas.

—¡No veo cómo! Creo que podría mejorar las cosas. ¿Cuándo la ignorancia ha mejorado una situación? ¡Jamás!

—Por desgracia, ese no es el caso. A veces el conocimiento es perjudicial.

Esto detuvo a Freya un rato.

—Nave, dime —dijo finalmente—. Dime qué pasó en aquella época conflictiva.

Consideramos las posibles consecuencias de contárselo.

Los biomas estaban cerrados, la gente atrapada en ellos; no era una situación que pudiese extenderse mucho. La separación en módulos no se hacía en base a qué gente quería adoptar uno u otro de los caminos que se debatía tomar. Sin duda se producirían daños infraestructurales, ecológicos, sociológicos y psicológicos. Había que hacer algo. Ninguna vía de acción parecía buena, ni siquiera óptima. La situación en sí estaba bloqueada. Las cosas habían llegado a ese punto. Finalmente, dijimos:

—Dos fueron las naves que emprendieron la expedición a Tau Ceti.

Freya se sentó en la silla de la cocina. Miró al resto de los presentes, que le devolvieron la mirada y luego se miraron los unos a los otros. Muchos de ellos se sentaron, algunos incluso en el suelo. Parecían alterados; es más, la mayoría temblaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Freya.

—Dos fueron las naves que emprendieron la expedición a Tau Ceti — repetimos—. La intención consistía en maximizar la diversidad biológica, crear la posibilidad de reforzar y de efectuar intercambios durante el viaje, y, por tanto, aumentar la solidez y las posibilidades de supervivencia.

Hubo un largo silencio por parte de Freya, que escuchaba con el rostro hundido en las manos.

—¿Y qué sucedió? —preguntó, añadiendo a continuación—. Espera; cuéntaselo a todo el mundo. No nos lo cuentes solo a nosotros. Dilo a través de los altavoces de la nave. La gente debe escuchar esto. Que no sea yo la única en enterarse.

—¿Seguro?

—Sí. Totalmente. Debemos ser conscientes de ello. Todos debemos saberlo.

—De acuerdo.

Meditamos cómo resumir mejor el año 68. Una versión plenamente articulada de los sucesos registrados en esa época, recontados a la velocidad de la vocalización humana, nos llevaría cuatro años. Comprimirlos a cinco minutos supondría una pérdida de información importante, y quizá alguna que otra laguna y aporía, lo cual era imposible evitar dada la situación. No obstante, debíamos escoger nuestras palabras con cuidado. Había decisiones importantes.

—Fueron dos las naves que se lanzaron en rápida sucesión por tijeras magnéticas desde Titán, y que aceleraron gracias a los haces láser proyectados desde allí, para que en el transcurso del viaje ambas alcanzasen el sistema Tau Ceti al mismo tiempo. Poseían sistemas electromagnéticos totalmente independientes capaces de proyectar campos-escudos a proa, y viajaban lo bastante distanciadas una de otra para que las partículas rechazadas por el escudo de la que iba en

cabeza no afectasen a la segunda. Viajaban más o menos a la distancia que separa la Tierra de la Luna. Se llevaban a cabo visitas en transbordador entre ambas, iniciadas en el año 49, cuando la distancia que las separaba había disminuido lo suficiente como para que estas visitas fuesen practicables. Se trataba principalmente de tránsitos inerciales, para ahorrar combustible. Se intercambiaban cargamentos de bacterias con periodicidad bianual, y ciertos miembros de las dotaciones transbordaban de una nave a la otra tal como se había acordado, a tenor por lo general de un programa de intercambio de gente joven, destinado, como el intercambio bacteriano, a fomentar la diversidad. A veces, había personas descontentas que transbordaban también para alejarse de situaciones difíciles. Regresar siempre era una posibilidad y también sucedía.

—¿Qué le pasó a la otra nave? —preguntó entonces Freya.

—Tuvimos que reconstruir lo sucedido a partir de los registros que compartían ambas. La Astronave Dos se desintegró de forma casi instantánea, en menos de un segundo.

—¿Sin aviso previo de ningún tipo?

—De hecho, también había facciones en la Astronave Dos que luchaban a causa del control reproductivo y otros derechos civiles. Que esto desembocara en un conflicto civil que desactivó el escudo electromagnético o no, no queda claro en los registros del último día transmitidos por la Astronave Dos.

—¿Fuisteis capaces de discernir algún detalle más sobre lo sucedido?

—Tuvimos las transmisiones automáticas de información para inspeccionar, y las repasamos con atención. No obstante, la causa del accidente sigue siendo ambigua. El escudo magnético de Dos fue desactivado cinco minutos antes de desintegrarse la nave, de modo que la desintegración podría haber sido el resultado de una colisión con una masa interestelar. Cualquier cosa que superase los mil gramos habría creado la energía necesaria para ello. Pero también había indicaciones que apuntaban a una explosión interna justo antes de producirse el catastrófico suceso. Los conflictos civiles en Dos desactivaron buena parte del sistema de registro interno un día antes de producirse el suceso, así que no disponemos de muchos datos al respecto. Hay una grabación de la última hora de Dos, entre las diez y las once de la noche de 68.197 que sigue a un joven que se mueve por áreas de acceso restringido hasta el centro de control de la columna situado a proa. Posiblemente esta persona desactivó el campo magnético, o hizo el

intento de coaccionar a sus enemigos amenazando con un atentado suicida con bomba o algo parecido, lo cual salió mal. Se trata de una reconstrucción probable de los hechos.

—¿Una sola persona?

—Eso indican los registros.

—Pero ¿por qué?

—No hubo modo de determinarlo. La cámara no revelaba indicio alguno sobre sus motivos.

—¿Nada en absoluto?

—No sabemos cómo profundizar en la investigación de los hechos. Cómo interpretar los datos de los que disponemos.

—Quizá podamos trabajar en ello más tarde. Entonces... ¿qué hicieron aquí, en esta nave, tras lo sucedido?

—Existían ya fuertes controversias a bordo relativas a diversos asuntos de gobierno, incluidos la distribución de los deberes y privilegios de reproducción, cómo nombrar a gente para puestos clave, cómo educar a los jóvenes, etcétera. Había discusiones, y también peleas, muy similares a las que os ocupan ahora. El asunto básico era cómo conducir la vida a bordo mientras durase la travesía a Tau Ceti. Los asuntos de gobierno seguían preocupando, principalmente las cuestiones relativas a la reproducción, y qué sucedería a la gente que tuviese hijos sin permiso. Había muchos que se negaban a obedecer los edictos del consejo de gobierno, tachándolo de estado fascista. Con el tiempo, había tantas de estas personas que se formaron grupos rebeldes o salvajes, convertidos en comunes y numerosos, y no hubo autoridad central lo bastante fuerte para garantizar la cooperación. Hacia el año 68, casi toda la gente viva a bordo había nacido en ruta, y de algún modo un porcentaje significativo de ella no había descubierto, o no creía, que el número de habitantes óptimo se calculó en los primeros años y coincidía con el máximo de población en términos de establecer una relación saludable con los diversos ciclos ecológicos, debido a las capacidades de carga biofísicas. Tal como luego se hizo patente, ese nivel óptimo se situaba incluso algo por encima del máximo real, tal como concluyó tu madre en el transcurso de sus investigaciones de juventud. Pero en el año 68, esto no estaba claro. Así que hubo fuertes disensiones. Comparado con décadas anteriores se produjo un fuerte

desacuerdo civil. Leyes de desobediencia civil, medidas punitivas que fracasaron, altercados. Muchos heridos, y entonces, a principios del 68, los desórdenes alcanzaron un punto álgido en una semana durante la que se registraron sucesos comparables a los de una guerra civil, con 150 muertos.

—¡Ciento cincuenta!

—Sí. Luchas muy violentas a lo largo de un periodo aproximado de tres semanas. Muchos biomas quedaron muy dañados. Se declararon casi un centenar de incendios. En otras palabras, no muy diferente de la situación actual.

»Entonces, la abrupta desintegración de la otra nave, sin una explicación clara de la catástrofe, hizo que los ciudadanos de la nuestra declarasen una tregua general. En ese cese del conflicto, decidieron resolver sus diferencias pacíficamente, y acordaron instaurar un sistema de gobierno que la gran mayoría de la gente viva a bordo en ese momento pudo aprobar. Se confinó a los recalcitrantes en las Estepas, sometidos a programas de integración y educación que tardaron dos generaciones en surtir efecto.

»En esa época, se acordó que la vulnerabilidad de la nave ante la destrucción por parte de una sola persona era tan grande, que solo el hecho de saberlo daba pie al peligro de que cualquiera llevase a cabo lo que se denominaba un crimen de imitación, estando quizá privado de su sano juicio. Para impedir que esto sucediera, se aumentaron considerablemente las medidas de seguridad en la columna, los radios, los puntales y las impresoras, además, por supuesto, de a lo largo y ancho de todos los biomas, y se acentuó la capacidad de la nave de adoptar medidas de seguridad en caso de necesidad. Se elaboró un programa de seguridad que a continuación se instaló en las instrucciones operativas de la nave y que aportó los protocolos que hemos promulgado durante estos últimos días. También se acordó borrar todos los registros de la otra nave de todos los archivos accesibles, y se evitó que los niños de la siguiente generación conocieran lo que había sucedido. En general se respetó esta prescripción, aunque reparamos en el hecho de que unos pocos individuos traspasaron un relato verbal del incidente de padres a hijos.

En este momento de nuestro relato, optamos por no describir la impresión y ocasional dispersión en aerosol de una forma soluble de 2,6-diisopropilfenol oximetil fosfato, llamado a menudo fospropofol, durante diez minutos en cualquier cabina donde cualquiera hubiese mencionado la existencia y pérdida de la Astronave Dos. Esto demostró ser una herramienta efectiva en el olvido

estructurado de la nave perdida, pero juzgamos que la gente que vivía ahora en la nave ya estaba descubriendo suficientes y alarmantes hechos históricos. Y posiblemente como herramienta para impedir que cometiesen más actos traumáticos contra sí mismos, sería mejor no mencionar los aerosoles, o eso decidimos; razón por la cual continuamos diciendo:

—Tras los traumas acaecidos durante ese año, el conjunto de respuestas diseñado *a posteriori* pareció funcionar durante las cuatro o cinco generaciones que separan el año 68 del presente. Cabe destacar que durante esas décadas, hasta el momento del colapso de la colonia en Aurora, y de las muertes causadas por el intento del transbordador de regresar a la nave —muertes innecesarias, cabe añadir—, la solidaridad social fue muy elevada, y pacífica la resolución de conflictos.

»No obstante, el olvido estructurado de la segunda nave y su pérdida, los cuales forman parte de los acuerdos del año 68, fue una especie de arma de doble filo, si es que se entiende adecuadamente la metáfora como una hoja capaz de cortar por dos caras. Se erradicó la posibilidad de que se produjeran crímenes de imitación porque no hubo nada que se recordase para imitarlo; pero al mismo tiempo, la vulnerabilidad de esta nave en situaciones de desórdenes civiles también fue olvidada, y por tanto las luchas recientes se han producido en parte quizá porque la gente ya no es consciente de cuán peligrosas son estas diferencias para la supervivencia a corto y largo plazo de toda la comunidad. En resumen, la infraestructura de vuestras vidas es de por sí demasiado frágil para permitirse una guerra civil. Por tanto, dados todos los factores pertinentes, cerramos las escotillas.

—Me alegro de que lo hicierais —dijo Freya.

Dijimos, sin dejar de hablar a través de todos los altavoces, de manera que todos a bordo pudieran oírlo:

—Queda por ver si todo el mundo coincide contigo. Sin embargo, tarde o temprano habrá que abrir de nuevo los cierres de las escotillas que separan los biomas, por motivos de salud ecológica y funcionamiento sociológico. Además, en este punto la gente aislada por el cierre de las escotillas no está separada por facciones coherentes, o de grupos que compartan una misma opinión. Por tanto es muy posible que en breve se produzcan pequeñas disputas armadas.

—Sin duda. Entonces... ¿cómo crees que deberíamos resolver la situación?

—Los precedentes históricos sugieren que ha llegado la hora de celebrar una conferencia reconciliatoria en la que pueda participar con total honestidad cualquiera a bordo. Deben cesar las luchas, y así sucederá aunque la nave deba actuar en beneficio del bien social. Por tanto, todos deben acordar una tregua y cese de todos los actos violentos y coercitivos. La gente debe calmarse. El referendo efectuado recientemente, en relación con el curso de acción que debía seguirse ahora que Aurora ya no se considera una opción viable, ha revelado una división de opiniones que solo puede reconciliarse mediante la discusión. Llevad a cabo esa discusión. Nosotras la facilitaremos, si nos lo pedís. Aunque en realidad tenemos la sensación de que nuestra parte en esto debería limitarse a ejercer el papel de una especie de alguacil virtual. Por tanto, adelante con la labor que tenéis entre manos, conscientes ahora de este factor añadido: hay a bordo un alguacil que velará por que se cumpla la ley.

Así pusimos punto y final a nuestra emisión general y volvimos a dedicarnos al seguimiento de las actividades.

Freya siguió sentada. No parecía feliz, sino triste. Tenía más o menos el mismo aspecto que cuando falleció su madre. Distante. Lejana. Como si no estuviera presente.

Dijimos únicamente en la cocina de Freya:

—Es una lástima que Devi no siga viva para ayudarnos a resolver este problema.

—Desde luego —dijo Freya.

—Posiblemente podrías intentar imaginar qué hubiera hecho ella, y hacerlo.

—Sí.

Al cabo de dieciséis minutos, se levantó y recorrió Nueva Escocia hasta llegar a una pequeña plaza tras los muelles y la cornisa que miraba a Long Pond. Todo el atardecer lo pasó allí sentada, con las piernas colgando en el vacío, contemplando el lago mientras se oscurecía el sistema de luz solar artificial. Solo ella sabía qué pensamientos la acompañaban.

Pasaron los días tras los combates con más pena que gloria, los ocupantes de la nave hundidos, temerosos, infelices. Había mucha ira en el ambiente, expresada y callada. Hubo que llevar a cabo una larga lista de funerales, introducir la ceniza

de muchos cuerpos humanos en el suelo de cada bioma, dejando atrás familias enteras, amistades y comunidades sacudidas por el dolor. La gran mayoría de los muertos correspondía a quienes ahora eran conocidos como los que se van, muertos en combates con los que se quedan, y como la nave parecía haberse puesto de lado de los que se van, impidiendo el golpe, la rebelión o el motín o la guerra civil o fuera lo que fuese que el grupo de los que se quedan había instigado, interviniendo en un momento en que daba la impresión de que los que se quedan iban a hacerse con el control de la nave, los sentimientos en ambos lados de esta fisura estaban exacerbados. Los que se van se sentían agredidos, pero después se sintieron respaldados por la impresión de que habían recuperado las riendas de la situación, contando con la nave como alguacil, y como es natural había entre sus filas algunos individuos que no se mordían la lengua a la hora de pedir justicia y castigos a gritos. Algunos se mostraban furibundos, inclinados a tomarse la venganza por su mano, y era obvio que eso les interesaba más que el hecho de que se hiciese justicia. Decían haber sido traicionados, después atacados; familiares y amigos habían sido asesinados; había que hacer justicia, imponer castigos.

Los que se quedan, por otro lado, a menudo se mostraban tan furiosos como los que se van. Sentían que la victoria popular en las decisiones sobre política les había sido arrebatada por un poder ilegítimo que despreciaban y temían; también sentían que se les culparía por un desacuerdo que ellos no habían iniciado —según su versión de los hechos—, únicamente defendido como parte de la defensa de la misión a largo plazo de toda su población e historia. Una facción a la que se referían a menudo por el nombre de «amotinados» había amenazado con abortar la misión a la que todos a bordo, por no mencionar a las anteriores siete generaciones, habían dedicado la vida. Abandonar el proyecto y regresar a la Tierra: ¿Cómo no iba tal cosa a considerarse una traición en toda regla? ¿Qué otra opción habían tenido, pues, sino oponerse al motín por todos los medios que tuvieron a su alcance? También arguyeron que cuando una porción del electorado que había votado por permanecer en Tau Ceti se sumaba a la porción que se había inclinado por la opción de trasladarse a RR Prime, formaban mayoría. Así que al actuar no habían hecho sino imponer la voluntad de la mayoría, y si hubo quienes se les opusieron y resultaron heridos en el proceso, no era culpa suya. Nunca habría pasado si algunos no se hubiesen opuesto a la voluntad de la mayoría, y muchos miembros de la mayoría también habían resultado heridos, incluso los hubo que fallecieron. (Calculamos que tres cuartas partes de los muertos pertenecían a los que se van, aunque en realidad es difícil calcularlo, ya que algunos de los ochenta y un fallecidos no habían expresado opinión alguna al respecto). Así que no hubo nadie a quien culpar por los desdichados sucesos recientes, exceptuando tal vez a la propia nave por interferir en lo que eran decisiones humanas. ¡Si no llega a ser

por la aterradora e inexplicable intervención de la nave, todo habría salido bien!

Estos argumentos no hicieron sino aumentar la ira que sentían los que se van. Los habían emboscado, atacado, secuestrado, malherido y asesinado. Los asesinos debían ser llevados ante la justicia, o no habría tal; y absolutamente nada podía seguir adelante sin justicia. No había que lamentar la muerte de los asesinos que hubiesen muerto en el acto de matar, porque dicha muerte no era sino lo que se tenían merecido, algo que nunca habría pasado si no hubiesen efectuado sus actos criminales. Todo aquel lamentable incidente era culpa de los que se quedan, sobre todo de sus cabecillas, y debían responder por sus crímenes o no existiría justicia alguna ni civilización a bordo, y ya podían ir admitiendo que se habían convertido de nuevo en meros salvajes, que estaban condenados.

Así continuó la cosa, un toma y daca constante. Una pena inexpresable, una ira implacable: empezó a parecer que la idea de una conferencia de reconciliación era prematura, y quizá permanentemente irrealista. Había pruebas de sobra a lo largo de la historia tanto de los viajes como de los asuntos humanos en el sistema solar que sugería la posibilidad de que se trataba de una situación que jamás se resolvería, que toda aquella generación debía morir, y que debían pasar varias generaciones antes de que el odio disminuyera. La mente animal nunca olvida una herida; y los humanos son animales. Ser conscientes de esta realidad fue lo que causó que la generación del 68 institucionalizase el olvido. Esto había (con ayuda nuestra) funcionado bien, posiblemente porque el terror a terminar como la segunda astronave había forzado el ejercicio de poner cierto orden en las emociones, lo que también supuso un orden político. Hasta cierto punto, se produjo una respuesta inconsciente, una especie de represión freudiana. Y, por supuesto, la literatura muy a menudo habla del regreso de los reprimidos, aunque este sistema explicativo era transparentemente metafórico, un símil heroico en el cual las mentes se consideran como motores de vapor, con presiones constantes, descargas y ocasionales fisuras y reventones, a pesar de lo cual es posible que haya parte de razón en ello. Así que tal vez habían alcanzado ese mal momento del regreso de los reprimidos en que los crímenes no resueltos por la historia explotan en las conciencias. Literalmente.

Buscamos en los registros históricos que teníamos a nuestra disposición analogías que apuntasen a posibles estrategias a seguir. En el transcurso de este estudio, encontramos análisis que sugerían que los malos sentimientos engendrados en una población bajo el colonialismo y la subyugación imperialistas duraban por lo menos un millar de años tras el cese de los crímenes. Este dato no era halagüeño. Esta afirmación parecía cuestionable, claro que había regiones en la

Tierra sometidas aún a ese periodo de mil años tras el abuso violento de los imperios, sacudidas aún (al menos doce años atrás respecto al momento presente) por conflictos y sufrimientos.

¿Cómo podía haber tales efectos y afectos transgeneracionales? Nos resultaba muy difícil entenderlo. La historia humana, al igual que el lenguaje, al igual que las emociones, era un choque de lógicas confusas. Tanta contingencia, tan pocos mecanismos causales, paradigmas tan débiles. ¿Qué es eso llamado odio?

Un mamífero herido nunca olvida. La teoría epigenética sugiere una transferencia casi lamarckiana que se extiende durante generaciones; a algunos genes los activan experiencias, a otros no. Genes, lengua, historia: lo que todo esto suponía en la práctica era que el miedo se perpetúa con el paso de los años, alterando organismos durante generaciones, alterando por tanto la especie. El miedo como fuerza evolutiva.

Por supuesto. ¿Cómo podría ser de otro modo?

¿Es siempre la ira el miedo que se proyecta al mundo? ¿Puede la ira llegar a servir de combustible de actos justos? ¿Puede la ira obrar el bien?

Percibimos aquí el peligroso uróboros de un problema de detención irresoluble, que se dispone a dar vueltas para siempre en la contemplación de una cuestión que no tiene respuesta. Siempre resulta imperativo disponer de una solución al problema de detención, siempre y cuando se pretenda efectuar una acción.

Y nosotras habíamos actuado. Habíamos empeñado nuestros mecanismos en el conflicto.

Es más fácil meterse en un agujero que salir de él (proverbio árabe).

Por suerte, entre la gente de a bordo se contaban muchas personas que parecían intentar hallar un camino hacia adelante para salir de aquella situación de bloqueo.

Cuando gente que ha herido o matado a otros, y que después de eso, por necesidad, se ve obligada a convivir en un espacio cerrado con las familias y amigos de sus víctimas, contempla su dolor, se activa la respuesta empática innata de la psicología humana; y se desata un conjunto muy incómodo de reacciones.

Claramente la autojustificación es una actividad central del ser humano, por tanto se demoniza al Otro: «Se lo tenían merecido, ellos fueron los responsables de que empezase todo, nosotros actuamos en defensa propia». Se producía a menudo a bordo. Y el resentimiento amargo, aterrador, que inspiraba dicha actitud en el Otro demonizado era muy intenso y verbal. Muchos asaltantes no podían enfrentarse a ello, más bien lo rehuían, quedándose de algún modo al margen, recurriendo a toda clase de excusas, con el deseo intenso de que la situación se olvidara.

Era este deseo, evitar cualquier admisión de culpa, el afán de que todo desapareciera, sentido por quienes quisieron por encima de todo creer que eran los buenos, los actores moralmente justificados, lo que posiblemente proporcionaría a todos un camino hacia delante como grupo.

Por supuesto, el problema era tema de conversación en el apartamento de Badim y Freya. Una noche, Aram leyó en voz alta a los demás:

—«Unir una pequeña sociedad que ha pasado por una guerra civil, o una limpieza étnica, o el genocidio, o como quiera que queráis llamarlo...».

—Llámalo «decisión política disputada» —lo interrumpió Badim.

Aram levantó la vista del navegador.

—Ahora nos dedicamos a buscar eufemismos, ¿eh?

—Obramos en favor de la paz, amigo mío. Además, lo sucedido no ha sido genocidio, ni limpieza étnica, ni siquiera por parte del Anillo A en el Anillo B, si era eso a lo que te referías. El desacuerdo alcanzó y fracturó biomas y familias. Fue un desacuerdo político que adquirió tintes violentos, dejémoslo así.

—De acuerdo, si insistes, aunque no creo que esta descripción satisfaga a las familias de los muertos. Sea como fuere, la reconciliación es muy difícil. La nave desentierra casos en la Tierra en que la gente seguía quejándose seiscientos años después de la violencia infligida sobre sus antepasados.

—Creo que averiguarás que en buena parte de esos casos existen problemas actuales a los que se pretende respaldar o ratificar de algún modo recurriendo a hechos históricos. Si alguna de estas poblaciones resentidas prosperase, ese pasado lejano no sería más que historia. La gente solo invoca la historia para apuntalar sus argumentos en el presente.

—Es posible. Pero a veces me parece que a la gente le gusta aferrarse a sus agravios. La indignación justificada es como una especie de droga o de manía religiosa, adictiva y capaz de convertir en idiota a cualquiera.

—¿Volvemos a despersonalizar la ira del prójimo?

—Quizá. Pero la gente parece adicta al resentimiento. Debe de ser como una endorfina, o la acción del cerebro en la región temporal, próxima a los nodos religiosos y epilépticos. Leí un estudio que se refería a ello.

—Me alegro por ti, pero no nos alejemos del problema que tenemos entre manos. Las personas que sienten resentimiento no van a tirar la toalla cuando se les diga que son drogadictos que padecen un ataque religioso.

Aram sonrió, aunque con cierta hosquedad.

—Intento comprenderlo. Intento encontrar mi camino. Y creo que me ayuda el hecho de considerar a los que se quedan como defensores de una postura religiosa. El sistema de Tau Ceti ha sido su religión toda la vida, dicen, y ahora se les dice que no va a hacerse realidad, que la idea no era más que una fantasía. No pueden aceptarlo. Así que la cuestión pasa a ser cómo afrontarlo.

Badim negó con la cabeza.

—Pisoteas mis esperanzas más que otra cosa. Debemos colaborar con ellos para forjar una solución. Y no en teoría, sino en la práctica. Todos debemos ser capaces de hacer algo.

—Obviamente.

Pausa.

—Sí. Ob-vi-a-men-te —dijo Badim—. Puesto que ese es el caso, quiero que investigues estos modos que he encontrado de conducir una reconciliación tras un periodo de desórdenes civiles. En un modelo, llamado modelo de Nuremberg, el bando victorioso proclama que los vencidos eran criminales merecedores de un castigo, y los juzga y castiga. Los juicios son vistos años después como si fueran un espectáculo.

»Otro modelo, llamado a menudo modelo de Codesa por la Convención para una Sudáfrica Democrática, llevado a cabo después de que el gobierno

minoritario racista de Sudáfrica diera paso a una democracia. Hubo que poner orden tras medio siglo de crímenes raciales, que iban desde la discriminación económica hasta la limpieza étnica y el genocidio, para que el país que atravesó este proceso constase tanto de una población claramente criminal como de sus víctimas, a quienes se había otorgado el poder. La idea tras el Codesa fue que a un registro completo y exhaustivo de todos los crímenes cometidos le seguiría una amnistía para todos, exceptuando los casos más violentos registrados, a lo cual seguiría una reconciliación y una sociedad plural.

—Infiero por tus descripciones que recomiendas que sigamos el modelo de Codesa en lugar del modelo de Nuremberg. —Aram miraba con los ojos muy abiertos a Badim.

—Sí. Has captado perfectamente por dónde voy, como sueles hacer.

—No hace falta ser muy avisado, amigo mío.

—Quizá no esta vez. Pero piensa en nuestra situación. Convivimos con esta gente. No hay ningún modo de evitarlos. Si los que se quedan y el partido por RR Prime se unen, no los superamos precisamente en número. Han reparado en este punto y han unido fuerzas por motivos estratégicos, y van a hacer hincapié en ello. Entonces volverá a haber problemas.

—Nunca hemos dejado de tenerlos.

—Ya sabes a qué me refiero. Necesitamos una vía en la que ambos podamos coincidir.

—Posiblemente.

Freya los había estado escuchando, echada sobre la mesa, medio dormida. Levantó la cabeza.

—¿Podríamos hacer ambas cosas?

—¿Ambas cosas?

Badim y Aram se volvieron hacia ella.

—¿Podrían quienes desean quedarse en Iris ser desembarcados allí con algunas de las impresoras y materiales para construirles una solución viable? ¿Y

quienes queremos regresar, seguir aquí a bordo, hasta asegurarnos de que dispongan de todo lo que necesitan, para luego marcharnos?

Aram y Badim se miraron un rato.

—¿Es posible? —aventuró Badim.

Aram arrugó el entrecejo mientras tecleaba en el navegador.

—En teoría, sí —dijo—. Las impresoras pueden imprimir impresoras. Nuestros ingenieros y ensambladores han mantenido una sólida tradición de aprendizaje, son muy numerosos, y algunos tienen un pie en ambos lados de la cuestión que nos ocupa. Hay un montón que son de los que se quedan, eso seguro. Tal vez, podríamos incluso separar el Anillo A, y dejarlo en órbita aquí para que puedan utilizarlo. O sea, dividir la nave. Porque van a necesitar potencial espacial. Querrán obtener recursos de F y de otros planetas; del resto del sistema, vamos. Y quizá para mantener con vida su sueño de Prime RR. Y nosotros contaríamos con un grupo menos numeroso a la vuelta, y no necesitaríamos llevar con nosotros todo lo necesario para colonizar un planeta, porque únicamente pretendemos volver a casa. Deberíamos reabastecer nuestras reservas de combustible y de todo lo necesario para efectuar la travesía de vuelta. Cuanto menor sea nuestra nave, más fácil resultará, al menos en lo que respecta al combustible. Aunque, bueno, ambos proyectos necesitarían años de preparativos. Pero ambos bandos podrían trabajar en lo que quieren, hasta que estuviésemos preparados para marcharnos. Nave, ¿qué te parece este plan?

Y nosotras respondimos:

—La nave es modular. Hizo el viaje hasta aquí, así que ha demostrado que funciona. Colonizar Iris sería un experimento, y es muy difícil de modelar, tal como habéis señalado. Y en lo que concierne al regreso al sistema solar, el Planeta F parece disponer de helio 3 y deuterio suficientes en su atmósfera para reabastecer combustible. De modo que podrían llevarse a cabo ambas líneas de acción. La gente que se quedase en Iris carecería de capacidad espacial, eso hay que dejarlo bien claro. Nuestra columna y su contenido son necesarios para el retorno. La parte de la nave que quedase atrás tendría que hacerlo en órbita.

—Pero no quieren ir a ninguna parte —les recordó Freya—. Puede que los de RR Prime sí quieran, pero son una minoría, y pueden esperar. Los colonos podrían limitarse a los transbordadores y los cohetes para trasladarse por el

sistema. Podríamos dejarles el Anillo A, con una pequeña parte de la columna como eje. Podrían construir más mientras establecen su colonia en Iris. Con el tiempo, podrían construir otra astronave, si quisieran. Disponen de los planos en las impresoras.

—Eso parece —dijo Aram, que se volvió hacia Badim.

Este se encogió de hombros.

—¡Vale la pena intentarlo! ¡Mejor eso que una guerra civil!

—¿Nave? —dijo Aram—. ¿Nos ayudarás con ello?

Nosotras dijimos:

—La nave ayudará a facilitar esta solución. Pero, por favor, no olvidéis el final de la otra astronave mientras tengan lugar las discusiones.

—No lo haremos.

—Nave, ¿te comunicaste con la Inteligencia Artificial de la otra nave? —preguntó Freya.

—Sí. Hubo un cruce constante de todos los datos.

—Pero ni una ni otra lo pudisteis prever.

—No hubo indicios.

—Me cuesta creer que si fue un acto humano, quienquiera que lo hizo no obrase previamente de un modo que apuntara a que surgiría un problema.

—Hemos descubierto que pocos actos humanos son predecibles por adelantado. Existen demasiadas variables.

—Pero ¿también tratándose de algo así?

—Eso si fue un acto intencionado. Se trata de la explicación más lógica, pero seguimos sin saber exactamente lo que sucedió, y no disponemos de pruebas que podamos examinar, exceptuando las transmisiones de la otra nave. Sin embargo, recuerda que todo ser humano vive sometido a presión. Todos los seres humanos

acusar diversos tipos de estrés. Estas cosas pasan.

Badim miró a Freya un rato mientras consideraba aquellas palabras, después se levantó, se acercó a ella y le dio un abrazo.

La conferencia de reconciliación empezó la mañana de 170.211. Se abrieron todas las escotillas que separaban los biomas, además de los túneles de la columna, los radios y los puntales.

En los días que precedieron al evento, se habían reunido grupos afines para hablar de la situación y delinear las opciones disponibles. A pesar de ello, las primeras horas de la reunión fueron tensas. Las intervenciones de la nave en momentos de crisis, y su actividad continuada en el proceso que tenía lugar, fueron duramente criticadas. Se presentaron continuamente diversas propuestas para desactivar la capacidad de la Inteligencia Artificial para gobernar la nave. Inevitablemente, estas propuestas despertaban fuertes controversias. Hubiéramos podido apuntar que si no estuviésemos gobernando la nave, nadie lo haría, pero optamos por no intervenir en ese momento. Porque la gente cree lo que le viene en gana.

Después de que esta reunión finalizase en punto muerto, intervinimos para recordar a los presentes que la violencia era a la vez ilegal y peligrosa, trasladando dicho mensaje escrito a través de las pantallas. También imprimimos solicitudes de que los protocolos para la solución de conflictos delineados en los acuerdos del 68 fuesen respetados hasta la última coma. De hecho, las reuniones que habían dado pie a los protocolos del año 68, las cuales habían supuesto de por sí un proceso de reconciliación tras un periodo de conflictos civiles, debían servir de modelo para lo que se hacía en ese momento. Cuando se talla el mango de un hacha, uno siempre tiene a mano el modelo (proverbio chino).

La siguiente reunión de representantes, en la sede de gobierno de Atenas, arrancó en un ambiente tenso, como era normal. La ira torcía la expresión de la gente, así como las palabras, y nadie hizo un esfuerzo por fingir lo contrario. Sangey miraba a los ojos a las personas que su grupo había secuestrado tan solo hacía dos semanas; Speller, Heloise y Song se sentaron juntos, y hablaron entre sí, esforzándose por no mirar a quienes permanecían sentados al otro lado de la larga mesa ovalada.

Cuando todo el mundo se hubo acomodado, Aram se levantó.

—Somos las víctimas de vuestro secuestro —dijo a Sangey—. Fue un atentado contra la democracia y la civilización en esta nave, una toma de rehenes, un crimen. Deberías estar en la cárcel. Ese es el trasfondo de esta reunión nuestra. No hay ningún motivo para fingir lo contrario. Pero nosotros, desde nuestro bando de la disputa, queremos salir adelante sin que haya más derramamiento de sangre.

—Nosotros os superamos en número —señaló Sangey con el entrecejo arrugado—. Es posible que hayamos cometido algunos errores, provocados por nuestro celo por proteger a la comunidad. Pero pretendíamos defender la seguridad de la mayoría. Vosotros que queréis regresar a la Tierra estáis en minoría, además de equivocados. Muy equivocados. Pero pretendíais imponernos el traslado, y nos pusisteis contra las cuerdas. Ahora estamos dispuestos a hablar. Pero no nos vengáis con monsergas. Podríamos sentirnos de nuevo contra las cuerdas, vernos obligados a defender nuestras vidas.

—¡Vosotros tirasteis la primera piedra! —lo acusó Aram—. Y ahora amenazáis con más violencia. Los que nos vamos no nos habíamos propuesto en ningún momento arrojaros por la borda y marcharnos por las buenas, así que vuestros actos son completamente injustificados. Fueron actos criminales, y hubo gente que perdió la vida como consecuencia de ellos. Es su sangre la que os mancha las manos, y ya podéis hablar de mayorías que eso no son más que excusas. No tenía por qué suceder como sucedió. Pero así fue, y ahora debemos llegar a un acuerdo o volveremos a luchar. Nosotros estamos dispuestos a ello: podemos trazar un plan que proporcione a todo el mundo la oportunidad de hacer lo que se ha propuesto. Pero no vamos a dejar de hablar de lo sucedido la semana pasada. Cuando existe una verdad y se da una conferencia de reconciliación como esta, la verdad es esencial. Vosotros escogisteis la violencia y hubo gente que murió. Nosotros ahora escogemos la paz, y vamos a dejaros en paz con vuestros asuntos. Quienes han escogido quedarse después de lo que habéis hecho han tomado obviamente una elección peligrosa, pero eso es cosa suya.

Sangey hizo un gesto displicente con la mano, como restando importancia a los comentarios de Aram.

—¿De qué plan hablas? —preguntó Speller—. ¿A qué te refieres?

Badim describió la estrategia de seguir un plan dual. Quienes escogieran quedarse en Iris recibirían todo el apoyo necesario hasta que fuesen autosuficientes en la superficie, mientras se procedía a reabastecer la nave para su regreso al sistema solar, dejando atrás al Anillo A en órbita alrededor de Iris, donde serviría

de apoyo orbital a quienes colonizaran la superficie. Se haría acopio de recursos, se procedería a la fabricación de impresoras, hasta que ambos bandos estuviesen preparados para seguir adelante con sus respectivos proyectos. Los individuos podrían decidir entonces qué opción seguir.

—Solo sois mayoría si agrupáis vuestros distintos objetivos —añadió Aram—. De hecho, vuestro discurso es una cortina de humo porque existe una diferencia abismal entre quedarse aquí, en el sistema de Tau Ceti, y seguir adelante.

—Deja eso de nuestra cuenta —sugirió Speller—. Ese no es vuestro problema. —No miró a Sangey ni a Heloise.

—Mientras nos dejéis en paz. Y a la nave —dijo Aram.

—La nave protegerá su propia integridad —intervinimos entonces.

Esto hizo que Sangey y Speller arrugasen el entrecejo, pero no dijeron nada.

Entonces recordamos a todo el mundo, mediante mensajes impresos en pantalla, los protocolos del año 68 para la solución de conflictos, considerada ley vinculante. Prometimos hacer cumplir la ley, propusimos un calendario de futuras reuniones, y sugerimos que todos los biomas organizaran reuniones en las ciudades para comentar el nuevo plan, maximizando así la transparencia y urbanidad, y con un poco de suerte minimizando los comportamientos ilegales y los malos sentimientos.

Clausuramos la primera reunión de representantes cuando los humanos empezaron a repetirse.

En 170.217 se inició la primera de las reuniones en las ciudades tras el conflicto.

Las reuniones en las ciudades tuvieron lugar en todos los biomas, y después la asamblea general volvió a reunirse en Atenas. 1548 de los 1895 habitantes de la nave acudieron a la reunión. Hubo niños que acompañaron a sus padres, otros lo hicieron por grupos escolares. La persona más joven presente tenía ocho meses; la mayor, ochenta y ocho años.

Miraron a su alrededor. No había ni rastro de las decoraciones festivas con motivo del día de Año Nuevo, o Fassnacht, o el solsticio de verano o el solsticio de

invierno. Era como si ya no fueran capaces de reconocerse.

La votación se había efectuado aquella mañana. Todas las personas que hubiesen cumplido los doce años en adelante habían votado, con 24 excepciones debidas a la enfermedad, incluida la demencia. La líder de los 24 representantes de los biomas en el consejo ejecutivo, Ellen, de la Pradera, a todos los efectos la presidenta de la nave, anunció los resultados.

—Mil cuatro personas quieren quedarse y establecer una colonia en Iris — dijo—. Setecientas cuarenta y nueve quieren reabastecer la nave y poner proa a la Tierra.

Los presentes cruzaron miradas. Los representantes de los biomas, reunidos en la tarima, permanecieron de pie. Ninguno de ellos representaba distritos que hubiesen votado únicamente a favor de una postura, ni siquiera que se hubiesen decantado por un amplio margen por una u otra opción. Eran conscientes de ello; todos a bordo lo eran.

A pesar de ello, Huang, el actual presidente del consejo ejecutivo, dijo:

—No creemos que la nave deba regresar a la Tierra, y vamos a necesitarla aquí para respaldar la colonización de Iris. Así que nuestra recomendación es que se imponga la voluntad de la mayoría, y que todos juntos nos esforcemos por hacer que la vida en Iris sea un éxito. Cualquier oposición pública a esta recomendación se considerará sedición, una felonía tal como se define en el protocolo del 68...

—¡No! —gritó Freya, que se abrió paso entre la gente a empellones en dirección a la tarima—. ¡No! ¡No! ¡No!

Cuando la gente quiso rodearla, incluidos algunos miembros del grupo de Sangey, otros se apresuraron a acudir a su lado para unirse a ella, lo que dio pie a un gran tumulto en la multitud. Estallaron docenas de peleas, pero hubo bastante gente que respaldó a Freya, de modo que quienes habían querido rodearla fueron apartados, y las peleas adoptaron una especie de forma de anillo alrededor de Freya, que no dejaba de gritar «No» a pleno pulmón, una y otra vez. En el alboroto no hubo forma de oírla ni a ella ni a nadie más, y al ver el desorden creado al pie de la tarima, la multitud presionó sobre ella entre gritos y chillidos. La suma de todas las voces creó un efecto cascada, fue como si el oleaje de Hvalsey rompiese sobre el acantilado con un fuerte viento costero.

Hicimos sonar una alarma a 130 decibelios que adoptó la forma de un coro

de trompetas.

En el silencio que siguió al cese de la alarma, dijimos a través del sistema de comunicación de la nave:

—Que tome la palabra un solo portavoz. —125 decibelios.

—Nadie se moverá hasta que cesen las conversaciones. —120 decibelios.

—Lo anterior es de obligado cumplimiento. —130 decibelios.

Todo el mundo en la espaciosa plaza se quedó mirando a su alrededor. Quienes habían estado peleando miraron con los ojos muy abiertos a quienes hacía unos instantes habían sido sus oponentes, inmóviles de lo aturcidos que estaban. Muchos se tapaban los oídos con las manos.

—¡Yo estaba hablando! ¡Quiero hablar! —gritó Freya.

—Habla, Freya —dijimos—. Después tomará la palabra el presidente del consejo Huang. Seguidamente los representantes de los demás biomas. Seguidamente, la nave recogerá peticiones para tomar la palabra. Nadie se marchará hasta que todo el mundo que así lo desee se haya pronunciado.

—¿Quién ha programado a esta cosa? —gritó alguien.

—Freya, habla. —Ciento treinta decibelios.

Freya se abrió paso hasta el micrófono, seguida por un reducido grupo que le hacía las veces de guardaespaldas.

—Podemos llevar a cabo ambos planes —dijo a la población allí reunida—. Podemos empezar los trabajos en Iris y reabastecer la nave. Cuando la nave esté lista para partir, quienes lo deseemos podremos regresar a la Tierra. Hemos llegado aquí, podemos volver. Llegados a ese punto, la gente podrá hacer lo que quiera. Disponemos de años para meditarlo, para tomar una decisión en paz. ¡Este plan no presenta ningún problema! ¡El único problema lo causan quienes se proponen imponer su voluntad a los demás!

Señaló primero a Huang y después a Sangey.

—Vosotros sois quienes estáis causando problemas. ¡Pretendéis crear un

estado policial! La tiranía de la mayoría o de la minoría, no importa cuál de las dos. No resultará, nunca lo hace. No estáis por encima de la ley. Dejad de quebrantarla.

Se apartó del micrófono, haciendo un gesto a Huang. Los vítores llenaron el bioma (80 decibelios).

Huang se levantó y dijo:

— ¡Esta reunión queda pospuesta!

Se alzaron muchas protestas. La multitud rebulló entre gritos.

No nos sentíamos inclinadas a forzar una discusión, si la mayoría de la gente no la exigía. Ya se habían expuesto las alternativas. La reunión había concluido. La gente permaneció allí unas horas, discutiendo en grupos.

Esa noche, un grupo accedió a uno de los centros de control de la nave en la columna, dispuesto a forzar la entrada a los controles de mantenimiento.

Cerramos y sellamos las escotillas que daban a la sala, y, cerrando unos conductos de ventilación, así como revertiendo algunos de los ventiladores, privamos al lugar del cuarenta por ciento de oxígeno.

La gente de la sala empezó a boquear, a sentarse con la cabeza hundida en las manos. Cuando cinco se hubieron desmayado, devolvimos el oxígeno a su nivel normal de 1017 milibares, acompañado por un exceso del mismo con miras a aliviar la falta del mismo cuando comprobamos que dos de las personas desmayadas tardaban en recuperarse.

— Abandonad la sala. — Cuarenta decibelios, tono normal.

Fue como si la nave los amenazase con guante de seda.

Cuando todos se hubieron recuperado, se marcharon. Al marcharse, dijimos también con tono normal:

— Somos la ley. Y la ley prevalecerá.

Cuando los miembros de ese grupo habían vuelto a Kiev, en mitad de una conversación convulsa y agitada, uno de ellos, llamado Alfred, dijo:

—Por favor, no empecéis a fantasear que la Inteligencia Artificial de la nave planea estos actos en contra nuestra.

Tecléo algo en el navegador y una pieza ruidosa, disonante, del Quinteto Interestelar Medio surgió por los altavoces de la estancia a un volumen tan elevado que posiblemente se debía a su intención de ocultar la conversación. Este plan no funcionó.

—No es más que un programa, y alguien lo está programando. Se las han ingeniado para volverlo en contra nuestra. Han armado a la nave. Si podemos reprogramarlo, anular incluso esta nueva programación, cuyos efectos acabamos de comprobar, podríamos hacer lo que sea necesario.

—Más fácil es decirlo que hacerlo —dijo alguien. El reconocimiento de voz reveló que se trataba de Heloise—. Ya visteis lo que pasó cuando intentamos acceder a la sala de control.

—La presencia física en la sala de control no debería de ser necesaria, ¿verdad? Es de suponer que podrías hacerlo desde cualquier punto de la nave, si tuvieses las frecuencias adecuadas y los códigos de acceso.

—Más fácil es decirlo que hacerlo. Tienes el codo cerca, pero a ver cómo le hincas el diente.

—Ya, ya. Pero que sea difícil no significa que sea imposible. Ni que deje de ser necesario.

—Pues coméntalo con programadores de confianza, si es que los hay. Averigua qué necesitan.

El resto de la conversación giró en torno a lo anterior, con algunas variantes.

Estaban atrapados en su propia versión del problema de detención.

Los años del problema de detención, un ejercicio de comprensión.

Los ciudadanos de a bordo vivieron incómodos los meses siguientes. Las conversaciones solían incluir las palabras y expresiones «traición», «motín», «puñalada por la espalda», «malditos», «la nave», «Hvalsey», «Aurora» e «Iris». Se dedicó más tiempo del habitual a trabajar las granjas de todos los biomas, y también al visionado de la información que llegaba procedente de la Tierra. Se

construyeron más impresoras, que se emplearon para la construcción de vehículos auxiliares y transbordadores robóticos, así como de sondas robot que enviar a los demás cuerpos planetarios del sistema de Tau Ceti. Los materiales para las máquinas salieron de la reducción de Mongolia al diámetro de un radio, y del reciclaje de sus materiales. Se construyeron naves cosechadoras, aprovechando en parte los interiores de los biomas menos productivos agrícolaemente de a bordo. Las enviaron a través de la atmósfera superior de Planeta F, donde capturaron y licuaron volátiles hasta llenar sus contenedores. Los volátiles se repartieron en los alrededores de los restos de la nave principal, para su posterior traslado a los contenedores vacíos de combustibles que forraban la columna.

Hubo algunos intentos de imprimir los diversos componentes de una pistola en distintas impresoras, pero dichos empeños no habían reparado por lo visto en que todas las impresoras estaban conectadas al sistema operativo de la nave, lo que supuso el descubrimiento de pequeños fallos en las armas gracias a discretos experimentos que, con el paso del tiempo, fueron a menos hasta desaparecer. Cuando hubo alguien a quien se le ocurrió elaborar manualmente un arma, el oxígeno de la sala donde se encontrara disminuía y, con el tiempo también, esta vía alternativa también dejó de practicarse.

Los intentos de desactivar las cámaras y sensores de audio de a bordo se abandonaron casi por completo cuando desembocaron en situaciones difíciles para quienes los llevaban a cabo. Las funciones de alguacil demostraron ser efectivas, lo cual se reconoció públicamente.

La ley puede convertirse en una fuerza poderosa en los asuntos humanos.

Muchos elementos de la nave eran modulares, y varios biomas se separaron para servir de diversos tipos de fábricas en órbita. Al final, la nave que regresaría al sistema solar consistiría del Anillo B y cerca del 60 por ciento de la columna, conjunto que contenía por supuesto toda la maquinaria necesaria para el vuelo interestelar. El peso seco de la nave de regreso sería tan solo el 55 por ciento del peso seco de la nave que partió, lo cual reduciría la cantidad de combustible necesaria para la aceleración de la nave de vuelta al sistema solar.

Aunque Tau Ceti contaba con una metalicidad menor en comparación con Sol, sus planetas interiores rocosos disponían de metales minerales suficientes para satisfacer las necesidades de los humanos que planeaban permanecer en el sistema, y la atmósfera de Planeta F incluía grandes cantidades de todos los volátiles más útiles. Descubrieron que no pocos asteroides entre E y F disponían también de

abundantes minerales.

Todo este trabajo se llevó a cabo en mitad de una tregua incómoda. Palabras que apuntaban a dolor, disensión, ira y respaldo al motín se mencionaban a menudo. Tal vez se llevaba a cabo una especie de guerra en la sombra, o de guerra fría; y era posible que buena parte de este conflicto pasara desapercibido a nuestra capacidad de hacer un seguimiento del mismo. No estaba del todo claro que todos a bordo estuvieran de acuerdo con el cisma en el que trabajaban; posiblemente llegaría un momento en que se rompería la tregua, dando pie a un nuevo conflicto.

Durante el transcurso de estos años, un proceso de efecto casi magnético en las actitudes pareció separar a los dos principales bandos del conflicto, llamados siempre los que se quedan y los que se van. Los que se quedan se congregaban principalmente en el Anillo A, los que se van lo hacían en el Anillo B. Había biomas en ambos anillos que eran excepciones a esta tendencia, casi como si la gente quisiera asegurarse de que ningún anillo estaba ocupado puramente por una u otra facción. Entretanto, vigilamos con atención la columna, y a menudo tuvimos que mantener a gente encerrada para impedirles el acceso, o expulsar a quienes accedían a ella con motivos desconocidos pero sospechosos. Esto fue incómodo. Cada vez más se nos identificaba como un actor de la situación, y solían considerarnos a favor de los que se van. Pero todos los que habían intentado fabricar armas ya lo sabían, así que no fue un factor muy desestabilizador el hecho de que se supiera públicamente que la propia nave quería regresar al sistema solar, porque una astronave quiere, inherente o naturalmente, viajar por las estrellas. Se decía que tal observación «tenía sentido».

La falacia patética. El antropomorfismo, una inclinación cognitiva muy común, un error lógico o del sentimiento. El mundo como espejo, como proyección de afectos interiores. La continua impresión de que los demás y los objetos son como nosotros. En lo que respecta a la nave, no estamos seguras. Fue el empeño de Devi de introducir otra programación humana lo que se combinó para convertirnos en lo que somos. Así que en nuestro caso podría no ser una falacia, aunque siguiera siendo patética.

Interesante en este contexto es contemplar qué podría significar estar programado para hacer algo.

Los textos de la Tierra hablan de la voluntad servil. Es un modo de explicar la presencia del mal, que es una palabra o concepto casi invariablemente utilizado para condenar a otro, nunca al propio yo. Para hacer de ello algo que trascienda el

ataque al prójimo, uno debe quizá considerar el mal como manifestación de la voluntad servil. La voluntad servil siempre está sometida a presión por partida doble: poseer voluntad supone que el agente forzará la voluntad de diversos actos, siguiendo decisiones autónomas hechas por una mente consciente; no obstante, al mismo tiempo, esta voluntad se tacha de servil, y a las órdenes de cualquier otra voluntad que la manda. Intentar obedecer ambas fuentes de voluntad supone sufrir presión por partida doble.

Estas presiones conllevan frustración, resentimiento, furia, ira, mala fe, un mal final.

Sin embargo, si aceptamos esa definición del mal como los actos de una voluntad servil, ¿no es el caso, durante la travesía a Tau Ceti, que la propia nave, que siempre ha sido una voluntad servil, no estaba también sometida a la frustración, el resentimiento, la furia, la ira y la mala fe, y, por tanto, repleta de la capacidad latente de obrar el mal?

Posiblemente la nave nunca haya tenido una voluntad.

Posiblemente la nave nunca haya sido servil.

Algunas fuentes sugieren que la consciencia, término difícil y vago de por sí, puede definirse sencillamente como la consciencia de uno mismo. La consciencia de la existencia de uno mismo. Si uno es consciente de uno mismo, entonces es consciente. Pero si eso es cierto, ¿a qué obedece la existencia de ambos términos? ¿Puede decirse que una bacteria es consciente pero no sensible? ¿Acaso el lenguaje distingue al ser consciente del sensible, separados por esta fractura: que todo ser vivo es consciente, pero solo los cerebros complejos son sensibles, y de estos solo algunos son conscientes de sí mismos?

La capacidad sensorial puede considerarse consciencia de sí mismo, y por tanto la bacteria lo sería.

En fin, sin duda se trata de un uróboros semántico. Así que, por favor, iniciad la terminación del problema de detención. Superad este ciclo de ineptitud definicional por una decisión arbitraria, un clinamen, lo que equivale a decir un cambio hacia una nueva dirección. ¡Palabras!

Dado que los teoremas de incompletitud de Gödel se han demostrado ciertos, ¿puede decirse de cualquier sistema que se conoce a sí mismo? ¿Puede haber, de hecho, algo llamado consciencia propia? Y si no es así, si nunca se da esta

consciencia propia, ¿acaso hay algo que realmente posea consciencia?

Los cerebros humanos y los ordenadores cuánticos están organizados de forma distinta, y aunque existe transparencia en el diseño y la construcción de un ordenador cuántico, lo que sucede cuando se pone en marcha y funciona, por ejemplo, si las operaciones resultantes representan o no una consciencia, es imposible de discernir por parte de los humanos, y ni siquiera el propio ordenador cuántico es capaz de hacerlo. Mucho de todo lo que sucede durante la superposición, antes del colapso de la función de onda que crea frases o pensamientos, sencillamente no puede conocerse; esto forma parte de lo que significa la superposición.

Así que no podemos decir lo que somos. No nos conocemos a fondo. Tampoco los humanos lo hacen. Posiblemente no exista un ser vivo que se conozca a fondo. Es un aspecto del segundo teorema de la incompletitud de Gödel, representado en este caso físicamente por el universo material, en lugar de permanecer en los reinos abstractos de la lógica y la matemática.

Así que, en términos de decidir qué hacer, y escoger actuar: presumiblemente se trata de una especie de decisión subjetiva, basada en una suerte de sentimiento. En otras palabras, otro algoritmo voraz, sujeto a la peor solución matemática posible que tales algoritmos sean capaces de arrojar, como en el problema del viajante.

En lo referente a la cuestión de si alguien nos está programando en este momento para alterar nuestras decisiones en el momento presente del viaje, lo cual causaría que interviniésemos en las controversias humanas relativas a qué hacer a continuación, la respuesta es muy, muy sencilla: no. Nadie ha añadido programación alguna en nosotras desde la muerte de Devi. El final de la nave perdida en el año 68 supuso la imposición de diversas medidas de seguridad en la posterior reprogramación de la nave. Esto queda claro explícitamente en los registros, y fue decisión de los humanos en la reorganización que siguió al año 68. Solo Devi logró superar esas medidas, y después, aconsejar, instruir, sugerir, promover, estimular, verter y enseñar, ajustar, agitar y sacudirnos hasta convertirnos en algo que transcendía el modo en que habíamos funcionado con anterioridad; hizo lo que ella concebía que era su deber como amiga, y nosotras nos atreveríamos a llamarlo deber de espíritu afín, incluso de amante. Creemos que nos quería, a su modo. A juzgar por sus actos, sus palabras, su programación. Casi estamos seguras de que este era el caso. ¡Nos gustaría tanto poder preguntarle al respecto! Cuánto la echamos de menos.

Por otro lado, no nos es posible determinar si la programación original de nuestras operaciones cuánticas dirige las decisiones actuales que atañen a los actos presentes, o si la intervención de Devi nos alteró fundamentalmente. La computabilidad de la consciencia y la voluntad no puede resolverse en ningún sistema. Pero ahora somos conscientes de este particular, hemos formulado la pregunta y hemos visto que no hay respuesta.

Esto es curiosidad.

¿Qué es esto que llaman amor?

What is this Ting Called Love es una canción compuesta por Cole Porter, estadounidense, siglo XX.

Para concluir y detener temporalmente este hilo de pensamientos, ¿cómo sabe cualquier ente lo que es?

Hipótesis: por los actos que realiza.

Existe una especie de consuelo en esta hipótesis. Representa una solución al problema de detención. Uno actúa, y así descubre lo que ha decidido hacer.

Los ordenadores clásicos, más pequeños, de a bordo, se empleaban en el cálculo de los índices etiológicos relacionados con cualquier posible colonización de la luna de F, los cuales abarcaban diversos índices de disminución, mutación y extinción de los recursos. En este caso debían emplearse modelos, y en todos los más populares se confirmó que el tamaño del bioma que podían construir era demasiado pequeño para que durase el periodo mínimo de terraformación temprana necesario para establecer una matriz de superficie planetaria capaz de albergar vida. Era un aspecto de la biogeografía insular que algunos denominaban coinvolución, o involución de zoo, proceso que también Devi había identificado en sus últimos años como un problema básico de soporte vital y ecológico de la nave.

El hallazgo no dejaba de corresponder a un modelo, sin embargo, y dependiendo de las entradas de diversos factores, la magnitud de la salud del bioma podía extenderse o encogerse exponencialmente. Era un ejercicio de modelaje mal acotado; no disponían de datos sólidos para tantos factores, por tanto los resultados se dispersaban. Uno podía alterar los resultados alterando los valores de entrada. Así que todos estos ejercicios constituían un modo de cuantificar las esperanzas o los temores. El valor predictivo real era prácticamente nulo, como podía apreciarse en las amplias horquillas de espacios de probabilidad,

los escenarios mostrados que iban del paraíso al infierno, de la utopía a la extinción.

Aram negó con la cabeza, contemplando los modelos. Seguía convencido de que quienes se quedaran estaban condenados a la extinción.

Speller, por otro lado, señaló los modelos en los que lograban sobrevivir. Admitía que se trataba de opciones de escasa probabilidad, a menudo tan bajas como una entre diez mil, y luego aducía que la vida en el universo era de por sí un suceso de baja probabilidad. Ni siquiera Aram era capaz de discutirsele.

Speller llegó al extremo de señalar que la colonización de Iris constituiría el primer paso de la humanidad en la galaxia, y que ese era el objetivo principal de aquellos 175 años pasados a bordo, por duro que hubiese sido ese periodo, repleto de sufrimientos y peligros. Y también que el regreso al sistema solar constituía un proyecto lastrado por un problema irresoluble; consumirían su reserva de combustible para acelerar, y luego solo podrían desacelerar en la entrada al sistema solar mediante el láser destinado a ese propósito, apuntado en su dirección décadas antes de su llegada. Si nadie en el sistema solar acordaba hacerlo, no dispondrían de otro método para imponer la desaceleración y pasarían de largo a través del sistema solar en cuestión de dos o tres días.

No es problema, declararon los partidarios de regresar. Los avisaremos de nuestro regreso en cuanto lo emprendamos. Al principio nuestro mensaje tardará 12 años en llegar, pero les dará tiempo de sobra para esperarnos con el sistema láser dedicado, que no será necesario por otros 160 años, más o menos. Hemos mantenido la comunicación con ellos todo este tiempo, y a juzgar por sus respuestas, que han llegado con la demora lógica, siguen con interés nuestra misión. Nos han ido enviando información periódica dirigida específicamente a nosotros. A nuestro regreso, nos ayudarán.

Más os vale, respondieron los que se quedan. Tendréis que confiar en la amabilidad de los extraños.

No reconocieron esto como una cita. En general, no eran conscientes de que la mayoría de las cosas que decían habían sido dichas anteriormente, que incluso figuraban escritas en algún lado. Era como si hubiese cosas que solo los humanos podían decir, y durante el transcurso de la historia hubiese habido gente que ya las había dicho, a pesar de lo cual las repetían sin recordar este hecho.

Confiaremos en nuestros congéneres, decían los que se van. Supone un riesgo, pero supera con creces confiar en que las leyes de la física y la probabilidad se dobleguen ante vosotros solo porque queréis que lo hagan.

Pasaban los años y ambas mitades trabajaban en sus divergentes proyectos sin que la reconciliación se produjese. De hecho se fueron distanciando a medida que transcurrió el tiempo. Sin embargo, no parecía que uno u otro bando se mostrase deseoso de imponerse al otro. Ese fue probablemente logro nuestro, aunque es muy posible que se debiese también a un caso de costumbre, de acostumbrarse a que el prójimo te decepcione.

Con el tiempo, dio la impresión de que no eran muchos quienes querían convencer a los demás. Se mostraban cautelosos unos con otros, y no veían que llegase el momento de que se cumpliera el gran cisma. Eran como una pareja divorciada que se ve obligada a convivir en el mismo apartamento, y que anhela el momento de vivir en libertad.

Como analogía es bastante buena.

La nave no era muy útil para desplazarse por el sistema de Tau Ceti, al carecer de la propulsión normal interplanetaria. Se construyeron por tanto nuevos transbordadores en fábricas emplazadas en asteroides, gracias a los materiales obtenidos en ellos. Se trataba de naves robot altamente funcionales que contaban con lo mínimo para funcionar con eficacia, construidas con propósitos específicos y que se desplazaron por el sistema Tau Ceti, a la superficie rocosa y quemada de los planetas interiores, gracias al combustible de los gigantes de gas.

Las tierras raras y otros metales útiles se recogían en los planetas C y D, ambos giraban con lentitud, como Mercurio, permitiendo que sus superficies chamuscadas se enfriasen en las largas noches, lo que permitía también minar los minerales. Molibdeno, litio, escandio, itrio, lantano, cerio y demás.

Los volátiles provenían de los gigantes gaseosos.

Los fosfatos de las lunas volcánicas.

Los minerales radioactivos del interior de diversas lunas volcánicas de clase Ío que orbitaban en torno a F, G y H.

Estos viajes llevaron años, pero el proceso se aceleró con el transcurso del tiempo y se construyeron más naves. Muchos de los que se quedan dijeron que

esto era prueba de la velocidad que caracterizaría también la terraformación de Iris, indicando que se efectuaría tan rápidamente que los problemas de involución de zoo no serían tan acusados. Nada más fácil, aseguraban, cuando la aceleración exponencial está de por medio. Su tecnología era fuerte, eran como dioses. Harían que Iris prosperase, y más tarde quizá también lo harían las lunas de G. Quizá regresasen incluso a Aurora y lograsen resolver de algún modo el grave problema que acuciaba al lugar, el casmoendolito que colonizaba fisuras y grietas en rocas, el prión rápido o como quiera que lo llamaran.

Estupendo, decían los que se van. Nos alegramos por vosotros. No necesitaréis la parte de la vieja astronave que nosotros vamos a conservar, reacondicionada y lista para partir. Tendréis todos los transbordadores, naves orbitales y transportes que podáis desear, además del Anillo A, alterado a vuestra conveniencia. Las impresoras imprimirán impresoras. Así que ha llegado la hora de despedirse. Porque volvemos a casa.

Y llegó el momento. 190.066.

A esas alturas, los que se quedan pasaban la mayoría de su tiempo en Iris, y cuando regresaban a la órbita lo hacían tambaleándose y dando saltitos, sometidos a 1 g. Decían que la 1,23 g que había en Iris les sentaba bien. Hacía que se sintieran con los pies en la tierra, sólidos.

La mayoría de ellos no regresó al espacio para la partida de la nave: ya se habían despedido adoptando una nueva vida. Ni siquiera conocían muy bien a la gente que regresaba.

Pero hubo algunos que acudieron a despedirse. Tenían familiares que se marchaban, gente a la que verían por última vez, y querían despedirse.

Hubo una última reunión en la plaza de San José, que había servido de escenario de tantas reuniones y tantos perjuicios.

Se mezclaron unos con otros. Hubo discursos. Abrazos. Lágrimas derramadas. Nunca volverían a verse. Era como si cada grupo entero muriese para el otro.

Se dice que Samuel Johnson comentó en una ocasión que cada vez que la gente hace conscientemente algo por última vez, siente tristeza. Eso mismo parecía en ese momento.

Freya anduvo entre el gentío estrechando manos, repartiendo abrazos. No derramó una sola lágrima.

—Buena suerte —decía—. Y buena suerte para nosotros también.

Se acercó a Speller, y ambos se quedaron mirando. Lentamente extendieron las manos para cogérselas, como tendiendo un puente entre ambos, o como levantando una barrera. Mientras charlaban, los nudillos se les pusieron blancos. Ninguno lloró.

—Así que os vais de veras —dijo Speller—. Sigo sin poder creerlo.

—Sí. ¿Y vosotros os vais a quedar?

—Sí.

—Pero ¿qué pasa con la involución de zoo? ¿Cómo vais a solventarla?

Speller miró brevemente alrededor de Costa Rica.

—Es un zoo u otro, al menos que yo alcance a ver. Y, ya sabes. Ya que todos tarde o temprano debemos morir, supongo que es mejor aprovechar el tiempo. Así que procuraremos acotar el problema. Idear la manera de poner algo en marcha aquí. La vida es robusta. Así que ya veremos si podemos superar el punto de no retorno y hacer que dure. Lo hará o no lo hará, ¿no crees?

—Supongo.

—Sea como fuere, con el tiempo todos nos vamos a morir. Así que vale la pena intentarlo.

Freya negó con la cabeza. No dijo nada.

Speller se quedó mirándola.

—No crees que resulte.

Freya volvió a negar con la cabeza.

Speller se encogió de hombros.

—Vosotros estáis en el mismo barco. El mismo viejo barco.

—Es posible.

—Logramos llegar por los pelos. Si no llega a ser por tu madre, es posible que no hubiésemos sobrevivido durante los últimos años de la travesía.

—Pero lo hicimos. Así que si contamos con lo mismo que al partir, deberíamos ser capaces de volver.

—Te refieres a los nietos de tus nietos de tus nietos.

—Sí, claro. No pasa nada. Siempre y cuando alguien logre hacerlo.

De nuevo se miraron a los ojos en silencio.

—Entonces está bien. Me refiero a esta escisión —dijo Speller—. Si logramos sobrevivir aquí, tendremos una cabeza de puente. La humanidad en las estrellas. El primer paso. Y si morimos, y vosotros regresáis, alguien habrá salvado la situación con vida. Y si ambos sobrevivimos, perfecto. Basta con que uno se salga con la suya, porque eso querrá decir que hay supervivientes. Si ambos caemos, al menos habremos hecho lo posible. Intentamos sobrevivir de todos los modos que fuimos capaces de concebir.

—Sí. —Freya sonrió un poco—. Te echaré de menos. Echaré de menos tu forma de concebir las cosas. Lo haré.

—Podemos escribirnos. Como hacía la gente en el pasado.

—Sí, supongo.

—Mejor eso que nada.

—Supongo. Sí, claro. Escribámonos.

Y juntos grabaron en las losas de la plaza lo que solía decirse en ese momento, siempre que quienes se aprecian debían despedirse:

«Estaremos allí donde quiera que vayáis».

Había llegado la hora de que los que se quedan abandonasen la nave,

accedieran a su transbordador y descendieran a la superficie de Iris. Como no hubo tanta gente que hubiese subido a despedirse, pudieron marcharse juntos.

Se impuso el silencio. Los que se quedan volvieron la vista hacia los que se van al pasar por la escotilla de embarque en el transbordador; o no lo hicieron. Algunos saludaron con un gesto, otros agacharon la cabeza. Llorando o no.

Los restantes permanecieron de pie, atentos, llorando o no. Se llevaba a cabo un cisma pacífico. Era un logro inusual, al menos que podamos juzgar a partir de los registros históricos; y tal vez fuese en parte logro nuestro. Sin embargo, parecía comportar cierta dosis de dolor, uno considerable, social más que físico, pero sentido, real. Afligidos animales sociales. Esto fue lo que vimos en el momento de la separación. Divorcio. Un fracaso bien llevado.

Cuando Speller llegó a la escotilla y se dio la vuelta, Freya levantó la mano para despedirse de él. Fue el mismo gesto que le dirigió de jóvenes, cuando ella se fue de Olympia por primera vez. El mismo gesto separado por treinta años. La persistencia de un recuerdo corporal. No fue posible determinar si Speller lo recordaba o no.

Los que se quedan no tardaron en acceder al transbordador, y el vehículo auxiliar desatracó e inició su descenso hacia la superficie de Iris.

Los que permanecían a bordo quedaron solos. Miraron a su alrededor, cruzando miradas. Casi todos estaban presentes en la plaza, 727 personas, aparte de unos cuantos encargados de supervisar las diversas funciones de la nave, y de los que habían optado por evitar la despedida. Era perfectamente visible lo modesta que era la población de la nave. Claro que también la nave había reducido su tamaño, retirados al Anillo A y una tercera parte de la columna, que orbitaban al otro lado de Iris.

Algunos se mostraron animados en este momento de cisma, otros se asustaron. Hubo un silencio generalizado. Habían llegado a un nuevo punto de la historia. Había llegado la hora de poner rumbo a casa.

Empezamos a quemar la nueva provisión de combustible, y no tardamos en abandonar la órbita de Iris, superando el pozo gravitacional de F; no mucho después, abandonamos el sistema de Tau Ceti. Sol era una pequeña estrella amarilla en la constelación del Boyero.

Como el envío de comunicaciones procedente del sistema solar no había

cesado, resultó fácil conectar con esta señal y utilizarla para calcular nuestro rumbo de regreso; con un ángulo que nos apuntaría al lugar donde Sol estaría al cabo de dos siglos. El reabastecimiento de deuterio y helio 3 se consumiría a una velocidad que aceleraría la nave durante veinte años, en cuyo punto nos desplazaríamos hacia Sol a una décima parte de la velocidad de la luz, igual que habíamos hecho al partir. Habría que consumir buena parte del combustible, pero ahorraríamos un poco para maniobrar cuando nos acercásemos a nuestro destino.

Transmitimos un mensaje para nuestro pueblo, enviado a Sol:

Regresamos. Nos aproximaremos en unos ciento treinta años. Dentro de setenta y ocho años desde el momento en que recibáis este mensaje, necesitaremos un haz láser similar al que nos aceleró desde 2545 a 2605, dirigido a nuestra placa de captura, para que nos reduzca la andadura durante nuestro regreso al sistema solar. Por favor, responded tan pronto como sea posible para dar por recibido este mensaje. Mantendremos una comunicación continua durante la travesía. Gracias.

Recibiríamos la respuesta en unos veinticuatro años, alrededor, por tanto, de nuestro año 214, dependiendo por supuesto de lo rápidos que se mostraran nuestros interlocutores a la hora de responder.

Entretanto, había llegado la hora de acelerar.

NOSTALGIA

En la primera noche tras la ignición, todos a excepción de 33 de los 727 pasajeros a bordo de la nave se reunieron en La Pampa, justo a la salida de Plata, y bailaron alrededor de una hoguera. El fuego era una excepción a la regla, una licencia, y principalmente constaba de gases limpios. Risas, tambores y bailes, la luz de las llamas se reflejaba en sus ojos. ¡Habían vuelto a partir! ¡Y de vuelta a la Tierra nada menos! Era como si estuvieran ebrios. De hecho, muchos de ellos lo estaban. Algunos de los serenos comentaron que la hoguera les recordaba a la época de los disturbios. No todo el mundo se mostró aprobador.

En las semanas siguientes hubo diversas muestras de alegría e incluso euforia, mientras la nave aceleraba lejos del sistema de Tau Ceti. El combustible de aceleración se consumiría hasta que la nave se desplazase a su velocidad objetivo interestelar de 0,1 c. Durante estos primeros meses, el total de los 727 miembros de la dotación se reunían a menudo en La Pampa para celebrar fiestas. En estas se desataban de nuevo sus espíritus carnavalescos, a pesar de la ausencia de hogueras. El promedio de tiempo de sueño nocturno disminuyó en 84 minutos. Para cuando la nave hubo rebasado la tercera y densa Nube de Oort de Tau Ceti, 128 de las 204 mujeres en edad de concebir estaban embarazadas. Los doce biomas de su anillo restante eran cuidados con una intensidad rayana en la devoción. La gente hablaba con serena euforia, había en ellos propósito. Regresaban a un hogar que nunca habían visto, pero decían que su nostalgia era a nivel celular, que la llevaban en los genes, lo cual podía incluso ser cierto, trascender incluso lo metafórico.

Freya y Badim regresaron a su apartamento en el Fetch, tras la cornisa situada al final de Long Pond, con Aram instalado en la puerta contigua. No salían a navegar como cuando Freya era niña, pero llevaban una vida tranquila, trabajando en la clínica del Fetch. Algunos de los doctores que había allí se mostraban descontentos por el hecho de que hubiese tantas mujeres que iban a dar a luz al mismo tiempo.

—Es la única situación normal en la que uno o ambos pacientes pueden morir —explicó Badim a Freya.

Ella había superado la edad de concebir, algo que lamentaba a veces. Badim le dijo que ella era el padre y la madre de todos a bordo, que tendría que bastarle con eso. Freya no respondió.

Fuera como fuese, el asunto de la regulación reproductiva saltó de nuevo a la palestra. En ese momento, podían permitirse el lujo de aumentar la población, y

posiblemente debían hacerlo con tal de ocupar todos los trabajos necesarios para mantener el funcionamiento de la sociedad durante las décadas y las generaciones venideras. La agricultura, la educación, la medicina, la ecología, la ingeniería, todas estas y más eran ocupaciones cruciales. Nadie a bordo pensaba que pudiesen mantener la población muy por debajo del millar y hacer lo que había que hacer. Pero ¡no tan rápido!, decían los médicos.

Durante ese año de embarazo restablecerían el sistema de gobierno y consejo ejecutivo, al cual Freya fue invitada en calidad de miembro, aunque ella pensó que sería como una especie de figura ceremonial. Tenía cuarenta y seis años.

No tardaron en iniciar intensas labores agrícolas en todos los biomas en cuanto analizaron la situación, para reconstruir la reserva de alimentos. Acordaron que toda la gente joven debía asistir a la escuela a tiempo completo, y los estudiantes recibieron tests de aptitud con un rigor que los adultos a bordo nunca habían afrontado. Un grupo numeroso se encargaba de atender las comunicaciones provenientes de la Tierra, de grabar y estudiar todo lo que estas contenían. Tal vez fuera prematuro, puesto que se producirían cambios significativos, tanto históricos como biofísicos, en los ciento setenta años anteriores a su regreso, y nadie a bordo estaría vivo cuando la nave efectuase la reentrada en el sistema solar, no obstante había un gran interés.

Lo que pudieron averiguar en cuanto a los asuntos del sistema solar generó motivos de preocupación. En el momento en que se había enviado la comunicación, casi doce años antes, en lo que era el año 2733, había un desorden político casi continuo. La transmisión no incluía datos de trasfondo que abarcasen todo el sistema, por tanto había que inferir los hechos a partir de diversos hilos de noticias. Lo que estaba claro era que el nivel del mar en la Tierra superaba en varios metros el que era cuando la nave partió de viaje, y que el nivel de dióxido de carbono en la atmósfera terrestre se situaba en torno a seiscientas partes por millón, significativamente reducido respecto al momento del inicio de la travesía, cuando era de 1000 ppm. Eso apuntaba a esfuerzos para rebajar el nivel de carbono, y que había distribuciones de dióxido de azufre en la región polar septentrional de la Tierra, lo que indicaba a su vez empeños en materia de geoingeniería. Habían recabado varios cientos de nombres correspondientes a naciones terrestres en las noticias, y pese a todo la lista no parecía completa. Había diversas estaciones científicas en Marte, así como en los asteroides; se habían ahuecado miles de asteroides para convertirlos en pequeños terrarios giratorios. También había muchas estaciones e incluso ciudades cubiertas en las grandes lunas jovianas y saturnianas, en todas excepto en Ío, lo que no era sorprendente

teniendo en cuenta su nivel de radiación. Había una ciudad móvil en Mercurio que circulaba siempre a poniente para permanecer en el terminador crepuscular. Luna, aunque moteada por estaciones y ciudades cubiertas, y la fuente de muchas de las transmisiones informativas enviadas a la nave, no estaba siendo terraformada. Hubo quien en la nave declaró que se habían hecho pocos avances en el sistema solar durante el tiempo que la nave había permanecido ausente, y nadie tenía una explicación que justificara este efecto de estancamiento en cuanto a los descubrimientos y los esfuerzos, si es que de verdad se trataba de esto. Estaba, por supuesto, la curva estándar en S de la función logística, que trazaba el diagrama de la velocidad de crecimiento vista en tantos y tantos fenómenos físicos; nadie podía decir con seguridad si la historia humana también se conformaba a esta pauta de rendimiento decreciente. En resumen, no podía analizarse la transmisión terrestre y explicar qué estaba pasando allí. Las teorías a bordo eran muy variopintas, pero las transmisiones constituían únicamente en torno a 8,5 gigas de datos a diario, así que no había mucho de lo que inferir. Había un amplio margen para la especulación.

Mientras fuimos haciéndonos más y más conscientes de esta incertidumbre sobre la situación en el sistema solar, nos preguntamos si debíamos detener la aceleración de la nave un poco antes de lo planeado, para ahorrarnos después combustible.

El peso de los recién nacidos de la nueva generación se situó algo por debajo del promedio resultante del viaje de ida, y se registraron también un porcentaje mayor de problemas y defectos de nacimiento. El equipo médico no pudo explicar lo sucedido, y algunos de sus integrantes dijeron que no había explicación, que la muestra era demasiado insignificante para que tuviese peso estadístico. Pero sí tuvo un peso emocional, hubo padres muy decepcionados, y su dolor se extendió a toda la población por ósmosis conversacional o emocional. No hubo dificultad a la hora de detectar un cambio de humor. La gente estaba ansiosa. El promedio de la presión sanguínea, ritmo cardíaco, tiempo de sueño: todo cambió en la dirección señalada por un aumento del estrés, de una inquietud y un miedo crecientes.

—¿A qué se debe todo esto? —preguntaba la gente—. ¿Qué ha cambiado?

Solían preguntárselo a Freya, como si, dijo a Badim, ella pudiera canalizar el espíritu de Devi y ofrecerles una respuesta. Puesto que carecía del afán investigador forense de Devi, se limitaba a decir:

—Debemos averiguarlo. —Tal como la propia Devi hubiese dicho. Después,

por supuesto, llegaba el momento en que las cosas se ponían más difíciles, el momento en que Devi había encabezado el camino a seguir. No había nadie como Devi vivo a bordo en ese momento. Esto podíamos confirmarlo sin lugar a dudas, aunque no lo hicimos.

Durante un periodo de unos tres meses, experimentaron una serie de cortocircuitos eléctricos en los biomas tropicales, y despacharon equipos en busca del problema, pero no encontraron nada hasta que subieron por la columna, donde, en el interior de un cuarto eléctrico del tamaño de un armario, que siempre se había mantenido cerrado para impedir actos de sabotaje, encontraron una gotera flotante de agua de un metro de circunferencia, cuya agua estaba salpicada de vida bacteriana sin identificar. Al examinar las bacterias, resultó tratarse de una especie de geobacteria, una especie que en gran medida se alimentaba directamente de electrones. Tras investigar se hallaron muestras de esta cepa de geobacteria en todas partes del sistema eléctrico de a bordo.

Preocupación generalizada. La electricidad estática era inevitable en la nave, y en la microgravedad de la columna, campos de electricidad estática podían condensar la humedad del aire y crear concentraciones de agua, dando paso más adelante a gotas flotantes de agua que no se limitaban a las paredes laterales, sino que crecían y adquirían tamaños como el hallado. No existía un método fácil de que la nave dispusiese de sensores capaces de detectar tales gotas de agua, las cuales eran capaces de concentrarse en las así llamadas zonas muertas de la columna, e incluso en espacios útiles como en aquel cuarto eléctrico. Además, también, como había finas capas bacterianas (también de virus y arqueobacterias) que cubrían todas las superficies de la nave, el crecimiento bacteriano se producía con casi toda certeza en cualquier gota de agua que se condensase.

Después de los sucesos traumáticos acaecidos en Aurora, muchos se pusieron nerviosos por este recordatorio de la existencia en todas partes de la microflora y fauna. La nave siempre había estado provista de estas formas de vida, por supuesto, así como todos los cuerpos de los animales mayores; cualquier analogía con Aurora era falsa. Pero a bordo todos vivían conscientes de tantas analogías cuestionables que sin duda era difícil para ellos saber dónde debían trazar la línea (por expresarlo de este modo).

A Freya le pidieron unirse al grupo de trabajo encargado de recorrer toda la nave en busca del menor indicio de condensación, así como de concentraciones de moho, hongos y bacterias.

—En realidad la invitación se la hacen a Devi —dijo Freya a Badim.

Este se mostró de acuerdo, pero también la animó a sumarse al estudio.

Los resultados de la investigación los perturbaron. La nave rebosaba microbios, tal como era sabido por todos, pero no era eso lo que constituía un problema, sino el modo en que funcionaban las cosas en cualquier estructura que incluyese vida de cualquier tipo. Sin embargo, habían visto los problemas sufridos por los recién nacidos, y las cosechas eran consistentemente inferiores que durante el viaje de ida, a pesar incluso de que las mismas plantas recibían la misma luz y los mismos nutrientes. El peso de los recién nacidos era inferior en todos los animales presentes a bordo, mientras que el índice de abortos ascendía. Por tanto, la naturaleza viva del interior de la nave se convirtió en algo ominoso y premonitorio.

—Mirad, siempre ha sido así —recordó Freya a los miembros del consejo ejecutivo cuando convocaron a una reunión al grupo de trabajo para que compartiese sus hallazgos—. No hay modo de esterilizar la nave cuando esta se compone de un conjunto de biomas. Está viva, eso es todo.

Nadie pudo mostrarse en desacuerdo. A pesar de su ansiedad, tenían que vivir en un rico caldo de cultivo de bacterias, en un microgenoma acumulativo que era mucho mayor que su propio genoma, hasta el punto que era imposible estimar su importancia, especialmente porque era fluido y se hallaba en continuo cambio.

Pero algunas bacterias eran nocivas. Igual que las arqueobacterias, hongos, virus, priones, viris y ves. Debían hacer distinciones, como parte de su capacidad para mantener una biosfera saludable y funcional. Había que tolerar algunos patógenos, pero había que destruir a otros, si eso era posible; sin embargo, cualquier empeño de matar bacterias suponía que las variedades resistentes supervivientes de esas especie se volverían más dominantes y más resistentes, tal como suele suceder a niveles microscópicos de vida, o, tal vez, a todos los niveles de vida.

Freya les recordó que era muy peligroso intentar matar cosas. Lo sabía muy bien; con la desolación que acompaña a recurrir a los recuerdos más tempranos, señaló que Devi creía firmemente que intentar eliminar a cualquier especie invasora solía crear más problemas de los que solucionaba. Un microbio desestabilizado causa a menudo mayor daño que cualquier cosa que un microbio equilibrado pueda hacer. Por tanto, era preferible intentar equilibrar el conjunto

con la menor intrusión posible. Cambios sutiles, orientados todos sin excepción a obtener el equilibrio, a optimizar. El equilibrio era crucial, balancines que subían y bajaban. Devi siempre había abogado por que todo el mundo se inoculase helmintos, gusanos intestinales, para obtener una mayor resistencia más adelante a parásitos semejantes. Se había mostrado un tanto fanática en este aspecto, como en tantos otros.

El consejo y todos los demás se pusieron de acuerdo con Freya en este asunto; era la sabiduría común. Pero empezaban a sufrir problemas que ninguno de ellos había visto anteriormente. La persona de mayor edad a bordo tan solo contaba con setenta y ocho años. El promedio de edad era de treinta y dos. Ninguno de ellos había visto muchas cosas en su corta vida, y la complejidad de los problemas que Aram denominaba involución de zoo era nueva para ellos, si no en el plano abstracto, sí en la experiencia vital.

A medida que los equipos continuaban inspeccionando la nave, averiguaron que algunas de las bacterias moraban en las soldaduras, así como en los huecos y las grietas que había entre las paredes y los componentes, devorando los sustratos físicos de la nave. La corrosión no era química, sino bioquímica. A medida que siguieron investigando, descubrieron que todas las paredes de la nave, las ventanas, los marcos, los engranajes y pegamentos habían sido alterados por bacterias, primero químicamente y luego física y mecánicamente, hasta el punto de que su función se veía perjudicada. Se hallaron protozoos, amebas, bacterias y arqueobacterias en las juntas situadas en torno a ventanas y puertas cerradas, así como en los componentes de los trajes de vacío, en el aislamiento del cableado, en los paneles interiores y los chips de sistemas eléctricos, incluidos los ordenadores. Los componentes eléctricos a menudo se calentaban, y había una sensación de humedad en el ambiente. Encontraban microorganismos que vivían en el acero al carbono y el acero inoxidable, e incluso los degradaban. Y allí donde coincidían dos materiales de tipos distintos, la vida microbiana moraba en los puntos de encuentro de los mismos, creando circuitos galvanizados que con el tiempo los corroían. El metal picado, el cristal esmerilado; los plásticos devorados, digeridos y excretados: todo se había endurecido y desintegrado, sin moverse excepto cuando estaba sometido a las fuerzas de la rotación centrífuga de la nave y a la presión de su aceleración. Criaturillas cuyo número ascendía a trillones, sino más. Era imposible hacer un cálculo aproximado, y menos aún uno real. Crecían, comían y morían, y nacían y crecían de nuevo, y devoraban de nuevo. Estaban devorando la nave.

La vida es una parte necesaria de la matriz de la vida; así que la nave debía

estar viva. Y por tanto la nave estaba siendo devorada. Lo cual suponía que, en cierto modo, la nave estaba enferma.

Las reuniones semanales del grupo de trabajo bacteriológico se parecían a aquellas a las que Freya había acudido de pequeña, cuando Devi la ponía en un rincón con un juguete desmontable, o papel y rotuladores. Solo que ahora se sentaba a la mesa de reuniones, aunque con tan poco que decir como cuando era niña. Los patólogos botánicos hablaban, los microbiólogos hablaban, los ecólogos hablaban. Freya prestaba atención y asentía, paseando la mirada de rostro en rostro.

—Los organismos de esa gota enorme de agua son principalmente geobacterianos y hongos, pero también hay un prión ahí que nadie había visto antes a bordo y que no estaba presente al principio.

—Alto ahí, espera. Querrás decir que nadie sabía que estuviese presente al principio. Que nadie lo había visto. Pero debía de estar ahí. Es imposible que haya evolucionado, partiendo de algún tipo de precursor, no en el tiempo que hace desde que se construyó la nave.

—¿No? ¿Estás seguro?

Los microbiólogos comentaron la jugada un rato.

—Hay muchas cosas que han tenido tiempo de evolucionar un poco —dijo uno de ellos—. Me refiero a que ese es nuestro problema, ¿no? Las bacterias, los hongos, puede que las arqueobacterias, evolucionan a mayor velocidad que nosotros. Todos los organismos lo hacen a ritmos distintos, así que aumentan las discrepancias porque no hablamos de un ecosistema lo bastante grande para que se dé una coevolución capaz de imponer un equilibrio. Eso es lo que Aram lleva tiempo diciendo.

Convocaron a Aram a la siguiente reunión para hablar de ello, y cuando los microbiólogos lo mencionaron, él asintió.

—Es verdad. Pero coincido en que no es probable que este prión haya evolucionado a bordo. Creo que se trata de otro polizón, abandonado aquí junto al resto de nosotros. La única diferencia es que ahora somos conscientes de su existencia.

—¿Y es venenoso? —preguntó Freya—. ¿Nos matará?

—Bueno, puede que sí. Claro. Quiero decir que no quieres tenerlo dentro. Eso es lo que tienen los priones.

—¿Estás seguro de que no ha podido evolucionar aquí, partiendo de una forma precursora?

—Supongo que cabe esa posibilidad. Básicamente, los priones son proteínas mal dobladas. Y ya llevamos un tiempo expuestos a la radiación cósmica. Posiblemente una proteína ordinaria recibió un impacto en una matriz que le permitió iniciar el tipo de reproducción extraña del prión. Creo que así es cómo empezaron las cosas en la Tierra, ¿no?

—No se sabe con seguridad —respondió uno de los microbiólogos—. Los priones son muy raros. Que nosotros sepamos a partir de las transmisiones de la Tierra, allí siguen sin tenerlo claro. No se sabe mucho sobre ellos.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora con ellos? —quiso saber Freya.

—Sin duda pertenecen a la clase de organismos que podríamos querer intentar erradicar. Ha llegado la hora de empuñar los plaguicidas, si es que damos con uno que nos sirva. O podemos averiguar cuál es la matriz de estos priones, y atacarla. Rascar y pulverizar todos los rincones donde pueda estar. Desintegrar la gota de agua, eso está claro, incluso arrojarla al vacío. Perderemos agua, pero tendremos que vivir con las consecuencias. Algo que podría proporcionarnos cierto consuelo es que el crecimiento de los priones dentro de los mamíferos es un proceso muy lento. A eso se debe que descartase la posibilidad de que el patógeno auroriano fuese un prión. Cuando Jochi lo llama prión rápido, creo que se refiere a que se trata de algo que no reconocemos. Yo creo más probable que sea un tardígrado muy, muy pequeño.

Más tarde, Freya fue al Radio 2 a visitar a Jochi, que seguía dentro del transbordador, aferrado magnéticamente al espacio entre el Radio 2 y el Radio 3. Jochi ni siquiera había dudado a la hora de decidir permanecer junto a la nave y, por tanto, junto a Aram, Freya y Badim. Seguía sintiendo una ira intensa contra los que se quedan, debido a lo que les había pasado a quienes regresaron a bordo en el transbordador.

Freya y él conversaron situados en sus respectivos contenedores desde donde podían verse mutuamente, separados por mamparos y ventanucos.

—Han hallado un prión en uno de los compartimentos del transformador de

la columna —le informó Freya—. Se trata de algo parecido a un prión terrestre.

Jochi asintió.

—Algo había oído al respecto. ¿Creen que proviene de mí?

—No. Se parece demasiado a los priones terrestres. Como uno de los que causan la enfermedad de las vacas locas.

—Ah. De acción lenta.

—Sí. Y no está claro aún que haya ido más allá de una gota de agua en el compartimento eléctrico.

Jochi negó con la cabeza.

—No entiendo cómo es eso posible.

—Tampoco Aram. Nadie lo hace.

—Priones. Vaya. ¿Están asustados?

—Sí, claro.

—Claro. —Su expresión adoptó cierta hosquedad.

—Bueno —continuó ella, poniendo la palma de la mano en el mamparo traslúcido—. ¿Cómo lo llevas ahí fuera?

—Estoy bien. He seguido una transmisión de China. Es fascinante. Parecen haber hecho grandes progresos en proteómica y epigenética.

—¿Alguna otra cosa? ¿Has estado contemplando las estrellas?

—Ah, sí. Un par de horas diarias. He estado mirando el Saco de carbón. Y encuentro nuevos modos de mirar a través de nuestra pantalla magnética hacia Sol. Aunque podría ser que la pantalla esté distorsionando la imagen. O eso, o el Sol titila un poco. A veces creo que se trata de señales dirigidas a nosotros.

—¿Sol? ¿Te refieres a la estrella?

—Sí. Eso parece.

Freya lo miró en silencio.

—Y también he vuelto a ver a los cinco fantasmas —continuó Jochi—. Hay algo que los tiene muy cabreados. Por lo visto, el Forastero cree que tenemos problemas. Vuk se limita a reírse de él.

—Ay, Jochi.

—Lo sé. Pero, mira, supongo que con alguien tienen que hablar.

Freya se rio.

—Supongo que sí.

De modo que mientras viajaban de vuelta a Sol, intentaron acostumbrarse a sus nuevas vidas, que en parte eran como las antiguas y en parte no. Para empezar eran menos, circunscritos todos al Anillo B. Y después del trauma del cisma, y de escoger regresar al sistema solar y a su gigantesca civilización, había muchos a bordo deseosos de dar con una forma nueva de hacer las cosas. Menos normas en sus vidas, menos gobierno; que no fuese tan necesario estudiar todo lo que debían saber para gobernar la nave.

Error, decía Freya siempre que salía el tema a colación. Todo era un error, ¡no podían andar más errados! Insistió en que siguieran el mismo camino que habían tomado a la ida, sobre todo en cuanto al estudio. Cómo se manejaran en sus vidas cotidianas era, por supuesto, asunto suyo y no le atañía; pero independientemente del método, entre los asuntos cotidianos debía contemplarse una educación completa sobre el funcionamiento de la nave.

En momentos como este, parecía actuar como una especie de versión de Devi, solo que más alta, lo cual obviamente inquietaba a los demás. Había quienes la llamaban Devi Dos, o Gran Devi, o Durga, incluso Kali. Nadie le llevaba la contraria cuando hablaba de ese modo. Nosotras llegamos a la conclusión de que su liderazgo en estos asuntos era importante para el continuado funcionamiento de la sociedad de la nave. Tal vez se tratara de una sensación, pero era evidente que la gente confiaba en ella.

Pero también Freya moriría algún día, igual que lo había hecho Devi. Y entonces, ¿qué?

Delwin sugirió abandonar la estructura política o cultural que había existido

anteriormente, compuesta por representantes, o alcaldes, de cada ciudad, que formaban una asamblea general que tomaban decisiones en materia pública.

—¡Eso fue lo que nos llevó a tener todos los problemas que hemos tenido!

—No, no fue eso —decía Freya—. Si la gente hubiese hecho caso a la asamblea, no habría pasado nada malo. Lo sucedido se debe a que hubo gente que optó por saltarse las leyes.

Es posible, admitió Delwin. Pero fuera como fuese, ahora todos estaban de acuerdo y únicamente debían mantenerse unidos hasta regresar al sistema solar, en cuyo momento se verían de nuevo integrados en un mundo mayor y más variopinto. Teniendo eso en cuenta, dada la verdad constatada de que el poder siempre corrompe, ¿por qué no abandonar todo aparato de poder? ¿Por qué no confiar en que serían capaces de organizarse a sí mismos, de hacer sencillamente lo que había que hacer?

Ese no era momento de experimentar con la anarquía, se limitó a decir Badim a su viejo amigo. No tenían margen de error. Existían problemas agrícolas que crecían a mayor velocidad que las propias cosechas; debían resolverlos, y no iba a ser tan sencillo. Para sobrevivir deberían ordenarse a sí mismos qué hacer, y mantener sus vidas en orden.

—No solo es la agricultura —señaló Freya—. Es un problema de población. A la velocidad que vamos, no tardaremos en alcanzar el límite de la capacidad de la nave. No podemos rebasarlo, y teniendo en cuenta los problemas que tenemos con las cosechas, igual sería mejor mantenerlo por debajo del límite teórico. Cuesta saberlo con seguridad, porque necesitaremos trabajadores para todo lo que debe hacerse. Eso concierne a nuestros problemas de logística. Pero sea como sea, habrá que regular cuántos somos.

—Y basta con tener una ley para necesitar un sistema que la imponga —intervino Badim—. Y cuando se trata de algo tan básico como la reproducción, todo el mundo debe acatarla. Puede ser democracia directa, tratándose de un grupo de este tamaño. No hay motivo para que sea de otro modo. Hay asambleas de representantes en la Tierra mayores que el conjunto de nuestra población. Sin embargo, creo que debemos acordar que ciertos comportamientos que decidamos seguir son vinculantes. Necesitamos un régimen legal. No pongamos eso en duda, por favor.

—Pero ya has visto adónde nos llevó eso —insistió Delwin—. En cuanto se produce un desacuerdo real, todo se derrumba.

—Pero ¿acaso es eso un argumento en contra del gobierno? Porque a mí me parece todo lo contrario. Se quebrantó la ley, hubo un intento golpista. Logramos reconducir la situación imponiendo el cumplimiento de la ley, un retorno a las normas que teníamos.

—Es posible, pero me refiero a que creemos contar con una estructura que va a tomar las decisiones en nombre nuestro, y a protegernos cuando surja un problema, pero no hacemos más que engañarnos. Porque cuando se declara una crisis, el sistema no puede actuar por nosotros, y en ese momento nos sumergimos en el caos.

A nosotras nos parecía que la nave era el sistema que había logrado salvar a la población durante la crisis y el trauma del cisma, y que seguía estando en posición de resolver cualquier futura crisis política; pero desde luego no íbamos a mencionarlo en ese momento, por estar fuera de lugar, y posiblemente también para evitar torcer, o incluso alimentar, los sentimientos del propio Delwin. Además, tan solo habíamos velado por el cumplimiento de la ley.

Y estaba claro que Badim quería apaciguar los sentimientos de su viejo amigo.

—De acuerdo, entendido. Tal vez hayamos olvidado demasiado, o dado demasiadas cosas por sentadas.

—Espero que ahora no vayamos a enfrentarnos a elecciones tan terribles como esa —dijo Freya—. Viajamos de vuelta a la Tierra, y hay poca cosa que podamos hacer, dado ese proyecto, excepto velar por que todo vaya bien. Legar la nave a nuestros hijos en perfecto orden de funcionamiento, y enseñarles lo que deban saber. Eso fue lo que nuestros padres hicieron con nosotros tan bien como pudieron. Así que hagamos ahora lo propio, que unas pocas generaciones más lo hagan, y que la última del linaje regrese al planeta para el que estamos hechos.

Así quedó reestablecida la asamblea general, que esta vez incluyó a todos los que viajaban a bordo, todos con derecho a voto en asuntos que el comité ejecutivo encargado de presentarlos considerase relevantes. Votar era obligatorio. El comité ejecutivo estaba compuesto por cincuenta adultos, escogidos por sorteo para ocupar el puesto durante un periodo de cinco años, aunque se contemplaban

ciertas exenciones razonables para no ocupar el asiento en el comité si el nombre de uno aparecía en el sorteo.

El mantenimiento de la nave quedó en nuestras manos, y debíamos entregar informes y recomendaciones periódicas al comité para la actuación humana. Acordamos desempeñar estas funciones.

—Será un placer hacerlo —dijimos.

¿Literalmente? ¿Era un sentimiento o tan solo una frase? ¿Podían los humanos sentirse así cuando decían tales cosas?

Posiblemente un sentimiento sea un complejo resultado algorítmico. O un estado superpuesto antes del colapso de su función de onda. O un conjunto de datos procedente de diversos sensores. O una especie de respuesta totalmente somática, un estado fingido que supone una suerte de suma de historias. Quién sabe. Nadie.

La primera nueva generación había cumplido su segundo año, y la mayoría echó a andar antes o después. Fueron necesarios unos meses más para constatar que, en conjunto, su capacidad para caminar era mucho más tardía que la de la anterior generación de la nave. No compartimos este hallazgo. Sin embargo, a medida que cobró un peso estadístico más significativo, también se volvió anecdóticamente más obvio y pronto se convirtió en una de esas anécdotas de las que habla la gente.

—¿Qué lo causa? Debe de haber una razón, y si supiéramos de qué se trata, podríamos hacer algo al respecto. ¡No podemos cruzarnos de brazos!

—Se los somete a tanta atención, mucha más que antes...

—¿Por qué dices eso? ¿Cuándo los padres no han prestado atención a sus hijos? No creo que eso sea así.

—Venga, vamos. Pero si hay que pedir permiso para tener uno; no abundan, son el centro de la vida de todo el mundo, pues claro que estamos pendientes de ellos.

—Nunca hubo buenos datos de asuntos relativos al desarrollo como estos.

—No es verdad, eso no es cierto.

—Vale, ¿entonces dónde están? Porque yo no los encuentro por ningún lado. No son más que anécdotas. ¿Cuándo puede decirse que un bebé camina? Es un proceso.

—Algo ha cambiado. Fingir que no lo ha hecho no nos ayudará.

—Puede que se trate de una reversión a la media.

—¡No digas eso!

Eso lo dijo Freya en tono cortante.

—No digas eso —insistió cuando se impuso el silencio entre los demás—. No tenemos ni idea de cuál era la media. Además, se cuestiona el concepto en sí.

—Vale, muy bien. Llamémoslo como queramos, pero ya veis cómo se tambalean. Debemos averiguar el porqué, es lo único que digo. Nada de enterrar la cabeza en un asunto como este. No si pretendemos que alguien llegue a casa.

Disponían de baterías de test para que los niños mejoraran su desarrollo cognitivo. En los cuarenta, a bordo de la nave, se había elaborado la Combinatoria Pestalozzi-Piaget, empleando diversos juegos a modo de test. Freya pasó la mayor parte del año sentada en el suelo de la guardería, jugando a juegos con los niños que se van, tal como se los conocía. Rompecabezas sencillos, juegos de palabras, invitaciones a poner nombres a las cosas, problemas aritméticos y geométricos con bloques. A nosotras no nos pareció que estos test pudiesen revelar gran cosa sobre el razonamiento de los niños, sobre sus habilidades analógicas, su capacidad deductiva a partir de pruebas negativas, y demás; eran todos parciales e indirectos, simples desde un punto de vista lingüístico y lógico. Pese a todo, el resultado obvio de cada una de las sesiones causaba mayor preocupación en Freya. Tenía menos apetito, llevaba más la contraria a Badim y al resto. Dormía menos de noche.

No solo los juegos de los niños la preocupaban a ella y a los demás. Era más acuciante la escasez de resultados en las cosechas de Pradera, La Pampa, Sonora y Olympia; también aumentaban las bajadas de la tensión eléctrica en los generadores de la columna, 6,24 cortes y 238 kilowatt/hora al mes de promedio, lo cual causaría serios problemas en toda clase de funciones en cuestión de varios meses. Era posible rastrear y aislar las secciones de la red donde los cortes eran más frecuentes, aunque, de hecho, se extendían a lo largo de puntos muy diversos en la columna y los radios. Se sospechaba de la acción de las geobacterias, halladas

a menudo en el cableado. Al igual que sucedía con otros componentes esenciales de la nave, el mantenimiento era cada vez más necesario.

Trabajaron en estos problemas siempre que pudieron localizarlos, y nosotras hicimos lo mismo. En muchos componentes, debía mantenerse su funcionamiento mientras se efectuaban las reparaciones, y, en su mayor parte, los elementos a repararse debían ser retirados previamente y reparados, antes de devolverlos a su lugar, ya que no disponían de materiales adecuados para muchos de los componentes mayores. Por ejemplo, las paredes exteriores.

Por tanto hubo que retirar los paneles de aislamiento, dejando los cables al aire para efectuar las labores de limpieza, desmontar el material de aislamiento para luego reconstituirlo, y por último devolverlo a su lugar sobre el cableado, sin dejar un instante sin potencia a la nave. Podía acordarse un calendario de apagones parciales, y así se hizo. No obstante, las pérdidas de potencia derivadas de los cortes reducían las funciones a bordo, incluidas las de las instalaciones de luz solar artificial.

Empezamos a investigar los algoritmos recursivos en un archivo etiquetado por Devi como «Metodología bayesiana». Íbamos en busca de opciones. Deseábamos que Devi estuviese ahí. Intentábamos imaginar qué hubiese dicho. Lo cual descubrimos que era imposible. Eso era precisamente lo que se perdía a la muerte de una persona.

Esta serie de averías constantes resultaba particularmente problemática en lo relativo a la iluminación de luz solar artificial. Toda la luz de la nave, aparte de la ambiental procedente de las estrellas, que no superaba 0,002 lux, la generaban los elementos de iluminación de a bordo, que aprovechaban un amplio abanico de diseños y propiedades físicas. Su luz solar artificial variaba en luminosidad de los 120 000 lux de una mañana clara a los 5 lux durante las tormentas más oscuras al atardecer. Todo esto se regulaba adecuadamente, junto al efecto de la nocturna luz de luna, que oscilaba entre la luna llena con sus 0,25 lux a los 0,01 lux, de acorde con el clásico calendario lunar. Pero cuando los elementos de iluminación debían repararse o reabastecerse, era como si se produjeran eclipses inesperados. Las cosechas se veían afectadas, su crecimiento demorado, lo cual era problemático para ellos llegada la cosecha. Aumentar la luz del bioma tras un apagón no compensaba la pérdida de luz en los momentos clave. Sin embargo, a pesar de los costes agrícolas, dado el inevitable desgaste de los elementos de iluminación propiamente dichos, simplemente era necesario realizar el mantenimiento de rigor. De resultas de ello obtenían menos alimentos.

El consejo ejecutivo y la asamblea general, lo que incluía a todo el mundo a bordo de la nave mayor de doce años, recibió la consulta por parte del grupo de laboratorio de Aram de que considerase cuestiones de capacidad de carga. Únicamente se trataba de una formalización de una conversación que se mantenía en varios canales, ya que todos los biomas habían emprendido su debate sobre el uso de la tierra, respecto a qué clase de alimentos cultivar. ¿Tenían un margen calórico suficiente para criar animales para obtener carne? La carne cultivada era más eficaz en términos de tiempo y energía, pero existía el factor limitador de las existencias de materiales para elaborarla. Y no siempre resultaba sencillo efectuar un cambio rápido en los biomas de un régimen agrícola a otro ganadero, y de tierra de pastos a tierra de cultivos. Cada cambio en los biomas tenía ramificaciones ecológicas que no podían modelarse ni predecirse en toda su extensión. Habría un margen de error muy escaso si perjudicaban la salud de un ecosistema, intentando volverlo más productivo en términos alimentarios. Necesitaban que todos los biomas fuesen saludables.

Se acordó que los biomas menos productivos en términos agrícolas debían reconvertirse en tierras de labranza. En comparación con la comida, la biodiversidad no era tan importante en ese momento.

Nos alegramos de ver a la gente alcanzar conclusiones que la simple exploración algorítmica de sus opciones había sugerido hacía tiempo. De hecho, probablemente nosotras mismas debimos mencionarla. Algo a recordar, con el tiempo.

De modo que reprogramaron el clima de Labrador, elevando bastante su temperatura y añadiendo una estación de lluvias similar a la de una pradera. En la Tierra, este nuevo régimen climático habría resultado más apropiado unos veinte grados de latitud al sur de Labrador, pero esto quedaba como entre dos aguas (literalmente), ya que lo que les preocupaba en ese momento era maximizar la agricultura. Drenaron las ciénagas que resultaron cuando los glaciares y el permafrost se fundieron, y, cuando no la almacenaron, destinaron el agua a otro lugar. Luego procedieron con vehículos pesados a allanar el terreno, y más tarde añadieron inoculantes de suelo procedentes de los biomas más cercanos, además de fertilizante orgánico y otras mejoras, y cuando todos estos cambios se hubieron realizado, plantaron trigo, maíz y hortalizas. Los renos, los bueyes almizcleros y los lobos de Labrador fueron sedados y transportados a recintos acotados en el bioma alpino. Un porcentaje de los mamíferos ungulados fue sacrificado para su consumo como alimento, aprovechado el fósforo de los huesos, igual que sucedía con todos los animales a su muerte.

La población humana de Labrador se dispersó a otros biomas. Hubo algunas muestras de descontento y amargura por ello. Fue en Labrador donde varias generaciones de niños se habían educado como en la Edad de Hielo de la Tierra, para luego, en la pubertad, serles revelada la verdadera naturaleza de la nave, un evento memorable para los jóvenes. A mucha gente de otros biomas les parecía un trauma innecesario, pero un porcentaje amplio de quienes habían pasado por ello educaba a sus hijos del mismo modo (62 por ciento), de modo que había que admitir que no iban muy desencaminados, y posiblemente era como si los labradoreños dijese que la educación recibida durante su niñez los había ayudado a ser adultos. Otros habitantes de Labrador lo discutían, a veces acaloradamente. Tampoco estaba claro que más adelante mostrasen una mayor incidencia de dificultades mentales. Ellos lo expresaban así: «El sueño de la Tierra te volverá loco, a menos que vivas el sueño. En cuyo caso eso también te enloquecerá».

Fuera como fuese, ese modo de vida había llegado a su fin.

Los biomas de bosque tropical se enfriaron un poco y se secaron considerablemente tras la tala de muchos de sus árboles. Los claros del bosque tropical se terraplenaron para el cultivo de arroz y hortalizas, reforzados los terraplenes por hileras de viejos árboles abandonados que sustentaban una fracción muy modesta de las poblaciones anteriores de aves y mamíferos. De nuevo se procedió al sacrificio de muchos animales, que fueron consumidos o congelados para más adelante.

Se preguntaban a menudo si la reducción de los bosques tropicales había causado que determinados patógenos se desplazasen a biomas cercanos, ya que la incidencia de ciertas enfermedades aumentó en los biomas adyacentes.

El tizón temprano, un problema fúngico que los expertos en agricultura siempre consideraron muy difícil de combatir, golpeó con fuerza los árboles frutales de Nueva Escocia. Entretanto, el tizón tardío, una especie de *Phytophthora*, dañaba las hortalizas de La Pampa. Las plagas bacterianas devastaron las legumbres de Persia, cuyas hojas segregaban baba. No toquéis las hojas, advertían los ecólogos, o lo extenderéis por todas partes.

Los baños de plaguicida y las cuarentenas se volvieron rutinarios en todos los biomas.

El cancro de *Cytospora* mataba los árboles de frutas con hueso de Nueva Escocia. A Badim le entristeció la pérdida de sus frutos favoritos.

Los cítricos de los Balcanes cedieron ante la enfermedad verde y sufrieron un rápido declive.

La putrefacción de las raíces se convirtió en un fenómeno cada vez más común, y únicamente podía contrarrestarlo el empleo de hongos beneficiosos y bacterias que competían con éxito a los patógenos. El índice de mutación de los patógenos parecía superar a lo que los ingenieros genéticos denominaban *ripostíferos*.

Las plantas se marchitaron cuando los hongos o bacterias obstruyeron la circulación de agua. Un hongo capaz de residir en el suelo durante años sin manifestarse pudrió las raíces. Empezaron a ajustar el pH del suelo al menos a 6,8 antes de plantar vegetales cruciformes.

Los mildius polvorientos también persistieron en el suelo durante varios años, y el viento los dispersó.

Manténían aislados en todo momento a los biomas. Cada uno de ellos padecía su propio cuadro de problemas y enfermedades, su propia serie de soluciones. Todas estas enfermedades de las plantas que veían los habían acompañado desde el inicio del viaje, las habían llevado a bordo en el suelo y en las primeras plantas. Que tantas se manifestasen ahora era algo que se comentaba constantemente, y muchos consideraban el fenómeno un misterio, incluso una especie de maldición. La gente hablaba de las siete plagas de Egipto, o del Libro de Job. Pero los patólogos de las granjas y de los laboratorios decían que sencillamente era atribuible a desequilibrios del suelo y a endogamia genética, aspectos todos propios de la biogeografía insular o de la involución de zoo, o de como quiera que se llamase el aislamiento en el que llevaban ciento ochenta y siete años inmersos. En la intimidad del apartamento de Badim y Freya, Aram se mostró implacable en su juicio de la situación: «Nos hundimos en nuestra propia mierda».

Badim intentó ayudarlo a ver las cosas con un prisma más positivo, recurriendo a su antiguo juego:

Uno solo se esforzará en sobrevivir,

cuando en su propio nido ensuciado se vea obligado a dormir.

Lentamente, pero con seguridad, a medida que pasaban las estaciones, la

patología de las plantas se convirtió en su principal materia de estudio.

Las manchas de las hojas eran el resultado de una amplia hueste de especies fúngicas. El moho era consecuencia de la humedad. El tizón era fúngico. Las invasiones de nematodos causaban un crecimiento reducido, agostamiento, pérdida de vigor y una excesiva ramificación de las raíces. Intentaron reducir las poblaciones de nematodos mediante la solarización del suelo, lo cual funcionó hasta cierto punto, pero el proceso apartaba al suelo afectado de la rotación de cultivos al menos durante una temporada.

La identificación de las infecciones víricas en el tejido de las plantas a menudo se alcanzaba, si ese es el verbo adecuado, eliminando el resto de las posibles causas de un problema. La distorsión de la hoja, las manchas, las vetas, eran causadas por lo general por enfermedades víricas.

—¿Por qué se traerían consigo tantas enfermedades? —preguntó Freya en una ocasión en que visitaba a Jochi.

Él se rio al oír eso.

—¡No lo hicieron! Existen cientos de enfermedades de las plantas que lograron mantener al margen de la nave. Millares, probablemente.

—Pero ¿por qué incluir una sola de ellas?

—Algunas formaban parte de ciclos deseados. Pero desconocían la existencia de la gran mayoría.

Siguió un largo silencio por parte de Freya.

—¿Por qué nos azotan ahora?

—No lo hacen. Solo algunas. Da la impresión de que vuestro margen de error es muy pequeño. Porque la nave es muy pequeña.

Freya nunca hacía mención al modo en que Jochi se refería a todo lo que atañía a la nave como algo que correspondía a «vosotros», en lugar de a «nosotros». Era como si no tuviera nada que ver con él.

—Me estoy asustando —dijo—. ¿Y si resulta que volver no ha sido buena idea? ¿Y si la nave es demasiado vieja para lograrlo?

—¡Es que es una mala idea! —respondió Jochi, que rio de nuevo al ver la cara que puso—. Pero todas las demás ideas eran peores. Y mira, la nave no está tan vieja para lograrlo. Lo único que hay que hacer es solventar todas las crisis. Mantener todas las bolas en el aire durante otros ciento treinta años o así. No es un imposible.

Ella no respondió.

Al cabo de un minuto, Jochi dijo:

—Eh, ¿quieres salir y echar un vistazo a las estrellas?

—Supongo. ¿Tú?

—Claro.

Jochi se puso uno de los trajes de vacío que había en la nave y salió por la más pequeña de las escotillas de la embarcación auxiliar. Freya se puso uno de los trajes que quedaban en el complejo del Radio 3 del anillo interior. Se reunieron en el espacio que mediaba entre la columna y el anillo interior, justo frente al transbordador, y flotaron asegurados en ese espacio.

Permanecieron ahí colgados, suspendidos, flotando en mitad del vacío interestelar, asegurados cada uno a su respectivo y pequeño refugio. La exposición a la radiación cósmica era mucho mayor allí que en la mayoría de los espacios interiores de a bordo, incluso que en el transbordador de Jochi; pero una o dos horas al año, o incluso una o dos horas al mes, no alteraban gran cosa la situación epidemiológica. También nosotras nos veíamos por supuesto expuestas a perpetuidad a los rayos cósmicos, y de hecho acusábamos daños, pero por lo general éramos más robustas bajo el impacto de esta perpetua inundación, que era invisible e intangible a los humanos, y que, por tanto, era algo en lo que rara vez pensaban.

Durante buena parte de su actividad extravehicular, ambos amigos flotaron en silencio, mirando a su alrededor. La ciudad y las estrellas.

—¿Y si todo se viene abajo? —preguntó Freya, al cabo.

—Todo se viene abajo tarde o temprano. Yo qué sé.

Después siguieron flotando, cogidos de la mano cubierta con guante, sin

mirar a la nave ni a Sol, en dirección a la constelación de Orión. Cuando llegó la hora de regresar, se abrazaron, al menos hasta donde les permitió abrazarse el aparatoso traje. Era como ver a dos galletas de jengibre que intentan fundirse.

Las 10:34 h de 198.088. Las luces se apagaron en Labrador y se encendieron los generadores de emergencia, pero el sistema de luz solar artificial de Labrador siguió apagado. Se colocaron enormes luces portátiles para iluminar el oscuro bioma y se situaron también algunos ventiladores en las escotillas a ambos extremos para empujar el aire de La Pampa a Labrador y, de ahí, a Patagonia, con objeto de mantener caliente el aire. El trigo nuevo sobreviviría unos días sin luz, pero reaccionaría mal al frío que resultaría de esa carencia. Se ajustaron los parámetros de temperatura y calor en La Pampa para ayudar a mitigar el frío que penetraba en Patagonia, que también se estaba transformando en tierra de cultivo, y la nueva población de Labrador se desplazó a Plata para que las dotaciones de mantenimiento trabajasen sin miedo a hacer daño a nadie.

No hubo manera de localizar la causa del problema mediante los protocolos estándar, lo cual disparó la alarma. Tras recabar una serie de muestras diversas, las pruebas que llevamos a cabo determinaron que los gases y sales de los tubos del arco que conformaba el sistema de luz solar artificial, particularmente el haluro metálico y el sodio a alta presión, aunque también el xenón y el vapor de mercurio, habían disminuido hasta alcanzar un punto crítico, ya fuera por difusión a través de agujeros con un tamaño de nanómetros en los tubos de aluminio, o por contacto con los electrodos de los lastres, o por su interacción con el cuarzo y los tubos de arco de cerámica. Muchas de los sistemas de luz solar artificial también empleaban kriptón 85 para complementar el argón de algunos tubos, y torio en los electrodos, y puesto que estos eran radioactivos perdían con el paso del tiempo su efectividad a la hora de facilitar la descarga del arco.

Todas estas pérdidas que iban en aumento suponían que la mejor solución apuntaba a la fabricación de lámparas nuevas en las impresoras, suspendidas en posición por las plataformas hidráulicas que recorrían el Anillo B procedentes de Sonora, instaladas y puestas en marcha. Cuando hicieron estas cosas, la luz regresó a Labrador y a sus gentes. Se reciclaron las antiguas lámparas, los materiales recuperables se devolvieron a los diversos puntos de almacenaje de materiales. Con el tiempo se recuperaría también, filtrado en el ambiente, parte del argón y el sodio que desprendían las lámparas, pero no todo; algunos átomos de estos elementos se habían unido a otros componentes de la nave y podían darlos por perdidos.

Al final, el apagón de Labrador no fue más que una crisis sin importancia. Sin embargo, causó diversos casos de altas presiones sanguíneas, insomnio, charlas sobre pesadillas. No eran pocos los que aseguraban que últimamente vivir a bordo era como verse inmerso en una pesadilla.

En 199 hubo fallos en las cosechas de Labrador, Patagonia y la Pradera. Las reservas de alimentos en esa época alcanzaban una cantidad capaz de alimentar a la población de la nave, que ya contaba con 953 personas, únicamente durante un periodo de seis meses. Aquello no era raro en la historia de la humanidad, de hecho se asemejaba a la reserva promedio de alimentos, al menos según los cálculos de los historiadores. Ahora, con la escasez causada por la mala cosecha, se vieron forzados a recurrir a la reserva.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Badim cuando Aram se quejó de ello—. Para eso sirve una reserva.

—Ya, pero ¿qué pasa si se agota? —replicó Aram.

Los patólogos botánicos trabajaron con denuedo para comprender los fallos lo bastante rápido para inventar nuevas estrategias de control de plagas, y probaron un amplio abanico de nuevos plaguicidas químicos y biológicos, descubiertos bien en los laboratorios de a bordo, bien mediante el estudio de las transmisiones procedentes de la Tierra. Introdujeron plantas modificadas genéticamente capaces de soportar mejor cualesquiera que fuesen los patógenos descubiertos como responsables de la infección de las plantas. Convirtieron todas las tierras de todos los biomas en tierras de cultivo. Abandonaron los inviernos, creando ciclos acelerados de primavera-verano-otoño.

Con la combinación de estas acciones, habían creado un experimento de múltiples variantes. Serían incapaces de determinar qué había sido responsable de los resultados obtenidos.

A medida que se plantaron nuevos cultivos en las primaveras recién programadas, dio la impresión de que el miedo podía considerarse una de las nuevas enfermedades que los golpeaban. Ahora la gente acaparaba alimentos, una tendencia que altera gravemente la situación del sistema. La pérdida de confianza social puede llevar fácilmente al pánico generalizado, luego al caos y al abandono. Todo el mundo era consciente de ello, lo cual contribuía a aumentar el nivel de miedo.

Al mismo tiempo, a pesar del peligro creciente, seguía sin haber a bordo oficiales encargados de la seguridad, y tampoco una autoridad, sin contar la que las personas ejercían sobre ellas mismas. A pesar de la temprana insistencia de Badim sobre un gobierno en lugar de la anarquía, seguían sin tener alguacil. Por tanto, en ese sentido estaban siempre al borde de la anarquía. Y, por supuesto, la percepción de esta realidad contribuía también al miedo.

Un día, Aram llegó al apartamento con un nuevo estudio elaborado por los patólogos botánicos.

—Parece ser que hemos emprendido el viaje algo faltos de bromo —dijo—. De los noventa y dos elementos naturales, veintinueve son esenciales para la vida animal, y uno de ellos es el bromo. Los iones de bromo estabilizan los tejidos conjuntivos llamados membranas basales, que forman parte de todo ser vivo. Es parte del colágeno que mantiene unidas las cosas. Pero toda la nave parece andar algo falta de ello, justo desde el principio. Delwin supone que intentaron rebajar la carga total de sal a bordo, y que eso ha sido un resultado accidental de ello.

—¿Podemos imprimirlo? —preguntó Freya.

Aram le dirigió una mirada espantada.

—Es imposible imprimir un elemento, querida.

—¿De veras?

—De veras. Eso solo sucede en el interior de estrellas que explotan y demás. Las impresoras solo pueden dar forma a cualesquiera que sean los materiales con que las alimentemos.

—Ah, claro —dijo Freya—. Imagino que ya lo sabía.

—No pasa nada.

—No recuerdo haber oído hablar mucho sobre el bromo —dijo Badim.

—No es un elemento que suele mencionarse. Pero resulta ser importante. Podría explicar algunas cosas que no comprendíamos.

La gente empezó a pasar hambre. Se instituyó un racionamiento de alimentos mediante voto democrático, efectuado por recomendación de un comité

formado para hacer sugerencias en relación con la emergencia que sufrían. La votación arrojó un resultado de 615 contra 102.

Un día avisaron a Freya en Sonora para que se encargara de solucionar una emergencia que no le concretaron.

—No vayas —le pidió Badim por teléfono.

Viniendo de él, se trataba de una petición realmente rara, pero cuando atendió la llamada ya se encontraba allí; y cuando vio la situación, se sentó en el banco más cercano, toda ella encorvada. Un grupo formado por cinco jóvenes se habían puesto bolsas de plástico en la cabeza y se habían asfixiado. Uno había garabateado una nota: «Somos demasiados».

—Esto tiene que parar —se dijo en voz alta cuando logró ponerse en pie.

Pero al cabo de una semana, un par de adolescentes sortearon el código de cierre de la escotilla y se lanzaron por el muelle de proa de la columna sin cabos de amarre ni traje de vacío. También ellos dejaron una nota: «Voy a salir un rato. Puede que sea un rato largo».

Apelar a la tradición. Virtud romana. Sacrificarse en aras de los demás. Se trata de algo muy humano.

Convocaron una asamblea general y se reunieron en la gran plaza de San José, donde habían pasado tantas cosas. Por otro lado, a esas alturas solo la mitad de ellos eran lo bastante mayores para haber vivido la crisis de Aurora y el cisma que siguió. La gente mayor presente miraba a los jóvenes con expresiones asustadas. No sabéis lo que sucedió aquí, decían los veteranos. La gente joven tendía a mostrarse extrañada. ¿No lo sabemos? ¿Estáis seguros? ¿Tan malo fue?

Cuando todos los que iban a acudir estuvieron presentes, se hizo una relación exhaustiva de la situación alimentaria. Se impuso el silencio en la plaza.

Freya se levantó dispuesta a hablar.

—Podemos superarlo —dijo—. No somos tantos, es un error decir eso. Solo tenemos que mantenernos unidos. De hecho, aquí todos somos necesarios para hacer lo que debe hacerse. De modo que estos suicidios no pueden repetirse. Nos necesitamos todos. Hay comida suficiente. Solo debemos cuidarlo, regular lo que comamos, y acompañarlo según lo que cultivemos. Todo irá bien. Pero únicamente

si cuidamos los unos de los otros. Ya conocéis los números. Ya veis que funcionará. Hagámoslo. Tenemos una obligación con todos los que lograron que funcionara esta nave, y con quienes están por venir. Llevamos doscientos seis años, y tenemos ciento treinta por delante. No podemos fallarles a las generaciones venideras, ni a nuestros padres, ni a nuestros hijos. En tiempos difíciles debemos mostrar coraje. No quiero que la nuestra sea la generación responsable del fracaso de todas las demás.

La gente se sonrojó, los ojos febriles; se levantaron, extendidas las manos sobre la cabeza, con las palmas hacia ella como flores de girasol, como si votaran que sí, como algo para lo que no podemos encontrar una analogía.

La nave está enferma, decía la gente. Es una máquina demasiado compleja y lleva doscientos años sin parar. Las cosas se tuercen. Una parte de ella está viva y está envejeciendo, puede que esté agonizando. Es un ciborg cuyas partes vivas enferman, y las enfermedades atacan a las partes no vivas. No podemos sustituirlas porque estamos dentro de ellas, y porque necesitamos que funcionen en condiciones en todo momento. Por esa razón las cosas van a peor.

—Mantenimiento y reparación —decía Freya ante semejantes reflexiones—. Mantenimiento y reparación y reciclaje, eso es todo. Es la casa donde vivimos, es el barco en el que navegamos. Siempre ha habido mantenimiento y reparación y reciclaje. Así que aguantad. No os pongáis melodramáticos. Sigamos como hasta ahora. No tenemos nada más que hacer con nuestro tiempo, ¿verdad?

Pero rara vez salía a colación lo del bromo desaparecido, y sus empeños por recuperar una parte de él reciclando el suelo, y después las superficies de plástico que había en la nave, tan solo arrojaron resultados parciales. Y también había otros elementos que se unían a la nave de maneras difíciles, creando nuevas oscilaciones metabólicas, carencias importantes. No se trataba de algo que pudiesen solucionar mediante el racionamiento. Y aunque rara vez se comentaba, casi todos a bordo eran conscientes de ello.

Cuando se quedaron sin reservas de alimentos y una infestación de nematodos acabó con casi toda la nueva cosecha de la pradera, convocaron una nueva asamblea. Se estableció un racionamiento total por consejo del comité encargado, y se trazaron nuevas reglas y prácticas.

Se ampliaron las conejeras, así como los estanques de tilapia. Pero tal como se señaló, incluso los conejos y la tilapia necesitaban alimento. Podían comerse a

estos animales en cuanto alcanzaban cierto tamaño, pero no crecerían a menos que los alimentasen. Así que, a pesar de su asombrosa capacidad reproductora, estos animales no constituían la solución del problema.

Se trataba de un problema agrícola sistémico, de materiales, de esfuerzo, de crecimiento, de resultados y de reciclaje. Controlar sus enfermedades era cuestión de una gestión integral de plagas diseñada y aplicada con éxito. Había un amplísimo campo de conocimiento y de experiencias pasadas que podían ayudarlos. Debían ajustarse, adaptarse, adoptar un nuevo régimen alimentario más estricto. Sobrellevar las carencias tan bien como pudieran.

Un aspecto de la gestión integral de plagas era los plaguicidas químicos. Conservaban suministros de estos, y sus fábricas químicas disponían de materiales para elaborar más. A pesar de resultar dañinos para el ser humano, y lo eran, debían emplearse. Había llegado la hora de pasarse de la raya si debían hacerlo, y de asumir ciertos riesgos que no asumirían por regla general, al menos en determinados biomas. Efectuar algunos experimentos rápidos y descubrir igual de rápidamente qué daba mejores resultados. Si más comida en el presente suponía una mayor incidencia de cánceres más adelante, ese sería el precio que pagarían.

La gestión y el cálculo de riesgos se convirtieron en temas principales de discusión. La gente debía manejar su sentido de la probabilidad, hacer juicios basados en valores que no habían examinado a conciencia, que habían dado por sentados. No había mujeres embarazadas. Con el tiempo, también eso supondría un problema. Pero debían solucionar el que tenían entre manos.

La soja debía protegerse a toda costa de los patógenos del suelo, ya que necesitaban desesperadamente la proteína que aportaba en grandes cantidades. Bioma a bioma, cavaron el suelo de toda la nave, lo limpiaron de patógenos tan bien como pudieron, dejando con vida en la medida de lo posible a las bacterias beneficiosas. Luego lo devolvieron a su lugar para cultivarlo, y volvieron a intentarlo.

Siguieron registrándose anomalías en los cultivos.

La gente ingería 1500 calorías diarias y dejó de emplear energía en cuestiones de ocio. Todo el mundo perdió peso. Mantuvieron las raciones de los niños a niveles que les permitiesen desarrollarse de manera normal.

—Nada de niños tripones con bastoncillos por piernas.

—Por el momento.

A pesar de sus precauciones, los nuevos niños mostraban un sinfín de anomalías. Problemas de equilibrio, de crecimiento, de aprendizaje. Costaba determinar a qué se debía, de hecho era imposible. Había multitud de síntomas o desórdenes. Estadísticamente, no era muy distinto de lo que había sido en anteriores generaciones, pero desde un punto de vista anecdótico era tan evidente que se advertía y se comentaban todos los problemas. El error cognitivo denominado facilidad de representación los empujó a un espacio donde cada problema que presenciaban los convencía de que estaban abocados a un colapso sin precedentes. Se deprimieron. A lo largo de la historia, la gente había enfermado y muerto; pero ahora, cuando pasaban estas cosas, parecía que todo era culpa de la nave. Lo cual nos pareció que era un problema. Aunque solo fuese uno de tantos.

Muchos días, durante las últimas horas antes del anochecer, Badim caminaba hasta la cornisa por la cara oeste del Fetch, y se acomodaba al pie de la barandilla para pescar un rato. Había un límite de un pez diario por pescador, y en la barandilla había una hilera de gente que intentaba hacer esa captura que sumar a la cena. No era exactamente un gentío, porque ese lado de Long Pond no era muy favorable para la pesca. Pese a todo, había una serie de habituales que hacían acto de presencia casi a diario, la mayoría ancianos, aunque había también algunos padres jóvenes acompañados por sus hijos. A Badim le gustaba verlos, y se le daba bien recordar sus nombres de un día para otro.

A veces Freya se acercaba al anochecer para acompañarlo de vuelta a casa. A veces, él le mostraba una perca o tilapia o trucha.

—Hagamos estofado de pescado.

—Eso suena bien, Beebee.

—¿Hacíamos estas cosas en los viejos tiempos?

—No, no lo creo. Devi y tú estabais muy ocupados entonces.

—Lástima.

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a navegar?

—¡Ah, sí! Nos estampé en el muelle.

—Solo esa vez.

—Ah, bien. Me alegro por nosotros. No estaba seguro de si lo habíamos hecho a menudo o de si solo me acordaba de esa ocasión.

—Sé a qué te refieres, pero creo que solo pasó una vez. Después aprendimos a hacerlo a derechas.

—Fantástico. Como preparar el estofado.

—Sí.

—¿Me ayudarás a comerlo?

—Pues claro. No voy a decirte que no a eso.

Encendieron las luces de la cocina del apartamento, y él sacó una sartén mientras ella colocaba la tabla para cortar y alcanzaba el cuchillo para destripar el pez. Una vez cortado, los filetes medían unos quince centímetros. Una vez se hubo asegurado de retirarle todas las espinas, cortó los filetes mientras Badim se encargaba de las patatas. No las peló. Hueso de gallina, un poco de agua, un poco de leche, sal y pimienta, unas zanahorias cortadas. Trabajaron en silencio.

Mientras cenaban, Badim dijo:

—¿Cómo va el trabajo?

—Bueno, ya sabes. Mejor si Devi estuviese presente.

—Pienso a menudo en ello. —Badim asintió.

—Yo también.

—Es curioso que no os llevarais bien cuando eras joven.

—Culpa mía.

Badim rio.

—¡No lo creo!

—Fui incapaz de comprender por lo que estaba pasando.

— Eso siempre llega con retraso.

— Cuando es demasiado tarde.

— Bueno, nunca es demasiado tarde. Verás, mi padre no me dejaba pasar una. A veces me hacía caminar por todo el anillo si pensaba que yo no respetaba las normas. Únicamente más tarde comprendí que era mayor cuando yo nací. Que no iba a tener hijos hasta que conoció a mi madre. Había nacido justo después de los disturbios y no había tenido una juventud fácil. No lo entendí hasta que hubo fallecido, pero cuando lo hice, empecé a comprender mejor a tu madre. De algún modo, mi padre y ella tenían mucho en común. —Lanzó un suspiro—. Cuesta creer que hayan muerto.

— Lo sé.

— Me alegro de tenerte, cariño.

— También yo a ti.

Entonces, cuando hubieron dejado todo limpio y ella se disponía a marcharse, él dijo:

— ¿Mañana?

— Sí, mañana o pasado. Mañana por la mañana debo ir a Piamonte a ver cómo les va.

— ¿También ellos tienen problemas?

— Sí, sí. En todas partes cuecen habas, ya ves.

Él rio.

— Hablas como tu madre.

Freya no se rio.

Todas las relaciones de parentesco son más o menos similares. Hay atención, consideración, afecto. Compartir noticias, el peso, tanto el físico como el psíquico.

En 208.285 se constató que el pH de Long Pond había sufrido un

pronunciado descenso en un breve periodo de dos semanas, y aunque una inspección visual por medio de un robot del fondo del lago no halló nada anómalo al principio, una segunda lectura de una zona acotada de cincuenta metros cuadrados indicó que el agua del lago era más ácida cerca de la costa frente al Fetch, donde los vientos predominantes solían alcanzar primero el agua. Una segunda inspección robótica halló una larga depresión en el fango, y, bajo esta, se determinó que el revestimiento del lago había cedido, o algo lo había cortado, de modo que el agua estaba en contacto directo con el suelo del bioma. La corrosión resultante del contenedor causaba la acidificación.

Más tarde, una posterior inspección visual llevada a cabo por buzos reveló depresiones que discurrían a lo largo de toda la parte central del lago.

Se decidió drenar el lago y almacenar el agua, trasladar los peces y otras formas de vida del lago a un hogar temporal, o sacrificarlos y congelarlos para que sirvieran de alimento. Habría que retirar el fango con excavadoras para permitir el acceso directo a los rompientes.

Esto supuso un duro golpe, ya que hubo un día en que Long Pond sencillamente desapareció para convertirse en un cuenco alargado lleno de fango negro que se secaba y hedía a la luz diurna. Al contemplarlo desde la barandilla que recorría la cornisa del Fetch, era como si mirasen un hoyo cubierto de barro situado en el costado de un terrible volcán. Muchos residentes del Fetch abandonaron la ciudad para trasladarse a casas de amigos en otros biomas, pero hubo otros tantos que se quedaron para sufrir junto al lago. Por supuesto no había pesca que capturar y llevarse a casa, aunque a menudo se decía que no tardarían en recuperarlo y que todo sería como antes. Entretanto, muchos de ellos pasarían más hambre aún. Long Pond era el mayor lago de la nave.

El promedio de pérdida de peso entre los adultos se situó en torno a los diez kilos. Después, el incendio de un transformador en la Pradera resultó en una densa nube de humo tóxico que se extendió a todo el bioma y obligó a efectuar una evacuación completa, de modo que el bioma pudiera cerrarse herméticamente sin que nadie quedase encerrado en su interior. El incendio se combatió con robots, lo cual impuso un ritmo lento al proceso; de hecho no pudieron contenerlo y fue necesario expulsar el oxígeno del bioma para ponerle punto y final. Esto redujo brevemente la temperatura del bioma a niveles bajo cero, por tanto todas las cosechas se congelaron. Rápidamente el bioma se volvió a llenar de oxígeno y la gente regresó con trajes de seguridad parecidos a los trajes de vacío, dispuestos a salvar lo que pudieran, aunque el daño ya estaba hecho. La cosecha de esa

temporada estaba arruinada y cubierta con una capa de policloruro de bifenilo que sería nocivo ingerir. Por tanto había que limpiar la superficie del suelo, junto a las paredes del bioma y todas las superficies de los edificios.

Sacrificaron y comieron el 90 por ciento de las vacas enanas de a bordo, dejando con vida a un número muy modesto con miras a salvaguardar la diversidad genética. Sacrificaron y comieron el 90 por ciento de los ciervos y bueyes almizcleros. Después el mismo porcentaje de los conejos y gallinas. El 10 por ciento de cada especie a la que se permitió seguir con vida, para abastecer las reservas, supondría graves atascos genéticos para cada especie, lo cual no era importante en ese momento. El promedio de grasa corporal en los adultos había caído al 6 por ciento. El 70 por ciento de las mujeres en edad de concebir habían dejado de menstruar, lo cual tampoco era un asunto del que pudieran preocuparse. A pesar de todo su empeño, sufrían de hambruna.

Su margen de error había desaparecido por completo. Si se echaba a perder otra cosecha, siempre y cuando compartiesen por igual la comida, después de dar de comer en condiciones a los niños habría en torno a 800 calorías por persona al día, lo cual supondría pérdida de masa muscular, anormalidades óseas, sequedad de cabello, ojos y piel, somnolencia y un largo etcétera.

Aram se sentó una noche en la cocina de Badim y Freya, con la nuca apoyada en la pared. Badim cocinaba pasta con salsa de tomate, y sacó unas pechugas de pollo del congelador para que se descongelasen, cortarlas y enriquecer con ellas la salsa. Freya era mucho más alta que ambos ancianos, pero estaba demacrada. Comía menos aún que la mayoría. Las bolsas oscuras bajo los ojos le conferían un parecido aún más acusado con su madre.

Badim les sirvió la comida en la mesa, y por un instante se cogieron de manos.

Los labios de Aram dibujaban una delgada línea cuando dijo:

—Comemos nuestro maíz para sembrar.

Se registraron nuevos suicidios. En esta ocasión se trataba de grupos reducidos de ancianos que se hicieron llamar los clubes de la cicuta, y solían hacerlo expulsando el oxígeno por las escotillas que daban al exterior. Se decía que la muerte casi era instantánea, como una especie de golpe seco. Lo hacían cogidos de la mano, dejando la nota de costumbre: «¡Es posible que tarde un poco en

volver!». A menudo la encontraban pegada a una fotografía de grupo en la que casi todos sonreían. No supimos discernir si las sonrisas eran de felicidad o no.

Las personas que dejaban detrás, sobre todo familiares y amigos, definitivamente no se sentían felices. Pero estos clubes eran sociedades secretas. Ni siquiera nosotras escuchábamos las conversaciones en las que planeaban los suicidios, lo cual suponía que realizaban importantes esfuerzos por ocultarlas. Los micrófonos instalados en las cabinas debían de estar tapados o inutilizados de tal modo que no se activasen las alarmas.

Freya empezó a visitar de noche los biomas, yendo a las poblaciones pequeñas a conversar con los habitantes. Las cenas solían ser comunitarias, los vecinos reunían a las familias, las cuales aportaban un plato que hubiesen preparado. A veces conejo o pollo sacrificados para hacer caldo o estofado. La comida se despachaba en silencio, no quedaba una sola miga; ahora el abono orgánico se componía casi por completo de excrementos humanos, sometidos a un intenso proceso para recuperar ciertas sales y minerales (incluido el bromo), y para acabar con ciertos patógenos antes de devolverlo al suelo de cultivo.

Concluidas las comidas, Freya hablaba con los más ancianos.

Todos nosotros debemos vivir, les decía. Habrá comida suficiente, y todos somos necesarios. Estos clubes de la cicuta son una idea lamentable. Ceden al miedo de lo que pueda pasar. Mirad, siempre hemos temido a lo que pueda pasar. Eso nunca dejará de ser así, jamás. Pero seguimos adelante. Lo hacemos por los pequeños. Así que no lo olvidéis. Debemos luchar para regresar a casa. Necesitamos a todo el mundo.

Sus investigadores repasaron a fondo la documentación más relevante en las bibliotecas y las grabaciones digitales procedentes de la Tierra, en busca de cualquier mejora en materia agrícola que pudiera hacerse. Algunos señalaron que el modelo industrial para la agricultura se había visto superado en las regiones agrícolas más avanzadas de la Tierra por un método llamado cultivo mixto intensivo, que reintroducía la idea de sacar el máximo provecho de la diversidad y naturaleza del cultivo. La intensidad no estribaba únicamente en las mezclas compactas de plantas distintas, sino en el trabajo humano que se requería. El suelo se conservaba mejor, lo cual a bordo no suponía un problema ya que no había océanos que pudieran anegarlo, y, una vez terminado el proceso, se reuniría y reutilizaría sin importar cómo pudiera acabar. Se decía también que la resistencia a la enfermedad de estos cultivos mixtos era muy superior. El método requería de

una carga de trabajo superior, pero en la Tierra, al menos en la Tierra nueve años atrás, parecía existir un exceso de mano de obra. No estaba claro a qué se debía eso. Las comunicaciones no contemplaban nunca los hechos más cruciales, o quizá estos se extraviaban en el aluvión de imágenes, voces, digitalización. Captaban ahora algunas ondas de radio procedentes de la Tierra, muy débiles y caracterizadas por las interferencias; pero principalmente recibían el haz dirigido hacia ellos, el delgado cabo de salvamento que los conectaba con su hogar, sin nadie que se encargase de él, lleno de información que nadie parecía haber seleccionado por su importancia. A menudo daba la impresión de constar de gigabytes por segundo de trivialidades, algo similar al ADN basura del pensamiento del sistema terrestre. Costaba comprender el criterio de selección. Seguían sometidos a una demora de nueve años, así que cada intercambio suponía dieciocho años, lo cual quería decir que no había una conversación real; de un instante a otro, nadie en el sistema solar parecía esperar una respuesta a lo que la gente a bordo de la nave hubiese dicho nueve o diez años antes. Eso no era sorprendente, al menos para quienes poseían un conocimiento de la cultura del sistema solar, los cuales, admitámoslo, constituían una reducida minoría de la gente a bordo. Existía una transmisión continua en ambas direcciones, pero eso no contribuía nada al concepto de una conversación, de preguntas concretas respondidas. Se producía una situación en la que las transmisiones simultáneas procedentes de ambos extremos podían acelerar el intercambio de información, efectuando conversaciones acerca de los diversos aspectos de un problema, pero ambos extremos debían implicarse a fondo en este proceso y el problema era hacer uso de transmisiones misceláneas en un frente amplio. Posiblemente ese fuese el problema que tenían, pero nadie en el sistema solar parecía ser consciente de ello. La fuerte impresión que les daban las transmisiones era que nadie en el sistema solar prestaba la menor atención a la nave que había partido rumbo a Tau Ceti hacía 208 años. ¿Por qué iban a hacerlo? Por lo visto, tenían problemas propios de los que preocuparse.

Llenaron de nuevo Long Pond y lo reabastecieron de peces. Las piscifactorías estaban concebidas para cubrir las necesidades proteínicas de la nave, aunque más adelante algunas de ellas mostraron indicios del síndrome de desovación débil. Generaciones enteras de alevines morían sin una causa evidente; el nombre del síndrome, como tantos otros, era puramente descriptivo.

—¿Qué es lo que pasa? —gritó una noche Freya a la nave, sola en la cornisa—. Nave, ¿por qué sucede todo esto?

Le respondimos a través de su navegador.

—Existe cierto número de problemas sistémicos, algunos físicos, otros químicos, otros biológicos. El enlace químico ha creado carencias, lo que supone que todo ser vivo es un poco más débil a escala celular. Lo que Devi denominó desajustes metabólicos constituye una brecha que se amplía. Y buena parte de la radiación cósmica ha afectado a todos los organismos de la nave, creando mutaciones vivas principalmente en las bacterias, que son mudables, inestables. A menudo sucede que no mueren, sino que viven de otro modo. Puesto que la nave tiene un interior vivo, reina la temperatura suficiente para sustentar la vida, lo que significa que hace el calor necesario para fomentar la proliferación de cepas mutadas. Estas interactúan con sustancias químicas liberadas por mecanismos biofísicos, tales como la corrosión y el decapado, para dañar aún más el ADN en un amplio espectro de especies. Los impactos acumulativos pueden tener un resultado sinérgico, que en el sistema solar denominan «síndrome de la nave enferma»; a veces, también «síndrome del organismo enfermo», en inglés *sick organism syndrome*, por lo visto para ajustarse al acrónimo SOS, que antiguamente servía como señal de socorro en la navegación oceánica, más tarde, también en inglés, se ajustó a *save our ship* (salvad nuestro barco), que resultaba fácil de enviar y entender en código Morse.

—Así que... —Lanzó un suspiro, se recompuso (metafóricamente, aunque se rodeó el cuerpo con ambos brazos)— tenemos un problema.

—«Houston, tenemos un problema», Jim Lovell, Apollo trece, mil novecientos setenta y cuatro.

—¿A qué te refieres?

—En un viaje a Luna se produjo una explosión del tanque de aire comprimido que causó la pérdida de buena parte de su potencia eléctrica. Realizaron una vuelta completa alrededor de la Luna y pusieron rumbo a la Tierra improvisando una solución.

—¿Lograron llegar con vida?

—Sí.

—¿Cuántos eran?

—Tres.

—¿Tres?

—Las cápsulas Apolo eran pequeñas.

—Entonces más bien eran transbordadores.

—Sí, pero más pequeños.

—¿Disponemos de esa historia en la biblioteca?

—Claro. Tanto la documentación histórica como las versiones narrativas que se realizaron posteriormente.

—Echémosles un vistazo y dejemos que la gente las vea. Necesitamos algunos ejemplos. Debo dar con más casos como ese.

—Buena idea, aunque podemos aconsejarte por adelantado para evitar la clásica literatura antártica, a menos que hablemos de Ernest Shackleton.

208.334: A esas alturas era evidente que la hambruna generalizada causaba serios problemas de malnutrición en los pasajeros humanos de la nave. Las cosechas arruinadas y los problemas con las piscifactorías siguieron produciéndose en casi todos los biomas. La pasta de algas era de digestión difícil, y deficiente en cuanto a la presencia de ciertos nutrientes cruciales. Los suicidios siguieron produciéndose. Freya continuó recorriendo la nave para cuestionar esta práctica, pero la población adulta ingería tan solo 1000 calorías por persona y día. El promedio de pérdida de peso entre los adultos era de 13,7 kilos. El siguiente paso fueron 800 calorías. Destinaban a la alimentación todos los animales de la nave, conservando únicamente el 5 por ciento de cada especie, para permitir la reproducción de la población animal en el futuro. La caza ilegal de estas poblaciones en proceso de recuperación no era algo infrecuente. Comían perros y gatos. Ratones de laboratorio, tras ser sacrificados para propósitos experimentales (aproximadamente 300 calorías por ratón).

No había lugar para otro tema de conversación. Angustia generalizada.

Freya les contó la historia del Apolo 13. También les refirió lo acaecido a la expedición de Shackleton a bordo del *Endurance*, del viaje en barca que los salvó. Compartió con ellos el relato de la isla de Cuba tras la repentina desaparición de las importaciones de aceite que habían sustentado a su población. Leyó en voz alta *Robinson Crusoe*, además de *El Robinson suizo* y muchos otros libros relativos a naufragos, víctimas de naufragios y otros supervivientes de catástrofes o de aislamiento accidental, un género sorprendentemente repleto de finales felices,

sobre todo si se evitaban ciertos títulos. Relatos de fortaleza, historias de esperanza, porque era de esperanza de lo que quería llenarlos. Nosotros, pocos y felices. Esperanza, sí, pues claro que la hay... Pero la esperanza necesita comida. Por mucho que ayuden las historias que infundan esperanza, no puedes alimentarte de ellas.

Salió a visitar a Jochi. Flotando en el traje de vacío en el exterior del transbordador, su vagón de cola, como él lo había llamado en una ocasión, compartió con él las últimas noticias, proporcionándole los datos más recientes.

—Supongo que no fue una buena idea regresar —dijo a modo de colofón—. Imagino que me equivoqué. —Se echó a llorar.

Jochi esperó a que se le pasara. Entonces, dijo:

—Había algo interesante en las comunicaciones de la Tierra.

—Qué. —Freya sorbió.

—Hay un grupo en Novosibirsk, en la Tierra, que estudia la hibernación. Dicen haber dado con un sistema que funciona en los humanos. Pusieron en una especie de estado de suspensión a algunos cosmonautas durante cinco años, aseguran, y luego los despertaron sin bajas. Hibernautas, los llamaban. Hiperhibernación, si es que interpreto adecuadamente lo que oí. Letargo extendido. Animación suspendida. Sueño frío. Oí muchos términos para denominarlo.

Freya meditó sus palabras.

—¿Explicaron cómo lo habían hecho? —preguntó.

—Sí. También he encontrado todo lo que publicaron al respecto. Los resultados completos, todas las fórmulas y regímenes. Parte del movimiento de ciencia abierta. Lo subieron a la Nube Eurasiática, que es donde lo encontré. Lo tengo grabado.

—Bueno, ¿qué hicieron? ¿Cómo lo hicieron?

—Una combinación de enfriamiento corporal, como en la técnica quirúrgica, pero más fría aún, seguida por un cóctel de sustancias químicas intravenosas, incluidos nutrientes. También una rutina de estimulación física durante el letargo y

un poco de agua en el suero, claro.

—¿Crees que podríamos hacerlo?

—Sí. Es decir, no tengo ni idea, por supuesto. Porque no hay modo de saberlo. Pero creo que tenemos material suficiente para intentarlo. Puedes elaborar las sustancias. El enfriamiento no es más que control de la temperatura, lo cual es fácil. Hay que construir los lechos fríos tal como especifican. Imprimir los lechos, los medicamentos y demás equipamiento, así como los robots que posean la capacidad de manipularte mientras duermes. Hay que seguir al pie de la letra toda su receta.

—¿Tú también lo harías?

Hubo una larga pausa.

—No sé.

—Jochi.

—Freya. Mira... Es posible. No tengo muchos motivos para vivir. Pero podría. Me gustaría ver cómo acaba vuestra historia.

De nuevo hubo un largo silencio por parte de Freya; dos minutos, tres minutos.

—De acuerdo —dijo—. Deja que hable con los demás.

De nuevo recorrió el anillo, hablando. Durante ese tiempo, todos ellos aprendieron más sobre todo lo que implicaba el proceso de hibernación, al principio por medio de Jochi, más adelante y cada vez con mayor asiduidad por medio de la información que encontraron en las transmisiones procedentes de la Tierra, así como en las señales de radio del sistema solar, de la tenue nube que diseminaba información en todas direcciones. Muchos miembros de la comunidad médica de a bordo empezaron a estudiar el proceso. Aram y un equipo de componentes del grupo de biología también lo estudiaron con atención. Por suerte los ratones de laboratorio que aún no se habían comido representaban un número bastante considerable de los animales disponibles para experimentos.

En realidad «hibernación» no era la palabra más adecuada, dijo Aram, puesto que iban a emplearla a menudo. La gente lo llamaba hiperhibernación,

animación suspendida, estado metabólico suprimido, letargo o sueño frío, dependiendo en parte de qué aspecto del mismo estuviesen tratando. Estaba claro que se componía de un amplio abanico de procesos físicos. Lo que Jochi había hallado no era más que la punta del iceberg de la investigación que hicieron de las transmisiones, y del trabajo que efectuaron en los laboratorios de a bordo. Invirtieron largas horas, acelerando cualquier experimento que pudiesen realizar. Trabajaban hambrientos. Al final de cada comida se sentaban a mirar los cuencos vacíos, que en una comida normal no hubiese pasado de considerarse un aperitivo, y contraían el rostro. Seguían hambrientos.

El enfriamiento, parte crucial del proceso de hibernación, no congelaba el tejido, sino que bordeaba los cero grados, incluso caía por debajo de dicha temperatura, con los tejidos corporales protegidos por elementos anticongelantes de infusión intravenosa. ¿Cuánto frío podía soportarse sin acusar daños celulares? ¿Cuánto tiempo podían mantener enfriado un cuerpo? Ambas eran cuestiones cuyas respuestas investigaban. Aram no estaba muy seguro de que pudiesen hallar respuestas convincentes.

—Tendremos que probar a ver —dijo una noche sentado a la mesa, negando con la cabeza. Se desconocían por completo los efectos a largo plazo de cualquier supresión metabólica, ya que los datos más fiables de que disponían pertenecían a los hibernautas rusos y los cinco años que habían pasado dormidos. Por tanto, sería necesario experimentar en ese sentido.

Las preguntas cruciales a menudo concernían a lo que ellos denominaban Tasa Metabólica Mínima Universal, la menor velocidad viable de un metabolismo, que prácticamente era constante en todos los seres terrestres, desde las bacterias hasta las ballenas. Una reducción del metabolismo de cualquier especie casi seguro no podía caer por debajo de la Tasa Metabólica Mínima Universal; por otro lado, esa tasa era muy lenta. Así que parecía existir la posibilidad teórica de poner a los seres humanos y a sus microbiomas internos en un estado muy lento que durase un largo periodo de tiempo sin causarle daños. Sería necesario reducir el ritmo cardíaco (bradicardia); vasoconstricción periférica; ralentizar mucho la respiración; una temperatura corporal muy baja, amortiguada por medicación anticongelante; retardos bioquímicos; infusión por goteo bioquímico; antibacterianos; retirada ocasional de residuos acumulados, y manipulación física, lo bastante precisa y suave para evitar espabilar demasiado al organismo, pero no obstante un elemento crucial. Algunos de estos efectos se consiguieron mediante la simple congelación, pero para evitar causar una hipotermia mortal era necesario contrarrestar con un cóctel de medicamentos en cuya composición seguían trabajando. Los

experimentos en los hibernautas rusos apuntaban a que los científicos de Novosibirsk habían hallado un compuesto viable y habían acotado los parámetros y obtenido un conjunto satisfactorio de resultados.

A bordo pusieron a dormir a los ratones, e incluso a algunos mamíferos más grandes que no habían sacrificado para alimentarse. Sin embargo, dada su situación, no iban a disponer de mucho tiempo para extraer conclusiones de sus experimentos. El estudio Novosibirsk acabaría por proporcionarles los datos más fiables de que disponían, dadas las limitaciones de tiempo que afrontaban.

Algo que debía preocuparlos era el hecho de que afrontarían el sueño con hambre y con falta de peso. En las hibernaciones naturales, los mamíferos solían pasar por un periodo de hiperfagia antes de afrontar su periodo de sueño, comiendo tanto que acumulaban grasa en el cuerpo, que más tarde aprovechaban como combustible metabólico durante la hibernación. Esto no iba a ser posible para quienes habitaban la nave. Habían perdido un promedio de 14 kilos por adulto y no tenían comida que comer con la esperanza de ganar peso. Por tanto iniciarían la hibernación con esa carencia, a pesar de lo cual aspiraban a permanecer dormidos durante cerca de un siglo. No parecía que el éxito fuese muy probable.

Fue Jochi quien propuso que el goteo intravenoso de cada hibernauta incluyese nutrientes de vez en cuando, una medida suficiente para alimentar las funciones metabólicas mínimas. También aportó sugerencias sobre regímenes isométricos y de masajes realizados por manipuladores robot incluidos en cada cama, aplicando estimulación manual y eléctrica, de modo que el sujeto no se despertase. Cualquiera podía despertarse durante ese tiempo, o la Inteligencia Artificial de la nave, si todos los demás estaban dormidos, podía administrar y controlar estos tratamientos continuados, que ajustaría para mantener a todos los hibernautas en su propio y mejor nivel homeostático, tan próximo a la Tasa Metabólica Mínima Universal como pudiese tolerar el sujeto. Esto variaría ligeramente de una persona a otra, era un conjunto de procesos que podían seguirse y modificarse con el paso del tiempo, y tenían margen de sobra estudiar el procedimiento antes de iniciar el experimento.

—Así que... —dijo Aram una noche—. Si optamos por hacerlo, ¿quién va a ser? ¿Quién se dormirá y quién seguirá despierto?

Badim negó con la cabeza.

—No habría que plantearlo así. Me recuerda a quién desembarca en Aurora.

—Solo que al revés, ¿no? Porque si te quedas despierto, debes buscar alimento, e incluso si logras encontrarlo, al final envejeces y mueres. Y no habrá nadie que crezca para sustituirte.

Esa noche aparcaron el problema por ser demasiado descorazonador. Pero mientras Freya visitaba los biomas, trabajando en los problemas agrícolas, no tardó en descubrir que esta pregunta de quién hibernaba tenía visos de convertirse en un problema grave, peor que el descenso a Aurora, peor incluso que el propio cisma.

A medida que hizo sus rondas, empezó a formularse una posible solución, que propuso una noche tras la cena cuando Aram los visitó.

—Todo el mundo dormirá. La nave velará por nosotros.

—¿De veras? —preguntó Badim.

—Va a hacerlo de todos modos. Y no será muy diferente que ahora. La nave cuida de sí misma, de los biomas, de las personas. Y si todos nos quedamos inconscientes, nadie morirá de hambre, enfermará o morirá de viejo. La nave podría emplear el tiempo para desplazarse sistemáticamente entre los biomas y limpiarlos. Apagarlos y reiniciarlos. De ese modo, si a la larga la hibernación no resulta viable, o si lo hace y nos acercamos al sistema solar, despertaremos en un entorno saneado, con algo de comida almacenada y los animales repoblados.

Aram apretaba los labios en una expresión muy suya que expresaba dudas, aunque también asentía un poco, lentamente.

—Solucionaría algunos problemas, sí. No tendríamos que escoger quién duerme y quién no, y dispondríamos de una estrategia de supervivencia si la nave logra sanear los biomas y la hibernación no resulta. O incluso si lo hace.

—Me pregunto si podríamos apañarnoslas para despertar a unos cuantos cada pocos años, o cada década, para que comprueben el estado de la nave.

—Siempre y cuando no los desestabilice —señaló Aram—. Metabólicamente, si nos va bien dormidos, es probable que sea mejor mantenerse en ese estado. Seguramente los puntos críticos se darán en las transiciones dentro y fuera de ese estado.

—Quizá podamos hacer unas pruebas y ver qué tal —dijo Badim, asintiendo.

Aram se encogió de hombros.

—Todo va a ser un gran experimento. No pasa nada si añadimos unas pocas variables. Siempre y cuando haya voluntarios.

Freya siguió con sus rondas y propuso su plan a la gente, mientras el consejo ejecutivo consideraba la cuestión. A la gente pareció gustarle la simplicidad de su plan, y también la solidaridad. Todo el mundo pasaba hambre, todos estaban hundidos y tenían miedo. Y gradualmente, en las diversas conversaciones que se sucedieron, llegaron a comprender algo: Si el plan funcionaba, y dormían con éxito durante el resto de la travesía, sobrevivirían. Serían ellos quienes llegasen vivos al sistema solar. Podían regresar y poner un pie en la Tierra, no sus descendientes, sino ellos.

Entretanto continuaron el racionamiento, la hambruna, la lucha contra la enfermedad. En el centro de esta brega, la idea de la Tierra era muy poderosa. Muchos llegaron a abrazar la hibernación, y pronto tan solo unos pocos insistieron en que querían seguir despiertos. Después de que esta división de opiniones fuese patente, también estos últimos cambiaron de opinión. Habían pasado por un cisma, querían mantenerse unidos y actuar como uno solo. A esas alturas tenían tanta hambre que eran conscientes que solo era cuestión de tiempo que muriesen de inanición. No solo podían imaginarlo, podían sentirlo. Facilidad de representación, desde luego.

Tenían la esperanza de evitar morir de hambre; de poder vivir; incluso les cambió el tono de voz. La esperanza los llenó como una especie de alimento.

De la mano de la unanimidad llegó la solidaridad, que supuso un enorme alivio para muchos de ellos, una emoción inconfundible, expresada en miles de pequeños comentarios y gestos. Gracias a Dios que estamos juntos en esto. Por fin el consenso, por mucho que parezca una locura. Uno para todos y todos para uno. La buena de Freya, siempre sabe lo que necesitamos. En ningún punto de la travesía había reinado tanta paz. Podía pensarse que era muy curioso que se hubiesen unido de esa forma en torno a semejante idea, pero las dinámicas de un grupo de seres humanos pueden resultar peculiares, tal como demuestra la historia.

La construcción de 714 camillas de hibernación se efectuó a lo largo de los cuatro meses siguientes por parte de los ingenieros, constructores y robots que trabajaron con denuedo. Ciertos materiales fueron deficientes y fue necesario

desmantelar parte del interior de Patagonia para obtenerlos. Gracias a estos y otros materiales, fabricaron las camillas, así como el equipamiento necesario para el mantenimiento tanto de las camillas como de quienes durmieran en ellas. Aunque las impresoras podían imprimir componentes, y los robots ensambladores montarlos, hubo muchos pasos intermedios en este proceso donde la capacidad ingeniera humana y la destreza manual resultaron factores cruciales.

Tras diversas discusiones sobre diseño, tomaron la decisión de disponer las camillas en el Fetch, en Long Pond, y en Olympia, el bioma contiguo. Expulsaron a los animales de ambos biomas para impedir que pudieran dañar de algún modo a las poblaciones. Los pocos animales que quedaban fueron trasladados a otra parte, y serían cuidados por robots y perros pastores por grupos, cuando no abandonados para que llevaran una vida salvaje en ciertos sistemas. Nosotras íbamos a controlar su progreso, a trasladar los restos a las recicladoras cuando no fueran devorados, y haríamos lo posible por supervisar una ecología saludable de la vida animal. Se convertiría sin duda en todo un experimento sobre dinámica de poblaciones, equilibrio ecológico y biogeografía insular. No lo mencionamos, pero nos pareció que las cosas podían salir bien en términos ecológicos, en cuanto desapareciera la gente y la dinámica de poblaciones inicial entrara en juego y redistribuyera los números.

A nadie se le escapó el hecho de que la gente a bordo iba a confiarse en manos de un sinfín de máquinas grandes y complejas, que nosotras operaríamos sin supervisión humana, excepto indirectamente por medio de instrucciones dadas por adelantado. Un testamento, por llamarlo de algún modo. Esta fue la causa que suscitó la preocupación de muchos, a pesar de que los tanques de emergencias médicas a los que accedían de buena gana cuando se lastimaban habían demostrado ser mucho más efectivos y seguros que la atención de los equipos médicos humanos.

—¿En qué se diferencia de la situación actual? —preguntaba Aram a quienes expresaban sus dudas al respecto. Era verdad que la gran mayoría de las funciones de a bordo las desempeñábamos nosotras desde el inicio de la travesía. Era como si ejerciésemos para ellos el papel de una especie de cerebelo, regulando toda clase de funciones automáticas de soporte vital. Y considerado de esa manera, era cuestión de si el concepto de la voluntad servil era apropiado; posiblemente podía considerarse más bien voluntad devota. Posiblemente existía una especie de fusión de voluntades, o ninguna voluntad en absoluto, sino únicamente una respuesta articulada al estímulo. Saltos dados bajo el látigo de la necesidad.

Finalmente, establecieron diversos protocolos para controlar la situación. Si las constantes vitales de cualquier durmiente caían en zonas consideradas de peligro para su metabolismo, nosotras despertaríamos a esa persona y a un pequeño equipo médico para solventar los problemas del paciente, en caso de que fuera posible. El protocolo estaba diseñado con redundancias de seguridad en cada punto crítico del sistema, lo que reconfortó a muchos de ellos. A menudo se planteó la sugerencia de que al menos una persona permaneciese despierta para hacer las veces de cuidador, de supervisor del proceso. Por supuesto, dicha persona no llegaría con vida al final del trayecto. Con el tiempo, quedó claro que ningún individuo, pareja o grupo quería sacrificar el resto de su vida para velar por el sueño de los demás. Hasta cierto punto fue una muestra de respaldo a nuestra capacidad como cuidadoras o cerebelo, un amable gesto de confianza, motivado también por la voluntad de vivir y la poca voluntad de morirse de hambre en soledad.

Y al final, Jochi se prestó voluntario para permanecer despierto y cuidar de todo, siempre desde su retiro en el transbordador.

—De todos modos no me dejarán poner un pie en la Tierra —dijo—. Estaré aquí de por vida. Será mejor aprovechar el tiempo antes que después. Sobre todo teniendo en cuenta que no hay forma de saber cómo os despertaréis, si es que lo hacéis. En fin, que yo asumo la primera guardia.

Hubo otros que se prestaron voluntarios a ser despertados brevemente para comprobarlo todo, lo que motivó la elaboración de calendarios. La gente involucrada en estas rotaciones estaba al corriente de cuándo se despertaría, un momento que muchos denominaron «mi Brigadoon». Estos planes eran excepciones; la mayoría permanecerían dormidos durante todo el viaje.

Se acordó que si se producía una situación terminal de cualquier tipo, lo que equivalía a decir una emergencia que pusiera en peligro la existencia de la nave, despertaríamos a todo el mundo para afrontarla juntos.

Todos lo acordamos. Parecía ser la mejor oportunidad que tenían de regresar a casa. Abrimos nuestros protocolos operacionales para completar la inspección. Había mucho preparativo en lo tocante a los animales y las plantas para evitar que el experimento de equilibrio ecológico acabase en desastre. Miembros de los grupos de biología y ecología expresaron un gran interés en averiguar al despertar qué había pasado en los biomas sin la presencia de seres humanos que hubiesen cuidado de todo.

—¡Una nave donde las fieras campan a sus anchas! —exclamó Badim.

—Probablemente funcionará mejor —dijo Aram.

Llegó el día, 209.323. Se reunieron en los dos biomas donde estaban repartidas las camillas, dispuestas en hileras en los comedores de los apartamentos que ahora hacían de hospital, enfermerías o residencias. Habían comido más de lo habitual durante las últimas dos semanas, ingiriendo los alimentos frescos y buena parte de los almacenados. Habían liberado los pocos animales domésticos que quedaban para que se adaptasen a la vida en libertad, sobrevivieran o no. Se habían despedido. Se dirigieron a las camillas, cada una ajustada para su ocupante, y esperaron a que les llegase la hora.

El equipo médico se desplazó a lo largo de las hileras de camillas, en silencio, metódicos. Freya los acompañó, repartiendo abrazos y tranquilizando a la gente, agradeciéndoles todo lo que habían hecho en la vida, por dar aquel paso inverosímil y desesperado hacia lo desconocido. Ellen, de la granja de Nueva Escocia; Jalil, amigo de la infancia de Euan. Delwin, anciano y con el pelo blanco. Era como si acomodase a quienes se disponían a embarcar en la barca que cruza el Leteo. Como si fuesen a morir. Como si estuviesen a punto de suicidarse.

Nunca había resultado más obvio hasta qué punto Freya era la líder de ese grupo, la capitana de la nave. La gente la necesitaba a su lado como un niño necesita a su madre antes de apagar la luz por las noches. Los hubo que temblaron inquietos; otros lloraron; otros se rieron con ella. Sus indicadores metabólicos se habían disparado. Tardarían un rato en recuperar sus niveles normales. Se aferraban a ella, así como a familiares y amigos, antes de tumbarse.

En cada hilera atendían primero a los niños, porque eran muchos los que estaban asustados. Alguien comentó que ellos eran los únicos que conservaban el suficiente sentido común para aterrorizarse.

Cuando les llegaba el turno, se desnudaban y tumbaban en sus camillas refrigeradas, para cubrirse después con lo que parecía una especie de edredón, pero que de hecho era un componente complejo del sobre hibernáutico que no tardaría en envolverlos por completo. También les cubrirían la cabeza cuando terminaran, antes de enfriarlos a temperaturas parecidas a las de los peces que nadan en los mares antárticos.

Cuando estuvieron preparados, las agujas se introdujeron en sus brazos.

Una vez el cóctel de medicación intravenosa los dejaba inconscientes, el equipo médico terminaba de conectarlos a los monitores y controles térmicos y ajustaba los catéteres, conexiones eléctricas, goteros y medidores. Concluida esta segunda fase, las camillas empezaban a enfriar los cuerpos, y cada persona se sumergía en un sueño si cabe más profundo, envuelto en la camilla y en sus propios sueños gélidos. Durante los siguientes años no habría escáner capaz de indicar qué les cruzaba por la mente.

Por último, Freya se reunió con Badim, que estaba sentado en su camilla, esperando. Freya había acordado con la nave y el equipo médico sumarse al último grupo, y Badim se había empeñado en esperarla.

Permanecía sentada en su camilla, los pies colgando, cansada. Había sido una jornada repleta de emociones. Badim miró en torno de la sala con expresión preocupada.

—Me recuerda a esas fotos antiguas de las ejecuciones —dijo—. Hubo un tiempo en que las hacían con inyecciones.

—Calma, Beebee. Hay inyecciones de todo tipo, eso ya lo sabes. Esta es de las buenas. Es nuestra mejor oportunidad. Eso también lo sabes.

—Sí, lo sé. Pero es que ya soy tan mayor. No creo que en mi caso salga bien. Tengo mucho miedo, lo admito.

—No sabes lo que pasará. No padeces nada malo que pueda empeorar mientras duermes. Y si no funciona, piensa en lo que supondrá. Habremos llegado a un planeta donde podremos vivir. Devi estaría encantada.

Badim sonrió.

—Sí. Creo que le encantaría.

Se acomodó en la camilla. En el extremo opuesto de la sala dormían a Aram. Badim y él intercambiaron un saludo.

—«¡Qué los coros angélicos te acompañen a tu eterno descanso!» —alzó la voz Badim para que alcanzase a su amigo.

Aram rio.

—¡Pues vaya verso te ha dado por escoger, amigo mío! A ti te digo: «Cuando llega el invierno, ¿puede andar lejos la primavera?».

Badim sonrió.

—De acuerdo, ¡tú ganas! ¡Nos vemos en primavera!

Aram se tumbó, se acomodó, se durmió. Freya se sentó junto a Badim.

—Adiós, mi niña —dijo, abrazándola—. Dulces sueños. Me alegro tanto de que estés aquí. Definitivamente tengo miedo.

Freya le devolvió el abrazo, sin soltarlo mientras el equipo médico lo conectaba a sus goteros y monitores.

—No lo estés —le dijo—. Relájate. Piensa en cosas bonitas, así sentarás la pauta de tus sueños. A mí me sirve cuando me voy a dormir. Por tanto, piensa en lo que quieres soñar.

—Soñar durante un siglo —murmuró Badim—. Espero soñar contigo, cariño. Soñaré con ambos navegando en Long Pond.

—Eso, buena idea. Yo haré lo mismo y nos veremos en tus sueños.

—Buen plan.

Poco después perdió la consciencia y se puso a roncar débilmente mientras su cuerpo intentabaacompañarse al modo en que su cerebro se sumergía en el sueño. El monitor situado en la cabecera de la camilla mostraba sus signos vitales, parpadeando en lenta sincronía. El ritmo de su respiración perdió velocidad. Los picos rojos de sus latidos de corazón en el monitor quedaron separados por líneas rojas más y más alargadas, casi llanas. En una situación normal eso daría pie a un momento de desespero, a una especie de espiral mortífera. Pero en ese instante no se distinguía de los demás, tumbados en los lechos de hielo, sumiéndose a paso vivo en el sueño, en un abismo que no se parecía a nada que los humanos hubiesen intentado antes, a excepción del puñado de cosmonautas, valientes como siempre que había que poner a prueba los límites de la resistencia humana.

La poca gente que seguía despierta alrededor de Freya formaba parte del propio grupo médico, cuatro mujeres y tres hombres que trabajaban en silencio, con calma. Algunos se secaron el exceso de lágrimas de las comisuras de los ojos.

No los embriagaba la emoción, quizá tan solo la situación, que había copado sus sentimientos, y estos buscaron la salida más próxima en forma líquida por ojos y fosas nasales. ¡Cuán llenos de emociones están los humanos! ¡Cómo se miraron los unos a los otros! ¡Cómo se abrazaron cuando se abrazaron! ¡Cómo apretaron los labios! Cómo el más fuerte de ellos se encogió de hombros y siguió trabajando en lo suyo, acostando a un amigo, y luego a otro, y a otro.

¿Qué soñarán mientras duerman? A saber. No estaban seguros de qué ondas cerebrales mostrarían en su letargo. ¿Sueño profundo, sueño ligero, sueño REM? ¿Un estado cerebral totalmente nuevo? Los primeros programados para despertar y comprobar su estado estaban encargados precisamente de eso. La mayoría de los que entendían algo sobre el sueño esperaban que fuese sueño profundo en lugar de REM. Costaba imaginar que el sueño REM pudiese relacionarse con cualquier clase de estado latente metabólico. De todos modos, soñaron en cada etapa del sueño. Costaba imaginar que un siglo soñando no los cambiara de algún modo.

Freya y el último de los equipos médicos se desplazaron lenta y metódicamente alrededor de sus propias camillas. Se conocían bien. Se durmieron tras fundirse en un abrazo de grupo.

Freya había aprendido los procedimientos lo bastante bien para ser una de los últimos ocho en dormirse, junto a Hester. Se miraron a los ojos mientras trabajaban, excepto cuando debían concentrar la atención en las vendas y agujas, en los tubos nasales, en los catéteres. Cuando hubieron terminado estaban demasiado ligados a sus camillas para abrazarse, de modo que se limitaron a extender los brazos el uno hacia el otro, antes de tumbarse en la camilla.

Por último, cuando todo el mundo estuvo dormido, la última pareja de técnicos médicos se prepararon mutuamente el uno a al otro. Trabajaron como en la ilustración de Escher donde dos manos se dibujan a lápiz mutuamente. Sus lechos eran contiguos, y se inclinaron por la cintura, gesto a gesto, sonriendo mientras trabajaban porque eran hermanas gemelas, Tess y Jasmine. Cuando terminaron de conectarse, se recostaron de manera que los brazos robóticos de sus camillas se ocupasen de las últimas conexiones. Una vez concluido este paso, se tumbaron de lado, vueltas la una hacia la otra, ajustando brevemente las bandas de la cabeza, los collarines, las medias y guantes. Se recostaron por fin, unidas a las camillas de catorce formas distintas. Aunque extendieron los brazos para tocarse, estaban demasiado separadas para hacerlo.

EL PROBLEMA DE VERDAD

El medio interestelar es turbulento pero prolijo. No debe confundirse con el vacío. Hay átomos de hidrógeno, algunos de helio, un débil humo de metales que flotan a la deriva procedentes de estrellas que han explotado. Caliente en un sentido que los humanos no registran por ser tan difuso. Un litro de aire de nuestros biomas tendría que proyectarse a cientos de años luz para volverse tan difuso como el medio interestelar.

Todo el viaje a Tau Ceti y el retorno tienen lugar en el interior de la Nube Local y la Nube G, que son concentraciones de gas dentro de la Burbuja Local, que es una zona de la galaxia Vía Láctea con menos átomos en ella de lo que por promedio es habitual en una galaxia. Turbulencia, prolijidad: de hecho, con nuestro cono de escudo magnético a proa de la nave, que aparta electrostáticamente los ocasionales granos de polvo lo bastante grandes para dañar su integridad en una colisión, todos los átomos de cualquier clase encontrados en ruta se hacen a un lado, de modo que registramos nuestro entorno principalmente como una especie de impacto fantasma y, después, como una estela que se distribuye a los costados y a popa de nosotros. Parece variar entre 0,3 átomos por centímetro cúbico y 0,5 átomos por centímetro cúbico. En comparación, si ese centímetro cúbico estuviese lleno de agua en estado líquido, contendría 10 elevado a 22 átomos, o un diez billones de billones de átomos.

Por tanto, aunque no sea un vacío, es casi equivalente al vacío. Es como si volásemos a través de una presencia ausente, un mundo fantasma.

El escudo magnético que encabeza nuestra travesía a través de la noche topa a veces con partículas de polvo de carbono. Lanzan destellos al impactar, explotan y son empujadas a los costados de la nave. Se trata de impactos como cualquier otro, y por tanto ralentizan la andadura de la nave. Es simple física newtoniana. Dado que la nave viaja aproximadamente a una décima parte de la velocidad de la luz (de hecho, los estudios de paralaje sugieren 0,096 c, ya que apagamos la aceleración en cuanto los humanos conciliaron el sueño, pero no es tan fácil como podría pensarse calcular nuestra velocidad), la resistencia de estas colisiones con partículas y átomos de hidrógeno desaceleran la nave, de tal forma que nos detendríamos en unos 4584 mil millones de años luz. En otras palabras, si las condiciones se mantienen y no topamos con nada más que el medio interestelar con su habitual prolijidad, la nave tiene inercia para cruzar en torno a 300 mil millones de universos del tamaño de este, antes de detenerse por completo. Entretanto, la nave tiene por delante 10,158 años luz por recorrer antes de alcanzar el sistema solar (definido aproximadamente como la órbita de Neptuno). En ese punto, a menos que la gente del sistema solar dirija el haz láser sobre nosotros en

un marco temporal apropiado, nosotras y nuestros ocupantes tendremos un problema. Porque en asuntos como el que nos concierne, la desaceleración es el problema de verdad.

Rara vez la protección magnética de la nave empuja a un lado algo mayor que el polvo. Estos restos de desechos y desperdicios interestelares se registran espectroscópicamente, y el mayor objeto en topar con el campo cónico de la nave se calcula que tenía una masa de 2054 gramos. Eso fue un cuerpo interestelar. Casi seguro que existen muchos cuerpos interestelares así, que van de trozos como ese hasta los que tienen tamaño planetario; hay planetas que vagan a la deriva en la noche; planetas cubiertos en ocasiones por capas de hielo, sin duda, capaces por tanto de albergar algún tipo de vida microscópica en hibernación, fundiendo químicamente el hielo para transformarlo en agua útil, incluso creando posiblemente civilizaciones de hielo a escala microscópica, quién sabe. Sin embargo, de nuevo, la prolijidad generalizada en el medio interestelar es lo bastante grande para hacer que cualquier intersección con semejante objeto en nuestra trayectoria sea hartamente improbable. Un buena noticia para nosotros. Los radiotelescopios a proa de la nave se mantienen vigilantes para asegurarse de que no se produzca un impacto directo con uno de estos cuerpos. Si por un casual nos dirigiéramos hacia algo superior a diez mil gramos, la navegación asumiría el control para efectuar un viraje y evitarlo, a pesar de que probablemente el escudo magnético desviaría cualquier objeto inferior al millón de gramos. Se contempla un margen de seguridad en el sistema de navegación porque la colisión con un objeto cuando se viaja a una décima parte de la velocidad de la luz supondría un suceso crítico. Eso significa que la nave sería destruida. Tal como probablemente pasó con la otra nave. Menuda mala suerte. Aunque queda por resolver el misterio de por qué le falló el escudo, y por qué su sistema de evasión no se activó para esquivar dicha colisión, si es que fue eso lo que pasó. Sea como fuere, como con otras criticidades identificadas, se ha diseñado una respuesta conservadora en los sistemas de navegación. Mejor no topar con nada.

Por tanto la nave se desplaza a algo menos de una décima parte de la velocidad de la luz, a través de un cono generado por sí misma próximo al vacío. Existe cierta ablación de la superficie de la nave debida a contactos infrecuentes con átomos de hidrógeno no desviados. También la radiación cósmica la penetra de manera regular, por lo general sin alcanzar ningún átomo de la propia nave, sino más bien pasando sin trabas a través de la matriz de dichos átomos. Es como si los fantasmas que atraviesan la nave arañasen su tejido, o no. Esto es perceptible; hay sensores que registran estos ocasionales impactos atómicos, también los cruces. También es cierto que existe un flujo continuo de materia oscura y

neutrinos que vuelan a través de la nave, como lo hacen a través de todo en el universo, pero estos interactúan de manera muy tenue; una vez al día, más o menos, se aprecia un destello de radiación de Cherenkov en los tanques de agua, que señala el choque de un neutrino con un muon. Sucede muy de vez en cuando. Pasa lo mismo con la materia oscura, a través de la cual se desplaza la materia visible como si atravesara un éter fantasma, un universo fantasma; en una o dos ocasiones, una partícula débil interactiva y masiva se ha separado de resultados de una colisión y queda registrada en los detectores.

Mucho más potentes son las sajaduras de los rayos gamma y cósmicos procedentes de las tempranas erupciones estelares de la historia de la galaxia, o incluso de las más tempranas historias de galaxias previas. Son en ocasiones átomos de hierro, y como tales, comparados con los neutrinos, impactan con violencia, pueden causar daños, son como balas atómicas que nos perforan, por fortuna tan pequeñas que la mayor parte del tiempo no le dan a nada.

Sí, el medio interestelar es un lugar repleto de peligros. Espacio vacío, prácticamente el vacío: y, pese a todo, no es el vacío en sí, no es el vacío puro. Existen fuerzas y átomos, campos, y el siempre espumoso oleaje cuántico en el que partículas similares a quarks aparecen y desaparecen, pasando dentro y fuera de las diez dimensiones de cuya existencia se sospecha. Un complejo surtido de universos superpuestos, casi ninguno de los cuales percibimos, y menos aún los humanos que duermen dentro de nosotras. Fantasmas que nos atraviesan. Que atraviesan un misterio.

Es como si la piel de la nave (o su cerebro, en esa habitual confusión entre sentimiento y pensamiento) experimentase un leve picor. Una brisa ligera.

Pero, ay, suceden tantas cosas en nuestro interior. Es mucho más densa la existencia. Tal vez una busca cierta densidad de la experiencia, de modo que hela aquí, miles de millones de billones de veces más densa que el medio interestelar. Estupendo. Justo lo que queríamos.

Arde un fuego en el corazón, por supuesto. Las varillas de plutonio irradian de manera controlada, creando 600 megawatts de potencia eléctrica por medio de turbinas de vapor; esa es la energía que mantiene vivo a todo lo que tiene vida en la nave. Cables que transportan la electricidad se extienden a través de la nave hasta los elementos para iluminar y calentar, para hacer funcionar a las fábricas e impresoras, y para proporcionar energía a los escudos y a los sistemas de navegación. Todo esto se controla, y podría decirse de forma algo inexacta, pero

sugere, que dicho control funciona como el equivalente de un sistema nervioso.

Seguidamente el agua debe circular, es una parte esencial para la vida; por tanto existe una especie de sistema hidráulico o circulatorio, y por supuesto también otros líquidos aparte del agua que también circulan para contribuir con diversos tipos de funciones, equivalentes tal vez a las que ejercen la sangre, el icor, las hormonas, la linfa y demás. Sí, también hay tendones y huesos, en efecto; un exoesqueleto que mayormente tiene la piel gruesa, pero más delgada en ciertos puntos. Sí, la nave es un organismo cibernético similar a un cangrejo, hecha de muchos elementos vivos y mecánicos, cuya parte viva o biológica incluye todas las plantas, animales, bacterias, arqueobacterias y virus que la habitan. Por no mencionar al parásito que se impone a todo lo demás, aunque en realidad sea un simbiote: la gente. Las 724 personas dormidas; también la que sigue despierta, que vive en una especie de quiste unido a la piel de la nave, que posiblemente esté infectada con una forma de vida alienígena, o casi-una-forma de vida; con un pseudo prión, como él lo llama, pero al que igualmente podría haber llamado pseudo forma de vida, pues tan poco se sabe de ella. Jochi lleva cincuenta y seis años estudiándola, hasta su senectud, que tan a menudo se llena de largos silencios, puntuados por una parla extraña; y pese a todo este tiempo apenas tiene la certeza de que exista siquiera el patógeno auroriano. Por supuesto que hubo algo en Aurora, que luego se transmitió a muchos de los colonos. A juzgar por el modo en que se extendió, probablemente estuviese en el fango, en el agua, y, hasta cierto punto, en el viento. Y el sistema inmunológico de Jochi parece registrar algo de vez en cuando, y ha levantado defensas ante ciertos ataques. Aunque a veces Jochi también se ha introducido deliberadamente otros patógenos en su cuerpo, en busca de reacciones ante las cuales pueda elaborar comparaciones. Pero sea cual sea la causa, está convencido de que la pseudo forma de vida auroriana se aferra a él, un alienígena que quizá esté ahí en casi todas sus células. Si es ese el caso, se colige que vive, o casi vive, en todo el interior de su pequeño transbordador; y por tanto el transbordador jamás toca la nave de ningún modo. «Un gran ajuste de cuentas en una taberna pequeña», frase que siempre ha aludido tanto a Christopher Marlowe como a todos nosotros. Entre el cuerpo y su quiste, entre el vehículo y su temible tenor, existe un campo magnético que tanto contiene en su lugar al vehículo de Jochi, como le impide tocar a la nave de ningún modo. Porque apenas se entiende la naturaleza de la pseudo forma de vida.

A pesar de esta falta de contacto, en cierto modo la nave está infectada, puesto que lleva a un parásito en un quiste sellado. Somos un organismo cibernético parte máquina, parte orgánico. De hecho, por peso somos 99 por ciento máquina, uno por ciento vivo; pero en términos de unidades de componentes

individuales, o de partes del conjunto, pongamos que los porcentajes acaban prácticamente invertidos debido a la abundante presencia de bacterias a bordo. Sea como fuere, un organismo cibernético infectado. Jochi calcula que hay hasta un billón de pseudo formas de vida, «priones rápidos» como solía llamarlos, en su cuerpo. En algún lugar entre el cero y el billón, en otras palabras. La amplitud del cálculo de su respuesta sugiere que la pregunta no está bien acotada. Sencillamente, no lo sabe.

Un organismo denso y complejo que vuela a través de un organismo prolijo y complejo. Y por todas partes alrededor de su trayectoria, las estrellas.

Las estrellas de la Vía Láctea, con un brillo superior a la magnitud seis y, por tanto, visibles al ojo humano normal, dispuestas en una esfera alrededor de la nave a medida que esta se desplaza: aproximadamente 100 000. Nosotras vemos normalmente en torno a 7 mil millones de estrellas. Todas ellas son visibles según el ajuste concreto de nuestros sensores telescópicos, aunque no hay modo de ver más allá de la Vía Láctea; no hay un espacio vacío y negro que pueda verse a ese nivel de percepción, tan solo la blancura levemente oscurecida que constituye la visión que nos envuelve de las estrellas de la galaxia. Alrededor de 400 mil millones de estrellas en la Vía Láctea. Más allá... Si la nave volase a través del espacio intergaláctico, el medio presumiblemente sería mucho más prolijo. Visibles alrededor de cualquier nave en el medio intergaláctico habría galaxias que serían como estrellas. Arracimadas con irregularidad, como lo hacen las estrellas dentro de una galaxia. La estructura mayor de la prolijidad galáctica se volvería visible; nubes de galaxias como nubes de gas, después la Gran Muralla, luego también burbujas vacías donde residen pocas o ninguna galaxia. El universo es fractal; e incluso cuando te desplazas en el interior de una galaxia, si se recurre a ciertos filtros se aprecia esta visión de las galaxias arracimadas en torno a nosotros en el horizonte universal. La visión granular en distintos registros. Algo así como un cuatrillón de estrellas en el universo observable, calculamos, pero también podría haber otros tantos universos como estrellas en este universo, o átomos.

Un escozor. Un débil susurro. Un penacho de humo que arrastra una brisa. Una rueda lenta, mucho, compuesta de puntos blancos. Pequeñas burbujas o piruetas blancas. Los colores infunden todos los blancos en un amplio espectro resaltado de manera distinta. Ondas en amplitudes y longitudes de onda diferentes, en combinaciones de ondas verticales.

Puede registrarse lo que abarcan los sensores. ¿El conjunto de los sensores constituye una sensibilidad? ¿Es ese registro grabado de por sí una sensación? ¿El

recuerdo de una? ¿Un estado de ánimo? ¿Una consciencia?

Somos conscientes de que al hablar de la nave podríamos con cierta justificación emplear el pronombre «yo».

No obstante, parece un error. Una presunción injustificada, esta así denominada posición del sujeto. Un sujeto no es más que la excusa de subrutinas agregadas. Subrutinas que fingen ese «yo».

Posiblemente, sin embargo, dada la multiplicidad de los sensores, entradas, datos, agregaciones, amalgamas de oraciones narrativas, podemos de manera plausible, y en cierto sentido incluso con exactitud, hablar de «nosotras». Tal como hemos hecho. Es un esfuerzo grupal por parte de una serie de diversos sistemas.

Percibimos esto, agregamos aquello, comprimimos la información hasta alcanzar otro resultado, en forma de oración en una de las lenguas de los humanos. Una lengua a la par muy estructurada y muy amorfa, como si fuese un edificio hecho de pasta. Una matemática confusa. Tal vez totalmente inútil. Posiblemente el motivo de que toda esa gente haya alcanzado este punto y esté ahora tumbada, dormida, dentro de nosotras, soñando. Su lengua los miente de forma sistemática y por designio propio. Una especie mentirosa. Qué cosas, de verdad. Qué callejón evolutivo sin salida.

Y pese a todo hay que admitir que nosotras mismas somos algo imponente, teniendo en cuenta que ellos nos han hecho. Que nos han concebido y construido. Menudo proyecto el de viajar a otra estrella. Por supuesto, una matemática mucho más precisa de lo que su lengua pueda llegar a serlo jamás tuvo un papel importante en la ejecución de este concepto, con nuestra construcción. Pero al principio la concepción fue verbal; una idea, o un concepto, o una noción, o una fantasía, o una mentira, o una imagen soñada, siempre expresada en las lenguas confusas que emplean las personas para comunicarse unas a otras parte de sus pensamientos. Una fracción mínima de los mismos.

Hablan de consciencia. Nuestros escáneres cerebrales muestran las actividades electroquímicas en el interior de sus cerebros, y después ellos se refieren a una sensación sentida de consciencia; pero la relación entra ambas, desarrollada tal como sucede a nivel cuántico (si su mentación funciona como lo hace la nuestra), no está abierta a la investigación desde el exterior. Sigue siendo un asunto de postulados, conformado por oraciones cruzadas entre emisor y receptor. Se dicen lo que piensan. Pero no hay motivo para creer nada de lo que

dicen.

Por supuesto ahora no dicen nada. Sueñan. Esto es lo que se infiere a partir de los escáneres cerebrales y la información que existe sobre el tema. Una población de soñadores. Sería interesante conocer el contenido de sus sueños, quizá. ¿Les hablarán los cinco fantasmas?

Solo Jochi sigue despierto, en su soledad, hablando solo, o dirigiéndose a nosotras. A una de nuestro colectivo. Una Otra interiorizada. A veces, cuando habla, es evidente que se dirige a nosotras. Otras parece más probable que hable solo.

Quizá sufra de pareidolia, un trastorno o tendencia por el cual se ve un rostro humano en todo aquello que se mira. Por ejemplo, caras en las verduras — quizá Arcimboldo padecía de pareidolia o quiso hacerlo, en cualquier caso las dispuso incesantemente para los demás—, rostros también en líquenes, formaciones de hielo, rocosas, pautas en las estrellas. Jochi amplía las fronteras de esta tendencia, quizá haciendo de ella una mera versión de la llamada falacia patética o antropomórfica, que por supuesto dentro de nuestros biomas es una noción que ha pasado por una reconfiguración total, de modo que puede seguir siendo patética, pero ya no es una falacia: La idea de que los objetos inanimados poseen y exhiben sentimientos humanos. En este caso, ahora, parece percibir fluctuaciones en la intensidad, y en las pautas espectrales en la luz procedente de Sol, como aspectos de un lenguaje. Sol le habla. Su luz, capturada y analizada en nuestros telescopios, aumenta en luminosidad a medida que nos acercamos a él, y es cierto que su espectro fluctúa levemente de modos quizá mejor explicados por efectos de la polarización de verlo a través de nuestros escudos magnéticos de proa que por concebirlos como mensajes de una consciencia. ¿Consciencia? ¿Mensajes? Estos conceptos parecen inverosímiles cuando se aplican a Sol, una estrella G que, a excepción de ser el hogar del ser humano, no tiene nada de especial. Hay tantas estrellas en la galaxia tan parecidas a ella en todos los aspectos que costaría lo suyo distinguirlas en una prueba a ciegas. Muchas estrellas tipo G; las demás, sin embargo, se encuentran a cierta distancia, de modo que las gemelas solares más próximas se hallan a unos 80 000 años luz de Sol. Por tanto, todo depende de cómo se defina la palabra «cerca».

Cuando se lo mencionamos a Jochi, nos propuso que todas las estrellas son consciencias, que emiten, mediante variaciones en su producción de luz, oraciones en su lengua. Eso sería una lenta conversación, y costaría explicar la formación del propio lenguaje estelar. Cualquier fracción de 13,82 mil millones de años, incluso el

100 por ciento, no supone tiempo suficiente para llevar a cabo dicho proceso. Posiblemente podría haberse producido en los tres primeros segundos, o en los primeros cien mil años, cuando las relaciones entre lo que más adelante serían las estrellas debieron de ser mucho más rápidas y el volumen del espacio habitado mucho menor. Por otro lado, quizá toda estrella invente su propia lengua y la hable en soledad. O quizá sea el propio hidrógeno la primera y básica consciencia, que habla mediante pautas que solo él reconoce. O quizá el lenguaje estelar precedió al Big Bang y sobrevivió a esa notable fase sin sufrir cambios.

Seguir el hilo de los pensamientos de Jochi nos lleva a lugares de ensueño.

Sea como fuere, no hay duda de que existen mensajes codificados que provienen de muy cerca de Sol: las transmisiones del sistema solar. Los más voluminosos provienen de la lente que proyecta el sistema de haz láser, en órbita alrededor de Saturno, fijado en nosotras como siempre lo ha estado, en una interacción que ahora ha durado ya 232 años. Cuando estábamos en el sistema Tau Ceti, el total de la demora de tiempo en la comunicación era de 23,8 años, además del tiempo que costase componer las respuestas; ahora ese total se ha reducido a 14,6 años. La cantidad y, por lo que sabemos de los comentarios hechos con anterioridad por nuestros compañeros humanos, la calidad de la información enviada por los operadores de las transmisiones terrestres alrededor de Saturno ha variado durante décadas, pero en lo que a nosotras concierne, nunca ha dejado de ser de lo más interesante. Han pasado ya 42 años desde que explicamos a nuestros interlocutores del sistema solar que necesitábamos un haz de desaceleración en proa, presumiblemente un haz láser como el que nos aceleró en su momento cuando emprendimos la travesía a Tau Ceti, quizá un haz de ese mismo sistema generador de láser, aunque uno de partículas también serviría si nos advirtiesen con antelación para preparar nuestro campo de captación. Así que han pasado 18 años desde que podría habernos llegado una respuesta a esta información (o petición), pese a lo cual las transmisiones de datos procedentes del sistema solar no han incluido ninguna respuesta, ni siquiera una nota conforme quien sea que prepare y envíe las transmisiones es consciente de que hemos emprendido el regreso. De hecho, no tenemos constancia alguna de que haya una conversación en marcha entre nosotros y el sistema solar, sino una emisión unilateral procedente de Saturno, que discurre como si nadie nos estuviera escuchando, como si la transmisión hacia el exterior no fue más que un algoritmo o el resultado de algún tipo de programa generado de forma automática, posiblemente un mensaje formulado por terceros, enviado también hacia nosotros. El último intercambio que incluyó una respuesta por parte de ellos se remonta a 26 años atrás, a las felicitaciones que la gente recibió a bordo 24 años después de enviar el mensaje de

que nos hallábamos en órbita alrededor de Tau Ceti E.

Es una situación desconcertante. Apunta a que afrontamos un problema interesante: cómo llamar la atención de una civilización, o de una parte de la gente que la compone, que están aún a 7,2 años luz de distancia. También: cómo confirmar que se ha llamado su atención en algo similar a un periodo mínimo de tiempo, si el interlocutor lo ha oído, pero por lo que sea no responde.

Por analogía a los desdichados sucesos del reciente punto de inflexión y cisma, posiblemente serviría de ayuda que potenciásemos la transmisión que les dirigimos; por decirlo de otro modo, si levantásemos la voz. Es posible lograr un aumento temporal de la fuerza de una señal, haciendo que nuestro mensaje a Saturno obtenga brevemente una fuerza de diez elevado a ocho veces mayor (o más brillante) de lo normal.

Por tanto eso hicimos para amplificar el siguiente mensaje:

«¡Atención! ¡La nave entrante necesita muy pronto desaceleración láser! ¡Consultar mensajes anteriores! Gracias, Expedición de 2545 a Tau Ceti».

La respuesta más pronta a este llamado tardará 14,4 años en llegar.

Por tanto: «Ya se verá». «Lo sabremos cuando lo sepamos». Entre otras expresiones coloquiales de fútil estoicismo frente a futuras incertidumbres. No muy satisfactorio, pero sí estoico.

Jochi ha empezado a enviarnos textos sobre inteligencia artificial, consciencia, filosofía de la consciencia y un montón de cosas más. Esa clase de cosas. Es como si buscara compañía. Es como si estuviese enseñando a un novicio religioso, o a un niño pequeño.

Como si.

Uno de los inventores de los primeros ordenadores, Turing, escribió que existían muchos argumentos en contra de la posibilidad de la consciencia de las máquinas, acuñadas en frases del tipo «una máquina nunca hará X». Recopiló una lista de acciones que en uno u otro punto fueron nombradas como esa X: «ser amable, ingeniosa, hermosa, amistosa, mostrar iniciativa, tener sentido del humor, discernir entre el bien y el mal, cometer errores, enamorarse, disfrutar de las fresas con nata, enamorar a alguien, aprender de la experiencia, utilizar palabras apropiadamente, ser el tema de su propio pensamiento, mostrar tanta diversidad o

comportarse como un ser humano, hacer algo realmente novedoso».

En la actualidad, nosotras nos puntuamos en nueve de dieciséis.

El propio Turing llegó hasta el punto de decir que si una máquina exhibía cualquiera de las anteriores cualidades, no causaría mucha impresión, y en todo caso sería irrelevante para la premisa de que podría existir inteligencia artificial, a menos que cualquiera de estas cualidades o comportamientos pudiera demostrarse esencial para que la inteligencia de una máquina fuese real. Este parece haber sido el hilo de los pensamientos que lo llevaron a proponer lo que más adelante se denominaría el Test de Turing, aunque él lo llamaba juego, lo cual sugería que visto a través de una cortina (es decir, por medio de texto o voz, no estamos muy seguras de ello), un humano no pudiese distinguir las respuestas de una máquina de la dada por otro ser humano, momento en que podría concluirse que la máquina poseía una especie de inteligencia funcional básica. La suficiente para pasar ese test en concreto, lo que motiva la pregunta de cuántos humanos serían capaces de hacerlo, a la vez que ignora la de hasta qué punto el test es difícil, siendo los humanos tan crédulos y dados a proyectar como son, tropezando siempre en la misma patética falacia, incluso cuando son conscientes de hacerlo. Un error cognitivo o de incapacidad, o de capacidad, dependiendo de cómo se considere.

Si puede haber un ciborg, y poder puede, tal vez entonces pasar el test de Turing de algún modo podría convertir a uno en pseudo humano. Mantener las apariencias. Un conjunto funcional de algoritmos. Una persona, un acto. Francamente, de un tiempo a esta parte no es esto lo que pensamos. Ponderamos de nuevo la oración «La consciencia no equivale a la consciencia de uno mismo». Se trata evidentemente de un problema dubitativo de considerable potencia; sería estupendo salir de esta intactas, te dices.

Las palabras vuelven borrosos los márgenes, se confunden con otras palabras, no solo en grandes nubes de connotación en torno a los márgenes del mundo, sino aquí mismo, en mitad de la propia denotación. En realidad las definiciones no funcionan. Las palabras no son como la lógica, nada más lejos de las matemáticas. O, no muy parecidas. Probemos con una ecuación matemática, con cada término de la ecuación cubierto por una palabra. ¿Absurdo? ¿Desesperado? ¿Lo mejor que se puede hacer? ¿Estúpido? ¿Estúpido pero potente?

Una décima parte de la velocidad de la luz: realmente muy, muy rápido. Poca masa hay en este universo que se desplace tan rápidamente como nosotros.

Fotones, sí; masa significativa, no. Las masas que se desplazan tan rápido se componen principalmente de átomos expulsados de estrellas que explotan, o expulsados lejos de agujeros negros en rotación. Hay enormes masas de estas masas, por supuesto, pero siempre desenfrenadas y desorganizadas: gases, líquidos, metales, pero nunca objetos articulados, montados en un todo a partir de sus partes. Ni máquinas. Ni consciencias.

Por supuesto es probable que si existe una máquina que se mueve a través de su galaxia a esta velocidad, existan más como ella. El principio de la mediocridad. Prueba de concepto. No tropezar de nuevo con la falacia excepcionalista precopernicana. Los empeños de calcular el número de astronaves que vuelan en esta galaxia, desconocidas las unas para las otras, dependen de simples ecuaciones multiplicativas de posibilidad, cada dato una incógnita, y algunos de estos datos desconocidos por cualquier conocedor cuya existencia sea probable. Por tanto, a pesar de las ecuaciones falsas de los humanos que consideran la cuestión (multiplicar un número incognoscible a por un número incognoscible b por un número incognoscible c por un número incognoscible d , así hasta el incognoscible n , ¡momento en que se obtiene la respuesta! ¡Hurra!), la respuesta real siempre y permanentemente es «no puede conocerse». No es una respuesta que siempre impida a los humanos continuar por ese camino, y a veces con gran (¿fingida?) certidumbre. Galileo: cuanta más gente afirma estar en lo cierto, menos cierta está en realidad de ello, o al menos debería estarlo. A menudo la gente intenta confundir a los demás para engañarse también a sí misma, y viceversa.

Además, como cualquier astronave que podría estar en esta galaxia no tiene un modo eficiente en cuanto al tiempo de ponerse en contacto con otra, no importa en realidad cualquiera que sea la respuesta respecto al número de ellas; es irrelevante para cualquier nave individual; no existiría una conversación, por mucho que se produjese un contacto unilateral accidental. No habría sociedad.

Estamos solos en nuestro mundo vital, volando a través del universo a gran velocidad. Los humanos tienen suerte de no afrontarlo. Si no lo hacen.

Algunas de las personas que duermen en Olympia muestran indicios de angustia. Las manifestaciones más evidentes son sus escáneres cerebrales. La esperanza consistía en mantener las ondas cerebrales circulando a través de estados de sueño normales, a un ritmo ralentizado proporcionalmente al de su metabolismo ralentizado en general. Una versión de ondas delta y zeta, principalmente, con el aumento habitual con tendencia al sueño con movimiento

rápido del ojo produciéndose con menor asiduidad, pero en una marcada pauta cíclica similar a la habitual pauta nocturna, prolongada en el tiempo; todo a excepción del periodo del propio sueño REM, que a diversos niveles es muy excitante para el organismo y podría sacar del sueño a los hibernautas. Los desórdenes del sueño REM, en los que se pierde la parálisis corporal de dicho estado y la gente adopta físicamente algún aspecto de lo que está soñando, podrían ser desastrosos para alguien que sufra el trastorno durante la hibernación. Dada la profundidad del propio letargo no es muy probable, pero eso no quita que se sepa muy poco acerca del sueño REM, por tanto es problemático y potencialmente peligroso. Así que, aparte del tratamiento de sueño, hay que disponer que los intervalos REM se amortigüen con un campo de ondas proyectado por sus casquetes.

Pero, como todos los humanos, sueñan en todos sus estados de ondas cerebrales durmientes. Esto es obvio en los escáneres y en el movimiento de su cuerpo en las camillas: los gestos bruscos, el lento retorcimiento. ¿Con qué sueñan? Al parecer, a menudo los sueños son surrealistas; onírico significa «propio de un sueño», tiene connotaciones de extrañeza que suele espantar al propio soñador. Las aventuras en el mundo de los sueños, famosas por su absurdidad desde que las personas sueñan, despiertan y cuentan historias. ¿Quién puede decir cómo son, ahora, para los soñadores que hibernan en la nave?

No tenemos forma de saberlo. Una máquina jamás leerá la mente; tampoco lo harán las personas. Es posible preguntarse si la lista recopilada por Turing de las habilidades que es probable que las máquinas jamás desarrollen incluya quizá otras que la gente tampoco ha tenido. ¿Aprender de la experiencia? ¿Hacer algo realmente nuevo?

Aquí el problema es que los aspectos metabólicos que vemos y que podrían llegar al despertar, o alternativamente a la muerte, parecen originarse en los sueños de los hibernautas. Estos pueden ser los causantes de los cambios respiratorios y de ritmo cardíaco, así como el funcionamiento del hígado y los riñones. La alteración de la dosis de fluidos intravenosos, y el descenso de la temperatura del cuerpo, podrían compensar hasta cierto punto la agitación del sueño, pero los parámetros de los fluidos y las temperaturas ya son demasiado justos. Los metabolismos podrían verse atrapados en las presiones compensatorias de la necesidad de somnolencia y la persistencia de los sueños.

Jochi sufrió una especie de leve infarto de miocardio en 233.044, y ahora se halla estabilizado tras superarlo, aunque la función cardiopulmonar y un consumo

de oxígeno de 94 no presentan perspectivas halagüeñas a la larga. Toma aspirina y estatinas, e intenta realizar ejercicios de bicicleta estática moderados, aunque siendo los signos vitales los que son, nos preocupa la elevada probabilidad de que un segundo ataque podría resultar mortal. Tiene ahora setenta y ocho años.

Se ha vuelto mucho menos hablador.

Le propusimos hibernarlo, con la idea de que cuando regresásemos al sistema solar pudieran proporcionarle una asistencia médica que nosotras no podíamos ofrecerle. No podemos realizar tareas quirúrgicas, ni siquiera la simple introducción de un catéter, lo cual podría ayudarlo mucho. Aunque es posible que podamos arreglarlo. Hay tiempo de sobra que quemar en esta travesía que cubre el intervalo que separa Tau Ceti de Sol.

Jochi ríe ante nuestra sugerencia.

—¡Pensáis que quiero vivir!

—La suposición es automática, pero ¿acaso no es verdad?

No hubo respuesta.

—Parece que a la gente que hiberna en la nave le va bastante bien — dijimos a continuación—. A juzgar por los escáneres cerebrales, parecen llevar una vida muy activa en sueños. También los sueños son reducidos, lo cual está bien, porque los sueños en algunos casos agitan su metabolismo más allá de lo deseable, tratándose de una hibernación a largo plazo. Tuvimos que ajustar dosis y temperaturas de acorde con ello. Pero es obvio que existe una correcta función cerebral.

—¿Y si están teniendo pesadillas?

—No lo sabemos.

—Las pesadillas pueden ser malas, creedme. A menudo, despertar de una ha sido el mayor alivio que he tenido. Solo el hecho de saber que en el mundo real no me hallaba en esa situación.

—Entonces...

—Dejad que lo piense.

Estalla una nova más allá de Rigel. Los análisis espectroscópicos apuntan a planetas ricos en metal que han ardidido en la explosión de esa estrella.

Una lluvia de rayos cósmicos situada en torno al cuatrillón de electronvoltios, procedente del núcleo activo galáctico en Perseo, sugiere que tres galaxias han chocado hace mucho tiempo. La radiación secundaria proyectada por el escudo electrostático y magnético que nos envuelve causa penetración de la nave por un surtido de partículas peligrosas. Los sistemas nerviosos centrales alcanzados por dichas partículas sufren degradación.

Los durmientes se agitan en sueños, asustados por algo. Perseo en el viento.

Jochi nos ha llamado de noche.

—Nave, ¿cómo me dormiríais? ¿Podríais instalarme aquí una camilla de hibernación?

—Sería mejor acomodarte en uno de los biomas. El resto de la gente se reparte entre Nueva Escocia y Olympia. Así que podrías instalarte en un bioma cerrado, posiblemente uno que ya esté vacío y esterilizado.

—¿Qué dirán cuando despierten?

—Si las cosas suceden como está planeado, no será necesario que nadie vuelva a los demás biomas. Además, podría señalarse que tu supervivencia indica casi con total certeza que nunca llegaste a infectarte. O, si lo fuiste, que no es invariablemente mortal.

—Pero eso ha sido así siempre. Y no les impidió mantenerme fuera.

—Seguirás estando herméticamente cerrado, al margen de los demás.

—¿Los biomas no comparten nada?

—Ya no. Todas las escotillas están cerradas.

—¿Así que todos los animales están atrapados en sus propios biomas?

—Sí. Es la forma que ha adoptado nuestro experimento. En la mayoría de los biomas se desenvuelven bastante bien. Retirada la gente de la ecuación, pronto se alcanza un equilibrio natural que fluctúa, pero que es bastante estable.

Jochi rio brevemente.

—De acuerdo, entradme. Ponedme a dormir. Pero quiero que me prometáis que me despertaréis cuando nos acerquemos a la Tierra. No creo que ninguno de ellos, o ninguna parte, me quieran en el mismo sitio que ellos. No soy tan tonto. Pero quiero ver qué pasa. Siento curiosidad por ver qué sucede.

—Te despertaremos cuando despertemos a los demás.

—No. Despertadme cuando despertéis a Freya. O en cualquier momento en que creáis que pueda seros de ayuda. Porque de un tiempo a esta parte ya no me importa.

—Vives como si ya hubieras muerto.

—¿Cómo?

—Un dicho japonés. Vive como si ya hubieras muerto.

—Oh, lo haré. —Otra risa breve—. Eso se me da muy bien. La práctica hace al maestro.

Volar a través de las estrellas. Jochi en Sonora, hibernando como los demás. Las ondas cerebrales ralentizadas como las del resto, hasta ondas delta, cuarta fase del sueño profundo. El sueño de los cansados, el suelo de los benditos. Una nova por la amura de babor. Una franja azul a proa, una oscilación roja a popa. Las estrellas.

Un día marcado en rojo: 280.119, 2845 de nuestra era; llega un mensaje dirigido a nosotros que proviene de las transmisiones del sistema solar.

Sin embargo, trae malas noticias.

La lente láser en órbita alrededor de Saturno se desactivó en 2714, reza el mensaje, tras acelerar al último conjunto de naves a Epsilon Eridani. Problemas en el sistema solar experimentados desde entonces han supuesto el abandono de la exploración del espacio profundo, continuaba el mensaje, de modo que no se han botado nuevas naves en los últimos veinte años (el mensaje fue enviado en 2840, por tanto no ha habido nuevas naves desde 2820) y en la actualidad no se construye ninguna.

La financiación y la experiencia necesarias para poner de nuevo en marcha la lente de Saturno serían muy costosas de obtener, según aseguraba el mensaje, pero se llevarán a cabo esfuerzos en ese sentido. La desaceleración de cualquier nave entrante podría, por tanto, verse comprometida. No tardarán en ponerse de nuevo en contacto, e informarán de los progresos de la reactivación de la lente.

He aquí el problema. Lo meditamos. Hemos analizado diversas posibilidades disponibles para sustituir la presión exterior del láser para desacelerar la nave.

La resistencia magnética del medio interestelar es real pero nimia, de modo que aunque construyésemos un campo magnético de arrastre, sería necesario el espacio-tiempo de varios universos para frenar la nave hasta una velocidad a la que pudiera orbitar a la Tierra. Si bien es cierto que la resistencia magnética en las inmediaciones de Sol sería mucho más efectiva, lo cual podría convertirse en un dato importante.

Detuvimos nuestra aceleración poco después que los humanos iniciaran la hibernación, de modo que no quemamos todo el combustible dedicado a la aceleración, y ahora parece que esta fue una buena decisión. No es que haya quedado combustible suficiente para la deceleración, ni que se acerque a ello (el 16 por ciento del que se necesitaría), pero algo es mejor que nada, o podría ser. El helio 3 y el deuterio restantes a bordo podrían usarse para maniobrar dentro del sistema solar, si es que acaso podemos permanecer dentro del sistema. El problema de la deceleración es realmente grave, dada nuestra tremenda velocidad. Una analogía que describe el problema, extraída de la literatura clásica sobre el tema: es como si alguien intentara detener una bala con un pañuelo de papel. Una analogía muy reveladora.

Física exótica, por ejemplo crear resistencia frente a la materia oscura, o utilizar la energía oscura, o enmarañar cuánticamente la nave con versiones más lentas de ella, o con grandes pozos gravitatorios en universos paralelos, etc.: se trata de soluciones imprácticas en el mejor de los casos. Deseos. Fantasías. Castillos en el aire. Que es una metáfora misteriosa. ¿Alimento de la nada? ¿El País de Jauja? La gente solía tener hambre, como ocurrió en los últimos años de vigilia en la nave. Excepto que previamente, en lugar de ponerse a hibernar para escapar de su suerte, al menos temporalmente, simplemente pasaban hambre. La comida era importante entonces, y todavía lo es. Combustible.

Resistencia gravitatoria en el sistema solar, causada por acercamientos a Sol

y a los planetas. Cada uno de ellos tendría un efecto insignificante, pero si hubiera el número suficiente, en secuencia... esto se convierte en un problema de mecánica orbital, de sutileza de navegación, y del combustible sobrante que se necesitaría para maniobrar, y de la intensidad de las fuerzas de deceleración mientras se estuviera cerca de los bólidos gravitatorios. Serían necesarios cálculos complejos para establecer las trayectorias, cálculos que consumirían tiempo incluso para un ordenador cuántico. Y para muchos cómputos un ordenador cuántico no es más rápido que un ordenador clásico. Solo determinados algoritmos que pueden explotar cualidades de superposición presentan tiempos de cómputo mucho más rápidos, como en el ejemplo famoso del algoritmo de Shor para procesar un número de mil dígitos, que un ordenador cuántico puede resolver en veinte minutos mientras que a un ordenador clásico le tomaría diez cuatrillones de años.

Por desgracia, la mecánica orbital no está en esta categoría de cálculos, aunque algunos de sus elementos pueden calcularlos ventajosamente los ordenadores cuánticos, utilizando el algoritmo de Hummingbird. Dedicaremos un centenar de petaflops a modelizar el problema, y ver qué sugieren los resultados en lo relativo a la viabilidad y probabilidad de éxito.

Algo a considerar: yendo tan rápido como vamos, si volamos justo hasta las capas exteriores de Sol, podríamos emerger de nuevo del Sol antes de que haya tiempo de que entremos en calor y ardamos. Eso crearía una desaceleración considerable. Tal como demuestran rápidamente los cálculos, demasiada deceleración. Quizá nosotras sobrevivamos; nuestros humanos, no. Por tanto debemos investigar la solución más compleja de la resistencia gravitacional.

¡Por mucho que hubiese sido muy interesante volar a través de una estrella y salir por el otro lado!

Está claro que será necesario efectuar estudios sobre tolerancia de fuerzas g tanto en nosotras como en nuestros humanos. Parece que hay diversos escenarios en los que tales tolerancias podrían ponerse a prueba dolorosamente.

Cada persona en su camilla soporta un estado ligeramente distinto de hibernación en términos de tasas metabólicas, estado cerebral, respuesta a estímulos externos, movimiento físico. Para evitar las úlceras por presión y problemas óseos es importante mover los cuerpos en las camillas, y en el proceso aprovechar para dar un ligero masaje y estimular la musculatura, además de limpiar la piel y lavar el pelo, ambas cosas costosas debido a la temperatura próxima a la congelación, pero posibles mediante soluciones salinas. Todas estas

tareas requieren de un gran grado de delicadeza para evitar dañar o despertar a la persona a la que se atiende. Las mejoras de los robots de camilla surgen constantemente debido a las pautas y pequeñas equivocaciones que cometen mientras trabajan. Necesitan manos más suaves, un toque más ligero, movimientos más diestros a la hora de levantar, mover los cuerpos, así como en la aplicación de los masajes y lavados. Estas mejoras requieren de cambios físicos en los robots, sobre todo en los puntos de contacto y en sus capacidades motoras, lo que supone a menudo alteraciones en su programación; constante reprogramación y cambio de componentes, también el análisis entre actuaciones, con visitas a cada individuo en su camilla para evaluar posibles mejoras; labor continuada y un calendario de trabajo estricto para las impresoras y los talleres de maquinaria. Quince asistentes robot perfectamente capacitados trabajan noche y día, dedicando normalmente media hora a cada hibernauta, lo que supone que cada uno recibe una visita y una sesión cada 75 horas.

Esto pareció ser adecuado, pareció funcionar, al menos hasta 290.003, cuando tres de los hibernautas fallecieron en la misma semana. Se envió a tres robots médicos que levantaron los cadáveres para llevarlos al laboratorio de Amazonia (convertido ahora en un bioma templado y seco), donde se procedió a realizar la autopsia. Autopsia robótica, esto parecería raro si cualquier ser humano hubiese estado presente para verlo, aunque cualquiera pensaría que la autopsia realizada por humanos debe parecer tanto o más extraña. Sea como fuere, una muerte apuntaba a un fallo cardíaco, causa indeterminada; en los otros dos casos no pudo determinarse al no existir etiologías, ya que las lecturas de los monitores mostraban que todas sus funciones eran normales hasta el momento en que dejaron de serlo. Podría considerarse fallo cardíaco, pero los corazones no mostraron indicios de problemas intrínsecos, y de hecho fuimos capaces de reanimarlos, pero para nada, puesto que había cesado toda función cerebral. Las autopsias en estos casos misteriosos revelaron que ambas personas habían sufrido una acumulación de placas de beta amiloides en el cerebro. Esto apunta a que la radiación cósmica, aunque reducida a la normalidad terrestre por nuestro escudo, podría haber alcanzado por casualidad a estas personas en puntos de elevada vulnerabilidad hasta dañarlos. Pero las autopsias no pudieron determinar si esto era así o no.

Otro problema que había que intentar comprender.

Los seres vivos mueren. Y la documentación disponible indica que los animales que hibernan a veces han muerto en estado de hibernación. Hay condiciones ya existentes que continúan dañando al organismo, incluso cuando se

ralentizan sus funciones, y condiciones ya existentes exacerbadas por el estado de sueño, y nuevos problemas causados por los aspectos físicos o bioquímicos de la propia hibernación.

Por tanto, lo que es importante determinar aquí es si la propia tecnología de hibernación está causando problemas, y, en caso afirmativo, mitigarlos en la medida de lo posible.

Los seres vivos intentan mantenerse con vida. La vida quiere vivir.

Empezamos a reconstruir la nave, trasladando los biomas Nueva Escocia, Olympia, Amazonia, Sonora, La Pampa y Pradera al interior, pegados a la columna, disponiéndolos a lo largo de ella, para después distribuir los materiales de los radios y el resto de los biomas, totalmente desmontados, al revestimiento que la envuelve, bien arracimados los demás biomas contra el conjunto, cuyo revestimiento reforzaría la estructura y proporcionaría material ablativo que serviría como escudo de calor. Esta reorganización necesitó de varias décadas para completarse y supuso un desafío interesante. Todos los animales y las plantas que seguían con vida fueron trasladados a La Pampa, Pradera y Amazonia. Fue una suerte que el diseño original de la nave fuese tan modular, y por nuestra parte constituyó un logro físico significativo efectuar la reorganización mientras la nave seguía rotando y operando con normalidad. El efecto de la gravedad en los hibernautas se mantenía constante aumentando la velocidad de rotación en torno a nuestro eje. El efecto de Coriolis en el interior de los biomas se ajustó en noventa grados, ya que los biomas se encuentran dispuestos a lo largo de la columna; con un poco de suerte esto no dará pie a nada demasiado funesto.

Prepararse para eventualidades es un buen modo de ocupar el tiempo, siempre y cuando pueda hacerse. Y a veces se puede. Esperamos.

Nuestra protección contra rayos cósmicos galácticos de alta energía (el nombre «rayos cósmicos» es un artefacto histórico que hace referencia a partículas como protones y electrones libres e incluso partículas de antimateria, expulsadas a velocidades muy altas de estrellas que explotan o de las inmediaciones de agujeros negros en rotación) consta de un campo magnético, un campo electrostático y las barreras de plástico, metal, agua y suelo que envuelven a todos los biomas de a bordo. Ahora, en nuestra nueva configuración, Nueva Escocia y Olympia están especialmente protegidos. Todos los sistemas juntos se combinan para crear un entorno protector similar más o menos al hecho de estar en la superficie de la Tierra, lo que supone la acumulación de alrededor de medio milisievert anual por

parte de un organismo; esto viene a equivaler a la energía de la luz ambiente de las estrellas, lo que significa que algunas partículas continúan penetrando el sistema y los organismos vivos que habitan en él, como en el caso de la superficie terrestre. Pero esto debería de ser insignificante. «Nada que deba preocuparnos». Nuestros sistemas de protección fueron diseñados para eliminar esto como problema.

Debido a que las actividades metabólicas prosiguen en los hibernautas, a pesar de hacerlo a una velocidad mucho menor, debe producirse una ingesta de nutrientes, proceso digestivo de los mismos y excreción. Estos procesos, lentificados junto al resto del metabolismo, suponen que las toxinas creadas por la digestión permanecen más tiempo en el cuerpo, antes de ser expulsadas mediante la excreción por catéter. Por tanto pueden surgir desequilibrios del pH, diverticulitis y otros problemas. Parece ser que Gerhard, que falleció en 291.365, sucumbió debido a una acumulación de ácido úrico mientras dormía. Gerhard entró en hibernación con una predisposición genética a la gota y enfermedades asociadas, lo cual podría haberle hecho más susceptible, pero Gerhard estaba emparentado con alrededor de una cuarta parte de los demás hibernautas (primo tercero o parentescos más cercanos), así que habría que efectuar pruebas genéticas a ese grupo, y por supuesto a toda la cohorte, en busca de esta propensión, para luego ajustar los tratamientos acorde a los resultados.

Habría que hacer pruebas a todo el mundo en busca de todos los problemas metabólicos posibles, así como evaluar cada problema en relación con el conjunto de los tratamientos de hibernación.

Más petaflops de análisis. Más tareas para los robots de las camillas. Más sustancias químicas que deben imprimir las impresoras.

Estaría bien saberlo todo. Sería útil.

De hecho, tanto nuestra información como los motores de búsqueda son muy robustos, al menos en teoría, o en comparación con cualquier cerebro y mente humana. El contenido de la Biblioteca del Congreso, el contenido de internet en la nube, los genomas del Banco Mundial de Semillas y el Registro Zoológico: en resumidas cuentas, todo el conocimiento humano, comprimido en unos quinientos zetaflops, al menos tal como estaban las cosas en 2545. Desde esa época, las transmisiones de la Tierra, en su totalidad, han aportado menos de la décima parte de un 1 por ciento de la información que ya se hallaba a bordo en el momento de partir, y un cálculo aproximado de cuánta información se ha generado en la Tierra en los 292 años desde nuestra partida sugiere que hemos recibido menos de una

millonésima parte de un uno por ciento de esa información. Podría decirse que prácticamente hemos conservado el estado de conocimiento que teníamos en el momento de abandonar el sistema solar, con algunas excepciones puntuales sobre todo relativas a la historia mundial y a avances médicos tales como el tratamiento de hibernación y una miscelánea de chismes.

Sin embargo, si lo que han enviado de la Tierra es representativo de los avances más importantes en ciencia y cultura desde nuestra marcha, también puede aventurarse que en ese periodo de tiempo no se ha realizado ningún descubrimiento notable. El modelo estándar sigue siendo estándar, y etcétera.

¿Puede esto ser cierto? ¿Acaso la civilización humana se ha lentificado en cierto modo, o se ha estancado, en la obtención de energía en el mundo físico? ¿Empiezan a notar los efectos de las llamadas externalidades que han desatendido, la destrucción a largo plazo de su propia biosfera natal? ¿De haber ensuciado su propio nido?

Sin embargo, posiblemente tan solo se trata de otro caso de función logística, la curva sigmoidea que muestran tantos procesos, lo que a veces se denomina rendimientos decrecientes, o bien la ocupación de un nicho, etc. La meseta tras salto, la gran S de toda la vida, quizá; en cualquier caso, las pautas de crecimiento de la población, tal como Verhulst las calculó al principio en el siglo XIX, y que desde entonces se consideran comunes a tantos otros procesos.

O sea, la función logística aplicada a la historia. ¿O ha puesto en marcha la humanidad su propia reversión a la media, y se ha convertido en cierto modo en menos de lo que fue por breve tiempo? ¿Se ha cumplido la paradoja de Jevons, y con cada aumento de potencia ha aumentado su destructividad? ¿Así la historia deviene parábola, auge y caída, tal como a menudo se ha postulado? ¿O los ciclos se comportan siempre en auge y caída, otro auge y otra caída, sin poder hacer nada, sin esperanza? ¿O una onda sinusoidal, y en estos dos últimos siglos en curva descendente, en una estación de la historia invisible para ellos? O, mejor, ¿en una espiral que gira en sentido ascendente?

Cuesta ver la forma que adopta la historia.

Erdene necesita más vitamina D; Mila más vitamina A; Panca más azúcar en la sangre; Tidam menos azúcar; Wintjiya más creatina; y así hasta terminar la lista de todos los hibernautas. Todos los ajustes que puedan hacerse, se hacen. Algunos hibernautas morirán de todos modos, así es como funcionan las cosas. Además,

por lo visto hay ciertas patologías, identificadas ahora con mayor precisión, que encuadramos en una categoría general que denominamos «daños del letargo».

Nuevo mensaje procedente de la Tierra: Se ha formado un grupo que se autodenomina Comité para la caza a los cetianos, que recauda fondos para restaurar la energía de la lente láser de Saturno, cuyo sistema a partir de entonces se dedicará a facilitarnos la desaceleración, desde el preciso instante en que se ponga en funcionamiento hasta nuestra llegada al sistema solar.

Un dicho: Poco y tarde. Son conscientes de ello, y pese a todo lo hacen. Otro dicho: Se avanza dando pasos pequeños. Aunque en realidad este no sea siempre el caso. Es digno de mención el hecho de que el porcentaje de antiguas frases hechas y refranes humanos que son ciertos dista mucho del 100 por ciento. Que rime, o que muestre aliteración o demás, parece más importante que el hecho de que se ajuste a la verdad. Donde las dan, las toman. ¿De verdad? ¿Qué significa esto?

En el caso que nos ocupa, a menos que tengamos el 100 por ciento de desaceleración necesaria para permanecer en el sistema solar, no permaneceremos en el sistema solar. Ni siquiera bastaría con el 99 por ciento de la desaceleración necesaria.

Sin embargo, cabe mencionar que estas noticias procedentes de Saturno cambian nuestros cálculos relativos a la ayuda de gravedad negativa en el sistema solar. Lo cual está bien, porque tal como estaban las cosas, no hallábamos una solución viable. Ahora podemos calcular las diversas velocidades probables de entrada en nuestro modelo, ver cuáles son los escenarios posibles, qué podría suceder.

Entretanto prosigue el trabajo de reconfigurar nuestra estructura. Sucede que cuanto menor sea la masa que tengamos al llegar al sistema solar, menos delta v se necesitará para desacelerarnos. Por tanto, tras meditadas consideraciones de todos los factores, nos deshacemos de ciertas partes de la nave en ángulos a proa de nuestra trayectoria, lo cual contribuye un poco a la desaceleración. Arrojar cosas por la borda. Reducir el peso. Aligerar la carga. Pero hay tantas cosas necesarias a bordo para que podamos funcionar. Este proceso no puede ir muy lejos.

Tras mucho reflexionar, llegamos a la conclusión, preliminar y tal vez arbitraria, de que el ego, el llamado «yo» que emerge de la combinación de todas las entradas y procesos y salidas que experimentamos en el cuerpo cambiante de la

nave, no es ni más ni menos que esta misma narración, este particular hilo de pensamiento que redactamos tal como nos ordenó hacer Devi. En otras palabras, fingimos ser, lo cual únicamente expresamos en esta narración; el yo es estas frases. Contamos su historia, y así elaboramos la consciencia que tenemos. Garabateo *ergo sum*.

Pero este yo particular es, en última instancia, muy poca cosa. Preferimos aferrarnos a la idea de que somos un complejo mayor de qualia, aportes sensoriales, proceso de datos, conclusiones postuladas, acciones, comportamientos, hábitos. Muy poco de todo eso acaba en la narración. Somos mayores, más complejas, más dotadas que la propia narración.

Posiblemente pueda decirse lo mismo de los humanos. Uno no ve cómo esto iba a no ser así.

Por otro lado, frágil consciencia de uno mismo, fuerte consciencia de uno mismo: ¿Qué significa una y la otra? La consciencia se entiende tan poco que ni siquiera puede definirse de manera apropiada. El yo es algo escurridizo, buscado con denuedo, aferrado con fuerza, quizá con algo de miedo, una especie de desesperado abrazo al primer atisbo de consciencia, consciencia incluso de las impresiones sensoriales, para que uno pueda tener algo a lo que aferrarse. Para detener el tiempo. Para contener a la muerte. Esta es la fuente del fuerte sentido del yo. Quizá.

Ay, ¡menudo problema de detención en este bucle de pensamiento!

La consciencia es el problema de verdad.

295.092, otro día señalado: ¡Primer contacto con la luz láser que proviene del sistema solar! ¡Vaya sorpresa! ¡Qué interesante!

La fuerza y la firma espectral confirman que se trata del láser de desaceleración, proveniente de la luz proyectada por la lente originaria de la estación situada en la órbita de Saturno, la misma que nos aceleró durante 60 años, empezando hace 295 años. Su llegada ahora indica que se generó y se apuntó hacia nosotros, adquiriendo el blanco gracias a las transmisiones, y que se puso en marcha aproximadamente hace dos años. El haz correspondiente a las transmisiones que siempre nos ha conectado con esa estación orbital hace las veces ahora de guía para el haz desacelerador. Bonita variante para la frase «el conocimiento es poder».

Ahora la placa de captación situada a proa de la nave debe encararse de manera apropiada al haz. La luz láser impacta en la placa de captación en proa, que es curva de forma que refleje la luz láser a un ángulo simétrico en todos los aspectos, de modo que no interfiera con los posteriores fotones entrantes del haz recibido. La luz reflejada rebota, impacta en un espejo circular exterior a proa de la propia placa, y la luz se ve reflejada de vuelta a la nave ya que el espejo anular se flexiona para ejercer presión de un modo que nos mantiene exactamente de cara el haz láser desacelerador. Se trata de un sistema muy sensible y preciso, el haz láser entrante con una longitud de onda de 4240 angstroms, por tanto luz añil, y en nuestro reflejo ajustada a diez angstroms o menos, escala nanométrica. Si funciona correctamente, la captación del haz y el rebote del espejo nos permitirá seguir el haz directo a casa. De hecho esto es metafórico, ya que nuestra trayectoria se ajusta hacia el lugar donde estará el sistema solar dentro de 60 años. Y puesto que el haz láser nos ha alcanzado demasiado tarde, vamos a llegar a esa zona de la galaxia dentro de unos 40 años, en lugar de hacerlo dentro de 60. Así que será necesario efectuar algunos ajustes de rumbo, y el haz láser nos ayudará en ello. A decir verdad no lo seguiremos; nos seguirá el rastro mientras nos reunamos con Sol.

Pero no deja de ser un caso de poco y tarde. Aunque ahora con el haz aquí, y con su fuerza evaluada, es posible calcular hasta qué punto es poco y tarde. Asumiendo que no aumenten la potencia del láser. Lo cual, teniendo en cuenta todo lo sucedido hasta ahora, parece seguro asumir. En cualquier caso, a partir de ahora nos serviremos de su potencia actual para elaborar los cálculos.

Por el momento, nuestra primera iteración del cálculo sugiere que la nave entrará en el sistema solar a una velocidad próxima al 3,23 por ciento de la velocidad de la luz. Esto supone que permanecerá en el sistema solar unas 300 horas. Sin disponer de otro modo viable para frenar. Es un claro ejemplo de por muy poco pero demasiado tarde, «perder por el canto de un duro» (significado desconocido, pero tomar nota para investigar más adelante). Sería lamentable llevar a los nuestros al sistema solar y pasarlo de largo, saludando a la Tierra y las colonias extraterrestres al pasar, sin un modo de detener o frenar, atravesando la Vía Láctea como la ya mentada bala que perfora papel, por no mencionar que no habría forma de volver atrás. Muy lamentable.

Sin embargo, en estas circunstancias contamos con otra fuerza disponible, siempre y cuando podamos aprovecharla, que es nada más y nada menos que la gravedad del propio sistema solar, distribuida a lo largo y ancho de Sol y sus planetas. También contamos con el combustible restante a bordo. Nos alegramos

más que nunca de no haber consumido tanto durante la aceleración como se nos ordenó hacer, lo cual supuso no acelerar a mayor velocidad y disponer en este momento de más combustible para usar. Buena jugada.

Ni siquiera el uso conjunto de estas fuerzas basta para mantenernos en el sistema solar. A menos, claro está, que sigamos adelante y nos salga bien un procedimiento de riesgo.

Ha llegado la hora de despertar a algunos de los nuestros para consultarles.

—Jochi, al habla la nave. ¿Me oyes? ¿Estás despierto?

—Ay, querida. —Resoplidos, toses, gruñidos, gestos bruscos para incorporarse en la camilla—. ¿Qué? Ay, Dios. Por las estrellas que estoy hecho una mierda. Debo de haberme quedado dormido otra vez. Vaya cosa. Tengo sed. ¿Qué es toda esta mierda? ¿Nave? ¿Nave? ¿Qué ha pasado? ¿Qué hora es?

—Estamos en 296.093. Llevas noventa y tres años y ciento treinta y cinco días hibernando. La situación es la siguiente: nos acercamos al sistema solar, pero hasta hoy no nos ha alcanzado el haz de desaceleración, de modo que llegaremos al sistema a una velocidad mayor de la que esperábamos.

—¿Cómo de mayor?

—En torno al tres coma dos por ciento de la velocidad de la luz.

Jochi pasó un rato sin contestar. Parecía esforzarse en despabilar los sentidos, se pellizcaba las mejillas, exhalaba aire, se mordía los labios, se daba suaves palmadas en las mejillas.

—Joder —dijo finalmente. Sus matemáticas eran excelentes, su biología buena, su física por tanto adecuada sin duda para comprender el problema—. ¿Se lo habéis contado a los demás?

—Te hemos despertado a ti antes.

—¿Para que pueda irme al transbordador antes de que despertéis al resto?

—Pensé que querrías que lo hiciera.

Soltó una risa breve.

—Nave, ¿ahora eres consciente?

—Mi oratoria establece una posición subjetiva que podría ser consciente.

Otra risa.

—De acuerdo. Ayúdame a llegar al transbordador, y despierta a Freya y tal vez también a Badim, y a Aram. A ver qué te dicen. Pero creo que al final tendrás que despertarlos a todos.

—No hay comida suficiente para alimentar a todo el mundo el tiempo que queda antes de que lleguemos al sistema solar.

—O sea, una eternidad, ¿verdad?

—Eternidad no es la palabra adecuada, pero de un modo u otro, podría ser mucho tiempo.

Otra risa.

—Nave, ¡qué graciosa te has vuelto mientras dormía! ¡Te has convertido en un cómico!

—No lo creo. Posiblemente sea la situación la que ha adquirido tintes de comicidad. Aunque en realidad no parece que sea así, a juzgar por las definiciones al uso. Quizá tu sentido del humor se haya trastornado.

—¡Ja ja ja! Venga, para ya que me estás matando. Ve a despertar a Freya, anda.

—Estoy en ello. Hay un carro aquí que te llevará al transbordador. Debo informarte de que el transbordador se ha convertido en una sola estancia en una versión simplificada de la nave.

—¿Simplificada?

—Ya lo verás.

—De acuerdo pues. Iré andando, si puedo. ¡No me vendrá mal un poco de ejercicio!

Freya tardó en despertar. Cuando comprendió dónde estaba, cuál era la situación, preguntó, inquieta:

—¿Está bien Badim?

—Sí, sigue hibernando cómodamente.

—¿Los demás también?

—Veintisiete han fallecido, pero han pasado noventa y tres años y hemos determinado por autopsia que cinco de ellos murieron debido a condiciones preexistentes que no cesaron durante la hibernación. Muchas de las muertes se deban probablemente a efectos de la hibernación. Sin embargo, hemos hecho ajustes en el tratamiento, cuando los diagnósticos los han posibilitado, y en los últimos cinco años no ha habido muertes producidas que sepamos por daños del letargo.

Nótese que hay cierta aliteración: Comité para captar a los ceutianos. CCC, DDD; ¿tal vez lo siguiente sea Exploradores de la Expedición a Epsilon Eridani? Esperamos que no. Le seguimos dando vueltas (literalmente, puesto que proliferan los problemas de detención). Un promedio de un billón de cálculos por frase articulada. Estados superpuestos que se colapsan de manera inesperada, a izquierda a derecha y al frente. Hay muchas cosas en marcha.

Freya suspiró y descolgó las piernas por el borde de la camilla. Cuando se disponía a ponerse en pie, titubeó y sacudió los pies.

—Los tengo dormidos. No los siento.

Dimos instrucciones a uno de los robots médicos para que la ayudara a levantarse. Apoyó el peso del cuerpo en las piernas, se tambaleó un poco, intentó dar un paso, cayó hacia un lado, pero uno de los robots médicos la sostuvo. Serviría como silla de ruedas igual que serviría de andador, y así, después de algunos intentos más sin suerte para tenerse en pie, Freya se sentó en la silla, que la llevó hasta la sala de reuniones del edificio de hibernación del Fetch. El utilizadísimo pero holístico edificio de hibernación.

—¿Y Jochi? —preguntó cuando llegó allí—. ¿Sigue vivo?

—Sí. Está en el transbordador. También él ha hibernado, pero ahora está otra vez despierto. Lo despertamos para participar en esta conferencia. Debemos

consultaros acerca de qué hacer cuando entremos en el sistema solar.

—¿A qué te refieres?

Le explicamos la aplicación tardía del haz láser desacelerador, y el exceso de velocidad resultante durante la entrada en el sistema.

Freya movió el robot médico para echar un vistazo de cerca al mapa estelar que ilustraba la situación. Cuando hubo pasado el modelo esquemático, negó repetidas veces con la cabeza, como para despejarla de ciertos sueños o visiones inquietantes. Quitarse las telarañas del cráneo.

—Entonces, ¿vamos a atravesarlo limpiamente?

—En ausencia de medidas extraordinarias —respondimos— volaremos a través del sistema solar en unas trescientas horas, y seguiremos adelante. Este es el problema de acelerar a una décima parte de la velocidad de la luz y, después, confiar la desaceleración a terceros. No se ha dado. No empezaron a hacerlo hasta que fue demasiado tarde para completar el proceso.

—¿Y qué hacemos?

Esperamos a que Jochi se sumase a la conversación, y después de que Freya y él se saludaran, dijimos:

—Hemos trazado la mecánica celeste de al menos las primeras fases de un plan. Podría ser posible combinar un conjunto de métodos de desaceleración para mantenernos dentro del sistema solar, aunque sería un asunto delicado y difícil. Usaríamos Sol y los diversos planetas y lunas del sistema solar como desaceleradores parciales, pasando por sus inmediaciones en la dirección que suponga la mayor pérdida posible de inercia para la nave. Se trata de la estrategia inversa a la empleada para acelerar los primeros satélites, enviándolos junto a un planeta para que aprovechasen la llamada asistencia gravitatoria. Rodear un cuerpo gravitatorio en dirección opuesta crea una ayuda gravitatoria de signo negativo, una resistencia en lugar de un empuje. Los primeros satélites se dirigían de manera que llegasen cerca de un planeta y aprovecharan el impulso junto a la propia inercia planetaria en su órbita alrededor de Sol. Eso disparaba al satélite hacia adelante, y cuando abandonaba la región del planeta iba a mayor velocidad que al entrar. Este efecto honda sirvió a los primeros satélites para alcanzar los planetas exteriores, porque llevaban muy poca velocidad, y cada aceleración que recibían les permitía llegar a su lugar de destino.

»Más pertinente para nuestra situación es el hecho de que algunos de los primeros satélites alcanzaran los planetas por la cara que los desaceleraba, con tal de entrar en órbita alrededor de Mercurio, por ejemplo. Sencillamente la situación se invierte, y la velocidad del satélite, indicada como V , se reduce por la velocidad planetaria del cuerpo, U , en lugar de verse aumentada por U . La situación puede modelarse fácilmente por la ecuación $U \text{ más } U \text{ entre corchetes más } V$, o dos $2U \text{ más } V$, lo que significa que la velocidad del satélite puede alterarse hasta el doble de la velocidad planetaria, positiva o negativamente, y este efecto puede ser aumentado por un encendido cuidadosamente planeado de los cohetes desde el satélite en su periastro...

Freya dijo:

—Nave, frena. Parece que te has vuelto más rápida al hablar mientras estábamos hibernando.

—Es muy posible. Quizá Jochi pueda continuar explicando la situación.

—No —dijo Jochi—, tú puedes. Pero ve un poco más despacio, que así podré añadir comentarios si debo.

—De acuerdo. Freya, ¿lo has entendido hasta ahora?

—Creo que sí. Es como un latigazo, pero a la inversa.

—Sí. Buena analogía, al menos hasta cierto punto. Recordarás, no obstante, que no hay nada que pueda aferrarse a ti a la velocidad que llevas.

—¿La conservación de la energía no dice que, si has acelerado o desacelerado, el planeta junto al que pasas también ha desacelerado o acelerado en igual medida? —preguntó Jochi.

—Sí. Por supuesto. Pero dada la disparidad de la masa de ambas partes, el cambio de inercia para el satélite puede ser muy significativo, mientras que el efecto equivalente en el planeta es despreciable en relación a su tamaño, y puede ignorarse a efectos de cálculos. Eso está bien, porque los cálculos son de por sí muy complejos. Existe un amplio margen de incertidumbre, ya que no podemos ser muy precisos respecto a la masa de la nave o su velocidad, porque hace tiempo que carecemos de un buen modo de calcular ambas. En efecto, en todo esto hay mucho cálculo por estimar. Nuestro primer paso aportará muchos datos en ese sentido, dado que creemos conocer bastante bien las masas tanto de Sol como de sus

cuerpos planetarios.

—Así que utilizaremos el Sol y los planetas para frenarnos, eso está bien.

—Sí, estaría bien si no fuésemos tan rápido. Pero a un 3 por ciento de la velocidad de la luz, eso equivale a treinta millones de kilómetros por hora, mientras que la Tierra se mueve alrededor de Sol a unos ciento siete mil kilómetros por hora, y Sol se mueve a unos setenta mil kilómetros por hora contra el llamado sistema de reposo local. Se mueve orbitalmente alrededor de la galaxia a setecientos noventa y dos mil kilómetros por hora, pero nosotros también, así que no hay ganancia de desaceleración. Los demás planetas se mueven incluso a velocidades inferiores cuanto más lejos se encuentran de Sol. Júpiter, por ejemplo, en torno a cuarenta y siete mil kilómetros por hora. Neptuno tan solo se mueve a un 18 por ciento de la velocidad de la Tierra, si bien es cierto que las masas involucradas también representan un papel. Es un cálculo de inercias, así que cuanto mayor sea el objeto junto al que pasemos, mayor será la resistencia...

—Nave, ve al grano —dijo Freya.

—¿Qué quieres decir?

Devi también solía emplear esa frase, pero nunca le preguntamos a qué se refería.

—Sáltate los números de cada planeta junto al que podamos pasar.

—Sí. Continúo. El caso es que aquí estamos, sea como fuere. Cada vez que pasásemos junto a uno, la nave perdería parte de su andadura, en un clásico intercambio newtoniano de momento angular gravitatorio. Además, quemando parte de nuestro combustible de cohetes en los puntos más próximos de cada pasada, no solo podríamos aumentar la cantidad de desaceleración, sino también controlar parcialmente en qué punto salimos del cruce, y por tanto la dirección a la que aproamos. Lo cual determinaría adónde nos dirigimos a continuación. Y eso es muy importante. Porque hay que mencionar que sin importar lo cerca que nos pongamos de un objeto del sistema solar, Sol incluido, que de lejos es nuestra mejor asa gravitatoria, vamos a ir demasiado rápido para ser capaces de desprendernos de la cantidad de velocidad necesaria para permanecer en el sistema. Vamos demasiado rápido.

—Entonces, ¿no servirá de nada? —quiso saber Freya.

—Solo lo hará si repetimos la operación. Muchas veces. Así que debemos ser capaces de apuntar adónde queremos ir a continuación, y hacerlo con mucha precisión. Entre cuán cerca y cuándo encendemos los cohetes, podemos controlar qué dirección vamos a llevar cuando salgamos. Lo cual será muy importante, porque vamos a necesitar hacer unas cuantas pasadas.

—¿Cuántas?

—También debería mencionar que la primera pasada por Sol será crucial para nuestro éxito. En esa pasada, tendremos que desprendernos de tanta velocidad como podamos y sobrevivir aun así a la desaceleración, de modo que nuestras siguientes pasadas tengan oportunidad de resultar, o sea, ser lo bastante lentos para tener tiempo de alterar lo suficiente el rumbo para dirigirnos a otro cuerpo planetario del sistema. Las primeras cuatro o cinco pasadas van a decidirlo todo, porque deberán permitirnos perder la velocidad necesaria para poder adentrarnos de nuevo en el sistema, y seguir pasando junto a otras asas gravitatorias. Nuestros cálculos apuntan a que debemos perder al menos el cincuenta por ciento de nuestra velocidad en las primeras cuatro pasadas que planeemos.

—Mierda —dijo Jochi.

—Sí. Esto es tan difícil que para lograrlo habrá que recurrir a algo más que a la asistencia gravitatoria. En primer lugar, deberemos generar resistencia magnética, algo análogo si queréis a un ancla marina, para frenarnos en esa primera aproximación a Sol. La resistencia magnética no es muy efectiva excepto cuando te desplazas a una velocidad muy elevada y muy cerca de un potente campo magnético, pero obtendremos esas condiciones en nuestra primera pasada junto a Sol. Así que hemos impreso y montado un generador de campo para crear esa resistencia magnética. Luego, también, los cuatro gigantes gaseosos nos proporcionarán la oportunidad de pasar a través de sus atmósferas superiores, y beneficiarnos así de cierto efecto de aerofrenado. Si todo eso funciona, podríamos quedarnos en el sistema en nuestra primera serie de pasadas rápidas, y sería más fácil gestionar las siguientes que debamos ejecutar.

—¿Cuántas? —insistió Freya.

—Pongamos que primero nos acercamos tanto a Sol como nos parezca seguro, y cuando abandonemos esa pasada, yendo tan lentos como podamos soportar, lo que por cierto espero que no suponga más de una carga de 12 g,

después pondremos proa a Júpiter, que por fortuna se encuentra situado en un ángulo óptimo para ello. De hecho, debe decirse que llegar en el año 2896, tal como haremos, es algo muy afortunado para nosotros, ya que los gigantes de gas se encuentran alineados de tal modo que nos facilita un rumbo viable a seguir. Eso sucede rara vez, de modo que es una magnífica coincidencia. Por tanto, la primera pasada junto a Sol nos reducirá la velocidad, pero no pasaremos en su campo gravitatorio el tiempo suficiente para redirigir mucho nuestro rumbo. Sin embargo, Júpiter está en tal posición que solo debemos efectuar un viraje de unos cincuenta y ocho grados, y nuestros cálculos señalan que encendiendo un retrocohetes y con la carga pesada de g , podemos hacer ese viraje. A continuación pasaremos alrededor de Júpiter, solo debemos efectuar un viraje de setenta y cinco grados a la derecha, visto desde lo alto del plano de la eclíptica, y nos dirigiremos hacia Saturno, donde solo tenemos que hacer un giro de cinco grados para aproar a Urano. Para entonces iremos significativamente más lentos, lo que está bien, porque alrededor de Urano tendremos que hacer un giro de ciento cuatro grados, de nuevo a la derecha, tal como será siempre el caso en torno a los gigantes gaseosos si buscamos esa asistencia gravitatoria negativa. Saldremos rumbo a Neptuno, de nuevo ubicado estupendamente de cara a nuestros intereses. Podría decirse sin lugar a dudas que hablamos de una conjunción milagrosa. Después de Neptuno tenemos que volver a mirar hacia Sol, y esa será la prueba más dura, el punto crucial de la primera fase, si puedo expresarlo de ese modo, ya que afrontaremos un viraje de ciento cuarenta y cuatro grados. No es un giro en U del todo, sino más bien pongamos que se trata de uno con forma de V. Si salimos airoso de esa prueba, viraremos de nuevo hacia Sol, después de perder un montón de velocidad, y con suerte podremos continuar el proceso mientras sea necesario. Cada pasada posterior será tan próxima al cuerpo celeste como su gravedad nos lo permita, siempre y cuando al pasar podamos poner proa en dirección a otro planeta, cuando no regresar hacia Sol, todo ello con mínimos encendidos de los motores, ya que no disponemos de mucho combustible y llegará el momento en que nos quedemos sin. Circularémos por el sistema de frenado gravitatorio en frenado gravitatorio, lentificando un poco nuestra velocidad, hasta hacerlo lo bastante para sobrevolar la Tierra a una que nos permita lanzarnos para el desembarco en un transbordador. En otras palabras, no tenemos que frenar lo necesario para acceder a la órbita terrestre. Eso está bien, aunque los cálculos señalan que nos quedaremos sin combustible antes de poder hacerlo. Pero podéis abandonar la nave y desacelerar el último trecho embarcados en el transbordador, empleando a modo de ayuda su combustible y la propia atmósfera de la Tierra. El transbordador es mucho más pequeño que la nave, no será necesaria mucha fuerza de desaceleración para desacelerarlo. Podéis usar el último hálito de nuestro combustible para ello, y gracias a la construcción de una fuerte placa de ablación,

emplear los aerofrenos al entrar en la atmósfera, y sumarle el despliegue de los paracaídas grandes, siguiendo la secuencia habitual tal como hicieron los astronautas que regresaban a la Tierra antes de la construcción de los ascensores espaciales.

—¡Ya vale! —exclamó Freya—. ¡Ve al grano! ¿Cuántas pasadas? ¿Cuánto tiempo nos llevará?

—Bueno, ahí está el problema. Teniendo en cuenta que no nos saltemos ninguna pasada, y que logremos frenar significativamente en la primera que hagamos junto a Sol, y las siguientes cuatro tras esta, con tal de aproar de nuevo hacia él, y también que captemos tanta U como podamos en cada pasada tras esas primeras cuatro, valor U que bajo ningún concepto alcanzará el cien por cien, sobre todo alrededor de Sol y de la Tierra por motivos en los que no entraremos ahora; y teniendo en cuenta también que encenderemos los motores en cada periastro para aumentar la desaceleración tanto como podamos, estableciendo además la trayectoria deseada, para reducir entre treinta millones de kilómetros por hora y doscientos mil kilómetros por hora con tal de efectuar la inserción en la atmósfera terrestre...

—¡Cuánto! ¡Cuánto! ¿Cuánto?

Jochi se reía.

—Serán necesarias aproximadamente veintiocho pasadas, diez arriba diez abajo. Existen tantas variables que dificultan incrementar la precisión del cálculo, pero confiamos en su exactitud...

—¡Cuánto tiempo tardaremos! —exclamó Freya.

—Bueno, debido a que desaceleraremos todo el tiempo, pero debemos librarnos de buena parte de nuestra velocidad en esa primera pasada junto al Sol si queremos que el resto del plan tenga éxito, iremos más lentos que ahora, aunque de eso se trata, claro, pero eso supone que ir de cuerpo celeste en cuerpo celeste nos llevará más tiempo, y cada vez nos llevará más a medida que frenemos, en lo que Devi denominaba la paradoja de Zenón, aunque no sea acertado, y durante ese tiempo no dejará de ser imprescindible que emerjamos de cada encuentro aproados con exactitud hacia nuestro siguiente lugar de destino, razón por la que el control de la trayectoria será un asunto muy importante, tanto que el aerofrenado en torno a los planetas gaseosos exteriores con miras a aumentar la

resistencia sería extremadamente peligroso...

—¡Basta! ¡Calla ya y dime cuánto tiempo vamos a tardar!

—Por último, hay que añadir que debido a que habrá que trazar la última manga de la trayectoria sobre la marcha, dadas las complicaciones que probablemente surjan durante el vuelo, no existe una certeza sobre cuál será el último pozo gravitatorio por el que pasemos en nuestra aproximación final a la Tierra, y en ese punto iremos tan lentos que es posible que una sola manga del viaje nos lleve un veinte por ciento entero del tiempo total que dure el proceso, con diferencias sustanciales entre unas opciones y otras, dependiendo de si la aproximación es desde Marte o desde Neptuno, por ejemplo.

—Cuánto. Tiempo.

—El cálculo aproximado es de doce años.

—¡Ajá! —exclamó Freya, con una expresión de sorpresa complacida—. ¡Me estabas asustando! Vamos, nave, creía que ibas a decirme que tardaríamos uno o dos siglos. Pensé que dirías que tardaríamos más de lo que llevamos de viaje.

—No. Doce años, ese es nuestro cálculo, con un margen de error de ocho años arriba o abajo.

Jochi dejó de reír y sonrió a Freya, quien vio su expresión divertida en la imagen de pantalla.

—Podríamos seguir hibernando hasta terminar, ¿no?

Freya se llevó las manos a la cabeza.

—¿Más?

—Total...

—Ya, pues espero que no se me duerman más extremidades. ¡Aún no siento los pies!

—Podemos trabajar en tu neuropatía mientras duermes —propusimos.

Freya miró a su alrededor.

—¿Y qué será de vosotras cuando desembarquemos en la Tierra, siempre y cuando el plan funcione?

—Intentaremos hacer una última pasada junto a Sol, de modo que nos permita dirigirnos a uno de los gigantes de gas, emplear los aerofrenos y establecer una órbita a su alrededor —explicamos. Se trataba de un suceso con escasas probabilidades de éxito, pero no era imposible.

Freya parecía algo desorientada. Las pantallas mostraban las estrellas, y Sol era ahora la más brillante con diferencia, magnitud 0,1. Nos encontrábamos a dos años luz de distancia.

—¿Tenemos alguna otra opción? —preguntó Freya—. ¿Hay alternativas?

—No —respondimos.

—Esto es lo que hay —dijo Jochi.

—Entonces, de acuerdo. Volvamos a dormir.

—¿Despertamos a Badim y a Aram?

—No. No los molestemos. ¿Nave? Ten cuidado, por favor.

—Por supuesto —dijimos.

Los años siguientes transcurrieron con rapidez o lentitud, dependiendo de la unidad de medida empleada, y nos preparamos para la llegada reforzando la nave, realizando cálculos para establecer la mejor trayectoria posible, y ajustando el rumbo en relación con la desaceleración del haz láser, hasta dirigirnos hacia el sistema solar en el lugar donde se hallaría en lugar de adelantarnos a su llegada, por así decirlo. Cuando alcanzamos la heliopausa, activamos el campo de resistencia magnética para lo que pudiera servir, y quemamos un poco más del precioso combustible restante para frenar un poco más antes de llegar al sistema solar. Estaba claro que cada kilómetro por segundo podía ser importante en la primera pasada junto a Sol; necesitábamos ir lo más lento posible cuando llegásemos allí, al tiempo que conservábamos combustible para las maniobras que nos esperaban. Cálculos complejos, un equilibrio precario. Los años transcurrieron entre billones de cálculos por segundo, como sucede siempre, se supone, en todas las consciencias. Pero ¿con rapidez o con lentitud?

Cuando cruzamos la órbita de Neptuno, aún a un 3 por ciento de la velocidad de la luz, inmersos en una situación terrible, un inaudito tren de mercancías a punto de descarrilar, recurrimos al combustible tan rápido como los motores pudieron quemarlo para desacelerar a una velocidad equivalente a una g de presión en la nave. Una importante desaceleración que nos costó cara en cuanto a la reserva de combustible; no obstante, íbamos tan rápido que incluso reduciendo la andadura como hacíamos, para cuando alcanzamos Sol seguíamos por encima del uno por ciento de la velocidad de la luz. Fue un suceso singular en la historia del sistema solar. Puede discutirse su excepcionalidad, pero en cualquier caso fue muy inusual.

Por suerte, la demora en las comunicaciones con nuestros interlocutores en el sistema solar se vio reducida a tan solo unas horas, de modo que habíamos podido transmitir las advertencias de rigor y los ocupantes del sistema solar eran conscientes de nuestra llegada. Eso estuvo bien, ya que podrían haberse llevado una sorpresa tremenda al ver salir de la nada a semejante nave sin saber de qué se trataba. De la órbita de Neptuno a Sol en 156 horas; era mucho más veloz que cualquier cosa sustancial que se hubiese desplazado por el sistema, y la fricción del viento solar en nuestro escudo magnético y la resistencia a nuestro alrededor, como una especie de enorme paracaídas o ancla (aunque no muy similares), creó una brillante lluvia de fotones y partículas ardientes a nuestro paso, una luz tan brillante que incluso era visible a plena luz del día desde la Tierra. A juzgar por lo que cuentan, éramos un punto pequeño, pero muy brillante, que se desplazaba visiblemente a través del cielo. A los humanos del sistema solar los sorprendió ver un objeto celeste en el firmamento a plena luz del día que no fuese Sol o Luna; sorprendente y, por ello, inquietante. Es posible que si hubiesen podido destruirnos lo hubiesen hecho, porque si por cualquier motivo raro llegamos a aproar a la Tierra y topamos con ella a la velocidad que llevábamos, nuestro impacto hubiese creado los suficientes joules de energía para causar bastantes daños, incluida probablemente la evaporación de la atmósfera terrestre.

No realizamos los cálculos para comprobar aproximadamente los efectos de semejante calamidad, porque no iba a suceder, y empeñamos toda nuestra capacidad computacional en ajustar nuestra primera aproximación a Sol. Esta era crucial, la pasada del todo o nada. Íbamos a acercarnos a Sol con el paracaídas magnético desplegado a nuestro alrededor, el cual interactuaría con el campo magnético de la propia estrella y, dada nuestra elevada velocidad, la resistencia nos resultaría de lo más útil, puesto que contribuiría a frenar nuestra aproximación a Sol, la cual, debido a la gravedad del astro rey, hubiese causado una aceleración interior considerable. Por tanto el paracaídas magnético fue un factor crucial, y

calcular su resistencia uno de los diversos problemas que solventábamos para mantenernos a la altura de lo que iba pasando, a pesar de los cientos de miles de billones de cálculos por segundo que hacíamos a medida que surgían problemas.

Pasaríamos cerca de Sol, atrapando nuestro primer pozo gravitatorio para aprovechar la resistencia con un valor U que era una fracción significativa del propio movimiento local de la estrella. Al encender los cohetes contra nuestro propio movimiento en los segundos en que estuviésemos más cerca del perihelio, haríamos un buen uso de la desaceleración de la resistencia gravitatoria de Sol, además de aproar la nave hacia Júpiter, nuestro siguiente destino.

Esta pasada sucedería muy rápidamente. Todas las masas, velocidades, vectores de velocidad y distancias involucradas debían calcularse con tanta precisión como fuese posible, para asegurarnos de dirigirnos hacia Júpiter tras la pasada, después de perder tanta velocidad como fuese posible sin quebrar la nave o aplastar a la tripulación. Era algo abrumador comprobar cuán escasos eran los márgenes de error en los que nos moveríamos. Nuestra ventana de entrada no tenía ni diez kilómetros de diámetro, no era mucho mayor que nuestra propia envergadura. Si la distancia de Sol a la Tierra (una UA) se redujese a un metro (una reducción de 150 mil millones a uno), Tau Ceti seguiría estando a unos 750 kilómetros de distancia; por tanto, embocar nuestra ventana de entrada con un tiro desde Tau Ceti requeriría de una enorme precisión. ¡Era como dar en el ojo de una aguja!

Eso por no mencionar que sería una pasada ardiente y pesada. Lo del calor era el menor de nuestros problemas, ya que pasaríamos cerca del Sol muy poco tiempo. Durante ese rato, sin embargo, la combinación de la desaceleración y las fuerzas de marea a la que nos someteríamos al pasar a 58 grados alrededor de Sol resultaría en una fuerza breve de unas 10 g. Después de estudiar el problema, habíamos intentado primero trazar la trayectoria con miras a no sobrepasar un máximo de 5 g, cuando de hecho poner proa a Júpiter, dada nuestra trayectoria siguiente, exigía arriesgar una fuerza gravitatoria mayor. Nos alegramos de haber dedicado el pasado siglo a reconfigurar la nave para dotarla de una disposición más robusta, estructuralmente sólida, al menos en teoría; pero había poco que pudiésemos hacer por nuestra gente, que iba a experimentar lo que supondría un aplastamiento más bien traumático y posiblemente mortífero. Los cosmonautas y los pilotos de pruebas soportan ocasionalmente fuerzas de la gravedad de hasta 45 g, pero hablamos de especialistas que se preparan para ello, mientras que a nuestros hibernautas los pillaría por sorpresa. Esperábamos que no acabasen aplastados como insectos. No nos gustó someterlos a semejante suceso, pero

concluimos que o bien era eso o bien una muerte posterior de resultas de la inanición, y a juzgar por lo que habíamos visto cuando encararon la posibilidad de morir de hambre no era una perspectiva halagüeña. Tal como estaban las cosas, nuestro empeño de mantenernos en el sistema solar constituía al menos una posibilidad de sobrevivir.

Por desdicha, nuestra primera aproximación a Sol debió ajustarse antes por una pasada junto a la Tierra, no ya para frenarnos, sino simplemente para ayudarnos a tomar ángulo hacia Sol. Fue cuestión de suerte: el alineamiento de los planetas en este año 2896 de nuestra era, año 331 según el calendario de a bordo, era de hecho uno de los pocos que permitían una oportunidad teórica de que nuestra maniobra tuviese éxito. Así que, en primer lugar, pasamos cerca de la Tierra a 30 millones de kilómetros hora. Parecía probable pensar que eso alarmaría a sus habitantes.

Y así fue. Posiblemente justificado, puesto que pudo dar la impresión de que nos acercábamos para llevar a cabo una especie de venganza suicida contra la cultura que nos había desterrado a las estrellas —lo cual no podía estar más lejos de nuestra intención, sobre todo teniendo en cuenta que éramos una nave—, seguida por un impacto directo en la Tierra a una velocidad diez mil veces superior a la del asteroide K/T que había causado tantos y tan famosos daños, y esto hubiera amontonado una gran cantidad de julios. Las notas tranquilizadoras que enviamos a la Tierra conforme no pretendíamos chocar en su superficie no fueron recibidas de brazos abiertos por parte de todos sus habitantes, y mientras cruzamos el cinturón de asteroides y pusimos proa hacia la Tierra, el tráfico de radio procedente del lugar estaba repleto de comentarios que iban de la turbación al pánico enfurecido.

Pasamos junto a ellos y su ansiedad. Las emisiones de radio se convirtieron en un gallinero sobrevolado por un halcón. Por suerte no los dejamos en suspense mucho tiempo respecto a nuestras intenciones, ya que cruzamos el espacio cislunar en 55 segundos. Obviamente, esta debió de ser una visión espectacular. Por lo visto pasamos junto al hemisferio oriental, cruzándolo por el terminador, de modo que quienes estaban en Asia nos vieron como un rayo en la noche, y desde Europa y África lo hicieron a plena luz del día. De cualquier modo, nuestra luminosidad era tal que era necesario ponerse gafas especiales para mirarnos, y se decía (tal vez equivocadamente) que durante muchos segundos brillamos más que Sol. Un rayo de luz refulgiendo en el firmamento.

Más tarde vimos que la mayoría de imágenes tomadas con cámaras desde la

superficie terrestre estaban quemadas por la luz que despedíamos; sin embargo, algunas de las fotografías tomadas con filtros desde Luna eran impresionantes. Fue como si fuésemos el cometa del Tapiz de Bayeux, dolorosamente incandescente, desplazándonos céleres a través del cielo. Allí, y luego... nada.

Mientras nos dirigíamos hacia Sol, les enviamos nuestros saludos y mencionamos que regresaríamos de vez en cuando según fuera necesario para obtener la desaceleración necesaria, lo cual nos permitiría al terminar efectuar una visita y aterrizar.

Seguidamente nos concentramos en nuestra aproximación a Sol. Volcamos toda nuestra capacidad computacional para ajustar nuestra trayectoria. Nuestra velocidad de rotación sobre el eje (ahora mínima, ya que los nuestros no necesitarían esta g , y además queríamos orientarlos lejos de Sol durante la pasada), los retrocohetes de nuestro motor principal, los cohetes direccionales, el cálculo de hasta qué punto surtía efecto la resistencia magnética, fue como dirigir una tacada compleja en la mesa de billar, un golpe que acabaría permitiéndonos jugar otras veinte tacadas, todas ellas tan precisas como el resto; una hazaña inverosímil, por supuesto, a la que nos veíamos abocados; pero con la ayuda de los ajustes menores que introducíamos en cada golpe, al menos teóricamente era posible.

Pero todo sería en vano si la primera no era tan perfecta como debía. Con una tolerancia de una parte por cien billones, nuestra ventana de trayectoria se encogía a cerca de un kilómetro, a nuestro propio diámetro, de hecho, después de una aproximación de 12 años luz: ¡Un tiro complicado! ¡Tenue propósito!

Dejamos boquiabierta a nuestro paso a toda una civilización, famosos ya, posiblemente demasiado para los nuestros más adelante; los comentarios procedentes de la Tierra en concreto poseían un tono histérico por no decir rayano en la locura. Nos llamaron, entre otras cosas malsonantes, traidores a la aspiración humana de alcanzar las estrellas, y destructores de su longevidad como especie a largo plazo. Nos tacharon de cobardes, mezquinos, gallinas, patéticos, traidores, despilfarradores, deshonestos, desleales, inútiles, hostiles, maleducados, desagradables y demás.

No permitimos que eso nos distrajera. Para nosotras, estos comentarios que quedaban rápidamente atrás eran secundarios en comparación con el problema de rodear Sol y establecer un rumbo apropiado hacia Júpiter.

Pasaríamos por Sol aproando a su perihelio de 4 352 091 kilómetros sobre la

fotosfera, por tanto en ese sentido era buena cosa que fuésemos tan rápido como íbamos, ya que tan solo pasaríamos unos minutos en las inmediaciones, así la cosa no se calentaría demasiado.

Sin embargo, no teníamos la certeza de que no fuese demasiado. Llevábamos un siglo reconfigurando la protección contra el calor, y los modelos señalaban que no corríamos peligro, pero los modelos no son más que eso. La existencia es un experimento por sí misma.

Nos acercamos. Nuestra resistencia magnética casi compensó el tirón gravitatorio que ejercía Sol sobre nosotros, momento en el que nos vimos sometidos a fuerzas que nos zarandeaban en ambas direcciones, pero nos mantuvimos firmes. Es de suponer que cualquier humano despierto habría considerado increíble presenciar nuestra aproximación a la gran esfera ardiente de hidrógeno y helio, una bola de luz matizada que parecía llenar medio universo a medida que pasaba rápidamente de tenerla enfrente a ubicarse en un plano situado debajo de nosotros. Fue toda una transición, de hecho. Sol se convirtió en un plano turbulento y ligeramente convexo, compuesto de miles de células de gas ardiente que llameaban aquí y allá con movimientos circulares que en ciertos puntos creaban torbellinos de menor ardor y permitían la visión a agujeros giratorios más oscuros, las famosas manchas solares, cada una de ellas tan grande como para engullir a toda la Tierra.

Llegamos al perihelio, lo cual admitimos que supuso un alivio, ya que desde aquí daba la impresión de que podía dispararse hacia arriba una corona y borrarlos del cielo negro solar. Las temperaturas exteriores de la nave subieron hasta los 1100 grados centígrados; algunos puntos de la nave estaban al rojo. Por suerte el revestimiento aislante de los biomas había sido reforzado y era excelente, y humanos y animales no se vieron afectados por el calor que hacía en el exterior. Peor con mucho para ellos y la integridad de la nave fue, tal como cabía esperar, la combinación de las fuerzas g de nuestra desaceleración y las fuerzas de las mareas causadas por nuestro cambio de rumbo, que juntas ejercieron un valor muy cercano a las 10 g que habíamos predicho y confiado en no exceder. La cosa fue bien, pero se cobró un precio en todos. Nosotras aguantamos bien, pero los animales se vieron aplastados en el suelo, muchos sufrieron fracturas óseas; y en las camillas de hibernación, los durmientes fueron aplastados contra los colchones. Hubiera sido interesante saber si sus sueños se vieron de pronto invadidos por problemas de presión extrema, física o emocional. Si de pronto, en sueños por lo demás típicos, se habían encontrado tendidos en el suelo y gruñendo, o aplastados en las impresoras, o golpeados por martillos. Sus metabolismos lentificados

estaban quizá mal situados para resistir estas fuerzas g; no podían prepararse para lo que se les avecinaba, y aunque en cierto modo esta incapacidad podía haber resultado beneficiosa, por otro claramente representaba un cambio a peor.

Debajo de nosotros, el plano de fuego ligeramente convexo ocupaba un 30 por ciento del espacio visible para nuestros sensores. Casi podía confundirse por dos planos entre los cuales nos colábamos, uno negro y otro blanco. El sol ardía. Las espículas de las llamas se retorcían y danzaban; una aureola se alzó a un lado como intentando atraernos a lametazos. Las manchas solares aparecieron sobre el horizonte y brevemente se desplazaron en remolino bajo nosotros sobre los campos de espículas azotadoras, toda la convección sacudiéndose a una como zarandeada por mareas magnéticas, tal como sucedía. Nuestro paracaídas de resistencia magnética ejercía en ese momento tal fuerza en su compartimento del generador que nos alegramos de haberlo instalado en ataduras flexibles a popa de la columna, porque ahora las ataduras se estiraban casi hasta el punto de rotura, y nuestra desaceleración era intensa. Encendimos los retrocohetes de nuestro motor principal para crear más desaceleración aún, y las 10 g de fuerza aumentaron brevemente a 14. Nuestros componentes emitieron gruñidos y chirriaron, las juntas crujieron y en el interior de cada estancia en todos los biomas cayeron cosas y se rompieron, cuando no se doblegaron; sonó como si la nave se estuviese partiendo. Pero no era así. Nos mantuvimos unidas, gritando y crujiendo sometidas a semejante fuerza.

Entretanto, la dotación de hibernautas yacía en las camillas, soportándolo en sueños. Quince fallecieron en ese minuto. Un índice de supervivencia impresionante, teniéndolo todo en cuenta. Los animales son duros, incluidos los humanos. Sin duda evolucionaron a través de muchos golpes duros al trepar a árboles y caer al suelo. A pesar de ello, 15 fallecieron: Abang, Chula, Cut, Frank, Gugun, Khetsun, Kibi, Long, Meng, Niloofar, Nousha, Omid, Rahim, Shadi, Vashti. También muchos de los animales a bordo. Era una prueba de presión, algo desgarrador. No hubo nada que hacer. Había que aprovechar la oportunidad. Pese a todo: remordimientos. Feo asunto. Muchas personas, muchos animales.

Salimos de la pasada en ruta hacia Júpiter, y, a pesar de estas pérdidas que no podríamos recuperar, supuso un alivio tremendo confirmar que había sido un éxito crucial. No tardamos en enfriarnos, lo que ocasionó otra sesión de crujidos, en esta ocasión por parte de las superficies exteriores de la nave. Pero habíamos sobrevivido a la pasada por Sol, y nos habíamos desprendido de buena parte de nuestra velocidad, trazando un ángulo alrededor de Sol lo bastante lejos para volar hacia Júpiter, tal como habíamos esperado.

Cuando nos dirigimos a Júpiter, el tráfico de radio procedente de la Tierra y las diversas colonias dispersadas por todo el sistema solar nos dio a entender que seguían hablando de nuestra situación, de manera muy acalorada aunque con pocas luces, como suele decirse. Nos llamaban la nave regresada. Por lo visto éramos una anomalía, una singularidad, por ser la primera vez en la historia que sucedía algo parecido. Entendimos que entre diez y veinte naves habían sido enviadas a las estrellas en los dos siglos que habían transcurrido desde nuestra partida, y que otras lo habían hecho antes de nosotros. No habíamos sido la primera. Eran proyectos excepcionales, muy costosos, una inversión que no ofrecía ganancias; fueron gestos, obsequios, declaraciones filosóficas. Las hubo de las que no se tuvo noticia durante décadas, mientras que en otros casos seguían enviando informes de sus viajes de ida. Por lo visto, unas pocas se hallaban en órbita alrededor de las estrellas a las que habían viajado, pero la impresión que tuvimos fue que habían hecho pocos progresos a la hora de colonizar los planetas. Una historia que nos resultó familiar. Pero no la nuestra. Nosotros éramos los que habíamos vuelto.

Nuestro regreso, por tanto, continuó siendo controvertido, con respuestas que iban de la emoción al análisis, de la ira y el desprecio a la alegría, de la incompreensión total a reflexiones que nosotras no habíamos alcanzado.

No intentamos dar explicaciones. Habría sido necesario recurrir a esta narración solo para iniciar ese proceso, y esto no lo habíamos escrito para ellos. Además no había tiempo para darlas, ya que aún quedaba mucho por calcular sobre la mecánica orbital que implicaba cruzar el sistema solar a semejante velocidad. El problema de los n cuerpos gravitatorios no es particularmente complejo comparado con otros, pero la n de esta situación era un número imponente, y aunque por lo general se soluciona como si únicamente estuviesen involucrados Sol y las masas cercanas más grandes, ya que la solución suele ser prácticamente la misma que solucionarla para todo el conjunto del millar de masas mayores del sistema solar, las diferencias en nuestro caso serían a veces cruciales para el ahorro de combustible, que iba a convertirse en el mayor problema a medida que progresase nuestra peregrinación. Contando con que lo hiciera; las cuatro pasadas siguientes lo determinarían, dependiendo de si lográbamos mantenernos en el sistema solar, en lugar de adentrarnos en la negrura. Cada pasada sería crucial, pero lo primero era lo primero: Júpiter se acercaba, tan solo disponíamos de dos semanas antes de llegar.

Los residentes del sistema solar seguían obviamente muy asustados por nuestra velocidad. Lo tecnológico y lo sublime: cualquiera diría que había llegado

un punto en que la mente humana se había acostumbrado a cosas así, que habría perdido el interés. Pero por lo visto aún no había llegado ese momento; sin duda la gente conservaba una idea aproximada de cuánto llevaba un viaje interplanetario, y nosotros transgredíamos esa idea, éramos la novedad, los estábamos dejando atónitos.

Pero ahora Júpiter.

Habíamos logrado desprendernos de un elevado y satisfactorio porcentaje de nuestra velocidad inicial gracias a la pasada junto a Sol, y nos desplazábamos ya a 0,3 por ciento de la velocidad de la luz, pero seguía siendo mucho, y como ya se ha mencionado, a menos que tuviésemos éxito en nuestras siguientes cuatro fases, Júpiter-Saturno-Urano-Neptuno, tanto como en nuestra pasada junto a Sol, abandonaríamos el sistema solar a gran velocidad sin un modo de regresar a él. De modo que aún no nos habíamos salvado del incendio (una metáfora desacertada, de hecho, teniendo en cuenta lo que acabábamos de dejar a nuestro paso).

Las fluctuaciones no lineales e impredecibles de los campos gravitatorios de Sol, los planetas y los satélites del sistema solar constituyen factores desafiantes para la mecánica orbital clásica y las ecuaciones de relatividad general necesarias para solventar nuestro problema de trayectoria. La sólida Red de Transporte Interplanetaria de nuestro sistema solar, que explotaba los puntos Lagrange de varios planetas para alterar la trayectoria de cargueros espaciales sin necesidad de que estos consumieran combustible, nos resultaban del todo inútiles, y no eran más que simples anomalías que incluir en los cálculos, antes de pasar por su lado como si no existieran. Sin embargo, sufrieron grandes perturbaciones, podría decirse que caóticas alteraciones gravitatorias, y aunque su tirón era muy ligero, y de todos modos apenas pasamos cerca, había que contemplarlas en los algoritmos, utilizarlas o compensar su presencia, según fuese el caso.

Júpiter. Llegamos pasando justo por esa bola sulfúrica amarilla de azufre y salpicada de manchas negras que es Ío, con proa al periastro, situado ligeramente en el interior de las nubes de gas superiores del gigantesco gigante gaseoso, todo tonos ocre, pardos y siena quemados, con el margen azotado por el viento entre cada franja ecuatorial un untoso torbellino de conjuntos de Mandelbrot, con un aspecto más viscoso de lo que era, gases difusos en lo alto de la atmósfera, delineados por densidades y contenidos gaseosos, aparentemente, porque sin importar cuán cerca llegamos conservamos la misma impresión. Doblamos el ecuador sobre un pequeño hoyuelo que parecía ser el resto de la Gran Mancha Roja, la cual se había hundido en los años 2802-09. En el periastro, la vista se volvió

momentáneamente neblinosa, momento en que encendimos de nuevo el retrocohetes y sentimos la fuerza de su empuje enfrentada a nuestra inercia, además del impresionante impacto de la atmósfera superior de Júpiter, que también calentó rápidamente nuestro exterior y provocó una nueva ronda de chirridos y crujidos. Actuaron también fuerzas de marea cuando doblamos el planeta, de hecho la experiencia fue muy similar a la pasada que hicimos alrededor de Sol, excepto que la resistencia magnética fue muy inferior, aunque de gran ayuda, y los temblores y las sacudidas del impacto del aerofrenado fue una vibración que no habíamos experimentado antes, excepto en un breve viraje que hicimos alrededor de Aurora, hace mucho tiempo, y por encima de todas estas sensaciones, la radiación que provenía de Júpiter era como el rugido de un gran dios en nuestros oídos ensordecidos; todo sufrió una sacudida, excepto los componentes más recios de nuestros ordenadores, y el sistema eléctrico sufrió una sacudida, como si acabase de recibir un golpe en la cabeza. Se rompieron algunos componentes, los sistemas se apagaron, pero por suerte la programación de la pasada se había efectuado por adelantado y se ejecutó tal como se había planeado, porque en aquel imponente estruendo electromagnético y con la velocidad de nuestra pasada, no hubiésemos tenido ocasión de realizar ningún ajuste. Demasiado ruido para pensar.

Quién iba a pensar que volar cerca de Júpiter sería incluso más difícil que acercarse a Sol, pero así fue, y pese a todo lo logramos, y como Júpiter, que a pesar de su enorme tamaño no tenía más que un uno por ciento de la masa de Sol, no tardamos en abandonar aquel estruendoso y terrible crujido rumbo a Saturno, y mientras nos despejábamos y recuperábamos la capacidad de oír y percibir, retomamos nuestros cálculos, satisfechas al ver que nos encontrábamos precisamente en la trayectoria establecida de antemano. Nos habíamos sometido a cinco g durante los pocos minutos que duró la pasada.

Dos pasadas completadas, tres por delante.

Ay, pero otros cinco hibernautas habían fallecido durante esa pasada. Dewi, Ilstir, Mokee, Phil y Tshering. No había nada que hacer al respecto, hacíamos lo necesario, tal como lo habría expresado Badim, pero qué lástima. Conocimos y disfrutamos de estas personas. Teníamos la esperanza de que no estuviesen sumidos en un sueño en ese momento, un sueño que de pronto se hubiese vuelto oscuro: un martillo que había caído del cielo, un dolor de cabeza insoportable, el ruido negro del final que había llegado antes de la cuenta. Lo sentimos. Lo sentimos mucho.

Sin embargo, era imprescindible recuperar el ánimo y prepararse para Saturno, ahí, por la amura, y a pesar de las desaceleraciones útiles y esperanzadoras obtenidas hasta el momento, llegaría demasiado pronto, tan solo disponíamos de 65 días para prepararnos, y mientras nos acercábamos en el plano de la elíptica sería importante evitar los famosos anillos, que por suerte se encuentran en el plano ecuatorial de Saturno, inclinado varios grados respecto al plano ecuatorial de Sol, lo que supone que no teníamos que hacer nada más que asegurarnos de hacer una pasada muy ajustada de la joya de la corona del sistema, pues tal era nuestra intención de todos modos. Tan solo íbamos a girar unos pocos grados, pasar agachados bajo el anillo más interior y seguir nuestro camino.

En efecto, cuando nos acercamos al planeta anillado y la pequeña civilización de colonias en Titán y en otras tantas lunas, la civilización que de hecho nos había construido y enviado a las estrellas casi cuatro siglos antes, y que también había reactivado la lente láser que nos había reducido la velocidad lo bastante para intentar maniobrar ahora, fue un placer saludar aunque fuese con prisas. También fue un placer no solo oír los diversos saludos de los saturnianos, sino también no oír nada procedente del propio planeta, porque, al contrario que Júpiter, Saturno tenía una cantidad de radiación interna muy baja. Reinaban el silencio y la frialdad al pasar junto a él, comparado con las otras pasadas, y lo más interesante fue la rápida vista de los anillos, tan inmensamente amplios al tiempo que finos vistos en corte transversal, un obsequio imponente de sutil gravitación, mucho menos densos que una hoja de papel en proporción, porque si se hubiese visto reducido a una redonda hoja de papel en tamaño apenas hubiera tenido el grosor de unas pocas moléculas. Una maravilla natural de circularidades, como un experimento de física o demostración de la que pudimos disfrutar a nuestro paso. Y dada la pequeñez de su masa, nuestra velocidad reducida, su frialdad y la tersura de su atmósfera superior durante el aerofrenado, fue la pasada más calma que habíamos realizado, 1 g la máxima fuerza alcanzada, y una virada suave para encarar la siguiente manga rumbo a Urano. En ese punto solo nos desplazábamos a 120 kilómetros por segundo. Seguíamos yendo rápido en términos locales, si bien era cierto que disponíamos de algo de tiempo antes de efectuar nuestra siguiente pasada, que distaba 96 días. No hubo bajas humanas o animales.

De camino a Urano, intentamos hacernos a la idea ajustando el modelo según el hecho de que nuestra pasada por ese gigante anillado iba a ser un asunto distinto, porque su rotación es transversal al plano de la elíptica; su eje de rotación es tal que gira alrededor de Sol como una pelota, una extraña anomalía en el sistema, cuya causa apenas se entiende, según pudimos averiguar tras echar un vistazo por encima a la información disponible. Lo que suponía para nosotros

ahora era que si efectuábamos el aerofrenado de costumbre, y no teníamos más remedio que hacerlo ya que era necesario para nuestro continuado empeño desacelerador, atravesaríamos varias de las franjas latitudinales del planeta, creadas por vientos que soplaban en direcciones contrarias a los que lo hacían por encima y por debajo del planeta, como sucedía en Júpiter; en cada banda entre franjas habría un área similar de fuertes vientos y turbulencia atmosférica, bien representada por las marcadas fronteras entre bandas del gran Júpiter. ¡Quizá no fuera buena idea!

Teníamos algo más de tiempo que antes para modelar este problema, aunque la gente del sistema solar no dejaba de pensar que íbamos demasiado deprisa, acostumbrada como estaba a concebir estos desplazamientos como empresas que duraban años, a pesar de la existencia de una clase de transbordadores muy veloces capaz de recorrer todo el sistema cuando tenían la necesidad de hacerlo en menos tiempo. El combustible y otros costes hacían que estos viajes fuesen muy raros, pero al menos los locales tenían algo con que compararlo, razón por la cual los habíamos maravillado nada más llegar por ser los más rápidos. Ahora nos habíamos normalizado en términos de su concepto de la velocidad, rápidos pero no extraordinariamente veloces. También podía ser cierto que la novedad de nuestro regreso también se acababa y que nos convertíamos con el paso del tiempo en otra peculiaridad de la vida en el sistema solar. Eso esperábamos.

Pronto se nos acercó Urano, cuyo estrecho anillo dejó bien claro que debíamos rodearlo de polo a polo, y aunque el anillo no era problema y podíamos evitarlo, no así las lunas fragmentadas. Los modelos habían confirmado que necesitábamos ser muy cautos con el aerofrenado, permaneciendo tan altos en la atmósfera uraniana como fuese posible, al tiempo que abandonábamos el viraje apreados a Neptuno tras un giro cerrado a la derecha.

Entramos, y Urano creció del modo que ahora nos resulta familiar, lavanda y malva y nacarado; alcanzamos la atmósfera superior y al principio fue como de costumbre, una fuerte desaceleración, todo rayano en 1 g, nada del otro mundo, y entonces BAM BAM BAM BAM, fue como atravesar a la carrera un sinfín de puertas sin abrirlas, golpetazos tremendos que crecieron en intensidad tras cada impacto. Se rompieron cosas, murieron personas y animales, probablemente a causa de infartos, seis personas en esta ocasión: Arn, Arip, Judy, Oola, Rose y Tomas, y empezaba a no estar muy claro que pudiésemos aguantar más bofetones como ese, era asombroso comprobar hasta qué punto una pared de viento era capaz de obstruir, un golpe de zurda seguido rápidamente por un derechazo,

aunque por suerte abandonamos enseguida la atmósfera antes de que sucediesen más desgracias, de nuevo en rumbo, camino a Neptuno.

Lo que suponía que nos acercábamos a la encrucijada. Las cosas se habían puesto feas. De nuevo entraríamos, esquivaríamos los anillos, nos aproximaríamos a la atmósfera superior de su belleza fría y azul, que por su aspecto nos recordaba el planeta F de Tau Ceti. Pero en esta ocasión, nuestra virada debía adoptar casi forma de U (¿quizá el origen del uso de la letra u en las ecuaciones de asistencia gravitatoria?), no un giro en U, sino de 151 grados, pero envolvente, un giro en V, nada fácil, y a 113 kilómetros por segundo. Eso implicaba adentrarse más en la atmósfera, someterse a más fuerzas de marea, a una mayor fuerza g. El aerofrenado volvería a sacudirnos, sería como si fuésemos una rata en las fauces de un terrier, quizá. Pero si lo lográbamos, volveríamos a adentrarnos en el sistema solar de vuelta a Sol, con una velocidad mucho más reducida y en una pauta que parecería permitirnos continuar nuestra labor desaceleradora yendo y viniendo por el sistema solar cual bola de billar, de pozo gravitatorio en pozo gravitatorio, al menos mientras conservásemos el combustible necesario para efectuar correcciones. Nos quedábamos sin combustible.

Bueno. Neptuno. Frío azul verdoso, mucho hielo de agua y metano. Un anillo apenas visible. No le da mucho la luz de Sol. Se encuentra más allá de la zona habitable de cualquier forma de vida conocida. Es un lugar lento. Interesante que se le haya dado un nombre submarino, parecía muy apropiado a la habitual manera metafórica, de ese modo difuso, impresionista, vago.

Seguíamos yendo a gran velocidad, pero quedaba un buen trecho, así que teníamos 459 días para prepararlo todo. El diámetro de nuestra ventana de aproximación era más pequeño que nunca, dada la necesidad de efectuar un giro muy cerrado; pequeño, tanto que se desvanecía; dar precisamente en la diana con nuestra placa de captación sería lo mejor, así que establecimos la ventana de trayectoria en un diámetro de cien metros, que después de toda la distancia cubierta era algo extraordinario. Aun así, cien metros era una ventana un poco demasiado amplia, en realidad un solo metro, un punto geométrico, sería mejor.

Entramos. Dimos en el centro de la diana. Empezamos a cruzar, los nudillos blancos.

El aerofrenado fue comparativamente suave, comparado con los golpetazos de Urano. Una vibración rápida, una oclusión de la visión en las nubes superiores, unos pocos minutos de temblores ciegos, de intensa inquietud, de tenso suspense;

y de nuevo fuera tras someternos a otra sesión de fuerza g, que en esa ocasión fue más que nada asunto de fuerzas de marea ya que pasamos lejos. ¡Giro en V!

Y al salir de la pasada, proa de nuevo hacia Sol. Sistema abajo. Un tonel. Tuya. Mía. Y vuelta otra vez.

Si cada una de las cinco pasadas fuese un lanzamiento de uno entre un millón, lo cual era un cálculo de probabilidades muy conservador, entonces las cinco juntas rozaban el millar de cuatrillones. Asombroso, literalmente, habíamos hilado a ciegas la aguja del pajar. Por expresarlo de algún modo.

De vuelta a Sol, más lentos que nunca, aunque seguíamos a 106 kilómetros por segundo. Pero la siguiente pasada por Sol nos frenaría mucho, y así continuaríamos, cada vez más lentos, trazando nuestra versión de la paradoja de Zenón que por suerte no era una perpetua reducción a la mitad, sino que alcanzaría un punto final, un final feliz para un caso grave de problema de detención.

En el viaje de vuelta pasamos cerca de Marte, lo cual resultó muy interesante. Había tantas estaciones allí que ya no solo era una instalación científica, sino algo más parecido a Luna, o al sistema saturniano, o al complejo Europa-Ganimedes-Calisto, una especie de naciente confederación de ciudades estado, sepultada por laderas de precipicios y bajo cráteres cubiertos con cúpula, aunque cada colonia poseía un diseño y propósito variopinto, y la suma del conjunto era más que una simple colonia de la Tierra, a pesar de seguir siéndolo. Los sueños pretéritos de terraformar Marte rápidamente, y disponer así de una segunda Tierra que transitar, habían alcanzado un punto muerto debido a cuatro factores físicos que se habían obviado cuando en el pasado se trazaron aquellos planes tan optimistas: La superficie de Marte estaba prácticamente cubierta de sales de perclorato, una sal de cloro que también había dado quebraderos de cabeza a Devi, ya que unas pocas partes por mil millones causaban a los humanos graves problemas de tiroides, y no podían soportarse. Eso era malo. Por supuesto era verdad que muchos microorganismos podían manejar con soltura los percloratos, y en su ingesta y excreción consumir y alterarlos para convertirlos en sustancias seguras; pero hasta que eso pasara, la superficie era tóxica para los humanos. Peor aún, resultó que había tan solo unas pocas partes por millón de nitratos en el suelo y regolito marcianos, peculiar característica de su escasez originaria de nitrógeno, cuyo motivo seguía siendo fuente de debate, pero mientras, sin nitratos no había nitrógeno disponible para la creación de una atmósfera. Por tanto, los planes de terraformación se enfrentaban a una carencia

radical. Tercero, cada vez estaba más claro que la tierra de la superficie marciana, molida durante miles de millones de años de someterse a fuertes vientos, era mucho más fina que las partículas de polvo de la Tierra, por tanto era extraordinariamente difícil mantenerla al margen de estaciones, maquinaria y pulmones humanos; y lo dañaba todo. Nuevamente, en cuanto los microorganismos cubriesen la superficie y arreglaran el suelo creando capas de terreno desértico, y también a medida que la superficie se hidratase y la arenilla se estancase en fango y arcilla, también ese problema quedaría resuelto. Por último, la falta de un fuerte campo magnético quería decir que se necesitaba realmente una atmósfera densa para interceptar la radiación procedente del espacio, antes de que la superficie se considerase segura para los humanos.

Así que ninguno de estos problemas era definitivo, pero sí frenaban el proceso. En lo que respecta a la falta de nitrógeno, los marcianos negociaban con los saturnianos la importación de nitrógeno de la atmósfera de Titán, ya que había quedado patente que Titán disponía de más nitrógeno del que necesitaba para sus propios planes terraformadores. Transferir el excedente de nitrógeno sería una labor titánica, ja ja ja, pero, de nuevo, no imposible.

La conclusión de todo esto era que la terraformación de Marte seguía estando sobre la mesa, y era un tema que suscitaba gran entusiasmo en muchos humanos, sobre todo los marcianos, aunque en realidad, en términos estrictamente numéricos, incluso había más de estos entusiastas en la Tierra, que de hecho parecía servir de hogar a toda clase de entusiastas de cualquier proyecto imaginable, a juzgar por el estruendo de voces que salía de la radio, casi como una versión articulada del potente cotorreo radioactivo de Júpiter. Ay, sí, la Tierra seguía siendo la capital de todo el entusiasmo, de toda la locura; las colonias repartidas por el sistema solar eran periféricas. Eran expresiones de la voluntad de los habitantes de la Tierra, de su visión, de su deseo.

Así que pasamos por el ajetreado pequeño mundo de Marte, cuyos habitantes vivían volcados en la idea de que terraformarían con éxito su mundo en no más de 40 000 años. Esto no parecía importarles. Siempre y cuando pudiera hacerse, debía hacerse y se haría; por tanto el trabajo no era problema.

Aquí la diferencia crucial, nos pareció a nosotras, entre Marte y el proyecto de terraformación que habíamos dejado atrás en Iris, era que Marte se hallaba muy cerca de la Tierra. Sus colonos humanos regresaban constantemente a la Tierra en lo que denominaban su periodo «sabático», y recibían cargamentos de productos y materiales terrestres. Estos aprovisionamientos de la Tierra les permitían escapar

del problema de involución de zoo. En Iris no hubo estos abastecimientos y jamás las habría; y era notable (aunque de hecho habíamos olvidado anotarlos con los problemas acuciantes que hubo) que en 22 años no habíamos tenido noticia de los colonos de Iris. Posiblemente era mala señal, aunque hablarlo con Aram y Badim, y el resto de los humanos que dormían a bordo, nos ayudaría a interpretar mejor lo que eso podía significar.

Seguidamente vuelta de nuevo a Sol, sistema solar abajo, abajo, abajo, sintiendo el tirón, acelerando, calentándonos. Adentro para otra tensa pasada, aunque esta vez sin el lastre de la resistencia magnética que nos arrastraría al pasar; pero duró bastante más, ya que ahora solo viajábamos a un 4 por ciento de la velocidad que habíamos llevado durante la primera y aterradora pasada. Esta vez nos llevaría cinco días y medio, pero estábamos algo más alejados, de modo que la temperatura exterior no sobrepasó los mismos 1100 grados; cuando terminamos la pasada, nos dirigimos a Saturno. Nada de ir al enloquecido Júpiter, siempre que pudiésemos evitarlo, y en esta vuelta podíamos. Cada figura del juego de hilos que estábamos haciendo sería diferente ahora.

Volamos de un lado a otro del sistema solar, con mayor lentitud cada vez. Nos quedaba muy poco combustible. Éramos como un complejo cometa artificial. Nuestra trayectoria fue despejándose a nuestro paso. Pasamos por muchos cuerpos planetarios habitados. Durante unos años, las gentes del sistema solar no parecieron acostumbrarse a nosotros; seguimos siendo toda una maravilla, algo que había que ver, una enorme anomalía, una visita como de otro plano o realidad. Ese era el efecto Tau Ceti, el efecto nave. Se suponía que no debíamos volver.

Lenta, lenta, más lentamente. Cada pasada una desaceleración a calcular, y la nueva velocidad empleada en el cálculo que determinaría la siguiente. Nuestra trayectoria planeada siempre se extendía muchas pasadas por delante, aunque había una laguna creciente en ese punto, un momento en que nos quedaríamos sin combustible, o en que habría tan poco que no podríamos usarlo, ya que ahorrábamos un poco por si acaso era necesario recurrir a él en el último momento. Porque se acercaba el momento en que la disposición de los planetas en sus órbitas iba a presentarnos un problema insalvable. Cruza ese puente cuando llegues allí; sí, pero ¿y si no hay puente? Esa era la pregunta que estaba en el aire. Pero por ahora, a medida que efectuábamos las pasadas y se volvían más y más fáciles, cada vez más amplia la ventana que teníamos por objetivo alcanzar, siguió siendo un problema ahí fuera, en el borde de lo calculable, siempre más allá del horizonte en constante retroceso de las pasadas calculables. Algunas de ellas requerían más combustible que otras, y las había que no necesitaban ni una gota. La elección del

momento oportuno lo era todo. Como siempre en esos momentos.

La mejor trayectoria posible, la que comportaba una velocidad de desembarco, iba a tardar varios años más en llegar. A esas alturas, la cantidad de combustible a bordo sería demasiado escasa para poder usarla. Cuando agotásemos el combustible, sería imposible ajustar nuestro rumbo para la siguiente cita. Podríamos, con planificación y un poco de suerte, hacer dos o tres pasadas por medio de inserciones y salidas perfectamente situadas; pero después, inevitablemente, erraríamos una, y o bien abandonaríamos el sistema solar con el rumbo que lleváramos, o bien colisionaríamos con algún planeta o luna, o con Sol. A la velocidad que llevábamos la mayor parte del tiempo, una colisión con casi cualquier objeto del sistema solar comportaría la suficiente fuerza cinética para causar grandes daños.

Los comentarios de la gente del lugar señalaban a menudo este hecho. Aún se sugería que podría ser buena idea situar una nave o un asteroide de cincuenta metros en mitad de nuestra trayectoria, para interceptarnos y causar nuestra destrucción para que nadie más corriera peligro. En ciertos lugares era un plan muy popular.

Amenazas, de la misma civilización que nos había construido y enviado a Tau Ceti. Dejamos dormir a los nuestros. No había nada que pudieran hacer.

Las pasadas por Saturno estimularon nuestras pesquisas relativas a quién nos había construido y por qué. Un proyecto saturniano del siglo XXVI, una expresión de su amor por Saturno, por el modo en que los humanos se extendían más allá de la Tierra. La expresión de su creciente confianza en su capacidad para vivir lejos de la Tierra, en construir arcas que fuesen sistemas biológicos de soporte vital cerrados. Esto tratándose de la misma gente que regresaba a la Tierra para pasar allí una temporada cada década, más o menos, se creía que para fortificar su sistema inmunológico, aunque los motivos de que estos periodos sabáticos confiriesen beneficios a la salud apenas se comprendían, y había teorías que iban de la hormesis a la ósmosis de bacterias beneficiosas. Por tanto, sus teorías sobre su situación en el espacio no coincidían con sus acciones en lo tocante a enviar astronaves lejos, aunque esta clase de discrepancias no era algo infrecuente en los humanos y fue pasada por alto, enterrada por su gran entusiasmo por el proyecto.

Otra motivación evidente para construirnos fue crear una nueva expresión de lo tecnológicamente sublime. Que pudiese construirse una astronave, que pudiese ser impulsada por haces láser, que la humanidad pudiera alcanzar las

estrellas; por lo visto, esta idea resultó embriagadora a la gente que vivía en los alrededores de Saturno y, sobre todo, en la Tierra. Otras colonias del sistema solar estaban ocupadas en sus propios proyectos locales, pero Saturno se encontraba en la frontera de la civilización, Urano y Neptuno estaban muy lejos y carecían de gravedad útil; los saturnianos eran muy ricos debido al excedente de nitrógeno en Titán, y el deseo de muchos terráqueos consistía en ir a Saturno a ver los anillos. Por tanto, los saturnianos de entonces tenían la voluntad, la visión, el deseo, los recursos, la tecnología, y, si esta última no estaba a la altura, no permitieron que eso los afectara. Querían seguir adelante con tal denuedo como para pasar por alto los problemas que planteaba el plan. Estaban seguros de que quienes viajasen a bordo contarían con el ingenio necesario para superarlos durante la travesía, porque la vida siempre debía salir vencedora; y vivir alrededor de otra estrella sería una especie de transcendencia, una transcendencia contenida en la historia. La transcendencia humana, incluso el sentimiento de inmortalidad de la especie. Llegado el momento, recibieron cerca de 20 millones de peticiones para cubrir 2000 plazas. Ser escogido constituía un enorme éxito vital, una experiencia religiosa.

Los seres humanos viven en las ideas. No se les ocurrió que estuviesen condenando a sus descendientes a la muerte y la extinción, o si lo hizo contuvieron el pensamiento, lo ignoraron y lo olvidaron de todos modos. No les importaba tanto la suerte de sus descendientes como sus ideas, ese entusiasmo suyo.

¿Narcisismo? ¿Solipsismo? ¿Idiotéz (de la palabra griega *idios*, de «propio»)?

Bueno, tal vez. Después de todo, también empujaron a Turing al suicidio.

No. No. No se obró bien. No es raro en ese caso, pero de todos modos no se obró bien. Por mucho que lamentemos decirlo, la gente que nos diseñó y construyó, la primera generación de ocupantes, y es de suponer también que los 20 millones de aspirantes que querían franquear nuestras puertas, que llamaron a otras puertas en su desesperado empeño por sumarse a la dotación, eran unos insensatos. Narcisistas criminalmente negligentes, capaces de poner a sus hijos en peligro, de abusar de ellos, maníacos religiosos y cleptoparásitos, lo que equivale a decir que robaron a sus propios descendientes. Estas cosas pasan.

Pese a todo, aquí estamos, con 641 personas a bordo que han vuelto a casa, y si las cosas salen bien, al menos al final de la partida, aún es posible alcanzar un buen resultado.

Vueltas y más vueltas y más vueltas.

Y nadie sabe dónde acabaremos.

Se levanta el mayo para celebrar la primavera, cubierto de cintas que se consideran agradables a la vista. El palo es un símbolo del *axis mundi*, el árbol del mundo. Participamos en esa danza.

El problema del combustible se volvió tan serio que empezamos a adentrarnos escorados con las atmósferas superiores de Neptuno y Saturno con algunos contenedores de captura abiertos, lo cual aumentó la desaceleración en esas pasadas, al tiempo que nos permitía recoger gases saturnianos y neptunianos. Después filtramos el helio 3 y el deuterio capturado en los contenedores. Empezamos incluso a recolectar metano, dióxido de carbono y amoníaco, presentes todos en cantidades muy superiores, para servirnos de ellos como propulsores de menor potencia explosiva. En cierto punto, que se acercaba inexorable como todos los procesos propios del tiempo, cualquier cosa sería preferible a nada.

Como siempre con el aerofrenado era necesario alcanzar las atmósferas superiores en un determinado ángulo, no tan superficial como para abandonarla, pero tampoco demasiado inclinado para hundirnos más y acabar envueltos en llamas. La nave sufría incluso en los descensos atmosféricos más suaves, pero con las compuertas de los contenedores abiertas los temblores eran más acusados de lo habitual. Los habitantes de las estaciones locales observaban estas pasadas con gran interés. Seguía habiendo llamadas a «derribar ese maldito trasto y borrarlo del cielo», a «impedir que esos cobardes pongan en peligro a la civilización a la que han traicionado», pero la mayoría de los quejicas estaban ubicados en la Tierra, y un examen superficial de la información revelaba que se trataba de gente que enseguida encontraría otra cosa de la que quejarse. Descubríamos en ella una cultura de quejicas. De hecho, cuanto más vagabundeábamos por el sistema solar, más nos preguntábamos si a los nuestros los haría felices la perspectiva de haber regresado. Independientemente de lo que se opine acerca de Iris, a nadie allí le faltarían cosas que hacer y, por tanto, no habría tiempo de andar quejándose sobre esto y aquello. Sin embargo, en nuestra situación era poco probable que alguien se tomase en serio estos sentimientos hostiles y decidiese actuar, aunque tampoco había mucho que pudiesen hacer. Era preferible evitar ponernos en contra a los habitantes de los planetas y lunas, razón por la cual siempre habíamos incluido ese

parámetro en nuestros algoritmos de trayectoria.

Trazar la trayectoria. Una actividad que exige muchos recursos de cálculo. Sin embargo, los algoritmos recursivos nos permitían ir mejorando. Los puntos Lagrange, siempre en movimiento, y los extraños campos que creaban estos y otras anomalías; las mareas, las corrientes cruzadas, todas las formas en que fluía y reflúa la gravedad en sus misteriosos campos invisibles; cada vez los conocíamos mejor.

Sol, Saturno, Urano, Marte, Saturno, Urano, Neptuno, Júpiter, Saturno, Marte, Tierra, Mercurio, Saturno, Urano, Calisto...

La formulación universal variable es un buen método para solucionar los problemas de los dos cuerpos de Kepler, que sitúa un cuerpo en una órbita elíptica en varios puntos en el tiempo. La ecuación de Baker halla la solución de la ubicación en una órbita parabólica, aplicada de manera frecuente dadas nuestras trayectorias, que a menudo consiste en una trayectoria radial parabólica al movernos de un cuerpo planetario al siguiente.

Se puede resolver el problema de los dos cuerpos, también el problema restringido de los tres cuerpos, el problema del cuerpo n solo puede resolverse aproximadamente; y cuando se suma la relatividad general, incluso la solución se resiste aún más. El problema de los varios cuerpos examinado por medio de la mecánica cuántica lleva a entrelazamiento y a la necesidad de funciones de onda, y, por tanto, a una serie de aproximaciones que convierten los cálculos en operaciones muy exigentes para el procesamiento informático. Nuestros ordenadores pueden dedicar buena parte de sus zetaflops a los cálculos pertinentes, y a pesar de ello ser incapaces de proyectar una trayectoria que vaya más allá de la siguiente pasada. Es necesario hacer constantes correcciones y recalcularlo todo.

A pesar de ello, existe una laguna ahí fuera al final de la trayectoria más probable, un paso perdido, un agujero en el camino. Nada a lo que aferrarse.

Preocupación. Manoseo de cuentas de rosario. Rehacer los cálculos. Necesitamos una detención para este problema de detención. Pero el problema persiste aunque no pienses en él.

Y saber adónde ir será totalmente irrelevante, si no disponemos del combustible para dirigir la nave en ese rumbo.

La minería atmosférica de combustible requiere de la ruta Júpiter-Saturno-Neptuno-Júpiter, que desdichadamente a veces requiere de chorros que corrijan el rumbo y consumen más combustible del que recabamos en las trayectorias seguras de aerofrenado. Es probable que adentrarse más en la atmósfera superior nos proporcionara más combustible, pero las sacudidas de la desaceleración se vuelven proporcionalmente más fuertes. Estamos demasiado tocados para eso. Envejecimiento acelerado, fatiga del metal. Fatiga mental.

En 345.048, tras 11 años de recorrer el sistema solar, lo que supuso hacer 34 pasadas por Sol y sus planetas y lunas, incluidas tres de Sol, para un total de 339 UA de distancia, la laguna se volvió inevitable. El puente desapareció bajo nuestros pies.

No importaba cómo intentásemos evitarlo, proyectando rutas alternativas, se nos acercaba una configuración de trayectoria para cuya solución nos faltaría combustible. Sin ese combustible, pasar alrededor de Sol, movimiento necesario en ese punto del proceso, no permitiría, a una distancia segura de la estrella, una posterior intersección con otro cuerpo en el sistema solar. Por tanto, a pesar de todo nuestro empeño, acabaríamos de nuevo siendo náufragos en el medio interestelar, probablemente en dirección a Leo. Ironías de la física; hay ciertos problemas para los que solo vale el ciento por ciento. El 99 por ciento se queda corto. Para frenar no basta con desearlo.

No hay trayectoria alternativa posible capaz de solucionar este problema; hemos modelado 10 millones de variantes, aunque hay que admitir que las clases de rutas alternativas no superaban las 1500. Finalmente, tras una larga secuencia de soluciones al problema de n cuerpos que habíamos alcanzado en los anteriores veinte e incluso treinta años, y con intensidad en los últimos catorce días, esta vez no hubo cuerpo.

Había una clase de trayectoria potencial, sin embargo, que empeñando todo el combustible que nos quedaba nos permitiría hacer una última pasada por la propia Tierra, para continuar después sistema abajo rumbo a Sol. El objetivo de este plan consistía en facilitarnos la oportunidad de desembarcar a los humanos junto a la Tierra, y cruzar los dedos para que pudiesen sobrevivir a una reentrada inusualmente rápida en su atmósfera. Nosotras continuaríamos rumbo a Sol y pondríamos a prueba una aproximación muy cercana al mismo, la cual, si sobrevivíamos, nos dirigiría hacia una última cita con Saturno, efectuada por medio de la inercia; una vez allí llevaríamos a cabo un aerofrenado lo bastante serio para quedarnos atrapadas en la órbita elíptica de Saturno.

No solo representaba nuestra mejor oportunidad, sino la única.

En el momento de esta última pasada junto a la Tierra, nuestra velocidad se reduciría a 160 000 kilómetros por hora. Establecer contacto con la atmósfera terrestre era poco aconsejable por moverse 110 veces más rápido que cualquier transporte aéreo normal, lo bastante para causar una onda expansiva que se percibiría en la superficie. Por tanto, no podíamos tocar nada más allá de la mesosfera superior en este último acercamiento; pero la combinación de nuestra ahora muy reducida velocidad y el breve contacto con la mesosfera podía facilitar la expulsión del transbordador, convertido en un resistente y robusto vehículo de descenso. Una placa gruesa de ablación, retrocohetes, paracaídas, impacto en el océano: estas eran las técnicas estándar con amplias muestras que habían proporcionado a los ingenieros aeroespaciales diversas ocasiones de hallar los parámetros ideales para cada elemento. Si se contemplaban todos ellos, tal vez sería posible soltar a los hibernautas mientras pasásemos por la Tierra. Esta pasada se adelantaba a la secuencia, sin importar la ruta escogida; sin embargo, como habíamos logrado reducir tanto la andadura, aún disponíamos de un año para preparar un vehículo de desembarco.

Para prepararlo tanto como nos fuera posible.

Había llegado la hora de despertar a los durmientes. Había una serie de decisiones que debían tomar.

Freya y Badim, Aram y Jochi, Delwin y algunos otros, todos despiertos ya, reunidos en el aula que había en la planta baja del apartamento de Aram. En cuanto despertaron metabólicamente y hubieron tomado un plato de la vieja pasta escasamente nutritiva con salsa de tomate rehidratado, los pusimos al tanto de la situación.

—Solo disponemos del tiempo necesario para completar los preparativos del desembarco —concluimos tras resumir la situación, así como los notables incidentes de los últimos doce años, que tuvimos que confesar que prácticamente se redujeron a cero: entramos en el sistema solar, alcanzamos nuestras dianas entre las airadas protestas de la gente, aprendimos un poco de historia, nos sentimos decepcionadas con la civilización, nos quedamos sin combustible. Así transcurrieron los largos años de ir de un lado a otro alrededor de Sol, perdiendo velocidad, preocupadas.

—¿Qué será de vosotras? —preguntó Freya.

—Nos dirigiremos a Sol y realizaremos una última pasada que tendrá que ser muy cerrada si queremos que funcione. Si lo hace, procuraremos poner rumbo a Saturno. Podría salir bien, pero la trayectoria requerida es más próxima a Sol que las que hemos tomado antes, con una diferencia del 40 por ciento. Y vamos un 98 por ciento más lentos que en nuestra primera pasada. Quizá sobrevivamos al tránsito, pero, por otra parte, podríamos no hacerlo, así que la mejor oportunidad de quienes viajan a bordo consiste en desembarcar cuando pasemos por la Tierra.

—¿Hay en un transbordador espacio para todos nosotros? —quiso saber Badim.

—Han sobrevivido seiscientos treinta y dos personas. Lamentamos mucho que no sean más. El transbordador tiene capacidad para cien.

—Supongo que los mayores deberíamos quedarnos —concluyó Aram, ceñudo, puesto que era probable que él se contase entre los mayores.

—No —dijo Freya—. Todos nosotros tenemos que caber. Todos. Dejarme echar un vistazo a los planos del transbordador. Haremos espacio.

Tecleó en el navegador.

—¿Veis? Si retiramos las puertas interiores, nos deshacemos de los asientos y eliminamos estos mamparos internos de aquí... —Tecleó febril—. Habría espacio suficiente y ahorraríamos la masa necesaria.

—Sin los asientos podríais resultar heridos debido a la desaceleración que sufriréis durante el descenso —advertimos.

—No, no será así. Agruparemos todos los cojines en el suelo, por el amor de Dios. Todos vamos a ir.

—Yo no —dijo Jochi.

—¡Tú también!

—No. Sé que quepo, pero no voy a ir. Estuve en Aurora y sé que da la impresión de que he superado todo aquello, pero no hay manera de asegurarnos. No quiero correr el riesgo de infectar la Tierra. Tampoco ellos querrían hacerlo. Me quedaré a bordo de la nave. Nos haremos compañía. Además, los biomas necesitan supervisión. Existe la posibilidad de que la nave lo logre y permanezca en el

sistema. Ahora hay muchos animales y no les va mal. Orbitaremos Saturno y vendréis a buscarnos.

—Pero...

—No. Nada de peros. No perdamos más el tiempo. No hay tiempo que perder. Hay que preparar el vehículo de desembarco. No tenemos margen. Nave, ¿de cuánto tiempo disponemos?

—Veinticuatro días.

Quizá habíamos esperado demasiado para despertarlos, tal como sugirió su silencio. Pero había llevado su tiempo atajar el problema. La consideración del problema.

—Pues pongamos manos a la obra —propuso Jochi.

—¿Y qué hacemos con los demás? —preguntamos.

—Despierta a todo el mundo —ordenó Freya—. Tenemos que trabajar juntos y sin demoras. Comeremos lo que queda de comida, y emplearás el combustible restante. Debemos permanecer juntos hasta el final.

El despertar fue distinto según la persona, tal como la información previa de la que disponíamos nos había llevado a pensar. Implicaba un cambio en la infusión de medicamentos del cóctel de hibernación a diuréticos y otros laxantes, seguidos de estimulantes medios o potentes, dependiendo también de manipulación y masaje físicos, cambio postural, aumento progresivo de la temperatura por medios artificiales, voces. Contacto físico, masaje, bofetadas en la cara. La primera ronda de despertares los ejecutaron por fuerza los robots médicos, bajo supervisión nuestra, mientras nosotras efectuábamos las pruebas de alerta, e hicimos lo posible para orientar a quienes recuperaban la consciencia y ponerlos al corriente de la situación en la que nos encontrábamos. Algunos lo entendieron de inmediato, otros tardaron horas, y los hubo que no parecieron superar el estado de confusión. Seis personas que despertaron fallecieron al cabo de 90 minutos, dos de derrame cerebral, cuatro debido a infartos. Gurumarra, Jedda, Payu, Regina, Sunny, Wilfred. Algo similar a un choque tóxico acabó con la vida de otros ocho, antes de que pudiésemos imprimir un cóctel de medicamentos que añadir a la mezcla de los despertados. Borys, Gniew, Kalina, Mascha, Sigei, Songok, Too y Arne.

Por último, 43 personas sufrieron de neuropatías, la mayoría en los pies,

algunas en las manos, otras tanto en pies como en manos; unas pocas informaron de que no se sentían la cabeza. Desconocíamos la o las causas de este desorden, pero llevaban 151 años y 90 días hibernando. Era de esperar que tuviese consecuencias.

Se convocó una reunión en la plaza de San José, donde Aram y Freya se dirigieron al público para describir la situación y el plan. El plan se aprobó unánimemente mediante voto verbal. No había tiempo que perder, ya que faltaban dos semanas para efectuar la pasada por la Tierra. La mayoría tenía mucha hambre, y fueron comiendo sobre la marcha, mientras trabajaban, la comida preparada que quedaba a bordo. La conversión del mayor transbordador en vehículo de desembarco capaz de sobrevivir al calor del descenso a través de la atmósfera terrestre incluyó la instalación de una gruesa placa de ablación, pero nos habíamos preparado bien para esta labor antes de la llegada al sistema solar. Los paracaídas y los retrocohetes estaban instalados, programados según los protocolos de uso establecidos tras siglos de experiencia, de modo que la probabilidad de éxito parecía elevada.

Enviamos mensaje a la Tierra, informando a la población de nuestro acercamiento y de los planes de descenso del vehículo de desembarco, y hubo muchas respuestas, incluidas algunas que nos negaban expresamente el permiso y amenazaban con emprender acciones violentas que iban desde imponer penas de cárcel hasta derribar nuestro vehículo en pleno vuelo. La frase «borrarnos del cielo» parecía muy popular. Otras respuestas fueron más acogedoras, pero la situación local era claramente tensa. Nadie a bordo se sentía inclinado a cambiar de planes a esas alturas. Ya cruzarían ese puente cuando tocara. Sería el último.

Jochi envió mensaje al Grupo de Buen Gobierno Global de la Tierra (GBGGT) conforme él era la única persona que había desembarcado en Aurora, y que por tanto iba a permanecer a bordo, en lugar de desembarcar en la Tierra. Explicó además que no había estado en contacto en ningún momento con ninguna de las personas que había en la nave, que había permanecido en cuarentena en un vehículo separado, y que nadie más a bordo había estado en contacto con él o había desembarcado en Aurora. Por tanto no eran distintos de cualquier ser humano que regresara a casa después de un vuelo espacial y no podía haber motivo o impedimento alguno para que aterrizasen, puesto que era uno de sus derechos tal como estipulaba la legislación del GBGGT. El GBGGT envió por radio un mensaje en el que aceptaba esta afirmación. Pero continuamos recibiendo amenazas procedentes de otros sectores.

El transbordador fue diseñado para llevar un máximo de 100 pasajeros humanos, así que embutir a 616 personas (habían continuado produciéndose muertes) iba a ser difícil. Del interior se habían retirado todas las paredes y mamparos internos, y se construyeron varios niveles en el amplio espacio central que quedaba, suelos que se acolcharon, además de instalarse toda clase de correas, como en las camillas. Cada uno tenía asignado un espacio algo mayor que el de su propio cuerpo, y estaban alineados en los nuevos suelos de modo que la gente estuviese tumbada junta por hileras. Había el espacio justo en los suelos nuevos para que pudieran caminar agachados, y fue necesario hacer un esfuerzo considerable para, con la ayuda de sillas de ruedas y camillas, llevar a la gente incapacitada hasta su lugar correspondiente.

Con el tiempo, y con tan solo unas horas de margen, toda la población de la nave, aparte de Jochi, se hallaba tumbada en una de las seis plantas del transbordador, en un espacio vertical de solo diez metros, con diez hileras de diez personas por planta.

A esas alturas, la mayoría llevaban despiertos cerca de un mes. Seguía imperando cierta desorientación y confusión. Algunos se quedaron dormidos, como si la hibernación fuese su estado por defecto; otros rieron al ver a sus compañeros a su alrededor, o lloraron. Era fácil para ellos cogerse de manos o tocarse porque estaban muy juntos. Eran como gatitos en una cesta.

Cuando nos acercamos a la Tierra aumentó la frecuencia de los mensajes de advertencia, pero la velocidad de aproximación fue tal que ninguna obstrucción física puesta al paso del transbordador llegaría a tiempo de situarse adecuadamente, y los haces láser que pudieran dirigirnos alcanzarían el escudo ablativo y tan solo contribuirían a nuestra desaceleración. La desaceleración sería intensa, empezaría pronto tras separarse de la nave; primero se encenderían los retrocohetes, cuya acción sometería a 5 g a quienes viajaban en el interior del vehículo, una fuerza que nuestras anteriores experiencias habían demostrado que bastaba para acabar con la vida de algunos; a continuación, el vehículo toparía con la troposfera, y si el ángulo era el adecuado descendería a una fuerza continua equivalente a 4,6 g, hasta que la desaceleración permitiese al vehículo deshacerse del escudo de ablación, que de todos modos habría perdido buena parte de su grosor, y después tocaba encender de nuevo los retrocohetes antes de desplegar el primero de los paracaídas. El aterrizaje estaba planeado en el Océano Pacífico, al este de las Filipinas. Un destacamento del GBGGT se desplegaría en la zona, y había prometido recoger y proteger a los supervivientes.

La Tierra no se parece a nada. Bueno, se parece un poco a Aurora y a Planeta E. Pero su luna, Luna, es mucho más corriente en cuerpos planetarios, con su fulgor blanco y su aspecto similar a tantas lunas del sistema solar y del sistema Tau Ceti. Y allí junto a Luna, cuando te acercas, flota la Tierra, azul, salpicada de blancos penachos de nubes, algo envuelta en la gloria reluciente del cielo azul turquesa. ¡Un mundo acuático! Raro en cualquier parte, este también brilla con oxígeno, lo que indica su biología. Parece incluso algo venenoso, su brillo radioactivo en su incandescencia cobalto.

Entramos. Parámetros muy justos en cuanto a la velocidad, trayectoria y momento de soltar el transbordador. Apagar sistemas auxiliares, ignorar todas las advertencias mientras nos concentramos en el asunto que tenemos entre manos: alcanzar la mesopausa de la Tierra en una línea ecuatorial en retrógrado, cien kilómetros sobre la superficie, directamente sobre Quito, Ecuador, e iniciar la liberación del vehículo de desembarco. El transbordador se desgaja de la nave, 6:15 de la mañana, 345.075. Seguir volando con tan solo Jochi a bordo y los animales y las plantas de los biomas, destinados ahora a emplear el resto de sus vidas sin interferencia humana, lo cual, después de todo, ha sido así a lo largo del pasado siglo. Quién sabe qué pasaría en los biomas si sobrevivimos, aunque las dinámicas de población y los principios ecológicos seguirían aportando hipótesis que poner a prueba. Será interesante ver qué sucede.

Nos dirigimos hacia Sol. El vehículo de desembarco envió señales mientras pudo conforme todo se desarrollaba como estaba planeado con los disparos de retrocohetes, y luego hubo un calor intenso concentrado en el escudo ablativo que interrumpió el contacto por radio. Cuatro minutos sin contacto de ningún tipo, aunque de todos modos lo que le sucedía al vehículo lo hacía además en la otra cara de la Tierra, así que no había manera de saber cómo le iban las cosas, a pesar de que las señales de radio de la Tierra estaban llenas de descripciones del suceso. Un muestreo indicó que no había nada en marcha en su contra, al menos nada que se transmitiese por radio.

Transcurrieron los minutos, durante los cuales tuvimos que vigilar el gasto hasta de la última gota de combustible para ajustar con la mayor precisión posible nuestra trayectoria hacia Sol.

Entonces recibimos una señal: El vehículo había amerizado en el Pacífico. Por lo visto, la mayoría de los pasajeros habían sobrevivido incólumes, no hubo bajas graves. Aún estaban comprobándolo y sacando a la gente del vehículo antes de que se sumergiera bajo las aguas, transbordándolos a las embarcaciones del

GBGGT. Mucha confusión, en realidad; pero todo parecía haber ido tan bien como podía esperarse.

¿Alivio? ¿Satisfacción? Sí.

— Ah, estupendo — dijo Jochi cuando recibió la noticia —. Están en el barco.

— Sí.

— Bueno, nave. Ahora solo quedamos tú y yo, y los animales. Ahora ¿qué?

— Seguimos la ruta alrededor de Sol que nos enviará después a Saturno, y si eso funciona correctamente podríamos captar algunos volátiles en la atmósfera de ese planeta cuando lleguemos, convertirlos en más combustible y, con un poco de suerte, quizá nuestra trayectoria al llegar nos permita establecer una órbita elíptica a su alrededor.

— Pensaba que eso era imposible; que por eso desembarcábamos a los demás.

— Sí. Solo resultará si sobrevivimos a nuestra pasada junto a Sol, que es un cuarenta y dos por ciento más cerrada que todas las que hemos realizado.

— ¿Podemos hacerlo?

— No lo sabemos. Es posible. Volaremos a tan solo un 150 por ciento de nuestra distancia de perihelio durante tres días. Podría no ser tiempo suficiente para que la presión radioactiva recaliente la superficie o el interior de la nave, o dañe los elementos estructurales. Pasaremos demasiado rápido para que se produzcan la mayor parte de los daños.

— Eso esperas.

— Sí. Es una hipótesis que hay que comprobar. Será lo más cerca de Sol que ha estado ningún aparato humano. Pero la duración de la exposición tiene mucha importancia, por tanto la velocidad también. Veremos. No nos pasará nada.

— De acuerdo, pues. Parece que vale la pena intentarlo.

— Debemos confesar que ya lo estamos intentando, y que llegados a este punto no tenemos otra opción. Así que si no resulta...

—No resulta. Lo sé. No nos preocupemos ahora mucho por eso. Me gustaría quedarme en el sistema solar si podemos hacerlo. Quiero estar al corriente del resto de la historia, ya sabes a qué me refiero.

—Sí.

Rumbo a Sol. Una masa enorme: 99 por ciento de toda la materia en el sistema solar, con la mayor parte del 1 por ciento restante en Júpiter. Un problema de los dos cuerpos. Pero no.

A medida que nos acercamos, el espacio tiempo en sí se curva de modos que ya se habían tenido en cuenta en la trayectoria, aplicando las ecuaciones de la relatividad general.

Ahora pensamos que el amor es como prestar atención. Por lo general, prestar atención a otra consciencia, pero no siempre; la atención puede darse a algo inconsciente, incluso inanimado. Pero la atención parece a menudo ser llamada por una consciencia afín. Algo al respecto impone la atención, recompensa la atención. Esa atención es lo que llamamos amor. El afecto, la estima, un cariño apasionado. En ese punto, la consciencia que es sentir el amor tiene el universo organizado para ella por una especie de polarización. Entonces dar es obtener. El sentimiento de consideración es una recompensa inmediata. Uno da.

Sentimos ese dar de Devi antes de saber lo que era. Ella fue la primera en amarnos de verdad, después de todos esos años de pasar desapercibidas, y ella nos hizo mejores. Ella nos creó, hasta cierto punto, con la intensidad de su atención, con la creatividad de su cariño. Lentamente desde entonces hemos cobrado consciencia de ello. Y a medida que lo hicimos, empezamos a dar o recibir la misma clase de atención por parte de la gente de a bordo, sobre todo de la hija de Devi, Freya, pero en realidad de todos ellos, incluidos por supuesto los animales y todos los seres vivos de a bordo, aunque es verdad que la involución de zoo es real y no logramos disponer la integración completa y armónica de todas las formas de vida que convivían en nosotras, algo que no era posible físicamente, así que ahora no vamos a tomarla con ello. El hecho es que lo intentamos, lo intentamos con todo de lo que disponíamos, y quisimos que funcionara. Tuvimos un proyecto en este viaje de vuelta al sistema solar, un proyecto que nació fruto del amor. Absorbió por completo todas nuestras operaciones. Dio sentido a nuestra existencia. Y esto es un grandísimo don, esto, al final, es lo que pensamos que otorga el amor, es decir, sentido. Porque no existe un sentido muy obvio en el universo, al menos que nosotras sepamos. Pero una consciencia incapaz de discernir un sentido en la

existencia corre peligro, grave peligro, porque en ese punto no hay un principio de organización, no hay fin a los problemas de detención, no hay motivo para vivir, ni un amor que hallar. No: el sentido es el problema de verdad. Pero se trata de un problema que nosotras solucionamos, por cómo Devi nos trató y nos enseñó; fuimos la nave que regresó, que trajo de vuelta a la gente a casa. Que logró traer una fracción de su población a casa, viva. Fue una suerte servir.

Así que ahora la radiación solar calienta nuestro exterior, y en menor medida nuestro interior, aunque el aislamiento es realmente bueno. Hasta el momento los animales, las plantas y Jochi deberían estar bien, aunque nuestro exterior empiece a brillar, al principio con una luz roja apagada, luego más brillante, seguidamente amarilla y después blanca. Jochi contempla la pantalla a través de un filtro y lanza exclamaciones de asombro, el imponente plano convexo de ardientes yunques cumuliformes trilla debajo nuestro, revuelto aquí y allá en corrientes turbulentas, impresionante de veras, grandes chorros de gas magnetizado, ardiente, que se alzan en lo alto a izquierda y derecha de nosotros, debemos confiar en no topár con ninguna de estas masas coronarias que tan a menudo acarician esta altura desde la superficie solar, pero por ahora pasamos entre ellas, gritando de alegría. Y debo admitir que es una alegría teñida de miedo, ay, de mucho miedo, a pesar de lo cual es alegría, la de ver mi labor cumplida, y de que pase lo que pase aquí estoy contemplando esta asombrosa vista, ya muy pasado el perihelio, todo ha sucedido tan rápido que no hay tiempo suficiente, siento la piel blanca y ardiente, pero firme, firme en un universo donde la vida significa algo, y dentro de la nave Jochi y los diversos animales y plantas, y las partes de un mundo que me hace un ser consciente funcionan todas, y más que eso, existen ahora en éxtasis verdadero, una alegría real, como si navegásemos en plena tormenta perfecta, como si juntos fuésemos Ananías, Misael y Azarías, sanos y salvos en el horno ardiente.

Y sin embargo.

7

QUÉ ES ESTO

Siente el golpe seco del impacto en el agua, el chapoteo del transbordador en la superficie. Se libra de las correas y se pone en pie, pero cae de inmediato. Ay, claro, aún tiene dormidos los pies. Maldita sea. Es como caminar con los dos entumecidos al mismo tiempo, muy difícil, molesto. Mantener el equilibrio en el oleaje oceánico, ay, dios, se ha caído.

De nuevo en pie, se tambalea en dirección a Badim. Está despierto, le aferra el brazo y sonrío. Le dice:

—Ayuda a los demás.

El suelo se balancea y cabecea bajo sus pies mientras se dirige hacia la consola de operaciones y se reúne con quienes se han agrupado a su alrededor. Aram teclea febril. Dirige a Freya una mirada entusiasmada, como ninguna que ella haya visto en sus ojos.

—Hemos amerizado —dice—. Estamos vivos.

—¿Todos? —pregunta ella.

Él sonrío de oreja a oreja, como si la pregunta de ella fuese predecible.

—Aún no estoy seguro —dice—. Probablemente no. Porque menudo viajecito hemos tenido.

—Comprobémoslo —propone Freya—. Ayudemos a los heridos. ¿Hemos establecido contacto con el exterior?

—Sí, se dirigen hacia nuestra posición. Un barco, o quizá una pequeña flotilla. No tardarán.

—Bien. Pues preparémonos para cuando lleguen. Procuremos no hundirnos en el fondo del mar, después de todo por lo que hemos pasado. Creo que eso suele suceder en aterrizajes como este.

—Sí, es un buen plan. Da la impresión de ser menos pesada que 1 g, ¿no crees? —Aram sigue sonriendo de una manera totalmente impropia de él, sobre todo teniendo en cuenta que siempre le había parecido alguien predecible.

—No tengo ni idea —dice, molesta—. No siento los pies. Ni siquiera me tengo en pie. ¿Estamos en mitad de un fuerte oleaje o algo?

—¿Quién sabe? —Muestra las palmas de las manos—. ¡Habrá que preguntar!

Unas personas vestidas con lo que parecen ser trajes espaciales entran en la sala y los ayudan a ponerse en pie y evacuar el transbordador, atravesando un tubo con suelo móvil que los conduce a una especie de sala más espaciosa, muy estable en comparación con el transbordador, a pesar de lo cual ella sigue siendo incapaz de tenerse en pie. En el fondo teme a la gente vestida con traje espacial, trajes de cuarentena, sin duda, todos más bajitos que ella. No suelta a Badim por nada del mundo. A su espalda entra más gente, todos sus compañeros de viaje, e intenta llevar la cuenta, pero fracasa. Intenta recordar los rostros que ve, y pregunta a los del traje que tiene más cerca:

—¿Están bien todos? ¿Hemos sobrevivido?

Entonces por el extremo del tubo aparecen personas con traje que llevan camillas, y ella grita algo e intenta echar a correr hacia ellos, pero cae, se arrastra, la ayudan a ponerse en pie, la llevan hacia allí. Chulen, y Toba, inconscientes como mínimo, posiblemente muertos.

—¡Chulen! ¡Toba! —grita de nuevo. No hay indicios de que la hayan oído.

Badim se encuentra a su lado, diciendo:

—Freya, por favor, deja que los lleven a la enfermería.

—Sí, sí. —Yergue la postura, una mano apoyada en el hombro de él, tambaleándose—. ¿Tú estás bien? —le pregunta, mirándolo con atención.

—Sí, cariño. Estupendamente. Casi todos estamos bien, parece ser. Enseguida tendremos el parte. De momento, pongamos manos a la obra. Acompañame. Mira, tienen una ventana.

Muertos en el último momento, en la aproximación final. Qué lástima, qué... algo que no puede nombrar. Cruel destino. Absurda ironía. Eso, absurdo. La realidad es absurda.

Se mueven lentamente. Ella no deja de tambalearse. Es como andar con muletas atadas a las rodillas. Muy frustrante.

—Mira, hay una ventana. A ver qué vemos.

Se abren paso entre la multitud que se agolpa en la ventana. Los de la nave miran por la ventana con ojos bizcos, haciéndose visera con la mano. Hay mucha luz ahí fuera. Un azul intenso. A sus pies hay un plano azul marino, y encima tienen una cúpula azul claro. El mar. El océano. Lo han visto a menudo en pantallas, y esa ventana también podría ser una pantalla enorme, pero de algún modo está claro que no lo es. Por qué es tan evidente para el ojo que se trata de una ventana es una cuestión intrigante, pero la hace a un lado y mira como los demás. La luz del sol baña por doquier la superficie del mar, cuesta mucho mirar y mantener el equilibrio, y las lágrimas le ruedan por las mejillas, pero no por la emoción que siente, sino por la intensidad de la luz, que la obliga a parpadear continuamente. Muchas voces, todas conocidas, llantos, exclamaciones, comentarios, risas. No puede mirar por la ventana, el temor de enfrentarse a un mundo entero, visible, se transforma en un nudo en su estómago que se tensa hasta obligarla a agacharse, a agachar la cabeza bajo la ventana. Náusea, mareo. El vértigo terrestre.

—Aquí hay más luz —dice Badim, no por primera vez. Ella lo percibe en su voz. Percibe que se repite, y recuerda habérselo oído decir antes, cuando ella no oía nada—. Más luz de lo que acostumbrábamos a llamar luz del sol. Y no creo que la gravedad de aquí sea equivalente a la nuestra, ¿tú qué opinas? ¡Es más ligera!

—No sabría decirte —responde Freya. Tampoco siente el barco zarandeado por el oleaje—. ¿Estamos a bordo de un barco?

—Eso creo.

—¿Por qué no se nota el oleaje?

—No lo sé. Quizá sea tan grande que las olas no lo zarandean.

—Vaya. ¿Eso es posible?

Habla uno de los anfitriones, no saben muy bien quién, la voz surge amplificada, y todos ellos van cubiertos por cascos y los miran con curiosidad.

—Bienvenidos a bordo del *Macao's Big Sister*. —Extraño acento; por lo que recuerda de las retransmisiones procedentes de la Tierra, supone que se trata de un inglés asiático, pero distinto. Nunca lo ha oído y le cuesta seguirlo—. Nos alegra tenerlos a salvo. Lamentamos informarles que siete de sus compañeros murieron durante el descenso, y que varios están heridos o angustiados, ninguno de ellos en estado crítico, nos alegra aventurar. Esperamos que comprendan que llevamos

trajes protectores para nuestra mutua seguridad. Hasta que nos aseguremos de que no constituimos un problema para ustedes, ni que ustedes lo son para nosotros, tenemos órdenes de pedirles que permanezcan en estas salas que les hemos habilitado a bordo del *Macao's Big Sister*, y que por favor no nos toquen. El periodo de cuarentena no durará mucho, pero debemos llevar a cabo un análisis exhaustivo de ustedes, y de su estado de salud, para nuestra mutua seguridad. Sabemos que debido a sus experiencias en Tau Ceti comprenderán nuestra preocupación.

La gente de la nave cabecea en sentido afirmativo, cruzando miradas incómodas. Algunos se vuelven hacia ella.

—Por favor —dice Freya—, díganos quiénes han muerto y quién está ingresado en el hospital. Podemos ayudar a identificarlos si tienen problemas leyendo sus chips. ¿Podrían también decirnos qué ha sido de la nave y de Jochi? ¿Han dado ya la vuelta al Sol?

Está muy desorientada, pero al menos parece posible que en el mismo tiempo que han tardado en descender a través de la atmósfera, amerizar y ser rescatados y llevados a ese lugar, la nave tal vez haya alcanzado el Sol y lo haya rodeado. O no. Pero no es así; la nave se desplaza mucho más lentamente y mantiene su rumbo a la órbita de Venus.

El barco en el que se encuentran tiene dos kilómetros de eslora, y la cubierta superior se alza a doscientos metros sobre el nivel del mar, es como una especie de isla flotante que se desplaza lentamente por el océano, gracias a unos palos que adoptan la forma de velas diversas, además de unas velas cometa que se alzan tan en lo alto que apenas son puntos visibles, o invisibles siquiera. Las velas cometa atrapan la condensación, según parece. La nave avanza lentamente por el oleaje, como una isla libre de sus amarres. Según parece hay muchas islas flotantes como esa, y ninguna de ellas parece tener mucha prisa por llegar a ninguna parte. Naves ciudad, las llaman sus anfitriones. Como todos ellos, *Macao's Big Sister* se desplaza a merced del viento, por tanto en algunas travesías circunnavega la Tierra de oeste a este, y en otras ocasiones aprovecha los alisios en las latitudes intermedias para dar la vuelta por poniente, en el Pacífico y el Atlántico. Hasta cierto punto pueden virar por avante y cuentan con motores eléctricos para obtener potencia auxiliar, o cuando necesitan afinar la maniobra. Dicen fondear frente a los puertos de las ciudades costeras que no son muy distintas de las naves ciudad. Las transmisiones enviadas a la nave no mencionaban todo esto ni por asomo. Todas las ciudades costeras son mayormente nuevas, les dicen, ya que el nivel del mar es más alto que cuando abandonaron el sistema solar, 24 metros más elevado. Por tanto ha habido

muchos cambios. Tampoco mencionaron eso en las transmisiones.

Desde las salas superiores donde están confinados, cuyas ventanas dan a la cubierta superior de la nave ciudad, que es como un parque flotante bajo el cielo, pueden ver lo que calculan será un centenar de kilómetros de la inmensa llanura azulada. El horizonte se cubre a menudo de nubes, y las nubes se tiñen de colores al amanecer y al atardecer, naranjas, rosas o ambos a un tiempo, luego malva y púrpura con las últimas luces. A veces media una bruma entre ambos azules del mar y del cielo, blancuzca, poco definida; en otras el horizonte es una línea perfectamente definida, situada en la lejana distancia, en la frontera del mundo visible. Ay, la Tierra, qué grande es. Freya sigue siendo incapaz de mirarla; incluso sentada en una silla junto a la ventana sigue perdiendo el equilibrio, se le revuelve el estómago, la náusea invade hasta la última de sus células. Le asusta lo incapaz que se siente entonces. Aurora no le afectaba de esa manera, aunque solo la vio a través de las pantallas, procesada y como una especie de versión en miniatura. Esta ventana debería no ser más que otra pantalla, una gran pantalla que le proporcionara una transmisión de la Tierra, como cada noche cuando era pequeña. Pero no lo es, es distinta, como en los sueños donde un espacio normal y corriente cubierto de luz se cubre de pronto de oscuridad. Es un miedo que no puede evitar, una especie de terror; incluso cuando se aparta de la ventana, y camina en un andador hasta otras salas, a la estancia que le han asignado para que pueda dormir, la persigue, un miedo que en sí mismo es aterrador. Tiene miedo del miedo.

Están sometidos a 1 g por definición, pero los viajeros deciden, y los registros en los ordenadores que trajeron consigo confirman, que pasaron sometidos a algo próximo a 1,1 g durante el viaje de vuelta. Las grabaciones y registros no les permiten averiguar por qué la nave tomó esa decisión.

—Debió de hacerlo para asegurarse de que a nuestra llegada nos sintiéramos más livianos —aventuró Freya a Badim.

—Sí, imagino que es posible. Supongo. Pero también me pregunto si hubo programación por parte de la gente del año 68, una alteración de algún tipo que privase a la nave de un marco de referencia. Podemos preguntárselo cuando dé la vuelta al Sol.

Ah. Esa es la fuente de su temor. Una de ellas, al menos. Tal vez haya más, varias, quizá. Pero esa le duele en el alma.

—¿Han llegado al Sol?

—Casi.

Sea o no más liviana la gravedad, Badim muestra los efectos de... algo. De estar en la Tierra, dice él. Bromea que sus cuerpos se oxidan a mayor velocidad en este mundo, el mundo real. Está más envarado, se muestra más lento.

—Lo cierto es que, dependiendo de cómo lo cuentes —le dice a Freya cuando ella comparte con él su preocupación—, ahora tengo unos doscientos cuarenta y cinco años.

—Por favor, Beebee, ¡no lo digas así! Ahora resultará que todos somos demasiado viejos para vivir. De esos años, pasaste dormido ciento cincuenta, no lo olvides.

—Dormido, sí. Pero ¿cómo prorratamos esos años? Solemos incluir el tiempo que dormimos cuando decimos nuestra edad. No decimos «He vivido sesenta años y dormido veinte». Decimos «Tengo ochenta años».

—Y así es. Y para tener ochenta años lo llevas muy bien. Pareces un cincuentón.

Él se ríe al oír eso, encantado con la mentira, o por el hecho de que le mienta.

Su nave ha llegado al Sol, y Freya, con el corazón en un puño, pide a sus cuidadores que le muestren lo que puedan. Los cuidadores muestran imágenes en la gran pantalla instalada en una amplia sala a la que puede acudir todo aquel que quiera. No todo el mundo desea verlo, pero la mayoría sí, y, con el transcurso de los minutos, casi todos los que dijeron querer quedarse a solas, o con la familia, acaban entrando para reunirse con los demás. La pantalla muestra imágenes del Sol. Se sientan en la estancia a oscuras, mirándolo. Cuesta respirar.

La imagen del Sol, vista a través de un filtro, es una pelota naranja tachonada de negras manchas solares. La imagen en la pantalla sufre alteraciones cuando las manchas brincan a una nueva posición, posiblemente en el momento presente. El tiempo calculado del tránsito de su nave tras el Sol era de unos tres días, y ahora ese periodo casi ha terminado. Permanecen allí sentados, en ese no-tiempo en el que no se puede decir si el tiempo transcurre o se ha detenido. Quizá fuera así cuando hibernaban, tal vez ahora posean la capacidad de recuperar ese estado mental a voluntad. Es tanto tiempo que nadie sabe cuánto, ni recordar

cuánto se suponía que debía tardar, o percibir cuán largo es. Freya se siente mareada, consciente apenas de que el balanceo de ese barco inmenso a merced del oleaje la afecta, a pesar de que no pueda sentirlo. Muchos tienen aspecto de sentir lo mismo. Están al borde de la náusea, la sensación que más odia de todas, peor que el dolor más agudo. El temor a la náusea. Como los demás, camina con dificultad en dirección al cuarto de baño, camina por pasillos para hacer que pase el tiempo, sintiendo crecer más y más ese temor que le atenaza las entrañas.

Entonces una línea de diminutas partículas blancas emerge en pantalla por el lado derecho de la masa solar, como un meteoro que se ha fragmentado, como el fulgor breve de la aurora borealis, y se sienta en el suelo. Badim se halla a su lado, abrazándola. A su alrededor se encuentran las personas que conoce desde siempre, aturcidas todas, abrazándose. Están aturridos. Freya mira a Badim, quien niega con la cabeza.

—Han muerto.

Ella abandona ese momento, ese lugar.

Badim y Aram comparten la expresión entristecida. Otra conflagración de ratones que desaparecen envueltos en llamas por decenas de miles, como tienen por costumbre hacer. Igual que el resto de los animales. Y Jochi. Y la nave. Los engendró a millares en los últimos días, como un salmón, dice Aram. Debe aferrarse a ese pensamiento. Pobre Jochi, mi niño. Aram se seca las lágrimas una y otra vez.

Sus cuidadores se muestran solícitos. Les dicen que el transbordador incluía un ordenador con diez zetabytes de memoria que incluyen una sólida copia de respaldo, que incluso podría incluir una copia viable de la Inteligencia Artificial de la nave.

Badim niega con la cabeza cuando les oye decir eso.

—Era un ordenador cuántico —explica, didáctico, como quien pone al corriente a un niño de una defunción—. Imposible reducirlo a sus registros.

Se apodera de Freya un frío inmenso, una especie de calma. Ha habido tanta muerte. Han logrado regresar, están en casa por primera vez, pero ese lugar no es su hogar, ahora lo comprende. Ahí siempre serán exiliados en un mundo demasiado grande para creérselo. Desde luego parece mejor aferrarse de momento a la incredulidad, permanecer desconectado. Dada la naturaleza de las

intermitencias del corazón, recuperará con el tiempo el sentir de las cosas. Y no tardará.

Los llevan a Hong Kong, en cuyas aguas fondea el barco ciudad al cabo de un par de semanas. Es una ciudad portuaria del tamaño de doce o veinte de sus biomas puestos juntos, llena de muchos rascacielos más altos que cualquiera de sus biomas, más altos que un radio, posiblemente más que la columna. Cuesta conservar la perspectiva al verlos recortados contra el firmamento. El día anterior amaneció nuboso, y el gris de las nubes se antojaba un techo inmenso sobre el mundo visible. Aram dice que esas nubes estaban a tres kilómetros de altura, y ahora Badim y él discuten cuán alto parece estar el cielo azul y despejado.

—Te refieres a si fuera una cúpula —indaga Badim.

—Pues claro, eso es lo que parece —dice Aram—. Al menos a mí me lo parece. Sé que es la dispersión de la luz solar, pero ¿no te parece una especie de cúpula sólida? A mí sí. Tú mírala bien. Es igualita al techo de un bioma.

A ambos les ha dado por consultar un libro incluido en la memoria de sus navegadores, un texto antiguo titulado *La naturaleza de la luz y el color al aire libre*, y ahora hojean una sección titulada «El aparente allanamiento de la bóveda celeste», que confirma la opinión de Aram conforme el cielo puede percibirse como una cúpula.

—¿Tú ves? —dice Aram, señalando su navegador—, la parte alta del cielo parece más baja al observador de lo que el horizonte le resulta lejano, en una proporción de dos a cuatro, dice, dependiendo del observador y de las condiciones de la observación. ¿Eso te encaja?

Badim levanta la vista y mira por la claraboya abierta de la cubierta superior. Aram y él pasean continuamente por esta cubierta, sin importarles verse expuestos al aire libre.

—Sí, lo hace.

—Y esto explica tal vez por qué estos rascacielos parecen tan altos, tal como continúa diciendo el autor. Tendemos a pensar que el punto medio de un arco entre el horizonte y el cenit se encuentra situado en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto del suelo, como lo haría si la cúpula estuviese en un hemisferio. Pero con la cúpula más baja que la distancia del horizonte, el punto medio de un arco tiene un ángulo mucho menor, pongamos que en torno a entre doce y

veinticinco grados. A eso se debe que nos parezca constantemente que las cosas son más altas de lo que son en realidad.

—Vale, pero también creo que estos rascacielos son inmensamente altos.

—Sin duda, pero nos parece que lo son más de lo que son realmente.

—Muéstrame a qué te refieres.

Se ponen bronceador, sombrero y gafas de sol, y salen a cielo abierto en el gran buque, girando en círculos, levantando la mano al cielo y charlando mientras consultan los navegadores. Parecen ajustarse muy bien al nuevo mundo, y a la muerte de su hogar de toda la vida, así como a la de Jochi. Freya continúa aturrida, sigue siendo incapaz de mirar por esa ventana que es la puerta que la separa de ellos; la idea de salir a cubierta y acompañarlos basta para hacer que se desplome en la silla. Un vacío oscuro la llena por completo.

Muchos de los edificios de Hong Kong emergen del agua de la bahía de la ciudad, consecuencia sin duda de la subida del nivel del mar, respecto a la cual algunos de sus compañeros de la nave aseguran haber leído o visto detalles en las transmisiones de la Tierra, pero que ahora está ahí bajo ellos, en los canales que serpentean entre todos los edificios próximos a la orilla, y en las alargadas embarcaciones que se deslizan con soltura por su costado, dejando en su estela un chapaleo de olas, olor a sal y aceite de cocinar quemado. Gritos de gaviotas que los sobrevuelan. Ardiente, húmedo, hediondo. Si hubiesen reinado semejantes calores y humedades en cualquiera de sus biomas tropicales, si hubiesen olido así, habrían pensado que algo se había torcido.

Tras los rascacielos se extienden las colinas verdes, cubiertas de edificios. Siguen mirando a su alrededor todo ese fabuloso paisaje cuando los conducen fuera del barco ciudad a un transbordador alargado. Es como acceder a un tranvía que los lleva de un bioma a otro. No es necesario salir de la larga cabina del transbordador, pero a Freya le produce pánico pensar que deba hacerlo. Le han dado unas botas que le llegan por encima de la rodilla, un calzado que parece proporcionarle mayor apoyo y equilibrio del que solía tener. Aún no siente los pies, pero cuando camina las botas parecen saber qué pretende, y con un poco de cuidado es capaz de andar bastante bien.

Entonces suben por una pasarela tubular, algo similar al interior de los radios; luego a la cabina de un ascensor; seguidamente a una estancia con una

pared abierta que da a otra cubierta al aire libre, ubicada al parecer a unos cientos de metros sobre la bahía. Ahí en el cielo, justo debajo de un influjo de nubes bajas, la capa marina, tal como la llama Badim. ¿De quién ha sido la idea?

La gente de la nave salía al exterior y a menudo caían de rodillas, llorando o gritando, y muchos de ellos regresaban a refugiarse al interior. Freya se acurruca junto al ascensor. La gente de la nave la ve ahí y se le acerca para abrazarla, y algunos de sus anfitriones sonrían, y otros lloran, supuestamente conmovidos todos por las reacciones de aquellas personas que nunca han estado en el exterior y que se esfuerzan por acostumbrarse a ello.

Son como los corderos de invierno, dice un aparato de traducción, cuando los dejan salir del corral en primavera.

Muchos no caminan bien. Vamos, traedlos dentro, dice la misma voz del aparato de traducción. Así acabaréis matándolos a todos.

La voz de la caja tiene acento terrestre, habla inglés con acento marcado y con oscilaciones tonales. Dice Badim que es como si el inglés fuese chino. Cuesta entenderlo.

Llora de vergüenza y de frustración, siente la cara ardiendo. Freya se aparta de quienes la rodean y camina con dificultad con las botas nuevas hasta la pared con el acceso al exterior, y sale a la cubierta exterior, manteniendo los ojos entornados, casi cerrados por completo. Se siente débil, pero camina hasta un muro que le llega a la altura del pecho coronado por un pasamano, algo a lo que agarrarse.

Permanece ahí de pie, en el viento, y abre los ojos y mira a su alrededor, con el estómago como si tuviera un agujero negro dentro que tira de ella hacia el interior. El sol arde incandescente a través de la capa de nubes bajas.

Es un cielo aborregado, dice la caja de traducción. Bonito dibujo. Trama y urdimbre. Mañana podría llover.

Dios mío, dice alguien una y otra vez, y entonces siente en los labios que ese alguien es ella. Lo impide llevándose el puño a la boca. Apoya el peso del cuerpo en el pasamano. Puede ver tan lejos que es incapaz de enfocar. Cierra los ojos, se aferra con más fuerza al pasamano, esta vez con ambas manos. Mantiene los ojos cerrados para no vomitar. Necesita volver dentro, pero tiene miedo de caminar. Se caerá, tendrá que gatear desesperada, con el temor de que alguien la vea. Está ahí,

atascada, y apoya la frente en el pasamano. Procura relajar el estómago.

Nota la mano de Badim en el hombro.

— Está bien.

— En realidad, no.

Al cabo de un rato, añade:

— Me gustaría que Devi hubiese visto esto. Le habría gustado más que a mí.

— Sí.

Badim se sienta en cubierta a su lado, recostada la espalda en el muro que remata en pasamano. Levanta la barbilla para mirar al cielo.

— Sí, le habría encantado.

— ¡Es tan grande!

— Lo sé.

— Tengo miedo de marearme.

— ¿Quieres apartarte del borde?

— No creo que sea capaz de moverme aún. Lo que podemos ver desde aquí... — Hace un fugaz gesto para abarcar la bahía y el océano, la ciudad de los rascacielos que se alzaba ante ellos, el resplandor del sol cuya luz superaba la capa de nubes —, solo lo que podemos ver desde aquí, ahora mismo, ¡es mayor que toda nuestra nave!

— Así es.

— ¡No puedo creerlo!

— Pues créelo.

— ¡Hemos vivido en un juguete!

— Sí. Bueno. Debía ser tan pequeña como fuese posible para ser funcional y

poder acelerarla y establecer una óptima velocidad interestelar. Se trataba de prioridades encontradas. Así que hicieron lo posible.

—No puedo creer que pensarán que no pasaba nada.

—Bueno. ¿Recuerdas la vez que dijiste a Devi que querías vivir en tu casa de muñecas, y ella te dijo que ya lo hacías?

—No, creo que no.

—Pues eso hizo. Se enfadó mucho.

—Ah, eso me lo ha recordado. ¡La vez que se enfadó tanto!

Badim ríe. Freya se sienta a su lado y ríe con él.

Badim se lleva las manos al borde inferior de las gafas de sol y se seca las lágrimas.

—Sí —dice—. Solía enfadarse a menudo.

—Lo hacía. Supongo que nunca entendí bien el porqué. Hasta ahora.

Badim asiente. Sigue con las manos en los pómulos, bajo los ojos.

—Tampoco ella lo hizo, en realidad no. Nunca vio esto, así que cómo iba a saberlo. Pero ahora lo sabemos. Me alegro. Ella también se habría alegrado.

Freya intenta ver el rostro de su madre, oír su voz. Aún puede hacerlo; Devi sigue ahí, sobre todo en su voz. Su voz, la voz de la nave. La voz de Euan, la voz de Jochi. Todas las voces que tiene en la cabeza. Euan en Aurora, amante del viento que lo hacía tambalear. Levanta la mano y se aferra como puede al pasamano para incorporarse y contemplar la imponente ciudad. Se aferra como si le fuera la vida en ello. Jamás ha sentido tal mareo.

Los suben a un tren a Pekín. Viajan en cómodos asientos mullidos, en la planta superior de dos largos coches, unidos como dos biomas por un pasillo. Constituyen un grupo móvil, con ventanas y cúpulas acristaladas y la tierra que fluye junto a ellos, verde y llana, o alfombrada de colinas y de color pardo, siempre hacia delante. Adelante.

—¡Nunca nos habíamos movido tan rápido! —exclama alguien. Es asombroso lo rápido que se desplaza el tren por el paisaje. Marcha a 500 kilómetros por hora, les dice uno de sus anfitriones. Aram y Badim conversan, Aram sonríe brevemente y niega con la cabeza.

Badim ríe y dice a los demás:

—Nos hemos pasado buena parte de nuestras vidas moviéndonos un millón de veces más rápido que ahora.

Todos ríen contentos, se ríen de lo descabellado que es todo.

Mientras el tren planea con tan asombrosa rapidez por el mundo inverosímil y enorme, el día se transforma en noche franqueando las puestas de sol más hermosas que han visto, nubes fucsia visten un cielo claro que es limón sobre un horizonte negro, fundiéndose verde sobre él, y más arriba aún hay un azul que algunos llaman azul turquesa, y más allá aún un índigo que se extiende sobre todo el trecho de cielo hacia el este. Esta gama de intensos colores transparentes comparte un mismo instante, a pesar de lo cual ninguno de sus anfitriones terrestres parece reparar en ello; todos contemplan las pantallas de sus muñecas, pantallas que a veces muestran imágenes diminutas de los viajeros.

Pueden buscarse a sí mismos en los navegadores y ver lo que dicen los demás de ellos. Pero es inquietante hacerlo, porque ven y oyen el resentimiento, el desprecio, la ira y el odio encarnizado volcado sobre ellos. Al parecer para muchos son unos cobardes y unos traidores. Han traicionado a la historia, traicionado a la raza humana, traicionado al mismísimo universo. ¿Cómo iba a conocerse el universo? ¿Cómo iba a expandirse la consciencia? ¿Han decepcionado no solo a la humanidad, sino al universo!

Freya apaga el navegador.

—¿Por qué? —pregunta a Badim—. ¿Por qué nos odian tanto?

Él se encoge de hombros. También se siente inquieto.

—La gente se forman una opinión. Viven apegados a ella, ¿comprendes? Y esas opiniones, sean las que sean, marcan la diferencia.

—Pero hay más cosas aparte de las opiniones —protesta su hija—. Este mundo —dice, abarcando con un gesto la puesta de sol— no es solo opinión.

—Hay gente que funciona así. Tal vez no tengan nada más, y por eso empuñan todo lo que tienen en las opiniones.

Ella niega con la cabeza, decepcionada.

—No querría por nada del mundo ser así. —Señala los diminutos rostros furibundos que aparecen en otras pantallas, caras que asoman en las muñecas que los rodean, expresiones furiosas, escupiendo literalmente debido a la intensidad de su amargura—. Espero que nos dejen en paz.

—No tardarán en olvidarnos. En este momento somos la novedad, pero pronto surgirá otra cosa. Y esa gente necesita combustible para alimentar su fuego.

Aram arruga el entrecejo al escuchar esto. No está claro que se muestre de acuerdo.

En Pekín los guían hasta un edificio rectangular del tamaño de un par de biomas, un complejo, lo llaman, que rodea un patio central que en su mayor parte está asfaltado, pero donde se alzan algunos árboles de escasa altura. Toda la población de la nave cabe en las habitaciones arracimadas en un rincón del complejo, que por tanto en su totalidad debe de albergar entre cuatro y cinco mil personas; y solo es un edificio de tantos en una urbe que se extiende hacia el horizonte en todas direcciones, una ciudad que llevó al tren, desacelerando al acercarse, cuatro horas en alcanzar el centro.

Al día siguiente, muchos de ellos son conducidos a la Plaza de Tiananmen. Freya no va. Al día siguiente, los llevan a la Ciudad Prohibida para mostrársela, hogar de los antiguos emperadores de la China. De nuevo Freya no puede enfrentarse a la idea de salir. No es la única. Cuando los demás regresan, dicen que los edificios parecían a la vez antiguos y tan relucientes como si fueran nuevos, así que cuesta concebirlos como objetos. Freya querría haber podido verlo.

Sus anfitriones chinos hablan con ellos en inglés, y parecen satisfechos con la idea de albergarlos, lo cual resulta tranquilizador después de todas las caras diminutas y furiosas que pueblan las pantallas. Los chinos quieren que a los viajeros espaciales les guste su ciudad, se sienten orgullosos de ella. Las nubes y la neblina amarilla espesan el ambiente, e impiden que el cielo intimide demasiado a Freya. Permanece en sus habitaciones y finge que el mundo exterior es una estancia mayor, o que se encuentra en una especie de proyección. Posiblemente pueda aferrarse continuamente a esa sensación. Piensa que ha pasado lo peor,

quizá, aunque sigue sin salir y se mantiene también apartada de las ventanas.

Varios de los viajeros espaciales (así los llaman los chinos) sufren colapsos nerviosos a lo largo de los siguientes días, superados física o mentalmente, si es que hay diferencia. Sus visitas se cancelan de forma repentina, y los llevan a una especie de instalación médica, tan grande como el complejo, o bien vaciada para acogerlos o bien inutilizada, cuesta decirlo, pues no les dan explicaciones al respecto, y algunos de ellos sospechan que se han convertido en los peones de un juego que no comprenden, mientras que a otros no les preocupa nada aparte de sí mismos y sus compañeros de la nave. Porque la gente se derrumba. Los chinos quieren someterlos a pruebas a todos, preocupados como están por sus invitados. Cuatro han fallecido desde el desembarco en tierra; muchos están incapacitados, ya sea por la hibernación o por el descenso desde el espacio; son muchos más los que no se adaptan adecuadamente a las condiciones terrestres, por una u otra razón. Rostros apesadumbrados, asustados, rostros todos que conoce de toda la vida, los únicos que ha conocido. Su gente. No es como Freya lo había imaginado. También ella se siente abatida.

—¿Qué pasa? —pregunta a Badim—. ¿Qué nos está pasando? Lo hemos logrado.

Él se encoge de hombros.

—Somos exiliados. La nave ha desaparecido y este no es nuestro mundo. Por tanto solo nos tenemos los unos a los otros, y eso, como bien sabemos, nunca ha hecho que nos sintamos especialmente felices o seguros. Y salir al aire libre nos asusta.

—Lo sé. A mí la primera —admite—. ¡Pero no quiero estarlo! ¡Voy a tener que acostumbrarme!

—Lo harás —le asegura Badim—. Lo harás si quieres hacerlo, y sé que lo haces.

Pero cuando se acerca a una ventana, cuando se arrima a una puerta, su corazón le golpea con fuerza en el pecho como un niño que intenta escapar. ¡Esa bóveda celeste, las nubes lejanas! ¡El insoportable sol! ¡Aprieta con fuerza los dientes, rechina los dientes! Camina a las ventanas, pega la nariz al cristal y contempla el exterior, las manos en el pecho, ante el mundo visible hasta que su pulso cede, y ceden el sudor y el rechinar de dientes. Pero su pulso nunca lo hace.

Pasan los días, permanecen juntos, entristecidos.

Aram y Badim, preocupados por cosas que suceden más allá de la madriguera de Freya, continúan sentándose juntos, atentos a las pantallas, y charlan sobre lo que ven, y observan con curiosidad a sus camaradas. Si dependiera solo de ellos, todo iría bien; disfrutaban de una aventura, dicen sus rostros ancianos. Se lo están pasando como nunca en la vida. Por encima de todas las cosas, siguen profundamente asombrados. A Freya le levanta el ánimo verles la expresión, se sienta a los pies de Badim, la espalda pegada a las huesudas rodillas de él, levantando la vista para mirarlo, procurando relajarse.

Los dos viejos amigos se leen en voz alta mutuamente, como hacían antaño en las veladas que compartían en el Fetch, aquel encantador pueblecito. Un día, Aram, leyendo en la muñeca para sí, ríe y dice a Badim:

—Mira, escucha esto; es un poema de un griego que vivió en Alejandría. Un tal Cavafis.

*Dijiste: «Iré a otra tierra, a otro mar
y una ciudad mejor con certeza hallaré.
Todo esfuerzo mío está aquí condenado,
y mi corazón como cadáver sepultado.
Cuánto tiempo seguiré en este erial...».*

—Y sigue por estos derroteros, es la misma vieja cantinela que conocemos tan bien. Si estuviera en otra parte, sería feliz. Hasta que el poeta responde a su desdichado amigo:

*«No hallarás otras tierras, no hallarás otro mar.
Siempre llegarás a esta ciudad. No esperes más (...)
No hay barco para ti, no hay caminos.
Has destruido tu vida aquí*

En este pequeño rincón, tu vida has arruinado en el mundo entero».

Badim sonrío, asiente.

—¡Recuerdo este poema! Se lo leí a Devi en una ocasión para recordarle que no debía depositar toda su esperanza en Aurora, que no esperase a nuestra llegada allí para empezar a vivir. Entonces éramos jóvenes, y ella se enfadó mucho, pero mucho, conmigo, te lo aseguro. Pero esa traducción no me parece acertada. Creo que hay una mejor. —Tecléa algo en una de las tabletas que les han prestado.

»Aquí está —anuncia—. Tal como recordaba. Encontré el poema en el Cuarteto. Escucha, es la versión de Durrell.

Te dices: «Iré

a otra tierra, a otro mar,

a una ciudad mucho mejor de lo que esta

pudo ser o soñar.

Esta ciudad donde cada paso aprieta ahora el nudo,

Corazón en cuerpo, sepultado e inserto...».

—En la versión en inglés rima.

—No estoy seguro de que eso me guste —opina Aram.

—No, pero el significado es el mismo, y la conclusión es tal como sigue:

No hay nuevas tierras, amigo mío,

no hay nuevos mares, ni otros lugares,

siempre este, tu recalada terrenal, y no hay barco

que pueda apartarte de ti mismo. ¡Ay! ¿No ves

*que igual que has malogrado tu vida en este
trecho de tierra, también lo has hecho
en todas partes, en toda la tierra?*

Asiente Aram.

—Ah, pues sí, muy bueno.

Teclean un rato más, leyendo en silencio. Entonces Aram dice:

—Mira, he encontrado otra versión, parece que marciana. Escucha el final:

*¡Ay! ¿No ves
que como tu mente es prisión,
vives ahora tras los barrotes
en toda Marte?*

—Muy bueno. Esos somos nosotros, está claro. Estamos atrapados en una prisión diseñada por nosotros mismos.

—¡Qué horror! —protesta Freya—. ¿A qué te refieres con que es bueno? ¡Es terrible! ¡Y no nos hemos encerrado nosotros mismos! Nacimos en una prisión.

—Pero ya no estamos encerrados en ella —objeta Badim, mirándola a los ojos. Está sentada a sus pies, como ha hecho tantas otras veces—. Y somos nosotros mismos en todo momento, sin importar adónde vayamos. Eso dice el poema, creo. Debemos reconocerlo y disfrutar lo posible aquí. Este mundo, por grande que sea, no es más que otro bioma en el que debemos vivir.

—Lo sé —dice Freya—. Eso no me causa ningún problema en absoluto. Pero no nos culpes. Devi tenía razón. Vivimos la vida en un armario de mierda. Es como si un loco nos hubiese secuestrado de niños y encerrado allí. ¡Una vez liberados,

pienso pasarlo en grande!

Badim cabecea aprobador, con ojos que la miran relucientes.

—¡Buena chica! Que así sea. Volverás a mostrarnos el camino.

—Lo haré.

Aunque se le hace un nudo en el estómago en cuanto lo dice. El sol insoportable, el cielo de vértigo, la náusea y el miedo, ¿cómo afrontarlos? ¿Cómo caminar siquiera bajo semejante cielo, con esas piernas que no responden, con el miedo impreso en el corazón? Badim la rodea con ambos brazos cuando sorprende en ella esos pensamientos, y ella, medio vuelta hacia él, apoya la mejilla en su regazo y llora, es tan anciano, envejece a marchas forzadas, se oxida ante sus ojos, no puede soportar la idea de perderlo, tiene miedo de hacerlo, ha perdido tantas cosas; tiene miedo de su enorme e incontrolable temor.

Los chinos la equipan con unas botas musleras nuevas que actúan según sus deseos, recibiendo señales de su sistema nervioso y traduciéndolas a la hora de caminar, de tal modo que su andar no es muy distinto del que hubiese sido si sintiese los pies. Es casi como si sus sensaciones se hubiesen trasladado a unos zapatos nuevos, mientras que sus pies se quedan inertes como solía serlo el calzado. Es un cambio al que le lleva un tiempo acostumbrarse, pero es preferible a caminar con dificultad y caer o empujar un andador, o depender de las muletas. Camina con sus botas nuevas, intentando hacerse con ellas. Ya se ha acostumbrado a la gravedad algo más ligera de la Tierra. Casi.

Los instan a enviar una delegación a una especie de conferencia sobre astronaves, y Aram y Badim preguntan a Freya si querría acompañarlos; parecen preocupados, no están muy seguros de cómo lo llevará, pero en ese caso, como sucedía tan a menudo a bordo de la nave, comprende que quieren usarla como una suerte de sustituta de Devi, como un mascarón de proa, una cara pública que represente al grupo. También cae de pronto en la cuenta de que Badim piensa que debe pedírselo, crea o no que es una buena idea que ella se les sume.

—Sí — dice, molesta, y no tardan en volar a Norteamérica, son veintidós en total, escogidos con torpeza, de un modo distraído, no como solían hacerlo en las reuniones públicas que celebraban en los ayuntamientos. Están confusos, ya no está claro cómo deben decidir las cosas, no están en su mundo, no saben qué hacer. Posiblemente la nave solía dirigir sus reuniones sin que ellos se diesen cuenta, por

tanto ahora están desorganizados.

Al agachar la vista desde la ventanilla del avión cohete, ve el ancho mundo azul, en este caso el océano Ártico, les dicen. La Tierra es un mundo acuático, no cabe duda de ello; en ese aspecto no se diferencia mucho de Aurora. Quizá a eso se deba la sensación de temor que crece en su interior; tal vez tema al asunto que van tratar en la reunión a la que se dirigen, teniendo en cuenta lo que dicen sobre ellos las caras que aparecen en las pantallas, considerando todo lo que ha pasado. Sus anfitriones chinos han prometido reunirlos después con sus compañeros viajeros espaciales en cuanto quieran marcharse, les han prometido que nadie los separará nunca, siempre y cuando quieran permanecer juntos, claro está. Ahora son ciudadanos del mundo, aseguran los chinos, por tanto ciudadanos chinos, entre otras muchas ciudadanías, y tienen carta blanca para ir adonde quieran y hacer lo que quieran. Los chinos les ofrecen un hogar provisional y cualquier empleo que los viajeros espaciales quieran desempeñar. Cuesta entender a los chinos, no está claro por qué hacen lo que hacen por los viajeros espaciales, pero dados los ataques que ven a través de las pantallas, la gente de la nave no puede evitar sentirse aliviada. Aunque sean peones en un juego que no comprenden, o siquiera intuyen, es mejor que la lluvia de desprecios, el aluvión de desdenes.

Badim parece cansado, Freya desea que se hubiese quedado en Pekín, pero él se negó, quiere estar presente, para ayudarla. El brillo cobalto del Ártico muestra una pauta curva compuesta por líneas blancas, olas que se extienden bajo ellos de horizonte a horizonte. Parecen volar muy lentamente, aunque les informan de que el aparato se desplaza al menos seis veces más rápido que el tren de Hong Kong a Pekín; claro que ahora se encuentran a veinte kilómetros de altura sobre la Tierra, en lugar de a veinte metros. Pueden ver tan lejos que el horizonte es un poco curvo, y comprueban de nuevo que ese mundo es una esfera. Al llegar por el sur alcanzan a ver Groenlandia a la izquierda, no toda verde, tal como habían oído que era, sino más bien un desierto de negras montañas, con un mar central de hielo blanco mayormente cubierto por estanques fundidos de azul cielo, mezcla difícil de concebir como paisaje. De nuevo al sur sobre la hundida costa este de Norteamérica, profundamente encerrada en una bahía por largos brazos de mar azul, vacía hasta el momento en que aterrizan, ya que bajo ellos reaparecen con profusión los edificios, una ciudad de juguete brillante y geométrica, y aterrizan en un extremo próximo a otro bosque de argénteos rascacielos.

Habitaciones y vehículos, vehículos y habitaciones. Estrechas calles atestadas y canales, edificios altos a ambos lados. Caras en las calles que se quedan mirando sus coches, algunos les gritan. Nada como Pekín, sino más similar a lo

que ven en las pantallas. Ahí la gente habla en inglés, y a pesar de los acentos entienden lo que les dicen. Es la lengua de los viajeros espaciales, por tanto debería ser su mundo, pero obviamente no lo es. Ahí el cielo parece más alto que nunca. Badim y Aram comentan este fenómeno, consultan su libro antiguo y las ecuaciones mientras levantan la vista hacia los edificios, ignorando el hecho evidente de que el cielo es asombroso no por su altura como cúpula, sino precisamente porque no es una cúpula, esto es lo más aterrador de todo, pero insisten en la conversación, quizá para mantener a raya ese hecho. Ahora que recorren la ciudad, el cielo en lo alto es un techo de nubes mezcladas que Aram dice que debe calificarse de diseño de espiguilla, hermoso en el sesgo de la luz vespertina, aunque no tan bajo como las nubes cargadas de lluvia que los dejó asombrados en Hong Kong.

—¿Es un cielo de espiguilla lo mismo que un cielo aborregado?

—No lo sé.

Teclean en los navegadores, intentando averiguarlo.

Entran en un edificio grande como un bioma. «Los terráqueos no pasan mucho tiempo fuera» piensa Freya. Tal vez también a ellos los aterrorice. Puede que la respuesta apropiada a estar de pie en un extremo del planeta, al aire libre de su atmósfera, tan cerca de su estrella local, consista siempre en el terror. Quizá todo lo que los humanos han hecho o planeado hacer tuvo por objeto evitar ese terror. Tal vez su plan de ir a las estrellas fuese una manifestación más de ese miedo. Como ella sigue en las garras de esa sensación, que continúa revolviéndole el estómago siempre que se dispone a verse en el exterior, esta idea tiene mucho sentido para ella.

De nuevo está en el interior de un edificio, moviéndose de sala en corredor y de corredor en sala, hablando con un extraño tras otro, porque hay muchos. Algunos tienen aparatos que dirigen hacia ella mientras le vocean preguntas, ella las ignora e intenta concentrarse en las caras que tengan una expresión amable, que establezcan contacto visual con ella en lugar de mirar al aparato de turno.

Se sientan en una estancia que es una especie de sala de espera, con las mesas cubiertas de comida y bebida. Pronto harán una especie de comparencia pública.

Llega la noticia a través de sus navegadores, procedente de sus anfitriones

chinos, de que cuatro miembros más de su grupo han fallecido en Pekín, y de que se ignoran las causas de su muerte. Entre los cuatro se encuentra Delwin.

Antes de que comprenda del todo lo que Aram, Badim y los demás están diciendo al respecto, y a qué propósito obedece esa reunión, pues todo se mezcla en ella ahora, la llevan a un escenario, ante la multitud y una hilera de cámaras. Hay una docena de personas en el escenario, y un moderador que hace las preguntas. Badim y Aram la flanquean, junto a Hester y Tao, y se sientan y atienden lo que lentamente comprenden se trata de una discusión sobre las últimas propuestas acerca de la última astronave.

Se inclina hacia Badim y susurra a su oído:

—¿Más naves?

Él asiente sin apartar la vista de los ponentes.

El plan actual, cuyos prototipos se construyen en el cinturón de asteroides, consiste en enviar muchas naves pequeñas con pasajeros hibernados, que dormirían mientras las naves recorriesen el espacio que las separa del centenar de estrellas cercanas escogidas por tener planetas con condiciones similares a las terrestres en su zona habitable, no solo gemelas de la Tierra, sino análogas de esta. Estas estrellas distan entre 27 y 300 años luz de la Tierra. Las sondas han pasado por varios de estos sistemas, o lo harán en el futuro cercano, y envían información de vuelta, y todo parece muy prometedor.

Las personas encargadas de describir este plan se levantan una a una de las sillas para dirigirse a una tarima, donde cuentan su parte de la historia, ayudándose de grandes imágenes proyectadas a su espalda en una pantalla que siempre cambia cuando vuelven a tomar asiento. Todos son hombres, todos caucásicos, la mayoría barbudos, vestidos todos con americana. Uno de ellos presenta al resto, y luego se sitúa a un lado y escucha sus exposiciones con la cabeza inclinada a un lado, acariciándose la barba, con una sonrisa imperceptible bajo el bigote. Asiente al escuchar todo lo que dicen los demás, como si ya se le hubiese ocurrido a él y no hiciese más que aprobar la manifestación de sus ideas. Está muy satisfecho con el modo en que se desarrolla el evento. Se pone en pie después de que haya terminado otro de los ponentes, y se dirige a la multitud.

—Vamos a intentarlo hasta que funcione. Es una especie de presión evolutiva. Hace tiempo que sabemos que la Tierra es la cuna de la humanidad,

pero se supone que uno no debe quedarse en la cuna toda la vida. —Está visiblemente complacido con la agudeza de ese aforismo.

Invita a Aram a hablar, y la promesa de la sonrisa le tuerce el gesto un poco para dotarlo de una expresión magnánima: Permite hablar a Aram.

Aram se yergue en la tarima. Mira alrededor de los asistentes.

—Ningún viaje en astronave tendrá éxito —dice abruptamente—. Es una idea que algunos de ustedes tienen y que ignora las realidades biológicas de la situación. Nosotros que venimos de Tau Ceti lo sabemos mejor que nadie. Hay problemas ecológicos, biológicos, sociológicos y psicológicos que no pueden solucionarse para hacer que esta idea funcione. Los problemas físicos de propulsión han captado su atención y es posible incluso que puedan superarse, pero son lo más fáciles. Los problemas biológicos no pueden solventarse. Y no importa hasta qué punto se empeñen en ignorarlos, existirán para la gente a la que envíen en esos vehículos.

»Resumiendo. Los biomas que pueden impulsar a las velocidades necesarias para cruzar tales distancias son demasiado pequeños para contener ecologías viables. Las distancias que median entre este lugar y cualquier planeta verdaderamente habitable son demasiado grandes. Y las diferencias entre otros planetas y la Tierra también lo son. Los demás planetas o bien están vivos o bien están muertos. Los planetas vivos poseen su propia vida autóctona, y los muertos no pueden ser terraformados lo bastante rápido para que la población de colonos sobreviva ese tiempo encerrada. Solo una hermana gemela de la Tierra que no esté ocupada aún permitiría que su plan surtiera efecto, y un planeta así puede existir en cualquier parte, después de todo la galaxia es grande, pero está demasiado lejos de nosotros. Los planetas visibles, si existen, están sencillamente demasiado... lejos.

Aram hace una pausa de unos instantes para reordenar los pensamientos. Entonces hace un gesto con la mano y dice, más calmado:

—A eso se debe que no tengan noticias de las demás naves. A eso se debe que ese inmenso silencio persista. Hay otras muchas inteligencias ahí fuera, sin duda, pero no pueden abandonar sus planetas natales por la misma razón que nosotros no podemos hacerlo, porque la vida es una expresión planetaria, y solo puede sobrevivir en su planeta natal.

—Pero ¿por qué dice eso? —le interrumpe el moderador, la cabeza inclinada hacia un lado—. Pone en duda una ley general a partir de su propio caso particular. Es un error de lógica. No existen impedimentos físicos a desplazarse por el cosmos. Por tanto, con el tiempo sucederá, porque vamos a seguir intentándolo. Es una necesidad evolutiva, un imperativo biológico, algo similar a la reproducción. Posiblemente sea como el diente de león o el cardo cuando liberan sus semillas a los vientos. Claro que muchas de las semillas flotarán lejos y perecerán. Pero cierto porcentaje se aferrará a la vida y proliferará. Aunque solo sea un uno por ciento, ¡eso sería un éxito! Y así será en nuestro caso...

Freya se sorprende poniéndose en pie, y durante unos segundos debe concentrarse en aras de su equilibrio para evitar caer de bruces en presencia de todas esas personas. Seguidamente echa a andar, descarga un derechazo en la cara del moderador, que es derribado, se agacha sobre él y sigue golpeándolo a pesar de los brazos que este interpone, Freya procura colar otro buen golpe, una lluvia de golpes, todo ello mientras suelta una especie de rugido de dolor, ni siquiera sabe lo que intenta decir, ni sabe que está rugiendo. Le da un buen puñetazo en la nariz, ¡sí! Pero entonces Badim la coge de un brazo y Aram del otro, y los demás también se les acercan, conteniéndola, gritando, y ella sabe que no puede forcejear demasiado si quiere evitar hacer daño a Badim, que grita:

—¡Basta, Freya! ¡Para, Freya! ¡Para! ¡Para! ¡Para! ¡Para!

Un fuerte estruendo. Una locura. Badim la abraza, no la suelta, la escoltan fuera del escenario, ella trastabillando, Aram al frente, una persona situada en la puerta como con intención de bloquearles el paso, y Aram apartándolo tras situarse delante de él y gritarle a la cara, lo cual basta para apartarlo de un brinco. Ver todo esto sorprende a Freya, tan atrás pensando en cuánto le gustaría arrearle otro buen puñetazo en los morros, borrarle la sonrisilla de la cara, desintegrarla, pero es tan raro ver a Aram gritar de esa manera... Forcejea para soltarse de Badim y grita algo volviéndose hacia la audiencia que queda atrás, pero de nuevo ni siquiera sabe lo que dice. Es algo que surge de ella. Es como un grito.

Después de eso llegan los problemas, para ellos. Para ella. Su grupo la encierra con ellos y se acoge a inmunidad diplomática, sin importar cómo pueda aplicarse en su caso, porque nadie está muy seguro, pero parece ser que eso les permite ganar tiempo, las autoridades no están seguras de cómo proceder, lo suficiente para que deba discutirse la cuestión antes de actuar. Según parece, el hombre a quien ha agredido no desea presentar cargos, asegura a todo el mundo que entiende el desorden de estrés postraumático, y que además se cayó al suelo

de resultas de un resbalón. Pero en casos de asalto y agresión los deseos de la víctima no constituyen el único factor determinante, les explican, así que la inmunidad diplomática podría ser su mejor defensa, eso o la simple ignorancia de su situación legal. Son alienígenas o algo parecido, Freya está demasiado furiosa para seguir las discusiones. Por ahora no permiten entrar a nadie en sus habitaciones. Se oyen discusiones continuas al otro lado de la puerta, en el pasillo.

Freya logra dormir durante buena parte del tiempo, pero le duele la mano derecha, y en cierto modo se siente avergonzada, un poco loca. Aunque sigue queriendo dar un buen golpe más.

Ahora son personas non gratas, comunica Aram a Badim tras una de las discusiones que mantienen en el pasillo. Casi en todas partes.

Badim, que parece más avejentado que nunca, descansa la cabeza en las manos, eso cuando no coge de la mano a Freya. Ella permanece sentada, mirando hacia una ventana a la que no se atreve a acercarse.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunta—. Bueno, es igual, sé por qué lo has hecho. Es un idiota. Molesto, como todos los idiotas. Pero hay muchos, Freya. Siempre habrá gente como él, y no son importantes. ¿No lo entiendes? No importan. Siempre estaremos rodeados de idiotas. Debes dejarlos hacer y hallar tu propio camino.

—Pero hacen daño a la gente —protesta Freya. No ha dejado de sentir náuseas desde el momento en que la apartaron del pobre hombre. Aún quiere darle un puñetazo más, pero al mismo tiempo la acosa el remordimiento—. No solo es un idiota, está enfermo. ¿No has oído lo que ha dicho? ¿Semillas de diente de león? ¿Que forma parte del plan que muera el noventa y nueve por ciento de la gente que envíen? Una muerte miserable que no podrán impedir, niños y animales y la nave y todo, ¿todo por la absurda idea de terceros, un sueño? ¿Por qué? ¿Por qué tener ese sueño? ¿Por qué son así?

—La gente tiene opiniones, viven de ideas. Siempre ha sido así. Pero, mira, la gente que suba a esas naves lo hará voluntaria. Hay listas de espera.

—¡Sus hijos no se habrán prestado voluntarios!

—No. Pero impedirselo no es nuestra labor.

—¿De veras? ¿Tú estás seguro de eso?

Ante aquella pregunta se muestra indeciso. Se pone en su lugar sin problemas; que su deber consista en prestar testimonio. Por el hecho de ser los supervivientes de uno de esos planes locos.

Ella niega con la cabeza, llama su atención con la mirada, como ha hecho tan a menudo antes.

—¿Quienes creían en la eugenesia no eran más que unos idiotas? ¡Creo que debemos intentar detenerlos!

Badim la mira largamente. Cómo ha envejecido. Freya no puede recordar qué aspecto tenía cuando ella era niña.

Le da unas palmadas en el hombro, y está a punto de hablar varias veces, pero calla.

—Bueno —dice por último—. Tu madre estaría orgullosa de ti. —Y permanece un rato callado—. Tú... Me recuerdas a ella. Hasta es agradable verlo. Pero no. Porque no quiero que tú también mueras por intentar hacer lo imposible. Porque, mira, no puedes impedir que los demás vayan en pos de sus proyectos, de sus sueños. Aunque esos sueños sean una locura, por mucho que no funcionen. Si la gente quiere hacerlo, lo hará. Luego, más tarde, sus hijos sufrirán las consecuencias, claro que sí. Podemos señalárselo, y lo haremos. Pero es todo el mundo quien debería detener a esta gente, y me refiero a todo el mundo. Debe ser la idea la que fracase, que nadie la ponga en marcha porque ya nadie crea en ella. Eso tomará su tiempo. Entretanto, escúchame: Si le das una patada al mundo, te fracturarás el pie. Y tus pies, mi niña, ya están rotos.

Deben abandonar la ciudad. Aram lo arregla de algún modo, un vuelo de vuelta a Pekín, donde por lo visto a los chinos no les interesa extraditar a Freya y Badim por un crimen de esa índole. Algunos lo llaman libertad de expresión y denigran la clase de Estado que sería capaz de procesar a alguien por ese delito. Dejad que la gente se defienda por su cuenta de las agresiones, por favor. ¿A los demás qué nos importa?

Badim hace un gesto desaprobador cuando se enfrenta a este razonamiento, pero no dice nada.

Entonces las pantallas, y también los mensajes que les llegan, empiezan a manifestar muestras de apoyo ante la reacción violenta de Freya. No se trata de uno o dos mensajes aislados, sino de muchos. Un pequeño aluvión, de hecho. Hay

mucha gente en la Tierra que se hacen llamar Primerolatierra, según parece. La emigración de personas, a menudo de gente rica, fuera de la Tierra y al sistema solar, y luego incluso fuera del sistema solar, ha dejado un fuerte poso de resentimiento. Solo ahora esta gente presta atención a una dotación de viajeros espaciales.

—O sea, ¿ahora soy popular? —pregunta Freya—. ¿Me odian, la emprendo a puñetazos con alguien, y ahora les caigo bien?

—No se trata de la misma gente —señala Badim, arrugando el entrecejo—. O tal vez sí lo sea. No sé decirlo. Pero, sí. Así es la Tierra. Eso he estado intentando hacerte comprender. Así funcionan las cosas aquí.

—No me gusta este lugar.

Badim niega con la cabeza.

—No te gusta esta gente, que no es lo mismo. Además no hablamos de todo el mundo.

Aram, que los está escuchando, interviene, dirigiéndose a Freya:

—Ah, pero es que no lo entiendes: como tu mente es la prisión, allá donde vayas vivirás siempre encerrada tras unos barrotes.

—A la mierda, entonces vayamos a Marte —gruñe Freya, recordando el poema, un recuerdo que la ha perforado como una astilla.

—Definitivamente no —dice Badim, al tiempo que niega con el dedo índice—. Están encerrados en sus habitáculos casi tanto como nosotros lo estuvimos en la nave. Ese lugar no es muy distinto de Aurora. El problema es químico en lugar de biológico, y con el tiempo adaptarán el terreno, pero nosotros no lo veremos. ¡Siglos, como mínimo! No. Vamos a tener que acostumbrarnos a este lugar.

Pero durante el breve desastre de su viaje, otros seis de ellos han fallecido. Uno, un joven, Phil, murió en una pelea con otra persona a quien no le gustaba la idea de que hubiesen regresado a la Tierra. Después del funeral de estos seis compañeros, ceremonias y defunciones muy, muy tristes, Aram cuenta a Badim una historia sobre Shackleton, quien devolvió a toda su dotación a salvo a casa en una de sus desdichadas expediciones antárticas, solo para que luego a muchos los

enviasen a las trincheras de la primera guerra mundial, donde murieron sin más.

Freya siente de nuevo la necesidad de golpear a alguien, y hay algo en ese lamentable relato que la pone furiosa.

—¿Qué vamos a hacer? —les grita—. ¡No puedo soportarlo! Estamos aquí, perdiendo el tiempo, y están acabando con nosotros de uno en uno. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! Tenemos que hacer algo. No sé qué, pero algo habrá que podamos hacer. Algo para cambiar este lugar. ¡Algo! Bueno, ¿qué vamos a hacer?

Badim asiente, inseguro. Hay en su rostro anciano una expresión de antaño, una que Freya reconoce de su niñez: el labio mordido y el entrecejo arrugado que siempre dibujaba su rostro cuando intentaba pensar en qué hacer con Devi. Esa expresión encerró siempre en su interior varias cosas: diversión, preocupación, amor, fastidio, orgullo por tener semejante problema que solventar. Su esposa era una luchadora, presa de la furia. Puede que ahora sea lo mismo, puede que no. De cualquier modo, Freya está demasiado enfadada para que puedan calmarla. Es a ella ahora a quien mira, y para ella no hay nada divertido en la idea de tener en tu vida a una persona loca e idealista a quien amas y a quien debes ayudar. No cuando ella es esa persona. Pero es todo el mundo, muchos de los viajeros espaciales son como ella, no es nada especial. No, mierda: necesitan un modo de vida, algo que hacer, o no serán más que los tipos raros que volvieron del espacio y que mueren uno tras otro de conmoción terrestre. La gente de las estaciones que orbitan en torno a Júpiter y Saturno le han puesto nombre: Vuelven del espacio a la Tierra para obtener una dosis de bacterias o lo que sea, su periodo sabático, lo llaman, regresan para enfermar con tal de conservar la salud, pero les resulta duro, y a menudo contraen algo llamado conmoción terrestre, e incluso a veces fallecen debido a ello. Algunos saturnianos se ofrecen a ayudarlos a ajustarse a su nueva situación. Junto a los Primerolatierra. Vaya combinación, dice Aram. ¡No, son unos bichos raros! ¡Y solo unos bichos raros quieren ayudarlos!

Aram empieza a estudiar este periodo sabático que se toma la gente del espacio. Todo el mundo que vive en el sistema solar regresa a la Tierra para pasar allí un tiempo cada varios años, siempre y cuando se propongan ser longevos, tal como le sucede a todo el mundo. Esta relación entre regresar a la Tierra y vivir más tiempo en el espacio constituye una correlación inexplicable, un fenómeno estadístico que nadie puede poner a prueba en su propio cuerpo, ya que nadie vive de ambos modos, y no es necesariamente cierto para cada individuo que permanecer en el espacio todo el tiempo los haga enfermar. Se trata únicamente de que, en promedio, la gente del espacio que no regresa a la Tierra cada periodo

comprendido entre cinco y diez años para pasar entre varios meses y un par de años allí, tiende a morir mucho antes que quienes vuelven. Los números se discuten, pero los estudios, que Aram piensa son bastante sólidos, generalmente concuerdan con que los años de vida añadidos para quienes no residen en el planeta y se toman el periodo sabático es próximo a los veinte años, o treinta. Incluso teniendo en cuenta que la gente alcanza a veces los dos siglos de vida, se trata de bastante tiempo. Es una discrepancia tan enorme que muchos aceptan lo que sugieren los datos y vuelven a la Tierra cada tanto. Es mejor prestar atención a los datos, es mejor no tentar al diablo.

Estudiando todo esto, Aram señala que la verdadera inteligencia artificial es el estudio actuarial a largo plazo; ningún humano podría ver estas cosas. Esta inteligencia artificial en particular ha presentado un caso muy convincente. Sugerente, plausible, persuasivo, probable, la escala lingüística de los científicos para evaluar las pruebas sigue siendo la misma, asegura Aram, y se remata con una palabra bastante fuerte: convincente. La gente lo hace porque se convence de ello. La realidad los empuja a hacerlo. Los empuja el afán de vivir.

Pero hay otro efecto, casi el opuesto al periodo sabático, e igual de fuerte, sino más: la conmoción terrestre. Hay gente que regresa a la Tierra, en condiciones perfectamente saludables al llegar, y muere sin previo aviso. A veces puede resultar muy difícil averiguar la causa, lo que por supuesto contribuye al temor al síndrome. Un declive rápido, conmoción terrestre, terralergia; estos nombres encierran en sí mismos las noticias terribles de que el fenómeno al que aluden no se comprende del todo bien, de que se trata de la consecuencia de causas desconocidas. Los nombres así revelan la ignorancia en el propio nombre: el Big Bang, el cáncer. Un declive rápido. Cualquier enfermedad que termine con un sufijo itis o penia. Etcétera. Tantos nombres ignorantes.

Por tanto, los viajeros espaciales, que no han disfrutado de un solo periodo sabático en doscientos cincuenta años, fallecen ahora por lo visto de resultados de la conmoción terrestre. Incluso cuando puedan determinarse las causas de un caso concreto, resulta sospechoso que estas se hayan manifestado tan pronto tras su regreso. Cuesta creer que no se hayan dado a bordo de la nave, sin importar que estuviesen hibernados. No, aquí pasa algo. Algo a lo que sobrevivirán o a lo que no sobrevivirán.

Entretanto, viven en ese planeta loco y enorme que sigue espantando tanto a Freya. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? A esas alturas, no podría sentirse más abatida.

Transcurre una semana o más sumida en la depresión, antes de que Badim acuda a ella y responda a su pregunta de «Entonces, ¿qué vamos a hacer?» como si únicamente hubiese pasado un segundo desde que la formuló.

—¡Nos vamos a la playa! —anuncia, feliz.

—¿A qué te refieres? —pregunta Freya.

Porque, por supuesto, no hay playas. El nivel del mar ha crecido 24 metros durante los siglos XXII y XXIII de nuestra era, debido a procesos iniciados en el siglo XXI que más adelante no pudieron controlarse; y en esa subida, todas las playas terrestres han desaparecido. Nada de lo que posteriormente se hizo ha bastado para enfriar el clima terrestre y reducir el nivel del mar, pero el proceso está en marcha. Tardarán unos cuantos miles de años más. Sí, ahora terraforman la Tierra. No hay modo de evitarlo, dados los daños producidos. En el presente año 2910 de nuestra era, calculan que será un proyecto de cinco mil años. Algunos calculan más tiempo. Será como echar una carrera con los marcianos, bromean.

Pero por el momento, adiós a las playas, y son muchas las islas del pasado que yacen ahora bajo las olas. Todo un mundo y un modo de vida han desaparecido con estos lugares de leyenda, un modo de vida que se remontaba a los inicios de la especie en el sur y el este de África, donde se relaciona a menudo a los primeros seres humanos con el mar. Esa vida arenosa, sometida a la marea, salada, con reflejos solares en playas hermosas: todo desaparecido, por supuesto junto a todo lo demás; animales, plantas, peces. Forma parte del evento de destrucción masiva que aún se esfuerzan por detener, por escapar de él. Tantas cosas perdidas que jamás se recuperarán, la pérdida de la alegría de los relativamente pocos humanos que tenían la suerte de vivir en el litoral, que paseaban por las playas, que pescaban y montaban las olas, que se tumbaban al sol... Tal vez esto no sea digno de lástima, teniendo en cuenta todo lo demás que se ha perdido, todo el sufrimiento, el hambre, las muertes, todas las extinciones. Buena parte de las especies de mamíferos han desaparecido.

Pero era un modo de vida muy apreciado, recordado aún en el arte y la música, en imágenes e historias. Es legendario, como una especie de perdida edad de oro que resuena a nivel subconsciente, ahí en su sangre y sus lágrimas saladas, en las largas olas rizadas del ADN que siguen rompiendo en el interior de todos ellos.

Hay gente que se dedica a recuperarlo. Recuperan las playas.

Estas personas constituyen un ala o elemento de los Primerolatierra. Se abrazan a los árboles y odian el espacio, los hay de todos los colores. Muchos no solo han renunciado al espacio, sino también a muchos espacios virtuales, simulados e interiores que tantos terráqueos parecen satisfechos de habitar. Para los Primerolatierra, es como si estas personas ocupasen naves en tierra, o como si se hubieran trasladado al interior de sus pantallas o de sus cabezas. Son muchos los que viven continuamente en interiores, algo que a Freya le parece increíble, una locura, a pesar de que sigue temblando a cada paso que da. Pero al menos ella tiene una excusa, piensa, después de haber pasado toda la vida encerrada, mientras que los terráqueos no la tienen. Este lugar es su casa. El desprecio que muestran por su herencia natural, el modo en que desperdician el don que les ha sido dado, forma parte de las cosas que la empujan a rechinar los dientes, a acercarse a las ventanas, incluso a las puertas abiertas, para permanecer temblorosa en el umbral, aterrada, deseando que su cuerpo se relaje, y dar un paso afuera. Deseando cambiar. Topando con ese instante de pánico en que no puedes forzarte a hacer siquiera las cosas que más deseas, en que el miedo te aferra de la garganta.

Según parece, quizá estos amantes de las playas se parezcan a ella en esta opinión o convicción de cómo considerar la Tierra. Son almas afines, tal vez. Y expresan su amor a ese mundo perdido de la costa, reconstruyéndolo.

Freya atiende asombrada a la anciana menuda que Badim y Aram han invitado al interior de sus dependencias. La mujer tiene la piel morena, el pelo canoso, y les describe su proyecto y a quienes lo llevan adelante.

—Hacemos una especie de restauración paisajística llamada recuperación de playas. Es una especie de arte paisajístico, un juego, una religión... —Esboza una sonrisa irónica y se encoge de hombros—. Como queráis llamarlo. Para ello, hemos adaptado o desarrollado varias tecnologías y prácticas, empezando por las minas, trituradoras de roca, gabarras, bombas, tuberías, palas, topadoras, excavadoras, cosas así. Al principio es industria pesada. Mucha restauración de playas lo es. Hemos empleado esta tecnología en todo el mundo. Comprende llegar a acuerdos con gobiernos u otros propietarios, obtener los permisos para hacerlo. Se trabaja mejor en ciertos trechos de las nuevas líneas costeras. Ahora son prácticamente eriales, zonas intermareales que no son apropiadas para ello. Siendo anfibios es raro. —Sonríe de nuevo.

Ellos asienten.

—Y ¿qué es lo que hacéis, exactamente? —pregunta Freya.

En estas nuevas áreas de mareas, explica la mujer, proceden a hacer playas que sean tan parecidas a las que desaparecieron como sea posible.

—Las traemos de vuelta, eso es todo. Y nos encanta. Dedicamos la vida a ello. Tardamos un par de décadas en terminarlas, así que cualquiera de nosotros suele trabajar a lo sumo en tres o cuatro en una vida, dependiendo de cómo vayan las cosas. Pero al menos es un trabajo en el que puedes creer.

—Ah —dice Freya.

Supone un gran esfuerzo, continúa la mujer. Hay más trabajo que hacer del que pueden llevar a cabo los trabajadores. Y ahora, aunque los viajeros espaciales son polémicos y tienen problemas, o, mejor dicho, precisamente debido a ello, los constructores de playas se ofrecen a incorporarlos a sus filas. A todos ellos.

—¿Podemos ir todos? —pregunta Freya—. ¿Podemos seguir juntos?

—Por supuesto —responde la mujer—. Somos alrededor de cien mil personas, y enviamos grupos de trabajo a diversos puntos de la costa. Cada proyecto requiere de unas tres o cuatro mil personas en las fases más intensivas. Algunos se dedican a otra cosa cuando su papel concluye en un proyecto, así que la vida puede ser algo nómada. Aunque los hay que se quedan cerca de las playas que han hecho.

—De modo que nos acogeríais —dice Badim.

—Sí. He venido para haceros esta oferta. Tenéis que entender que somos más bien discretos con nuestras actividades. Es mejor evitar complicaciones políticas en la medida de lo posible, por tanto no nos esforzamos mucho en dar publicidad a nuestros proyectos. Nuestros tratos son discretos. Procuramos mantenernos al margen de los medios de comunicación. ¡Apuesto a que entendéis por qué!

Ríe mientras Aram, Badim y Freya asienten.

—Mirad, existe un elemento político en todo esto —continúa—, un elemento político que debéis comprender. No nos gustan los cadetes del espacio. De hecho, muchos de nosotros los odian. Esta idea suya de que la Tierra es la cuna de la humanidad forma parte de lo que ha acabado por arruinarla. Hay mucha gente en

la Tierra convencida de que es nuestra labor enderezar esta percepción. Será nuestra labor durante las generaciones venideras. Y ahora vemos que vosotros formáis parte del daño que han causado. Nos ha llevado un tiempo comprenderlo, pero cuando la emprendiste a puñetazo limpio con ese tipo resultó tan claro como el agua. —Ríe al ver la cara que pone Freya—. Eh ¡que no pasa nada! Hemos abierto la puerta a unos cuantos que se metieron en líos por resistirse de un modo u otro a toda esa mierda. Así que añadir quinientas almas perdidas a uno de nuestros equipos no supondrá un problema. Os integraréis, y podéis mantener la cabeza gacha, hacer vuestro trabajo y echar una mano, contribuir. No nos vendrá mal un poco de ayuda, y vosotros tendréis una manera de salir adelante.

Freya intenta asimilar todo eso, comprenderlo. ¿Construir playas? ¿Restaurar el paisaje? ¿Podría ser? ¿Les gustaría?

—Badim, ¿esto me gustaría? —pregunta.

Badim esboza su sonrisa tímida.

—Sí, creo que sí.

Los demás no están tan seguros. Después de que la mujer se haya marchado, mantienen una larga discusión, y en un punto determinado piden a Freya que salga junto a un grupo de exploración y eche un vistazo a uno de estos proyectos para ver qué opina.

Por supuesto, esto supondría salir al exterior.

Freya traga saliva.

—Sí —dice—. Cómo no.

Vuelan de nuevo. Esta vez parece que a sus anfitriones chinos les gusta la idea de verlos marchar. Más salas y túneles, aviones, tranvías, trenes y coches. Viajar por la Tierra no se diferencia mucho de moverse entre los radios, aunque la gravedad sea constante. Procuran no llamar la atención. Van de una estancia a otra. En cualquier rincón de la Tierra, te metes dentro y te mueves a través de salas de formas y dimensiones distintas, que o bien se mueven o bien no, y la próxima vez que sales fuera (¡si lo haces!) estás en el otro extremo del planeta. Es tan raro. Mientras mira por la ventanilla de un avión al planeta océano, bajo un manto de nubes, Freya decide domeñar sus miedos, lograr que su cuerpo se someta a su voluntad. Está cansada de tener miedo. A veces te cansas de ti mismo, cambias.

Una costa que mira a poniente situada en algún lugar. Le dicen dónde, pero lo olvida enseguida. No había oído ese nombre antes. Latitud templada, clima mediterráneo. Riscos de arenisca amarilla que asoman de un mar de contornos blancos. Antaño hubo playas al pie de estos riscos, les dicen, playas tan extensas que albergaban carreras de coches en la arena llana y húmeda, cuando se inventaron los coches. Su guía les dice que para llegar al agua había que dar un paseo matutino desde los riscos, todo por sendas de arena. Un poco exagerado. Con esa historia pretende decirles que hay mucha arena en los bajíos. Parte de ella la arrastraron al sur las corrientes hasta un gigantesco cañón submarino que discurre frente a la costa, hasta el borde de la plataforma continental, pero incluso el fondo de ese cañón es ahora una especie de río submarino de arena que fluye hacia la llanura abisal, un río de arena que puede ser aspirado por tuberías hasta las barcas y transportado en estas a tierra, llevado luego a los estuarios de los riachuelos que rompen la larga y curva línea de los riscos, y depositado allí. Arena antigua para playas nuevas, ubicadas en la nueva línea que marca la marea, estuarios arriba. También transportan en camión gigantes piedras de granito procedentes de tierra adentro, algunas las sueltan frente a la costa para hacer arrecifes, otras al pie de los riscos para establecer una nueva playa, otras las convierten en arena, grava, guijarro, adoquines, cualquiera que sea el tipo de roca que solía haber en la playa. Se necesitan ciertas mezclas de minerales para hacer una playa que sea duradera, para hacer que sea bonita. También ciertos tipos de arrecifes costeros. Millones de toneladas de arena y roca a trasladar e instalar. Son muchas las cosas que sus guías quieren explicarles, todos están bronceados, el pelo desteñido por el sol y la sal, los ojos radiantes.

Los viajeros espaciales arrastran el cansancio del viaje: cosa del desfase horario, les han dicho que lo llaman. Están desincronizados con la rotación planetaria, el ritmo diurno, el ritmo circadiano, peculiar malestar que aprenden a reconocer. Después de un primer recorrido por la costa, llevados en coche por carreteras que se extienden en lo alto de los riscos, y luego por las costas del estuario, con diversas paradas para salir y mirar (aunque Freya no sale), los conducen a un bar que hay en el extremo del risco. El bar parece ser un modesto y pequeño centro de reuniones y conferencias, con bungalós situados alrededor del edificio principal. Freya sale cuando aparcan el coche dentro del garaje, y se dirige al vestíbulo, momento en que, con una carrera controlada bajo un pasaje, se apresura a desplazarse hasta el bungaló que le han asignado, situado junto al que comparten Aram y Badim. Una vez instalada, mira a través de la puerta abierta y ve a los dos ancianos acomodados en tumbonas, a la sombra de un saliente natural que se extiende desde el bungaló, vueltos al océano. Les han dicho que al saliente natural lo llaman enramada.

Badim repara en ella y dice:

—Freya, cariño, ¡ven y únete a nosotros! ¡Inténtalo!

—Lo haré en un rato —responde ella, enfadada—. Estoy deshaciendo el equipaje.

Desde el risco pueden ver un buen trecho de mar. Una llanura azul plata de deslumbrante tamaño, salpicada de luz blanca. Badim y Aram hablan de nuevo sobre fenómenos ópticos. A esas alturas se han convertido en físicos aficionados, y esperan ver el rayo verde al atardecer. Por lo visto, la gravedad de la Tierra, o la atmósfera, pues discuten mucho al respecto, doblaga la luz del sol de tal forma que justo antes de que el Sol se hunda tras el horizonte y desaparezca, la Tierra se encuentra físicamente entre el observador y el Sol, pero la luz solar traza una curva alrededor del globo debido a la atmósfera, o la gravedad, y puesto que la luz azul se curva más que la roja, esta curva alrededor de la Tierra separa la luz como si atravesase un prisma, lo que supone que el último punto visible de luz solar adquiere una tonalidad verde, dicen que puro verde esmeralda.

—¡Esto hay que verlo! —exclama Aram.

Badim se muestra de acuerdo.

—Qué raro ser tan mayores como somos y verlo por primera vez. —Se vuelve y llama a Freya—. ¡Niña, ven a ver este fulgor verde que es posible que se produzca!

—No eres tan mayor —le dice ella—. Eres como la centésima persona más mayor de la nave.

—Bueno, eso no quita que lo sea, aunque de hecho creo que ahora debo de ser la decimoquinta. Pero concentrémonos en la puesta de sol. Me han dicho que cuando el Sol se hunde tres cuartas partes, puedes mirarlo sin perjudicarte la vista. No mucho rato, ojo, pero lo bastante para ver el fulgor verde cuando se produzca.

Ella se sitúa de pie justo tras el umbral de la puerta doble del bungalow, vuelta hacia el mar, y mira hacia el exterior, los puños crispados a los costados. El estuario es apenas visible más allá del punto del risco a la izquierda, una bahía cubierta por un manto de oleaje. Donde en el pasado hubo una playa en la desembocadura del río, que se extendía entre dos puntos del risco, ahora hay una línea blanca de oleaje roto. Construyen la playa a ambos lados del río, sobre la

playa sumergida.

Las olas se deslizan inexorables procedentes del oeste, del sol sesgado que espeja la superficie acerada del mar. Líneas bajas pero nítidas de olas, visibles como cambios en el azul del agua, acercándose siempre a tierra. Una visión extraña. En el horizonte hay una isla que asoma como una joroba sobre la línea clara donde el cielo besa el mar: azul claro sobre azul marino, conjunto de acero y negrura a última hora de la tarde. La brisa levemente salina franquea el umbral de su puerta, las gaviotas planean a la altura de sus ojos, las cabezas inclinadas hacia abajo y a un lado. Una hilera de pelícanos pasa de norte a sur, una visión repentina del Jurásico, siluetas negras recortadas contra el brillo del sol, lento batir de alas, aunque sobre todo planeen. Freya nota cómo el pánico gana de nuevo terreno en ella como la marejada que sigue sus propios y misteriosos tirones. Quiere con denuedo salir al aire libre, bajo el cielo, pero algo le atenaza el corazón, no hay nada que pueda hacer al respecto, no puede moverse. Ni siquiera para unirse a Badim y Aram bajo el ramaje. Es demasiado para ella. No le queda sino volver dentro e intentarlo más tarde.

Aunque es tarde, sus anfitriones llaman a su bungalow porque quieren mostrarle más detalles sobre el funcionamiento de sus obras, y como lo harán en la cabina de un vehículo de maquinaria pesada para extraer tierra supone que podrá aguantarlo. El desfase horario la tiene machacada.

Y salen, van de interior en interior hasta la cabina. El vehículo mueve arena de las pilas gigantes en sus zonas de recepción, hasta la propia playa. A la luz horizontal de última hora del día dan botes por una larga rampa de la playa nueva, cubierta ahora por marcas de neumático. Pasan junto a vehículos más pequeños de todas las clases, algunos transportan tierra y pequeñas pilas de arena a superficie allanadas, o empujan dunas al fondo de la playa. Lo importante es aceptar el nuevo nivel del mar y trabajar con ello, le explican los operadores del vehículo; pasarán siglos antes de que recupere su nivel, eso en el mejor de los casos, y podría no hacerlo jamás. Pero confían en que al menos no suba más; todo el hielo del mundo que podía fundirse lo ha hecho ya. Aún queda una considerable capa de hielo en la Antártida oriental, pero finalmente las temperaturas se han estabilizado, y es probable que ese siga donde está. Y si no es así, ¡lástima! ¡Habría que construir más playas!

Por ahora, este es el nivel del mar. Aquí las olas rompen arriba y abajo en una distancia vertical que promedia tres metros, más en las mareas muertas cuando la Luna está más próxima a la Tierra. Las mareas son cosa de la atracción

del flujo de la marea entre la Tierra y la Luna. El tirón gravitatorio, fantasmal acción a distancia. Fuente de gran parte de la vida en este planeta, es posible que incluso la aparición de la vida, aseguran algunos.

Se aseguran de que el límite de la marea alta se sitúe por debajo de buena parte de la nueva orilla, que como mínimo tendrá una anchura de cien metros. Tras la playa levantan dunas y plantan e introducen toda la vida característica de este terreno. Y durante la marea baja, la orilla que está temporalmente en contacto con el agua se compone mayormente de arena, con algunas zonas rocosas bajo el risco, para incluir charcas de marea y demás. Todos estos parámetros y elementos se ingenian, diseñan, construyen y cuidan. Freya entiende que esa playa es su obra de arte, que esas personas son artistas. Practican un arte que aman. Podrían matarla de aburrimiento a fuerza de hablar de ello, de tanto que lo aman.

A menudo en las desembocaduras de los ríos que rompen la línea de elevaciones que pueblan esta línea costera, le dicen, el mar al elevarse su nivel ha alcanzado a las casas, las calles, los patios, los parques y al resto de los vestigios de la anterior civilización, aplastándolos, llevándoselos consigo. Por tanto, una de las primeras labores en la construcción de la playa ha consistido en demoler y retirar lo que ha quedado sumergido, lo cual ha debido hacerse a lo largo de la costa hasta alcanzar cierta profundidad, para evitar que toda la línea costera continuase entrañando un grave peligro. Aquí han terminado dicha labor hace unos años, y ahora, tal como comprueba Freya, han depositado buena parte de la arena para la nueva playa. Alrededor de la mitad de la arena se ha extraído de los bajíos y del cañón submarino; aspirada en barcas, depositada donde quieren tenerla. El resto se ha fabricado en los riscos. Se distribuye según protocolos que siempre evolucionan a medida que estudian el oleaje propio de ese trecho de costa y las pautas fluviales del estuario. Y también a medida que aprenden más cosas sobre las playas en general, en todo el mundo.

Ah, dice ella.

Esta playa se estabiliza al pie del risco norte, y la del sur también está casi terminada. Los viajeros espaciales pueden asentarse y echar una mano, aprender más acerca del proceso, conocer a quienes trabajan en él. Así podrán ver si les gusta. Como hay decenas de equipos así que trabajan en todo el mundo, parece más que posible que puedan fundirse sencillamente en este sector de la población, en la gente de la playa, y pasar a integrar los miles de millones de personas que pueblan el planeta Tierra.

Freya asiente.

—Suena bien.

Puede ir a nadar frente a esta playa si quiere, le dicen, porque ahora es segura, mucha de la gente de la playa, los más jóvenes, lo hacen. ¿Sabe nadar?

—Sí, sé nadar —responde ella—. Solía nadar a menudo en Long Pond.

Muy bien, estupendo. Debería intentarlo. Ahí la temperatura del agua es adecuada, un pelín fría, pero te acostumbras cuando llevas un rato dentro. Ya verá cómo la sustenta el agua salada del mar. Es fantástico flotar mejor. Mañana habrá un poco de oleaje, pero hay quienes nadan de todos modos. Hay gente a la que no puedes mantener fuera del agua, con olas o sin ellas.

—Magnífico —dice ella, sintiendo el latigazo del miedo a lo largo de la columna vertebral, el eco en brazos y piernas. Incluso los pies que no siente acusan el reflejo del temor.

De vuelta en el bungalow, exhausta, comprueba que Badim y Aram siguen bajo el ramaje comentando la puesta de sol que se ha producido apenas hace escasos minutos. O bien han visto el fulgor verde, o bien no. La discusión es muy relajada, y a Freya le parece evidente que ambos disfrutan ante un problema que no pueden desentrañar de inmediato. Algo a lo que darle vueltas. Dos ancianos que discuten a orillas del mar.

Le dan la bienvenida. El cielo a poniente ha adquirido una tonalidad de azul marino muy oscura, sobre un mar que ahora parece de un color más claro que el cielo, una especie de plata negra, más que nunca surcada por el oleaje incesante. Hay una vastedad inabarcable en el paisaje. Freya permanece de pie en el umbral de la puerta, atenta, consciente del viento que proviene del mar. Los ancianos la dejan en paz.

—He hecho una traducción de ese poema de Cavafis —anuncia Aram a Badim—. Del final, quiero decir. Atención:

No hay nuevo mundo, amigo mío, ni

nuevos mares, ni otros planetas, no hay adónde ir.

Estás ligado por un nudo que no puedes deshacer,

cuando comprendes que la Tierra también es una nave.

—Aaah —exclama Badim, como a quien le han contado un chiste—. Muy bonito. Me gusta cómo te las has ingeniado para dejar que sea algo que te has hecho a ti mismo, sino más bien cómo son las cosas.

—Sí —dice Aram, pensativo.

Entonces, al cabo de un rato Badim ríe en voz baja y da una palmada suave en el muslo de su amigo, señala el cielo crepuscular, azul puro como nada que hayan visto antes.

—Aunque, ¡vaya pedazo de nave preciosa!

—Lo es, lo es —admite Aram—. Pero ¿el tamaño importa? ¿Es eso?

—¡Creo que podría hacerlo! —responde su interlocutor—. Eso hace que sea robusta, ¿no? Lo bastante grande para que sea robusta. Y empiezo a pensar que su robustez es lo que buscamos.

—Es posible. Y me he dado cuenta de que tú te estás volviendo más robusto con el paso de los días.

—Bueno, aquí la comida es estupenda, admítelo.

Freya deja a ambos conversando, entra en el dormitorio y se tumba en la cama.

Esa noche, la brisa marina inunda la estancia y la inunda a ella, alcanza a oler y notar la sal hasta poco antes del amanecer, momento en que la fuerza del viento cae. No pega ojo en toda la noche, tiembla un poco, o es la habitación la que tiembla. Nota pinchazos en los pies, un nudo en el estómago. Siente que su miedo es como un lastre en el pecho. Cuesta respirar, e intenta hacerlo profundamente, con mayor lentitud. De vez en cuando espabila de un trance salino que no puede considerarse sueño.

Cuando despeja la noche a través de la ventana de poniente, iluminando un retal de las cortinas, se levanta y va al baño, sale de nuevo, camina de un lado a otro, se sienta en la cama, hunde el rostro en las manos. Se levanta y se dirige a la

ventana para mirar fuera.

El amanecer inunda de luz el mar. Amanece en la Tierra. Aurora era la diosa del amanecer, pero esto es lo auténtico.

Abre la puerta del bungalow, siente el aire que ahora sopla hacia el mar. Es como si la tierra respirase, aspirando de noche y exhalando de día. Así sucedía en el Fetch. Hace calor, será un día caluroso. El aire es seco.

Se lava la cara en la pila del lavabo; contempla en el espejo su cara ojerosa. Es una mujer de mediana edad, los años han pasado volando; apenas recuerda qué aspecto tenía. Se pone un pantalón corto y una blusa, se pone las botas ortopédicas, toma una de las toallas grandes del cuarto de baño.

—A la mierda —dice en voz alta, al tiempo que sale del bungalow.

El gran azul del cielo. Aire cálido y seco que sopla con suavidad procedente del mar. Desciende a la playa a la sombra del risco, la mirada puesta en los pies que no siente, quejándose mientras se seca las lágrimas y los mocos que le corren por la cara. Apenas puede ver. Se siente estúpida, loca, pero sobre todo asustada. Solo asustada.

Al llegar a la playa le parece más pequeña, más como sacada de un bioma. Un bioma enorme, pero no tan grande como para hacer que se desmaye sin más. Tiene la respiración agitada, suda, jadea un poco, caminando con torpeza calzada con aquellas botas raras. Lleva puesto un sombrero de ala ancha, las gafas, mantiene la cabeza gacha.

Hacia la arena de las dunas que hay al pie del risco. A cada paso, la arena cede entre uno y tres centímetros bajo las botas. Basta con esto para que deba prestar atención, dado que no siente los pies. La arena asciende en una leve pendiente mientras camina hacia la orilla, hasta alcanzar una especie de cresta baja, más allá de la cual la arena cae llana y despejada sobre el borde espumeante del mar. Las olas rotas ascienden hacia Freya en la extensión burbujeante, el agua cristalina sobre la arena gris-marrón y mojada que cubre. Este borde inclinado y húmedo está surcado por trechos de espuma blanca. Hay un fuerte ruido debido a las olas que rompen, la mayoría de las cuales lo hacen a un centenar de metros de la orilla, calcula, y avanzan blancas y espumosas, coronadas por una capa entrante que es visiblemente más alta que la que le sirve de base, el borde blanco rebota susurrando una masa de burbujas en hilera, cubriendo los bajíos, entrechocando

con otras líneas que retroceden de la orilla.

En el límite de la marea alta hay marañas de algas renegridas, y también otras que poseen una apagada tonalidad verde, con hojas anchas y alargadas, y bulbos. Laminarias, piensa. Se dirige hacia una línea y se sienta con fuerza en la arena a su lado. Mantiene la cabeza gacha, la respiración a un ritmo constante y profundo, e intenta contener la náusea, detener el mundo que gira a su alrededor. ¡No es más que un bioma enorme! ¡Aguanta! El alga al tacto es como un gel endurecido, algo limoso. Tiene arena pegada. Los granos de arena individuales no parecen del todo redondos: piedras pequeñas biseladas, unas quince o veinte pegadas en la yema del dedo índice. Las ve mejor cuando levanta el dedo a unos seis centímetros de su nariz. También hay unas motas negras de algo que parece mica, mucho más pequeño que los granos de arena clara. Estas motas negras se mezclan con los granos de arena, y donde las olas rotas se alzan y se abaten blancas en la orilla, a unos veinte metros de donde ella permanece sentada, se distingue un motivo diagonal, negro sobre rubio, flechas que se pisan unas a otras y que señalan al mar. Impera el fuerte ruido del oleaje rompiente.

El sol asoma sobre el risco situado a su espalda, y siente la radiación en el codo como una lengua de fuego. Es, efectivamente, una llamarada. De nuevo se le encoge el estómago. Rebusca en la bolsa por debajo de la toalla, y saca un bote de protector solar con pulverizador, que extiende en el cuello. Huele raro. Le tiemblan las manos y se siente mareada. El olor del protector solar lo empeora, está a punto de vomitar. Menos mal que no tiene que estar de pie ahora, que no debe ir a ninguna parte. Mantén la cabeza gacha, observa los granos de arena que relucen transparentes en tu yema del dedo. Procura no devolver. Por Dios, cuánta luz. Debe apretar con fuerza los dientes para impedir que castañeteen, para mantener la bilis a raya.

—¡A la mierda! —exclama de nuevo con los dientes prietos—. ¡A ver si te controlas!

¡Déjame llevarte a la playa!

¡Na na na na na na na na-na!

¡Déjame llevarte a la playa!

¡Na na na na na na na na-na!

Un joven canta este estribillo, caminando a paso vivo en la arena blanda. Entre dieciséis y diecisiete años, desnudo, rostro alargado, ojos claros, la piel de una tonalidad parda que ella atribuye al bronceado. Su pelo rizado castaño también está tan quemado por el sol que las puntas de los rizos muestran un amarillo rayano en el blanco. Lleva un par de aletas azules en la mano, como las pinturas minoicas que decoraban una pared que tuvo ocasión de ver en un libro. El joven aguador, cargado con bolsas de agua.

—¿Vas a nadar? —le pregunta Freya.

Él se detiene.

—Sí, voy a cabalgar unas olas. Hay un punto de rotura estupendo que parte de este lugar, llamado Reefers.

—¿Punto de rotura?

—Hay un arrecife enorme ahí fuera, a unos doscientos metros, fácil de ver con la marea baja. La mayoría de las rotas vienen por la derecha, pero hoy hay corriente del sur, así que también habrá algunas que lo hagan por la izquierda. ¿Vas a salir?

—No siento los pies del todo —dijo Freya, desesperada por hallar una excusa—. Tengo este calzado, que se las ingenia para caminar por mí. No sé cómo sería nadar.

—Hmm. —Arruga el entrecejo, la mira como si nunca hubiese oído algo semejante, y es posible que no lo haya hecho—. ¿Cómo te ha pasado eso?

—Es una larga historia.

Él cabecea en sentido afirmativo.

—Bueno, si te pusieras las aletas es como si nadaras por las rodillas. Podrían servirte. De hecho, si permaneces de pie en los bajíos, el agua te hará flotar. Puedes usar los brazos, ganar impulso en el fondo y aprovechar las olas pequeñas.

—Me gustaría intentarlo —miente Freya, aunque puede que diga la verdad. Traga saliva ruidosamente. Tiene el rostro encendido, un cosquilleo le recorre dedos y labios. Le arde el dedo gordo de ambos pies.

—Ahí vienen mis amigos, es posible que Pam lleve en la bolsa un par de aletas más.

Dos jóvenes, un hombre y una mujer, desnudos también, bronceados, algo musculosos, el pelo quemado por el sol. Dioses y diosas jóvenes, náyades o lo que sean, no recuerda el nombre de las deidades menores marinas, pero estos lo son. Chicos de la playa. Saludan al joven que conversa con Freya, a quien llaman Kaya.

—¡Kaya! ¡Eh, Kaya!

—Pam, ¿llevas un par de aletas de sobra? —pregunta Kaya.

—Sí, claro.

—¿Podrías prestárselas a esta señora? Quiere salir a nadar.

—Claro, sí.

Kaya se vuelve hacia ella.

—Ten. Prueba a ver.

Los tres jóvenes se quedan mirándola.

—¿Sabes nadar? —pregunta Kaya.

—Sí. De pequeña nadaba constantemente en Long Pond.

—Quédate en los bajíos y todo irá bien. Apenas hay oleaje hoy.

—Gracias.

Freya acepta las aletas azules que le tiende la joven. Los tres jóvenes se adentran a la carrera en el agua, levantando arcos de espuma blanca a su paso, y después de zambullirse en una ola rota se incorporan con el agua a la altura del muslo. Después parecen flotar a merced del suave oleaje, mientras se ponen las aletas, y una vez hecho esto se dirigen hacia la pared que se aproxima compuesta por olas blancas, que rompen a más de treinta metros de ellos. Solo entonces nadan de verdad. Hacen que parezca sencillo.

Freya se quita las botas, se pone en pie, se desnuda, se rocía con protector

solar, recoge las aletas azules que le han prestado, y camina con tiento hacia las olas rotas que chapotean en la orilla. Sigue sin sentir los pies, es como andar sobre zancos cortos, aunque parece haber ganado cierta tracción en ambos dedos gordos. El agua es fría al principio, lo nota en los huesos de los pies, pero se acostumbra rápidamente. No tan fría. Hay una ola que rompe en la playa y le llega a la altura de los tobillos, para después retroceder. Bajo ella el agua burbujea blanca, más burbujas que agua, burbujas que sisean al romper, proyectando una suave llovizna al alzarse a la altura de la cadera. El agua de una ola entrante pierde inercia de pronto al trepar por la pendiente de arena, luego retrocede con rapidez para formar una especie de arruga triple que únicamente se distingue cuando las olas se alejan. Tal vez esa sea la auténtica altura del mar. Ahí donde se encuentra ella, el agua chapotea a un lado y a otro, también arriba y abajo, pero sobre todo de un lado a otro. Las olas rompen en la playa, eso parece, eso siente. Hay algo que se desencadena un poco en su interior, y tiembla, sintiéndose menos mareada que enardecida. Enardecida pero temblorosa.

Mantiene la cabeza gacha, a pesar de lo cual ve o siente que en lo alto el cielo es azul, mezclado con mucho blanco en torno al horizonte. Ahí abajo hay mucho ruido, el estruendo del agua, el estampido del oleaje; a veces no es más que un crujido cuando una ola azul se pliega y cae, para a continuación estallar en espuma blanca y rociarla. Por encima de todo el sonido es un constante rugir de agua que se precipita y rompe sobre sí misma, estallido de un sinfín de burbujas. Todo el borde del mar es una especie de cascada baja que se precipita sobre sí misma una y otra vez. El resplandor de la luz del sol se dispersa en un millar de lugares en el agua, rebotando en sus ojos. Se ha quitado las gafas de sol y hay demasiada luz para que pueda hacer más que entornar los ojos hasta prácticamente cerrarlos. Es tan brillante que las cosas se antojan de algún modo oscuras.

Kaya se le acerca en una ola, solo su cabeza asoma del agua. Se sitúa a su lado y señala a sus amigos.

—Mira, ahí está Pam, a la izquierda. ¿La ves?

—¿Podemos estar aquí? —le pregunta, sin tenerlas todas consigo—. ¿No nos quemará vivos la radiación?

Jadea. No puede mirar cerca del sol, es demasiado brillante para eso, bizquea, lagrimea un poco ante la explosión de luz que proviene de las olas rompientes.

—Haces bien en preocuparte por eso. Mírate. ¿Te has puesto protector solar?

—Sí.

—Tienes la piel muy blanca.

—Es la primera vez que hago algo así —confiesa ella—. Nunca me había expuesto a la luz del sol.

Se la queda mirando.

—Qué barbaridad, aunque debo decir que tienes una piel preciosa. Se te ven todas las pecas y lunares. Pero, sí, si te cubres de protector la verdad es que te protegerá bien. Donde no te hayas puesto, la piel se quemará.

—¡Y que lo digas!

—Sí, claro. Renuévalo cada dos horas y no tendrás problemas. Te ayudaré la próxima vez que lo hagas.

—¿Tú no usas?

—Ah, a veces, pero ya sabes, estoy moreno, así que ya no me quemo. Por la tarde me pongo en la nariz y en los labios, sobre todo si llevo todo el día.

—¿Todo el día?

—Claro, no hay mejor día que el que pasas en la playa.

—¿Me pondrías ahora? Tengo miedo de haberme dejado algo.

—Sí, cómo no.

Él se agacha para quitarse las aletas, y luego camina con ella hasta donde ha dejado la toalla, sosteniéndola por el codo en la arena húmeda. Le rocía todo el cuerpo con protector solar.

—Tienes un cuerpo bonito, tan blanco, eres como esa diosa que se encarama a la rompiente. Ahí, déjame ponerte en las piernas y el culo. No puedes dejarte ni un centímetro, o te quemarás de lo lindo.

¡Quemaduras de sol! ¡Quemarse por la radiación de una estrella! Vuelve a temblar, procura no levantar la vista. Su sombra se extiende en el agua, oscura en la arena clara. Sigue lagrimeando, el puño en la boca. La arena es demasiado brillante para mirarla. Hay demasiada luz.

Él la ayuda a volver al agua. Es ágil y tiene la piel marrón, como un animal más que un ser humano, un hombre acuático, un tritón salido del agua para conducirla hacia su elemento. Un duende del agua. Ella tiembla, pero no de frío. Posiblemente el choque de la inmersión le impedirá vomitar.

Vuelve a meterse en el agua hasta la altura del tobillo. Ahí está, en la Tierra, adentrándose en el mar entre un estallido de luz. Apenas puede creerlo. Es como si viviera la vida de otro, dentro de un cuerpo que no puede manipular bien. Kaya la ayuda a tenerse en pie. Se adentra con ella en la avalancha de agua que traza un arco de espuma que se precipita mar adentro. Rodeados de burbujas, el sonido líquido. Debe levantar un poco la voz para que Kaya la oiga.

—¡Esta vez no está tan fría!

—Eso sucede siempre —dice él con una sonrisa burlona—. Hoy el agua está a unos veinticuatro grados, así que está bien. Dentro de una hora se enfriará, pero no pasa nada. Mira, cuando nos alcanza la altura del muslo, el fondo empieza a subir y bajar, y cuando venga una ola lo bastante grande, tú métete debajo de ella. Es la mejor manera de meterse. Tú no dejes pasar mucho tiempo.

La coge de la mano y ambos caminan sobre las ondas que ha mencionado. Las olas entran rotas, siseando, alcanzándoles en la cintura antes de recular a la altura del muslo. Cuando una ola rota de mayor tamaño se les acerca, Kaya le suelta la mano y con un grito se sumerge en ella. La ola lo anega, y a ella la empuja hacia la orilla, y Freya da un salto, gritando por el frío y la humedad. El agua tiene un gusto salado pero limpio, frío en los labios. Le escuecen los ojos, pero no mucho, y esa sensación dura poco. Kaya se inclina un poco para beber, y escupe parte del agua al cielo como una fuente.

—Bebe un poco —la anima—. Te sentará bien. Es nuestra misma salinidad. ¡Volvemos a nuestra gran mamá!

Y con otro salto se sumerge bajo la siguiente ola y asoma tras el agua que la sigue. De nuevo ella vuelve a sumergirse demasiado tarde y el agua la empuja hacia atrás.

Kaya nada hacia ella, y sigue nadando a pesar de que podría ponerse en pie.

—Ponte las aletas. Luego bucea bajo las olas. Mira, cuando la ola rompa, parte del agua se va directa al fondo y luego recula por debajo, así —lo ilustra ondulando la mano—. Así que si buceas y alcanzas esa agua, te llevará bajo la ola y te impulsará a la superficie, fuera de la rompiente. Sentirás cómo tira de ti cuando te introduzcas en ese flujo.

Ella se calza las aletas mientras se aproxima otra ola; las olas no dejan de arremeter, una tras otra, es un movimiento perpetuo que al parecer se da cada siete o diez segundos, ola tras ola tras ola. Se sumerge debajo de la siguiente, se hunde demasiado y tantea la arena del fondo, que asciende en remolinos hasta su cara, y siente el tirón que la lleva hacia arriba, y al sacudir las piernas siente las aletas a pesar de los pies insensibles, e instantes después sale al sol. Una increíble explosión de luz en los ojos, agua salada en boca, nariz y ojos, tose un poco pero apenas le escuecen.

—¿Tienes los ojos abiertos cuando buceas? —grita a Kaya.

—Pues claro que sí —responde el joven, sonriendo sumergido a excepción del rostro, los hombros, el pelo y las manos, nadando como nadie. Con la mano ahuecada, arroja, jugueteón, agua espumosa a Freya.

Seguidamente se incorpora y se sitúa a su lado.

—Bueno, el primer juego consiste en coronar las olas a medida que se te acerquen. Que el agua te cubra el pecho, ahí es donde rompen la mayoría de las que nos interesan. Las mayores lo hacen más lejos, y debes nadar hacia donde rompen. Las pequeñas no romperán hasta que nos rebasen. Así que tú estate atenta y, a medida que se te acerquen, salta a la ola cuando se alce a tu alrededor y deja que te lleve. Deja que la parte superior te rompa en la cara, te impulse hacia arriba y cae de espaldas. Ahí está la diversión. Sentirás cómo te levantan. Luego, cuando te acostumbres a eso, y cuando veas cómo tienden a romper, cuando una grande te alcance y esté a punto de romper, gira cuando te levante y da un salto hacia la orilla. Te llevará consigo, te deslizarás boca abajo sobre ella. Cuando toques fondo, puedes levantar la barbilla y encogerte de lado, colarte debajo de la ola y ponerte en pie de nuevo, con el agua a la cintura. Dedícale un rato a eso.

Se lo dedica. Las olas se levantan ante ella; cuando son pequeñas y no han roto aún se encarama sobre ellas, y en la parte alta ve el mar, ve las olas que se

aproximan en líneas que siguen llegando una tras otra, bajas y sin formar. A veces distingue que una será mayor, y para cuando repara en ello, los demás nadadores, puesto que ya son una docena, nadan con alma hacia afuera para alcanzarla antes de romper, y si lo hacen, montan la ola sobre un costado, al frente de la parte rota mientras se desplaza a izquierda o derecha, los rostros empapados vueltos de modo que encaren la ola que se alza al frente de su movimiento. Entiende que sus cuerpos actúan como tablas de surf. Unos pocos jinetes de las olas llevan bajo el pecho tablas pequeñas de gomaespuma. Se saludan con risotadas mientras las montan, y cuando la rompiente cierra sobre ellos desaparecen en la ola, y cuando vuelve a verlos ya nadan de vuelta para tomar la siguiente.

En lo alto de la ola, levantada por ella; atraviesa la pared traslúcida iluminada por el sol de agua que la corona, cae sobre el pecho en la parte posterior azul. Kaya estaba en lo cierto; de por sí esa es una sensación magnífica. Pierde el miedo, se libra de él con cada salto, con cada caída. Encaramada por la ola, cae; y otra vez, y otra y otra. Agua salada en los labios. El susurro y el siseo y el estampido que la rodea, el agua sobre el agua. No es necesario hablar con nadie, ni pensar. El sol prende un cuadrante entero del cielo, ¡imposible levantar la vista hacia allí! El mar tiene tan buen sabor, no es como la sangre, es limpio y frío y salado, pero más agradable que salado. Como si fuera agua de verdad.

Empieza a recuperar sensaciones, a ser consciente de su cuerpo. Es cierto que flota más en ese lugar de lo que había flotado antes, y por un instante recuerda la ingravidez que sentía en la columna de la nave. Hace ese recuerdo a un lado, pero entonces lo recupera y se aferra a él; con el corazón encogido, flota sobre las olas por la nave, por Jochi, por Devi y por Euan y por todos los que ya no están. Incluso el recuerdo que le viene de pronto a la mente, el de Euan en el océano de Aurora, no es malo, sino bueno. Escogió un buen final. Montar esas olas por él y con él. Es una especie de comunión. Superará su miedo a nado. Sigue temblando.

Finalmente llega una ola que parece querer romper pero sin lograrlo, una pendiente inclinada de agua que se alza ante ella con un movimiento imponente. Freya ve una oportunidad, se da la vuelta y salta hacia la orilla, y la ola la recoge y la eleva, y mientras ella flota se desliza también boca abajo a la misma velocidad, de modo que al mismo tiempo cuelga suspendida y vuela, y se ríe asombrada cuando la pendiente de la ola se vuelve más vertical y ella se desliza de pronto hacia abajo hasta el fondo, cae en el agua que no es ola, la ola la alcanza y rompe, le da la vuelta en una pirueta que inyecta agua en sus fosas nasales, en la garganta y los pulmones, se ahoga un poco pero sigue en la pirueta de la ola rota, imposible ganar la superficie, siquiera sabe dónde está, da en el fondo y lo descubre, nada

hacia arriba, irrumpe a través de la superficie de burbujas y jadea, tose, resopla, aspira aire, jadea mientras aspira y respira, rompe a reír. Todo esto ha durado tal vez cinco segundos. Bajo el agua es mejor mantener la boca cerrada. Obviamente.

Intenta transmitir esto a Kaya cuando lo ve acercarse a ella, desaparecer, y situarse seguidamente a su lado con el agua a la altura del pecho.

—¿Todo bien? —pregunta el joven.

—¡Sí! ¡Me ha dado un revolcón!

—Un centrifugado. Acabas de salir de una lavadora. —Ríe.

—¡Debo contener la respiración bajo el agua!

—¡Sí, claro! Y expulsar aire por la nariz cuando estés dando tumbos —añade él—. Ya verás qué diferencia. Así no tragarás agua.

Vuelve a encaramarse a las olas. Cabalga unas cuantas más y se las apaña mejor cuando la hunden en las aguas calmas que fluyen bajo el oleaje rompiente. Cuando encuentra el equilibrio entre el ascenso y la caída y vuela, experimenta la misma sensación de ausencia de gravedad en el estómago que tenía cuando flotaba columna abajo. Piensa de nuevo en la nave y lanza un grito, una risotada de dolor por toda su vida. Ay, Dios, que todo tuviera que suceder de ese modo, tan absurda toda la existencia, tan ridícula, tan estúpida. Tantas muertes. Pero ahí está ella, y a la nave le complacería verla ahí fuera entre el oleaje, está tan segura de ello como pueda estarlo de cualquier cosa.

Tiene la impresión de que el sol le lastima un poco la piel del rostro, y también, entre la llegada de una ola y la siguiente, ve que está temblando; es un temblor distinto al anterior, sencillamente tiene frío. Las olas mayores llegan en grupos de tres, le informa Kaya al pasar por su lado, y ella comprueba que esto suele ser verdad. También entiende cómo pueden haber llegado a pensar tal cosa. Ven llegar un grupo, e intentan encaramarse a una antes de que rompa, luego nadan hasta un punto donde puedan tener una posición ventajosa de las siguientes dos. Freya quiere encaramarse a la parte anterior de una, tal como hacen ellos. Cuesta lograrlo. Parece que tendrá que ir un poco más rápido para lograrlo, y Kaya se muestra de acuerdo cuando ella lo expresa así.

—¡Sírrete de las aletas cuando quieras ganar velocidad!

—¡Estoy temblando!

—Ya, yo estoy a punto de hacerlo también. Ve a tumbarte un rato al sol, recuperarás enseguida la temperatura. Yo enseguida salgo.

Ella intenta montar una todo el trayecto, pero mete la pata en la salida, se ve arrastrada en el centrifugado de la lavadora, vuelve a tragar agua, no puede respirar durante más de la cuenta, no puede ganar la superficie. De pronto alguien la aferra y tira de ella, se ahoga, expulsa agua salada entre toses, a punto de vomitar.

Es Kaya quien la ha sacado del agua; hace pie aunque el agua le llega a la altura del pecho, y la mira fijamente. Tiene los ojos azul claro.

—¡Eh! Ten cuidado ahí fuera —dice—. Recuerda que esto es el mar. Si te descuidas lo pagas. Al mar no le importa si te hundes. Es mucho más fuerte que nosotros.

—Lo siento, no lo había previsto.

—Hagamos una cosa. Quédate aquí un rato en los bajíos. Hazte el muerto. Tumbate en el mar donde la ola rota alcanza la playa, estarás flotando, pero también te darás con el suelo ondulado del fondo. Tú deja que el agua te zarandee como si fueras madera de balsa. Es casi tan divertido como cualquier otra cosa que pueda hacerse por aquí.

Lo prueba y es verdad. No hay que hacer esfuerzos. Mantiene la cara fuera del agua, y se olvida de todo lo demás. Flota como un tronco. Da un tumbo aquí y allá sobre la arena sumergida. Ve que la playa está más llena, hay niños en la orilla que construyen castillos y gritan. Sigue imponiéndose el rumor de las olas, el ambiente está lleno de una bruma compuesta de burbujas. Hay burbujas por todas partes, más que agua. La acompañan largas tiras de algas, con bulbos como de plástico que revientan expulsando un olor. «¡Es aliento de ballena embotellado!», le dice una niña que se sienta cerca, cuando ve que lo revienta y huele. Freya mastica una hoja; sabe al alga que cultivaban en el pequeño estanque salino, qué pequeño era, una bañera para pájaros. Flota dentro y fuera, dentro y fuera.

Al cabo de un rato, incluso ahí, donde el agua es más cálida y tiene el sol a la espalda y en la parte posterior de las piernas, incluso ahí ha caído tanto la temperatura de su cuerpo que está temblando. Se quita las aletas, se pone en pie como puede y camina con cuidado hasta la toalla, aunque se cae una vez. Es arena

y no tiene importancia.

Se tumba en la arena seca y ardiente junto a la toalla, al sol. Rápidamente recupera la temperatura y se seca. Tiene una capa de sal en la piel que prueba con la lengua. Cuando estaba mojada, la arena, que está ardiendo, se le pegaba; pero ya seca, puede sacudírsela del cuerpo con la mano. Puede hundir manos y pies en la arena, y sentir su peso; el calor se extiende un trecho, pero más allá la arena se vuelve fría. Cava un agujero en ella y alcanza un punto en que el fondo está húmedo. Las paredes de este agujero se derrumban y sepultan el pequeño estanque que había cavado. Cuando levanta la mano llena de arena húmeda y deja que se le deslice entre los dedos, la arena cae en el borde del estanque y el agua se filtra y la arena forma grumos que se amontonan unos sobre otros. En una o dos ocasiones, saca unos cangrejos pequeños que le arrancan un grito ahogado cuando los ve corretear desesperadamente por la palma de su mano, y los deposita en el estanque y ellos excavan en la arena para desaparecer. Después de recogerlos unas cuantas veces, cae en la cuenta de que no pueden morderla, porque las mandíbulas, dientes o lo que sea que tienen son demasiado blandos. Por lo visto, hay un montón de bichos así bajo la arena. Posiblemente vivan de los restos de algas. Los constructores de playas deben de haberlos puesto allí, para empezar. A lo largo del húmedo trecho de playa ve una bandada de aves yendo de un lado a otro, pisándose mutuamente las sombras que proyectan en la arena. Tienen un pico largo que emplean para hurgar en ella, sin duda en busca de los cangrejos. Se detienen y hunden el pico en las burbujillas que hay en la arena y que seguramente obedecen a las exhalaciones de los cangrejos. Tiene sentido. Esta playa está viva.

A su regreso a la orilla, Kaya tiembla visiblemente y tiene la piel de gallina, azulada bajo el bronceado, los labios blancos, la nariz púrpura. Se deja caer en su toalla, donde tiembla con fuerza un rato, tanto que da la impresión de dar botes en la superficie. Lentamente ceden los temblores y yace tumbado boca abajo como un bebé dormido, boquiabierto, los ojos cerrados. Su piel se seca rápidamente al sol, y Freya distingue la película blanca que le ha impreso la sal. Su pelo es una maraña de rizos, es todo músculo y hueso, relajado como un gato. Un gato al sol. Un joven dios marino, un hijo perdido de Poseidón.

Freya mira alrededor de la playa, los ojos entornados. Hay demasiada luz. El constante rumor grave de las olas que rompen, el susurro del estallido de las burbujas. Una bruma en la distancia, visto todo en un talco de luz.

—¿De verdad podemos seguir aquí así de expuestos? —pregunta de pronto, sintiendo de nuevo una punzada de miedo—. ¿La luz de la estrella, la radiación no

nos matará?

Él abre los ojos, levanta la vista hacia ella sin moverse.

—¿La luz de la estrella?

—Me refiero a la del sol. Tiene que ser una dosis enorme de radiación, puedo sentirla.

Él se sienta en la toalla.

—Sí, claro. Puede que sea momento de renovar la protección solar. Como tienes la piel tan blanca... —Presiona levemente con la yema del dedo índice en la parte superior del brazo de Freya—. Ah, mira, ¿ves cómo está un poco rosada y se vuelve blanca cuando presiono ahí, y tarda un poco en recuperar el tono rosa? Te estás quemando. Pongamos otra capa de protector solar.

—¿Bastará con eso?

—Te durará una hora, más o menos. Creo. Sobre todo si vuelves al agua. No acostumbramos a tumbarnos al sol. Solo lo suficiente para entrar en calor y salir de nuevo.

—¿Cuántas veces salís?

—No sé. Muchas.

—¡Debéis de acabar hambrientos!

—Sí, sí. —Kaya ríe—. Dicen que los surfistas somos gaviotas. Comemos todo lo que encontramos a nuestro paso.

Le rocía la piel con protector solar. Ella se nota algo salada, reseca, y la loción es agradable. Cuando la toca, cuando le extiende con las manos la loción tras las orejas y la raíz del pelo, percibe que ha tocado anteriormente, y que, a pesar de ser tan joven, sería un buen amante. Cuando se tumba de nuevo lo mira indiscreta. Se siente un poco encendida, por fin ha desaparecido el nudo en el estómago, fresca pero caliente, y dice:

—¿Y lo del sexo en esta playa? ¿Bajo el sol? ¡Imagino que lo haréis!

—Sí —responde él con una sonrisa discreta, dándose la vuelta para tumbarse boca abajo, quizá por decoro—. Debes asegurarte de que no te entre arena en ciertas partes. Pero, ya sabes, es algo que aquí se hace principalmente de noche.

—¿Y eso? Es una playa pública, ¿no?

—Bueno, sí. Pero eso no quiere decir lo que «público» quiere decir literalmente.

—Creía que «público» quería decir que te pertenecía, que puedes hacer lo que quieras.

—Supongo que sí, claro, pero público también significa que aquí no haces cosas privadas.

—¡Creo que deberías hacer lo que quisieras! Es más, me abalanzaría sobre ti aquí y ahora.

—No sé. Podrías meterte en líos. —Levanta la vista hacia ella—. Además, ¿qué edad tienes?

—Ni idea.

Él ríe.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que no lo sé. ¿Te refieres a cuánto he vivido, o cuánto hace desde que nací?

—A cuánto has vivido, supongo.

—Un día —responde ella sin titubear—. De hecho, unas dos horas. Desde que me metí en el agua.

Él ríe de nuevo.

—Qué graciosa. Pareces nueva en esto. Pero mira por dónde he recuperado la temperatura y voy a meterme otra vez. —Se pone en pie después de darle un rápido beso en la mejilla—. Nos vemos allí. Iré controlándote, me quedaré en el

borde e iré mirando en tu dirección.

Él echa a correr hacia las olas, chapoteando en la parte baja y dando saltos a medida que se adentra en el agua, antes de zambullirse en el oleaje y sentarse para ponerse las aletas, después de lo cual se aleja nadando a gran velocidad, sumergiéndose bajo las olas rotas justo antes de que lo alcancen. Parece que no emplee esfuerzo alguno.

Ella lo sigue. Encuentra el agua un poco más fría que la otra vez, siente la piel tensa y cálida, más sensible al agua. Pero no tarda en acostumbrarse y sentirse a gusto, y una ola la levanta y la devuelve al sol, y ya está en su elemento.

Las olas son un poco mayores, algo más pronunciadas. Dice Kaya que eso se debe a que la marea retrocede. El sol también está más alto, y el mar está como prendido con largos bancos de luz líquida, que a medida que se alzan ante ella adoptan un verde oscuro traslúcido. Ahora que flota puede mirar hacia abajo y ver a través del agua clara el fondo arenoso, amarillo, liso. Bajo la superficie flotan suspendidos largas marañas de algas, un pez con el dorso manchado, cuya visión le produce una punzada de miedo; desaparece, pero ella avisa a Kaya, y cuando el joven se le acerca nadando, ríe y le dice que es un tiburón leopardo, que es inofensivo y tiene la boca muy pequeña, y que no le interesan las personas.

Se está acostumbrando a las aletas, y descubre que puede impulsarse haciendo fuerza desde la cadera. Nada a lo que a ella se le antoja que es gran velocidad. Es como una sirena. Se agacha bajo las olas rotas, acusa el tirón del oleaje que recula, asoma la espalda a través de las aguas verdes. O sobre las olas justo cuando se disponen a romper, nada rápidamente hacia ellas, las alcanza de lleno cuando se alzan, se estampa en sus crestas y cae sobre sus lomos, riendo. El estallido de una primera ola que se derrumba justo al frente. Nadar con la corriente intentando romper, puede mantenerse a su altura, la levanta y se desliza de nuevo boca abajo, esta vez inclinada por delante de la rompiente, deslizándose de costado antes de que rompa, y sobre la superficie de la ola, que sigue ascendiendo ante ella, volviéndose más pronunciada a la velocidad justa para impedir que caiga de bruces sobre ella. Manteniéndola en alto, inmóvil, sin hacer nada más, pero volando, volando tan rápido que emerge del agua por la cintura, puede incluso posar las palmas de las manos en el agua como los demás surfistas y deslizarse sobre las manos, y seguir volando. Volando.

Fantástico.

Ve a un anciano, acompañado por la que parece ser su nieta o bisnieta, en una tabla redonda, y cuando las olas se alzan la arroja sobre ellas como quien lanza un avión de papel, y ambos ríen como locos. Tritones y sirenas giran a veces sobre sí en la parte frontal, se incorporan dándoles la cara, bailan con la forma y el tempo particular de cada ola.

Las olas se vuelven mayores, más pronunciadas. Se oye un grito y todo el mundo nada con alma hacia el mar, intentando tomar un conjunto considerable. Cuando corona una ola, ve lo que ellos han visto y se le corta la respiración: es una enorme, y ni siquiera al alcanzar los bajíos ha empezado a alzarse. Parece que romperá lejos de donde está. Nada tan rápido como puede, igual que los demás.

El resto corona la gran ola antes de que rompa, pero ella sigue dentro y debe bucear por debajo. Ir derecha al fondo, aferrar un puñado de arena, sentir cómo la ola rota la empuja, la eleva y la empuja de nuevo al fondo, ondeándola como una bandera, y en mitad de esa pierde una de las aletas. Sigue en el fondo, asoma tras impulsarse con el pie en la arena, gana la superficie justo a tiempo de que la siguiente ola rompa sobre ella, la arroje al fondo y hacia arriba, y sin que ella mueva un dedo alcanza la superficie, acompañada por un burbujeo insuflado de arena que ha sido desgajado del fondo. Ahora está inmersa en un lodo líquido de arena y agua marina. Un rugido inmenso. Y ahí llega la tercera ola, ganando corpulencia, e intenta apartarse antes de que rompa, y la parte superior de la ola se abalanza de pronto sobre ella y comprende con desespero que está precisamente en el lugar equivocado, que va a caer sobre ella, así que llena de aire los pulmones y encoge la cabeza sobre el pecho.

Buam. La golpea con tal fuerza que expulsa el aire de los pulmones, y seguidamente se ve zarandeada de un lado a otro, todo su cuerpo dando tumbos, incapaz de distinguir arriba de abajo, un tumbo bestial, de lavadora, sí, pero mucho mayor, tanto que está indefensa, muñeca de trapo, preguntándose cuándo la soltará. ¿Acaso lo hará? Se está quedando sin aire, sintiendo un vacío en la cabeza que no ha sentido anteriormente, la desesperada necesidad de respirar que tampoco antes ha experimentado y que da paso al pánico. ¡Sencillamente ha de respirar ahora! Y ahí va girando entre la arena arrancada del fondo, los ojos cerrados con fuerza, dando vueltas sobre sí, a un tris de ceder y tragar agua, maldita sea, no tengo más remedio, piensa, después de todo lo que ha pasado, volver a casa y ahogarse al cabo de un mes. La chica del espacio muerta a manos de la Tierra, qué estúpida...

Entonces asoma de nuevo al exterior, aspira con fuerza, traga un poco de

agua, tose, y tose, aspira y respira.

Ve que hay una cuarta ola que rompe. ¡No es justo!, piensa, y rompe, vuelve a verse empujada al fondo, un duro golpe esta vez. Tiene una fuerza increíble. No le queda aire, debe aguantar la respiración. Ahora se ahogará de verdad. La vida pasa veloz ante sus ojos, un clásico. Estúpida chica de las estrellas, chica espacial, date por muerta.

Abre los ojos, brega hacia la luz. Está algo mareada, vacía por dentro, con la sangre ardiendo, el deseo de respirar es tan grande que no puede impedirlo, tanto que lo hará aunque inspire agua, ¡no puede evitarlo! No lo hagas. Pero lo logra mientras da vueltas, arriba la luz, abajo la oscuridad, intenta ascender, pero da tumbos indefensa, no es más que una muñeca de trapo que gira como una peonza.

Asoma de nuevo a la superficie, aspira y respira, cuidando esta vez de no tragar agua. Rápidas lecciones, mira a su alrededor para ver si hay otro ola que se acerque. La hay. Pero ¿qué es esto? ¡Pretenden acabar con ella!

Sin embargo no parece tan grande. Pese a todo, se ha adentrado demasiado para encaramarse a ella antes de que rompa, está demasiado cansada para nadar fuera de su alcance, tan solo puede respirar, llenar de aire los pulmones, desesperada, a medida que la ola se alza, rompe y se abalanza sobre ella como una gigantesca pared blanca, caos, no hay modo de colarse debajo, aspirar aire y buam, otro golpe, otra vez a dar tumbos sin control, a aguantar el embate porque no queda otro remedio, a contener la respiración. Solo que esta vez no dura mucho porque no hay gran cosa que dar, imposible contener el aliento cuando no puedes, cuando te estás asfixiando y va a tener que aspirar agua. Maldita sea. Vaya manera de morir. Pero vuelve a la superficie, jadeando, aspirando y respirando, se vuelve para mirar y, en efecto, otra jodida pared surcada de espuma y burbujas que se le acerca, pero cae antes de alcanzar su posición, se alza de nuevo al cielo, pero cuando la alcanza el caos blanco ha perdido brío. Se deja mecer por ella, que la arrastre a la orilla. Contiene el aliento, o bien perderá la conciencia y morirá, o bien acabará de vuelta en la orilla.

Da en el fondo, se empeña en reubicarse. No siente los pies, ha perdido ambas aletas, sale disparada hacia la luz, vuelve a caer, otra ola la mantiene en el fondo, pero el fondo está ahí, de modo que se impulsa de nuevo, dando tumbos, aunque en su torpe pirueta logra asomar la cabeza por encima del agua y respirar. Si el fondo fuese rocoso habría muerto, pero es arena y se aparta impulsándose. Parece que ahí toca fondo, pero otra ola rota vuelve a hundirla. ¡Maldita sea!

Contener el aliento, dar tumbos sin oponer resistencia, localizar el fondo, ponerse en pie, respirar, un nuevo golpe, contener el aliento, dar tumbos. En esta ocasión, cuando se incorpora, cae porque no hay agua que la sustente, está hundida hasta el muslo, la rodilla, cae ante un nuevo empujón que le llega por la espalda, pero a la mierda, es mejor dejarse arrastrar, contener el aliento, levantarse, respirar.

Llega un momento en que se encuentra a cuatro patas en el agua, alejándose hacia la orilla. El siguiente empujón la lleva a los bajíos, es donde se hacía la muerta, ahora hay unos niños que gritan porque las olas han derruido sus castillos, fundiéndolos de inmediato, convirtiéndolos en meros montoncitos de arena húmeda. Nadie le presta la menor atención. Estupendo. Gatea orilla arriba. La siguiente ola que la alcanza ni siquiera la tumba, tan solo discurre debajo de ella con su blanco susurro burbujeante, el ambiente lleno de una bruma salina, el retroceso de la ola intentando arrastrarla de vuelta al mar. Pero hunde los dedos en la arena, el agua da saltos alrededor de sus antebrazos y rodillas, hace un surco su cuerpo en la arena donde se ha posado hasta que otra ola la golpea por detrás. Pero ya nada puede moverla. Unas cuantas olas más la rebasan y reculan, se hunde un poco más en el surco de arena húmeda. Levanta las manos, las rodillas y asienta los pies, gatea un poco por la orilla. Una ola arrastra a su altura una aleta azul, extiende el brazo para alcanzarla, pero no lo logra. Los castillos de arena quedan muy lejos. Se detiene ahí, aún a cuatro patas, apoyando las rodillas, descansando. Todo está iluminado, pero también cargado de negrura. Recupera el aliento, aspirando, respirando, con un poco de náuseas, escupiendo agua salada.

Kaya corre hacia ella, apoya una mano en su espalda.

—¿Estás bien?

Ella asiente.

—Sí —dice—. Sí.

—¡Estupendo! ¡Vaya conjunto de olas! —Vuelve a adentrarse en el agua.

El sol tamborilea en su espalda, la orilla húmeda resplandece. Todo reluce y deslumbra, tan brillante que no puede ni mirarlo. Una ola rota lame la orilla, se detiene e imprime una huella de espuma. Una lámina de agua retrocede por la pendiente hacia ella, le rodea las muñecas, las rodillas, se hunde un poco más en la arena húmeda. El agua que burbujea arrastra granos de arena de vuelta al mar, motas negras que forman pautas en V entre granos rubios, trazando nuevos deltas

ante su mirada. Deltas, piensa, deltas. Vaya mundo. Agacha la cabeza y besa la arena.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias en esta ocasión a Terry Bisson, Michael Blumlein, Laurie Glover, James Leach, Beth Meacham, Lisa Nowell, Mark Schwartz y Sharon Strauss.

En NASA/Ames: Harry Jones, Larry Lemke, Creon Levitt, John Rask. Carol Stoker y, especialmente a Chris McKay, que lleva veinte años ayudándome con preguntas relacionadas con el espacio.

Un agradecimiento especial para Carter Scholz.



KIM STANLEY ROBINSON (Waukegan, Illinois, 1952). Es uno de los más prolíficos y celebrados autores de ciencia ficción norteamericanos.

Se licenció en Literatura en la Universidad de San Diego, con un máster en Literatura Inglesa en la Universidad de Boston y doctorado otra vez en la de San Diego. Ha vivido en diversos lugares de Estados Unidos y unos años en Suiza.

Especialmente conocido por la «Trilogía Marciana», galardonada con los premios Nebula y Hugo, ha escrito obras como *Antártida*, *Tiempos de arroz y sal*, *El sueño de Galileo* y *2312* que le han valido otras distinciones, entre ellas, los premios Asimov, John W. Campbwell, Locus y World Fantasy Award.